

# Gregory Benford

## ARTEFACTO



Lectulandia

En unas excavaciones arqueológicas griegas, en una antigua tumba micénica, es descubierto un curioso artefacto: un cubo de piedra caliza negra, con un adorno de ámbar parecido a un cuerno en su parte delantera, tres líneas de inscripciones, y una tablilla de marfil que muy bien puede ser un mapa. Pero lo más curioso es que el cubo, en una tumba perteneciente a una civilización que depositaba a la vista todas sus ofrendas a los muertos, está oculto tras gruesos bloques de piedra...

Mientras, la situación política en Grecia esta cada vez más alterada: un partido único, controlado por los militares ocupa el poder; se produce la salida de la OTAN, y un acercamiento al bloque soviético; la guerra con los turcos es inminente...

En medio de este entorno de inseguridad, el equipo arqueológico estadounidense intenta estudiar, cada vez más perplejo, el sorprendente hallazgo. Y las circunstancias, por extraños derroteros, llevarán, tras muchas vicisitudes, a los investigadores a una sorprendente conclusión: dentro del artefacto hay algo completamente fuera de lugar: una partícula extraña, una especie de singularidad; y esa singularidad tiene un gemelo perdido en alguna parte, buscándola incesantemente; y, en el momento en el que por fin se encuentren, puede producirse una terrible hecatombe...

**Lectulandia**

Gregory Benford

**Artefacto**

ePUB r1.1

capitancebolleta 21.05.13

Título original: *Artifact*  
Gregory Benford, 1985  
Traducción: Domingo Santos  
Fecha Traducción: 11/1988

Editor digital: capitancebolleta  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Presentación

Quien haya leído alguna de las novelas o relatos cortos de Gregory Benford no se sorprenderá de saber que es profesor de física en la Universidad de California en Irvine. Toda su obra respira su pasión por la ciencia y por el mundo científico, y se encuadra en lo que se denomina *hard sf*, ciencia ficción dura, de base eminentemente científica, hasta el punto de ser considerado por la crítica y muchos sectores del público como el sucesor de Arthur C. Clarke.

Nacido en 1941, Benford se graduó en 1963 en la Universidad de Oklahoma, y obtuvo en 1967 su doctorado en la misma Universidad de California donde ahora enseña. Apasionado desde joven a la ciencia ficción, editó durante algunos años un fanzine, *Void*, en colaboración con otros nombres conocidos de la ciencia ficción, entre ellos Ted White y Terry Carr. Su primer relato, «Stand-In», ganó el segundo premio de un concurso de la revista «The Magazine of Fantasy and Science Fiction», y apareció en ella en 1965.

Sin embargo, hasta los años ochenta su producción fue más bien escasa. Fue la aparición de su novela *Cronopaisaje* (Timescape) la que lo lanzó de golpe a la cúspide de la fama. Considerada como una de las mejores novelas de ciencia ficción de los últimos veinte años, *Cronopaisaje*, su fama en los Estados Unidos fue tal que una de las más conocidas editoriales del género puso al poco tiempo su título, «Timescape», como nombre de una de sus más prestigiosas colecciones de ciencia ficción.

Además de esta obra, de imprescindible lectura, en España han aparecido también sus novelas *Contra el infinito*, un profundo estudio sobre la colonización de Ganímedes, y *En el océano de la noche*. Un hecho curioso a destacar en Benford es que tiene un hermano gemelo idéntico, James, en colaboración con el cual ha escrito algunos de sus relatos.

Domingo Santos

Para Eloise Nelson Benford

## PRÓLOGO: GRECIA [c. 1425 a.C.]

Enterraron al gran rey cuando el crepúsculo estriaba de carmesí el horizonte occidental.

Los hombres santos estaban colocando el aceitado y encerado cuerpo dentro de la tumba. La procesión hizo una pausa. Un halcón trazó sus espirales en lo alto, planeó, luego picó hacia su presa. El poblado allá abajo era una desordenada mezcolanza marrón. La gente estaba en las calles, contemplando el zigzag de las antorchas que ascendían la colina.

Dentro, el grupo ritual estaba encerrando entre las paredes de la tumba la piedra rigurosamente tallada. Era un objeto milagroso..., zumbando, emitiendo un incesante resplandor fantasmal por el ambarino ornamento. La residencia de un dios o de una bestia demoníaca.

Algunos de los componentes de la procesión decían que debía ser conservada, adorada, no enterrada con el rey. Pero el rey había ordenado que fuera colocada en la tumba. Para proteger a su gente de la terrible muerte de fiebre y ronchas, había dicho.

De pronto, un grito hueco. Conmoción en la tumba. Los hombres aparecieron corriendo por debajo del alto dintel, los ojos blancos, las bocas abiertas.

—¡La muerte brota de la piedra! —exclamó uno de ellos.

Gritos desgarrados.

—¡Cerrad la tumba! —ordenó con voz fuerte un sumo sacerdote junto a la entrada.

Pesadas puertas de madera giraron hacia dentro.

—¡No! ¡Mi hijo aún está ahí!

—¡Ya no hay tiempo! —chilló el sumo sacerdote—. ¡Aquellos golpeados por la piedra deben ser abandonados!

—¡Mi hijo, no puedes hacerlo!

—¡Selladla! ¡Ahora!

Las masivas puertas se cerraron con un golpe sordo. Los sacerdotes colocaron en su lugar las gruesas barras de hierro. Luego los equipos que aguardaban arriba empezaron a llenar el largo vestíbulo de la entrada con arena, tal como había sido planeado..., pero ahora paleaban frenéticos, impulsados por un negro miedo.

El sumo sacerdote descendió tambaleante la colina, los ojos alocados, gritando a la multitud reunida:

—Los hombres estaban colocando la losa protectora en su lugar cuando ocurrió. Se apresuraron, sellaron la losa con mortero. Pero algo... —Jadeó—. Así es mejor. Ahora todos se han ido de entre nosotros. La gente está a salvo. Como nuestro rey deseaba.

Los equipos de trabajo encima de la tumba llenaban frenéticos la entrada,

arrojando los preparados montones de arena al estrecho pasadizo profundamente excavado. Pronto el paisaje no parecería más que una colina ordinaria, sin ningún rastro de la tumba.

—¡No! ¡Por favor! Te lo suplico, ábrela sólo un momento. Sacaré...

Una agotada sabiduría llenó el arrugado rostro del sacerdote.

—La cosa ha vuelto al submundo, allá donde el rey la encontró. Debemos dejarla ahí. No volverá a hacer daño a ningún hombre.



# PRIMERA PARTE

## 1

Desde las profundidades de la tumba apenas podían oír el ruido del vehículo que se acercaba.

—Será Kontos —dijo George, dejando a un lado sus calibradores.

—No suena como su coche. —Claire tecleó cuidadosamente, poniendo el inventario de su ordenador en espera.

—¿Qué otra persona puede venir hasta aquí? ¿Ese imbécil del sindicato?

—Posiblemente.

—Vamos. Apuesto a que es Kontos.

—Espera un segundo.

Claire cortó el programa de inventario. Estaba comprobando los últimos números de catálogo de los restos cerámicos con la copia de impresora del registro, un trabajo tedioso. El inventariador de campaña era una maravilla de la técnica..., un cargador cilíndrico de microdiscos insertado en el teclado portátil. Con apenas el tamaño de un vaso de agua, contenía el resultado de seis meses de datos arqueológicos.

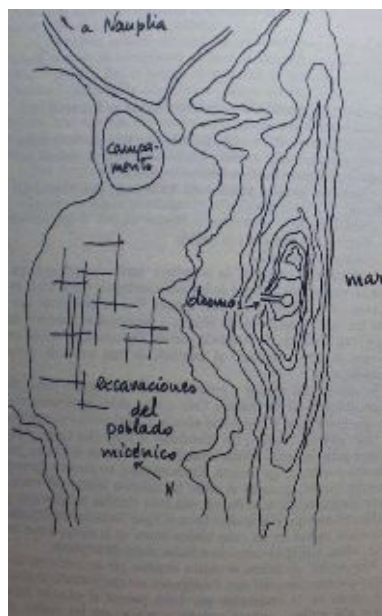
Se sacudió las manos y cruzó el dintel del enorme portal de piedra al sol de media mañana. Cada día era ahora ligeramente más frío que el anterior, y pensó con añoranza en el verde emparrado a lo largo del río Charles, las silenciosas e inmóviles aguas y los ásperos ladrillos rojos. Estaba cansada de los colores de Grecia, por intensos y exóticos que fueran. Tierra adentro, los jóvenes cipreses parecían querer apuñalar el cielo. La calurosa bruma del verano había desaparecido, y podía ver con toda claridad los distantes y áridos cañones que descendían hacia el Egeo. Secos lechos fluviales excavaban curvas de un color blanco hueso en la espina dorsal de cada cañón, brillando como desechadas pieles de serpiente.

Muy arriba, un halcón se dejaba arrastrar por las corrientes térmicas que ascendían del mar. Protegiendo sus ojos contra el resplandor, pensó en lo irrelevante que debía parecer el estrecho valle desde allá arriba..., colinas tostadas y resacas por los vientos, él emparrillado gris de las excavaciones greco-americanas, las amarronadas rodadas de los senderos labiados por los equipos de excavación, todo ello bordeando una extensión de mar color azul acero. O quizás el halcón se deslizara

sobre todas aquellas señales con suprema indiferencia, casi como cuando las paredes de piedra albergaban una viva y vibrante raza. Los esfuerzos de los hombres debían parecerle como mero ruido de fondo desde allá arriba, comparados con el chillido y el frenético movimiento de sus presas.

El halcón se inclinó e inició una espiral descendente, su atención fija en sus propios intereses.

Echó a andar por el rocoso sendero descendente. Un jeep frenó ruidosamente y se detuvo a unos cientos de metros de distancia, donde el



camino de tierra desembocaba en el campamento de trabajo. Una nube de tostado polvo lo envolvió.

—Así que ha conseguido un pequeño y pulido jeep —dijo Claire.

—El coronel está siempre a la moda.

Mientras descendían, oyeron una rápida y agitada charla. Por su tono ella identificó al doctor Alexandros Kontos, el codirector griego de las excavaciones, mucho antes de reconocerle de pie al lado del jeep. Hablaba rápida y furiosamente con el «encargado del campamento», una curtida figura muy morena que permanecía de pie ante él y aguantaba la andanada sin siquiera pestañear.

Kontos no alzó la vista hacia Claire y George mientras éstos descendían el último tramo por entre las pocas tiendas que quedaban en el campamento y se acercaban al jeep. Claire no podía seguir todos los coloquialismos y la rápida jerga que brotaban de la boca de Kontos, pero resultaba claro que culpaba al encargado del campamento de la ausencia de los trabajadores manuales. El blanco de sus iras se limitó a encogerse de hombros, explicando que los hombres o bien estaban metidos en los cada vez más abundantes mítines y manifestaciones políticas, o temerosos de trabajar para los americanos por miedo a ser reprobados por sus amigos, o ambas cosas.

Kontos dio una exasperada palmada contra el jeep.

—¡Haga que vuelvan! —gritó en griego. Entonces vio a Claire, y su actitud cambió bruscamente—. ¡Ah! La encantadora Claire. Espero que la ausencia de esos ignorantes campesinos no le haya traído problemas.

—En absoluto. Ya no quedaba mucho por hacer cuando...

—Excelente. Están ocurriendo grandes cosas en Atenas, y en estos momentos no vamos a tener mucho tiempo para ocuparnos de esto. Es estupendo que puedan seguir por sí mismos.

—¿Qué cosas? —preguntó George.

El rostro de Kontos se alteró cuando se volvió hacia George, y su fuerte mandíbula pareció hacerse más prominente.

—Nada que usted apruebe, estoy seguro.

George sonrió irónicamente.

—Veamos.

—Los tiempos de las divisiones han terminado. Los partidos del centro se han situado a nuestro lado.

—¿Lo cual terminará en...? ¿Un estado de un solo partido?

—El auténtico socialismo.

—¿Y los demás partidos?

—A su tiempo nos seguirán.

Kontos llevaba un elegantemente cortado uniforme del ejército que hacía resaltar sus gruesos bíceps y su enorme pecho. Su gorra, con el cordoncillo brillando como recién pulido, adornaba una cabeza cubierta de un denso pelo negro. El rostro, largo y de mejillas un tanto hundidas, se salvaba de parecer excesivamente delgado gracias a la interrupción de un poblado bigote. Su bronceada piel casi ocultaba la fina red de arrugas en torno a los ojos que delataban su edad —mediados los cuarenta, calculaba Claire— mejor que ninguna otra cosa.

—Sin duda —dijo suavemente <George.

—Por esto debo interrumpir mi estancia aquí con ustedes. —Se volvió hacia Claire, y su rostro se iluminó de nuevo—. Es una lástima que tenga que irme. Una auténtica lástima.

—¡Pero todavía quedan cosas por hacer! —exclamó Claire.

—Haré que vuelvan los trabajadores. Este lagarto —señaló con el pulgar al encargado del campamento— va a tener que dejar de calentarse al sol. Irá al poblado, los reunirá y los traerá de vuelta.

—Están los análisis químicos, algunos estudios del suelo, la metalurgia sobre el terreno...

—*Ohi, ohi*. —Agitó violentamente la cabeza—. Todo esto lo haremos en Atenas.

—¿Quién lo hará? Ya sé..., los técnicos de laboratorio del Ministerio. Pero ni

siquiera han visitado el emplazamiento, no saben nada de lo que tienen que hacer. — Claire se llevó desafiante las manos a las caderas.

—Redacten instrucciones para ellos.

—Siempre hay rasgos idiosincráticos, muestras que deben ser tratadas de una forma diferente. No hay ningún reemplazo a...

—Su griego es excelente —dijo Kontos con una sonrisa apaciguadora, en griego—. Lo comprenderán.

—Vamos, Alex —intervino George—, los análisis del suelo están previstos en el programa, no puede usted olvidarlo.

—Oh, ese programa es ahora una consideración secundaria.

—¡Fue un acuerdo! —exclamó Claire—. Nos queda todavía casi un mes.

—¡Ohi! —Kontos entrecerró los pesados párpados..., una expresión, vio Claire, que hacía que las arrugas que enmarcaban sus ojos se extendieran casi hasta sus orejas. Añadió secamente, en inglés—: Esos programas no forman parte de ningún tratado. Pueden ser anulados.

—El análisis del suelo es... —empezó a decir Claire.

—A mí personalmente nunca me ha gustado ese tipo de cosa. Muy pocas veces conduce a nada concreto en excavaciones de este tipo.

—Bien, eso es lo que usted sabe —empezó a decir George—. Hay muchas cosas aquí que usted no...

—No acabo de entenderlo, Alexandros —se apresuró a interrumpir Claire, cortando el tono ascendente de la voz de George, intentando mantener la discusión dentro de unos límites razonables. Siempre ayudaba el llamarle por su nombre completo, por una simple razón: a los propios griegos les sonaba extraño—. ¿Por qué esas prisas?

Kontos se reclinó contra el jeep, y pareció darse cuenta entonces de que el encargado del campamento seguía aún junto a ellos. Lo despidió con un gesto de la mano.

—Estamos intentando, como dirían ustedes, restringir un poco este tipo de cosas.

—¿Qué tipo de cosas? ¿La arqueología?

—No, no. Los programas de cooperación.

—Ajá —dijo hoscamente George—. ¿Así que el Ministerio está dando las mismas prisas a los franceses en Creta y a los alemanes al norte?

Kontos lanzó a George una pétrea mirada.

—No exactamente.

—De modo que esta política restrictiva va dirigida especialmente a los americanos.

—Yo no diría eso.

—Pues es lo que ha dado a entender —dijo acaloradamente George.

—El Ministerio ha enviado un *tilegraphima*, un cable, a la Universidad de Boston...

—¿Qué? —Claire retrocedió un paso.

—...solicitando terminar lo antes posible con esta excavación.

—Vaya, me pregunto quién le pidió al Ministerio que hiciera eso —dijo sarcásticamente George.

Kontos enrojeció furioso..., pero no azarado, observó Claire.

—¡Las decisiones son tomadas colectivamente!

—Oh, sí. ¿Quién decidió que volviera usted en un jeep? —preguntó George.

—Me fue asignado. Soy un oficial del ejército, tengo derecho a él.

—Interesante —dijo lentamente George— la forma en que están haciendo a todo el personal del Ministerio mayor Fulano y capitán Zutano.

—Estamos movilizand o nuestra sociedad. Haciendo que cada ciudadano sea consciente de su deber y se sienta honrado de servir.

Kontos permaneció rígidamente erguido, girando conscientemente su cuerpo para mirar de frente a George..., los brazos ligeramente adelantados sobre el pecho, la barbilla alzada para acentuar los cinco centímetros de ventaja de su estatura. Claire decidió intervenir entre los dos hombres, que ahora se miraban fijo, con creciente hostilidad. Dijo en un tono vivo:

—George, ¿te importaría ir a cerrar la tumba? No me gusta dejarla abierta así, sin nadie por los alrededores.

George la miró inexpresivamente, aún prendido de su enfrentamiento con Kontos.

—¿Cerrar la tumba?

—Sí, eso es. Mientras tanto, me gustaría mostrarle al coronel algo de esa cerámica.

George no dijo nada. En el tenso silencio, un pájaro se puso a cantar a todo pulmón desde un cercano hojarazno. Claire alzó una ceja en lo que esperó fuera una clara seña para George. Este la vio y tragó saliva.

—Creo que estamos haciendo el ridículo aquí —dijo amargamente. Echó a andar, mirando ocasionalmente a los otros dos por encima del hombro.

Kontos murmuró educadamente, recuperada su compostura:

—Su amigo se acalora muy fácilmente.

—Usted no ha sido tampoco la razón personificada.

El hombre suspiró audiblemente.

—Estoy sometido a presiones. Usted lo entiende, usted habla nuestro idioma, eso tiene que permitirle comprender un poco la forma en que pensamos. Vamos —hizo un gesto y echaron a andar hacia el campamento—. Este cable, era necesario..., ¿cómo lo dicen ustedes? En diplomacia se dice... enviar una seña.

—¿A quién? Aquí puede decírnoslo a nosotros.

—A la gente que les gobierna, aunque puede que ustedes no lo sepan, Claire.

—La Universidad de Boston no me «gobierna» a mí, Alexandros.

—*Ohi, ohi*. Me refiero a su gobierno. Los hombres que están tras él.

—Una pequeña expedición conjunta...

—Hay gente que puede resentirse de ello. La diplomacia es algo sutil, querida.

*¿Tan sutil como tú?*, pensó irónicamente Claire. Pero hizo que su rostro permaneciera impassible.

Llegaron a la tienda donde era clasificada la cerámica. El hombre mantuvo el faldón de la entrada abierto para ella, en un gesto formal. Entraron, inclinando la cabeza, a la cálida aura amarillenta.

—¿Un poco de té helado? —ofreció Claire, abriendo la pequeña nevera.

Kontos asintió.

—Espero que entienda que esta política no es obra mía.

—Usted tiene la mano metida en ella.

El hombre se encogió de hombros.

—Le aseguro que no deseo nada malo contra ustedes.

—Por supuesto —dijo sarcásticamente Claire, antes de poder contenerse. George había demostrado de una forma definitiva que aquel enfoque no funcionaba.

—¡No es cierto! ¿Con una mujer tan hermosa y encantadora? Imposible para un hombre, para un griego.

—¿Todos aquellos que no son griegos son bárbaros? —preguntó ligeramente Claire, sirviendo el té y sentándose ante la mesa de clasificación. Los trozos de cerámica estaban alineados según su tamaño, curvatura, textura y otras propiedades, sobre la rejilla de la mesa. Sus ojos se perdieron automáticamente entre las piezas, buscando conexiones, fragmentos que pudieran encajar entre sí. El pasado era un rompecabezas, y nunca tenían todas las piezas a mano.

Kontos sonrió ampliamente, agradecido por aquel giro en la conversación.

—Yo no pienso como Aristóteles. Mis colegas extranjeros están muy próximos a mí. —Lo demostró dándose unos golpecitos en el pecho.

—¿No tan próximos que apueste usted por nosotros en el Ministerio?

Kontos sonrió, desconcertado.

—¿Qué apueste por...?

—Que nos apoye.

El hombre abrió expresivamente las manos.

—Un simple hombre no puede conseguir lo imposible.

—¿Cómo están... —se impidió a sí misma decir de mal— ...realmente las cosas en Atenas?

—Moviéndose muy rápido. Se están haciendo auténticos progresos.

—Esas manifestaciones...

—Muchas de ellas a nuestro favor. Unas pocas en contra. Pero esas últimas ya aprenderán.

—¿Quién va a enseñarles?

—La policía, si es necesario. La calle no es suya, no pueden convertirla en un foro para sus voces reaccionarias.

—No eran «reaccionarios» los que, delante de nuestra Embajada...

—Lamentable, sí. Pero comprensible. La gente está excitada.

—Reventar las puertas, romper las ventanas..., ése parece ser un deporte mundialmente extendido hoy en día. ¿Cómo no lo detiene su policía?

—No puede ser fuerte en todas partes.

—¿Está demasiado ocupada partiendo cabezas de reaccionarios?

—El incidente no se repetirá. Somos un gobierno civilizado.

—Entonces, ¿por qué no empieza a ser civilizado manteniendo nuestro acuerdo?

Kontos suspiró teatralmente y dio un sorbo a su té.

—Supongo que se dará cuenta de que la mía sólo es una voz. De todos modos..., quizá pueda hacer algo.

—Estupendo.

—Sólo, entiéndalo, en honor a nuestra relación personal. Es usted una mujer encantadora, y he disfrutado mucho trabajando con usted en este lugar. Por supuesto, ha habido roces con George y los otros americanos..., ninguno de ellos es como usted. No pueden ver más allá de sus pequeñas cajas, no ven el mundo tal como se está transformando.

—Hay una cierta verdad en eso —dijo educadamente Claire. Sus años de experiencia en el Mediterráneo la habían preparado para el firme deslizarse de Grecia hacia la izquierda. En estos momentos la prensa estadounidense veía un «trasfondo socialista» que se extendía de España a Grecia. Italia poseía un gobierno cosméticamente marxista, pero mantenía sus bases de la OTAN. En Grecia la retórica era más afilada, más amenazadora. La robotización europea había devuelto a los trabajadores griegos a sus casas, donde se habían convertido en un elemento de irritación que exigía cada vez medidas más fuertes. Los partidos centristas tenían poco que ofrecerles. No era probable que el Fondo Monetario Internacional, respaldado por los Estados Unidos pero atrapado en otra de sus crónicas crisis financieras, avalara ningún tipo de gobierno griego. Había poco apoyo por parte de la Europa septentrional, que todavía tenía que detener el lento y perezoso resbalar que se había iniciado a finales de los años 70. La única potencia al norte del Mediterráneo que se estaba saliendo con bien era Turquía, aún en malas relaciones con su ostensible aliado de la OTAN, Grecia. Con regocijado fatalismo, Claire había observado a los griegos formar gobiernos de coalición y hacer malabarismos con los partidos; le preocupaba muy poco la política convencional, y las noticias de Kontos

no eran más que una confirmación de lo que llevaba esperando desde hacía tiempo.

—Usted ha sido lo único bueno durante todo este verano. Es usted una dama, una auténtica científica, y trabajar con usted ha sido delicioso.

Claire nunca se había sentido cómoda con aquel tipo de cumplidos.

—Oh, gracias, pero...

—Nuestra amistad es el único elemento que echaré en falta si esta excavación es cerrada en el transcurso de esta semana.

—¿Esta semana?

—*Ne*. Por supuesto. Esto es lo que le dije al encargado del campamento.

—Imposible.

—Pero necesario. Hay fuerzas en nuestro gobierno que desearían provocar un incidente, con esto como pretexto.

Asintió lenta y tristemente a la clara mirada de incredulidad de Claire.

—Así son las cosas.

—Esta es una expedición internacional firmemente establecida, tenemos todos los documentos, tenemos derecho a...

—También es impopular en los pueblos de los alrededores.

—¿Quién lo dice? ¿Por qué?

—Son ustedes americanos.

—Estuve en Nauplia el otro día. La gente de la tienda se mostró tan amable como siempre.

—Oh, ellos sí. Ellos dependen de su dinero.

—¡Alexandros! No estará sugiriendo usted seriamente que los habitantes de los pueblos de los alrededores comparten las, esto, exageraciones de ese puñado de gente en Atenas. Ellos no...

—No conoce usted el alma de esa gente, Claire. Están furiosos por lo que todos esos años de opresión ha...

—No lo creo.

—Sus trabajadores se han ido, ¿*ohi*? —dijo suavemente el hombre.

—¿Y quién los instigó?

—La inquietud local: los trabajadores...

—Si hubiera el más ligero elemento de verdad en esto, la tarea de usted sería proteger la excavación.

El rostro de Kontos se iluminó.

—Eso pienso hacer. Apostaré una guardia aquí. Ustedes regresarán a Atenas.

—¡Pero mi trabajo está aquí!

—Puede supervisar usted a la gente del laboratorio en Atenas. George puede quedarse aquí para terminar todo lo que sea necesario.

—No me gusta esto. Todavía tenemos que terminar nuestro trabajo, está la



excavación detrás de las paredes de la tumba...

—Le estoy ofreciendo esto como amigo, no como negociador —dijo suavemente Kontos, cruzando las manos sobre la mesa ante él—. Para conseguir que el Ministerio apruebe incluso esto, tendré que tirar de multitud de hilos con la gente adecuada.

—¿Tirar de hilos?

—O como sea la frase que emplean ustedes.

Kontos tenía influencias, sí. Había conseguido una reputación internacional con la expedición que había rescatado las estatuas de mármol conocidas como los mármoles de Elgin. El famoso conjunto que se hallaba en el Museo Británico era en realidad el segundo embarque de Lord Elgin; el primero se había hundido en el mar. Kontos y varios de sus compatriotas habían conseguido el dinero y los expertos necesarios para recuperar las magníficas e inapreciables obras de arte. Ahora constituían una de las primeras atracciones del Museo de Atenas. Lo que Kontos dijera ahora era ley en el pequeño mundo de la arqueología griega.

—Escuche, Alexandros...

—No, no me hable así. —El hombre se puso en pie y rodeó la mesa; se detuvo al lado de uno de los cuencos de Claire parcialmente reconstruidos. Miró sólo un momento los fragmentos dispersos, aunque ella sabía que Kontos había hecho su tesis doctoral precisamente sobre aquel trabajo de rutina. Ahora era algo que estaba muy detrás de él. Captó el débil aroma de su cuerpo, fuertemente almizcleño.

—Mire, he descubierto...

—Así no, no, por favor —dijo él, sonriendo ampliamente. Claire entrecerró los ojos. Si me interrumpe otra vez, gritaré, se prometió.

—No quiero que nuestra relación sea así, tan formal, Claire. Somos unos amigos muy especiales, podemos dejar a un lado todo esto. —Apoyó una mano en el hombro de ella—. Colegas, por supuesto. Pero más que colegas.

Claire se envaró en su silla, no segura de comprenderle. El prosiguió, suave y cuidadosamente:

—Va a costarme influencias y tiempo, ¿sabe?, conseguir esto.

—Ciertamente, apreciaré cualquier cosa que usted...

—Esperaba que fuera usted a Atenas, donde pudiéramos conocernos mejor el uno al otro.

—Creo que ya nos conocemos lo suficiente.

El hombre empezó a acariciar su hombro.

—Claire, esos asuntos requieren tiempo.

—¿Qué asuntos? —Alzó secamente la vista. Él hablaba por encima de su hombro, lo cual hacía difícil poder mirarle directamente. Perfecto, pensó. Mucho mejor para ella inclinar la cabeza y dejar cautelosamente que las cosas siguieran su camino.

—Entre nosotros...

—¡Entre nosotros no hay más que cortesía profesional! —dijo secamente Claire. Se apartó de la mano del hombre y se puso rápidamente en pie, alejándose de él.

—Yo no lo pienso así —dijo Kontos serenamente—, y usted tampoco.

—Así que sabe usted de lo que yo pienso. «La pequeña y no sofisticada americana, no sabe realmente lo que quiere, necesita una mano firme, suaves instrucciones en las delicadas artes». —Bufó.

Pero él avanzó unos pasos, utilizando el imponente tamaño de sus hombros bajo el ajustado uniforme, agitando lentamente las manos para disipar su sarcástico torrente, con una fría sonrisa condescendiente jugueteando hábil en las comisuras de sus labios.

Ella hizo una mueca y dijo con voz fuerte:

—¿Quizá piensa que lo único que ella necesita es una buena polla del Viejo Mundo?

Aquello tuvo el efecto deseado. El hombre se detuvo, crispando la boca en un espasmo de ofendida irritación.

—Esto es... insultante.

—¡Pero malditamente cierto!

—Usted no comprende...

—Comprendo perfectamente.

—Es usted demasiado... americana.

—¿Sabe lo que estaba intentando conseguir usted hace unos momentos?

—Creo que sí. Pero no estoy seguro de que usted lo sepa también.

—Estaba usted dispuesto a concedernos más tiempo —dijo ella severamente— si yo iba a Atenas y me instalaba allí. —Abrió mucho los ojos—. Apostaría a que ya tiene reservada una habitación en un pequeño hotel discreto, ¿no? Cerca del Ministerio, supongo. De modo que usted pueda ir allí en un corto paseo a la hora de comer. O en un lugar de paso, camino a casa por la noche.

Kontos se envaró.

—Estoy en lo cierto, ¿verdad?

—Es usted una niña.

—Quizá, según su definición —dijo ella rápidamente, sintiendo que se deshinchaban sus velas. ¿Había interpretado erróneamente la situación? No..., pero, pese a sí misma, estaba revisando apresuradamente su reacción, viéndola ahora como demasiado dura, demasiado ofensiva.

—Le ofrecí un compromiso, un trato entre especialistas en una misma disciplina. No puedo evitar que mis sentimientos se vean mezclados en ello.

—Tendría que separarlos —dijo ella fríamente.

Él abrió las manos en un gesto mediterráneo de aceptación.

—No puedo dividirme bajo el cuchillo.

—Bien, no hay trato, ¿de acuerdo?

—Usted no...

—No tengo intención de convertirme en su muñequita sólo para conseguir algunas semanas más para esta excavación.

El rostro del hombre enrojeció.

—¡Es usted una maldita zorra fría!

—Fría, ¿eh? ¿Ha pensado alguna vez que ésta puede que sea la técnica de usted?

El rostro de Kontos se congestionó furioso. Ella captó de pronto la fuerza reprimida del hombre, y vio que había ido demasiado lejos.

Él avanzó unos pasos, los puños fuertemente cerrados.

Ella retrocedió por unos instantes, luego se dirigió impulsivamente hacia la mesa de ensamblaje y cogió uno de los cuencos. Estaba casi completo, cuidadosamente pegados todos los fragmentos. Lo sujetó precariamente con una mano.

—Acérquese más, y lo dejaré caer.

—Usted... —Maldijo en griego.

Kontos seguía siendo un arqueólogo, pese a haber pasado la mayor parte del tiempo de aquella excavación politiqueando en Atenas. Sus primeros días profesionales, pasados uniendo trabajosamente fragmentos de cerámica, aún significaban algo para él.

O eso esperaba ella.

Transcurrió un largo momento. Luego, algo cambió en los ojos de Kontos.

—Quite sus manos de la herencia de mi país —dijo rígidamente.

—¿Herencia? —Contuvo una risa. Las actitudes de aquel hombre eran increíbles.

—Están ustedes aquí con nuestro consentimiento.

—Cierto.

—De modo que no toleraré sus... insultos.

Escupió en el polvo.

—Alexandros...

Pero él abrió bruscamente el faldón de la tienda y se fue sin mirar atrás.

## 2

Justo antes del mediodía descubrieron algo extraño.

Claire estaba atareada, intentando atar más de un millar de cabos sueltos. No se dio cuenta de que George Schmit avanzaba al trote por el polvoriento sendero hasta que éste la llamó:

—¡Hey! Conseguí quitar la losa.

Ella alzó la vista, los ojos castaños llenos de incredulidad.

—¿Quitarla? Se suponía que tenías que comprobar el mortero, y punto.

—Lo hice. Sólo tiene unos cinco centímetros de profundidad. Lo mismo que la losa.

Ella agitó la cabeza y salió del cobertizo con techo de hojalata donde se reconstruían las piezas de cerámica.

—Se suponía que teníais que comprobar si la losa del centro era diferente, ¿no? No retirarla de la pared.

—Sí, pero resultó más fácil de lo que pensamos.

—Con esa pieza fuera, todo el maldito domo puede derrumbarse.

El sonrió, con su pelo rubio brillando intensamente en el oblicuo sol de la clara mañana.

—He hecho que todo el agujero fuera bien apuntalado. Puntales, de acero y de madera. Aunque no son muy necesarios..., la losa sólo tiene cinco centímetros de grueso.

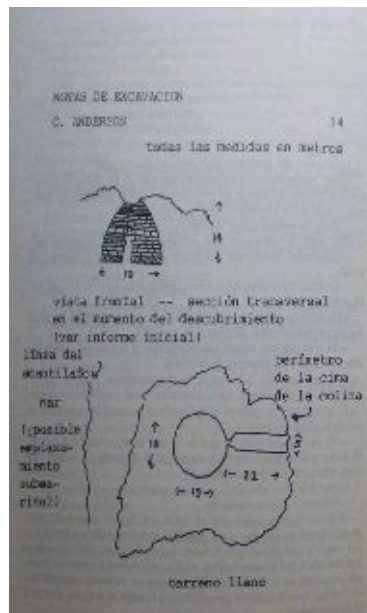
Claire hizo una mueca.

—Vamos —dijo tensamente.

*Hubiera debido saber que no tenía que dejarle hacer esto solo*, pensó. Sería un milagro si los puntales resistían, tras la experiencia del soporte del dintel que él había instalado hacía algunos meses. Los trabajadores locales habían tenido que volver a empezar desde un principio en él. Si los malditos griegos no hubieran seguido con su huelga, nunca hubiera permitido que George se ocupara de aquel delicado trabajo.

Kontos mantenía ahora a los hombres deliberadamente lejos, estaba segura de ello. Había regresado a Atenas de un terrible humor, y probablemente estaba tirando de los hilos de los sindicatos en todos los pueblos cercanos.

Pero las huelgas eran tan frecuentes ahora que ya se habían acostumbrado a trabajar en esas condiciones. Esta huelga era de protesta, para decirles a los arqueólogos que debían contratar más trabajadores, en vez de obligar que los trabajadores actuales a hacer horas extras cuando era necesario. Un curioso tipo de solidaridad; normalmente, la gente se limitaba a exigir más dinero.



Recorrieron el hollado sendero de la ladera de la colina, alzando nubecillas de polvo. Un solitario ciprés se alzaba contra todo pronóstico a un lado, un sorprendente cúmulo de verde en medio de los ralos matorrales. A Claire le encantaba su fresco aroma, y la costumbre hacía que alzara la vista hacia las distantes colinas, donde hileras de árboles cortaban el horizonte. Hasta que llegaran las lluvias otoñales no empezaría el país a recobrase del agostador verano recién transcurrido. Una bien recibida brisa agitaba el polvo de sus pasos. Traía consigo un susurro de olas del otro lado de la colina, donde el acantilado caía directamente hasta el Egeo.

La zona parecía desierta ahora, con la mayor parte de la expedición de vuelta a casa. Echaba en falta la sensación de apoyo de la comunidad, con su relajada organización de supervisor, catalogador, técnico de campo, capataz y otros cargos. Ahora las tiendas caquis estaban vacías, mientras los frutos recolectados del trabajo de todo un verano aguardaban su viaje a Atenas.

El campamento estaba a sólo cinco minutos a pie de la entrada de la tumba. Mientras subían hacia ella tuvieron una visión global del antiguo poblado que se había llevado la mayor parte del trabajo de la estación. Aunque las expuestas paredes de piedra y las estructuras derrumbadas habían contenido muchos fragmentos de cerámica y otros objetos, poco de todo aquello era distintivo. Su comprensión de la Grecia micénica no iba a ganar mucho tras aquel cálido verano lleno de conflictos. Sin embargo, la tumba *tolos* encima del poblado sugería que la región había sido importante, quizás incluso rica, puesto que un gobernante había merecido el honor de un elaborado entierro. Aquella última exploración podía ser gratificante, traer consigo una recompensa que hiciera olvidar el triste final de la expedición. O al menos eso esperaba. Había tomado un semestre sabático de la Universidad de Boston para cerrar el lugar y terminar sus propios proyectos. Hasta ahora no había recibido ninguna compensación monetaria por la cuidadosamente calculada inversión de su tiempo.

Claire recorrió el pasadizo excavado, entre enormes bloques de piedra caliza, unos pasos por delante de George, pese a que el hombre la aventajaba en altura. Se movía con una eficiente y tensa energía, y su mono color tierra quemada producía un suave susurro con el roce como de tijeras de sus piernas. A los veintiocho había participado en siete importantes excavaciones en Grecia y Turquía, que habían dado una constitución recia y fuerte a sus caderas.

El largo corredor sin techo se alzaba a ambos lados, cortando la colina como con un cuchillo hasta ir al encuentro de la gran entrada rectangular. Pasaron de la luz del sol a una intensa sombra cuando cruzaron bajo el enorme dintel, y el ruido de sus pisadas resonó en ecos ante ellos como una falsa bienvenida de la colmena que era la tumba.

Claire se detuvo en medio de un montón de herramientas.

—Este marco es patético —dijo, mientras seguía avanzando—. Dios, vaya nido de ratas.

—Resistirá —dijo desafiante George. Dio una palmada a las maderas. La losa osciló, crujiendo en su sustentación de doble cuerda, Claire vio que George había efectuado el trabajo de la manera más sencilla posible, sin molestarse en colocar un tirante transversal. Lo importante sin embargo era formar un marco para sostener el agujero en la pared. Este parecía bien hecho. George había utilizado puntales estándar de acero, formando cuña para sostener el peso. Se inclinó para examinar la losa.

En su cara exterior habían sido tallados tres círculos concéntricos. Aquello era lo que primero la había intrigado. Había rascaduras en los bordes..., probablemente insignificantes, juzgó. Asomó la cabeza para mirar al otro lado. El mortero gris colgaba de los bordes y se deshacía al tacto. La cara posterior era lisa, sin el menor interés.

—Lástima —dijo.

—Sí. —George tomó una lámpara de mano y se agachó a su lado—. El asunto es: mira dentro.

Claire se volvió dificultosamente en el angosto espacio contra la pared y echó una ojeada al amplio agujero. Un cono de color ambarino brillaba mortecino, apuntando directamente hacia ella. Estaba montado de alguna forma sobre una roca negra. Contuvo el aliento.

—¿Qué...?

—Una belleza, ¿no? Pensamos que la losa podía estar grabada por ambos lados, pero ¿quién hubiera pensado que enterrara algo tras ella?

—Las tumbas micénicas no utilizan las paredes para... —empezó a decir Claire, y luego calló. Ya basta de erudición convencional, pensó.

—Mira lo simétrico que es —dijo amorosamente George—. Perfecto. Sólo que..., ¿un perfecto qué?

—Nunca vi nada similar.

—Ornamental, eso es seguro.

—No puedo ver ningún agujero en él, así que no puedes llevarlo colgado de un collar.

—Compruébalo. De todos modos es demasiado largo..., al menos debe tener unos diez centímetros. ¿No te preguntas cómo está pegado?

—Parece como si estuviera encajado. —Se inclinó hacia delante, tendió la mano entre los puntales de acero y tocó la roca más allá—. Sí, ¿lo ves? Ha sido ahusado en la base, a fin de encajar en la oscura piedra caliza.

—Un material más bien raro. Resulta curioso que lo ocultaran.

—Uno creería que hubieran debido exhibirlo. Me alegro de no haberle dado ningún golpe cuando clavé los puntales de acero ahí dentro.

Claire pensó: *Supongo que ésta es la forma que tiene de decir que se da cuenta de la suerte que ha tenido.* Allí a solas, forcejeando con pesos que no podía manejar correctamente, apuntalando a ciegas. Agitó la cabeza.

George captó su gesto. Dijo ásperamente:

—Ilumina el lugar por ese lado.

Se metió por el angosto espacio que quedaba entre la colgante losa y el agujero que había dejado. La amarillenta luz mostró que la roca negra no llenaba la abertura. Se detenía a cinco centímetros por un lado, y dejaba un espacio ligeramente más amplio por el otro. No había ningún espacio ni arriba ni abajo.

—Parece como si esos bloques de arriba y de abajo fueran tan delgados como el primero.

—Mira los de los lados, sin embargo. Tienen fácilmente un metro de grueso.

—Para trasladar el peso hacia abajo en torno a esa parte delgada —dijo Claire. Frotó la superficie negra. Era irregular, quizá simplemente tallada con la misma eficiencia rápida dedicada a las losas para pavimentos—. Grandes marcas de cincel —dijo para sí misma.

—Sí. Uno esperaría que alguien que hiciera un objeto artístico realizara un trabajo más delicado. Esto parece más bien chapucero.

—Trae el tubo de luz, ¿quieres? Echaremos una mirada detrás de esta cosa.

George retrocedió por el angosto espacio, llevándose consigo la lámpara. En la penumbra resultante, Claire creyó ver un dorado resplandor en el cono lleno de destellos. Impurezas, quizá. George murmuró algo a sus espaldas, arrojando sombras que hicieron que los destellos ondularan, aumentando y disminuyendo.

*Probablemente ámbar,* pensó. Un espléndido trabajo, de más de 3.500 años de antigüedad. Sus años de entrenamiento no habían borrado por completo el sentido de maravilla que experimentaba ante tales pensamientos.

El cono era casi tan largo como su mano, disminuyendo suavemente hasta

terminar en una punta redondeada. Mientras palpaba la roca, extendiendo su mano hacia dentro, sintió que una ligera sensación recorría todo su cuerpo, algo así como un hormigueo, y se echó hacia atrás.

—Toma —dijo George, tendiéndole el tubo de luz. Ella era su superior en la expedición. Aunque normalmente los arqueólogos no tomaban demasiado en consideración las prioridades jerárquicas, ahora que se habían ido los grandes nombres Claire tenía derecho a la primera inspección. Eso no había ocurrido nunca antes, y sintió un ligero estremecimiento de anticipación. Gracias a Dios, Kontos había vuelto a Atenas.

Claire insertó el delgado y flexible tubo de plástico en el hueco de la derecha en tomo a la piedra caliza negra. El tubo transmitía un rayo de luz en su interior, iluminando un pequeño círculo en su punta. La imagen regresaba por una pequeña capa coaxial.

George apagó las lámparas de la tumba. Claire se puso un casco, deslizó las gafas sobre sus ojos, y vio una débil superficie irregular. Echó el tubo hacia un lado.

—Polvo y guijarros. La tierra original de la colina.

George se acuclilló a su lado y tiró del tubo hacia delante. Ella lo maniobró desmañadamente, utilizando como guía una varilla con juntas articuladas.

—Se cierra a unos diez centímetros a la derecha. No, espera..., hay un pequeño agujero. Parece como erosión producida por el agua.

—¿Puedes llevarlo hasta la parte de atrás de esta piedra caliza negra?

—Lo estoy intentando. Voy a..., ¡maldita sea!

Las dos figuras agachadas parecían fantasmales en la profunda penumbra. La radiación que escapaba del tubo de luz arrojaba enormes sombras sobre las curvadas paredes, que parecían agitarse en la negrura como tinta del domo.

—Ya está. Conseguí pasarlo. Ahora... si... puedo hacerle dar la vuelta... —Su tensa voz creaba ecos en la curvada piedra, proporcionándole un tono resonante, casi metálico—. Ahí termina la roca. No puedo ver ninguna marca desde esta perspectiva. La parte posterior es plana.

—¿Hay algo detrás?

—Un espacio abierto.

—¿Cómo de grande?

—No obtengo ningún reflejo.

—Entonces, al menos medio metro.

—Probablemente un hueco mayor producido por el agua. Toma, echa una mirada.

Cuando George se hubo puesto el casco, agitó un poco el tubo de luz y lanzó un suave silbido.

—Es un bloque de un tamaño más que considerable. No puedo ver que esté unido a nada.



Lo estudió unos momentos más, luego se quitó el casco. Claire le devolvió su sonrisa.

—Decididamente extraño, Watson —dijo.

—Es un buen hallazgo, ¿no crees?

—Ninguna tumba micénica tiene una pared falsa como ésta. O ese ornamento de ámbar. Un hallazgo, sí. Un auténtico hallazgo.

### 3

Los trabajadores griegos no se presentaron al día siguiente.

Aquello hubiera sido un problema serio si se hubiera producido a media excavación. Ahora, con la expedición cerrando sus actividades, sólo era un engorro menor. Nadie esperaba ya ningún hallazgo importante, o de otro modo el director, Hampton, se hubiera quedado, dejando que fuera uno de sus ayudantes quien volara de vuelta a la Universidad de Boston y se hiciera cargo de sus clases durante algunas semanas al inicio del semestre.

Claire se había quedado principalmente para terminar sus análisis de la cerámica hallada en el lugar. Como el miembro americano de mayor graduación de los que quedaban, tenía que trabajar conjuntamente con los griegos para cerrar el inventario, encargarse de su envío y sellar la tumba para impedir el vandalismo.

Ella y George eran el único personal cualificado que había quedado en el campamento para trabajar en la excavación. Originalmente, Kontos tenía que supervisar aquella última fase, pero desde finales de junio había pasado la mayor parte de su tiempo en Atenas. Su ausencia dejaba ahora a los americanos solos, excepto una mujer del pueblo que se encargaba de la cocina y el encargado del campamento.

Claire admitió a regañadientes que el apuntalamiento original de George de la tumba era con toda probabilidad resistente, desde el punto de vista estructural. Sin embargo, lo reforzaron en torno al agujero, y estudiaron la losa que había extraído de la pared de la tumba.

No tenía nada de particular excepto las marcas de los círculos concéntricos..., el único dibujo de aquel tipo en todo el interior de la tumba. También se detectaban pequeños fragmentos de piedra arrancados de los bordes, y el mortero había desaparecido en parte. George propuso que aquellas marcas debían representar los tímidos esfuerzos de algunos ladrones por extraer la losa. Durante los primeros mil años después del entierro, el mortero debió ser lo bastante resistente como para desanimar todos los casuales esfuerzos.

Las tumbas micénicas eran austeras, producto de un pueblo que nunca había conocido la opulencia. Hacían eco a la moda cretense de un profundo pozo circular excavado en la ladera de una colina. Los modernos arqueólogos las llamaban tumbas *toloi*, una palabra derivada de la antigua griega que significaba redondo.

Los micénicos las construían recubriendo el pozo con bloques de piedra, rematados por una alta bóveda acartelada que se proyectaba por encima de la colina. Diferían de los cretenses cubriendo la bóveda con un montículo, que a su tiempo se fundía con la colina, haciendo que las tumbas resultaran difíciles de localizar. Durante el período más próspero de la sociedad micénica, podían descubrirse las

tumbas buscando el largo pasadizo, el *dromos*, que penetraba hasta ellas. Esos pasadizos eran dejados generalmente al descubierto, porque la tumba era utilizada para sucesivos entierros.

Los círculos tallados en el bloque de piedra eran lo que había empujado a Claire a extraer la losa, en la creencia de que marcaba un emplazamiento funerario secundario. Había parecido una idea poco prometedora, puesto que normalmente los micénicos lo dejaban todo fuera, a plena vista. No tenían nada de la astucia de los grandes constructores de pirámides egipcios, que disponían entradas ciegas, trampas, falsas cámaras y otros engaños para despistar a los ladrones de tumbas. Al parecer, los micénicos esperaban que nadie despojara nunca sus tumbas de su contenido. Claire hallaba esta inocencia fuertemente atractiva. Aquella gente muerta hacía tanto tiempo construía con una tosca simplicidad, modelando y calculando sus arqueados domos subterráneos con una exactitud que raras veces había cedido, ni siquiera después de 3.500 años, a las filtraciones de agua o a los terremotos.

Normalmente, una tumba colmena se colapsaba por la parte superior del domo, derrumbándose sobre sí misma, dejando un agujero que cualquier pastor que pasara terminaba observando. Era así como se habían descubierto la mayor parte de las tumbas conocidas antes de que empezara la arqueología moderna.

Aquella tumba era típica, pese a contener hallazgos interesantes y poco habituales. Un nativo de uno de los pueblos cercanos, Salandi, había llamado al Departamento de Antigüedades y Restauración para transmitirles el informe de un agujero en la ladera de una colina a diez kilómetros de su pueblo. Había oído hablar de él en el café.

Los ladrones de tumbas habían llegado allí mucho antes. Las tumbas colmena eran usadas tan sólo para la realeza, y sus descendientes lo sabían; pocas habían sobrevivido intactas. Aquí los ladrones habían roto urnas y cajas, esparciendo la mayor parte de su contenido. No quedaba nada de oro, ni de urnas de cristal, nada que fuera inmediatamente aprovechable.

Los turistas recordaban mejor objetos tan valiosos como la famosa máscara de oro de Agamenón, erróneamente identificada por Schliemann cuando la tomó del Círculo Funerario del Palacio Micénico. Era gloriosa, hermosa, y decía mucho acerca de la vida real de aquellos tiempos. Los arqueólogos, sin embargo, estaban interesados igualmente en artefactos que mostraban la vida cotidiana, y en eso el emplazamiento resultó un buen hallazgo. Los devotos sirvientes de los muertos habían incluso herramientas, sellos de piedra, dagas, espadas cortas de bronce, utensilios, cerámica, espejos, peines, sandalias..., todo lo que el rey muerto podía necesitar para mantener su casa en la otra vida.

El rey en sí no era más que un montón de huesos blanqueados, probablemente arrojados a un lado cuando los ladrones desgarraron su podrido sudario para arrancar

las joyas prendidas en él. Los huesos fueron equitativamente divididos entre los equipos de laboratorio de Atenas y de la Universidad de Boston, donde aguardaban un posterior estudio. Se encontraron varios conjuntos de huesos, todos al mismo nivel. Esto podía significar que los micénicos utilizaron la tumba para varias generaciones, o que varias personas fueron enterradas a la vez, o incluso que algunos pastores murieron allí tras el derrumbe.

Algunos objetos pequeños —cerámica, joyas menores, cuentas de amatista— fueron hallados enterrados bajo los montones de rocas y polvo caídos. Al parecer los saqueadores no se habían molestado en cavar para obtener todo lo posible. Rastros de negro hollín en las paredes hablaban de siglos de utilización como refugio contra las tormentas, probablemente por los pastores. Los elementos fueron ampliando gradualmente el agujero en el domo, aumentando la acumulación de polvo en su interior. El hollín empezaba a varios centímetros por encima del suelo original, muda evidencia de que los fuegos habían sido encendidos encima de los restos acumulados por los siglos.

Como de costumbre, Kontos se había llevado los artefactos más hermosos o sorprendentes a Atenas. Había proporcionado a la expedición de la Universidad de Boston poco tiempo para estudiar los mejores hallazgos, y había rechazado los intentos de verlos durante la limpieza y análisis en los laboratorios atenienses.

El año pasado, el gobierno marxista griego había exigido que las excavaciones dejaran de ser efectuadas como hasta entonces, a través de la Escuela Americana de Estudios Clásicos. Kontos se convirtió en codirector, con poder de veto. Las fricciones con Kontos sobre este y otros asuntos hicieron que las relaciones en el campamento se volvieran tensas desde principios del verano.

—Por eso deseo echar una buena mirada a todo, rápido —dijo Claire a George al día siguiente.

—¿Sólo a causa de Kontos? Sé que es difícil tratar con él, pero aquí tenemos algo muy especial. Tenemos que ir con cuidado, o...

—O se nos acabará el tiempo.

—Una vez Kontos vea esto, estoy seguro de que nos permitirá quedarnos todo el mes.

Claire no le había dicho a George nada de lo ocurrido en la tienda de la cerámica. Kontos se había ido echando humo, lo cual no presagiaba nada bueno.

—Nuestro permiso nos ha sido retirado, ¿recuerdas?

—Sólo una formalidad.

—¡Ja! Se nos dio una semana, y punto. Kontos se atenderá a eso, puedes estar seguro.

—Estás exagerando. De acuerdo, no se puso de nuestro lado. Pero por el amor de Dios, es un auténtico científico...

—Y un coronel de su nueva y brillante Guardia Interior.

—¿De veras? El gobierno está dando títulos y grados a diestro y siniestro. Políticos.

—Escucha. Estoy a cargo de esto. —Claire se puso en pie, con el ceño fruncido. Recordaba que el hecho de tener a tu oponente sentado, obligándole a alzar la vista para mirarte, era siempre una maniobra útil. Por toda la tienda se difundía una luz amarillenta que hacía destacar el polvo en las cajas de cerámica que les rodeaban—. Vamos a sacar las losas de arriba y de abajo. Ahora.

George se encogió de hombros. Claire sintió una momentánea excitación, pero impidió que aflorara a su rostro.

—Será mejor que aguardemos a que regresen esos malditos trabajadores —dijo hoscamente George.

—Si regresan. En estos días lo que les impulsa es la política, no el trabajo.

—¿Hay algo en los periódicos de esta mañana?

—Las ampulosidades habituales. Japón y Brasil han reducido de nuevo el comercio marítimo con Grecia. Atenas afirma que se trata de una conspiración financiera internacional. —Claire se mantenía al corriente de los asuntos internacionales, pero no sentía simpatías hacia ningún bando en particular. El esfuerzo de mantener adelante su vida profesional era suficiente, gracias.

—¡Ja! ¿Quién le daría dinero a un comunista gorrón? ¿Algo en las noticias de los Estados Unidos?

—El presidente sigue adelante: Notificó a las Naciones Unidas que nos retiraremos totalmente de la organización en tres años.

—¿De veras? No creo que llegemos hasta tan lejos.

—Las Naciones Unidas pueden elegir entre reformar el acta o abandonar la ciudad.

—Eso suena serio.

—Y se celebró ese referéndum en California..., van a dividirla en dos estados.

—¡Eso es una locura! ¿Y todo ello por los derechos de agua?

—Los ecologistas contra los granjeros.

—Y creemos que los griegos están locos.

—Tendrías que haber visto la mirada que me echó el dueño de la tienda cuando fui a comprar el periódico.

—Hey: una mujer sola, atractiva, en un pueblo pequeño; no me sorprende.

Ella agitó la cabeza, exasperada, ignorando el cumplido, como siempre.

—No fue ese tipo de mirada. Fue hostil.

—Hum. De todos modos, me gustaría tener algunas manos extra para ocuparse de esa pared; es...

—Yo te ayudaré. Vamos.

Extrajeron primero el bloque de abajo. Era el menos peligroso, puesto que claramente no sostenía ningún peso significativo. Lo retiraron de la pared, dejando expuesto el pie de la roca negra, y vieron una sola línea recta tallada en la base.

—Curioso —dijo George—. No parece un dibujo.

—Quizá sólo sea una marca para indicar que ésta es la parte de abajo.

—Podría ser. No todas las marcas han de significar mucho. —Se acuclilló para estudiarla—. Hay algo de polvo de color claro atrapado al fondo de la marca del cincel.

—Quizá sea vieja pintura. Dejémosla para que la analicen los químicos.

—De acuerdo. ¿Ahora qué?

Evidentemente, George deseaba que la responsabilidad recayera en ella. Muy bien.

—Quitemos el bloque de arriba.

—¿Cómo? Puede venirse abajo toda la pared.

Ella frunció los labios.

—Hagamos un marco alrededor del cubo. Luego saquemos el bloque de arriba con una polea y un soporte.

George suspiró.

—Si aguardáramos a tener un poco de ayuda, sería más seguro.

—Y sería más tarde. Quizá demasiado tarde. Vamos.

Cuando hubieron retirado el bloque superior, oscilando suavemente en su maraña de cuerdas y cadenas, ambos jadearon sorprendidos.

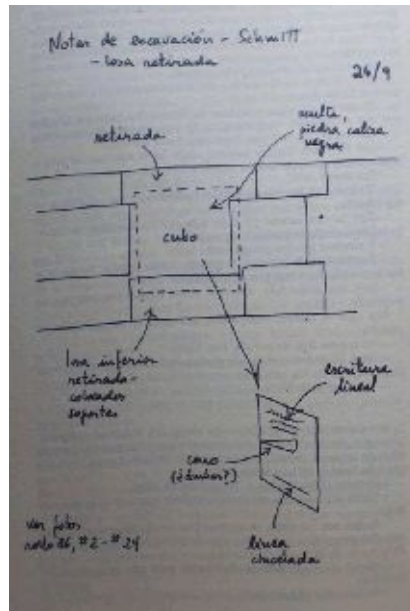
—¡Es escritura lineal! —exclamó George.

—Sobre piedra. —Claire observó las tres líneas de símbolos recién puestas al descubierto. Las letras estaban hechas con rasgos sorprendentemente rectos, cortados en la piedra—. Nadie ha encontrado nunca ningún tipo de escritura excepto sobre arcilla.

—Mira el cincelado. Cómo capta la luz.

Claire se inclinó bajo el oscilante bloque y acercó la lámpara.

—También hay un polvo coloreado en el fondo de los surcos. A base de arcilla, supongo. Tiene un aspecto brillante, como si aún estuviera húmedo.



Retrocedió. Con el bloque de arriba retirado, el tamaño total del cubo de piedra caliza negra la sorprendió. Tenía más de un metro de altura. Un olor musgoso brotaba de la abertura, arrastrando consigo el aroma de tierra vieja y mojada, abierta al aire libre por primera vez en milenios. Claire frunció la nariz. Siempre asociaba ese pesado y penetrante aroma con el de una tumba que había ayudado a abrir en Messinia. Al cabo de dos mil años, el cuerpo aún poseía algunos fibrosos y secos fragmentos unidos a los huesos. El contacto con el húmedo aire alzó un olor acre que la arrojó fuera del lugar, presa de arcadas. Después, se quitó sus ropas y las quemó.

Aquí no era tan malo. El olor procedía simplemente de la materia orgánica del suelo. No había ningún cuerpo detrás de los bloques, se recordó a sí misma. Dentro de poco el mohoso olor desaparecería.

—Esa..., esa escritura.

—Lineal B. La conoces, ¿no?

Claire frunció el ceño.

—Sí, pero...

Nadie había visto nunca la lineal B escrita sobre algo que no fueran tablillas de arcilla utilizadas para cuentas. La Edad de Bronce del Egeo no había avanzado más allá de las simples habilidades de registros comerciales desarrolladas antes por Siria y Mesopotamia. Los escribas, a lo largo de todo el Peloponeso, mantenían registros de las transacciones, probablemente con finalidades de impuestos, en tablillas de arcilla no cocida. Eran listas de cucharones, ollas, bañeras, mesas taraceadas en marfil, escabeles de ébano, sirvientes, armas, carros, una miríada de detalles. Cuidadosamente almacenadas en estanterías en la habitación del archivo de los palacios, fueron accidentalmente endurecidas por el fuego de los incendios que derribaron la civilización micénica. Como el Ave Fénix, las tablillas resurgieron de las llamas para devolverle la vida a aquel mundo perdido.

Claire recordaba las tablillas, la forma mellada en que los hombres habían grabado rápidamente los dibujos angulares que totalizaban la cantidad de grano, vacas, tinajas de vino. Encontrar esos mismos símbolos utilizados aquí, sobre piedra, en una tumba, era notable. Podía sentirse emocionada. Pero algo...

—No es lineal B —exclamó. George se volvió hacia ella, incrédulo.

—¿Qué? No lo he estudiado mucho, pero puedo reconocer algunos elementos.

—Mira de nuevo. Hay similitudes, pero eso puede deberse a la diferencia en la técnica, piedra contra arcilla.

—Pero todo el mundo por aquí utilizaba la lineal B.

—Cierto. —Se llevó los dedos a los labios, pensando, y entonces se dio cuenta de que se los había manchado de polvo. Se estremeció, escupió, se agitó—. ¡Uf!

—Sí, huele a cerrado aquí, ¿no?

—Toma algunas fotos, ¿quieres? Yo..., quiero ir a consultar algunas referencias.

Salió apresuradamente de la tumba y recorrió el *dromos*, de setenta metros de largo. Respiró profundamente, sorbiendo el dulzor de un distante enebro. A lo largo del sendero hasta el campamento, le dio la bienvenida la visión de los densos arbustos parecidos al acebo, aunque con bellotas más abultadas colgando de enormes cúpulas. Se recordó que algún día tenía que buscar cuál era el nombre exacto de la planta. Por el momento, sin embargo, tenía otra cosa distinta que encontrar.

Al cabo de diez minutos la había encontrado.

—Bien, tenías razón a medias —dijo cuando regresó a largas zancadas a la cámara llena de ecos más allá del enorme dintel. George disparó su flash para otra foto y la miró.

—¿Por qué a medias?

—Es lineal, por supuesto. Pero no B. Es A.

Él se inmovilizó.

—Imposible.

—No. He cotejado ocho símbolos. —Le tendió un libro de referencia—. Compruébalo tú mismo.

—Es imposible —repitió George. Tomó el libro, y sostuvo los dibujos transcritos de las tablillas de arcilla contra la luz. Miró, débilmente perplejo, y su rubia cabeza se agitó hacia un lado y hacia otro, del libro a las letras del bloque—. Bueno..., ya veo lo que quieres decir. Pero ¿cómo fue a parar aquí?

Claire se situó debajo de una colgante lámpara y alzó una mano para brotar las cinceladas marcas. Cuando su mano las rozó, su brazo se estremeció ligeramente, las aletas de su nariz captaron el intenso olor musgoso, y retrocedió.

—Traído desde Creta, quizá —dijo suavemente—. O es más probable que las tallara un trabajador cretense. —La lineal A era una transcripción del lenguaje minoico, o eteocretense.



—Vaya suerte. La lineal B fue descifrada en los años 50, ¿no? ¿Cuánto tiempo falta para que alguien haga lo mismo con la lineal A?

Ella sacudió la cabeza, contemplando aún las enigmáticas líneas. *Iban a tener que hacer analizar esa arcilla o pintura o lo que sea*, pensó.

—Probablemente nunca.

—Hay nuevas técnicas de ordenador, métodos de...

—Necesitas una referencia. Algo con lo que establecer una referencia. —Claire rebuscó entre sus recuerdos de conferencias de hacía más de una década. Cómo Alice Kober demostró que había alteraciones en las terminaciones silábicas de las palabras en la lineal B, que demostraban que era una lengua provista de declinaciones. Cómo un arquitecto británico correlacionó entre sí las vocales, y cuando fueron descubiertas nuevas tablillas en Pilos confirmaron sus predicciones. La lineal B era griega, Los griegos habían tomado el silabario semítico, habían añadido sonidos de vocales a aquellos signos, y así habían inventado los signos consonantes. Así nació el primer alfabeto completo, un auténtico lenguaje escrito. Sólo que, ¿lo era realmente? ¿O habían sido los minoicos quienes habían efectuado primero el truco, con la lineal A? Nadie lo sabía—. No tenemos mucha información sobre la lineal A. Nadie sabe cómo sonaba el minoico.

—Quizás esto nos dé algo sobre lo que progresar. —George elevó el trípode de la cámara, situándolo al nivel de la inscripción.

—Esta es la única inscripción sobre piedra en lineal A —murmuró pensativa Claire, observando a su compañero tomar primeros planos.

—Parece como la tapa de un sarcófago. —George estaba sudando, y el polvo se posaba sobre su rostro, sin que él se diera cuenta. Sus tejanos y su camisa de trabajo habían palidecido hacía rato con los finos depósitos.

—Hummm. ¿Pero con una decoración en ámbar? Y los micénicos utilizaban tumbas excavadas en la roca, pero no sarcófagos. Y aunque lo hicieran y nos hubieran pasado desapercibidos hasta ahora..., ¿por qué colocar la tapa detrás de una pared?

George sonrió.

—¿Para ocultarla?

—¿De quién? ¿Del rey muerto?

—Cierto. No tiene sentido.

—Tenemos que tomar mediciones, hacer pruebas. En especial de esa materia brillante en los golpes de cincel.

—La roca en sí no tiene nada de especial. Simple y vieja piedra caliza negra.

Claire empezó a despejar la zona, haciendo sitio para el equipo.

—Quizá. Hay una casa de campo en ruinas cerca de Vafio, de la que sólo quedan unas cuantas medias paredes de piedra caliza en pie. Los pastores estuvieron metiendo allí sus ovejas por un estrecho corredor durante miles de años, y el roce de

la lana contra las piedras hicieron que la piedra caliza brillara como el mármol. Había historias locales que decían que era la última pared que quedaba en pie de un gran palacio de mármol. El equipo de Harvard que trabajaba en el lugar se pasó un año para conseguir deducir la realidad.

—¿Crees que deberíamos efectuar un análisis de metales?

—Exacto. Quiero saber lo que hay en estas incisiones.

—El coronel doctor Kontos no va a tardar mucho tiempo en poner los puntos sobre las les —bromeó George—. Con un poco de suerte, tendrá esto embalado en una caja y enviado a Atenas en menos de una semana. Con su nombre en todos lados.

Claire frunció el ceño.

—¿Has oído algo?

—¿Eh? No. Mira, no tengo la menor duda de que Kontos se encargará de proseguir personalmente la excavación. Va camino de convertirse en el Director General de Antigüedades y Restauración.

—Kontos siempre fue un buen científico —murmuró ella—. De acuerdo, siente debilidad por pavonearse con ese uniforme, pero...

—¡Ese hombre es un maníaco!

—Sólo es un patriota. Estos últimos meses se ha visto arrastrado por los acontecimientos. Y puedo comprender también sus argumentos. Simplemente se pone del lado de su país.

—Tom Paine con toga, ¿eh? —gruñó sarcásticamente George.

—Estoy segura de que cuando le hable de este hallazgo nos dará más tiempo para desentrañarlo.

George alzó las cejas.

—Hey, suena como ese jeep de nuevo. Ella se volvió en redondo.

—¡Oh, no! No puede volver hoy.

—Es tu oportunidad de intentar razonar con el coronel. Los sarcasmos de George podían provocar a Kontos. Tenía que mantenerlo a distancia.

—Quédate aquí, sigue trabajando.

—No me perdería esto por nada del...

—¡No! De hecho, será mejor que cierres también la puerta de madera. La diplomacia no es tu fuerte. No lo quiero aquí dentro.

George rió quedamente.

—¿Crees poder manejarle?

—Por supuesto —dijo ella, pero no estaba tan segura.

## 4

Halló a Kontos dando órdenes a los trabajadores. Estaban cargando cajas en un camión Nissan gris.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Estoy llevándome nuestro equipo. También los artefactos que quedan.

—¿Qué? Tenemos semanas...

—No. He hablado con los demás, todos están de acuerdo..., no se les concede todo el tiempo. —Se volvió hacia ella y sonrió, sin ningún humor. Luego se volvió sarcásticamente y se dirigió hacia la tienda de la cerámica.

Claire se apresuró a alcanzarle.

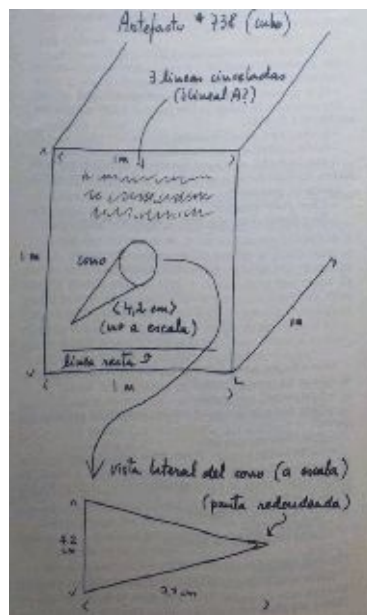
—¿Cuánto tiempo?

—Les he conseguido dos semanas.

—Dos...

—Como máximo.

Kontos echó a un lado de golpe el faldón de la tienda y entró al sofocante calor de dentro. Halló la cerámica ya metida en cajas por Claire y etiquetada con gruesos y rápidos signos de rotulador. Avanzó por los



pasillos entre ellas con deliberada rapidez, aún sonriendo, a todas disfrutando de hacerla correr como un suplicante a sus talones. Claire rechinó los dientes.

—¡No puede hacer usted esto!

—Mi gobierno es el que lo hace, no yo.

—Perjudicará las relaciones entre nosotros, hará que...

—Hay otros científicos en este mundo. Otras fuentes de su precioso dinero.

—¡No es eso! Hemos hallado...

—A nuestros aliados árabes les ha gustado cómo expulsamos a los sionistas. Ya nos dan petróleo más barato que ustedes. Pronto quizá nos llegue un poco más de ayuda de ellos, para hacer que los griegos consigan descubrir su propia historia..., ocurrirá, puede estar segura. —Saboreó sus palabras mientras trabajaba, seca y eficientemente.

—Alexandros, tiene que haber alguna forma de arreglar esto.

El hombre se detuvo, el bolígrafo en el aire.

—Oh. ¿De veras?

—Necesitamos tiempo. Hemos encontrado algo...

—Suplicar no cambiará las cosas.

—Hay aspectos importantes...

—Nosotros los griegos nos encargaremos de ellos.

—Llame a Hampton. El...

—No servirá de nada. Esto es entre usted y yo.

—¿Nosotros?

Kontos avanzó hacia ella, su sonrisa un poco más cálida.

—Quizá haya habido un malentendido entre nosotros.

Desconcertada, ella empezó a decir:

—Si se refiere a eso, espero que un científico de su categoría...

Kontos adelantó una mano y sujetó su brazo, tirando de ella hacia él.

—De todos modos, aún no es demasiado tarde.

Su otra mano ascendió y se posó sobre el pecho de ella. Fue algo tan inesperado que Claire quedó inmóvil por un instante, sin acabar de creer que aquello pudiera ocurrir de aquel modo, tan bruscamente. Jadeó impresionada, sintiendo el ácido olor almizcleño de él cuando la atrajo hacia sí, envolviéndola.

—Usted..., ¡no!

Se retorció contra él. Las largas manos del hombre mantenían clavados sus brazos, y habló directamente a su rostro.

—Repito que hubo un malentendido entre nosotros. Puede cambiarse.

—¡No!

—No me da usted ninguna oportunidad.

—No, si ha de ser así.

Consiguió liberarse, y se dio un doloroso golpe contra la mesa. Los fragmentos de cerámica se esparcieron por el suelo.

—¿Y? —preguntó él, inexpresivo.

—¡Nunca!

Kontos frunció los labios.

—Lo he intentado por segunda vez. Creo que no debí molestarme en hacerlo.

—Tiene usted malditamente razón. —Se secó el sudor del rostro, jadeante,

sintiéndose sucia y enrojecida.

—Usted y yo no somos niños.

—Bueno, yo no.

Las mandíbulas del hombre se encajaron.

—Muy bien. Entiendo. Aunque usted no. —Cuadró los hombros y miró a su alrededor, el uniforme tenso sobre su pecho—. Dejará usted este lugar tan despejado como estaba antes. En una semana a partir de hoy.

—¿Una semana?

—Es oficial.

—Es usted un hijo de puta.

—¿Lo ha entendido?

—Apueste a que sí.

—Espero que las cajas de muestras estén bien clasificadas.

—Por supuesto.

—Entregaré un catálogo completo, copias y notas.

—Apueste a que sí.

—Y lo entregará todo en mis manos.

—Lo haré todo lo mejor que pueda.

Kontos sonrió severamente.

—Puede que no sea suficiente.

—Puede estar usted malditamente seguro de que lo será —dijo ella, desafiante.

—Ya veremos.

George jadeó, incrédulo.

—¿Qué le dijiste qué?

—De acuerdo, quizá me puse furiosa.

—¿Quizá? «La diplomacia no es tu fuerte», me dijiste.

—¡El me insultó! ¡Su mano...!

—Sentía la necesidad de perfeccionar su dominio del inglés —Claire se envaró.

—Todos sois iguales.

—Sólo en la oscuridad. Pero mira..., ¿va a atenerse realmente a ese plazo de una semana?

—Me temo que sí —asintió ella tristemente.

—Buen Dios.

—Si yo no me hubiera puesto tan furiosa...

—Hey, mira, no sigas pensando así. Ese untuoso rastrero viene hasta ti, utiliza su posición..., hiciste lo que correspondía.

Ella sonrió.

—Me gustó la expresión de su rostro. No está acostumbrado a que sus animalitos de compañía le muerdan la mano.

Claire había observado alejarse el jeep de Kontos, alzando tras sus ruedas un furioso cono de polvo, y luego había trotado colina arriba hasta la tumba.

George paseaba arriba y abajo junto a la entrada, la cabeza gacha.

—No vamos a poder hacer mucho más. No lo suficiente.

—Si ésta fuera una excavación ordinaria, el año próximo podríamos... —Se detuvo y estudió el reseco y ventoso cielo. Le llegó un murmullo de la distante resaca, arrastrado por una brisa pasajera. Dijo con una nueva certidumbre—: Pero no va a haber año próximo.

George parecía dubitativo.

—Hey, esto no fue más que un incidente. Y él sólo es un tipo.

—No podemos contar con eso.

George dio una patada a una piedra y metió las manos en los bolsillos de las caderas de sus tejanos.

—Sólo recoger el campamento se llevará la mayor parte de la semana.

—Tendrás de vuelta a los hombres. Kontos no se detuvo para nada al irse, excepto para arengar al encargado del campamento acerca de esto.

—¿De veras? Ese artefacto de ahí dentro va a tomar meses...

—No para una investigación preliminar. Puedes abrirte camino hasta la parte de atrás, ver si hay alguna otra cosa. Cribar el suelo de la parte posterior, buscar rastros de elementos.

—¿Y? Si Kontos sella el lugar, no nos dejará volver, él dispondrá de todo lo necesario. Trabajo de laboratorio, tiempo para husmear por los alrededores en busca de otros artefactos...

—Excepto una cosa. No sabe que está aquí.

George la miró fijamente.

—¿Eh? ¿No se lo dijiste?

—No tuve oportunidad de hacerlo. En todo momento se encargó de llevar con mano maestra la conversación hacia lo que le interesaba: el señor Macho haciéndose cargo de todo. No pude meter baza en ningún instante.

—Ajá.

—Parte de mi diplomacia. Pensé que podría convencerle de que podía proporcionarnos más tiempo, si sabía que teníamos algo importante.

—Hum. Podría haber funcionado.

—Sí. —Suspiró—. Pero no tuve ocasión de intentarlo.

—El encargado del campamento sabe algo. Se lo dirá a los trabajadores. Llegará hasta Kontos.

—Sí, pero él sólo sabe que encontramos algo, no qué.

—Un buen punto. Puedo cogerlo por mi cuenta, decirle que lo mantenga oculto de los demás, que el coronel doctor no desea que se sepa nada de esto.

—No, exactamente lo contrario. Decirle al encargado del campamento que el coronel quiere que el trabajo se realice rápido, porque estamos cerrando el lugar.

—De acuerdo. Todo el mundo supondrá que Kontos lo sabe.

—Eso puede proporcionarnos algunos días... —Claire miró lúgubrementemente la recortada línea de las colinas—. De todos modos, odio tener que dejar todo el maldito asunto en sus manos dentro de una semana.

—Sí, él conseguirá todo el asunto completamente gratis de tus lacayos del laboratorio.

—Y con el humor en que está ahora, y la situación política...

—Correcto. Lo publicará todo con su nombre.

—A menos que nosotros hagamos algo. —Claire se volvió bruscamente y echó a andar por el corredor de piedra que conducía a la tumba.

—¿Cómo qué?

—Conseguir alguna palanca. Hacer un trabajo rápido. Quizá lograr algo que sirva para que la Universidad de Boston haga un poco de presión.

—¿Cómo? —preguntó George a sus espaldas.

—Voy a regresar a Boston. Tomaré algunas fotos, mi diario de la excavación..., y volveré dentro de dos días.

—¿Y me dejarás para que yo maneje solo todo esto? —preguntó él con voz deshinchada.

—Sí. Deja que los trabajadores recojan el campamento. Tú..., límitate a seguir excavando.

## SEGUNDA PARTE

### 1

John Bishop se sentía incómodo con paraguas. Los bostonianos le habían dicho que aquélla era la primera firme y respetable tormenta de lo que iba a ser una larga estación, así que había comprado una práctica defensa que se desplegaba por sí misma desde su palma con una alarmante energía. Parecía innecesaria para la suave llovizna grisácea que empañaba el aire, proporcionando a los apartamentos de ladrillo de la avenida Commonwealth un brillo surrealista. Giró a la derecha en la avenida Mass y frunció la nariz ante el intenso olor de frituras, hamburguesas con queso y aceite rancio que derivaba por encima del cuarteado pavimento. Los estudiantes se apiñaban en la hilera de locales de *fast food*.

Derivó su atención hacia las universitarias que se encaminaban a lo largo de la calle Beacon hacia la Universidad de Boston. Llevaban pesadas carteras, como él. Era una costumbre que había adoptado cuando aún no se había graduado en la Universidad de Rice. Igualando inconscientemente esfuerzo físico con labor productiva. Una mujer de largas piernas, con los tejanos metidos dentro de unas botas negras altas, llamó su atención.

Siempre le habían gustado las mujeres altas, con su inherente andar regio. El era un hombre tímido de metro ochenta de estatura, pero había salido con mujeres que estaban diez centímetros más cerca del cielo que él. Un amigo le había pinchado en una ocasión acusándole de que aquello no era de hecho una preferencia natural, sino una estrategia, basada en la Verdad ampliamente asumida de que las mujeres altas tienen pocos pretendientes, y por eso son más fáciles de conseguir. Era casi plausible, pensaba John, puesto que su aspecto era más bien vulgar, con su pelo castaño poco llamativo y sus ojos verdeazulados. Presumiblemente su habilidad atlética, que había alcanzado su cima en la escuela secundaria y luego se había ido degradando rápidamente, le hubiera servido de algo si se hubiera dedicado con mayor asiduidad a los juegos sociales, en vez de al solitario jogging y los ocasionales partidos de rugby del barrio los fines de semana. Pero no, la afirmación de su amigo estaba equivocada; simplemente le gustaban altas, siempre que no encogieran los hombros en un desesperanzado esfuerzo por parecer más bajas. Le parecía evidente que ninguna



mujer mejoraba su aspecto intentando ser algo que no era.

El cruce de Storrow Drive estalló en todo su clamor ante él, lanzando por delante su impaciencia por empezar el día mientras cruzaba el puente de Harvard..., llamado así, pensó irónicamente, porque se sumergía directamente en el centro del MIT. El puente era una cosa baja y fea, que cruzaba el Charles con economía espartana. Un equipo de remeros pasó afanándose por debajo, hundiendo y alzando los remos y dejando tras de sí una precisa estela en la inmóvil agua. John recordó haber leído en un panfleto introductorio que «se aconsejaba a las personas que caían accidentalmente al Charles que revisaran la caducidad de su última vacuna contra el tétanos, y se inyectaran inmediatamente en caso necesario». La estela de los remeros se disolvió en una repentina e impetuosa conmoción. Se echaron a un lado y dejaron pasar la barcaza del MIT. John se encogió ligeramente y se acercó el paraguas, y pensó que probablemente había sido una mala idea venderse el coche cuando abandonó Berkeley. Los coches que pasaban por su lado le rociaron abundantemente por su deslealtad hacia los de su clase, mientras caminaba el resto del camino.

La falange de cemento gris del MIT era severa, desnuda e imponente. En los edificios más antiguos, las ventanas de negros marcos alzaban sus ojos hacia arriba. El edificio principal recompensaba su ansia vertical con la corona de un austero domo copiado de un antiguo modelo romano. Cada losa sobre los dinteles proclamaba una serie de principios manifiestos, suponiendo inconscientemente que la ciencia no era un mero conjunto de reglas sino el trabajo artístico de hombres que habían vivido. Los nombres de Aristóteles, Newton, Darwin, estaban grabados en grandes y anchas letras, y en un tamaño algo menor los de Maxwell y Boyle y Lobachevski que habían dado nacimiento a las ecuaciones, hallado los elementos o desentrañado los enigmas. Un lema altanero: Producimos los hombres, ellos producen las leyes. (Aunque de hecho ningún graduado del Tech aparecía en la lista.) Cerca, las piedras que remataban las grandes y aflautadas columnas coronaban el Instituto Tecnológico de Massachusetts, dando la impresión de un templo secular de alta tecnología. En la Segunda Guerra Mundial, pese a su escasez en los frentes de guerra, se habían reservado algunas baterías antiaéreas para proteger el campus.

Sacudiendo el paraguas, se metió en el pesado calor del edificio Pratt. Le gustaba particularmente la despreocupación de los estudiantes allí. Cerca de su oficina había un panfleto religioso clavado con chinchetas en un tablero de anuncios, cuyo título proclamaba solemnemente: hay cosas que se supone que el hombre no debe conocer. Cruzando las columnas de letra impresa que le seguían alguien había garabateado: *¿Sí? ¡Nómbreme una!* A John le gustaba aquello: retrátate o cállate. Era refrescante, después de los educadamente atentos y aburridos estudiantes a los que había enseñado mientras se ganaba su doctorado en la Universidad de Rice.

Dejó su impermeable para que goteara en un antiguo perchero de madera y abrió

ligeramente su ventana. Le gustaba trabajar con el ventoso resonar de la lluvia como fondo, un coro al azar atestiguando que una vida amplia y tumultuosa proseguía allá fuera mientras él se sumergía en sus ecuaciones.

Alzó la vista de algunos cálculos cuando oyó una suave y rápida llamada en su puerta.

—¡Está abierto! —La mujer entró en tres largos pasos, miró a su alrededor, le frunció el ceño.

—El doctor Sprangle dijo que debía ver a alguien del grupo de metalurgia. Soy Claire Anderson.

Tendió la mano, y John Bishop se levantó y rodeó su escritorio para estrechársela. Realizó esta maniobra, casi derribando una papelería completamente atestada, sin apartar los ojos de su rostro. Su apariencia le había impactado como un golpe físico. No era una mujer hermosa, pero las características angulares de su rostro le cautivaron. El severo filo de su barbilla se veía suavizado en el último momento por una mitigadora redondez, un poco enrojecida por el frío, y la V que formaba atrajo de inmediato su atención, junto con los planos de sus mejillas, que se juntaban en unas altas y delicadas crestas en sus pómulos, como unas murallas que defendieran sus resplandecientes ojos azules. Y, sí, era alta.

Lanzó a su oficina una breve mirada que la barrió por entero, deteniéndose solamente encima de su atestado escritorio; sus anchos labios se curvaron en un gesto ligeramente desdeñoso.

—Soy de arqueología, allá en la Universidad de Boston. —Su apretón de manos fue firme y profesional—. ¿Le importa que fume?

—No —mintió.

Ella se volvió, haciendo que su falda roja se agitara, y se sentó en el amplio alféizar de roble de la ventana.

—Estoy intentando conseguir un poco de ayuda, ayuda experta. Me han dicho que Watkins era la persona de su grupo que normalmente se ocupa de los problemas de metalurgia que se apartan de lo habitual.

—¿Sí? —John había aprendido hacía años que una simple afirmación que llevara implícita una pregunta extraía invariablemente más información de la otra persona, sin necesidad de tener que admitir nada.

—Bien, tengo uno de esos problemas. Necesito a alguien que lleve ese equipo de Watkins a Grecia, me ayude a utilizarlo, y acepte la responsabilidad de llevárselo de vuelta con él cuando yo lo haya utilizado.

—Watkins está en...

—En China, ya lo sé. En sus vacaciones sabáticas. —Dejó escapar una enérgica bocanada de humo de su cigarrillo, generando un centímetro largo de ceniza, y tabaleó rápidamente con el pie en el desgastado suelo de arce. John frunció la nariz

ante el humo.

—Oh... Puede que yo no sea la persona más idónea para...

—Mire, se trata de un trabajo sencillo. Simplemente deseo a alguien que entienda de metalurgia. No tiene que preocuparse por el aspecto arqueológico, yo puedo encargarme de ello.

—De todos modos, yo...

—El MIT exige que un miembro de su personal vaya con el equipo, ya lo sé. Estoy dispuesta a pagar todos sus gastos. Los fondos de nuestra Fundación Nacional los cubrirán. ¡Mire, se trata de un viaje gratis a Grecia! Pero tiene que ir usted *ahora*.

—Subrayó aquella última palabra con una profunda aspiración de su cigarrillo. Expelió una densa nube azulada e hizo caer la ceniza fuera de la medio abierta ventana.

—Bien, bien. —John se veía arrastrado por impulsos conflictivos, y lo disimuló ofreciéndole a la mujer un cenicero.

—No, gracias —dijo ella, y sonrió irónicamente, mirando a la ventana—. Ese otro aún no está lleno.

—¿Grecia? ¿Qué parte?

—La península peloponesa, cerca de Micenas.

—Oh, entiendo.

—¿Nunca ha estado allí?

—No, y siempre he querido ir.

—Micenas son las ruinas de un antiguo palacio. En su tiempo fue el centro de lo que llamamos la cultura micénica. Posiblemente descendiente de los minoicos, que comerciaron a lo largo de todo el Mediterráneo oriental. Pero los micénicos se hicieron grandes y prósperos, y hay signos de que se convirtieron en el poder dominante de la región, mayor incluso que el de los cretenses, allá por los alrededores del 1400 a.C.

—Ajá. —Se reclinó en su escritorio y apoyó una mano en la barbilla, fingiendo sumirse en sus pensamientos, intentando ser tan casual como fuera posible mientras rastreaba la silueta de sus piernas por debajo de la falda.

—De todos modos, nuestra excavación se halla a unos cuarenta kilómetros de Micenas, junto a la costa del golfo de la Argólida. Es...

—¿Sobre el océano? ¿Cómo es el buceo por allí?

Ella parpadeó, cogida por sorpresa.

—No lo sé.

—Supongo que el agua aún debe ser cálida en esta época del año.

—Oh, sí. Usted..., ¿bucea?

Asintió entusiásticamente.

—Aprendí allá en Texas. No es que haya mucho que ver por allí, pero le aseguro

que fue divertido.

—Estoy segura de que hay lugares excelentes cerca de la excavación —dijo ella cordialmente—. Estamos junto a la costa. Matthews, de la Brown, efectuó inmersiones arqueológicas junto a Spetsai, una isla cerca de nosotros.

La furtiva inspección del cuerpo de la mujer se detuvo, y le gustó el resultado. Era esbelta como un pez, y sin embargo con una madura hinchazón en los muslos que prometía territorios salvajes. Las mujeres que le interesaban lo hacían de este modo: como un territorio inexplorado, rico y prometedor, complejo como un continente.

—Suenan estupendo —fue todo lo que consiguió decir.

Ella arrojó su cigarrillo por la ventana, en medio de un rebosante charco.

—La única condición es que tiene que partir usted mañana.

—¿Mañana? —Despertó con un sobresalto de su ensoñación—. No puedo...

—Se lo explicaré en el avión. Ya están hechas las reservas. Tome. —Rebuscó en su bolso y extrajo un billete de la TWA.

—No pierde usted el tiempo —dijo él apreciativamente.

—No, no lo hago. Nunca lo hago. —Se puso en pie—. ¿Puede venir?

—Bien... —Su mente giró en torno a una miríada de detalles, planeó sobre ellos, descendió—. Sí. Estoy en el equipo investigador, de modo que no tengo que preocuparme por la enseñanza.

Ella sonrió.

—Eso imaginé. Lo vi en el directorio. Era usted el primer miembro no docente listado. Los profesores regulares tienen sus clases. Así que supuse que el siguiente en la lista que no fuera profesor tenía que ser el mejor.

Él sonrió.

—Bien, supongo que tengo suerte de que no se fijara usted en el hecho de que los miembros no docentes están listados según su número de habitación.

—Oh. —De nuevo aquellos hinchados labios se curvaron en una sonrisa irónica.

—Dígame: la situación política, ¿no está un poco embarullada allí? —Había leído en alguna parte que los griegos iban a ofrecer a los soviéticos alguna especie de acuerdo comercial preferente. Hacía algunos años se habían negado a renovar los acuerdos de las bases aéreas y marítimas de los Estados Unidos, y se especulaba que quizá los soviéticos se instalaran también allí, pagando un alto precio por el privilegio. Mientras tanto, los Estados Unidos estaban intentando reducir sus fuerzas militares en Europa por razones económicas, observando reluctantes las fuerzas aliadas de la OTAN, que se hallaban también en una profunda y perpetua recesión. La sabiduría popular sostenía que finalmente los soviéticos perderían algo de su paranoia e igualarían las reducciones de los Estados Unidos. Hasta ahora, aquello no había funcionado. Además, la pérdida de las bases griegas había debilitado la política de los Estados Unidos en Oriente Medio. La marea se dirigía claramente contra Israel, en

especial desde que los Estados Unidos les habían presionado a un asentamiento poco después de su victoria en la guerra contra Siria. Todo aquello contribuía a una imagen de una superpotencia en problemas. A los débiles no hay nada que les guste más que ver correr a los hasta entonces fuertes. Los americanos eran un blanco tentador para los ataques de todo tipo en ultramar.

Ella se encogió casualmente de hombros.

—Tiene sus altibajos. Pero sólo vamos a necesitar unos pocos días, recuérdelo. — Se dirigió hacia la puerta.

—Pero, espere..., ¿qué debo llevar? Y el equipo de Watkins. Necesitaré...

—¿Necesitará qué? Límitese a embalarlo. Factúrelo por la TWA como su equipaje.

John dudó. Luego, para cubrir su confusión, dijo alegremente:

—No hay ningún problema. Tiene usted razón.

Ella le miró unos instantes.

—Bien. Por cierto, viaje ligero de ropa. Todavía hace bastante calor en Grecia. Oh, y tome.

Le arrojó una caja pequeña.

—¿Algún medicamento? —preguntó él, observando la polisilábica etiqueta.

—Es un nuevo producto microbiano. Tome una pastilla al día. Vive en sus intestinos y devora todos los microbios que causan la disentería.

—Oh. —John pareció dubitativo. No le gustaba la idea de trastear con su cuerpo. Incluso cuando se había hecho daño practicando el deporte se había resistido a tomar las píldoras ofrecidas.

—No se preocupe, no tiene efectos secundarios —dijo Claire con distante regocijo—. Deposite su fe en la ciencia.

—Pensé que el punto básico de la ciencia era que no necesitabas tener fe en ella —dijo sarcásticamente John.

Claire rió quedamente.

—Cierto, cierto. Pero tómelo de todos modos.

—De acuerdo.

—Le veré en la puerta de la TWA. Llegue temprano.

—Lo haré —dijo él, con lo que esperó fuera una tranquila confianza. Abrió la boca para decir algo más, pero ella ya se había ido, sin siquiera decirle adiós. Se reclinó en su asiento tras el escritorio, hinchó las mejillas y resopló. La oficina olía ahora a humo de tabaco, un olor que detestaba. Pero era un precio pequeño por los momentos pasados con una deliciosa mujer. Había prendido su atención desde un principio, haciéndole contener el aliento. Era algo que no le había ocurrido desde hacía años, desde Ann. Un momento impetuoso, vehemente como aquél, tenía que ser proseguido. Los aspectos menores, sus propios planes, el irritante humo, debían ser

echados a un lado.

Tenía que decirle a Sprangle que iba a tomarse unas cortas vacaciones. Afortunadamente, no tenía nada crucial aguardándole durante las próximas semanas. Todavía no llevaba en Boston el tiempo suficiente como para tener obligaciones que le ataran. Pero iba a tener que ocuparse del equipo de Watkins.

Recogió los papeles de encima del escritorio. Los símbolos garabateados parecían algo que hubiera escrito hacía semanas.

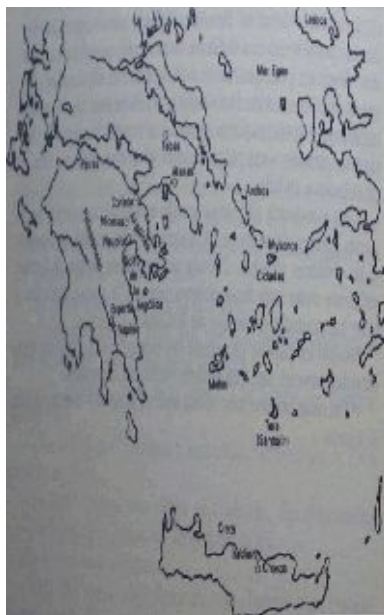
—Las cosas ocurren muy aprisa aquí en el norte —murmuró para sí mismo.

## 2

No captó toda la historia hasta que estuvieron en el coche, camino de las excavaciones desde Atenas. El viaje de la TWA hasta París iba atestado; el dólar volvía a estar alto, y los turistas se derramaban por toda Francia, incluso mucho después de la estación habitual. Tuvo que pagar un alto suplemento para conseguir embarcar todo el equipo. Claire no consiguió dos asientos contiguos.

En el tramo París-Atenas Claire durmió, pero él permaneció despierto, leyendo todo lo relativo al equipo de Watkins. Ahora, John parpadeaba soñoliento ante el improbablemente brillante día teñido e naranja e intentaba asimilar el paisaje que pasaba por su lado mientras Claire le hacía un rápido resumen de los enmarañados acontecimientos producidos hasta entonces. Se sumía en frecuentes disgresiones, acumulando sin piedad detalles y jerga técnica, suponiendo que él sabía más de lo que sabía en realidad.

—Tuvimos problemas con Kontos durante todo el verano, desde discusiones políticas hasta desacuerdos sobre cómo organizar las cajas de las colecciones, así que supongo que no es sorprendente que... Oh, ¿ve ahí? ¿Esa isla que parece jorobada en medio de la bahía? Eso es Salamina.



Temístocles derrotó aquí a la flota persa, incendió sus barcos hasta la línea de flotación, y salvó Atenas.

Los arrabales de Atenas parecían una interminable línea de obras de cemento. Más adelante, los cascarones de cemento gris de las casas de dos pisos se alzaban como los desnudos huesos de un monstruo mecánico. Algunas plantas bajas estaban habitadas, exhibiendo antenas y flores, mientras que la esquelética promesa de una futura afluencia colgaba sobre ellas. Se apresuraron hacia el este, con la

resplandeciente bahía al sur, y cruzaron el canal en Corinto. Ella aparcó allí y comieron triángulos de miel y nueces, mientras John recorría a pie la mitad del camino y observaba el corte geoméricamente exacto en la sólida roca.

—Cuando se retiraron los alemanes, en la Segunda Guerra Mundial, cegaron el canal con trenes, camiones, todo lo que encontraron a mano.

—Buenos chicos. ¿Cuánto tiempo se necesitó para limpiarlo?

—Años. Aquello fue simplemente lo último en dos mil años de peleas contra los extranjeros.

—¿Incluidos los americanos?

Ella suspiró mientras un remolcador conducía a un carguero hasta la boca del canal, a más de un kilómetro de distancia.

—Está empezando a parecerlo. Vámonos.

Había sido lo mismo en el aeropuerto de Atenas, con Claire contratando rápidamente el coche de alquiler mientras él apilaba las ocho cajas del equipo de Watkins, su equipaje y sus cosas de buceo. Llenó el portamaletas y todo el asiento de atrás. Esperaba tener tiempo de revisar de nuevo el manual de instrucciones de Watkins antes de que ella le pidiera la primera serie de pruebas.

Giraron al sur en Corinto, siguiendo la costa. La península peloponesa es una mano de cuatro dedos tendida al sur hacia el Mediterráneo. Descendieron por el dedo más oriental, siguiendo carreteras que se hacían más estrechas y blancas bajo el sol de octubre. Tuvieron que frenar detrás de una carreta llena hasta los topes de enorme y verdosa uva. Claire maldijo para sí misma y consiguió adelantarla, consiguiendo justo volver a meterse en su carril delante de un viejo camión que avanzaba en dirección contraria haciendo sonar su claxon.

—¡Dios Santísimo!

Ella se echó a reír.

—Creí que la gente sólo juraba así en las películas.

—Era una plegaria. Será mejor que aminore la marcha. Esa cosa ha estado allí más de tres mil años; unos cuantos minutos más no tendrán ninguna importancia.

—Me temo que no es así. Kontos estaba tan furioso que puede cerrarnos incluso antes de lo previsto. Tal vez sepa ya que he ido a Boston.

—¿Cómo?

—Llamó a Hampton, el codirector estadounidense, a la Universidad de Boston, antes incluso de que yo abandonara Grecia. No sé qué le diría a Hampton ese estúpido de Kontos, pero cuando fui a verle se mostró conmigo educado, convencional, y frío como un témpano. No, lo siento; ¿ayuda especial?... , imposible. No en esta época del año escolar. Me leyó toda una lección sobre recursos. Se preocupó por el gasto extra que representaba mi imprevisto viaje. Se mostró indiferente ante el precipitado cierre, dijo que yo tenía que haber hecho algo que



había ofendido> al doctor Kontos, que no podía imaginar qué había sido, pero que, ¿no creía yo que lo mejor era dejar simplemente las cosas así y retirarnos como deseaba el Ministerio? Todo ello muy solemne, con profundas chupadas a su pipa y esa expresión de podenco que tan bien sabe poner a veces.

—¿Qué dijo usted?

—Le dije que me lo pensaría, y que volvería a verle al día siguiente. —Hizo una mueca, tomando bruscamente las curvas que serpenteaban por una serie de bajas y tostadas colinas.

—¿Hoy?

—Correcto. Puede retirarme el control de los fondos en cualquier momento si quiere. Así que salí y compré nuestros billetes a través de la oficina de la universidad, los cargué en la cuenta de la fundación, y retiré además una buena cantidad para gastos de viaje.

—¿Y él sigue esperando a que usted se presente?

—Sí. —Se echó a reír—. Mire, le gané un día. Así que me fui al MIT, a reclutar a uno de los chicos de Watkins.

—Y yo que pensé que habían sido mis encantos.

—Decidí no hacer caso de los miembros que le faltan y de todos sus demás defectos de nacimiento. Cuando Hampton me dijo que no iba a dejarme ninguno de los nuestros que saben de metales, supe que tenía que...

—Echar a correr.

—Correcto de nuevo. Sólo espero que Hampton no llamara a Kontos después de que yo me presentara ante él. No quiero que Kontos sepa que abandoné Grecia. Ni siquiera..., ¡maldita sea! —Chasqueó los dedos, al tiempo que adelantaba a un burro que avanzaba pausadamente por un lado de la carretera—. Hubiera debido llamar desde el aeropuerto de Boston diciendo que estaba enferma, que tenía la gripe, y retrasar la cita unos días. Eso hubiera frenado al viejo Hampton.

—Oh; la telaraña que tejemos, cuando empezamos...

—Cierre el pico, encanto —dijo ella con un creíble acento sureño.

—Los altos estándares morales son los cimientos de nuestra sociedad —contraatacó él, con un acento entrecortado y lleno de inflexiones.

—¿Qué fue eso?

—El acento de Kennedy.

—Me alegro que me lo haya dicho. Creí que de pronto había desarrollado un cáncer de lengua.

—¿De dónde era el suyo?

—¿Mi qué?

—Ese acento.

—Yo no tengo acento.

—Ja. Pensé que tal vez fuera inglés.

—Crecí en la calle Marlborough.

—Entonces, ¿ése era el acento original de Snob Hill?

Ella sonrió y le miró.

—No importa lo fascinante que me encuentre —dijo él seriamente—, por favor, no aparte la vista de la carretera. No a esta velocidad.

—Los Kennedy hablan lo que mi padre llamaba englós. Es decir, el inglés de la gente venida de allá donde se come el gulash: Murió creyendo que ese guiso que hacen los irlandeses era una forma bastarda del gulash.

—Curioso.

La carretera giraba y se retorcía sobre doblados riscos, y luego empezaron a descender de nuevo, con el Egeo brillando en la distancia. La excavación se hallaba en una zona de colinas que descendía hacia el mar, y a la que se llegaba solamente por maltratados caminos arenosos. Fueron hacia el sur por un sendero lleno de rocas, con el Ford saltando infernalmente a la velocidad que Claire estaba acostumbrada. Doblaron una curva, y John dejó escapar un silbido de sorpresa. Un bosque de olivos se extendía a través de un estrecho valle, resplandeciente como la superficie de un río, y fluyendo también como uno..., con el viento agitando las ramas de tal modo que el verde y el plata se alternaban como la espuma en una rápida corriente, y la brisa barría el valle como las grandes oleadas de una tormenta.

—Hermoso —dijo.

—Sí. Me encanta Grecia. Es mi lugar favorito para excavar.

—¿Dónde más ha, esto, excavado?

—Irak. Egipto. Turquía. Cada año desde la escuela secundaria.

—Realmente le gusta.

—Por supuesto. —Le miró sorprendida—. Mucho más que estar sentada todo el año en un laboratorio.

—¿No está poniendo usted en peligro su carrera, actuando de este modo con los fondos de viaje y pasándoselo todo por la cara de Hampton? —preguntó él suavemente.

Ella frunció los labios y no dijo nada durante un largo momento.

—Quizá sí —murmuró al fin—. Pero que me condene si voy a permitirle que tire de mí a su antojo.

—¿Kontos?

—Kontos, y Hampton, y..., bien... —Hizo una mueca y le lanzó otra mirada—. Los hombres.

### 3

George acudió al encuentro de su coche antes de que se hubiera posado el polvo de su llegada. Para John, el campamento era exactamente el destartado conjunto de tiendas que Claire le había descrito, con trabajadores en tejanos y sudadas camisetas cargando cajas en los camiones. Ignorando por un momento a George, lanzó una larga mirada valle abajo, examinando los pozos de la excavación. Por supuesto, no eran más que desnudos agujeros a lo largo de una señalizada parrilla rectangular, con montones de piedras apiladas a su lado. El lugar parecía notablemente vulgar para contener secretos de los pasados milenios.

Observó las tostadas laderas a su izquierda y descubrió la entrada de la tumba, un pasadizo de paredes de piedra que penetraba en la colina. Bien, aquello era algo completamente distinto. Incluso a aquella distancia su imponente presencia prometía no simplemente un acceso a un agujero en el suelo, sino la entrada a un insondable mundo desaparecido hacía mucho tiempo.

Inspiró, captando una bienvenida en la suave brisa, llena con los aromas salados del mar. Recordó la forma en que, cuando era un muchacho, durante un viaje a Atlanta con su madre, se había sentido impresionado por los edificios que eran positivamente antiguos, mucho más de un siglo.

George estudió críticamente a John cuando fueron presentados, pero luego volvió a ocuparse exclusivamente de la historia de Claire sobre los acontecimientos en la Universidad de Boston. La hosca expresión de George dijo muy claramente lo que pensaba de la política del departamento y del profesor Hampton.

—Malditamente típico —fue su veredicto.

—Si Hampton le devuelve la llamada, puede que sólo nos queden uno o dos días antes de que Kontos vuelva por aquí echando humo —indicó Claire.

—No podemos hacer milagros. —George hizo un gesto hacia el grupo de hombres que estaban desmontando el campamento—. Todavía queda mucho por hacer.

—No puede impedirles que recojan sus cosas —dijo John.

—No, pero puede acelerar el proceso —respondió Claire—, y pegarse a nosotros como goma arábiga. De modo que no podamos hacer ninguna investigación ni siquiera a la luz de la luna.

—Cuando me vea a mí aquí...

—Eso es una idea, sí. Realmente lo haremos a la luz de la luna. Trabajaremos en la tumba por la noche, una vez los hombres se hayan ido a sus casas.

—¿Por qué? —preguntó John.

—Si Kontos tiene algún espía entre ellos, no verá nada fuera de lo normal.

—La arqueología, ¿es siempre así?

George y Claire se miraron.

—No —dijo desalentada Claire—. Esta situación se nos ha escapado de las manos. A veces yo... —Su voz se perdió, y luego pareció recuperarse visiblemente—. Olvídelo. No vamos a permitir que un cerdo con un uniforme hecho a la medida tire de nosotros por la nariz.

George suspiró.

—El viaje no te ha quitado nada de tu decisión, ¿eh?

Claire se volvió hacia él.

—No, al contrario. ¿Algún problema con ello?

El hombre retrocedió unos pasos, alzando ambas manos, las palmas por delante. Dejó escapar una risita.

—Hey, no te enfades. Sólo que contaba con algo de tu famosa diplomacia, eso es todo.

—¿Para qué?

—Bueno... —Se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones e inspeccionó el polvo—. Esperaba que esa cosa entre tú y Kontos se acabara de alguna manera satisfactoria. Así quizá pudiéramos conseguir algo más de tiempo aquí. Sólo para tomarnos el asunto con un poco más de calma...

—Imposible. Kontos no cederá.

—Necesitamos tiempo. He encontrado más cosas. Pasó detrás de esa losa, eché una mirada.

El impulso de Claire se disolvió bruscamente.

—¿De veras? ¿Qué había allí?

—Montones de cosas. Ven.

Tuvieron que abrir el candado y echar a un lado la puerta de hierro en la entrada del *dromos*. George la mantenía cerrada mientras los trabajadores estaban cerca. La enorme puerta de madera que sellaba la tumba en sí estaba abierta. Para John, entrar en ella significó un repentino cambio de un valle abrasado por el sol, donde los pájaros trinaban y gorjeaban, a un tenebroso mundo de frío silencio sepulcral. La bóveda estaba cubierta con un falso techo de madera para desviar las filtraciones de la lluvia e impedir que inundara el interior de la tumba, pero no disipaba la sensación de las masas convergentes encima de sus cabezas, un ominoso peso de historia.

Cuando Claire vio los nuevos marcos y puntales de George dio una ojeada a toda la estructura antes de aventurarse bajo ella.

—De nuevo Rube Goldberg. Parece como un puente ensamblado por alguien que hubiera perdido las instrucciones.

—Oh, vamos. Funciona, ¿no? Puse unos buenos apoyos debajo de éstos de ahí arriba. ¿Ves la forma en que trabé todo este cuadrante?

—¿Y lo hiciste todo tú solo?

George agitó la cabeza.

—Tuve que utilizar a dos hombres. Coloqué mantas, ¿lo ves?, para cubrir el hueco y todo lo demás. Les dije que todo el tinglado era para asegurarnos de que el lugar no se derrumbara mientras estábamos fuera este invierno.

Las mantas aún estaban en su sitio. Claire pasó por entre la estructura de acero y madera y tiró de una cuerda.

George había deslizado un bloque hacia delante a la derecha, dejando el espacio suficiente para meterse por ahí. Claire tomó una linterna y apuntó al agujero.

John avanzó torpemente, teniendo buen cuidado con los puntales. Para él, la losa negra tenía un aspecto de lo más normal, excepto lo que había grabado en su parte superior. El cono de ámbar era encantador, tenía que admitirlo. Claire lo había alabado de una forma casi lírica en el coche, una de las pocas desviaciones que se había permitido de lo prácticamente prosaico.

—No hay mucho espacio ahí dentro —observó Claire.

—No bromees —dijo George—. Llevo dos días metiéndome ahí, rascando cada vez la tierra.

Lo parecía. John se había preguntado por qué el mono del hombre estaba uniformemente sucio, desde el cuello hasta las botas.

Claire dejó escapar un gruñido.

—¿Encontraste mucho?

—Ni una maldita cosa.

—¿Es profundo?

—Cálculo que medio metro.

—¿Es seguro entrar ahí, entonces?

—Por supuesto.

John la observó retorcerse para meterse en la abertura. Le llegó un ahogado «¡Uf!». Esperó que George la siguiera, pero al cabo de un momento ella llamó:

—John. Entre.

Se agachó y forcejeó en el estrecho paso, y consiguió maniobrar hasta el helado y compactado espacio al otro lado. La linterna de ella iluminó el centro de una cámara irregular, con algo negro dominando la pared opuesta. Nadie dijo nada. Transcurrió un largo momento antes de que John se diera cuenta de que aquel punto, tan tenebroso como la tinta, era un agujero en el suelo. Avanzó unos pocos pasos. Un olor a sal y a podredumbre brotaba del lugar. *¿Una sepultura?*, pensó. Luego un distante gorgotear llegó débilmente hasta los oídos. Los embates del mar contra la piedra.

—¿Qué es esto? ¿Parte de la tumba?

Los ojos de Claire brillaron a la luz de la linterna mientras la paseaba en torno a las paredes.

—No. Creo que es natural. Mire ahí arriba.

Sobre sus cabezas, a lo largo de casi tres metros, había una capa de lodo seco de un color gris amarronado. Más o menos a la altura del pecho se encontraba con una capa de un material más denso..., probablemente piedra caliza, pensó John. La roca se extendía en torno a toda la cavidad y descendía por la garganta del agujero. Se detenía a poca distancia de los bloques de la tumba.

—Probablemente cavaron hasta que tropezaron con esta piedra caliza —dijo Claire—. Así que se detuvieron y construyeron la tumba contra ella. Pero tendría que haber lodo donde estamos ahora.

—¿Quiere decir que sacaron el lodo?

—No..., no, esto ha sido producido por la erosión. George... —Se inclinó hacia delante para llamarle, y observó que la cabeza del hombre se asomaba por el pasadizo.

—Te estás preguntando qué excavó ese pozo, ¿verdad? —sonrió el hombre—. No lo sé. Arrojé una cuerda dentro, y descendió quizá tres metros. No hay ninguna señal de trabajo humano en las paredes. Me parece que es como tú has dicho, obra del agua.

John miró hacia abajo.

—¿Del mar?

—No es probable —dijo George—. Hay bastantes metros hasta llegar al océano. Ninguna marea podría hacer subir el agua hasta aquí.

Claire señaló hacia el impactado lodo.

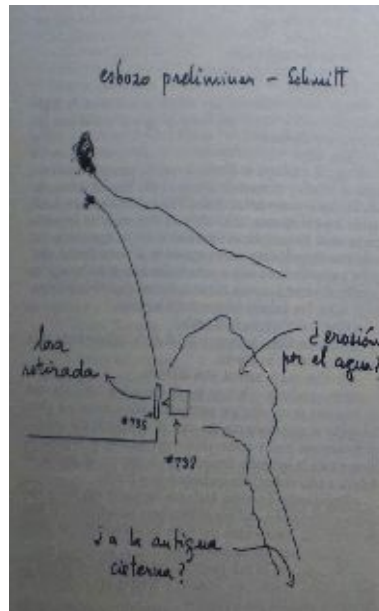
—El agua brotó de aquí. Filtraciones.

—Oh, vamos —murmuró George—. Atravesar tanta piedra...

—El risco es de piedra caliza blanda, recuérdalo..., las olas se la están comiendo. Esta arenisca... —Adelantó una mano y frotó. Se deshizo en granos—. Grecia recibe mucha lluvia..., más de lo que piensas para un clima seco. Todo se asienta sobre piedra caliza. A lo largo de los siglos, el agua ha excavado enormes cisternas naturales. El suelo está cribado de ellas. La lluvia no se queda en la superficie, sino que se asienta en cuencas de piedra y hace difícil la agricultura. Eso es lo que ocurrió aquí.

—Quizá los constructores sabían eso —dijo suavemente George.

—No es probable. Mira, esto tiene 3.500 años. Cuando fue construida la tumba, puede que esta veta blanda no descendiera mucho más que hasta aquí.



—En el micénico utilizaban las fuentes subterráneas, ¿no? Construían los muros de la ciudad hasta encontrar una grieta en la roca. Entonces excavaban un túnel que descendía unos veinte metros o así, hasta encontrar una fuente de agua de confianza.

—Vivían más abajo de aquí, a centenares de metros de distancia —dijo Claire, con un esfuerzo demasiado obvio por ser paciente—. Esto no daría suficiente agua para una ciudad. Y una conexión a través de una tumba..., oh, vamos.

—Así que usted cree que simplemente lo utilizaron como un lugar idóneo para colocar... esto —dijo John.

Su gesto llevó la atención de los otros dos a la piedra. Era un cubo, cuya mitad inferior descansaba sobre un bloque de piedra. Su cara posterior no tenía ninguna inscripción, ninguna decoración de ningún tipo. Había una mancha de una materia amarillenta en el centro de esa cara, que cubría en total apenas un metro cuadrado.

John permanecía torpemente de pie, inclinado para eludir las paredes que se curvaban hacia dentro, agudamente consciente del agujero que se abría a unos pocos pasos de él. Tendió un dedo hacia la apelazada cosa.

—Me pregunto que será esto.

—¡No lo toque! —El grito de Claire resonó fuertemente en el cerrado espacio. John retrocedió instintivamente.

—¿Por qué demonios no? —preguntó, irritado.

—Puede haber marcas, incluso huellas dactilares —dijo rápidamente Claire, en voz baja.

—Parece como guijarros, tierra, Dios sabe qué. Nada especial.

—No sabemos lo que es «especial» hasta que lo analizamos —dijo orgullosamente ella.

George se había abierto camino hasta el interior y ahora estaba de pie a su lado. Apenas había sitio suficiente para los tres sin acercarse demasiado al borde que había

inmediatamente detrás de ellos. Sin darse cuenta, John se sujetó a la piedra caliza.

—A mí me parecen incrustaciones —dijo George. Apuntó su linterna hacia la masa amarillenta—. Ya le quité el polvo, comprobé si había huellas dactilares y todo eso. Nada. Parece una sustancia rica en azufre. Huélela.

Claire se inclinó y olió.

—Y salada.

—Por supuesto. La humedad saturada de sal ha estado tanto tiempo a su alrededor que no es sorprendente que la haya impregnado. Este lado del cubo está incrustado con sal..., ¿lo ves?

La linterna mostró el resplandor de cristales en la áspera superficie, proporcionándole a la piedra una gris palidez. Claire asintió.

—Probablemente tengas razón. Puedo limpiarlo y comprobar si hay algo debajo.

George suspiró, mostrando su cansancio.

—Pensé que había descubierto realmente algo cuando me arrastré por primera vez hasta aquí dentro. ¿Sabes?, una bóveda secreta que no había sido descubierta por los ladrones de tumbas, algo así.

—Todavía nos falta mirar dentro del pozo, ¿no? —ofreció John.

—Sí. Tendremos que hacerlo, pero creo que no es más que una cisterna natural que llega hasta el océano.

Con la mandíbula apretada, John se inclinó junto al agujero. Los lados eran lisos y desgastados y brillaban húmedos. No era una superficie invitadora para sujetarse. Había estrías negras que descendían por los lados, conduciendo pronunciadamente la mirada hacia abajo, en dirección al mar. Tuvo la impresión de que parecía bruñido por el fuego, pero se recordó a sí mismo que el agua puede arrastrar las manchas de capas superiores y decolorar viejos estratos. Quizás eso era lo que había ocurrido aquí. De todos modos, aquella no era su especialidad. Nada de aquello lo era, se recordó. Y aquí estaba, examinándolo todo y haciendo preguntas, manteniendo una pose de competencia entre aquella gente, que era la que realmente sabía lo que estaba haciendo...

Se puso en pie. Los otros dos estaban hablando de algo que no pudo captar. Se hallaba al menos a un paso del borde, pero no podía apartar la vista de él, sabiendo que estaba en la semioscuridad a sus pies, aguardando, si resbalaba o si algo caía contra él. No, no, olvídale. No era más que algo en la atmósfera de aquel lugar, después de todo era una tumba, había un asfixiante olor a humedad ahí dentro, aquella parte nunca había tenido la oportunidad de secarse como la parte principal, ni siquiera cuando los equipos de arqueólogos habían entrado en enjambres, trayendo consigo todo su siglo xx, aquél era el auténtico olor a antigüedad. Se secó la frente y se obligó a respirar con regularidad. Los haces de las linternas barrieron perezosamente hacia arriba, donde huecos y hendiduras tragaron su luz, formando



una moteada oscuridad que pareció acumularse en sus sienes, espesando aún más el aire, arrastrando el intenso olor salado a sus fosas nasales en la cerrada atmósfera...

—Esto, se está volviendo irrespirable aquí dentro.

Claire le miró a la débil luz reflejada por las paredes. Notó que enrojecía. ¿Se daría cuenta ella?

—Quiero salir fuera —dijo con brusquedad—. ¿Me ayudará con las cajas, George?

John apartó el microscopio de las líneas de escritura lineal A.

—Lo que hay dentro de esas ranuras es metal, sí.

—Marcas de cincel —corrigió Claire automáticamente—. ¿Plata? Parece plata.

—Véalo por usted misma. —Se apartó y señaló hacia el imponente microscopio montado sobre un trípode. En torno al liso cuerpo negro del instrumento había agrupado un disco de lentes e iluminadores que arrojaban finos rayos de luz. Ella inclinó la cabeza hacia el ocular.

—¿Qué es lo que estoy viendo?

—Algunos productos de corrosión, diría yo. Óxidos. No demasiada corrosión, sin embargo..., lo cual es una suerte.

—Esos puntos verdosos, ¿son bronce?

—Es posible. Una aleación de plata y cobre tendría este aspecto también.

—¿Esas venas rojizas?

—Óxido.

—¿Qué es el metal que hay debajo?

—Es un poco difícil de decir en estos momentos. Pueden ser varios. El metal con el mayor potencial electrodinámico es el primero en sufrir la corrosión. Eso normalmente protege a los demás metales del ataque, hasta que el primero se agota. Digamos que, si tenemos aquí hierro y plata y acero...

—Esto pertenece a finales de la Edad del Bronce.

—Oh. Se trata sólo de un ejemplo. En ese caso, el hierro se corroe primero. Esto proporciona una capa protectora de óxido, pero la plata...

—Puedo ver algo que brilla.

—Por supuesto, porque no hay mucha oxidación ahí en la ranura..., quiero decir, en la marca de cincel.

Claire se apartó del ocular y estudió el cono de ámbar.

—Me pregunto por qué..., ¡hey!

—¿Qué ocurre?

—En el ámbar..., hubo como un destello de luz azul.

—Algún reflejo interno, supongo.

—No, era brillante.

El había visto algo parecido antes.

—Algo de mica en el ámbar. Si la luz incide directamente sobre ella, actúa como un prisma...

—Pero era tan brillante —insistió ella.

—En un agujero tan oscuro como éste, sus ojos se vuelven sensibles.

—Hummm. Bien, ocupémonos del análisis de las marcas de cincel. El ámbar

puede esperar.

John intentó recordar algo más del *Análisis de metales antiguos* de Caley. Una buena parte de él era simplemente informado sentido común, pero algo de la química de oxidación era complicada. Recordó haber leído, cuando era un muchacho, acerca de Sherlock Holmes escribiendo una monografía sobre un centenar de tipos distintos de ceniza de cigarrillo, y cómo identificarlos. Entonces le había parecido extraño; ahora, comparado con esto, empezaba a dudar. Quizás algo más de equipo ayudara. Había instrumentos adicionales en la tercera caja...

—¿Puede estudiar el contenido de metal de ahí dentro? Es importante.

Se encogió de hombros.

—Tendré que hacer un agujero.

Ella se apartó del ocular.

—No. No en la escritura.

—Comprendo que no quiera dañarla. Pero creo que puedo perforar un agujero de un milímetro de profundidad y buscar rastros de impurezas en esa capa.

O podría, si tuviera tiempo suficiente para leer el manual. Era maravillosamente explícito; Watkins lo había escrito para los idiotas bienintencionados que había que impedir que dañaran las muestras y obtuvieran pese a todo resultados útiles. Gente como él, en otras palabras. Pero seguro que ni siquiera un científico tan meticuloso como Watkins había planeado las cosas a aquel nivel de ignorancia.

—¿Qué técnica va a utilizar? —preguntó ella, dubitativa.

—Bien, la fluorescencia por rayos X queda descartada —dijo él cautelosamente—. Requiere una zona demasiado grande. Luego está el examen por microsonda electrónica. Va muy bien, y hay una en las cajas, pero examina una zona tan pequeña, apenas unos micrones, que no te dice nada acerca de la composición media. —La miró mientras decía aquello, y todo parecía estar yendo bien—. Yo diría que lo mejor es el análisis por activación neutrónica. Tengo una pequeña fuente, y no produce ningún daño permanente.

También era el único instrumento cuyas instrucciones comprendía por entero. Hasta principios de los años 1990, la activación neutrónica había sido una técnica disponible tan sólo si poseías a mano un reactor nuclear o una fuente de neutrones. Watkins había ayudado a desarrollar un equipo portátil de campaña, con un manual bastante simple para los arqueólogos no habituados al nuevo método. El equipo no era más que «cajas negras», componentes que tú conectabas entre sí. La fuente arrojaba neutrones, y recibía a cambio rayos gamma. Un pequeño ordenador proporcionaba un espectro de los gamma. Por la altura de sus picos y su localización en el espectro energético podías deducir qué metales se hallaban presentes.

O eso es lo que parecía según el manual, que había leído diligentemente en el avión en vez de dormir. Ahora estaba pagando por ello; bostezaba. Su única

esperanza residía en reducir los pasos a actos mecánicos, conectar X1 a X3 y ver qué pasaba. Sabía poco de electrónica, y podía utilizar aquello como pantalla.

—Hummm... —meditó. Admiró la forma encantadora con que ella se llevaba el dedo índice a la mejilla, frunciendo ligeramente los labios, haciendo que parecieran más llenos. Movi6 su cadera, y el movimiento pareció hacerla algo más ligera, reduciendo milagrosamente sus muslos bajo el pantalón caqui, cambiando el ángulo agudo al pedestal de sus caderas—. De acuerdo. Adelante.

—Oh... —Volvió su atención a los asuntos prosaicos—. ¿Ahora?

—Por supuesto. —Se llevó las manos a las caderas—. Nos quedan sólo unos pocos días, quizás horas. Le ayudaré.

Asintió. La falta de sueño de la última noche en el reactor le había dejado un poco atontado, con ese ligero aire de estar contemplándolo todo desde detrás de una gruesa lámina de vidrio sucio. Le hubiera gustado que George ayudara también..., como muchos académicos, creía que los hombres que trabajaban habitualmente con las manos poseían un mayor conocimiento de las cosas eléctricas y mecánicas. Pero George había dicho que no sabía nada de análisis metalúrgico ni de electrónica, que lo suyo era trabajar con tablonés y palas y abrazaderas. Además, lo necesitaban fuera en el campamento, para desviar la atención de los trabajadores que estaban terminando de recogerlo.

Desembalaron y montaron el aparato en la mohosa y fría tumba, con el sonido del metal reverberando en las curvadas paredes, dando a cada sonido una presencia prolongada. Se tomó su tiempo, con la esperanza de recobrar algo de su atención, temeroso de cometer errores. Era difícil maniobrar el equipo entre los varios bloques de piedra que colgaban de cuerdas. John se dio un golpe contra uno de ellos y preguntó, utilizándolo como excusa para hacer una pausa:

—¿De dónde es éste?

Claire alzó la vista de una caja de inventario.

—Es la losa original que estaba frente al cono de ámbar. ¿Ve sus marcas?

—¿Un símbolo religioso?

—No lo creemos. También había piezas de bronce montadas en las paredes..., o creemos que lo estaban, porque estaban enterradas cuando las encontramos.

John contempló la piedra, la tocó ligeramente.

—¿Va todo bien?

Ella sonrió.

—Por supuesto. Lamento haberle gritado ayer.

—No importa. ¿Por qué estaban enterrados?

—¿Los bronces? Arrancados por los ladrones de tumbas. O bien por los entierros posteriores.

John frunció el ceño, ligeramente sorprendido.

—¿Arrasaban las tumbas de sus propios antepasados?

Ella sonrió de nuevo.

—Se trataba de una cultura diferente a la nuestra, John. Al parecer, proporcionaban sus presentes al muerto, herramientas y armas y comida y ropa, para ayudarlo en su tránsito. Pero una vez descompuesta la carne, pensaban que la transición ya se había completado. El muerto, ya no necesitaba los obsequios funerarios. La mayoría de estas tumbas eran de índole familiar. Cuando se producía un nuevo entierro, echaban a un lado los viejos esqueletos para hacer sitio al recién llegado. Hallamos huesos esparcidos por toda la tumba, a distintos niveles.

—Así que los regalos, ¿eran dejados fuera, allá donde el muerto pudiera... utilizarlos? —Hallaba el tema un poco inquietante.

—Sí, o en cajas.

—Entonces, ¿cómo ocultaban las cosas?

—No las ocultaban. Los ladrones de tumbas no tenían ningún problema para hallar lo que deseaban. A menos que estuviera enterrado bajo la tierra dejada allí por algunos grupos funerarios.

John se mostró desconcertado.

—Entonces, ¿por qué ocultaron esto? —Señaló el cubo, aún metido en su nicho detrás de los enormes bloques suspendidos.

—No lo sé.

—¿Y por qué grabaron esas incisiones, lo decoraron, cuando nadie iba a verlo?

Claire contempló la negra piedra caliza y dijo lentamente:

—Ése es uno de los puntos que también me ha estado preocupando.

Él pasó una mano sobre la losa colgada en su soporte, sintiendo su agradable e irregular frialdad, notando las pequeñas muescas en los lados no expuestos, allá donde los artesanos muertos hacía mucho le habían arrancado lascas para modelar los sorprendentemente exactos ángulos y bordes.

—Alguna especie de dibujo fuera, diciendo algo..., pero nadie enterrado detrás de este bloque, sólo un cubo con algo grabado en él. Y esa decoración, ese cono. Curioso... —Se inclinó para examinar la cara desde más cerca. Transcurrió un largo momento mientras Claire desataba un manojo de cables y los colocaba sobre una manta que habían extendido en el suelo. John había insistido en una sistemática preparación de las partes antes de empezar a unirlos.

—¿Cómo datan ustedes los niveles? —preguntó.

—¿Qué? —Ella estaba concentrada en su trabajo, y entre el ruido del equipo no había oído su pregunta.

—Los diferentes entierros; ¿cómo...?

—Oh, sí. Por el análisis de la cerámica. Conocemos los estilos, sabemos cómo evolucionaron. Y, si se trata de madera, podemos datarla por el carbono 14.

—Es cierto. —Frotó su mano por los bordes de la losa—. ¿Esta materia que se desmorona?

—Mortero.

—¿Y esas marcas de aquí?

—No lo sé. Alguien picó el mortero de la parte de fuera. Hay otras cerca del borde, también.

—Parecen como algo rascado, no cincelado.

—Sí, eso creo yo también.

—Alguien utilizando un cuchillo o algo así.

—¿Hummm? —Ella no alzó la vista de su trabajo.

—Uno pensaría que, si alguien estaba haciendo un trabajo serio, usaría las herramientas adecuadas.

—Recuerde que había gente chapucera incluso en la antigüedad.

—¿En las tumbas? Bien, quizá sí. Felicidades a los viejos días. De todos modos, un cuchillo... —Examinó con su linterna las marcas hechas aparentemente al azar—. Tal vez el tipo utilizó uno de esos cuchillos ceremoniales dejados aquí dentro.

—Los ladrones de tumbas traen normalmente sus propias herramientas.

—Un cuchillo no sirve para este tipo de trabajo. —Se enderezó—. ¿Hay alguna forma de datar cuándo fue colocado este cubo detrás de la pared?

—George encontró algunos signos que indican que fue más bien tarde. Sabemos por algunas joyas pequeñas en el nivel superior que el último entierro fue de alguien importante, o rico..., o ambas cosas.

—El fin de la línea familiar, ¿eh? Así que esta piedra y el cubo de detrás pudieron haber sido colocadas aquí junto con él.

—O ella.

—Cierto. O ella. —Se frotó la barbilla.

—Incluso pudo tratarse de un rey.

—¿De veras? ¿Por qué? —Distraído, rascó con el pie la compactada tierra.

—Celebraron elaboradas ceremonias. En algunos lugares hay pequeñas y ambiguas evidencias de que los sirvientes del rey fueron enterrados con él. Este es un extremo discutido.

Aquello lo extrajo de su ensoñación.

—¿De veras? Vaya salvajes.

Ofendida, ella se apresuró a decir:

—Era una cultura distinta a la nuestra. Edificaban estos hermosos domos acartelados cuando nuestros antepasados todavía cazaban mastodontes.

—Creía que los mastodontes habían muerto hacía unos diez mil años —sonrió él; aquél era uno de los pocos hechos que recordaba de sus tiempos escolares.

Ella no pudo evitar una sonrisa.

—Veo que voy a tener que vigilar cada una de mis palabras. Pero si tiene usted antepasados indios, puede que todavía sea cierto.

—Cada sureño tiene un poco de sangre india en él.

—Los mastodontes fueron cazados hasta hace unos pocos miles de años por los indios americanos. Pero, volviendo a lo que quería decir... Observe ese triángulo encima del dintel. ¿Lo ve? Aliviaba el peso de las rocas de encima y lo transmitía a los lados de la puerta. Ingeniería avanzada. Y montaron una fachada fuera, de piedra tallada y pintada, realmente hermosa.

—¿Cree usted que es posible que enterraran a algunos sirvientes con ese tipo..., ese rey?

—Bien..., quizá.

El se inclinó hacia atrás y observó las desgastadas piedras, intentando situarse en aquel antiguo tiempo, verlas recién pintadas y decoradas, testigos de pompa y ritual.

—Buen Dios..., piense en ello. Atrapados aquí dentro.

—Después del último entierro llenaron el *dromos* con arena. También cubrieron toda la ladera de la colina, por los signos que pudimos identificar. Lo cual no deja de ser raro. Sabían que no iban a enterrar a nadie más aquí. Este rey, o quienquiera que fuese, debió ser más bien especial. Un héroe, un gran legislador, un conquistador. Sabemos de Agamenón gracias a Homero, pero este rey debió ser al menos igual de importante.

—Oh. Y sus sirvientes. Atrapados ahí dentro, sin ninguna luz..., y si encendías un fuego o algo para ver, agotarías el oxígeno en pocos momentos. Aunque apuesto a que eso no lo sabían. Prender algunas ropas, eso debió ser fácil. ¿Tenían velas por aquel entonces?

—Por supuesto. Pero no encontramos ninguna aquí. No sobrevivieron tanto tiempo.

El miró a su alrededor por el suelo de tierra, atisbó las oscuras alturas de inclinada piedra.

—Me pregunto..., me pregunto cómo debió ser. Atrapados aquí dentro, sabiendo que sólo les quedaba un tiempo determinado...

—Y drogados también.

—¿Qué?

—Normalmente drogaban a los sirvientes, o los emborrachaban.

—Sí, una buena borrachera. Tiene sentido, una vez aceptas la idea general. ¿Pero cómo podía alguien prestarse a ello, sabiendo lo que iba a venir?

Claire volvió a su trabajo.

—La especulación es algo divertido, pero esto es urgente y...

—Pero queda algo por explicar también —dijo él con vehemencia—. Estas marcas.

—Ladrones de tumbas.

—Quizá ladrones de tumbas. Tengo la impresión de que cualquier ladrón de tumbas que se preciara hubiera terminado quitando todo este mortero y viendo lo que había detrás de la losa. La única losa marcada en toda la tumba.

—Seguro, seguro; hubiera podido pasar cualquier cosa...

—Ese es el rompecabezas. —Se volvió hacia la losa y siguió con el dedo, una vez más, el dibujo circular; su fatiga parecía haberle abandonado—. Supongamos que un sirviente despierta. Borracho. Sabe dónde está, sabe que no le queda mucho tiempo. ¿No cree que intentaría abrir un túnel?

—Quizás. Este *dromos* estaba lleno de arena. Hubiera tenido que cavar hacia arriba tres, cinco metros...

—¿A través de arena reciente? La mayoría se hubiera deslizado directamente al interior, una vez abierta la puerta.

—Esta era una tumba sellada. Hubieran tenido que apartar varios bloques de piedra del umbral, luego cavar hacia arriba. El abrió efusivamente las manos.

—¿Pero usted no lo hubiera intentado, al menos?

—Bueno, sí. Pero yo no poseo la sagrada idea del sacrificio ritual metida en la cabeza. Ellos sí.

John alzó una mano, con la palma hacia arriba; su rostro mostraba una actitud burlescamente seria.

—Perdón, tiene usted absolutamente razón, era una cultura distinta y todo lo demás. Los tontos como yo no toman nada de esto en cuenta, ¿verdad?

Ella sonrió cautelosamente.

—Usted lo ha dicho, no yo.

—Sin embargo, si dejamos por un momento la teoría de los ladrones de tumbas, llegamos a la conclusión de que alguien intento salir.

—De acuerdo. Siga.

John hizo una exagerada reverencia, pero cuando volvió a erguirse pasó una vez más las manos sobre las líneas al azar que marcaban el borde exterior de la losa. Rastreó con la linterna el lugar donde las incisiones eran más marcadas, la apartó, y volvió de nuevo a ellas, un poco más hacia un lado.

—Un trabajo chapucero. ¿Había algunas marcas como éstas en torno a la entrada?

—Tendría que consultar mis notas. Rowland hizo esa parte preliminar de la excavación. Pero..., no, creo que no.

—Bien. Entonces el problema es: si alguien deseaba salir de aquí, ¿por qué quiso apartar esta piedra?

—Para alcanzar la cisterna que descubrimos.

—Pero usted y George dijeron que este agujero de drenaje no estaba aquí cuando construyeron la tumba. De otro modo nunca la hubieran construido tan cerca de él.



—Bien..., quizá.

—Oh, vamos, siga mi razonamiento. Los sirvientes, una pobre gente ignorante atrapada en una total oscuridad, sabían que no les quedaba mucho tiempo. Así que, ¿por qué intentar retirar esta piedra?

—La cisterna...

John dio una decisiva palmada contra la roca.

—Querían algo. ¿Y qué había detrás de la losa? Nada —clavó un dedo— excepto este cubo.

Aquella noche Claire hizo otro importante descubrimiento. John había vuelto a la tumba después de una rápida cena, con la intención de dedicar una rutinaria hora al trabajo antes de dejarse sumir en un sueño reparador. Claire le ayudó en lo que pudo, pero él la persuadió de que le dejara a él la electrónica. Tomó todo un rollo de fotografías del espacio detrás del artefacto, y luego se puso a pasear inquieta de un lado para otro de la tumba.

—Vamos, Claire, encuentre algún lugar donde percharse —dijo John irritadamente.

—¿Sabe?, todavía no hemos movido el cubo.

—Es demasiado pesado.

—No con la ayuda de usted y George. Me gustaría echarle un vistazo al lado izquierdo, ver si hay alguna marca.

—Buena idea —dijo John con alivio.

Le tomó a ella una hora preparar una serie de palancas acolchadas en torno al cubo. Los hombres empujaron de ellas lentamente, gruñendo, y consiguieron deslizar el cubo de lado todo el ancho de una mano.

—Ninguna marca —dijo decepcionada Claire, metiendo la linterna en la abertura—. Sólo polvo...; no, esperen.

Extrajo el objeto tras otra media hora de fotografías y mediciones. Era una lámina cuadrada de marfil, delgada y de apenas cinco centímetros de lado. La superficie mostraba pequeñas marcas, embotadas por el tiempo.

—Parece como si alguien hubiera marcado las líneas, y luego, ¿ven esas pequeñas escamas rojizas?, las hubiera pintado para realzar el efecto —dijo Claire.

George se mostró de acuerdo. El cuadrado de marfil había permanecido de pie con el borde clavado en la tierra.

—Debió estar pegado al lado del cubo, y luego cayó —dijo George.

—¿Una decoración? ¿Qué significa? —preguntó John.

Claire lo envolvió cuidadosamente en un plástico para muestras.

—No mucho. Es tan débil. No parece ningún dibujo..., demasiado irregular.

—Quizás ha pasado demasiado tiempo —dijo John. Bostezó involuntariamente.

—Mañana lo limpiaré y procuraré realzar el contraste —dijo Claire—. Pero aunque no podamos extraer nada de las marcas, sigue siendo un hallazgo importante.

—¿Por qué?

—El marfil era raro en el micénico. El hecho de que fuera usado como una decoración en este artefacto significa que quienquiera que fuese el enterrado aquí era muy importante.

—¿Un rey?

—Probablemente.

—Y el cubo era importante también —añadió George.

—Entonces, ¿por qué ocultarlo? —preguntó John, soñoliento.



George ayudaba a John a retirar algunos bloques de piedra la mañana siguiente cuando el creciente *rrrrrr* de un jeep atrajo su atención.

George giró bruscamente la cabeza. Hizo una mueca.

—¡Oh, maldita sea! Hubiéramos debido atenernos a lo que planeamos y hacer que trabajara usted toda la noche.

—Mire, estaba hecho polvo. Hay demasiado... —John observó a George trotar hasta la entrada de la tumba—. Oh..., es él, ¿no?

—Sí. Quédese aquí. —George le hizo señas de que volviera entre las sombras—. Iré y le explicaré que es usted un turista amigo de Claire.

—¿Lo traerá hasta aquí?

—No, no, usted no tiene que..., no importa. —George se alejó al trote.

John siguió trabajando con el análisis de metales. Había terminado de horadar el lado del cubo. Había sido un proceso delicado, con la finísima barrena zumbando como una abeja atrapada dentro de la piedra. Observó con orgullo que el agujero era limpio y tenía un aspecto profesional.

Ahora tenía que comprobar por triplicado las cajas negras. Ocupaban un montón de espacio en la atestada zona en torno al cubo. Había conseguido que George apartara las pesadas losas de piedra fuera del camino, lo cual le dio tiempo a cubrir su poca familiaridad con el trazado del circuito. Ahora, sin embargo, parecía que las conexiones estaban bien. Conectó los instrumentos, y fue recompensado con un satisfactorio y tranquilizador zumbido. Necesitarían unos minutos para calentarse adecuadamente.

Leyó de nuevo el manual y aguardó. Al cabo de un rato, la curiosidad venció a la

cautela. Qué demonios, llevaba horas andando de puntillas por todo el proceso; necesitaba una pausa. Cerró la gran puerta de madera de la entrada y abandonó el lugar.

Mientras recorría el serpenteante camino hacia el campamento vio a un hombre corpulento que estaba hablando con George. El hombre hacía rápidos e impacientes gestos hacia los trabajadores que cargaban los camiones. No parecían dedicar mucha atención a ello. Las palabras del hombre les llegaban fuertes, y John hubiera jurado que los trabajadores se ocupaban más de lo que decía que de su trabajo, con las cabezas giradas en curiosos ángulos para escuchar mejor.

Se abrió camino entre las últimas tiendas aún en pie, preguntándose si debía meterse en una discusión. Allí estaba en terreno resbaladizo, fuera de su campo habitual de actuación...

De pronto, del interior de la tienda de clasificación de la cerámica apareció Claire. El sudor perlaba su labio superior. ¿Le había estado aguardando?

—Espere..., antes de que hable con Kontos —dijo tensamente.

—Bien, si usted quiere...

—No, escuche. El todavía no me ha visto, y tengo intención de permanecer fuera de su camino. No creo que le haya visto tampoco a usted bajar de la tumba. Finja que acaba de regresar de un paseo junto al océano.

—¿Qué? ¿Quiere usted que...?

—Luego dígame que esta tarde saldremos usted y yo, que iremos a ver Micenas.

—No la sigo.

—No puede trabajar usted en la tumba con él aquí. Y yo no quiero verme obligada a tener que decirle que..., que..., a decirle nada a Kontos antes de lo necesario.

—Hey, está usted realmente agitada. —Palmeó suavemente su hombro—. No sabía que la molestara tanto ese hombre.

—No..., no es sólo él. Todavía no le he dicho nada acerca del cubo.

—¿Oh? —Sus cejas se arquearon como orugas.

—Y no pienso decírselo.

—Ah.

—Mire, usted no sabe cómo han ido las cosas, tengo buenas razones para actuar así.

—¿Cuánto tiempo cree que pasará antes de que él...?

—Lo bastante como para satisfacer nuestra curiosidad, al menos. Kontos se lo quedaría todo para él, créame.

—Bueno, pero de todos modos...

—Siga mi consejo, ¿quiere? —dijo ella con impaciencia—. Simplemente sígalo. Ahora vaya a hablar con él. Pero usted no sabe nada, ¿recuerda?

—¿Cómo puedo olvidarlo? Es cierto. —Sonrió y siguió andando.

El doctor Alexandros Kontos le recordó a John un jugador de rugby: de buen tamaño, musculoso, pero no pesado, con una buena dosis de energía contenida por una inteligencia calculadora.

John era también lo bastante robusto como para que el tamaño de otro hombre no le impresionara. Había jugado de defensa en la escuela, y su principal cualidad era la rapidez antes que la masa. Se las había arreglado moderadamente bien durante todo el campeonato hasta su último curso, pero por aquel entonces docenas de pesados delanteros le habían golpeado con todo lo que tenían, y una parte de su mente no podía olvidar la experiencia. Avanzando de lado, buscando en el fondo del campo alguien a quien pasarle la pelota, no podías resistir al animal de ciento veinte kilos que se te echaba encima y te derribaba al barro. Si lo esquivabas, fallabas el pase. Hasta que soltabas la pelota tenías que llevar contigo la convicción de que eras inmortal, intocable. Cuando John se dio cuenta de que esa convicción flaqueaba en él, supo que ya nada valía la pena y dejó de jugar.

Kontos estaba lleno de firme e inflamable agresión. Hubiera hecho un buen defensa.

John se puso en guardia mientras se acercaba. Engañar a Kontos iba a requerir habilidad; esperaba que Claire no tuviera intención de mantener el engaño mucho tiempo.

George los presentó. Kontos adoptó de inmediato una expresión impasible, sin dejar traslucir nada, mientras estrechaba la mano de John.

—Me temo que ha llegado usted justo en el momento en que termina todo.

—Oh, no importa. En realidad lo que quería era ver el país, no sólo huesos viejos.

Kontos, un tanto a su favor, sonrió ante la suave ironía.

—Nosotros los griegos tenemos más «huesos» que nadie. Una vez se haya hartado de ver hermosos paisajes, quizá le interese echar un vistazo al museo de Atenas. Vale la pena incluso para el simple buscador de placer. En nuestro país hay mucho más que sol y vino y playas, ¿sabe? —Su untuosa voz tenía exactamente el equilibrio correcto entre cordialidad e insinuación. Todo ello mientras sus ojos examinaban las ropas, manos, rostro de John, rellenando una imagen mental.

—Bueno, seguro que lo haré. Sólo deseaba ver un poco a Claire, ya que estaba aquí.

—¿Lleva el tiempo suficiente aquí como para haber visitado alguna otra cosa en el Peloponeso?

—No..., llegué hace poco —dijo John, aprovechando su arrastrado modo de hablar sureño para pensar—. Pensé que Claire podría enseñarme un poco todo esto.

—¿Oh? —Educado interés.

—Ahora íbamos a marcharnos a Micenas.

—Estupendo. Un lugar maravilloso, uno de nuestros sitios más antiguos. —  
Pronunció la palabra arrastrando un poco la n, mientras miraba a su alrededor—.  
¿Ella está...?

—Vistiéndose.

—Entiendo. ¿Y dónde piensa ir desde aquí?

—Creo que tal vez iré hacia el sur, a practicar un poco de escafandrismo.

—Muy bien. ¿Las islas Cícladas, quizá?

—Es posible.

Kontos perdió visiblemente interés en su sondeo y se volvió a George.

—Quizá debiera planear usted también unas vacaciones, ¿no cree?

—¿Qué quiere decir con esto? —preguntó George con voz átona.

—En su viaje de regreso a los Estados Unidos, podría pararse en alguna parte.  
Quizá quede todavía algo de dinero en la cuenta para el grupo.

—¿Es ésa su idea de un soborno?

Ante la sorpresa de John, Kontos no se mostró ofendido ante aquello. El hombre se limitó a exhibir una mueca sardónica.

—Una palabra desafortunada. Usted dijo, antes de que apareciera el señor Bishop, que deseaba quedarse un cierto tiempo más. Sólo estoy indicándole que podría pasar usted esos días en un lugar mucho mejor y más relajante.

—Oh, vamos —dijo hoscamente George—. No deseo ningunas vacaciones. Lo único que deseo es terminar este trabajo.

—Será terminado a su debido tiempo. —La voz de Kontos se volvió bruscamente fría—. Mientras tanto, usted. Se. Irá.

—Bien, sólo...

—¡No! Quiero que usted..., todos ustedes, se vayan. En dos días.

—Esto es una locura —dijo George.

—Me temo que la situación lo exige.

—¿Qué situación?

Kontos se encogió de hombros.

—Yo lo intento, pero ¿quién puede garantizar la buena voluntad de esos trabajadores? Pueden hacer cualquier cosa, como reacción a las acciones actuales de su gobierno.

—¿Esa gente? Oh, vamos.

—Lo que usted piense no tiene ninguna importancia. Usted seguirá las órdenes del copresidente anfitrión.

—No me gusta su explicación. Creo que es falsa.

—No tengo que explicarle en absoluto el porqué de nada. Pero me estoy mostrando educado. ¿No puede hacer usted lo mismo?

George se mordió los labios.

Kontos se llevó las manos a las caderas.

—¿Ha entendido?

—Sí. Pero eso nos da dos días, ¿no? No quiero nada que retrase el trabajo.

Kontos sonrió, y su bigote brilló bajo un rayo de luz.

—Puede usted seguir trabajando, por supuesto..., siempre que todo quede empaquetado a su debido tiempo. Y volveré para comprobar los materiales, el catálogo para el museo, todo. Yo. Personalmente.

George sonrió hoscamente.

—Estupendo.

## 6

Mientras iban en coche hacia Nauplia, John le dijo a Claire:

—Pensé que nos dirigíamos a esa ciudad en ruinas, Micenas.

Ella sonrió.

—Esa fue la primera cosa plausible que se me ocurrió. Tendrá todo el tiempo que quiera más tarde para las ruinas.

—¿No Micenas, entonces?

—Pensé que quería practicar la inmersión. ¿Se ha dado cuenta de que su equipo todavía está en el portamaletas?

—Usted me dijo que lo dejara ahí. Dijo que de otro modo podían robarlo.

Ella le miró de reojo, y su sonrisa puso hoyuelos en sus mejillas.

—Tenía planes.

—¿Cuáles?

—Ya lo verá.

El río quedamente; la mujer no era tan sutil como creía. Desembocaron en la carretera principal que ascendía entre curvas por la costa del golfo de la Argólida. Claire fue comentándole lo que veían con una facilidad que hablaba de una fascinación de toda la vida. Su pelo se agitaba a la brisa mientras sus ojos danzaban.

Allá el Mediterráneo estaba orillado por arenosas calitas que habían proporcionado lugares ideales de anclaje a los barcos de la antigüedad. Hacia el norte, las escabrosas montañas descendían hacia alturas menores, bordeando la llanura de la Argólida con rocosas colinas. Aquél era el escenario pétreo del gran mito de Perseo, fundador de Micenas, de los trabajos de Heracles, de la guerra troyana desencadenada desde allí. Desde aquellas innumerables calas arenosas habían partido las «mil naves» arrastradas por la belleza de Helena y el ansia de las riquezas de Troya. Agamenón condujo la miriada de pequeñas embarcaciones, para regresar años más tarde, lleno de victoria..., y ser asesinado por su esposa, ayudada por su amante. El suelo estaba empapado con la sangre de un millón de batallas, traiciones, sacrificios. Su suelo era escaso y pobre en hierro, dos hechos que condujeron a sus primeros moradores a explotar el mar y a crear una cerámica notablemente hermosa de pura arcilla amarilla o roja clara. Esas eran sus marcas de fábrica: osados marineros a bordo de esbeltas naves de fondo plano que llevaban las hermosas ánforas llenas de perfumados aceites u oscuros y astringentes vinos..., un pueblo conocido desde Asia Menor hasta Creta y Egipto.

Entraron en Nauplia a la velocidad habitual de Claire, dispersando sucias y adormiladas cabras.

—¿Por qué tienen sus patas traseras atadas a la delantera de un lado? —preguntó John mientras el polvo levantado por el vehículo oscurecía a sus espaldas el rebaño



en dispersión.

—Eso impide que trepen a las colinas. No pueden saltar lo suficiente. Es más sencillo que construir cercas.

El asintió. Su ojo matemático apreció una solución a la vez sensata y elegante.

El cordero de la comida era sabroso y bien untado en grasa. Los cafés se alineaban a todo lo largo del muelle clásico, exhibiendo chillones expositores de libros turísticos y chucherías. John comió también pescado blanco, cocinado y servido entero en aceite ligeramente especiado. El aromático toque del yogur y el ajo le hizo jadear.

—Cultura local —dijo ella, riendo.

—¿Cómo esas postales? —señaló él.

En la parte de arriba del expositor de postales estándar había toda una serie con dibujos que imitaban las rigurosas escenas de las pinturas de la cerámica clásica griega. Heracles realizaba el cuarto de los trabajos impuestos sobre él por Euristeo el rey..., traer un enorme verraco capturado ante el rey y sus mujeres. Una buena copia en rojos y negros sobre un fondo rosa, tan típica que uno podía no darse cuenta de los modernos añadidos de los hinchados genitales y las lascivas miradas.

—Oh, ésas —dijo desdeñosamente Claire.

—¿Pornografía local?

—Simple mal gusto. Algunos turistas compran cualquier cosa. En particular los americanos.

—Su reserva bostoniana está saliendo a la luz.

—En absoluto. Cualquier cosa mal hecha no tiene disculpa.

—¿Qué me dice de la auténtica?

—¿Se refiere a la pornografía? Me gusta comer, pero no oír a alguien decir: «Cuando como guisantes, me meto tres o cuatro en la boca y los aplasto entre los dientes, luego los esparzo por el paladar hasta convertirlos en una capa uniforme, y...» ¿Entiende lo que quiero decir?

Él se echó a reír.

—Usted gana.

Después de comer pasearon por el muelle, John con su equipo de buceo tomado del coche. Ante su sorpresa, había una tienda de escafandrismo con botellas de aire. Alquiló un par, las comprobó con su propio regulador, y se dirigió a los botes comerciales. Había docenas en el puerto, casi todos barcos de pesca con redes. El estado de la economía griega era evidente a la primera mirada: hombres ociosos junto a sus botes, algunos ocupándose de sus perennes trabajos de pintar, limpiar, reparar, pero la mayoría mostrando la melancólica expresión del aburrimiento.

Estudió una pequeña isla fortificada no lejos de la orilla mientras Claire hablaba con el capitán de una barca a motor de fibra de vidrio roja. La gris mampostería de

piedra dominaba el puerto con una alta torre cuadrada y un fuerte semicircular.

—Imponente —le dijo a Claire.

Ella remató las negociaciones.

—Lo construyeron los venecianos, cuando dominaban Grecia. Podían cerrar el puerto tendiendo sobre él una cadena de casi un kilómetro. Cuando Grecia obtuvo la independencia, el gobierno utilizó la isla como residencia de su ejecutor.

—Un lugar encantador.

—El consenso político no es un hábito en el Mediterráneo —dijo ella alegremente—. Tome su equipo de buceo. He conseguido llegar á un acuerdo con ese tipo sin tener que darle toda mi ropa.

—Adelante, pues. Tengo que mantenerme dentro del presupuesto, recuerde.

Ella hizo una mueca.

—Va a tener que trabajar mucho más duro que eso.

—Ningún problema.

El bote a motor rojo trazó una estela en V a través de la llanura azul del golfo. La península de Hermione, sobre la que se hallaba su excavación perchada sobre un risco, servía como rompeolas para el golfo, desviando las suaves olas del Mediterráneo. Cada vez que Claire daba instrucciones al piloto, el curtido hombre daba un mordisco a su perpetuo cigarrillo y hacía girar bruscamente el timón, aunque no fuera necesario ningún cambio de rumbo.

—La tradición machista helena —observó Claire.

—¿No le gusta recibir órdenes de una mujer?

—¿A quién le gusta? —Le lanzó una irónica mirada de reojo.

—Hummm —dijo él, sin comprometerse.

—Pero tomará el dinero —observó ella.

Se encaminaron hacia el sureste, pasando desnudos grupos de islas, con la salada espuma mojando la blusa blanca de Claire. Se la quitó de una forma casual, revelando debajo un traje de baño. John se aposentó en la proa, admirándola disimuladamente. Era esbelta y proporcionada con lo que pensó que, en términos artísticos, podía denominarse una admirable contención.

Cuando redujeron la marcha junto a una irregular y pedregosa playa, se asomó por la borda, buscando rocas o algas, alguna señal que indicara un buen lugar para el buceo.

—¿Le gustaría un poco de pescado para esta noche?

—No me preocupa —dijo ella—. No es eso lo que buscamos.

—¿Oh? —John no se mostró sorprendido.

—¿Reconoce eso? —Ella señaló hacia los riscos cercanos.

—No.

—Nuestra excavación está justo más allá de la vista, al otro lado de esa colina.

—Y usted desea que yo...

—Correcto.

Se dejó caer de espaldas por la borda y se sumergió en el salado azul. La visibilidad era excelente. Nadó hacia abajo hasta alcanzar un fondo lodoso. Había peces grandes ocultos entre manchas de vegetación marina, y un sorprendente número de protuberancias, de extrañas formas, recubiertas de percebes, sembraban el suelo. Fragmentos de viejos naufragios, pensó. Todo lo que quedaba de milenios de desastres y pillajes y valientes y sangrientas aventuras.

Los serenos bancos de peces no parecían temerle, no tenían experiencia. Casi se sintió culpable por lo fácil que resultó atravesar con su arpón a tres de ellos, grandes y de marfileña piel. Los subió al bote, y Claire preguntó:

—¿Ha visto algún signo de ello?

—No.

—Pruebe más cerca de la orilla.

—A sus órdenes, señor. —Reprimió su irritación ante la obcecación de ella, y se sumergió de nuevo.

El lodo dejó paso a un fondo arenoso a medida que avanzaba hacia la orilla. Las algas se aferraban a los salientes rocosos. Una gruesa pieza metálica oxidada, parecida al eje de un camión, atrajo por unos momentos su atención mientras intentaba imaginar cómo podía haber ido a parar allí, y luego reanudó su lenta y sistemática búsqueda. Se sentía natural y libre ahí, deslizándose con facilidad por un agua que era como la de un baño comparada con la mayoría de las inmersiones que había efectuado anteriormente. Sorber el aire a través de un delgado tubo no parecía constrictivo comparado con la opresiva sensación de hallarse en un lugar reducido y cerrado, como el otro día en la angosta abertura dentro de la pared de la tumba. Bajo el agua las cosas eran distintas, podía moverse más libremente, flotar y deslizarse entre lanzas de dorada luz solar. Mucha gente tenía miedo a permanecer debajo del agua, pero él había sido un buen nadador desde que tenía dos años, allá en el golfo de México, y desde siempre había asociado el océano con las vacaciones y la libertad y una diversión sin límites. Si hubiera tenido que aprender en una piscina como la triste, penumbrosa y llena de cloro del MIT...

Allá. Dos rebordes paralelos de roca.

Había llegado en ángulo hasta ellos. Se alzaban menos de un metro por encima del arenoso fondo, encajonando un montón de rocas. Siguió los rebordes, alejándose de la orilla. Avanzaban en línea recta, paralelos como las vías de un tren, y un poco más estrechos. Los siguió alejándose de la orilla durante más de cincuenta metros antes de que desaparecieran bajo una extensión de lodo.

Dio media vuelta. Las rocas que llenaban el espacio entre los rebordes eran bastante grandes, pero no parecían especiales a sus ojos no entrenados. Tomó una y

se la metió en la bolsa para peces colgada de su cinturón.

Un banco de motas grises cambió a plata y luego de nuevo a gris mientras sus rígidas filas flotaban a distancia segura, estudiándole cautelosamente. Los peces mantuvieron un espacio exacto entre ellos y luego, cuando se acercó de nuevo, se disolvieron instantáneamente, para volver a formarse al límite de su visión. Su flotante precisión era una maravilla. En unas cosas tan ordinarias las matemáticas parecían algo casualmente elegante, pensó. ¿Cómo especificaba la naturaleza la distancia que debían mantener los peces entre el empuje de las corrientes, qué medida les decía cuando él se les acercaba demasiado? Eso era lo que le había atraído hacia las matemáticas. No porque fueran esotéricas, sino porque sondeaban la realidad más profunda e invisible. La gente decía que los matemáticos eran gente extraña, e insistían en cómo Einstein no pudo efectuar un cambio correcto. Tonterías. A Einstein no le importaba en absoluto esto. Era lo sutil, lo hermoso, lo que le inquietaba.

Nadó hacia la sombra del risco. Los rebordes seguían rectos, y ahora empezaban a alzarse del suelo arenoso, fragmentos de roca emergiendo oblicuos, quizá poniendo en evidencia el ángulo de los estratos locales.

Miró hacia arriba. Estaba todavía a unos seis metros de profundidad. Nadó hacia la sombra del risco. Aquí los detalles eran más imprecisos y las algas se aferraban a cada hendidura, verdes y escarlatas y color canela, agitándose soñolientas hacia él, oscureciendo los arruinados contornos del tubo de piedra.

El ángulo de los dos pequeños rebordes se hacía más pronunciado a medida que se acercaba a la protuberante roca de la pared del risco. La erosión era peor aquí, probablemente debido a la acción de las olas. Tras el regular burbujear del aire exhalado podía oír el suave murmullo de la turbulencia sobre su cabeza. Perdió de vista los imprecisos rebordes en la semioscuridad. Ahora se hallaba bajo un saliente rocoso, y la ondulante luz refractada engañaba la percepción. Las sombras eran más profundas aquí, y parecían trepar por la desgastada roca. Nadó hacia arriba, hacia la oscuridad.

Una cueva. Un pasadizo formado por el agua que cortaba el interior del risco. Recordó haber permanecido de pie en el pequeño espacio entre la piedra, a un palmo del borde del agujero. Desde allí podía oírse el distante siseo del agua. Así que este canal llegaba hasta arriba.

John soltó su linterna del cinturón y la encendió. Las paredes de la cueva eran lisas y sin nada notable en su amarillento brillo acuoso. Se aventuró un poco más. El ángulo proseguía. Claire decía que las filtraciones desde arriba habían abierto lentamente aquel pozo, en los 3.500 años desde que los micénicos habían sellado la tumba de su rey. Interesante, supuso, para los geólogos.

Algo rozó su hombro y se volvió, sintiendo martillar su corazón. Un fragmento de algas. El oscilar del oleaje era débil allí, pero le hacía ponerse rígido cada vez que

una corriente le empujaba más hacia arriba por la cueva, obligándole a sujetarse con una mano para impedir ser arrastrado.

Su botella de aire golpeó contra un saliente de musgosa roca. La luz de la linterna no mostró más que un liso agujero al frente, alejándose hacia arriba. Frías corrientes como tinta fluyeron por su pecho. Decidió que ya había explorado lo suficiente, gracias.

Claire se puso en pie de un salto cuando salió a la superficie al lado del bote.

—¡Dios mío! Hacia ya tanto que se había ido... ¿Qué le ha ocurrido?

—Encontré un pozo de drenaje.

El piloto le ayudó a subir a bordo. Se soltó las correas de las botellas de aire.

—¿Está seguro?

—Completamente. Sé lo que está pensando..., que es un túnel, cavado por los constructores de la tumba.

—Hum, sí.

—Bien, debieron ser unos buenos y concienzudos trabajadores si lo hicieron. Sigue por el fondo del mar, quizá unos cien metros o más. Sólo medio metro de ancho. Parece como un tubo hundido. Luego desaparece en el lodo.

—Oh. Demasiado estrecho para que un hombre lo cave.

—Está usted desesperada por un buen hallazgo, ¿verdad?

Pareció ofendida. Sus cejas se fruncieron.

—Sigo todas las posibilidades. La arqueología...

—Lo sé, me lo dijo antes..., es la ciencia de los detalles interminables.

—Siempre hay la posibilidad...

—Mire —dijo él, impaciente—, ese pozo de drenaje está completamente deshecho. Penetra en el golfo. El lecho del mar lo ha carcomido casi por completo, y...

—Sí, indudablemente tiene usted razón. Recuerdo que en Anabalos hay también un tubo subterráneo que emerge mar adentro. Tiene que haber varios... ¿Qué es eso?

—Una muestra de la roca del tubo.

—Oh. —Pareció dulcificarse con el obsequio de un resbaladizo y empapado trozo de piedra. Lo cogió torpemente.

—La próxima vez probaré con rosas.

Ella se echó a reír.

—Es usted un hombre extraño. Y..., gracias. Por hacer esto.

—No podía dejar que Kontos la amilanara todo el día.

Ella asintió.

—Lo odio —dijo, como quien afirma un hecho establecido.

Cuando desembarcaron, había una banda tocando en el muelle.

—Vaya recepción —dijo John, estudiando la gente apiñada al atardecer. Las

nubes se arracimaban sobre sus cabezas.

—No es por nosotros, se lo aseguro —dijo Claire con una sonrisa—. ¿Ve esas pancartas?

—¿Políticas?

—Ajá. Veamos..., Partido Socialista Nacional del Trabajo.

—¿Es ése contra el que Kontos está tan irritado?

Ella asintió. Un altoparlante retumbó al extremo del muelle, imposiblemente fuerte. Sobre una plataforma, un hombre oscurecido por la multitud pronunciaba frases casi como en una cantinela con una voz gigantesca, a las que respondía la multitud en un desgarrado eco que parecía un coro a su voz. Gritó algunas frases y de nuevo la gente respondió, esta vez más fuerte. Aquello duró varios minutos, con el hombre cada vez más excitado. En los encalados cafés que se alineaban en el muelle los viejos bebían sus cervezas y miraban, con rostros inexpresivos. John observó que la multitud estaba formada principalmente por jóvenes que llevaban monos. Oyó la palabra «América» utilizada en frases cuya inflexión ascendía y terminaba en un grito. Cada vez, algunos de los hombres de la multitud agitaban sus puños. Su función parecía ser la de animadores del grupo.

—¿De qué hablan?

—De los mármoles de Elgin, de las bases aéreas, del precio de la aceituna.

Algunos hombres cerca oyeron hablar en inglés. Se volvieron y miraron.

—Vayamos a comer algo —indicó John. Se echó el cinturón de lastre al hombro.

—Los griegos no cenan tan temprano.

—¿Qué? No puedo oír con todo este...

—Quiero descubrir a dónde quiere ir a parar ése. La cantinela se detuvo. Estaban a más de cien metros de la plataforma. El muelle estaba llenándose con hombres con holgadas ropas de trabajo. En la plataforma aparecieron varios oficiales del Ejército, saludando a la multitud. Uno de ellos empezó a hablar.

Sus profundos tonos rodaron a lo largo del muelle, reflejándose, distorsionados, en los edificios de estuco. La multitud gritó su acuerdo. Sus voces eran roncas, furiosas. John observó que los hombres seguían mirándoles, dando codazos a los más cercanos, hablando.

—Al menos vayamos a beber algo.

—¿Qué?

Algo acerca de la unidad nacional. Uno de los hombres hizo un guiño a sus amigos y paseó su mirada de arriba abajo por el cuerpo de Claire. John captó su expresión, y el hombre adelantó desafiante la mandíbula.

—Necesito cenar algo.

—Demasiados partidos políticos, dice.

Ahora les estaban mirando media docena de personas, sin prestar ninguna

atención al orador. En sus rostros había expresiones que a John no le gustaron en absoluto.

—Vamos. —Recogió su equipo de buceo con un gruñido.

—No. Quiero...

—Vamos. —La sujetó por el brazo y la apartó de allí. Uno de los hombres hizo ademán de echar a andar tras ellos. John lo miró con ojos intensos y Claire, al observar su mirada, comprendió de inmediato.

Se alejaron rápidamente. El hombre frenó su marcha, se detuvo, y finalmente se contentó con hacer un gesto obscuro.

Claire dijo:

—Ese Hitler de escuela secundaria puede hacerles hervir a todos.

—Diría que sí. Es curioso. No recuerdo haber visto nada de eso en los carteles turísticos.

—Nunca había visto a la gente tan agitada. Ese hombre estaba auténticamente furioso con nosotros.

—La justificable ira del oprimido, ¿sabe? —dijo John, imitando el acento de Kontos.

Claire se echó a reír.

—Este café está abierto..., parémonos aquí. Puede dejar ese equipo de buceo en el suelo.

John dejó las botellas de aire con un gruñido de alivio. Su pelo color arena estaba enmarañado, y la sal que aún tenía en toda la piel le picaba. Sin embargo, había sido algo excitante, exótico. Muy parecido a la propia Claire, pensó, mientras pedía vino resinado. La mujer era, aunque de forma inconsciente, completamente bostoniana. La observó mientras hacía gestos hacia los peces que él había pescado y pedía en un griego rápido y fluido que se los cocinaran como plato principal. El camarero no pareció hallar extraña su petición. Claire estudió el menú y le hizo varias preguntas al camarero, sin mirarle, tranquila, sin siquiera hacer un gesto para dejar que John se encargara del asunto. Le gustaba aquello. Una cosa era sentirse instantáneamente atraído por una mujer, y otra gustarle su independencia, la forma de no parecer importarle lo que él pensara de ella, de una u otra forma. Era a todas luces una mujer moderna..., no agresiva, pero tampoco sumisa. Una segura independencia, una falta de necesidad de lazos. Algo muy distinto de las muchachas sureñas con las que había salido y a las que había llevado a la cama y que pronto le habían aburrido.

Los labios de la mujer se fruncieron de una forma introspectiva y profesional, como si meditara una elección, mientras deslizaba un dedo por el borde del menú, sin darse cuenta de la cualidad lánguidamente sensual de su gesto. Sí, eso era lo que atraía la atención de John: su reserva. La promesa de profundidades que no podías adivinar simplemente viéndola en traje de baño.

—¿Era ésa una de sus aficiones juveniles?

—¿Eh?

—El escafandrismo.

—Oh. No, la única afición que tuve de joven fue la ginecología amateur.

Ella rió suavemente y le lanzó una reservada mirada.

—¿Con esas muchachas sureñas de aspecto sereno?

—Bajo el miriñaque no son tan diferentes —dijo él, lealmente.

—Hummm.

De nuevo la cautelosa mirada. Decidió no hablarle de su corta época de reservas tras su graduación en Berkeley, y sus entremezcladas relaciones con las mujeres de California. Las generalizaciones no servían de nada. Había tenido algunas aventuras realmente desastrosas, y algunas de la variedad excelente pero condenada al fracaso, e indudablemente ella las había tenido también. Era difícil extraer ninguna lección reconfortante de los casos particulares de cada uno. Peor aún, resultaba difícil decir nada inteligente de ellos.

—¿Qué ha pedido para nosotros? —preguntó alegremente.

—Unas tapas de *calamari*. Calamares, quiero decir. Supongo que habrá captado algo de mi griego.

Negó con la cabeza.

—Mis dos únicos idiomas son el inglés y el cálculo.

—No le costaría captarlo si prestara un poco de atención.

—Hago todo lo que puedo.

—Creí que al menos habría aprendido algo de español o algo así, allá en...

—Georgia.

—Oh, sí. Siempre pienso que está cerca de Miami, y con todos esos cubanos allí... —Tomó un bastoncillo de pan y lo mordió con un satisfactorio *crunch*—. ¿No ocurrió algo en Georgia durante la guerra civil?

—Supongo que se referirá usted a la Guerra de Secesión, señora —dijo él, con voz deliberadamente arrastrada.

—Buen Dios, nunca oí nada así.

—Son palabras de mi madre.

—La Marcha de Sheridan, eso es.

—Querrá decir la Marcha de Sherman.

—Sí. Ganó una batalla en las afueras de Atlanta, ¿no?

—Quemó un montón de casas y cosechas, si es eso a lo que se refiere —dijo él secamente.

Ella alzó las cejas.

—Oh. Todavía les duele, ¿no es así?

John consiguió esbozar una sonrisa.



—Los vencidos no olvidan tan rápido como los vencedores.

—Supongo que tiene razón. Nadie habla nunca de ello en Boston. Creo que mi bisabuelo pagó para librarse del servicio militar.

—Sí, sólo una pequeña interrupción entre la Independencia y Kennedy.

—Me pregunto si es eso lo que está ocurriendo aquí —murmuró suavemente Claire—. Una guerra civil.

—¿Esa unión, quiere decir? —Miró hacia el muelle, iluminado ahora por farolas, a su espalda, donde el altoparlante había callado al fin.

—Había un montón de jerga que era incapaz de comprender, pero parecía estar pidiendo librarse de algunas de las facciones políticas «obstruccionistas».

—Oh.

—Sí. Y ese hombre que... que...

—Clavó el dedo en nosotros, ése es el término técnico.

—Bien, nunca vi una falta de educación pública tan grande en Grecia.

—¿Pero a qué viene todo esto?

—La economía está tumbada de espaldas y pataleando. Siempre es tentador echarle la culpa a algún chivo expiatorio extranjero.

—Eso me suena.

—Me temo que sí. Puede que Kontos tenga razón acerca de muchas cosas políticas. Era un arqueólogo tan bueno.

—Bien, tenga o no razón, sigue siendo un hijo de puta.

—No es que nosotros estemos exentos de culpa.

El sonrió débilmente.

—¿Quién lo está?

Llegó el camarero con el vino resinado. John lo sirvió. Estaba mucho más interesado en Claire que en la política. Mejor derivar la conversación hacia temas más intrascendentes.

—Sé que, cuanto más viajas, más iguales parecen todas las cosas —empezó—. Grecia me recuerda mucho a México. La misma música metálica en la radio, el mismo estilo descarnado, bombillas sin pantallas, los mismos... ¡uf!

Ella rió quedamente.

—¡El temible *retsina* ataca de nuevo!

Cuando regresaron a la excavación, Kontos y sus hombres acababan de llegar. Iluminó el asiento delantero con su linterna.

—¿Dónde fueron? —preguntó.

—Por ahí, viendo cosas —dijo John.

—El agente de servicio en Micenas no vio a nadie que coincidiera con su descripción.

Claire abrió su portezuela y dijo calmadamente:

—Fuimos a Nauplia. Cuando John vio el agua, quiso bucear un poco. Cuando terminamos, ya era demasiado tarde para llegarnos a Micenas.

—Creo que no es prudente que vayan a ningún lugar donde no sean esperados —dijo Kontos.

—¿Qué significa eso de «esperados»? —preguntó John.

—Llamé al agente de servicio allá para que les preparara un circuito de visitas especial.

—Muy amable por su parte —dijo John. Echaron a andar por el sendero en sombras hacia el campamento.

—¿Quizá presenciaron mi discurso en Nauplia?

—¿Era usted? —estalló Claire, sin poder contenerse.

—También soy un oficial del partido. Era necesario mostrar un frente unido, el Ejército junto a la gente. Fui con mis hermanos oficiales de la ciudad. —Sonrió cálidamente, recordando—. Un gran acontecimiento para nuestro país. Les hablé de la excitación en Atenas.

—Realmente consiguió excitarles —dijo Claire fríamente.

—¿No están ustedes acostumbrados a ver un país unido? —respondió Kontos con confianza—. Vamos, tomemos una taza de té. —Les condujo a una mesa fuera de una tienda cercana. Cuatro soldados del ejército griego les acompañaban.

—¿Quiénes son? —preguntó Claire.

—Ayudantes —dijo Kontos con voz casual—. Necesito ayuda en el difícil asunto de forjar las conexiones políticas con el país. —Señaló los dos sedanes en la carretera, más abajo—. Espero poder contribuir, a través del Ministerio de Cultura, a movilizar nuestra sociedad.

Mientras trasteaba con un pequeño hornillo de queroseno y una tetera, Claire le describió las miradas hostiles que habían recibido.

—¿Y qué esperaban? Se hacen ustedes notar, y son extranjeros. Ellos son pobres y están furiosos. La principal exportación de nuestros campos son las naranjas, los albaricoques..., principalmente a la Unión Soviética. Sin embargo, los soviéticos han recortado sus compras.

—¿Y?

—Puede que eso no hubiera ocurrido si no estuviéramos tan cerca de ustedes. De la OTAN.

—Los soviéticos están en mala forma estos días —dijo John—. Hundidos. Se creen muy listos queriendo convertir eso en un asunto de toma y daca.

Los músculos de la mandíbula de Kontos se agitaron.

—No somos tan infantiles como para creer que el mundo es tan sencillo.

—¿Oh? —murmuró John con desarmante suavidad. Kontos frunció el ceño. John prosiguió—: No pude reconocer su voz, distorsionada por el altoparlante. ¿Qué es eso de los mármoles de Elgin?

—Son hermosas esculturas de nuestra Acrópolis. Las que yo salvé están en Atenas.

—Oh. No me paré en Atenas.

—Para poder ver las otras tiene que ir usted a Londres. Los británicos se las llevaron en 1803, antes de nuestra independencia de los turcos. Exigimos que nos sean devueltas. De otro modo, romperemos nuestras relaciones diplomáticas con Gran Bretaña.

—¿No es un poco tarde? —preguntó Claire—. Después de todo, los ingleses cuidaron de ellas mientras el resto de la Acrópolis se caía en pedazos.

—Son nuestras.

—Los turcos vandalizaron el Partenón —señaló Claire—, los venecianos lo cañonearon, y los británicos salvaron sus esculturas de mármol. ¿No cree que merecen un cierto crédito?

—Los mármoles de Elgin son un símbolo útil para nosotros, para el partido. Contra la opresión extranjera. Si los griegos permanecemos unidos, exigimos nuestros derechos de nacimiento, seremos oídos.

—Por supuesto que lo serán —observó John sobre el dulce café—. No están haciendo ustedes mucho por calmarlos.

—Están cansados de sus fábricas aquí, extrayendo su trabajo y llevándose los beneficios a los Estados Unidos.

—¿Dónde deberían ir esos beneficios?

—A nuestro gobierno. A nuestro pueblo.

—Esas dos cosas no son necesariamente lo mismo.

—Pronto lo serán. Pronto.

—Ustedes quieren los beneficios. ¿Por qué no construyeron ustedes mismos las fábricas?

—Hoy podríamos hacerlo. Pero los bancos tienen todo el dinero. Los bancos que controlan ustedes.

—Yo seguro que no —dijo John para aliviar un poco la tensión, mirando a Claire.

Ella se mantenía fuera de la conversación.

—Comprendo —dijo Kontos—. Usted es también una víctima. Usted ha dedicado su vida a un área técnica, ¿no? Sólo para descubrir, cuando tiene que vivir en el mundo real, que no son los técnicos quienes gobiernan, ¿verdad?

—¿Quién lo hace?

—Los bancos, por supuesto.

—Oh, vamos.

—Sus películas, su televisión, no muestran la verdad. Pero nosotros lo sabemos. En su país los fabricantes de armas viajan en sus limusinas y preparan sus guerras, mientras los trabajadores no pueden permitirse unos zapatos nuevos.

—Allá de donde vengo, no llevar zapatos es divertido. Yo acostumbraba a ir sin zapatos todo el verano.

Kontos frunció los labios y miró gravemente a John.

—No estoy bromeando, ¿sabe? Esa multitud de hoy está furiosa ante la arrogancia de su país.

—Que compren las fábricas que tenemos por aquí.

—¿Qué? ¿Comprar lo que está en nuestro propio suelo?

—Es más fácil robarlas, ¿verdad?

Kontos dio un puñetazo contra la mesa.

—Nuestra gente las ha pagado más de una vez. ¡Con su sudor!

—¿Qué decía usted en Nauplia acerca de los obstruccionistas? —preguntó suavemente Claire.

—Que no debería haber ninguno. Que deberíamos tener un estado de un solo partido.

—¿Quiere decir, eliminar la oposición? —preguntó John—. ¿Cómo?

—Debemos disolver nuestro parlamento por la duración de las actuales dificultades.

John agitó una mano, desechando la idea.

—Creía que éste fue el lugar donde nació la democracia.

Kontos sonrió fríamente.

—Seremos exactamente igual que los Estados Unidos. Sólo que seremos más honestos.

—Nosotros tenemos dos partidos.

—No, no los tienen. Sólo tienen el partido de los bancos, de los hombres con dinero, y ellos se dividen en dos para que ustedes voten.

—Mire —dijo John seriamente, agitando de nuevo la mano—, sé que están pasando ustedes por un mal momento, pero todo este agitar demagógico de las masas...

Sin advertencia previa, Kontos sujetó la mano de John y la aplastó contra la mesa.

—¡No podrá usted echar a un lado esas «masas» si tienen hombres que hablen por ellas!

John se sintió impresionado por el repentino estallido de furia. Giró el hombro y tensó los músculos, luchando. Kontos apretó la mano plana contra la mesa, como si los dos hombres estuvieran en el último estadio de un pulso. Se inclinó sobre la mesa y sonrió silenciosamente, observando al americano gruñir con el esfuerzo.

—Pruebe un poco más de fuerza —dijo, jadeando.

John dio un repentino tirón, alzando su brazo un palmo por encima de la mesa. El brazo se detuvo allí, los dos hombres jadeando. Lentamente, Kontos lo forzó de nuevo hacia abajo, apretando contra la áspera madera. John no pudo liberar su mano.

—¡Maldita sea, suélteme!

—Por supuesto —dijo suavemente Kontos, y le soltó—. Estaba mostrándole cómo se siente uno cuando está impotente. ¿Lo entiende ahora? —De nuevo la fría sonrisa.

—¿Qué demonios...?

—Una ilustración, señor Bishop, del estado de ánimo de mi país.

John apretó los puños.

—Me gustaría darle...

—¿Sí?

—Ya basta, los dos —intervino Claire, sujetando el brazo de John—. Todo esto es estúpido.

John la miró, desconcertado.

—No voy a permitir...

—Olvídelo. Créame, no vale la pena.

—No le temo a...

—¡John, por favor! Vámonos. —Tiró de su manga.

—Bien... —Retrocedió un paso, y Kontos hizo lo mismo—. Tienen ustedes una maldita hospitalidad aquí, Kontos —dijo.

El otro le dedicó un saludo irónico, aún sonriendo.

Incluso horas más tarde, John no pudo olvidar el tema. Todavía le hirió más el tener que deslizarse subrepticamente a la tumba por la noche.

—Sigo diciendo que hubiera sido mejor darle un par de golpes al maldito bastardo.

—Y ser arrojados inmediatamente del país, por supuesto.

—¿Y qué? Mejor que...

—Usted es aquí mi invitado, yo estoy pagando su estancia, así que hará lo que yo...

—Maldita sea, mujer, de todos modos ese hombre no va a dejarle permanecer aquí mucho más tiempo. —Irritado, John retrocedió unos pasos para examinar los

registros de su osciloscopio. Habían hablado de aquello dos veces antes, y sabía dónde conducía..., a tener que admitirse finalmente que había sido intimidado. Que en el momento crucial había sabido que su propia furia no podía emparejarse a la furia de Kontos. Y, así, había vacilado. Las palabras de Claire le habían atravesado de parte a parte, y su mente, siempre ágil, las había interpretado: *No lo ponga todo en peligro*. Así que se había echado atrás.

Probablemente una decisión racional. Pero no le gustaban las razones.

—En realidad —dijo Claire apaciguadoramente—, pensé que era una táctica maravillosa la seguida por usted, llevándole directamente al campo de la política. Antes de que él tuviera la oportunidad de preguntar acerca de su buceo.

El asintió, anotando unas cifras.

—Seguro, una táctica brillante. Me metí de cabeza en ella.

Estaban reunidos en torno a los instrumentos, con sólo una lámpara arrojando nítidas sombras sobre la cara del cubo ante ellos. Habían subido hasta la tumba hacía una hora, poco después de medianoche. El campamento permanecía en silencio y se deslizaron fácilmente hasta ella, colina arriba. Claire metió una de las dos llaves en la cerradura Yale. La puerta estaba hecha de madera tierna y crujió horriblemente cuando la abrieron.

Claire deseaba asegurarse de haber terminado sus mediciones por la mañana, por si acaso no podían volver a entrar allí. Mientras él trabajaba en la larga rutina del análisis y la triple comprobación de cada paso, ella envolvió el cubo con materiales estándar de embalaje, trabajando a su alrededor.

Cuando George lo había colgado ayer, suspendiéndolo de su habitual sistema de cuerdas y correas, todos se sintieron impresionados por su masa. Claire lo midió una y otra vez, sorprendida de que sus proporciones —94,6 centímetros por cada lado, con apenas cinco milímetros de error en ninguna parte— fueran tan exactas. Ahora estaba depositado sobre la base de madera de su embalaje, sin más protuberancia en su achaparrada masa que el delicado cono de ámbar en su cara delantera.

—Espero que no puedan oír este martilleo desde el campamento —dijo John.

—La puerta absorbe la mayor parte del ruido..., espero.

—No me gusta esta furtividad.

—Ya queda poco. No quiero que Kontos sepa nada de esta pieza hasta que yo tenga oportunidad de pensar sobre ella y ver sus resultados.

—La verá en Atenas dentro de una o dos semanas, tan pronto como empiecen a desembalar.

—Quizá no. Creo que va a estar demasiado atareado con su política.

—No sé. Cualquiera que abra esa caja o lea cuidadosamente el inventario...

—Todavía no está catalogado.

—¿Cómo?

—Lo estoy dejando para el final.

—Muchacho, deberías haberlo supuesto desde un principio.

—Durante todo el verano Kontos ha estado haciendo observaciones insultantes, babeando, intentando arreglar pequeños *téte-á-téte* conmigo. Además de darme los trabajos más aburridos y menos prometedores. Ahora me estoy tomando la revancha.

—Clavó un clavo con tanta ferocidad que John se sobresaltó.

—Hey, vaya con cuidado.

—Oh. Lo siento. ¿Algún resultado?

—Demasiados, ése es el problema. —Señaló la curva en la pantalla del osciloscopio Tracor, una línea amarilla interrumpida por pequeñas crestas—. Docenas de pequeños vértices de emisión. Casi todos los malditos elementos que hay en el libro.

—¿Metales?

—Montones. Cobre, estaño, cinc, indio...

—¿Alguna aleación?

—En todo caso, malditamente sofisticada.

—Sabían bastante de metalurgia. ¿Recuerda, en la *Odisea*, cómo Homero describe a Odiseo y sus hombres emborrachando al gigante Cíclope? Luego lo ciegan a fin de poder escapar. Homero dijo que la vara de olivo ardiendo clavada en el ojo del Cíclope siseó como lo hace un trozo de hierro cuando el herrero lo sumerge en agua fría.

—Oh, una espléndida imagen —dijo John con una sonrisa.

—Pero entienda, eso significa que un herrero enfriando el hierro en agua para endurecerlo era una experiencia familiar para Homero.

John no dijo nada, no deseando admitir que nunca había leído nada de Homero. En el campo científico no había tiempo para leer mucho, y la prosa científica era tan condensada que tu velocidad de lectura perdía rapidez con el paso de los años. Podía recordar que leía dos o tres libros en una tarde durante los días de lluvia en Georgia; ahora pasaba toda una semana con una novela de respetable tamaño.

—Aleaciones, de acuerdo —dijo—. ¿Pero dentro de una roca?

Claire había terminado con todo menos la tapa de la caja.

—Así que debe ser una piedra rica en metales. La piedra caliza oscura puede proceder de los depósitos del fondo del mar, formados por los materiales arrastrados por los ríos.

—No sé. Hay signos de fusión. Se obtiene un esquema dendrítico característico al enfriarse las aleaciones, cuando los distintos componentes se solidifican de una manera preferencial.

—Oh, vamos. Eso no puede estar fundido, no en el fondo de las marcas de cincel.

—Hum. Supongo que no.

—¿Qué más puede decirme, de todos estos datos?

Pulsó un mando de almacenamiento.

—Nada. Lo he grabado todo en un disco. Tendré que analizarlo de vuelta al MIT.

—Bien. Ahora ayúdeme con la tapa de esta caja.

Vio que la mujer había asegurado el cubo con travesaños para protegerlo.

—Sí, contra golpes y sacudidas —dijo Claire—. Se sorprendería usted de la forma en que algunos de esos trabajadores...

—¿No ha oído algo?

Se inmovilizaron. Silencio.

—Vamos —susurró ella.

Colocaron la pesada tapa de madera en su lugar. El cuerno de ámbar estaba bien acolchado; John lo comprobó una última vez. Las pequeñas manchas en su interior eran motas naranja que a la débil luz de la linterna parecían flotar, aéreas y ligeras. Destellos de rubí y oro parecían ser iluminados no por su linterna, sino por algún momentáneo resplandor interno. La radiación se producía irregularmente, como un calor interno que se extendiera. John se movió ligeramente y perdió el ángulo de visión adecuado; ahora el cono parecía apagado y mate, como pasivo. Un bonito efecto.

—Es malditamente hermoso, de acuerdo.

—Hum.

—Apuesto a que lo exhibirán inmediatamente.

—Es probable.

—Kontos se sentirá impresionado apenas lo vea.

—Lástima que yo no pueda estar allí. Me gustaría ver la expresión de su rostro.

—Elevará su reputación.

—Dejemos que lo haga. No podrá afirmar que lo ha descubierto él.

—Cierto. Pero tendrá el artefacto para poder mostrarlo.

—Y yo compartiré el crédito con el Museo Nacional de Atenas —dijo Claire modestamente, apretando los tornillos sobre la madera—. O al menos debería compartirlo. Pero de esta forma él podrá echarme a un lado con el codo. —Lanzó un gruñido, haciendo girar el gran destornillador con ambas manos.

—Espere, déjeme a mí. —Todavía le disgustaba ver a una mujer luchar con una herramienta cuando había un hombre a su lado—. Así que todo el mundo recibirá el mismo crédito por ello, ¿no? Kontos no podrá atribuírselo todo a él.

—Incluso ver nuestros nombres juntos en un periódico es demasiado contacto para mí. Yo...

La puerta de la entrada se abrió con un crujido.

Kontos estaba allí de pie, enmarcado por las enormes piedras, los ojos brillantes de excitación, el rostro fruncido por una mueca divertida. Varios trabajadores se



apiñaban tras él.

—¿Una pequeña fiesta?

El sedán gris del Ejército griego adelantó a un pesado camión, haciendo chirriar los neumáticos, arrojando violentamente a Claire y John hacia un lado en el asiento de atrás.

—¡Maldita sea, vaya con cuidado! —gritó John. El soldado sentado a su derecha les observaba firme y amenazadoramente. El conductor del sedán hundió el pie en el acelerador, y el coche saltó hacia delante.

El coronel Kontos se volvió de su asiento al lado del conductor y miró fríamente a John.

—¿Tiene miedo?

—La estupidez siempre me da miedo —dijo John.

Kontos se refrenó, los labios fruncidos en una delgada línea vindicativa, carente de sangre.

—No es demasiado tarde para llevarles a la jefatura. Unos cuantos días en los calabozos.

Avanzaban a toda velocidad por la autopista en dirección sureste, hacia el aeropuerto de Atenas. A su derecha, la isla de Salamina resplandecía como un mármol sin pulir en medio de la joya que era el mar. Salamina, donde los griegos destruyeron a los intrusos. Aunque apenas hacía unos días que la había visto por última vez, parecía como si hubiera transcurrido un largo tiempo.

—Tendrá que comunicárselo a nuestra embajada —dijo Claire.

—Por supuesto. Pero también puedo hacer que sean transferidos de una prisión preventiva a otra cada doce horas. Resulta muy difícil localizar a alguien así.

—Típico —escupió John. Kontos ignoró el comentario.

—Su embajador tiene también muchas otras cosas de las que preocuparse. Esta mañana le hemos anunciado formalmente nuestros planes de retirarnos de la OTAN.

—Brillantemente estúpido —dijo Claire.

—¿Creen que íbamos a mantener nuestra alianza con su...?

—Nosotros no importamos; ¿qué hay de los turcos?

—Podemos ocuparnos de ellos —dijo rígidamente Kontos. Claire suspiró.

—El mismo viejo forcejeo que se remonta hasta los tiempos de Agamenón.

—¿Usted habla de cooperación internacional? —rió duramente Kontos—. Ocultando sus resultados, llevando a cabo excavaciones sin el consentimiento del director...

—¡El doctor Hampton las aprobó! Me dio el visto bueno antes de marcharse.

—Yo me convertí en el director residente desde el instante mismo en que él se fue. Y soy el director jefe por el simple hecho de que soy griego. Tenía usted que pedir...

—Un demonio tenía. ¿Pedirle a usted la aprobación, cuando lo primero que haría sería invitarme a su tienda para discutir íntimamente el asunto?

—No sé lo que quiere decir con esto —dijo blandamente Kontos. Echó una breve ojeada a John—. Pero sé lo que se debe hacer con aquellos que violan los estándares internacionales. Abandonarán ustedes Grecia..., para siempre, estoy seguro de ello.

Claire palideció.

—No puede convertir una cosa como ésta en...

—Una mujer lista sabe contener su lengua. Lo que hace usted es simplemente demostrar lo insignificante que es como mujer.

—Ya basta —dijo John—. Esto ya es bastante personal sin que...

—Usted cálese —dijo torvamente Kontos—, o volveré a hacer que sangre su cara.

John rechinó los dientes y estuvo a punto de decir algo cuando el coche se desvió bruscamente dos carriles, arrojándole contra Claire. El soldado a su derecha se agarró a la manija de la puerta para sostenerse. El coche tomó el desvío hacia el aeropuerto. Se sintió agradecido por la interrupción. Lanzarse a otra discusión a gritos con Kontos desembocaría en el mismo resultado que la última vez; Kontos estaba completamente seguro de ello.

Se detuvieron con un chirriar de frenos ante la terminal de vuelos internacionales, una anónima caja de acero y cristal. Dos soldados que montaban guardia en la entrada principal, armados con metralletas, se pusieron firmes con un gesto brusco. John ayudó a Claire a salir. Un segundo sedán se detuvo inmediatamente detrás de ellos, dejando salir a George y el equipaje de los tres. John se dirigió a recoger su maleta y su equipo de buceo.

—Su billete —restalló Kontos. John se inclinó, se echó el equipo de buceo al hombro y dijo:

—¿Qué significa eso? Es para las islas.

Kontos tomó los billetes de Claire y George y se volvió para enfrentarse a John.

—He cambiado de opinión. No creo que tenga usted nada que ver con esto. Sin embargo, le declaro persona *non grata*.

—No puede hacerlo, y no me importa quién sea usted. Eso es una función diplomática, y usted no es más que un mero oficialillo del Ejército.

A media frase vio el ligero gesto de la cabeza de Kontos hacia alguien a sus espaldas, pero ya era demasiado tarde. Unas manos sujetaron sus brazos. Hubiera podido sacudirse de encima al soldado que tenía detrás, pero llevaba el equipaje.

Kontos le golpeó expertamente el rostro con el revés de su mano. John se vio empujado hacia atrás, chocando con el invisible oponente tras él. Kontos le golpeó de nuevo..., un seco puñetazo, esta vez directo a la nariz.

El dolor hizo que el mundo se desenfocara. Sintió que la sangre corría libremente

sobre sus labios. No dijo nada: eso sólo hubiera servido para darle a Kontos otra rastrera satisfacción.

Un charloteo en excitado griego. Kontos estaba diciendo algo..., una voz rasposa e insinuante, en beneficio de sus propios hombres.

Parpadeó. Claire avanzó nadando, surgiendo de un entorno excesivamente brillante. Claire, sujetando un pañuelo. El pañuelo se hinchó, una nube blanca, y envolvió su rostro. Intentó apartarse, pero las manos seguían sujetándole. Claire estaba maldiciendo, en griego también, y Kontos le estaba respondiendo algo. Ella dejó el pañuelo y se volvió para gritarle algo a Kontos. Los soldados sonrieron. Abofetear al americano, eso era bueno, la política exterior en acción. Golpearle de nuevo, sí. Hacer que sangrara, eso era aún mejor. Podía ver que todos ansiaban tener una oportunidad de hacer lo mismo.

Todos miraron a Claire, y John vio la expresión surgir en sus rostros. Incluso mejor abofetear a una mujer americana. Sí, un placer. Pudo ver que lo deseaban, sus ojos iban de Kontos a Claire, el sudor brillaba en sus rostros, aguardando a que Kontos lo hiciera.

—Está bien, Claire —dijo con voz quebrada—. Olvídelo.

Ella se volvió.

—Él no puede... Es un ultraje que...

—¡Olvídelo!

Kontos parpadeó. Sonrió afectadamente a John y agitó una mano como quitándole importancia al asunto.

—No puedo permitir que se deshonre este uniforme. Espero que incluso usted comprenda esto. —Otro gesto casual—. Escolten a los tres a la terminal.

Unas manos le empujaron hacia delante. Casi tropezó, dejó caer la maleta y la recogió, medio esperando una patada desde atrás. *No es tan malo como la última vez, pensó. Quizá ya me estoy acostumbrando.*

Kontos había sufrido un acceso de ira de primera clase cuando los descubrió. La estructura del marco estaba aún en su lugar, de modo que vio al instante que habían sido retirados algunos bloques de piedra, que habían encontrado algo y no le habían informado de ello. John había esperado que abriera la caja de inmediato, pero Kontos le prestó poca atención, prefiriendo golpear los puntales y patear parte del medio embalado equipo de John, maldiciendo fuertemente en griego. John empujó a Kontos para apartarle del equipo, y los soldados lo sujetaron. Derribó a uno de ellos, pero los otros lo clavaron contra la pared. Kontos le dio un rabioso puñetazo en el estómago y luego otro en la boca. El labio de John se partió y su camisa se manchó de rojo. Entonces Kontos se detuvo y volvió a sus gritos.

Claire había intentado explicarse, arreglar en lo posible las cosas, pero Kontos no le dio ninguna oportunidad. Cuando Kontos se calmó lo suficiente como para pensar

sólo tenía una idea fija..., echar a George y Claire del país. No aceptó la explicación de que John estaba simplemente ayudando a Claire, haciendo algunos trabajos auxiliares porque ella se lo había pedido para ayudarles a acelerar las cosas, y que Claire sólo estaba intentando terminarlo todo dentro del plazo marcado por el propio Kontos. Pero Kontos no podía demostrar que John fuera culpable de nada, así que se contentó con ordenar que John saliera inmediatamente de la excavación.

Kontos no era un hombre con el que se pudiera negociar..., no cuando se sentía respaldado por hombres armados. John recogió todo el equipo del MIT mientras Claire reunía su equipaje. Kontos no permitió a Claire ni siquiera regresar a la tumba, y a medio camino hacia el aeropuerto ella recordó que había dejado varios de sus cuadernos de notas allí.

Kontos les condujo hasta los sedanes que aguardaban y partieron, dejando el campamento para que Kontos acabara de cerrarlo. Llamó por teléfono desde el coche y utilizó su grado para conseguir plazas para ellos en el primer vuelo de la mañana. Claire y George iban en la TWA, en un vuelo Atenas-París-Boston. John iba a Creta.

George fue a buscar algunas toallitas de papel y detuvo la hemorragia nasal de John mientras aguardaban junto al atestado mostrador de la TWA. La gente miraba. Había muchos uniformes del Ejército por los alrededores, pero no prestaban mucha atención a la gente. Por otro lado, grupos de hombres hablaban excitadamente entre sí.

Claire dijo las cosas apropiadas, mezclando simpatía con una virulenta rabia. Kontos estaba en el mostrador de la TWA, exigiendo con voz fuerte un billete extra para John. Ante el mostrador había centenares de personas, muchas de ellas con los ojos muy abiertos, desesperadas, alzando un fuerte rumor de preguntas y protestas. El uniforme de Kontos hizo que los empleados tras el mostrador le prestaran atención.

George no había dicho o hecho gran cosa. Parecía intimidado por los soldados; los observaba con el rabillo del ojo, sobresaltándose cada vez que se decían algo con gestos y voces entrecortadas y señalaban. Le hicieron salir de la fila y llevar las maletas, y luego alzarlas para ser comprobadas en la báscula. Kontos hizo restallar los dedos para que George se apresurara, disfrutando con ello, John conservó sus dos bultos. No deseaba que nadie trasteara con su equipo de buceo, y no confiaba en que los soldados no robaran de algún modo su equipaje incluso después de haber sido cerrado el vuelo.

Kontos regresó con tres billetes.

—Parten ustedes dentro de una hora. Haré que los soldados permanezcan fuera de la sala de espera. No vuelvan a salir a la terminal.

—¿Por qué tan bruscamente formal, coronel? —se burló Claire—. ¿No le gustaría golpearme también a mí?

*Así que ella se ha dado igualmente cuenta, pensó John.*

—No si no insulta este uniforme —dijo rígidamente Kontos.

*Quizá piense que se ha excedido*, pensó John. *Incluso los tipos políticamente influyentes tienen sus límites.*

—Oh, yo no estaba insultando el uniforme —dijo—. Sólo insultaba al hombrecillo que se oculta dentro de él.

Kontos la miró con ojos llameantes.

—No me provoque. —Su voz era átona y extrañamente calmaba.

John reconoció los signos de una apenas refrenada furia. Kontos estaba haciendo lo que creía prudente, pero no le gustaba. Termina con esto.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, introduciéndose entre los dos—. ¿Por qué se están reuniendo aquí todos estos hombres del Ejército? —Señaló a una docena o más, todos hablando a la vez.

—El Parlamento —dijo lentamente Kontos—. Ha sido disuelto. Nuestro partido declara el estado de excepción.

—¿De excepción...? —Mientras Kontos le miraba, John hizo un disimulado gesto a Claire de que se mantuviera tranquila.

—No podemos alcanzar un compromiso adecuado con algunos de los elementos reaccionarios, así que suspendemos el proceso político normal hasta que podamos, esto, crear una solidaridad a través de toda nuestra sociedad. —Las palabras brotaron como en una conferencia de prensa.

—Oh, hum.

—Así que... debo regresar inmediatamente a Atenas. Están ocurriendo grandes cosas. No puedo malgastar mi tiempo en ustedes —Kontos lo dijo casi como en un bufido, giró sobre sí mismo con un movimiento militar de tacones y se alejó.

Claire suspiró.

—Y pensar que ese hombre era un buen arqueólogo.

—¿De veras? La gente no es consistente. Hitler era vegetariano.

Ella le miró empañadamente, y él vio con un sobresalto que estaba a punto de echarse a llorar. El barniz de firmeza era sólo una fina capa y nada más. La rodeó con un brazo.

—Vamos. Aguardaremos nuestro vuelo. Quizá un pequeño desayuno ayude algo.

Hizo una seña a George con la cabeza, y cruzaron lentamente el control de pasaportes, observando con desinterés cómo un soñoliento empleado estampaba los sellos correspondientes sin siquiera mirarlos. La tensión estaba descendiendo ahora, consumida por los gritos, el forzado hacer las maletas, el largo trayecto a través de la oscuridad y las primeras luces del amanecer. Kontos les había agujoneado de palabra y obra a cada retraso, robándoles su dignidad de científicos, confundiendo de tal modo a Claire que había dejado parte de su trabajo atrás, utilizando su posición para humillarles.

—No sirve de nada mezclarse con todo este tumulto político —dijo suavemente a Claire—. Puede que sea una suerte salir ahora de aquí.

Ella asintió, reteniendo aún las lágrimas.

—Probablemente un montón de gente desearía estar en este vuelo.

—Será una suerte estar de vuelta en casa, después de todo esto.

—Sí.

Guardaron silencio en la sala de espera. George fue a buscar café y unos curiosos triángulos de nueces y semillas de sésamo aglutinados con miel. John devoró dos y se sintió mejor. Claire comió con la vista fija en el suelo. John sabía lo que estaba pensando la mujer, pero no había nada que pudiera decir para disipar sus demonios.

Claire regresaba derrotada. Kontos organizaría un gran escándalo con todo aquello, transmitiría vívidas historias a Hampton en la Universidad de Boston, dañaría su reputación. Era posible que incluso consiguiera eliminarla completamente del trabajo arqueológico en Grecia, su especialidad.

John se echó hacia atrás en su asiento, deseando tener algo para leer. Bien, lo tenía, en el fondo de su maleta. De todos modos, no tenía ánimos para rebuscar un libro. Cerró los ojos, deseando dormir. Quizás en el avión. No, definitivamente en el avión.

Claire sacudió su brazo.

—Despierte —dijo—. Necesito una moneda.

—¿No son gratuitos los lavabos aquí? —Rebuscó en sus bolsillos.

—No, es para telefonar.

—¿A quién?

—A quiénes, querrá decir. A las Líneas Aéreas Olympic.

—Purista. —Le tendió un montón de monedas—. ¿Por qué?

—Praxis.

—¿Qué?

—Espere.

# TERCERA PARTE

## 1

Claire garabateó los números de los vuelos y la hora de salida al dorso del sobre de su billete de la TWA. Mordisqueó el extremo del lápiz, preocupada, y colgó el teléfono.

Iba a ir todo muy justo. Había perdido demasiado tiempo meditando lúgubrementemente en su silla, pensando en lo que le diría a Hampton en la universidad, cómo le describiría lo que había ocurrido, cómo presentar de la mejor manera posible lo que había sido, no importaba cómo lo mirara, una derrota total. Demasiado tiempo, mientras los minutos hasta la partida se deslizaban a su alrededor. Los griegos clásicos hablaban del equilibrio adecuado entre el pensamiento, *theoría*, y la acción, *praxis*. Pero ella no había hecho ninguna de las dos cosas.

Así que se había preocupado un poco más, sin llegar a ninguna parte, dejando vagar su mirada por la atestada sala de espera..., y bruscamente el gran mapa de rutas de las Líneas Aéreas Olympic en la pared de al lado habían adquirido un rasgo de prominencia. Lo había mirado incrédula, pensando de pronto en el pequeño cuadrado con su protuberancia marfileña, en sus marcas, deseando tener delante un dibujo de él para comparar. Y de pronto supo que tenía que seguir su idea. No podía abandonar ahora.

El resto había sido fácil. Necesitaba una forma de permanecer en Grecia. Sólo había un método posible.

Mordisqueó el lápiz un poco más y llegó a una decisión. Un hombre dando enérgicas chupadas a un cigarrillo captó su mirada, sonrió. Ella le lanzó dardos con los ojos. El hombre pareció ofendido.

Mientras regresaba al lugar donde estaban sentados George y John, una monótona voz anunció su vuelo. John estaba palpándose reflexivamente la nariz y el hinchado labio.

—Vamos, pongámonos a la cola —dijo ella, tomando su pequeña maleta mientras pensaba furiosamente.

—Deja que los otros suban primero —dijo cansadamente George—. Va a ser un largo vuelo.



—Vamos.

—De acuerdo, de acuerdo. —George se puso en pie. John miró a Claire especulativamente.

—No, esperen —dijo ella de pronto. La puerta estaba atestada, y la gente empezaba a empujar en la cola. Susurró—: George, escucha. Cuando te haga una seña con la cabeza, ponte enfermo.

—¿Para qué?

John la miró bruscamente.

—Simplemente hazlo —dijo ella—. No podemos hablar aquí.

George gruñó y se puso en la cola. Avanzaron a paso de tortuga. A Claire le hubiera gustado comunicarles su idea, pero había demasiados oídos cerca.

Un soñoliento empleado recogía los pases de embarque. Claire se volvió y vio a dos de los hombres de Kontos observándola desde el otro lado de la partición de cristal. No parecían muy interesados, pero seguían allí.

Salieron a la pista, con George al frente. El gran reactor aguardaba a un centenar de metros de distancia. El fresco y salado aire era liberador tras la atmósfera cargada de humo de tabaco de la sala de espera. Claire aguardó hasta el último momento posible, hasta que sólo hubo una docena de pasajeros tras ellos. George apoyó un pie en la escalerilla portátil de acceso al aparato y se volvió hacia ella. Claire asintió.

George soltó su bolsa y se aferró el costado derecho, dejándose caer lentamente de rodillas. Gruñó convincentemente.

—¡Oh, le ha dado otro! —exclamó Claire—. ¡George! ¿Es lo mismo que antes?

—Sí... sí —susurró él—. Sólo que... peor.

Los pasajeros se amontonaron tras ellos. Un oficial americano de las líneas aéreas se abrió camino y se arrodilló al lado de George, que hacía muecas y gemía.

—Ya le ha dado otras veces antes —explicó Claire—. Esperábamos poder llevarlo de vuelta a Boston, pero...

—¿Qué es lo que tiene? —preguntó rápidamente el oficial.

—Bien, ya lo ve, en realidad no lo sabemos, sólo que le duele de una forma terrible. —Claire susurró algo al oído del oficial, mientras George jadeaba ruidosamente—. George, no puedes irte, ya te lo dije en el hotel, tienes que ver a un médico aquí, no importa lo que desees ponerte en manos del doctor Oberman; tiene que atenderte alguien ahora, ¿no es así? —Miró suplicante al oficial de las líneas aéreas.

El hombre se mordió los labios y dijo:

—Bueno, supongo... Llamaré a una ambulancia y...

—No, no —dijo rápidamente Claire—, nada de ambulancias. Se lo que cobran en estos lugares. Simplemente díganos dónde se halla el puesto de primeros auxilios aquí, y...

El oficial agitó la cabeza.

—Señora, no puede moverse, y nuestra política es que...

—Sí, sí que puedo —dijo George. Se puso en pie, aferrándose a la barandilla de la escalerilla de acceso—. ¿Lo ve? —Dio un paso.

—No me engañes —dijo Claire—. No estás en condiciones de...

—Oh, está bien —dijo George—. ¿Dónde está el puesto de primeros auxilios?

El oficial miró hacia la terminal.

—¿Está seguro de que puede andar?

—Sí —dijo George—. Sólo llévenos al puesto de primeros auxilios. Yo, esto, ella tiene razón, será mejor que no tome este vuelo.

—Dé nuestros asientos a alguien —dijo Claire.

La gente agrupada a su alrededor bloqueaba la vista de las salas de espera, así que Claire no podía ver si los soldados seguían allí. Cruzaron la pista asfaltada, con George avanzando tan rápidamente que el oficial tuvo que apretar el paso para mantenerse a su altura, explicando la política de las líneas aéreas respecto a las reservas canceladas y la dificultad de conseguir lugar en otro vuelo inmediatamente después. Como Claire había supuesto, el oficial les hizo cruzar una puerta rotulada: sólo personal de las líneas aéreas. En la oficina al otro lado, miró rápidamente a su alrededor. Ningún soldado.

—¿Puede llevarnos en uno de sus vehículos? —pidió Claire.

No hubo ningún problema. Las líneas aéreas solían ser muy cuidadosas en evitar cualquier implicación con los problemas médicos de sus pasajeros, prefiriendo trasladar cualquier dificultad a un puesto de primeros auxilios en la terminal y olvidarles. El pequeño vehículo les llevó por un estrecho callejón y cruzó la calle principal. Otro oficial de las líneas aéreas se les unió, explicándoles concienzudamente que no podían garantizarles que su equipaje no fuera hasta París, puesto que el vuelo tenía que despegar de inmediato. Claire asintió, manteniendo la vista fija al frente. Recordaba de alguna parte que la gente era más consciente de ti si la mirabas, de modo que afectó indiferencia hacia los grupos de hombres uniformados que había en la calle.

En el puesto de primeros auxilios, con su fuerte olor a antiséptico, George fingió un cierto número de síntomas contradictorios. El solitario médico murmuró para sí mismo, inclinado sobre él, mirando y hurgando. John y Claire insistieron en permanecer a su lado. Mientras una enfermera iba a buscar un frasco para muestras, George rió quedamente y dijo:

—Soy un buen actor, ¿eh?

—Un actor perfecto —respondió Claire—. Escucha, no nos hemos librado de ellos. Llamé a las Líneas Aéreas Olympic. Conseguí reservas para dos de nosotros en el vuelo que parte dentro de cincuenta y cinco minutos para Creta. Eran los dos

últimos asientos que quedaban en el avión. George, tú tienes una reserva para el siguiente vuelo después de éste.

—Ah —dijo John—. De esa forma no seremos vistos los tres juntos.

—No había pensado en ello, pero tiene razón. Estupendo.

—Hey, ¿para qué es todo esto? —George se alisó el pelo con los dedos, frunciendo el ceño—. He hecho lo que me has pedido, de acuerdo, ¿pero qué demonios estás...?

—No tenemos que aceptar el tratamiento que nos han dado. No pienso irme de Grecia hasta conseguir justicia. —Miró fieramente a los dos hombres—. Para todos nosotros.

John no había dicho nada al respecto hasta entonces. Empezó, lentamente:

—Bien, no me gusta que me rompan la crisma, pero Claire..., ¿qué vamos a hacer?

—Yo..., quiero regresar a la excavación. Recuperar esas notas mías. Y me di cuenta de algo hace unos momentos, allá en la sala de espera. ¿Recordáis la decoración en marfil que hallamos a un lado del cubo? Las raspaduras que hay en ella puede que sean un mapa.

—Sí, seguro, hablamos de esa posibilidad —dijo George.

—No la tomé en serio porque no se conocen mapas de la época micénica. Pero contemplando el mapa de las Líneas Aéreas Olympic, vi que, si había estado suponiendo inconscientemente que aquello era una burda representación de Micenas, entonces la gran masa de tierra tenía que estar en la parte de arriba, hacia el norte. Pero que eso no era más que una conveniencia que utilizamos hoy..., el norte está arriba. Por lo que recuerdo de la pieza de marfil, si le das la vuelta, el área más grande se parece vagamente a una parte de Grecia. No la parte continental, no..., Creta. La gran masa es la línea costera de Creta, y el objeto más pequeño de encima es una isla. Quizá Santorin, o Milos.

—Hum —dijo George, sin comprometerse a nada.

—Pero necesito mis notas para estar segura de ello y poder presentar el caso.

—¿Cree que un informe científico vale todo esto? —preguntó John.

—Sí, lo creo. Pero principalmente deseo pararle de algún modo los pies a Kontos. Enviaré un telegrama desde Creta. El profesor Hampton tiene que saber lo que ha ocurrido. Estoy seguro de que Kontos le llenará los oídos con...

—Hubiera podido decírselo a Hampton cuando aterrizáramos en Boston —dijo suavemente John.

Los ojos de ella llamearon.

—Sí, y con las manos vacías, sin ningún resultado, sin nada que mostrar...

—Bueno, sólo era un comentario. Estoy dispuesto a ir a Creta, si es eso lo que usted quiere. Estoy de vacaciones, ¿recuerda?

—Sí —añadió George, con nuevas energías—. Kontos no ha emprendido ninguna acción oficial contra nosotros. Todavía. Quiero decir, si conseguimos mantenernos alejados de él y de sus tropas de asalto, no tendremos ningún problema.

Claire se relajó. Vio que algo del travieso escolar que había en George había salido de nuevo a la superficie, algo con lo que podía contar. Para él, aquello podía convertirse en una travesura, una historia de guardias y ladrones, algo mucho mejor que regresar al invierno de Boston y a la rutina universitaria. Estupendo.

—Bien. George, tú quédate aquí, recupérate dentro de una hora más o menos, y cruza la calle hasta la terminal de vuelos nacionales. Es la de la izquierda. Toma —le tendió un pequeño fajo de billetes—. Utiliza esto para adquirir tu billete. Cuando aterrices en Creta, ve a la plaza principal de Iraklion. Nos reuniremos contigo allí.

—De acuerdo.

—Por entonces habremos tenido tiempo de telefonar a Hampton. Él puede intervenir con Kontos. Quiero permiso para regresar a la excavación, ver que las cosas sean selladas profesionalmente, y recoger mis notas.

—Hampton puede hacer que Kontos se las mande a Boston.

Los ojos de Claire llamearon.

—¿Y quedarse con lo que él quiera? ¡No toleraré que manosee mis cosas!

—¿Piensa que Kontos no nos buscará? —dijo John, con el ceño fruncido—. La noticia no tardará en llegarle, y...

—¿Está dispuesto a correr el riesgo?

Un largo silencio. John evitó sus ojos. Ella se dio cuenta de que estaba recordando los golpes recibidos. Odiaba utilizar aquello, referirse a ello incluso oblicuamente, pero no tenía tiempo.

Él se envaró ligeramente.

—Supongo que sí, sí.

—De acuerdo entonces. —Pareció algo más alegre—. Yo cruzaré primero.

—¿Por qué no juntos? —preguntó John.

—Buscarán un grupo. Y yo sé hablar griego, puedo desenvolverme mejor.

A John no le gustaba demasiado aquello, pero aceptó seguirla al cabo de diez minutos. Claire abandonó el puesto de primeros auxilios. Pensó irónicamente que no iba a resultarle difícil aparentar ser una cansada y ansiosa viajera, puesto que así era exactamente como se sentía. Cuando estaba a medio cruzar la calle aparecieron dos jeeps a toda velocidad, haciendo sonar sus claxons. Saltó fuera de su camino. Pasaron veloces por su lado, tres hombres en cada uno, ignorándola. Giraron bruscamente, haciendo chirriar sus neumáticos, y bloquearon la entrada de la terminal de vuelos internacionales. Los soldados saltaron fuera y comprobaron sus metralletas. Claire había dejado sus bolsas en el suelo para mirar. Los soldados que estaban de guardia se dirigieron a los recién llegados y los bombardearon con preguntas. Claire recogió

sus bolsas y observó que casi todo el mundo había desaparecido de los alrededores, dejando la calle casi desierta, y que su presencia allí resultaba muy evidente. Se apresuró a la terminal de vuelos nacionales.

Dentro todo estaba tranquilo. Durante una crisis en la capital, nadie parecía interesado en volar a provincias. Hablando en griego, obtuvo sus dos billetes y los cerró. Nadie le prestó una atención particular. Se daba la vuelta del mostrador cuando un soldado surgió bruscamente de ninguna parte y se detuvo delante mismo de ella.

—¿A dónde va, señora? —preguntó formalmente, en griego. Era delgado pero fibroso, y sus ojos oscuros recorrieron rápidamente su rostro, evaluándola. Contuvo el aliento, y pensó irracionalmente en echar a correr. ¿Pero adonde?

—Yo..., a Creta.

—¿Tiene pasaje en este vuelo?

—Sí. Estoy de vacaciones, y...

—Entonces consideraría como un gran favor que tomara usted esto. —Le tendió una carta—. Se lo pido por favor, échela al buzón en el aeropuerto. Será entregada en Iraklion el mismo día.

El alivio fue como si repentinamente un peso de alzada se encimara de su cuerpo.

—Pero..., ¿por qué no la echa aquí?

Los oscuros ojos la estudiaron, miraron hacia la izquierda, se deslizaron inquietos de vuelta.

—Temo que el correo procedente de Atenas no llegue rápido a Iraklion. Hay... divisiones políticas. Esta carta es para mi familia, gente que tal vez...

—¿No esté bien considerada?

—Por favor, esto es todo lo que puedo hacer, le pagaré por el trastorno si cree usted que...

—No, no, por supuesto que la echaré. ¿Pero piensa usted realmente...?

Al parecer sí, porque el hombre derramó sobre ella un enorme flujo de agradecimientos antes de alejarse a toda prisa, como si temiera ser visto hablando con un extranjero.

Cuando llegó John, unos minutos más tarde, Claire todavía estaba dándole vueltas a aquello en su cabeza. John informó que en aquellos momentos había una fila de soldados en la terminal de vuelos internacionales, comprobando meticulosamente a todo el que entraba. El monorraíl de Atenas no funcionaba, como de costumbre, y la gente llegaba en atestados autobuses, sólo para verse detenida más tiempo aún en la entrada.

—Típico —dijo—. Armas pesadas, como si alguien quisiera escapar atacando el aeropuerto.

—No parezca preocupado y nadie se fijará en usted. Sólo somos turistas, ¿recuerda?

—Con este tipo de seguridad, cualquiera puede detenernos.

—No necesariamente. Fuera de Atenas, la gente está más relajada.

—¿Cómo en Nauplia?

—De acuerdo, quizá sea demasiado optimista.

—¿Todo esto, sólo para recuperar sus notas?

—Representan meses de trabajo. No puedo completar mi parte del trabajo sin ellas. Y en Creta quizá pueda hallar alguna conexión con ese mapa de marfil. La arqueología es ante todo un proceso de efectuar asociaciones entre objetos, y cada descubrimiento abre posibles resonancias con cosas que ya tenemos. A veces, simplemente pasear por un museo o un yacimiento arqueológico puede abrirte los ojos.

John suspiró.

Ella guardó silencio por unos instantes, mientras los recelos brotaban en su cabeza. Pero ahora ya era demasiado tarde. *Praxis*.

Apoyó una mano tranquilizadora en el hombro de él.

—Estoy segura de que una llamada a Hampton lo arreglará todo. —Sonrió, aunque no creía ni una sola palabra de lo que acababa de decir.

## 2

John se reclinó satisfecho. Un entrante de souvlaki al ajo, un buen plato de aceitoso moussaka y una botella de áspero vino tinto habían conspirado para suavizar el mundo, recubriéndolo con una película de agradable y benigno resplandor. Estaba sentado a la cálida luz del sol de otoño que se filtraba en láminas nítidas y definidas hasta él a través de las ramas de los olivos. Así que éste era el fabuloso aire de Grecia. Brindó por él con más coñac Metaxa. Su cansancio se había retirado, pero lo notaba aguardando su momento, dispuesto a abrumarle con el sueño si lo desafiaba.

Claire salió del hotel y cruzó el pequeño parque, mirando en ambas direcciones —siempre una buena idea en el enjambre del tráfico de Iraklion— y se dirigió hacia él. Su esbelto cuerpo se contoneaba ampliamente, una oscilación inconsciente al andar que iba más allá de la necesidad mecánica y parecía burlarse del severo corte de su blusa roja y sus pantalones grises. Los inevitables hombres ociosos, sin trabajo y sin afeitar, siguieron su trayectoria como radares giratorios.

—Tiene usted fans.

—¿Qué? Oh, ellos. Siempre es así.

—¿Las dificultades ocupacionales en el Mediterráneo?

—Usted no sabe mucho de los irlandeses de Boston, ¿verdad?

John sonrió.

—¿Ha habido suerte?

—Conseguí dos habitaciones. Y llamé a Boston.

El se irguió en su asiento. La mujer parecía irritada.

—Conseguí la conferencia de inmediato, a través del nuevo enlace por satélite vía Cairo.

—¿Y?

—Hampton... no se mostró cooperativo —dijo ella, reluctante—. No sabía nada de Kontos, gracias a Dios, pero no hizo caso de lo que le conté. Me dijo que si yo había irritado a Kontos, estaba seguro de que él, Hampton, podría arreglarlo.

—¿No le dijo usted que...?

Alzó irritada las cejas.

—No podía contárselo todo. ¡Use su cabeza! No quiero que Kontos sepa que yo creo que el artefacto es importante.

—O que desea volver en persona a recoger sus notas.

—Por supuesto que no. Describí a Kontos apareciendo con sus chicos del Ejército, y sacándonos por la fuerza, y confiscando una buena parte de nuestras notas..., sí, algo de la verdad, lo admito..., y expulsándonos del país sin ninguna autoridad oficial. Hampton dijo «vaya, vaya», y admitió que había mucha inquietud política aquí, y que lo mejor era dejarlo todo en sus grandes y competentes manos. —

Hizo una mueca.

—Llamará a Kontos inmediatamente.

—Quizá no. Le dije que llamaba desde París, que deseaba unos días de vacaciones. Le pedí que no hiciera nada hasta que pudiera describirle con detalle lo que había ocurrido, en Boston. A Hampton le encanta escribir largas y meditadas cartas y darles amplia difusión..., «establecer un foro», lo llama. Supongo que así es como desea tratar el asunto.

—Quizá sea la mejor forma.

—No, es sólo un modo de barrerlo todo, de barrerme a mí, debajo de la alfombra. Hampton y Kontos tratarán todo este asunto de tal forma que finalmente me encontraré excavando algún poblado sirio de casas de barro mientras ellos siguen con las excavaciones micénicas.

—Bien... —dijo él cautelosamente—, quizá no debería darle usted tanta importancia a esas notas.

—Tonterías. Recuerde, parte de ellas son datos de usted que iba a incorporar a mi informe. Si hubiera tenido tiempo de copiarlas y devolvérselas, ahora usted las tendría.

—Bueno, de todos modos...

—¿Qué me dice de esas líneas espectrales que encontró? Algún tipo de aleación, o al menos algún tipo de piedra poco habitual. Más el hecho de que es algo único, una reliquia funeraria como nadie ha visto nunca antes. ¿Quién sabe lo que significa, oculta de aquel modo? El año próximo podemos excavar debajo de la oquedad, explorar la cisterna de agua, quizá encontrar cosas que arrojaron a ella —sus ojos llamearon—, ¡y yo quiero estar allí!

Él inspiró profundamente. *Bien, ahí va.*

—Lo que quería decir era que mis resultados son preliminares y que... pueden estar equivocados.

Ella parpadeó.

—¿Por qué? Actuó usted concienzudamente, le estuve observando.

—Sí, pero..., bien, no es mi área de trabajo.

—La metalurgia antigua tiene sus trucos, de acuerdo, pero usted...

—Lo que quiero decir es que no soy metalúrgico.

Ella le miró inexpresivamente.

—¿Qué?

—Nunca antes en mi vida había visto un equipo así.

—¿Qué es usted, entonces?

—Matemático.

Le miró incrédula.

—Yo..., estoy trabajando en un nuevo modelo matemático de impurezas en los



metales, aplicaciones de la teoría de grupos.

—Su oficina...

—Tenían un espacio libre, así que me metieron allí. He hablado con gente de la sección metalúrgica, sí, pero aparte esto...

—¡Usted me mintió!

—No exactamente. Nunca dije que fuera bueno con este material, recuérdelo.

—Creí que usted era..., que era...

—Lo sé, y le pido disculpas. Creí que iba a ser un poco de distracción, ya sabe, algo así como unas vacaciones.

—¡Así que, por un viaje pagado, usted...! —Depositó su copa de coñac sobre la mesa con un fuerte golpe. Se rompió. Ni siquiera se dio cuenta de ello.

—En realidad no. Principalmente fue a causa de usted.

—¿De mí?

—Me sentí atraído por usted desde el primer momento. —Bajó la cabeza—. Sé que suena estúpido. Yo..., supongo que simplemente me dejé arrastrar por mis glándulas.

Ante su sorpresa, ella se calmó.

—¿Así que simplemente decidió... fingir?

—Sí. No me costó demasiado conseguir el equipo. Sólo tuve que firmar por él. Invadí la biblioteca en busca de libros de referencia. Los leí en el avión.

—¿Todo ello... —le miró como si fuese un desconocido—... por mí?

En el *¿por mí?* John vio una momentánea grieta en su resplandeciente armadura. Completamente competitiva y con una confianza absoluta en su vida profesional, ¿acaso tenía dudas en sus cualidades como mujer? Tenía que hacer algo al respecto. De algún modo.

Dijo en voz muy baja:

—Lo hice lo mejor que pude. Sé algo de electrónica, en una ocasión me construí algunos componentes estéreo, pero..., no puedo estar seguro de que el trabajo sea exacto. Sé que se siente usted decepcionada, pero quiero que sepa que, bien... —la miró directamente a los ojos—, yo no. La experiencia valió la pena.

—Demonios —dijo ella, irritada—, hubiera podido limitarse a pedirme una cita.

—No quería que se me escapara. Actué, bien, simplemente desde el fondo del corazón.

—Vaya matemático frío y analítico que es usted.

—Hubiera debido admitirlo cuando llegamos a la excavación, cuando vi de qué trabajo se trataba, más de lo que yo había esperado. Pero entonces ya no tenía usted a nadie que pudiera ayudarla. Si yo no hubiera sido tan pusilánime...

—¿Pusi-qué?

—Pusilánime. Cobarde.

Ella se ablandó visiblemente.

—No, eso no es..., usted trabajó duro. No hubiera conseguido lo que conseguí sin...

—Lo siento. Pero si tuviera que hacerlo de nuevo, lo haría. Vale la pena.

Ella parpadeó rápidamente, descubrió de pronto el coñac derramado y empezó a secarlo con su servilleta, sin mirarle. Al cabo de un momento dejó escapar una irregular carcajada y le miró con una torcida sonrisa.

—¿Sabe?, yo también siento... de un modo distinto... hacia usted.

Él la miró interrogadoramente.

—¿Quiere decir...?

Una cierta reserva apareció en el rostro de Claire mientras se humedecía los labios.

—Quizá sea debido a que tenemos mucho en común. ¿Se da cuenta? Los dos somos unos furtivos y culebreantes mentirosos.

A John no le gustaba oír a una mujer decir aquello, pero tuvo que admitir que tenía razón.

George trajo malas noticias.

Su vuelo se había visto retrasado por la agitación general. Habían llegado más tropas al aeropuerto de Atenas, y estaban controlando a todos los pasajeros. Incluso comprobaban los vuelos nacionales, a la gente que iba a otros destinos de la propia Grecia. Había pasado sin problemas porque los oficiales prestaban más atención a los pasajeros que llegaban, probablemente por miedo a un contramovimiento en Atenas por parte de los oponentes a la toma del poder. George había presenciado varios arrestos.

Todo aquello implicaba que regresar por Atenas era una mala elección. Sin embargo, Claire insistió: tenía que volver a la tumba, recuperar sus notas.

Podían intentar alquilar un avión privado. Pero todos los aeropuertos estaban estrechamente vigilados: George había visto más policía cuando llegó al aeropuerto de Iraklion y recogió su equipaje.

Aquello dejaba el mar. La forma mejor y más barata sería viajar progresivamente hacia el norte en los cruceros regulares de turistas. Y, puesto que Kontos podía rastrearles hasta Creta a través de las listas de pasajeros, lo mejor que podían hacer era marcharse rápidamente de Iraklion. Aquello no era inmediatamente posible. El gobierno había seguido cuidando el turismo, porque era ahora una de las principales fuentes de divisas. Los pasajes para los barcos que se dirigían al norte estaban llenos. Mediante propinas Claire consiguió que un agente de viajes les proporcionara tres asientos en un barco que zarpaba hacia Santorin a la mañana siguiente. Había un asiento disponible para aquella tarde.

Se harían menos evidentes si se separaban. George deseaba tomar el asiento

aislado antes que esperar. Claire y John le seguirían a la mañana siguiente, encontrándose con George en el hotel Atlantean.

Mientras tanto, la mejor política era aparentar que eran unos turistas tan vulgares como fuera posible. Había patrullas de la policía por las calles, pidiendo identificaciones, pero sin molestar a los claramente extranjeros. George fue en busca de su barco, sonriendo, gozando con la intriga.

John intentó parecer relajado. Estaba intranquilo por los grupos de uniformes de la policía y el ejército en todos los cruces importantes. Supongamos que Kontos descubría que no habían abandonado el país. Seguro que el hombre podría pensar en alguna acusación consistente. En aquel clima, incluso podía cuajar.

Pasearon por el mercado al aire libre, resistiéndose a las ofertas de los vendedores. Claire compró un poco de azafrán..., un capricho locamente excéntrico, pensó John, puesto que la mujer solamente disponía de las ropas que llevaba puestas, algunas mudas de ropa interior, dos libros de bolsillo y unos cuantos artículos de higiene personal.

Ella le condujo a través de estrechas calles llenas de coches que hacían sonar incesantemente sus bocinas y de vendedores que competían con ellas con sus gritos, hasta la abovedada quietud del museo.

—Dé una vuelta —le dijo—. Los frescos están arriba. Sacaré algo de dinero en efectivo con mi American Express y compraré algunas cosas que necesitamos. Y enviaré un cable a la TWA, pidiendo que guarden nuestro equipaje en Boston.

John se concentró deliberadamente, encerrando fuera el polvoriento y agitado mundo exterior. Gozó con las limpias y armoniosas líneas de las jarras y urnas de piedra, algunas con asas enjovadas. La mayor parte de la elegante orfebrería le recordó los artísticos trabajos micénicos que Claire le había mostrado en la excavación, de modo que no se sorprendió cuando leyó en el folleto del museo que las corrientes culturales se entrecruzaban en todas las grandes eras de la civilización cretense.

La primera era terminaba con un terremoto, pero los cretenses reedificaron su civilización, que condujo a su edad de oro, la cual duró 250 años. Un cartel debajo de un exquisito pendiente de oro describía el final como «sumergido en maremotos y terremotos». Dos abejas se enroscaban una hacia la otra, formando los arcos del pendiente mientras almacenaban la miel en un panal. O quizás estaban apareándose. La fina granulación resplandecía con vida interna y finalidad, y de pronto sintió la realidad de su pasado, los millones de personas que habían luchado y amado, construido, anhelado y muerto, el pulsar de sus tiempos convertido ahora en una invisible presencia, cuyo único signo eran esos elegantes adornos. A menudo había pensando en el pasado como en un tiempo rudo y tosco, pero aquí la exquisita habilidad de los antiguos era una afirmación muda y enérgica. Paseó por entre los

antiguos artefactos, las carbonizadas reliquias de maderas y trigo y muebles de los grandes palacios derribados, respirando en un cierto sentido el largo arco de la historia.

—Parece como un anuncio de modas californiano, ¿no?

La voz de Claire junto a su hombro le sobresaltó. Había estado estudiando una estatua de una Diosa Serpiente, los brazos extendidos, las serpientes enroscándose en sus brazos y en torno a su cuerpo, incluso en su alta tiara. Un apretado corpiño dejaba al descubierto sus pechos sobre una larga falda de volantes y un delantal.

—Algunos temas son eternos —dijo.

—Los seguidores de su culto guardan serpientes en tubos de arcilla, ¿los ve ahí?, y las alimentan con leche. —Cuando vio que él parecía desconcertado, añadió—: Puede que las utilizaran en sus adoraciones, pero creo que las serpientes constituían su tecnología médica. Sus mordeduras, podían ser utilizadas para curar algunas dolencias.

Le condujo a través de salas llenas de cerámica.

—La arcilla cocida sobrevive a todo.

—¿Incluso a los materiales modernos?

—Por supuesto. Nuestros wáteres de cerámica aún serán utilizables dentro de diez mil años. Oh, mire.

En el fresco de tonos azules un toro cargaba al galope tendido, con la cabeza baja. Una mujer con armadura de cuero y botas altas se aferraba a sus cuernos. Un hombre moreno, muy enjoyado, estaba a medio camino sobre su lomo, las manos apoyadas sobre el pelaje del toro, agitando los talones por encima de su cabeza. Una mujer había aterrizado sobre sus pies justo detrás de los cascos a la carga, bajando los brazos después de su volteo. Los tres estadios del «salto de la muerte». La composición vibraba con energía.

—Hacían realmente esto —añadió Claire—. Era un deporte.

—¿Sin conexiones religiosas?

—Bien, esos acontecimientos pudieron ser los que iniciaron el mito de Teseo, que fue enviado aquí desde Atenas con otros jóvenes de ambos sexos para ser sacrificado al Minotauro. No sabemos mucho sobre la religión cretense.

—Y creemos que es una gran hazaña torear a uno de éstos con una capa.

Ella sonrió.

—No sea tan duro con los toreros. Todos los que pueden afeitan sus cuernos. Algunas excavaciones han hallado cráneos de toro con las puntas de los cuernos aserradas, hechas romas.

—Los rancheros hacen eso si tienen que mantener a un toro mucho tiempo en un lugar cerrado, ¿sabe? Evita que cornee las paredes, o a la gente, o a las vacas.

—¿De veras? ¿Cómo lo sabe?

—El oficio de granjero está en el ADN de todos los georgianos.

—Hum. Me pregunto si los excavadores sabían eso acerca de mantener encerrados a los toros.

—Tenían que saberlo. Quiero decir, eso era el Minotauro, ¿no?

—No. Era mitad hombre, mitad toro. El dios Poseidón dio al rey de Creta, Minos, un toro para ser sacrificado. En vez de ello, Minos lo conservó, y su esposa se enamoró de él.

—Tiene razón, fue como en California.

Ella le miró de reojo.

—No, Poseidón fue quien hizo que se enamorara.

—Esa historia ya la he oído antes.

Un suspiro.

—Ella tuvo un hijo del toro..., el Minotauro. Minos lo encerró en un laberinto. Más tarde, después de que el hijo de Minos fuera muerto por los atenienses en una guerra, Minos exigió que le fuera ofrecido un sacrificio de gente joven como tributo. Entregaron las víctimas al Minotauro para que las devorara.

—Un buen tipo. ¿Aquí es donde entra Teseo?

—Correcto. Era uno de los sacrificados. Sólo que él entró armado en el laberinto y mató al Minotauro. Halló su camino de regreso porque había desenrollado un hilo para marcarlo.

—¿Cómo mató al Minotauro?

—No lo sabemos. En realidad ya tenía práctica..., la leyenda dice que había matado ya al toro de aliento de fuego de Maratón.

—¿Dos toros? ¿Y dónde estaba el laberinto?

—Se lo mostraré.

Cnosos estaba a un corto trayecto en taxi fuera de la ciudad, lejos de los omnipresentes uniformes de la policía. En el camino de salida fueron parados por un control del Ejército.

—¿Qué ocurrirá si nos piden nuestros pasaportes? —preguntó John—. Los tiene el hotel.

—Entonces eso es lo que les diremos.

El oficial miró al interior del taxi, vio que eran turistas, e hizo señas de que siguieran.

—¿Lo ve? —dijo Claire—. Las cosas están un poco más relajadas fuera de Atenas. —Señaló hacia un asno que pastaba junto a un murito caído a la sombra de una encina, ignorando las moscas que zumbaban a su alrededor.

—Entonces, ¿para qué el control de carretera?

—Pura política. A los cretenses no les gusta este asunto de un partido único.

—Entonces vamos a Santorin. Mejor permanecer alejados de todo esto.

—Tenemos billetes para el barco que zarpa mañana por la mañana a las ocho.

En la extensión abierta de Cnosos, sin embargo, John empezó a lamentar tener que marcharse tan pronto. Las paredes de deslumbrante blanco y los bloques de yeso arrojaban un aura marfileña sobre las ruinas excavadas, enmarcando los frescos con una luminosa radiación. Había una sensación de espacios abiertos en el palacio en ruinas, con sus amplias estancias dando paso a patios y plazas, y una sensación de hospitalaria bienvenida en el aroma de la adelfa y los pinos que descendía de las bajas colinas. Las lagartijas se escurrían entre las blancas losas resplandecientes y los buitres planeaban por encima, trazando círculos y círculos en las frías alturas.

—Resulta difícil creer que esto fuera un laberinto.

—Oh, ésta es simplemente la parte puesta al descubierto. El palacio original tenía mil quinientas estancias.

—¿Es por eso por lo que los historiadores creen que los griegos basaron en él la leyenda?

—Bien, se trata ciertamente del edificio más complicado que un griego haya visto nunca. Y Minos es el término dinástico para la línea de reyes sacerdotes de Cnosos.

—Y conservó un toro de aliento de fuego, devorador de hombres, merodeando por la casa, por pura diversión.

—Después de todo se trata de una leyenda, no de una noticia en los periódicos.

—Este laberinto, ¿era el palacio en sí?

—Presumiblemente. Horadaban tumbas en la roca, pero nada que fuera muy grande. Algo parecido a los micénicos.

Subieron unas espaciosas escaleras sostenidas por gruesas columnas de un escarlata chillón. Incluso dentro el aire era fresco y exuberante. Sus moradores, le dijo ella, medían sólo metro cuarenta de altura.

—¿Los micénicos se apoderaron de todo esto?

—Tras el segundo incendio de este palacio, sí.

—Pero tenía entendido que los atenienses eran el principal poder en Grecia.

—Oh, no. Atenas era todavía un lugar tranquilo en esa época. Platón, Pericles..., aparecieron mil años después de todo esto.

—Pero Creta luchó contra los atenienses, y fue Teseo quien mató al Minotauro.

—Bien, hay que recordar que esa historia fue escrita por los supervivientes. Todo el asunto del Minotauro puede que implicara a micénicos y no a atenienses. Los atenienses se limitaron a expropiar las leyendas existentes.

—Caray, no es extraño que Henry Ford dijera que la historia era un camelo.

Claire se contuvo.

—¿Y qué importa eso? Algún héroe sin nombre de la región que rodea Micenas llegó hasta aquí. Tal vez fuera un gran atleta en saltar delante de los toros. O quizá matara algunos terribles animales. Se convirtió en una gran historia allá en su hogar,

y la historia pasó de boca en boca, amplificada. Y Homero la utilizó.

—Así que Homero no es más que un contador de historias.

—Es una forma de decirlo. —Altivamente.

Pasearon por entre las escaleras y las columnas caídas, mientras John reflexionaba sobre las silenciosas piedras. Claire parecía inquieta.

—Diga, esos policías de allí, ¿no nos están observando?

Claire se giró bruscamente.

—¿Quiénes? ¿Dónde?

El rió quedamente.

—Bueno, estaban ahí hace un minuto. No está usted tan tranquila como aparenta.

Ella le lanzó una precavida mirada.

—De acuerdo. Estoy nerviosa también. Volvamos a la ciudad.

Regresaron al museo a última hora de la tarde, atraídos por su atmósfera. Incluso las entradas del museo eran poco habituales, con dibujos a pluma de antiguos eruditos u hombres de estado y citas de grandes obras de la antigüedad. Dentro, las vitrinas de cristal contenían silenciosos eones. Sintió como nunca antes el bostezante abismo de las cosas perdidas, de las grandes hazañas olvidadas, de la gente convertida en polvo.

En una vitrina aislada, una cabeza de toro tallada en esteatita negra le miró a través de los milenios. Las brillantes ventanas de su nariz, de concha marina, parecían llamear furiosas, y sus ojos de cristal de roca y jaspe le observaban ominosamente. La tarjeta descriptiva decía: *Ritón del palacio de Cnosos. El pelaje está hábilmente conseguido mediante incisiones. Los estilos y las herramientas utilizados sugieren un origen poco antes de la catástrofe final. Hay evidencias en Homero de que los cuernos de los toros ceremoniales eran recubiertos con una capa dorada. Los cuernos de esta obra no han sido hallados, pero probablemente eran de madera dorada como los del famoso ritón de tipo similar hallado en las tumbas reales de Micenas.*

La pétrea y malévol a mirada parecía seguirle mientras se movía a su alrededor, estudiando la obra de artesanía. Los recientemente añadidos cuernos de madera estaban artísticamente curvados y pintados con un dorado luminoso. Brillaban a la fría luz del museo, y se imaginó corriendo hacia ellos en medio del olor a polvo, su corazón latiendo alocado, mientras los gritos de la multitud se alzaban a su alrededor, los cascos resonaban en el suelo, el enorme animal apuntaba a su vientre, los cuernos bajos y resplandecientes a la clara luz del sol, la muerte ardiendo en sus ojos, mientras sus brazos se tensaban hacia delante, para aferrar y saltar y volar libre por encima del brutal empuje devorador.

La admiró durante largo rato, mordiéndose ausentemente el labio inferior, pensando que le recordaba algo, aunque no podía precisar qué...

Mientras el *Attika* salía del puerto de Iraklion, Claire señaló una pintada con spray sobre el gris cemento del rompeolas del muelle: YANKIS IROS A CASA.

—No hay ningún cliché como los viejos clichés —murmuró John.

—Supongo que lo dicen en serio.

—Sí. Esta mañana creí que el tipo en el hotel iba a arrojarnos a la cara nuestro sucio dinero fruto de la explotación.

—Fue más bien rudo, ¿no?

—¿Es por eso por lo que le dijiste lo de que íbamos a alquilar un coche para dar una vuelta por el lugar?

Ella asintió.

—Si la policía acude a comprobar, perderá mucho tiempo recorriendo primero todas las agencias de alquiler de coches.

—Espero que sí. De todos modos, no me tomo esos signos como algo personal. —Se apoyó lánguidamente en la barandilla, dejando que el suave viento alborotara su pelo, contemplando los botes de pesca que pasaban por su lado—. No me incumben.

—¿Por qué no?

Acentuó el arrastrar de sus palabras.

—Yo no soy yanqui.

Ella se echó a reír pese a sí misma. John había recorrido un camino muy largo para separarse de su herencia de Nueva Inglaterra, y sin embargo seguía manteniendo un sentido de burla hacia sí mismo. Como si supiera que procedía de una cultura que se estaba desvaneciendo, envuelta aún en su pasado. Quizás esa misma sensación fuera la que le permitía relajarse tan fácilmente; le envidiaba por ello. La noche pasada ella le había hablado de lo que había ocurrido, de lo que podían hacer, dejando que sus propias ansiedades brotaran en un torrente de si y supongamos y quizá. Él había escuchado atentamente pero había contribuido poco, casi como si estuviera siguiéndole la corriente. Ella se había metido en todo aquello movida por un impulso, y ahora tenía sus dudas. A John no parecía importarle. Simplemente tomaba todas las posibilidades que a ella le preocupaban y asentía, como si estuviera calculándolas en alguna parte pero no sintiera la necesidad de hablar de ellas. Un hombre extraño.

El sol griego apareció por entre la niebla matutina, la misma nítida radiación que había iluminado la antigüedad, demostrando de nuevo su capacidad de iluminar, de calentar, de dar a conocer todo. Fueron dentro para tomar un poco de café dulce y un panecillo de miel. El barco estaba atestado de alemanes, todos hablando excitadamente y agitando periódicos. Le preguntó a Claire si sabía lo que estaban diciendo.

Ella estudió los titulares de los periódicos griegos.



—Hay una nueva ley estatal de censura. Este titular dice que a partir de ahora sólo imprimirán los comunicados facilitados por el gobierno. Hummm... Las fronteras quedan cerradas para todo el mundo excepto para los turistas. Se han establecido controles sobre el movimiento de capitales y divisas.

—Lo normal. ¿Han cerrado los bancos?

—Sí. Me alegra haber sacado dinero ayer.

—¿Qué dicen los alemanes sobre todo esto?

—No hablo alemán.

—¿Usted, la maga de los idiomas?

—En realidad no soy tan buena. Puedo leer el alemán en asuntos de arqueología, eso es todo. Excepto el griego, simplemente paso el mes antes de ir a un país aprendiendo el vocabulario básico. Aprender el presente de unos cuantos verbos: ser, ir, cosas así. Luego pasó toda una tarde hablando con alguien que conozca el idioma, un día o así antes de marcharme. No tiene un gran mérito. Decidí dejar de aprender el alemán cuando descubrí que la palabra alemana para doncella adopta el artículo neutro: *Das Madchen*.

—¿Y?

—Sólo casándose consigue la mujer el artículo femenino: *Die Frau*. Eso me dijo lo suficiente sobre la mentalidad germana.

—Oh, vaya.

Ella le había dicho esto a un cierto número de hombres, pero ninguno de ellos se había limitado a reclinarsse en su asiento, las manos tras la nuca, y bostezar, como hizo John. Los demás —tipos listos y ansiosos de Cambridge— habían profesado instantáneamente comprensión y apoyo. Tras pasar su test del tornasol, sin embargo, todos habían terminado alejándose o dejándola de lado de alguna manera. Nunca había estado segura de cuál era la razón ni para ella ni para ellos de actuar de este modo, pero al cabo de un tiempo había empezado a desconfiar de los hombres que inmediatamente apoyaban su posición y que parecían estar escrutándola en busca de indicios para saber qué postura debían adoptar para conseguir su aprobación. La indiferencia de John —¿lo era realmente?— la desconcertó.

Dos horas más tarde contemplaron los rojos crecientes de los brazos de Santorin surgir lentamente del mar para abrazar al *Attika*. Capas de ceniza gris, rojiza lava y piedra pómez estriaban los altos acantilados. Claire se apoyó en la barandilla y dejó que los imposibles azules líquidos la permearan.

Un bote de pesca de áspero entablado y enorme vela blanca hinchada, con la proa alzándose en una orgullosa curva sobre su ondulante reflejo en la bahía, avanzó a lo largo del brillo turquesa. Su capitán gritaba las órdenes con secos y penetrantes ladridos, tan viejos como la vocación marinera del hombre.

Se deslizaron cerca de la roma protuberancia de Gran Kameni, en el centro de la

bahía. Bloques de lava negros como la pez se hundían en el agua, insensibles y amenazadores, con sus angulosas caras no suavizadas por el lamer de las olas.

—¿Ese es el volcán? —preguntó John.

—Sí, el activo. La última gran erupción fue en 1956. La mitad de la población se fue después de eso.

—¿Cómo viven aquí? —Observó el triste y rocoso suelo que se alzaba muy alto por encima de la bahía.

Ella señaló.

—Esas capas de piedra pómez son un buen fertilizante. ¿Ve esas rampas que descienden hasta el mar? Llenan los cargueros con ella.

John se volvió hacia el bajo perfil de Gran Kameni, que se alejaba.

—No tiene mucho aspecto de volcán. ¿Cuál es el tamaño de la boca?

—Podemos ir más tarde con una lancha a motor y verla. Pero si se refiere a la caldera del volcán..., bien, es esto.

—No, quiero decir... —Entonces comprendió—. ¿Esta bahía es la caldera?

Ella asintió.

—La explosión del año 1426 a.C. borró del mapa la mitad de la isla. La fecha ha sido deducida de tres anillos de la madera de los pinos en California. Ese año mostraron un crecimiento reducido. El polvo de Santorin creó un invierno helado en todo el planeta.

—¿Todo esto... reducido a pedazos?

—El nombre antiguo de la isla significa «redondo». La erupción se llevó la mitad de ella. Ahora tiene forma de media luna.

—Dios mío, eso significa fácilmente ocho o nueve kilómetros de diámetro. Debió ser como la explosión de una bomba de hidrógeno.

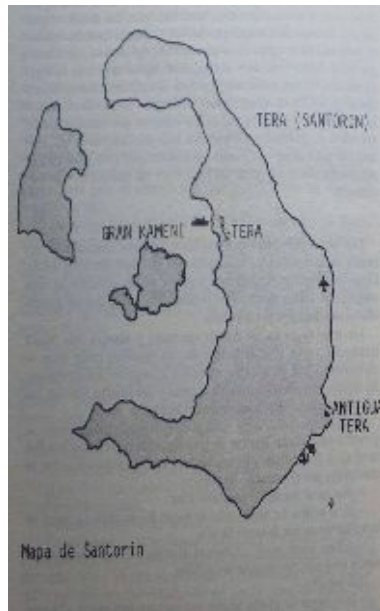
—Es por eso por lo que deseaba venir aquí. ¿Recuerda el cuadrado de marfil?

—Oh, sí. Usted pensó que era un mapa.

—Si lo miramos al revés, entonces la gran masa de tierra del fondo representa Creta. Santorin es la única isla importante al norte, así que la masa redonda en medio del cuadrado represente probablemente esta isla.

—Las distancias no parecen correctas, por lo que recuerdo.

—No lo son..., pero los antiguos no tenían ninguna otra forma precisa de medir, recuérdelo, más que el tiempo de navegación, que depende de los vientos dominantes. Había también otras marcas arriba a la izquierda, que pueden corresponder a otras islas; la localización es más o menos exacta. Lo importante es que Santorin está señalada como casi redonda.



—Entiendo. —John contempló pensativo el gran cuenco azul—. Antes de que el volcán se la llevara por delante.

—¿Entiende ahora por qué tengo interés en unir todas las piezas? Esto se conecta con la leyenda de Atlantis, con los días anteriores a la Grecia primitiva donde se crearon todos los mitos, con todo.

John asintió, estudiando el mapa de Santorin que había traído consigo.

—Eso puede ser importante —dijo con respeto.

Anclaron cerca de la base de los acantilados. Los alemanes se apresuraron hacia la estación de desembarco, hoscamente decididos a ser de los primeros en los pequeños botes que los llevarían hasta la orilla. Claire había visto aquello mismo antes, y permaneció en cubierta hasta el último bote. Caminaron a lo largo del muelle hasta la estación de los asnos. Los animales se mostraron sorprendentemente rápidos en subirles por el zigzagueante sendero de adoquines, mientras los guías gritaban a los animales y les administraban sonoras palmadas. Al contacto de sus manos brotaban nubecillas de polvo de los moteados pelajes de los animales. John clavó automáticamente los talones en su asno, pasando a los chillantes alemanes y ganándose miradas de reproche de uno de los guías.

Phira, una apiñada ciudad de sorprendentes azules y blancos, coronaba el acantilado. En las serpenteantes calles se alineaban tiendas de baratijas. Las terrazas y los patios habían sido diseñados para desviar los perpetuos vientos hacia los estrechos callejones y frenarlos. Largas y acampanadas ristas de convólculos descendían por las paredes, uniando las casas contiguas. Geranios escarlatas brotaban de increíbles depresiones en las paredes.

Claire siempre había considerado aquella isla como la encarnación del espíritu griego. Las casas de piedra caliza mantenían sus patios desnudos a la penetrante luz del sol, abiertos pero inflexibles. Cada edificio, acanalado y con el techo en forma de

domo, se añadía al desafío que le lanzaba Phira a Gran Kameni a través de la resplandeciente bahía. Los seres humanos habían vuelto a la isla de lava y vivían osadamente en el viejo campo de batalla donde Vulcano había ganado ya una vez y donde indudablemente ganaría de nuevo. Los griegos siempre regresaban, derrotados pero no vencidos, para crear un prominente testamento que brillaba a la eterna luz del sol.

El hotel Atlantean era macizo y lleno de balcones, tan cerca del borde del acantilado que parecía inclinarse hacia delante, desafiando al abismo con su audacia. Claire y John depositaron su equipaje en el vestíbulo, y ella negoció sus habitaciones. Sí, quedaban algunas. (Los empleados siempre daban por sentado que uno tenía que alegrarse de conseguir alguna.) No, ninguna con vistas. (A menos que quisieran pagar más...) Bien, si sólo era por un día, quizá pudieran encontrar algo. (Era la estación baja y probablemente el hotel estaba casi vacío.) El empleado bufó cuando le pidieron ver primero las habitaciones.

Estaban escrupulosamente limpias, y la vista desde el balcón con barandilla de hierro era soberbia. Mientras el empleado señalaba las vistas desde la habitación de John, Claire retrocedió por el pasillo hacia el cartel de salida. Había una escalera trasera. Regresó y disfrutó también de la vista, adoptando el papel de turista. John, con cara de póker, le dio al hombre una propina. Claire le tendió los pasaportes y le pidió que se los devolviera pronto, a fin de poder utilizarlos para cambiar sus cheques de viajero en las tiendas. El hombre asintió brevemente y se fue. Parecía sorprendido de que un hombre y una mujer americanos que viajaban juntos no durmieran también juntos.

—No parece muy amigable, ¿no cree?

—Me pregunto si la estación turística no le habrá quemado. Normalmente los griegos son unos maravillosos anfitriones. Me encanta este país, pero en los últimos años... —Claire agitó la cabeza.

—¿Por qué no le preguntó nada de George?

Ella se sentó en la cama de crujientes sábanas almidonadas.

—No quiero que nos asocie a los tres. Si Kontos ha emitido algún boletín sobre nosotros, o como quiera llamarlo, seremos descritos como un grupo de tres.

El sonrió comprensivamente. Ella sabía que él esperaba que hubiera separado a George por motivos románticos, y animó la creencia con una reservada sonrisa sin comprometerse a nada. John era atractivo, sí, pero ella tenía otras cosas en mente. De todos modos, era mejor distraer a John, no dejar que se preocupara acerca de lo serio de su situación. No tenía una idea muy clara de cómo podía regresar a la tumba, pero estaba decidida a impedir que los hombres pensaran simplemente en volver a los Estados Unidos. Quizá estuviera mostrando una excesiva sangre fría, pero estaba metida hasta el fondo en aquello, y no pensaba abandonarlo.

—Y hasta ahora usted sólo le la hablado en inglés al empleado, a fin de parecer únicamente una turista...

Alguien llamó a la puerta.

—Los pasaportes, supongo —dijo John, y fue a abrir. George estaba de pie al otro lado, con aspecto cansado.

—¡Lo conseguiste! —Claire le abrazó, sorprendida ante su propia excitación.

—Sí. James Bond al aparato. —George sonrió y estrechó la mano de John.

—¿Tuviste algún problema?

Negó con la cabeza.

—Ninguno en absoluto. Subí al barco, lo comprobé todo, no vi nada. Conseguí reservas para el crucero de mañana hacia el norte.

Claire asintió.

—Estupendo. Kontos no podrá seguir un zigzag como éste.

—Parece razonable —dijo John. Solucionado aquello, se estiró y bostezó. Claire lo estudió. Parecía genuinamente despreocupado, irradiando una perezosa confianza en sí mismo.

—Tengo hambre —dijo—. Vamos a comer.

Se entretuvieron en el restaurante después del almuerzo, pescado con pimientos verdes y salsa de especias, calamares, calabacín frito, arroz con piñones, y dos botellas de un fuerte vino tinto local llamado, apropiadamente, Lava. Un par de muchachas americanas entraron y se sentaron cerca de la puerta. Aparte observar el uniforme habitual de sucios tejanos y blusas indescriptibles, Claire no les prestó ninguna atención especial hasta que una de ellas cayó bruscamente de lado de su silla, golpeando el suelo con un fuerte ruido. El dueño del restaurante se apresuró a acudir, trajo una servilleta mojada en agua, la apretó contra la garganta de la muchacha caída.

—Hey, no arme tanto alboroto con esto —le dijo despreocupada su compañera—. Quiero decir, ¿sabe?, es culpa de ella. No he dejado de decirle, hey, no tomes tanto antes de echarte algo de comida al estómago. —Miró a su alrededor en busca de apoyo, y sus ojos se fijaron en Claire—. ¿No es así? Vamos, digo yo.

Miraron mientras la muchacha caída recuperaba el conocimiento, murmuraba algo y, ayudada por el dueño del restaurante, se arrastraba de vuelta a su silla. Apareció una taza de café, y la muchacha la engulló de un trago.

—Estoy empezando a sentir una cierta simpatía hacia el empleado de nuestro hotel —dijo hoscamente John.

—Más combustible para alimentar a los que son como Kontos —murmuró Claire—. Despreciar las costumbres locales lo único que consigue es volver a los griegos hacia un credo político que crea ecos en sus valores católicos mediterráneos..., paternalistas, centrales, dogmáticos.

—¿De modo que, en épocas difíciles, les resulte más fácil optar por el

embaucador estilo autoritario marxista..., volver a los antiguos principios? —preguntó John.

—Me temo que sí. Kontos no se parece mucho a Thomas Jefferson.

—Oh, vamos, los dos —dijo George—. Me están deprimiendo.

Salieron a la oblicua luz de la tarde. Al extremo de la ciudad había un mirador sobre el acantilado, mudo testimonio de la erupción y los aludes de 1956. Claire inspiró profundamente el intenso y penetrante aire. Hermes, dios de los viajeros, estaba con ellos.

Tomaron el sendero que volvía serpenteando junto al acantilado hacia el hotel. John admiró la enorme vista y dijo:

—Así que esto fue Atlantis, ¿eh?

Claire no podía dejar pasar aquello.

—No, eso es arqueología de suplemento dominical. Creta fue Atlantis. Los egipcios, de algún modo, se confundieron. Les contaron a los griegos mil años más tarde que una gran civilización isleña fue destruida por una explosión y se hundió bajo las olas. Bien, Creta recibió todo el polvo y las cenizas que le llegaron desde aquí, y sufrió terribles terremotos también..., eso fue el origen de la leyenda. Pero Santorin fue quien hizo el trabajo, no una montaña en Creta.

—Pero Creta está a mil quinientos kilómetros de aquí —señaló John.

George barrió con un brazo la bahía.

—¿Se ha preguntado cuántas bombas de hidrógeno se necesitarían para causar esto?

—Lo he calculado —respondió John—. Media docena de cien megatonnes. —Se volvió a Claire—. Si se produjeran todas a la vez. Pero usted dijo que el palacio de Cnosos ardió dos veces.

—Santorin estalló también dos veces —dijo Claire—. Hubo una serie de erupciones pequeñas entre tanto, y la segunda grande remató el trabajo. Fue la mayor catástrofe de la historia.

Y, pensó, como una especie de extraño pago, dejó una isla maravillosa. Las demás islas de las Cícladas formaban parte de la cadena de piedra caliza que recorría todo el Peloponeso hacia el sur, descendiendo en valles que miraban al mar, y que permitieron a los antiguos viajar hacia el sur hasta Creta. La geología acelerando la historia. Santorin era algo que había emergido recientemente en aquel mundo, una intrusión volcánica.

Giró para descender una abrupta pendiente hacia el Atlantean. Buscó su habitación en la fachada del edificio, contando los pisos e identificándola por la filigrana del hierro forjado de la barandilla de su balcón. Mañana quedaría tiempo suficiente para visitar el museo, buscar alguna conexión con el mapa de marfil. Ahora se sentía demasiado cansada por la tensión de los últimos días. Necesitaba relajarse,

olvidar cosas, tenderse al sol del atardecer y dormitar hasta que fuera hora de dar otro paseo, comprar algo, cenar a base del estupendo marisco...

Un hombre vestido con un traje negro salió a su balcón.

Contempló la vista desde allí. Claire se detuvo, buscando algún lugar donde esconderse. No había ninguno.

—¡Media vuelta! —exclamó. Los dos hombres se detuvieron, la miraron—. ¡Volvamos atrás!

Los ojos de John se abrieron mucho cuando miró más allá de ella. Se volvió rápidamente, y George le siguió.

—George, ve delante —dijo ella—. Haz como si no fuéramos juntos.

George se apresuró a situarse en cabeza. John preguntó:

—¿Acaso la policía no lleva uniforme?

—No siempre. Hay nuevas ramas de seguridad que no lo llevan.

Pareció transcurrir una eternidad antes de que alcanzaran la parte superior de la colina y descendieran por el otro lado, fuera de la vista del hotel. Claire volvió a mirar hacia allá desde detrás de unos arbustos. Su balcón estaba vacío. Bien, si el hombre les había reconocido, todo había terminado; no tenían ningún lugar donde ocultarse.

—Puede que se tratara del director del hotel o algo así —ofreció George.

—No podemos contar con eso —dijo John.

—Si nos están buscando, Phira es demasiado pequeña para perdernos en ella —indicó George.

—Es mejor que permanecer al descubierto —dijo Claire con decisión—. Vamos.

Cuando llegaron al primer nuevo camino giraron hacia el interior. *Es extraño*, pensó Claire, *caminar por un paisaje encantador, discutiendo cómo eludir a la policía. Surrealista*. Aceleraron el paso, estudiando cautelosamente a cada nativo que aparecía ante ellos, aunque fuera en la distancia.

—Veamos —dijo John—. Recogí nuestros pasaportes cuando salimos a almorzar. George tiene el suyo. Podemos ir simplemente al aeropuerto, esperar al primer avión...

—No —intervino George—. Ese aeropuerto es insignificante. Nos pondremos en seguida en evidencia, la policía nos cogerá de inmediato. Además, no creo que haya ningún otro crucero hasta el nuestro.

—Y podemos contar con que lo tendrán cubierto —añadió Claire.

—Entonces tomemos el *Áttika* y volvamos a Creta —dijo John.

Claire agitó negativamente la cabeza.

—También lo tendrán vigilado.

—Estamos atrapados —dijo George.

John pensó durante unos instantes.

—No si podemos alquilar un bote.

—¿Navegar por nuestra cuenta? —preguntó George—. Yo no sé.

—Yo tampoco —dijo Claire.

—Yo creo que sí. Al menos hasta la isla más próxima —indicó John.

—Esta estación es peligrosa para la navegación —señaló Claire, recordando haberlo leído en alguna parte, una historia del comercio en el Egeo o algo así—. Vientos imprevistos, los *meltemi* creo que los llaman.

—De acuerdo: esto nos deja el nadar —dijo sarcásticamente John.

—Sólo estaba considerando todas las posibilidades —murmuró Claire, envarada.

—¿Dónde podemos conseguir un bote? —quiso saber George.

—No aquí en Phira —señaló John—. Seguro que habrá algún policía en el muelle, y tendrá quince minutos para vernos bajar hasta allí.

—De acuerdo —dijo Claire—. Tenemos que cruzar la isla. —Habían trazado un círculo, y estaban entrando de nuevo en las encaladas calles de Phira—. Buscaré un taxi.

—Un momento —dijo John—. Supongamos que alcanzamos la isla más próxima. ¿Qué, entonces?

—Podemos regresar a Creta, tomar un vuelo a Egipto —dijo George.

—¿Y terminar sin nada que mostrar excepto este correr de un lado para otro? —exclamó burlonamente Claire.

—De acuerdo entonces —dijo firmemente John—. Sólo hay un camino..., por mar. De vuelta al Peloponeso.

Claire meditó aquellas palabras.

—¿Y luego qué?

—Salir de Grecia. Nos agarrarán en cualquier aeropuerto, en cualquier barco comercial, por supuesto en cualquier estación de tren. Tenemos que salir por mar.

Se detuvieron los tres, mirándose entre sí.

—Miren —dijo George—, esto se nos está escapando de las manos.

—¿Tiene alguna idea mejor? —preguntó irritadamente John.

Otro silencio. Luego:

—No.

—No quiero alarmarles, caballeros, pero tengo que hacer una petición. Quiero mis notas.

—¿Las que hay en sus bolsas? —preguntó John.

—Correcto.

—No podemos volver al hotel —dijo George.

—No pienso dejar aquí las notas de mis investigaciones.

—Hey, esto está...

—Lo sé, fuera de nuestro alcance —dijo Claire—. De acuerdo, los dos pueden



quedarse aquí. Lo haré yo.

—Un momento, espere —dijo lentamente John—. La ayudaré.

—¡Estupendo! Busquemos un teléfono.

—¿Tiene alguna idea? —John pareció sorprendido.

—Por supuesto. —Echó a andar hacia un restaurante al aire libre.

Los dos hombres pidieron cerveza en el bar mientras ella llamaba al hotel. Respondió el empleado.

—¿Hola? Aquí la señorita Anderson, la americana. De la habitación 308. Bien, dije a un taxi que acudiera ahí a recogerlos dentro de..., bien, ya.

—¿Sí? —El empleado pareció interesado.

—Para que nos llevara a esa ciudad al norte de ahí. ¿Oía?

—¿Sí?

—Bien, vamos a llegar un poco tarde. Nos hemos encontrado con algunos amigos aquí en el hotel Delphi, y estamos tomando unas copas con ellos, de modo que no creo que tengamos tiempo de ir a Oia hoy. Así que, ¿se lo puede decir al conductor del taxi cuando llegue, por favor?

—Por supuesto, sí.

Claire le dio las gracias y charló un poco más. Mientras seguía hablando, oyó al otro susurrar en griego:

—Sí, son ellos.

Sonrió, terminó lo que estaba diciendo y colgó.

Se acercaron con precaución al hotel, bajando por un serpenteante camino de la parte de atrás, entre brillantes casas blancas.

—Esto sigue siendo demasiado arriesgado —dijo George.

—Quédese aquí, entonces —dijo bruscamente John—. Si no volvemos, intente el aeropuerto.

Claire observó a los dos hombres mirarse con ojos llameantes. George se dio cuenta de que estaba siendo desafiado. De todos modos, agitó la cabeza.

—Sigo pensando que no es una buena idea.

—Estupendo —insistió John—. Quédese aquí.

—No, esperen —dijo Claire—. George, aguarda aquí hasta que hayamos dado la vuelta a la parte de atrás. ¿Ves esa terraza a la izquierda? Te haré señas desde allí. Entonces llama al hotel y mantén al empleado al teléfono. Eso lo distraerá un poco.

George captó lo que ella pretendía.

—De acuerdo.

No tomó mucho tiempo. Ella y John llegaron fácilmente a la entrada de atrás del hotel, sin encontrar más que una vieja que intentó venderles un collar de cuentas de obsidiana. No había nadie en el pasillo del primer piso.

—Subiré yo primero —dijo John.

—No, no quiero quedarme aquí abajo.

—No he dicho que deba hacerlo. —La miró interrogadoramente—. Creo que prestarán más atención si la ven a usted primero, eso es todo.

Claire le siguió, respirando más afanosamente de lo que la empinada escalera requería. El hotel estaba completamente en silencio, el aire era pesado, con el aceitoso olor de la comida del mediodía. Apoyaba cuidadosamente los tacones de sus zapatos, procurando hacer el menor ruido posible, escuchando el posible sonido de pasos desde los pasillos laterales mientras los cruzaban.

Oyó una distante voz irritada. El empleado, hablando con George.

El pasillo que conducía a sus habitaciones estaba vacío. John le hizo una seña. Se dirigieron cada uno a su habitación y abrieron las puertas. Nada. Ninguna señal en ellas de que algo hubiera sido alterado. Por un instante Claire estuvo segura de que todo había sido un estúpido error, que el hombre en el balcón era inocente. Vaciló mientras metía una blusa en su bolsa, pensó en llamar a John, y entonces vio la colilla del cigarrillo en el cenicero. La marca era ENOE, y había sido aprovechada al máximo. Ningún director de hotel dejaría una prueba tan flagrante de su intrusión.

En unos segundos había reunido su equipaje y el de George. Se apresuraron de vuelta hacia abajo, excitados por el éxito.

Cuando dieron la vuelta hasta donde aguardaba George éste ya había llamado un taxi. Claire estaba nerviosa, mirando en todas direcciones, y John abrió la portezuela del vehículo y casi la metió dentro. Partieron hacia la orilla oriental de la isla, urgiendo al taxista que se apresurara.

El pequeño pueblo de Perissa tenía un corto muelle de gastado cemento y roca. No había más que un almacén, una especie de cobertizo, en la entrada, y el hombre que había allí respondió soñoliento a sus preguntas mientras se ponía lentamente en pie.

¿Había algún hombre que pudiera llevarlos en un crucero largo, de varios días, a las islas, quizás al norte? El encargado del muelle no estaba seguro. Quizás la barca de allá, casi al final, ¿querían verla? Era utilizada para la pesca, pero su propietario vivía en ella; era posible que aceptara algo así. Pero la barca, aunque grande, no lo era para tanta gente. Y menos americanos, que estaban acostumbrados a vivir con lo mejor, ¿no?

Claire le aseguró que de todos modos estaban interesados. El hombre volvió a sentarse y siguió leyendo su periódico. Los titulares exhibían chillonas acusaciones contra los Estados Unidos.

Recorrieron el muelle hasta donde estaba amarrada la barca de pesca, con las redes colgadas altas, aireándose al sol. Era una embarcación de trabajo, con el nombre, *Skorpio*, medio borrado por la decoloración. Su oxidada cabria y su torno necesitaban aceite. Estaba situada de popa contra una serie de franjas diagonales

azules y amarillas pintadas sobre el cemento.

John las señaló.

—Si utilizan marcas estándar en el muelle, eso quiere decir que esta zona está reservada para las embarcaciones visitantes. Debe tratarse de un pescador de otra isla.

—No hay ninguna isla importante al sur de nosotros —observó Claire—. Entonces debe dirigirse al norte.

—Bien. Antes de subir a bordo, hagamos planes. Tenemos dinero en efectivo..., mostrémosle algo. Quiero estar en camino lo antes posible.

—Necesitará provisiones.

—Podemos ayudarle a traerlas a bordo.

—La policía no sabe que vinimos aquí. Tenemos un poco de tiempo.

—No, no lo tenemos. Si regresan del Delphi y comprueban nuestras habitaciones, verán que nuestros equipajes han desaparecido. Una llamada telefónica al hombre de este muelle, y estamos acabados.

—Oh. —Claire frunció el ceño. Todo estaba yendo demasiado aprisa. Lo que había empezado como una aventura, la posibilidad de darle a Kontos un puñetazo en la nariz, se estaba complicando, sin darle en ningún momento tiempo de reevaluar la situación. Recordó haber supuesto alegremente, hacía apenas un día, que seguramente, si eran capturados, la policía se limitaría a enviarlos fuera del país. Pero ahora había nuevas leyes y restricciones en Atenas, y ella no había tenido la oportunidad de leer ningún periódico, de considerar lo que significaban exactamente. ¿Podían ser acusados de algo grave? Kontos sabía que seguían en el país, había alertado a la policía. ¿Qué haría si eran traídos de vuelta ante él?

Claire había creído que estaban terminando algo. Ahora se dio cuenta de que las cosas apenas habían comenzado.

Pasada la medianoche tienes la sensación de que existen diferentes densidades, incluso diferentes colores, de oscuridad.

John estaba de pie en la estrecha bovedilla del *Skorpio* y tenía la sensación de una murmurante oscuridad en el mar vivo que les rodeaba. Más allá, a unos centenares de metros de distancia, la alta negrura de la masa del acantilado engullía el murmullo del mar y devolvía un débil eco de las olas golpeando contra la roca. Sobre su cabeza, unas densas nubes encerraban un silencio como de tinta. Tras aquel manto, una línea amarillo marfil, débilmente luminosa, de espuma señalaba el lugar donde las olas golpeaban huecamente entre los caídos peñascos de la pequeña y cenicienta playa.

Desembarcarían un poco a la derecha, donde un retorcido sendero ceniciento descendía hasta la arenosa playa. Lo había estudiado ayer por la tarde con los prismáticos del capitán, intentando recordar exactamente dónde estaba todo en el campamento de la excavación al otro lado de la colina. Había resultado extraño echar el ancla a sólo unos pocos centenares de metros del lugar, pero se sentían seguros con el conocimiento de que nadie prestaba la menor atención al mar que rodeaba la colina. O al menos eso creían.

Cuando alcanzaron la costa del Peloponeso el capitán, un tal señor Ankaros, empezó a pedir más dinero. La radio de la embarcación había estado transmitiendo noticias mezcladas con estática de más medidas del gobierno. Se pedía educada pero firmemente a los residentes extranjeros que abandonaran el país en el plazo de dos semanas. Se harían excepciones, por supuesto, pero la intención era clara. El régimen había ratificado formalmente su salida de la OTAN, denunciando la política de alianzas como restrictiva y belicosa. Las restricciones de movimientos de divisas eran cada vez más estrictas. En el frente internacional, había otra disputa fronteriza en Asia Suroriental, más problemas internos en la Unión Soviética, y los Estados Unidos habían empezado las operaciones de su Laboratorio de Órbita Alta.

Claire había convencido al señor Ankaros de que eran simplemente unos turistas escasos de fondos que deseaban entrar en contacto con la auténtica Grecia, disponer de unos cuantos días de algo inusual, saborear cómo vivía la auténtica gente. John no estaba seguro de que el señor Ankaros se tragara sus ansiosas explicaciones, pero el hombre tomó el dinero que le dieron, e incluso aceptó llevarles rodeando la península peloponesa hasta Italia. Ayer por la tarde efectuaron una convincente exhibición de natación en el golfo de la Argólida, y él y George fueron a la orilla para dar un pequeño paseo por la isla de Spetsai. Claire había insistido en dedicar al menos todo un día al turismo, para establecer en la mente del señor Ankaros la impresión de que eran un puñado de viajeros ligeramente excéntricos, gozando del intenso aire y el sol de finales del otoño.

Le habían animado cuidadosamente a adentrarse más en el golfo, sin dejar de mirar con el rabllo del ojo los catedralicios acantilados hasta que admitieron que se hallaban debajo del emplazamiento de la tumba. Luego, todo fue asunto de engullir la comida preparada por el señor Ankaros —pescado capturado durante el día, verduras compradas en Spetsai—, junto con tres botellas de vino.

John eructó de pronto, audiblemente, y esperó que el adormilado señor Ankaros no hubiera captado el sonido. El pescador había empezado a cantar antes de terminar la segunda botella. Los tres habían procurado que el capitán bebiera mucho más vino tinto que ellos, y se quedara hasta tarde en su compañía. Necesario, sí, pero a John no le gustaba la idea de embarcarse en un pequeño esquife con la cabeza aunque sólo fuera ligeramente embotada. Todos habían dormido tres horas, completamente vestidos, y luego se habían reunido en silencio en la cubierta de popa. John y George durmieron de todos modos en cubierta, sobre los escotillones de proa o popa, porque abajo sólo había sitio para dos. El señor Ankaros tenía su propio camarote en forma de V delante, y Claire dispuso para ella sola de la intimidad de la cabina de popa.

A duras penas habían podido soportar la angosta y hedionda barca durante los tres días que les había tomado llegar hasta allí. El pensamiento de otros tres días, si no más, para alcanzar Italia, no era apetitosa. John se alegró de esta oportunidad de ir a tierra y hacer algo, de empezar a poner fin a todo aquel asunto.

Había empezado como una aventura, pero tres días en el mar con los otros le habían curado de aquello. George se pasó todo el primer día vomitando, y durante los otros dos permaneció o tendido en cubierta o quejándose. Claire lo había soportado estoicamente, tras sentirse violentamente mareada durante la primera hora después de salir de Santorin. Cuando habían afirmado que no sabían navegar, habían dicho la verdad. No sabían distinguir el mástil de la vela. Y tres días de mar, incluso de un mar tan tranquilo como el Egeo, les habían convencido a los dos de que nunca, nunca, desearían aprender.

George murmuró junto a su codo:

—¿Qué estamos esperando ahora?

—A que el viento sople más hacia proa. Quiero que se lleve nuestro ruido lejos de donde está durmiendo.

Eso era cierto, pero también deseaba sentir la noche, ver si el tiempo estaba cambiando. No le haría ninguna gracia encontrar un mar picado, que les dejaría varados, cuando regresaran a la playa. Operar de noche era siempre arriesgado, y hacerlo con el mínimo ruido era aún peor. Ya había lamentado haberse doblegado a la insistencia de Claire de no decirle nada al señor Ankaros. Ciertamente, no había sido capaz de pensar en ninguna razón plausible que justificara el ir a tierra de noche. Pero cuando captaba el creciente poder del mar a oscuras, las consecuencias de un fracaso se hacían más reales, los riesgos mucho mayores de lo que sus calmadas y racionales

discusiones habían llegado a admitir nunca. Sus soleados fines de semana en bote en Galveston eran una ridícula preparación para esto.

John suspiró. Sacudió de su cabeza los efectos de la comida y el vino y acercó más el esqui. Claire era una sombra ligeramente más oscura detrás de George.

—Ustedes dos suban primero. Yo lo sujetaré.

Avanzaron cautelosamente y consiguieron no golpear demasiado fuertemente la madera. John subió el último y lo empujó en un mismo movimiento. Tanteó en busca de su remo y se situó de espaldas a la proa, memorizando la configuración de las luces de la *Skorpio* para más tarde. George encontró el otro remo y los utilizaron para alejarse, sin arriesgarse a colocarlos en sus toletes.

Pareció tomarles un tiempo trabajosamente largo alcanzar la orilla, navegando junto al murmullo de las olas chocando contra las rocas. El mar púrpura ocultaba la espuma marfileña de la línea de resaca. Una ola extraviada los atrapó de costado, haciendo oscilar fuertemente el bote, y John pensó por un instante que iban a volcar. Pero la proa giró de nuevo, y de pronto el fondo de la embarcación rascó contra el inclinado fondo arenoso, mientras una débil luminiscencia resplandecía en su estela. La quilla lo mordió y se encajó en él.

—¡Fuera! —John saltó a un agua sorprendentemente cálida y tiró de la proa de la embarcación hacia delante, utilizando el impulso de la siguiente ola. Los otros chapotearon a su lado, tirando también. Con la siguiente ola habían arrastrado el pequeño esqui hasta una zona de rocas del tamaño de puños. John aseguró proa y popa con cuerdas atadas a rocas. Cuando hubo terminado George, tenía el equipo en la mano y había examinado la orilla. Encontraron fácilmente el apenas visible sendero.

Ascendieron sin hablar, excepto susurradas advertencias: «Un agujero aquí delante.» George encendió su linterna sólo el tiempo suficiente para orientarse. «Cuidado con estas rocas.» El principal temor era provocar un desprendimiento de las sueltas piedras.

Se agacharon en la cresta de la colina y observaron el otro lado. Unas pocas bombillas desnudas arrojaban sombras amarillas sobre el campamento. No se movía nada.

—Parece como si simplemente lo hubieran abandonado —dijo George.

—Kontos no ha tenido tiempo de volver y terminar con todo —susurró Claire.

—Quizá —dijo John—. Apostaría a que todavía hay hombres ahí. El lugar no está asegurado contra vandalismos.

La voz de Claire se elevó con tono de alarma.

—¿Cree que puede haber una guardia despierta?

—Probablemente. Son militares, no científicos.

—¿Qué vamos a hacer? —Evidentemente, la idea de una guardia no había

entrado en sus cálculos.

—Ir por la parte de atrás de la colina —dijo John—. Llegar hasta justo encima del *dromos*. Pero vigilar de no desprender ninguna piedra.

El mar se extendía plomizo bajo ellos mientras avanzaban por entre abruptas y erosionadas hondonadas. John miró su reloj. Sólo quince minutos desde que habían abandonado el *Skorpio*. Parecía como si hubiera transcurrido fácilmente una hora.

Descender fue tedioso. La débil luminosidad del campamento ayudó un poco, y desde aquel nuevo ángulo estuvo seguro de que no había nadie de pie o paseando entre las tiendas.

Alcanzaron el amplio sendero y se agacharon ansiosamente dentro del *dromos*. La gran puerta de madera estaba cerrada con el candado.

—Al menos pensaron en hacer esto —dijo Claire, sacando su llave. La voluminosa puerta crujió al abrirse, sonando imposiblemente fuerte. Dentro, tiraron de ella para cerrarla de nuevo antes de encender la lámpara que había tomado George de la barca. La paseó a su alrededor.

—¡No han tocado nada! —exclamó excitada Claire. Las largas sombras azules distorsionaban los recuerdos de John, pero todo parecía estar en su sitio, incluso las mantas que George había tendido para ocultar el hueco en la pared.

Claire pasó precipitadamente por entre los montones de equipo y cajas.

—Mis notas y muestras están en ésta. Maldito sea Kontos por no dejarme volver aquí. Ayúdenme.

George hizo saltar la tapa de una pequeña caja con un martillo y un destornillador. John se abrió camino entre toda aquella confusión. De alguna forma, algo había cambiado allí. A la pálida luz de la lámpara las paredes curvadas hacia dentro parecían amenazadoras, como gigantescas manos formando copa para retenerle prisionero. De nuevo se le ocurrió la idea de estar atrapado allí dentro, drogado o borracho, sabiendo que había un invencible montón de arena más allá de la enorme puerta aunque pudiera franquearla, mientras el aire se viciaba y se espesaba con el aceitoso humo...

—¡Aquí están! —dijo Claire, liberando varios blocs de notas—. Esperen, déjenme tomar algunos de esos...

Lo reunió todo en un montón y se alzó. Los tres estaban radiantes. Algo encajó en los recuerdos de John.

—El cubo..., no está.

—¿Qué? —Claire giró en redondo. El espacio que había ocupado la caja estaba ahora vacío—. Así que se lo ha llevado a Atenas, eso es lo primero que ha hecho.

—Curioso, sólo eso —murmuró reflexivamente George—. ¿Imaginas? Si hubiera aprovechado para meterlo todo en un mismo camión, se hubiera ahorrado viajes extra. —Miró a su alrededor.

—Vámonos —dijo John.

—Por supuesto, sólo un seg... —George se dirigió a la losa y las cuerdas que la sostenían. Pasó un dedo por las mantas—. No parecen estar igual a como las dejé. No sujeté ésta a la madera de atrás, no de esta forma. —Soltó uno de los ángulos—. Hey, acerquen esa lámpara, ¿quieren?

Miró a través de la abertura.

—¡Hey! Está aquí dentro.

Se apiñaron a su lado. La caja con el cubo estaba depositada más allá de la pared, en la zona plana.

—¿Por qué haría esto Kontos? —preguntó John.

Claire frunció los labios.

—Para mantenerlo fuera del inventario de la expedición.

—¿De veras?

—De esta forma podrá volver aquí dentro de un año o así, «encontrarlo», y reclamar el descubrimiento para él.

—Aprovechándose del hecho de que usted no comunicará nada al respecto, quiere decir —señaló John.

Claire le lanzó una aguda mirada.

—Sí, supongo que sí. Probablemente Kontos observó que estaba relacionado en el inventario como «objetos varios».

—Kontos no lo ha sacado de la caja —observó George—. Probablemente no sabe lo que es.

—Apostaría a que se ha quedado para sí todo lo que había en el apartado de «objetos varios».

Claire se llevó las manos a la boca y sus ojos llamearon sobre toda la tumba.

—No lo dudo ni por un momento. ¡Maldita sea!

—Así —dijo George—, Kontos puede enviar a algunos hombres que no saben nada del asunto, decirles que se lleven todo lo que hay en el suelo de la tumba pero que no se molesten en retirar las mantas que cubren la pared. Luego, el año próximo...

—Un hombre listo —dijo John.

—No lo bastante listo —dijo salvajemente Claire—. Si esta caja aparece en Atenas, no podrá ocultarla. Sus colegas la verán.

—¿Y? —dijo George.

John vio lo que ella quería decir.

—No tenemos tiempo.

Ella se volvió para enfrentársele.

—Evidentemente Kontos utilizó el sistema de poleas de George. Tomará..., ¿cuánto? ¿Diez minutos?



—Aunque la volvamos a colocar entre las otras cajas, eso no nos garantiza que Kontos no vuelva a interceptarla, que detenga...

—¡Oh, mierda! Vamos, George. —Trasteó con las cuerdas, exasperada.

—Bien, no sé si... —empezó a decir George.

—¿Ninguno de los dos va a ayudarme? De acuerdo, lo haré yo sola. Sólo apártense...

—Está bien. —John, resignado, acudió a ayudarla—. Pero hagámoslo rápido.

George vio inmediatamente cómo Kontos había suspendido la caja: había ganchos atornillados montados en las cuatro esquinas de la caja.

—Debió meterla por el agujero utilizando una de las rampas de madera. Ésta servirá. Lo único que tenemos que hacer es invertir el proceso.

Mientras preparaban la elaborada maraña de cuerdas, John miró su reloj. Habían transcurrido otros quince minutos. Todavía quedaba mucho tiempo hasta el amanecer. La marea aún seguía bajando, así que el esquite no sería atrapado por ninguna ola.

—Pasaré al otro lado y meteré las cuerdas por los ganchos —dijo George. John colocó la rampa en posición y trasteó con las cuerdas. Pese al peso del artefacto, los principios mecánicos tan antiguos como la humanidad harían rápido el trabajo.

—¡Ya está! —indicó George al cabo de un momento—. Empiecen a alzar los dos ganchos de delante como les he indicado. —Claire soltó los dispositivos de seguridad y John tensó las cuerdas. La caja se inclinó hacia atrás y hacia arriba. John deslizó la rampa bajo ella. Tirando hacia delante, podrían arrastrarla por la rampa. John tomó la cuerda de control y tiró.

—Esto es —indicó George—. Un poco más. John y Claire tiraron al unísono de las cuerdas principales. La caja osciló ligeramente.

—La cuerda se ha encallado o algo parecido —dijo George—. Mantengan la tensión. Veré qué ocurre.

George se arrodilló al lado de la caja y trasteó con la cuerda.

—Algunas piedras; debieron ser arrastradas por...

De pronto, la caja se deslizó de costado. Las tensas cuerdas la inclinaron más hacia atrás. Cayó hacia atrás con un movimiento terriblemente lento, sorprendiendo a George, golpeando con fuerza contra su pierna izquierda al tiempo que oscilaba brutalmente hacia un lado. Chocó contra la pared de roca.

George gritó. La caja se bamboleó. La madera se combó y crujió. Siguió retrocediendo, y finalmente volcó.

Cayó boca abajo, hacia atrás, y se deslizó hacia el agujero abierto más allá.

John la oyó golpear una vez, dos veces, con la madera astillándose y haciéndose añicos. La lámpara se había deslizado hacia un lado, y John tuvo la impresión de que la luz danzaba frenéticamente por las paredes, barriendo las pulidas paredes, pareciendo proceder de todas partes. Se oyó un fuerte resonar, como disparos de

cañón. Un estrépito, como el de algo cayendo muy abajo. Un zumbido, desvaneciéndose en la nada. Un distante chapoteo. Luego silencio.

Claire enfocó de lleno la lámpara en la desnuda pierna derecha de George.

—Se está poniendo negra. —Pasó torpemente los dedos por el tembloroso músculo de la pantorrilla. El corazón le latía fuertemente en los oídos—. Puede que sólo sea una luxación, pero...

—A mí... me parece... que está rota —gimió George.

Claire asintió.

—¿Sentiste alguna especie de restallido?

—No sé..., quizá. Sólo me golpeó un segundo, pero Dios, cómo dolió.

—¿Duele mucho ahora? —preguntó John.

George movió experimentalmente la pierna.

—¡Ay! D-duele, pero no... de una forma realmente aguda.

Claire sujetó el tobillo y le dio un ligero tirón.

—¿Qué tal ha sido esto?

—No muy malo. Quiero decir, no he notado ningún cambio.

—Eso quiere decir que no debe haber ninguna fractura importante —murmuró Claire—. Quizá un ligero astillamiento. Y una gran cantidad de vasos sanguíneos rotos y daño muscular.

—Estaba rodando sobre sí misma cuando me alcanzó.

—Suerte que no fue arrastrado con ella —dijo John.

—Sí... —George alzó desesperanzado la vista hacia los dos—. Lo estropeamos realmente todo, ¿eh?

—Yo... —Claire vaciló—. No sé lo que fue mal. Quizá mantuve la cuerda tensa demasiado tiempo o algo así.

—Los dos lo hicimos —dijo John.

—De todos modos, no importa —prosiguió ella—. Fue idea mía, y yo asumo la responsabilidad.

—Supongo... que está ahí abajo, ¿no? Debe haberse hecho pedazos.

—Sonó de una forma terrible —admitió Claire—. Oí romperse la madera.

—Echaré una mirada. —John se dirigió lentamente, con precaución, hacia el borde del agujero, y lo iluminó con la lámpara—. Hay algunas tablas en un reborde ahí abajo. Y algunas marcas largas, como rayadas, en la pared.

—No creo que quiera verlo —dijo Claire, sintiéndose enferma. Una valiosísima pieza del pasado, arruinada a causa de sus juguetes. Era como si un agua amargamente fría bañara su rostro: la realización de que había actuado de una forma egoísta, no profesional, imprudente, soberbia, descuidada...

—Ahora ya está perdido —dijo John, y tendió la lámpara otra vez a Claire. Echó a andar de vuelta hacia ellos y luego se detuvo y miró de nuevo hacia el oscuro tubo,

con el ceño fruncido. Luego agitó la cabeza—. Debe haber un centenar de metros hasta el nivel del mar, pero...

—Eso no tiene importancia ahora —dijo Claire—. Tenemos que llevar a George al hospital.

George parpadeó.

—Hey, no. Quiero decir, estamos ya casi a punto de salir de este maldito país, ¿no? No quiero ir a ningún hospital griego y terminar con el culo en una celda.

—Necesita ayuda —dijo firmemente John—. Mire, no estoy tan mal como eso. Lo que quiero es salir de aquí lo antes posible.

—No puede andar —observó John.

—¿Quién lo dice? Ayúdeme a ponerme en pie.

Claire sujetó a George, y John tiró cuidadosamente de él hasta que pudo apoyarse en su hombro. El rostro de George se volvió ceniciento, pero se sostuvo en pie.

—¿Lo ve? Incluso puedo dar un paso.

—Bien, no...

George se inclinó hacia delante y apoyó inseguro el peso de su cuerpo sobre su pie izquierdo.

—¿Lo ve?

—¿Te duele mucho? —preguntó Claire.

—No..., en realidad no. El músculo de la pantorrilla está dolorido, por supuesto, pero eso es todo.

—Quizá sólo se trata de una herida muscular y una fractura menor —dijo John, reluciente—. Pero sigue siendo algo de lo que hay que ocuparse.

Claire pensó rápidamente.

—Mire —dijo—, podemos llevarle a Nauplia. Una vez estemos de vuelta en la barca, es un corto viaje. Probablemente podrán ocuparse de él en una o dos horas, si no es nada importante. Luego podemos hacernos de nuevo a la mar.

—De acuerdo —dijo John—. Pero tendremos que ir con cuidado de...

—¡Escuchen! —susurró Claire.

Un distante crujir.

—¡La puerta! —Claire se agachó y apagó bruscamente la lámpara. Una total oscuridad descendió sobre ellos.

Las mantas de la entrada estaban echadas a un lado, recordó. Cualquiera podía mirar directamente al interior. Se inclinó hacia delante, tanteando, buscando el borde de la piedra. Ahí. Ahora, si recordaba correctamente...

Una superficie irregular, luego liso y frío metal. Un poco más arriba tenía que estar la tela. Ascendió la mano...

Una voz de hombre. La puerta estaba abriéndose. El débil resplandor de una linterna le mostró que estaba tanteando en la dirección equivocada. Tiró de la manta

más cercana hacia abajo, cerrando el agujero.

Se inclinó, atenta al ruido de la madera crujiendo y el creciente murmullo en tono bajo de voces masculinas.

Un golpe. Eso debía ser la puerta acabando de abrirse.

Una luz se paseó sobre las mantas.

Una voz imprecisa dijo en griego:

—¿Lo ves? Nada.

—Podría haber sido.

Un golpe.

—Olvidaste cerrarla, ya te lo he dicho.

—Lo recuerdo bien. Cerré la puerta. Seguro.

—Con las prisas para ir a cenar, tan pronto se fue el coronel, lo olvidaste.

El resplandor amarillo desapareció.

—Pero tú también oíste el ruido, hace un momento.

—Una ola mayor que las demás, eso es todo.

Un crujido, un golpe..., la puerta cerrándose.

Un momento de completo silencio. Claire escuchó atentamente. Cuando John suspiró tras ella, sonó sorprendentemente alto.

—Demasiado para jugar a policías y ladrones.

Ella volvió a encender la lámpara. El atestado lugar recobró una vívida realidad.

—¿Qué pasó?

—Oyeron el ruido de la caja.

—Sí, seguro que fue lo bastante fuerte como para eso —dijo George con voz incierta—. Debió cruzar la puerta. Ese retumbar.

—El artefacto, haciéndose añicos —dijo lúgubrementemente John.

Claire se mordió los labios. Seguro que tenían razón. Todo por que ella había querido jugar una última carta, ganarle a Kontos en el movimiento final. El rostro de John mostraba poca simpatía.

—Eso fue rápido, bajar la cortina —dijo John—. Aunque no sirvió de nada. Ahora vamos a tener que golpear la puerta, intentar llamar su atención.

Ella parpadeó.

—¿Por qué?

—Porque nos han encerrado aquí dentro.

Tenía razón. Mortificantemente, irritantemente razón. Ella y John presionaron contra las recias tablas de madera. La puerta resistió contra la cerradura Yale y sus sujeciones. Pudo sentir cómo resistían a su presión, permitiendo que la puerta se moviera tan sólo un centímetro.

Se dejó resbalar contra la pared y se sentó en el suelo. Así que iba a tener que rendirse a ellos, pasar por todas las horribles preguntas y burlas y acusaciones que

había imaginado y que la habían torturado durante aquellos últimos días. Kontos, y probablemente otros hombres mucho peores que Kontos. El régimen quería aprovechar el incidente, haciendo grandes alharacas de los extranjeros que se habían deslizado subrepticamente hasta allí, maquinando, intentando robar lo que pertenecía por derecho al pueblo griego.

Se sentía cansada. Lo peor de todo era que ahora era responsable también de la pierna de George... Todo había ido tan bien, pese a los horribles tres días en el *Skorpio*, y ahora de pronto esta excitante maniobra se había convertido en pérdida y herida. Si sólo fuera esto, si sólo...

—Tiene que haber algo que podamos hacer —dijo, sin auténticas esperanzas—. Tengo aquí la llave. Si hubiera alguna forma de...

—Lo he comprobado. El candado y sus fijaciones están en la parte de fuera.

Claire suspiró.

—Si tomáramos alguna de las herramientas y trabajáramos en torno al marco...

—¿Sin hacer ruido para no atraer de nuevo a los guardias?

Ella meditó, contemplando los gruesos tablones, y finalmente asintió.

—Probablemente tenga usted razón. Pero es una posibilidad. Todo lo que tenemos.

John se dirigió hacia George, que permanecía sentado sujetando la lámpara por ellos.

—Déjemela un momento. —Pasó por el agujero en la pared. George se quedó allí mirando al cielo, parpadeando, como entumecido.

Claire luchó con la tormenta de sus emociones, al tiempo que sentía una helada debilidad invadir su cuerpo. Podía convencer a John de trabajar en el marco de la puerta, pero sería lento y ruidoso. No había ninguna forma de extraer los largos clavos sin emplear la fuerza bruta. Se estremeció. Apenas hacía seis días había estado trabajando allí, dispuesta a irse a casa, exultante, llevando consigo un buen montón de resultados de sus investigaciones y anticipando Boston de nuevo. Ahora no se atrevía a mirarse a sí misma. Se estremeció de nuevo.

John volvió a aparecer en la tumba.

—¿Claire? Venga a ayudarme con esas cuerdas. Puede que haya otra salida.

## 6

Sintió la primera mareante sensación cuando sujetó la cuerda. Los guantes de trabajo le ayudaron a aferrarla, y tenía un bucle en el que podía meter sus zapatillas de tenis, pero seguía sintiéndose intranquilo.

No era el descenso por el erosionado tubo, debidamente iluminado por la lámpara que Claire sujetaba a su lado, lo que le preocupaba. La perspectiva estrechaba el paso, pero podía ver que formaba como un cuello y luego seguía, variando de ángulo, unos cinco metros más abajo.

Hizo una mueca y apartó aquellos pensamientos. No haría nada arriesgado, sólo echaría un vistazo. En aquel momento después de retirar la lámpara, antes, había visto como un resplandor azul muy al fondo en el agujero. Debía ser el resplandor del primer amanecer, filtrado por el agua del mar, refractado hacia arriba. Unos rayos tan débiles serían absorbidos rápidamente, de modo que verlos desde la parte superior del agujero tenía que significar que había poca agua en el fondo. Cuando había buceado junto a la costa, la entrada había parecido al menos a unos cuatro metros por debajo de la superficie, probablemente más. ¿Había mucha variación con las mareas? Creía recordar que las mareas eran pequeñas en el Mediterráneo.

Parecía. Podía. Quizá.

Todo eran suposiciones. La única forma de comprobarlo era ir y verlo, y si el necesario buceo parecía claro, lo haría.

—Si hay alguna duda, vuelva a subir inmediatamente —dijo con ansia Claire.

—Sí, señora —respondió John con una intrascendencia que no sentía.

—¿Lleva la llave?

Palmeó el bolsillo de su chaqueta, cerrado y abrochado, y empezó a bajar de nuevo. Tomó la linterna de bolsillo de George del otro bolsillo de su chaqueta y la encendió. Su rayo era débil comparado con la lámpara.

Claire leyó sus pensamientos.

—¿No cree que debería...?

—No, no puedo manejar esa lámpara. Se lo aseguro.

Sabía que estaba hablando para retrasar el descenso. Bruscamente se dio cuenta de que no había decidido si deseaba hacer aquello, no realmente. La idea se le había ocurrido y la había expresado, y luego ya estaban disponiendo las cuerdas, y ahora allí estaba, sin haber pensado realmente mucho en nada de ello.

Al principio Claire había dicho no, no deseaba más riesgos, no después de lo que había ocurrido. Así que él había insistido, en parte porque la idea le intrigaba, pero principalmente porque podía parecer valiente incluso ante todo lo que había pasado. Como la mayoría de los hombres que viven vidas tranquilas y reflexivas, el hormigueo de la acción producía un ansia exótica que raras veces sabía distinguir.

¿Cómo lo había llamado ella? Sí, praxis. Mencionó incluso su experiencia alpinista, aunque de hecho sólo había tomado un curso de una semana, y no había hecho más que trepar por las fáciles colinas de Texas. Así que fue tomado por sorpresa cuando el rostro de ella cambió de un rígido y distante escepticismo a una clara curiosidad, y luego a una reservada aceptación. Su maldita boca lo había perdido. Y ahora el mismo impulso, ganar puntos ante sus ojos, le estaba haciendo cinchar la cuerda de nuevo en torno a su cintura, comprobarla por enésima vez, pero incapaz de mirarla y decirle que no creía que fuera una buena idea después de todo. Claire dijo:

—He estado en las grutas a lo largo de la costa de Amalfi. La luz allá era mucho más brillante que ésta.

—Parecía más fuerte antes. Probablemente alguna nube.

—Sí, es posible.

Más demora. Bien, al diablo con ello.

—Usted permanezca atenta al otro extremo de ese bloque, ¿de acuerdo? Tres tirones significan que quiero subir.

Claire asintió, abrió a medias la boca, pero no dijo nada. El se inclinó y la besó. Los labios de ella se pusieron rígidos por un instante, luego se suavizaron, luego presionaron suavemente contra los suyos.

—Hummm. Volveré a por más.

Hizo un gesto con la mano a George, que estaba mirando desde la tumba, y colgó sobre el agujero.

Los primeros cinco metros fueron fáciles. La cuerda se fue deslizando, y él frenándose con los pies, observando las relucientes paredes ascender a su lado, aún iluminadas por la lámpara. La roca exudaba un olor fétido y salado.

En el primer cambio de ángulo se apoyó contra la pared y se abrió camino apretándose hacia la derecha. El pozo se estrechaba allí, pero no mucho. Se retorció y pasó, aunque pudo sentir su corazón acelerarse cuando rozó contra la lisa y empapada piedra.

Pasado el estrechamiento, el resplandor de la lámpara de arriba mostraba solamente franjas amarillentas más abajo en el pozo. Había dejado la linterna encendida en el bolsillo de su chaqueta, y su difusa luminosidad ayudaba.

Allá, dos tablones rotos de la caja habían quedado atrapados en una hendidura, trozos de uno de los ángulos de la caja. Profundas acanaladuras en la pared condujeron sus ojos hacia abajo. Su visión se había ajustado, y pudo ver a una cierta distancia a sus pies otro cuello, luego una ramificación en varias troneras laterales. El pozo se nivelaba algo, y una amplia piedra formaba una plataforma. En ella había más tablones y algo del material interno de empaquetado. Algunos tablones estaban todavía unidos por clavos, otros habían sido arrojados a un pasadizo lateral que caía



hacia la izquierda.

Dio un tirón, y Claire cedió más cuerda. Raspó en el estrangulamiento. La observó, pero la humedad hacía que la cuerda se deslizara suavemente. Era una cuerda recia, se dijo, no era probable que se desgastara rápidamente. Se lo repitió varias veces. Luego se dejó caer hacia la piedra.

—¡Hay un saliente aquí! —gritó hacia arriba, para que Claire no se alarmara cuando su peso dejara de tensar la cuerda. Se sentó en la resbaladiza y fría roca, que parecía como una estalactita. Sacó la linterna y se arrastró por la resbaladiza roca hacia el pasadizo lateral. Un olor intenso, casi acre, llenaba el agujero, que descendía en una pronunciada pendiente. Unos cuantos tablones habían caído por aquel lado, pero suponía que la caja había seguido el camino más directo, hacia abajo. Apagó la linterna.

¿Era aquello un resplandor azul al fondo del pasadizo lateral? Aguardó a que las imágenes residuales en su retina desaparecieran. Sí, era real, no era ninguna figuración.

Pero débil. Demasiado débil, estaba seguro, para ser visto desde arriba.

Por otra parte, quizá aquel pasadizo lateral fuera el camino de salida. Encendió de nuevo la linterna. Aquel agujero lateral no era tan resbaladizo y gris como la chimenea. La roca era amarronada, y bruscos ángulos bloqueaban su vista.

Un asomo de calidez abofeteó su rostro. ¿Una brisa de aquel pasadizo lateral? Era difícil decirlo. ¿Había un olor acre en el aire, como el de algo ardiendo? Los sentidos jugaban extraños trucos allí abajo.

Se arrastró de vuelta hasta el borde del saliente de piedra. No había rocas sueltas, algo que encajaba con la teoría de la cisterna subterránea. Todo había sido mantenido limpio por milenios de filtraciones, excavando un flujo subterráneo. Ciertamente aquello no había sido construido por el hombre; no había visto ninguna huella de trabajo humano, ni ningún artefacto que hubiera caído por él.

En el borde, estudió la empinada caída del pozo principal. Unos cuatro metros más abajo giraba de nuevo hacia la izquierda. Apagó la linterna y aguardó a que la amarillenta imagen residual desapareciera.

—¡Sigo mirando! —gritó.

—¡De acuerdo! —La voz de Claire, llena de ecos, parecía llegar desde una gran distancia.

Sí, allí abajo..., luz. Definitivamente, una luminiscencia marfil pálido. Reflejada por las empapadas paredes.

Escuchó algún sonido de olas en acción. Nada. Un silencio total y absoluto.

¿Pero era aquella débil luz más fuerte que la que había visto en el canal lateral? Aunque al parecer eran dos caminos hacia abajo, tal vez no fueran intercambiables.

Mejor elegir el más brillante. O estaba más cerca, o era más grande, o las dos

cosas a la vez.

Hizo una mueca. Comparando dos débiles resplandores de azul, intentando decidir. Frunció el ceño. Era difícil decirlo. Tosió a causa de la humedad.

Al infierno con ello. Éste parecía lo bastante bueno, y no le había gustado el aspecto del lateral. Demasiados ángulos protuberantes. Encajonarse allí, cuando por este lado tenía un pozo comparativamente amplio... No, éste era mejor.

—¡Sigo!

Se dejó deslizar por el borde y colgó. *Como un cebo al extremo del sedal*, pensó. Claire soltó el seguro de la cuerda —pudo notar el tirón—, y siguió bajando.

El siguiente estrangulamiento y cambio de ángulo estaba más cerca de lo que había pensado. Tuvo que esforzarse para pasar. El limo que recubría las resbaladizas paredes le ayudó. Hedía, algo así como algas muertas.

Su pie se vio atrapado en algo. Jadeó. Tanteó a su alrededor en busca de una forma de pasar, y repentinamente toda la fuerza del pensamiento lo abrumó..., encajonado entre dos losas de presionante roca, doblado en un ángulo imposible, helado, las manos doloridas mientras intentaba arrancarse de allí, en una empapada oscuridad con sólo una cuerda conectándolo con el mundo de luz y aire...

No, deja de pensar en esto. Tienes que seguir avanzando.

Apretó hacia abajo. Su pie derecho halló más obstrucción, pero el izquierdo se deslizó y colgó en un espacio abierto. Serpenteó hacia aquella dirección. Había espacio para maniobrar, pero la oscuridad casi total le hacía sentir como si las paredes de roca se apretaran sobre él, bloqueando toda escapatoria con su peso y su masa.

Halló un camino y se deslizó hacia abajo por entre helada roca. La cuerda lo retuvo por unos momentos, luego lo dejó deslizarse por una suave pendiente.

Pensó en Claire esforzándose allá arriba. ¿Era lo bastante fuerte para aquello, incluso con las poleas proporcionándole una ventaja mecánica?

Más paredes de piedra gris se deslizaron por su lado. Un aire pesado y pegajoso. Era como descender por un pozo en una catedral gótica.

Un resplandor allá abajo. Descendió más, mirando. La luz difuminaba el pozo. La roca se nivelaba allí, y John acabó de descender cautelosamente. A treinta metros más abajo de una suave pendiente, un estanque de un radiante azul llenaba el paso, más allá de una playa de guijarros. Formas de rocas, oscuras como tinta, poblaban la pendiente. Largos canalones en la arena y astillas de madera señalaban el paso de la caja. Se abrió camino hacia delante en la semioscuridad, sintiendo que los guijarros crujían bajo sus pies. Agua, agitándose suavemente. ¿Cuán profunda? Podía bucear un corto trecho, evaluar la situación.

—¡Estoy bien! —gritó, formando bocina con las manos.

Una resonante respuesta indescifrable.

Se desató la cuerda. Los brazos le dolían y hormigueaban, tenía los hombros

dolorosamente agarrotados.

Se dirigió al estanque. Tras la helada piedra era cálido, tranquilizador. Siguió andando por la empinada ladera, jadeando para almacenar el máximo de aire, y se sumergió.

El gorgoteo de la inmersión pareció anormalmente fuerte. Luchó hacia abajo, en dirección a los parpadeantes haces de difusa luz. Masas imprecisas de piedra pasaban por su lado con inquietante lentitud.

Luchó para seguir descendiendo por la garganta, de roca, sintiendo una presión en su pecho que sólo podía significar que le quedaba poco aire. ¿Debía dar media vuelta? No, parecía tan cerca, tan fácil...

Nadó frenéticamente ahora, sintiendo que el ardor ascendía hacia su garganta, refrenando del deseo de abrir sus pulmones y aspirar. Algo de color tostado, allá abajo, atrajo su mirada. Y, repentinamente, la luz fue más intensa, la boca de roca se abrió, y estuvo fuera, libre. Resplandecientes espejos danzaban sobre su cabeza. Abrió la boca, soltando una nube de burbujas, y pateó hacia arriba. Rompió la superficie con un raspante jadeo.

Todavía no había amanecido por completo. El cielo oriental fue cambiando de rojo a amarillo mientras miraba. ¿Cuánto tiempo para llegar a la orilla, subir la colina? Buscó un camino rápido en la accidentada cara del acantilado, y recordó la cosa allá abajo.

Buceó de nuevo y sí, allí estaba..., la caja. Con uno de los lados completamente arrancado, los bordes machacados, pero aparte esto intacta. El lado que podía ver era el posterior. Eso significaba que la parte frontal de artefacto, con la lineal A y el cono, seguía protegida por el embalaje.

De nuevo en la superficie, inspiró aire y nadó hacia la derecha, buscando un asidero.

El repentino ruido en la puerta sobresaltó a Claire. Estaba de pie junto al agujero, preparada para responder a cualquier llamada o tirón de la cuerda. Pero hacía al menos diez minutos ahora que no se producía ninguna señal.

George susurró:

—¡Maldita sea! Ayúdame a volver ahí dentro.

—¿Esos hombres otra vez? —Sintió una opresión en su garganta.

—Probablemente —dijo George.

Claire entró en la tumba y tiró de George. Más ruidos, un *clang*.

Un crujido. Aferró el brazo de George. Una débil luz solar. La puerta se abrió.

—¡Rápido!

Jadeó al ver la silueta de John enmarcada en el umbral.

—Usted..., usted...

—Malditamente... exacto —jadeó él. Entró tambaleante y cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Qué descubrió, cómo pudo...?

—Se está haciendo rápidamente de día ahí fuera. Tenemos que movernos.

—Bien, yo... —Aturdida, miró a su alrededor, vio sus cosas, las recogió.

George se había puesto en pie, apoyándose en el andamiaje.

—Déjeme apoyarme en su hombro, puedo cojear —dijo—. Amigo, eso fue rápido.

John asintió, sin aliento.

—No vi a nadie en el campamento.

—Contenga el aliento, yo me encargaré de esto —dijo Claire, empezando a desatar las cuerdas y las poleas que habían dispuesto para su descenso.

—No hay tiempo. Y tampoco importa demasiado —bufó John.

—Podemos disimular...

—Déjelo —dijo él secamente—. La caja ha desaparecido, se halla a seis metros bajo el agua. Sabrán con toda seguridad que hemos estado aquí.

—Yo..., supongo que tiene razón.

—Vámonos —dijo John, aceptando el peso de George sobre su hombro—. Arriba y fuera, por el mismo camino por el que vinimos. Desapareciendo rápido de la vista. George, contaré para que llevemos el mismo paso.

El campamento estaba desierto cuando Claire miró hacia allá. Mientras trepaba por la colina, sujetándose en los matorrales y la adelfa, tuvo la seguridad de que dentro de poco se oirían gritos a sus espaldas, ruido de pasos corriendo, un disparo de rifle.

Alcanzó la cresta y pasó al otro lado, luego miró hacia atrás. Los dos hombres

llegaron cojeando y gruñendo tras ella, y el campamento seguía durmiendo allá abajo. Increíble, después de todos sus sombríos pensamientos, verse liberada de aquella tumba, llevando consigo sus blocs de notas, hacia un amanecer rojo brillante, con la *Skorpio* anclada allá abajo. El mundo era imposiblemente nítido, preciso, a su alrededor.

John y George se detuvieron al otro lado de la cresta, jadeantes. Claire sujetó a John por el cuello y le besó, sin decir nada. Una expresión de sorpresa cruzó el rostro del hombre, hizo una mueca, y luego estudió la ladera de la colina, estimando el mejor camino de regreso al bote.

—Vamos.

Estaban remando ya camino de la *Skorpio* antes de que ella recordara lo que él había dicho.

—¿Vio... vio la caja? —jadeó. George estaba en la popa, y ella tuvo que gruñir para mantener el ritmo del remo de su lado.

—¿Eh? Claro que la vi. Parece en bastante buen estado, teniéndolo en cuenta todo. —Observó la colina tras ellos.

—Esa cosa que hay en la parte de atrás de la *Skorpio*, ¿qué es?

—¿Qué? Oh, una especie de cabria. Utilizada para tender las redes y recogerlas una vez llenas.

—¿Cuánto peso puede alzar?

—No lo sé... Oh, oh no... Sé lo que está pensando.

—No podemos dejarla ahí abajo.

—¿Con todo el maldito ejército griego a nuestros talones?

—Si miran ahora, simplemente verán una barca de pesca haciendo su trabajo.

—Olvídelo.

—Hey, mira, ¿no crees que ya hemos tenido bastantes...? —dijo George.

Entre golpe y golpe de remo, Claire jadeó:

—Maldita sea, no pienso dejar... un artefacto único... que se pudra en el fondo del mar.

John dijo lentamente:

—Puede que tenga razón respecto a los guardias. Cerré de nuevo la puerta, así que no hay ningún signo evidente de que hayamos estado allí. Pero no puedo manejar esa cabria, y puede estar completamente segura de que no podremos hacerlo sin que el señor Ankaros se entere de ello.

—Le diremos que nos levantamos temprano, salimos a dar una vuelta en el bote, vimos algo debajo del agua, y queremos rescatarlo.

John bufó.

—Bonita historia.

—¡Mucho más creíble que la verdad!

—¿Y la pierna de George?

—Resbaló al subir al bote.

George gruñó.

—Oh, no.

John contempló seriamente el rictus de la boca de Claire. Ella se dio cuenta de que estaba cansado, disipada ya la energía de su triunfal regreso. Quizás era pedirle demasiado, añadir una más al montón de deudas que ya había contraído con él.

Guardaron silencio mientras remaban hacia la *Skorpio*, jadeantes.

—No me lo creo —dijo George con voz arrastrada.

Pero, luego, una expresión entre divertida y resignada apareció en el rostro de John. Sonrió.

—Yo sí —dijo.

## CUARTA PARTE

### 1

John Bishop se abrochó el abrigo fuera del edificio Pratt, mirando con ojos entrecerrados la amarilla luz del sol que resplandecía sobre la delgada capa de nieve. Cambridge no se dignaba a limpiar la nieve de sus aceras, pero un ejército de estudiantes ya la había pisado hasta convertirla en un barro amarronado. El frío de última hora de la tarde prometía una noche helada.

Olió el aire, agitando las aletas de su nariz. Se acercaba de nuevo tormenta, decidió, utilizando el sistema automático de predicción meteorológica que aprendían todos los ocupantes del Tech. Un aroma dulzón en el aire significaba que el viento soplaba desde una cercana fábrica de caramelos al sur, prometiendo brisas cálidas y pocas nubes densas. El hedor de Lever Brothers al noroeste amenazaba con días nublados y otra cuña de humedad procedente del Canadá.

Los exámenes estaban terminando. John había ayudado con las graduaciones en los cursos introductorios de física matemática, y sentía una desasosegada fatiga. Enjuiciar un interminable flujo de problemas de cálculo y mecánica entumece la mente al tiempo que exige que uno permanezca alerta en busca del más ligero error, a veces una simple coma, que señale que un estudiante inquieto se ha desviado del camino. Los profesores de todas partes deploraban los exámenes como una técnica arcaica, un fósil que recordaba pequeñas escuelitas rojas y memorizar las capitales de todos los estados de la Unión. Creían que el progreso regular y la diligencia cotidiana importaban mucho más que una hora transcurrida comprimiendo meses de aprendizaje en unas pocas hojas de papel. Eran mucho mejores el trabajo en casa, la participación en las clases y el juicio del profesor. Lamentablemente, el gran tamaño de las clases y los requerimientos de la sociedad en sí de estándares pseudoobjetivos mantenían la estructura de los exámenes firmemente en su lugar.

Ninguno de aquellos sentimientos impedía que el profesorado tuviera que seguir evaluando exámenes, cosa que ocasionaba sesiones de calambres e insomnio, adicción a la cafeína y desesperación.

Los viejos problemas de los exámenes congestionaban los archivos de fraternidades y dormitorios; había dossiers acerca de las predilecciones de cada

profesor. Esto constituía un desafío para cada instructor, hallar problemas que hicieran fruncir el ceño de cada estudiante al tiempo que ilustraban directamente algunos de los temas importantes que se habían explorado en profundidad en clase. La búsqueda definitiva era de problemas que pudieran desorientar al no estudioso engañándole hacia caminos tan obvios como equivocados, al tiempo que permitían al estudioso descubrir rápidamente esos falsos caminos, obviarlos sin más y seguir adelante por el sendero correcto.

John se ajustó el pañuelo —de nuevo un elemento extraño de su atuendo que constantemente se desplazaba fuera de lugar— y contempló los cansados rostros que abandonaban el edificio. Había una cierta satisfacción en haber tomado parte en este antiguo ritual académico, por primera vez desde la ventajosa posición de juez. Sabía que hoy los cines y las salas de juego iban a verse atestados en busca de distracción. Seguramente varios miles de aturdidos y cansados jóvenes de ambos sexos eran señal de un trabajo bien hecho.

Bien, ya basta de meditaciones. Iba con retraso para su cita. Se mezcló con el flujo de estudiantes de ojos turbios y ropa revuelta y bajó desde el río Charles por la avenida Massachusetts. Su oficina estaba en el Centro de Materiales para la Ciencia y la Ingeniería, encajonada en un confuso ensamblaje de edificios que ostentaban los nombres de las fortunas que los habían engendrado: Sloan, Guggenheim, Pierce, Bush, Eastman, nombres que honraban la ciencia, la escuela y a ellos mismos. Hubiera podido recorrer aquel mismo camino por entre aquellos laberínticos corredores alineados con vitrinas de especímenes geológicos, arcanos instrumentos, experimentos interactivos, retratos de grandes científicos. Prefería caminar por el exterior, más allá de los edificios de ladrillo rojo honrados por el tiempo y cruzando la calle Vassar, hasta el poco llamativo edificio de cemento gris y metal de los nuevos laboratorios. Allá, en una sala de la planta baja del Edificio 42, había arreglado las cosas para examinar el artefacto.

Los fríos y desnudos suelos y la entrada poco ceremonial estaban virtualmente vacíos. El equipo de pruebas de resistencia de materiales se había trasladado a otras instalaciones más espaciosas y modernas en Albany. Materiales para la Ciencia aún seguía ostentando sin embargo la titularidad de aquella sala, porque en la universidad, como en política exterior, el territorio poseído una vez nunca es entregado sin disputas o lucha. John había conseguido permiso para utilizarla, y el privilegio de utilizar también el equipo experimental que se hallara disponible. Puesto que pocos arqueólogos llevaban a cabo excavaciones que duraran todo el año, el equipo de diagnóstico se hallaba normalmente libre en invierno, y consiguió traer la mayor parte de él allí. Se detuvo, con las manos en los bolsillos del abrigo, y observó mientras una polea a motor avanzaba por su carril en el techo, con su *rrrrrrttt* resonando en las desnudas paredes. Transcurrió un momento antes de que se diera



cuenta de que los hombres que había visto en el otro extremo de la habitación eran los mismos que había visto aquella mañana en el camión que trajo el artefacto del muelle, y en consecuencia el objeto suspendido debajo del rail era la propia caja, envuelta en una lona impermeable.

Parecía pequeña dentro de aquella amplitud. No dudaba de que la cosa no pesaba demasiado para los gruesos cables de acero, pero algo le preocupó. Sí, era el ángulo. La caja no colgaba completamente recta de la polea. Se ayudó con un dedo tendido verticalmente y observó el cable. Formaba un ángulo como de diez grados. Frunció el ceño y luego se encogió de hombros. *Probablemente algo descentrado en la abrazadera en T del vértice*, pensó, o una *desalineación en la junta*. De todos modos, pensó que los trabajadores deberían tener más cuidado con aquello: era una pieza valiosa.

Claire había hecho que el artefacto fuera reembalado en Italia. Un hombre retiró la lona impermeable. La pálida madera parecía sorprendentemente nueva mientras se posaba en el suelo de cemento, con las pegatinas de carga de las líneas aéreas chillonas contra los nudos del pino. Los hombres le saludaron con la cabeza y empezaron a abrir la caja con sus palanquetas.

—¿Dónde está el soporte? —La voz de Claire le llegó desde sus espaldas. Se volvió, dándose cuenta de que no era a él a quien los hombres habían saludado con la cabeza.

—Lo traeremos tan pronto como terminemos con esto —dijo el capataz.

Claire llevaba un traje chaqueta azul marino, de aspecto elegante, sobre una rizada blusa rosa. Severo exterior, toque femenino un poco más adentro. Le gustó.

—Dios, se han necesitado cuarenta eternidades para traerlo hasta aquí —le dijo Claire a John, sin apartar ni un momento los ojos de los hombres que seguían trabajando—. Arrastrándolo por todos los callejones secundarios desde Logan.

—¿Saben cómo manejarlo? —Observó a los hombres retirar el material protector que envolvía el artefacto. Uno de ellos dejó caer su palanqueta, que resonó metálicamente en el suelo.

—Parece bastante resistente, ¿sabe?... sobrevivió a aquella terrible caída. Excepto algún traslado ocasional, aquí sólo haremos el trabajo delicado. Yo me encargaré de ello.

—¿Sola?

Claire sonrió enigmáticamente.

—Siempre que pueda.

—¿Llamó a Watkins en China?

—Sí. Tuve que esperar las tres horas tradicionales..., juraría que pude oír a alguien escuchando, incluso llegó a toser..., pero lo conseguí. Watkins me dio carta blanca para utilizar el equipo, siempre que éste no abandone el sagrado recinto del

MIT.

—¿Y Sprangle? Es el jefe del departamento, puede impedirle que utilice ese caro equipo si cree que puede manejarlo mal o estropearlo.

—Le pasó el muerto a Watkins.

—Bravo. ¿Cómo lo consiguió?

La enigmática sonrisa de nuevo. Ella sabía que podía ser encantadora cuando quería, él podía asegurarlo, pero la forma curiosamente precavida en que utilizaba su habilidad le desconcertaba. Otras mujeres la hubieran derrochado, lo había visto muy a menudo. Claire mantenía un exterior frío, quizá dándose cuenta de que el repentino fundirse de esa fachada era algo mucho más interesante para los hombres que la mera calidez constante.

—Tuve que hacer una concesión —admitió.

—¿A Sprangle?

—Sí. Al parecer es un entusiasta de la arqueología. Quiere ser mantenido al corriente de mis resultados. Creo que ve esto como una oportunidad de dar un tirón hacia arriba en su grupo.

—¿Quizá conseguir un poco más de apoyo de su decano?

—Creo que lee usted correctamente las hojas del té. —Sus ojos no se habían apartado ni un momento de la caja. Se acercó a ella.

—¿Ocurre algo?

El denso acolchado había sido retirado, revelando el dorado cono.

—No creo..., no, nada. El cono..., me recuerda algo.

—¿Qué? ¿Algunos tests?

—No, algo que vi... —Se encogió de hombros—. Ya se me ocurrirá en cualquier momento.

Rodearon a los trabajadores. El artefacto estaba ya completamente despojado de su embalaje. Había sido una gran sorpresa para John ver el poco daño que le había causado la caída por el pozo y la inmersión en el mar. La caja había quedado destrozada, por supuesto, con la parte de atrás completamente arrancada. Les había costado penas y sudores conseguir subirla a bordo de la *Skorpio*. Había tenido que bucear repetidamente, atando tres cables a los lados de lo que quedaba de la caja, sin estar completamente seguro de que el conjunto resistiera su propio peso. Lo hizo, sin embargo, y aseguraron la caja en cubierta. Claire examinó cuidadosamente la piedra, una vez puesta al descubierto, y halló milagrosamente muy pocos daños: unos cuantos roces y raspaduras en puntos no importantes, y una acumulación de lodo seco en la parte de atrás que había quedado expuesta.

—¿Qué es lo que va a mirar primero? —preguntó John:

—Mejor resolución del contenido metálico. Análisis de materiales. Pasar el cono por rayos X, también.

—¿Qué hay de la placa de marfil?

—¿El rectángulo? —Suspiró—. Lo tiene Kontos. Lo embalé separadamente.

—Lástima.

—Tengo muchas fotos de él.

Los hombres terminaron su trabajo y retrocedieron para admirar su obra.

—¿Está bien, señorita Anderson?

Claire asintió y les dio las gracias.

El artefacto parecía pequeño allí, con la impresión de que su negro profundo absorbía la luz. En la parte de atrás, allá donde había estado la tierra endurecida, John vio un pequeño agujero. Estaba obturado por una sustancia de color tostado. Se acercó y se inclinó.

—¿Qué es eso?

Claire pareció desconcertada. Se inclinó también, avanzó incierta una mano y tocó el agujero.

—Todavía estaba cubierto por una dura capa de arcilla o algo así cuando los italianos lo embalaron de nuevo. Debió producirse por el camino. Es... hummm.

—¿Qué?

Ella se acercó más.

—Creo que es una obturación de algún tipo. George y yo tuvimos mucho cuidado de no retirar la tierra que cubría la parte de atrás, temerosos de dañar algo que hubiera debajo. Es extraño, ¿no?... un pequeño agujero, de no más de un centímetro de diámetro, lleno con algún tipo de material duro. —Lo golpeó suavemente con una uña.

—¿Qué piensan los expertos en el micénico de la Universidad de Boston acerca de todo esto?

Claire se alzó bruscamente, mirando a los hombres que estaban guardando sus herramientas.

—Vamos a celebrarlo —dijo vigorosamente—. ¿Ha estado alguna vez en el Ritz?

—No. ¿Hay uno en Boston?

La expresión de ella fue de burlona sorpresa.

—Algunas cosas son eternas. El Ritz-Carlton estará aún aquí cuando todo lo que conocemos se haya convertido en polvo.

Su Alfa Romeo zumbó furioso cruzando el río Charles y se hundió sin vacilar en el lento fluir del tráfico de primera hora de la tarde. Bajó por la calle Boylston, evitando los retrasos mediante la simple maniobra de cambiar dos carriles a la vez siempre que le era posible. Dejó tras ella una estela de claxons. Cruzaron la inexpresiva majestuosidad del Prudential Center a buena velocidad, y ella sólo frenó cuando vio a un policía montado en un incongruente caballo bayo. Avanzaron lentamente al lado de la biblioteca pública.

—¿Le puso Hampton alguna dificultad cuando...?

—Odio esta nueva ala de la biblioteca. ¿Sabe que una anciana se metió por uno de esos pasillos laterales de ahí dentro, creyendo que conducía a los lavabos, y quedó atrapada? No tuvo la fuerza suficiente para empujar la puerta y abrirla, tan mal diseñado está todo esto.

—¿Cuánto tiempo permaneció ahí dentro?

—Suponen que dos semanas.

—¿Quiere decir...?

—Murió, sí. De deshidratación, dijo el fiscal.

La fuente de la plaza Copley lanzaba un alegre tributo cristalino al punzante aire, ignorada por el ansioso y hosco murmullo del tráfico. Dos enormes leones dorados guardaban la entrada del hotel Copley Plaza. Claire miró esperanzada a los coches aparcados, esperando visiblemente que uno de ellos encendiera sus luces indicando que iba a dejar un espacio libre. Las amarronadas espiras de piedra de la Iglesia de la Trinidad tenían un aspecto húmedo, reflejando el enjambre de faros de la circulación, y el lado de la Torre Hancock proporcionaba un eco acuoso a su imagen a una manzana de distancia.

Finalmente Claire busco refugio en el aparcamiento subterráneo debajo de los Commons. Cuando salió del coche, John dijo:

—Tiene una multa en el parabrisas.

—Oh. —La cogió. Estaba sujeta al limpiaparabrisas con un hilo—. Hey, mire eso —dijo con una ligera admiración—. Ahora la atan al limpiaparabrisas, para que no se vuele cuando uno ponga en marcha el coche. Una buena idea. —Y tras abandonar el aparcamiento depositó con cuidado la multa en una papelera pública, y se echó a reír ante la mirada que le lanzó él.

Había empezado a llover, y los Commons se estaban vaciando. Las gotitas de agua derivaban en el viento, amenazando con transformarse en hielo, creando grandes globos luminosos que colgaban en el aire en torno a las luces de calle. El sonido del tráfico sonaba apagado, como si procediera de una larga distancia. El mismo policía de tráfico avanzó hacia ellos, con los cascos de su musculoso y alerta bayo cliqueteando contra el asfalto. El impermeable amarillo del hombre reflejaba las turbias luces de la ciudad, pero jinete y montura le parecieron a John como una isla de estabilidad entre todo lo que le rodeaba.

—A última hora de la noche —murmuró Claire—, cuando no hay nadie por las calles, una puede imaginar a Emerson y Thoreau caminando por aquí con sus chisteras, discutiendo de poesía.

Cruzaron la calle Arlington y subieron las escaleras hasta el Ritz. Sorprendentemente, a John no le pareció muy «ritz». Los grandes salones y el bar eran yankis con un toque oriental, mezclando las superficies lacadas y las alfombras

rosas con litografías de la vieja calle Newbury. No había filigranas ni adornos excesivos, nada de cromo o cristal tallado. La chimenea rugía con un vivo fuego amarillo, y consiguieron sentarse cerca de ella en un sofá de pelo de camello. Mientras aguardaban a que llegaran sus martinis Tanquery, ella señaló hacia los antiguos sillones de orejeras y alfombras color arándano y le describió cómo el hotel mantenía un empleado exclusivamente para cuidar de la pintura dorada del mobiliario.

—Y ahora que está usted convencido de que ésta es una horrible ciudadela de los privilegiados, le recordaré que el líder de los trabajadores, César Chávez, se alojó aquí cuando vino a la ciudad a agitar las pasiones proletarias.

Sonrió débilmente. Claire exhibió una alegría etérea, adolescente, mientras le mostraba cosas típicas bostonianas, y la seria mujer profesional pareció desaparecer. Habían llegado a conocerse bien en los pocos días transcurridos desde su regreso, y él había detectado un cambio en sus actitudes aquí en su ambiente nativo. Sin embargo, seguía sin poder precisar por completo las señales que le estaba enviando. En algunos momentos parecía tensarse bruscamente, convertirse en la típica y reservada dama bostoniana, y luego, unos instantes más tarde, se abría de nuevo. ¿Quizá era todo a causa de sus constantes preocupaciones?

—¿Supone que el coronel profesor Kontos dejará las cosas así? ¿Pese a lo proletario que es?

Ella suspiró.

—Ah, está acostumbrándose usted a mis evasivas, ¿eh?

—No es que resulten muy creíbles.

Ella volvió a cruzar las piernas y frunció el ceño. El admiró sus delicados zapatos, que no hacían nada por reducir la agradable protuberancia de sus pantorrillas debajo del nilón. Aguardó a que ella siguiera hablando, especulando para sí mismo sobre las posibilidades de que ella dejara de llevar aquellas horribles medias pantalón, poniéndose en su lugar auténticas medias, completas, con portaligas incluidos. Probablemente menos de un uno por ciento, calculó. Como de costumbre. Era extraño cómo la fantasía de algunos objetos para la mente masculina persistía mucho después de que su uso práctico hubiera desaparecido. Incluso en Boston...

—Puede que hasta me salga con bien de ello. No le he dicho nada a Hampton acerca del artefacto.

Pese a su sorpresa, John se limitó a alzar las cejas. Empezaba a captar el sentido de aquel juego subterráneo, en respuesta a las actitudes de ella.

—Ayer me puso contra las cuerdas, y de nuevo esta mañana.

—¿Ningún beso en la mejilla para celebrar el regreso de la heroína? —Hizo una seña al camarero pidiendo otra ronda de martinis. El camarero indicó que ya estaban en marcha. John se dio cuenta de que Claire era a todas luces un cliente regular allí.

El fuego restalló enérgicamente, y se volvió un poco para presentar una mayor sección de su cuerpo a sus radiaciones. Incluso el Ritz tenía corrientes de aire.

—Kontos envió una larga carta detallando todos mis crímenes.

—Y Hampton se la tragó.

—¡Por supuesto! —bufó Claire—. ¿Por qué no debería hacerlo? —Hampton la sermoneó acerca de que había que ser educada con los representantes del país anfitrión y todo eso. Luego usted se puso a discutir.

—Algo así. —Llegaron las bebidas, y dio un buen sorbo a la suya.

—De modo que usted decidió minimizar los daños obviando el asunto del artefacto desaparecido.

—Correcto. Los formularios de aduanas van dirigidos al departamento en la Universidad de Boston. Pero primero me llegarán a mí, porque puse mi nombre en la dirección. Así que Hampton no sabrá en seguida que nos trajimos algo con nosotros.

—¿Sigue creyendo que regresamos dócilmente? ¿Qué no fuimos furtivamente a Creta y todo lo demás?

—Vi la carta de Kontos. Solamente habla de las cosas que ocurrieron antes de que abandonáramos Atenas. O se supone que lo hicimos.

—Pero él sabe que estuvimos abajo en las islas.

—Todo lo que vio en Santorin fue una redada en acción. Sabe que no nos fuimos en aquel vuelo de la TWA y que estuvimos en Santorin, pero no sabe lo que hicimos después de eso.

—El artefacto..., descubrirá su ausencia.

—Pero no podrá decir que nosotros lo cogimos. El lo ocultó, recuérdelo. Si no está en el Museo de Atenas, ¿cómo podrá afirmar que nosotros nos lo llevamos?

Él la miró. Había algo allí, algo que ella no había mencionado. Estaba inquieta.

—Finalmente encontrará alguna forma de atraparnos. Estoy seguro. Aunque usted dispondrá de un tiempo para estudiarlo, mientras lo tenga oculto en el MIT.

Ella agitó la cabeza, mirando hacia el fuego, distante y distraída. Él contempló la amarillenta luz parpadear en los planos de su rostro, sin barrer nunca completamente las sombras.

—Usted no comprende cómo son las cosas en este campo. Lo que hice fue... una locura. ¡Robé un invaluable artefacto!

—Fue tremendamente provocada.

—¡Eso no es una disculpa! Simplemente me dejé arrastrar..., tan absolutamente que olvidé por completo mis estándares profesionales, mi ética, mi respeto por el pasado.

—¿Qué hay acerca del respeto hacia los demás? Kontos no lo exhibió con mucha abundancia.

La expresión de Claire había ido cambiando, yendo del pesar hasta un agitado

desconcierto por sus propias acciones. Ahora se asentó en una abstraída tristeza. Siguió mirando el chisporroteante fuego, los ojos de un distante azul oscuro.

—No, entiendo lo que dice usted..., sentí todo eso, es cierto. Por eso actué como lo hice. Pero ahora la cordura ha vuelto a mí, y no veo ninguna salida.

—¿Salida a qué?

—Finalmente tendré que enfrentarme a todo el asunto.

—¿Y qué ocurrirá?

—Habré terminado definitivamente con la arqueología griega. Probablemente con toda la arqueología.

—¿Ninguna posibilidad de seguir ejerciendo?

—Por supuesto que no.

—Tiene otros caminos.

—Hoy soy una gallina. Mañana no seré más que plumas.

—Eso no tiene que ocurrir de inmediato, ¿no?

—No necesariamente. Quiero estudiar un poco más el artefacto, efectuar un poco de trabajo de biblioteca sobre él, intentar hallar alguna conexión con otras excavaciones.

—Estupendo. Nos dedicaremos a ello. A menos que Sprangle acuda a Hampton y le cuente toda la historia mientras comen juntos o algo parecido, estará a salvo.

Ella apartó la vista de él.

—Bien...

—Oh, vamos. —Se inclinó hacia delante al resplandor del fuego, haciendo un gesto tranquilizador, intentando animarla. Le gustaba verla alegre y destellante; le dolía cuando se mostraba apagada de aquel modo—. Piense: *sic transit gloria mundi*... No lo está haciendo tan mal como eso.

Ella sonrió melancólicamente.

—Hampton está revisando el cuadro docente acerca de eso. Quiere plantear mi continuidad como profesora ayudante en la universidad.

—Oh. —Se echó hacia atrás en su silla, deshinchado. Así que era peor de lo que había creído.

—Y quiere llamarle a usted como testigo. Obtuvo su nombre de Kontos.

Hubo un momentáneo silencio, roto sólo por el restallar del fuego. John terminó su martini y deseó tener otro delante.

—Bien, seguiré la historia hasta el aeropuerto de Atenas. Luego diré que volamos a Italia.

—De acuerdo, mire..., no es ético mentir. Pero quizá hallemos una forma de responder a sus preguntas sin tener que decir nada en concreto.

—Hummm.

—¿Qué hay de George?

—Las presiones son sobre mí, no sobre él. De todos modos, se fue de inmediato a Columbia. Se suponía que debía permanecer aquí durante un año para trabajar detalladamente con el artefacto, empezando en enero. Cuando volvimos, vio que se preparaba la tormenta y se apresuró a irse.

—Un chico valiente.

—Mire, ésta no es su lucha. Él no era el responsable de la excavación. Yo lo era. Se inclinó de nuevo hacia ella, intentando levantarle los ánimos.

—Con un poco de práctica, qué demonios..., podemos salirnos de esto.

Su actitud no cambió.

—La verdad, lo dudo.

—Seguro que podemos. Lo único que tenemos que hacer es pensar en cómo enfocarlo, eso es todo.

—Entonces piense rápido.

—¿Qué quiere decir?

—La revisión del cuadro docente es mañana.

Él se echó hacia atrás en su silla y resopló.



## 2

Cuando John entró en el Edificio 42 a la mañana siguiente, encontró a un equipo de técnicos trabajando en torno al artefacto. Su jefe era Abe Sprangle, un hombre pelirrojo y medio calvo que John conocía bastante bien del grupo metalúrgico. Había traído al departamento una diestra habilidad y un bonachón talento ejecutivo cuando el MIT lo reclutó en Dinamarca, hacía una década. Sprangle había colocado ya el artefacto en un pedestal de trabajo. Podía hacerlo girar lentamente, enfocando cada una de sus partes a los diversos detectores alineados a su alrededor.

—¿Ya han empezado? —dijo John.

Sprangle irradió alegría.

—Deseaba obtener algunos datos preliminares. Es un objeto excitante, ¿no cree?

—Oh, claro. —John no podía resistir el acudir ocasionalmente a su llamativo acento sureño. Tenía la vaga sensación de que aquella era una forma de distanciarse de las insidiosas y penetrantes certezas de la cultura nortea, de la que Boston seguía considerándose el pináculo—. Lo pasé malditamente mal con él. Hay muchas posibilidades de que todas mis mediciones estén equivocadas..., no soy un profesional. Así que vaya con cuidado. Eso es un rastreador de rayos X, ¿no? —John señaló hacia un amplio conjunto de cabinas portátiles unidas entre sí, todas ellas conectadas a un cañón proyector.

—Sí, pero hay algo que no funciona en él. Lo hemos instalado hace una hora, para efectuar una serie de medidas de fluorescencia por rayos X. Pero no conseguimos más que ruido. Debe haber algo estropeado.

—¿Están intentando obtener alguna lectura de ese pequeño agujero que hice? Pensé que era demasiado pequeño.

—No para un equipo realmente bueno. Mire, yo sólo soy un aficionado interesado en la arqueología, pero conozco mis diagnósticos. Sin embargo, hoy no puedo probar nada. ¿Ve esa gran lectura que está obteniendo ahí Fred?

Señaló una aguja que mostraba una firme línea de rayos X, que saltaba ocasionalmente un poco hacia arriba o hacia abajo. Un técnico larguirucho alzó desconsoladamente la vista de una maraña de cables en la base del dispositivo.

—Una avería, seguro —declaró Fred.

John intentó aparentar que comprendía de qué iba la cosa. Se inclinó para ver dónde apuntaba el cañón del detector. El artefacto miraba hacia el otro lado, y el cañón estaba enfocado a su parte de atrás, cerca del centro.

—¿Qué están intentando averiguar? —preguntó.

—Descubrir qué metales hay en la roca. Podemos utilizar ese agujero que hizo usted para un estudio en profundidad.

—¿Y este ruido?

—Sólo alguna malfunción electrónica. Fred la encontrará.

Fred agitó la cabeza.

—No hay nada en las conexiones, nada que pueda producir eso. —Suspiró—. Funcionaba perfectamente antes, cuando lo conectamos. Quizá algo en la fuente de energía... —Abrió una cabina y empezó a estudiar una miríada de conectores.

—La idea —dijo John— es apuntar el cañón a la roca y lanzar un flujo de rayos X. Luego cortar los rayos X y ver si los átomos metálicos emiten radiación propia... ¿Correcto?

—Sí, sí —murmuró Sprangle, distraído—. Pero todavía no hemos conectado la fuente. Así que no hay fluorescencia que detectar. Pero nuestro medidor no hace más que dar saltos.

—Bien, buena suerte. —Deseaba echar una mirada más detenida a la parte frontal, pero el aparato dejaba poco espacio. Culebreó junto al pedestal del artefacto, encajonado por el equipo, ligeramente incómodo ante la presencia de tanta maquinaria cuya función no comprendía.

Sabía que todo aquello tenía una misión muy específica, fácilmente comprensible una vez le era explicada a uno. Sabía bastante de física, había seguido un curso menor de ella en Rice. Pero para él la física, en sus mejores aspectos, era un mundo ideal de claras soluciones, hileras de deducciones, cadenas matemáticas. Como la mayor parte de matemáticos era un platónico, un creyente en que el mundo era una expresión imperfecta de un orden cristalino subyacente, un plan matemático, aunque, si era desafiado, rechazaba automáticamente esa etiqueta, sabiendo que era considerada algo simplista. Sus instintos, sin embargo, eran otro asunto.

Se inclinó e inspeccionó el artefacto. A la brillante luz todos sus detalles parecían más significativos, un enjambre de indicios. Las luces en la tumba habían arrojado sombras sobre una cara mientras iluminaban otra; ahora, viéndolo al completo, la flagrante incongruencia del cono de ámbar era más sorprendente. Apoyó una mano en la plataforma rotatoria y empujó, notando una fuerte resistencia, haciendo guiar ligeramente el bloque para conseguir una mejor visión.

—¡Hey! ¿Qué está haciendo? —exclamó Fred.

John Oyo a Sprangle responder:

—Nada. Estaba examinando las calibraciones...

—Bien, pues algo cortó el ruido —dijo Fred.

—John, ¿no habrá pisado usted algún cable o algo así? —preguntó Sprangle.

John se irguió.

—No, no creo... Espere un momento. Hice girar un poco el artefacto.

—¿De veras? Bien, eso no debería importar. Fred, mire esas unidades amplificadoras.

—De acuerdo. Creo que quizá...

—Espere. Fred, observe un minuto el registro —dijo rápidamente John. Empujó de nuevo la plataforma, haciendo que el cono volviera a su posición anterior.

—El ruido ha vuelto —dijo Fred.

—John, ¿qué ha hecho usted?

—Hice girar el artefacto de vuelta a la posición que tenía antes.

Sprangle se acercó al lugar donde John estaba agachado.

—¿Lo ve? —dijo John. Empujó ligeramente el pedestal hacia un lado.

—El ruido está bajando —declaró Fred.

—Recibiendo una señal sin... —murmuró Sprangle—. ¡Maldita sea! Esta cosa es radiactiva.

—Nunca pensé en comprobar eso —dijo John.

—Bueno..., ¿a quién se le ocurriría? Fred, hay un punto caliente en esa cara de atrás. Dios mío, son auténticos rayos X lo que estamos recibiendo de la misma muestra.

Se agruparon en torno del cañón detector y giraron lentamente el pedestal hacia uno y otro lado. La inercia del bloque requería un impulso fuerte y continuado. John empezó a sudar.

—¡Aquí! —exclamó Fred—. Ahora la intensidad es máxima.

—Señala a esa obturación en la parte de atrás del cubo —dijo Sprangle—. Tiene que haber algo de pechblenda ahí dentro.

—¿Pech qué? —preguntó John.

—Un mineral negro y lustroso, un óxido. Contiene uranio o radio. Un emisor natural de rayos X bastante común.

—¿Quiere decir que hay algo dentro de esa obturación?

—Probablemente. Debieron utilizarla como un agente coloreador.

Los dos hombres se irguieron. Sprangle gruñó, con el rostro enrojecido. John observó que la oronda barriga del hombre, bien oculta por un cardigan, había aumentado con aquel ejercicio menor. El hombre murmuró:

—Supongo que Claire encontrará esto fascinante, pero para nosotros es una mala suerte.

—¿Por qué?

—Tendremos que asegurarnos de que esa pechblenda no altere nuestras mediciones. Pone nuestros rayos X a cien, quizá a mil golpes por segundo más de lo que lo hará nuestra propia fluorescencia.

—Simplemente déle la vuelta al pedestal. El propio bloque escudará su detector.

El rostro de Sprangle se iluminó.

—Por supuesto. Es roca sólida, habrá escudo más que suficiente. —Llamó a Fred—. Observe el ruido mientras lo hacemos girar. Señáleme las lecturas.

Entre los dos hombres hicieron girar lentamente el bloque mientras Fred iba

desgranando las cifras. El índice de golpes descendió hasta un poco por encima de los trescientos cuando alcanzaron los noventa grados, que era el centro de la cara adyacente. Permaneció bajo hasta que la cara delantera apareció a la vista. Entonces el índice empezó a ascender de nuevo mientras seguían empujando.

—Algo no va bien ahí —dijo Sprangle—. Los golpes deberían seguir bajando.

—Hey, retrocedamos un poco —dijo John—. Con cuidado, con cuidado..., aquí. —El detector de rayos X miraba ahora directamente a lo largo del borde frontal del artefacto, nivelado con su centro, de modo que enfocaba lateralmente, de forma directa, a la base del cono de ámbar—. ¿Cuál es la cuenta, Fred?

—No mucho.

—¿Y? —preguntó Sprangle.

—Entonces no hay pechblenda en el ámbar. El cañón lo apunta directamente, y no obtenemos una lectura alta. Ahora giremos de nuevo y miremos directamente siguiendo el eje del cono.

Situaron el bloque.

—Malditamente alto —dijo Fred—. Como en el otro lado.

—Entonces, la fuente se halla dentro del cubo —dijo Sprangle—. Tendremos que analizar eso. Muy interesante. ¿Sabe?, Claire se va a sentir tremendamente sorprendida. ¿Vendrá hoy?

John sonrió hoscamente.

—Se está preparando para un examen —murmuró.

Los modestos edificios de ladrillo de la Universidad de Boston dan a la avenida Commonwealth, pero las mejores oficinas están en la parte de atrás, donde el río Charles se estrecha hasta convertirse en una avenida gris pizarra carente de olas. Aquel nublado día de invierno, las tranquilas aguas tenían para John un aspecto muy parecido a los antiguos senderos de vacas cubiertos de asfalto que los bostonianos llamaban calles, mientras cruzaba el Charles por el puente de la Universidad de Boston.

Halló la habitación del seminario al extremo de un pulido corredor de terrazo y llamó. Un hombre corpulento abrió la puerta, sonrió cálidamente y dijo:

—Usted debe ser el doctor Bishop. Soy Donald Hampton, hablamos por teléfono. En este momento estaba haciendo algunas observaciones al comité.

John pasó por las presentaciones de ritual mientras Hampton lo sentaba al extremo de una larga mesa. Había otros dos arqueólogos, los profesores Aiken y McCauley, pero Hampton parecía dominar el asunto. Hampton explicó que Claire se había marchado ya a petición suya; prefería obtener la versión de los acontecimientos de John ante el comité sin su «posiblemente intimidante presencia». John bufó y escuchó a Hampton pasar revista a la historia de la excavación de Claire, tanto en beneficio del comité como del propio John, extendiéndose ampliamente en cómo la

Escuela Americana de Estudios Clásicos había llegado a un acuerdo con las autoridades griegas. Al parecer, la Escuela Americana se encargaba habitualmente de llevar a cabo las excavaciones bajo dirección griega, pero la situación política de los últimos dos años había obligado a todas las expediciones americanas a aceptar un codirector griego..., Kontos. Hampton detalló sus intentos de suavizar este cambio «corriendo los cien metros extra con el doctor Kontos», lo cual significaba al parecer transigir considerablemente, dejando que Kontos eligiera el personal y concediéndole los habituales honores académicos.

A medida que Hampton entraba en la historia de la excavación principal —poner al descubierto la ciudad, trazar los esquemas de vida de la época, investigar la tumba—, resultó claro que Claire siempre se había enfrentado a Kontos, aunque no había ninguna documentación que sustentara este punto. Le sorprendió saber que la atención principal del grupo había sido la ciudad en sí, y que la tumba, una vez se comprobó que estaba vacía, había sido delegada a Claire y George porque parecía menos prometedora. Hampton habló poco de ello directamente, y John vio pronto que aquél era también el estilo de los demás: verboso, oblicuo, con abundante uso de términos extranjeros arrojados como pimienta en un guiso insípido. Recordó a Claire diciéndole que los arqueólogos eran más parecidos a humanistas que a científicos..., abocados a la historia, conscientes de las claves literarias y mitológicas. El campo retenía el viejo estilo de publicar siempre en el idioma nativo de uno, una costumbre que las ciencias físicas habían abandonado hacía un siglo. Eso significaba que un arqueólogo debía dominar el francés, inglés, alemán y uno o dos idiomas más como el griego y el árabe, simplemente para mantenerse al día.

La habitación del seminario encajaba también. Tenía suelos de madera oscura y pulidas lámparas de latón. Los sillones eran cómodos y muy acolchados, con pesados brazos de madera, un estilo que raras veces había visto fuera de las tiendas de antigüedades. Incongruentemente, junto a una de las paredes había el último modelo de proyector, y la brillante pantalla era un amplio cuadrado sobre el gabinete. Se preguntó por qué estaba allí.

—Así que comprenderá, doctor Bishop, que nos gustaría su versión de los acontecimientos que condujeron a su, esto, despedida del lugar. —Hampton sonrió animosamente, extrajo una gastada pipa y empezó a llenarla de tabaco. Llevaba una chaqueta de tweed con coderas de piel, chaleco y una conservadora pajarita. Los otros dos iban vestidos del mismo modo, un hecho que pasaba desapercibido en Boston, excepto que la experiencia de John con científicos y matemáticos le había conducido a esperar cuellos desabrochados y suéters amplios. Tosió y empezó su historia.

Era una ficción, por supuesto, en el más estricto de los sentidos. Claire la había construido sobre una larga serie de martinis. Sin embargo, no contenía ninguna falsedad abierta, sólo omisiones y simplificaciones. Describió haber realizado

algunos tests de composición sobre varios tipos de artefactos, lo cual era verdad, sin mencionar que habían sido meros ensayos, pruebas del equipo, y que el cubo era su auténtico interés. Esto encajaba con la omisión de Claire del cubo, al tiempo que le permitía extenderse sobre las diferencias políticas, el acoso sexual, y su lucha con Kontos la última noche. Hampton dijo:

—Así que afirma usted que cuando él, esto, se lanzó contra usted, hum, en la tumba, usted...

—Estábamos realizando nuestros tests de último minuto y empaquetando algunas cosas. Estábamos seguros de que él iba a echarnos de la excavación a la mañana siguiente, y Claire, es una fanática de poner las cosas en orden, usted ya lo sabe, deseaba asegurarse...

—Pero a buen seguro debió suponer usted que el doctor Kontos, en un estado de agitación sobre los, esto, insultos que usted lanzó, o él creyó que lanzaba, sobre su nación, su gobierno, reaccionaría violentamente al menor paso en falso de su parte. ¿No?

—No creo que eso signifique ninguna diferencia —señaló suavemente John—. Supongo que desde un principio iba a por nosotros.

—¿Buscando un pretexto? —preguntó el doctor Aiken.

—Exacto. Iba a por nosotros porque éramos americanos, no porque Claire hubiera puesto obstrucciones a la excavación.

Dos arrugas fruncieron el ceño de Hampton mientras daba meditativas chupadas a su pipa, llenando el aire de humo azul.

—Sin embargo, Claire se había salido de su campo, había acudido a usted en busca de ayuda, sin utilizar las facilidades in situ que tenía a su disposición en Atenas. Eso difícilmente parece, esto, cooperativo.

—Sin embargo, vino aquí para informarle a usted.

—Su viaje era difícilmente necesario para eso sólo. —Echó una ojeada a su reloj.

—Bien, ella pensó lo contrario. Kontos arremetía contra ella, usted lo sabe bien.

Hampton agitó su pipa, como para desechar este último comentario. No había reaccionado bien a la mención de pasada por parte de John de los avances amorosos de Kontos, en su breve conversación telefónica, y John supuso que estaba intentando pasar el tema en sordina. Eso implicaba que Claire había hecho probablemente hincapié en ese aspecto, antes, cuando se presentó allí. John estaba intentando decidir si debía forzar el tema cuando un zumbador en el gabinete de la pantalla sonó roncamente en la silenciosa habitación.

—Oh, ése debe ser nuestro otro, hum, testigo.

Hampton se levantó y trasteó algo en el gabinete. Situó un micrófono multidireccional en el centro de la mesa y encendió las luces que iluminaban la mesa. John observó que el objetivo de una cámara les apuntaba desde el gabinete. El

zumbador sonó de nuevo antes de que pudiera preguntar nada, y Hampton preguntó:

—¿Puede usted oírme, Alexandros?

La pantalla se llenó con una imagen de excelente calidad de Kontos, sonriente. Iba vestido de civil, y por la forma en que se movían sus ojos John pudo decir que estaba examinando la habitación. Kontos respondió:

—¡Hola! Me alegra verle de nuevo, Donald. Y doctor Aiken, doctor McCauley. —Inclinaciones de cabeza en respuesta al saludo. Luego dijo a John—: Ajá. Espero, doctor Bishop, que esté usted contando la verdad.

—Por supuesto —respondió fríamente John—. Aunque lamento que no diga mucho en su favor.

Kontos rió quedamente.

—Creo que podrán ver, caballeros, que este hombre está abiertamente en contra mía.

—Recibir un puñetazo en la cara trae a veces esas consecuencias —dijo suavemente John.

Kontos registró irritación.

—Fui provocado, como ya le dije a Donald —indicó, observando a los miembros del comité.

Hampton alzó una mano.

—Realmente deberíamos evitar estos enfrentamientos, caballeros. Lo único que consiguen es ofuscar los resultados. Permítanme hacerle algunas preguntas al doctor Kontos, preguntas encaminadas a iluminar los hechos —miró intensamente a John— y evitar las discusiones *ad hominem*.

Mientras Hampton conducía a Kontos a través de un testimonio obviamente ensayado, la seguridad de John se evaporó. Traer a Kontos al videófono había sido algo inquietante, y ahora Hampton estaba minando la posición de Claire conduciendo preguntas acerca de la consideración que merecía ésta entre el resto del equipo, su notoria impaciencia con aquellos que se mostraban en desacuerdo con ella, su cansancio al final de un largo y anormalmente cálido verano..., todo ello destinado a llevar las cosas del lado de Kontos. Aquello era algo que tanto Claire como él habían esperado. Lo difícil faltaba aún por venir. Cuando Kontos empezó a hablar acerca de una «excavación no autorizada», se inclinó intensamente hacia delante.

—Y sin mi conocimiento, ni el de nadie en el lugar, ella y George Schmitt siguieron con ella, retirando porciones de la pared. No consultaron con nadie acerca de los posibles peligros estructurales.

—Usted estaba fuera casi todo el tiempo —dijo John—. Y cuando venía a la excavación, estaba demasiado preocupado con su carrera política y los golpes de estado.

—¡Por favor, contenga sus comentarios! —restalló Hampton.

Kontos prosiguió, como si no hubiera ocurrido nada:

—Encontraron unos cuantos objetos, de los que le informaré más tarde, Donald. La doctora Anderson intentó ocultar el hecho trayendo al doctor Bishop. Eso tiene que resultar evidente para cualquiera.

John mantuvo el rostro impasible, pero estaba preocupado. Kontos estaba adoptando una posición de mínimo riesgo, sin hacer entrar en absoluto el artefacto en el tema. Cada paso de la argumentación de Kontos era o factual o probable. Para un comité como aquél, el resultado era seguro. La cuestión era: ¿hasta cuán lejos iba a llegar?

—Afortunadamente, lo descubrí a tiempo. Admito que se produjo ese desafortunado incidente con el doctor Bishop. Soy un patriota, no acepto que se insulte a mi país. Pero eso es algo marginal. No prueba que yo persiguiera a la doctora Anderson de ninguna forma. Todo eso son excusas encaminadas a ocultar el hecho de que ella y Bishop me ocultaron un nuevo hallazgo.

*Aquí viene*, pensó John.

Pero la severa expresión de Kontos se relajó.

—Pero esta vez tuvimos suerte. Afortunadamente, no destruyeron nada con su incompetencia. El hallazgo es menor, pero interesante. Unas cuantas piezas de joyería, algo de marfil. —Se encogió de hombros.

John parpadeó. ¿Por qué estaba encubriendo lo ocurrido?

Hampton asintió.

—Me alegra oír eso. De todos modos, no mitiga en absoluto los hechos. —Movimientos afirmativos de cabeza de los otros dos.

—Creo que el descubrimiento se produjo a raíz de una observación que usted mismo hizo en agosto —siguió Kontos, relajado y con ganas de hablar—. Usted nos habló, a mí y a todo el equipo, de las marcas en una de las losas en la pared de la tumba. Fue en una cena, quizá lo recuerde.

Hampton dio una chupada a su pipa y pareció asentir.

—Fue a raíz de eso que se produjo el hallazgo. Ni siquiera llegaron a poner al descubierto lo que hay realmente ahí detrás, ahora puedo decírselo. Yo mismo llegué hasta el final.

—¿Debo entender que halló usted un auténtico *object d'art*? —interrumpió Hampton.

—Sí. —Un murmullo de interés del comité. John intentó imaginar cuál era el camino que estaba siguiendo Kontos.

Hampton dijo cálidamente:

—Dejando a un lado este trámite que estamos siguiendo, por supuesto me gustaría discutir con usted el descubrimiento una vez estén preparados sus resultados. ¿De qué se trata?



—De un cubo. Muy extraño, situado detrás de la pared. Y decorado de una forma singular. —Kontos dibujó en el aire un cono con las manos—. Pronto le proporcionaré fotografías y notas.

John se dio cuenta de pronto de que Kontos todavía no había vuelto a la excavación. No sabía que el artefacto había desaparecido. Y cuando tuviera la oportunidad, planeaba «descubrirlo» y enviarlo a Atenas, junto con las fotos y las notas de Claire aún en las cajas, debidamente apropiadas.

Sólo que no estaba allí, y las notas tampoco. Kontos debía tener algunas, pero no las suficientes. Claire había rescatado la casi totalidad.

—Fascinante. —Hampton radió ante la cámara—. ¿Supone por qué estaba oculto?

—Se trata de un ornamento funerario, es difícil decirlo de inmediato. Sé que, con su interés particular por los artefactos religiosos, encontrará usted mucho allí, posiblemente conexiones con sus anteriores trabajos en otras tumbas. ¿Quizá pueda venir usted por Navidad? Puedo mostrárselo.

—Gracias, Alexandros. Me encantará.

—¿Quizá podamos unirnos en el movimiento para hacer regresar a Grecia el resto de los mármoles de Elgin? Estoy introduciendo una nueva resolución para la próxima primavera. Con la retirada de los Estados Unidos...

—Comprendo, por supuesto —dijo Hampton—, pero ahora deberíamos terminar primero este asunto.

—Espere un momento —dijo John—. Me gustaría preguntarle..., ¿a quién se atribuye el crédito del descubrimiento del cubo?

—A Alexandros, por supuesto —dijo Hampton—. Ya le ha oído afirmar claramente que él abrió la pared de la tumba y lo halló.

—Creo que Claire debería compartirlo.

—Usted es un aficionado en estos asuntos —dijo Kontos con voz neutra—. Su opinión no tiene ningún valor.

—Bien, sé cómo usted intimidaba a todo el mundo en la excavación...

—¡Oh, vamos! —exclamó Hampton.

—...y estoy dispuesto a decírselo a quien quiera escuchar.

Los músculos de la mandíbula de Kontos se encajaron.

—Será muy prudente por su parte que mantenga la boca cerrada. O voy a tener que ocuparme de usted. Personalmente.

—¡Doctor Bishop! —gritó Hampton—. Ya basta de esto.

—En cualquier momento que quiera, Kontos.

—¡Ya basta! No diga nada más. —Hampton tendió una mano hacia John, agitándola inútilmente. Se volvió hacia los profesores Aiken y McCauley—. ¿Tienen ustedes alguna otra pregunta?

No las tenían. Kontos se despidió y desapareció, y la habitación pareció hacerse repentinamente pequeña, desligada del otro lado del planeta.

—Espero que se den cuenta ustedes de que Claire tuvo que luchar contra este hombre para conseguir cada centímetro de los resultados que obtuvo —dijo John.

La sonrisa de Hampton tenía poco de su anterior calidez. El hombre era un consumado actor, pensó John. Sin duda él también creía que estaba actuando según los más altos principios morales.

—Gracias, doctor Bishop, por su tiempo.

Mientras volvía caminando a casa por Commonwealth, empezó a nevar.

### 3

Claire entró en la sala con un aire que John había observado antes. Era como si aquel lugar le perteneciera y estuviera examinándolo, comprobando que los inquilinos lo estuvieran tratando bien. Era divertida y atractiva a la vez mientras se acercaba, con su elegantemente cortado traje de una pieza color canela bajo un abrigo negro, con guantes grises y botas negras, haciendo girar un paraguas azul, cerrado, con una viva oscilación. La lluvia de la última noche se había convertido en fría nieve, e iba preparada.

Sus ojos se iluminaron cuando le divisó entre el equipo. John vio que se había acicalado escrupulosamente: sombra y lápiz de ojos, color en las mejillas, lápiz de labios de un vivo color púrpura. Llevaba el pelo recogido hacia atrás, de un modo alto y elaborado. ¿Alguna celebración? Dijo:

—¿Está a punto el champán?

—Quizá con la comida. He estado en la guarida de los leones, y vengo aquí a contar la historia.

—¿Esta mañana? Se mueven aprisa.

—Pontificaron y se agitaron y se mesaron las barbas y decidieron incluir una carta en mi historial describiendo su «insatisfacción por mi modo de manejar el asunto»..., así al menos es como lo dijeron. —Había algo en su sonrisa, a medio camino entre la travesura y la auténtica diablura, que encajaba con la danzante excitación en sus ojos. Estaba a años luz de distancia de la mujer en el Ritz.

—No está mal.

—Temía que fuese mucho peor —dijo ella seriamente.

—Esa carta, ¿perjudicará su historial?

—Supongo que sí. Pero no tanto cuando descubran lo que realmente pasó.

John dijo, tan suavemente como le fue posible:

—Hubiera podido presentárselo ahora.

—¿Y perder de inmediato la pieza? No, gracias —dijo ella fervientemente.

—Pero así, ¿qué ha ganado?

—Tiempo.

John hizo un gesto hacia el artefacto.

—¿Tiempo para trabajar en esto?

—Sí, y para pensar. ¿Cómo van las cosas? Ese asunto con los rayos X que me describió por teléfono la noche pasada...

—Olvídelo. Abe encontró algo más. Precisamente ahora me lo estaba contando.

A la mención de su nombre, Abe Sprangle dejó de trastear con sus elementos electrónicos y se les acercó con una sonrisa de anticipación. Claire lo recibió con un cálido saludo profesional, y escuchó mientras él resumía lo que pensaba del

problema.

—Creo que una deducción razonable es que esa pechblenda era la fuente de los rayos X. Arqueológicamente probable, quiero decir. ¿No está usted de acuerdo? — Cuando Claire asintió, prosiguió—: Pero no puede ser pechblenda. Medí el espectro de los rayos X. La pechblenda no encaja. Así que Fred y yo trajimos los detectores de rayos gamma.

—¿Los *gamma*? —dijo Claire, incrédula.

—Exacto. Y están incrementándose.

—Nada —dijo John—, ningún isótopo, proporciona una gran cantidad de radiación de alta energía. Deben haber efectuado una mala calibración.

Abe sonrió de nuevo, gozando con su historia.

—Eso pensé yo también. Pero el espectro de rayos X era sospechoso. No era líneas, como el uranio o el radio. Obtuve todas las energías a la vez..., rayos X, de suaves a duros, planos todo el tiempo. No hay ni la más remota posibilidad de que la pechblenda pueda lanzar una tal emisión.

—Así que no se trata de un solo isótopo —intervino John—. Tiene que haber una mezcla de materiales radiactivos diferentes ahí dentro.

Claire agitó la cabeza.

—Improbable. Alguien hizo esta cosa, ¿recuerdan? ¿Cómo podrían seleccionar menas radiactivas, cuando ni siquiera sabían que existieran tales cosas?

Abe jugó su comodín.

—Pueden dejar de preocuparse acerca de posibilidades. Porque medí el espectro de los rayos gamma. También es plano. No hay líneas.

Nadie dijo nada. Claire agitó de nuevo la cabeza, esta vez tan vigorosamente que su pelo cuidadosamente peinado se agitó sobre su cabeza y dejó escapar unos mechones en su nuca.

—Por mucho respeto que sienta hacia su experiencia, Abe, no puedo creer eso.

—Lo comprobamos, por supuesto. Fred está preparando todo un juego distinto de detectores, que tomé prestados del grupo de Kemberson.

—Supongamos que las mediciones se mantienen —dijo John—. ¿Qué significa eso?

La excitación de Abe descendió un poco.

—Ese es el problema. No conozco nada que emita un espectro de alta energía así.

—Tiene que haber algún error —dijo Claire.

Pero no lo había.

Las segundas y cuidadosamente calibradas mediciones dieron idénticos resultados. El flujo de radiación del cubo seguía siendo no peligroso, pero no tenía ninguna de las líneas espectrales que hubieran distinguido una emisión natural de los átomos. Comprobar y calibrar ocupó dos días de tediosos cuidados.

Abe dijo juiciosamente:

—Observen lo relativamente plano que es este espectro. ¿Quizá un montón de líneas, sobreponiéndose las unas a las otras?

—Eso significa que o hay gran cantidad de isótopos radiactivos ahí dentro, o... —dijo John. Hizo una pausa, inseguro.

Abe sonrió.

—O hemos cometido algún estúpido error.

—Y la radiación —preguntó ansiosamente Claire—, ¿llega sólo a través de esas dos localizaciones, el cono y el agujero en la cara opuesta?

—Absolutamente. La fuente se halla en las profundidades de la misma roca. — Abe meditó sobre este hecho—. Mi suposición es que enterraron algo en el centro del cubo.

John asintió.

—Enterraron, ¿qué?

—Esperen —dijo Claire con decisión—. Sé que todos sentimos curiosidad, pero debemos proceder paso a paso. Tenemos que efectuar el análisis químico de la roca, del ámbar de ese cono, de lo que sea que tapone ese agujero en la parte de atrás.

—Dunnsen, de Química —dijo suavemente Abe—. Ya he arreglado las cosas con él para efectuar algunos análisis. Tiene experiencia, usted ya lo sabe, Claire, hizo el trabajo con Watkins y Hampton sobre ese cinc y estaño de Italia.

Claire se envaró.

—Tenemos que asegurarnos de producir el mínimo daño al artefacto.

Abe asintió enérgicamente.

—Podemos hacerlo todo con medios pasivos. Ningún daño.

—Sólo cuando tengamos esos resultados podremos decir algo inteligente — murmuró ansiosa Claire.

La inteligencia es relativa. Tiene desvíos y puntos ciegos. John nunca había sustentado la idea de que dos ciudadelas de inteligencia que conocía muy bien —la Universidad Rice, donde había trabajado largas horas, y el MIT, donde esperaba labrarse una importante carrera profesional— pudieran ser vistas por los elementos más importantes de la sociedad como molinos que molieran una raza especial de trolls inteligentes capaces de cablear máquinas, filtrar soluciones, programar chips, y hacer girar más aprisa las ruedas de la industria.

De un modo similar, Claire nunca se había hallado en una situación en la que una cuidadosa serie de tests inteligentes no redujeran el espectro de posibilidades hasta dejar sólo una, y la misteriosa sustancia extraída de una antigua excavación fuera revelada como una extraña especie de aleación, un rastro de materia descompuesta, o una amalgama de varias sustancias de inusitada forma. Abe se sentía igualmente desconcertado. Nunca se había hallado en una situación en la que la sustancia activa

emisora fuese inalcanzable, de modo que no pudiera ni siquiera echarle una buena mirada.

—Este análisis de composición no tiene sentido —dijo Abe, frustrado. Dunnsen había aplicado su experiencia y había entregado una detallada lista de lo que contenía el cono. Su visión de químico estaba plasmada en un gráfico de compuestos y elementos, todos ellos hallados a través de los distintos diagnósticos que habían sondeado la habilidad de la muestra de reemitir o absorber la luz a una frecuencia definida—. Esta materia es malditamente curiosa.

—Déjeme ver. —Claire estudió las hojas, que estaban cubiertas por curvas escarlatas, azules y amarillas. Los picos y valles que representaban las diferentes cantidades de cada elemento parecían multicolores dientes rotos—. Actinio, boro, calcio... Buen Dios, esto no es nada parecido al ámbar.

—¿Qué es el ámbar, en realidad? —dijo suavemente John.

—Savia de árbol, savia de árbol fosilizada —respondió abstraída Claire—. Las resinas de los árboles se acumulan en el suelo y los elementos volátiles desaparecen gradualmente. Eso deja un residuo sólido.

—Entonces, el ámbar es en su mayor parte hidrógeno y carbono, ¿no? —preguntó John. Siempre había hallado la química aburrida e imposible de recordar. Todo parecía tan embarullado y detallado a la vez. Recordaba haber declarado en una ocasión, antes de graduarse, que el tema era trivial, que representaba solamente el tedioso resultado de la mecánica cuántica, una disciplina ya comprendida, elaboradamente matemática, aplicada a casos complicados y en absoluto interesantes. El hecho de que esos casos fueran de un inmenso uso práctico no podía cambiar el asunto a sus jóvenes ojos; el tema no era más que una forma de maloliente ingeniería.

—En su mayor parte, sí —respondió Abe—. Puede identificarse por los nódulos que hay en él, y ese cono —se agachó y miró al artefacto— seguro que reluce como el infierno, como si tuviera dentro inclusiones e irregularidades.

Claire dio un golpe a las hojas de las lecturas con el dorso de su mano.

—Pero esto dice que hay un montón de metales en él.

—Entonces, no puede ser ámbar —declaró Abe.

—¿Por qué no? —preguntó John—. Ámbar con un montón de impurezas.

El ceño de Abe se contrajo mientras estudiaba las hojas.

—¿Es eso posible?

—En realidad, estudié eso en Turquía —intervino Claire—. La savia de árbol tenía que haberse mezclado con un montón de extraños minerales... Supongo que puede ocurrir. —Alisó su camisa verde oliva con la palma de las manos y se echó hacia atrás en su silla. Habían montado una pequeña oficina a un lado de la estancia, desde donde podían acceder al ordenador del campus a través de una consola portátil. El escritorio estaba cubierto con copias de impresora, tazas de café, registros de

laboratorio y libros de mineralogía. La inevitable bomba de vacío resoplaba en la distancia—. Sin embargo, todo lo que sé sobre deposiciones minerales me dice que no apueste por ello. La inclusión de algo como hierro, por ejemplo, de acuerdo. A veces ocurre, y hace que el ámbar cambie de color. Este material en el cono tiene el aspecto del ámbar amarillo normal, con tonalidades naranjas y rojas. Hierro, quizá. Pero ¿todo un conjunto de elementos?

John dijo lentamente:

—Quizá lo estemos mirando de una forma equivocada. Quiero decir, intentando encontrar una forma en la que el ámbar pueda haber recogido toda esa variedad de materiales en su interior.

—Tienen que haber sido cuidadosamente mezclados dentro —señaló Abe.

—Por supuesto. Pero el cono ha estado cerca de esa fuente de radiación durante treinta y cinco siglos.

Hubo un silencio mientras las palabras penetraban en todos. Luego Claire dijo, dubitativa:

—¿Los rayos X?

—No, sólo los gamma pueden hacer eso —declaró John—. Pueden causar transmutaciones.

Abe sonrió desdeñosamente.

—Eso requeriría un inmenso flujo de radiaciones en los gamma. Mucho mayor del que está surgiendo ahora.

—Sea lo que sea lo que haya ahí dentro —respondió John—, tiene que haber producido algún efecto en el cono.

Abe agitó la cabeza.

—Puedo calculárselo, pero ya puedo decirle ahora mismo que no ha sido nunca lo suficientemente intenso como para descomponer un montón de hierro en calcio y oxígeno o algo así.

John se encogió de hombros.

—Sólo era una idea. —Pero su mandíbula siguió encajada—. ¿Tiene usted alguna mejor? Abe suspiró.

—No en estos momentos. Espere, haré esos cálculos. —Se volvió al teclado del ordenador y se puso a trabajar. Claire seguía mirando las hojas.

—Hemos estado preocupándonos por el cono, pero mire esto..., el análisis de la obturación en la parte de atrás.

Las crestas azules y carmesíes eran difíciles de leer. John preguntó:

—¿Y? Esas crestas no tienen el mismo aspecto que las del cono.

—Diría que se acercan mucho más a la roca vulgar. Silicatos, con algún elemento pesado.

—¿El mismo tipo de composición que el resto del cubo..., la piedra caliza?

—No. Pero bastante cerca.

—Quizá taponaron la parte de atrás con roca ordinaria. ¿Por qué no? Nadie iba a verla. Claire sonrió.

—¿Quién vio alguna vez la parte frontal?

—Cierto, no lo sabemos. Pero si usaron roca ordinaria, y ésa se pasó los últimos miles de años cerca de una fuente de radiaciones, ¿qué aspecto tendría ahora?

—Bien, hay algunas crestas aquí... —Hizo una mueca—. Quizá algunas impurezas del bombardeo de la fuente interior. Pero mire, la piedra caliza no se ha visto atravesada por esos elementos más pesados. Yo misma comprobé la roca. ¿Por qué es tan ordinaria la piedra caliza, entonces?

John abrió las manos, como si su explicación fuera más natural, inevitable.

—Es demasiado gruesa. Sólo a lo largo del eje, en el cono y la obturación, podemos ver a través de una delgada capa lo que sea que hay dentro.

Claire agitó la cabeza, exasperada.

—Mire, esto es un *artefacto*, ¿recuerda? Tiene que haber salido de una cultura que ya conocemos, que poseía métodos que hemos estudiado en detalle, con una historia que podemos encajar en la mitología, registros escritos..., todo tipo de formas de comprobar y volver a comprobar. Esta cosa tiene que tener alguna continuidad con lo que hemos aprendido acerca de los micénicos. No puede ser simplemente... un objeto casual, sin conexión con nada.

—A menos, por supuesto, que lo que ocurra es que todavía no vemos las conexiones.

—Todo esto es tan..., tan complicado —dijo lúgubrementemente Claire—. Yo..., no me gusta. Me pregunto si puede ser un fraude.

John se sobresaltó.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Si, digamos, Kontos no lo plantaría ahí, sabiendo que nosotros... No, eso es una locura.

—Sí —dijo juiciosamente John—, lo es. —Estudió por un momento el ceño fruncido de la mujer, su rostro introspectivo. Evidentemente, Claire se veía turbada por el entrecruzar de lealtades, desgarrada entre el código de honestidad que exige la ciencia y el impulso que la había conducido hasta aquella situación. Ahora el artefacto en sí demostraba ser un rompecabezas, cuyas ramificaciones era imposible ver claramente.

Abe dio una palmada en el escritorio al lado del teclado del ordenador y anunció:

—¡Ahí está! El flujo actual de rayos gamma no puede haber causado tanta transmutación.

Meditaron aquello por unos instantes.

—Bien —dijo John, pensativo, arrastrando la voz—. Probablemente la fuente esté



desintegrándose, ¿no? ¿Cuánto más potente pudo ser hace 3.500 años?

Abe tecleó algunas órdenes en el programa. El sistema de ordenador del M3T era algebraico-interactivo, lo cual significaba que podía tomar una simple pregunta, traducirla a ecuación, y resolver esa ecuación para un abanico dado de posibilidades. La respuesta llegó a los pocos segundos de que Abe hubiera terminado de teclear.

—Esa fuente podría haber sido aproximadamente unos tres millones de veces más activa. ¿Cómo puede hacer eso una fuente de varios isótopos? —Abe se volvió y sonrió, gozando con el rompecabezas.

—Un orden bastante alto, ¿no? —admitió John a regañadientes.

—Sí —dijo suavemente Claire—. ¿Pero tiene alguien alguna otra idea?

Se miraron pensativamente entre sí.

Sonó el teléfono. Claire lo cogió.

—¿Sí? Oh, ah..., de acuerdo. Espero.

Miró a John con el ceño fruncido.

—Dejé este número en el departamento de arqueología, pero no creí... —Se interrumpió y escuchó. Luego asintió, dijo—: Sí —y colgó. Miró inexpresivamente a los dos hombres—. Era la secretaria de Hampton. Éste quiere verme inmediatamente. Dice que acaba de hablar con Kontos.

El profesor Hampton se hallaba barricado tras un formidable escritorio de roble, que a su vez hacía juego con las pesadas estanterías llenas de libros a sus espaldas. Su traje de tweed, camisa de seda y ancha corbata roja creaban un colorido contraste contra las largas hileras de periódicos y cuidadosamente dispuestos volúmenes. Encajonada entre los estantes de libros, como para demostrar orgullosamente que el ocupante de aquella oficina estaba *au courant*, había una de las nuevas pinturas 3D que conseguían parecer simultáneamente un jarrón lleno de flores primaverales eléctricamente coloreadas y las particularmente desagradables consecuencias de una explosión en una fábrica de cristales.

Después de invitar a Claire a sentarse, Hampton hizo una pausa efectista, uniendo los dedos en pirámide y mirando a través de ellos con profunda concentración, como si la solución de un irritante problema estuviera allí. Claire se preguntó si aquél no sería un método para asegurarse de que ella iniciara la conversación. Había tantos pequeños juegos de aquella clase que nunca estaba segura de cuál era casual y cuál calculado. Decidió obligarle a él a empezar, y aferró inconscientemente los acolchados brazos de su sillón. Al cabo de todo un minuto, justo cuando el prolongado silencio empezaba a minar su determinación, él suspiró y dijo:

—Hace menos de una hora recibí una profundamente inquietante llamada de Alexandros. Estaba terriblemente agitado.

—¿Sí? —Los ojos muy abiertos, expectante, inocentemente interesada.

—Ha perdido el artefacto grande.

El estómago de Claire se contrajo.

—¿Perdido? —murmuró.

—Evidentemente estaba estudiándolo en la propia excavación, temeroso de que el transporte pudiera dañar algo de su, esto, delicada ornamentación. Al parecer, es una pieza tremendamente hermosa. —Hampton dijo aquello con una voz lenta, triste, con un asomo de reluctancia—. Por supuesto, había una guardia en la excavación. Sin embargo, cuando Alexandros regresó de sus deberes en Atenas, la pieza había desaparecido.

—¿Ladrones?

—La puerta seguía cerrada.

—Entonces debió ser el guardia.

—Por supuesto, Alexandros está procediendo, esto, a interrogarlo.

—Es sorprendente como esa gente cree que puede vender artefactos así en el mercado negro. Deberían saber que cualquier comprador con una cierta reputación sabría lo que había ocurrido.

—Sí, sí —murmuró Hampton, distraído—, siempre ocurre eso, ¿eh? Nunca se

dan cuenta. —Volvió a unir sus dedos en pirámide y se volvió meditativamente hacia la pálida luz de la ventana, a través de la cual Claire pudo ver afanosas hileras de trabajadores cruzando el gris Charles bajo un cielo de nubes como algodón—. Una auténtica lástima.

—Y una terrible desgracia —dijo ella, por decir algo.

—Por supuesto. Alexandros dijo poco acerca de sus intentos por recuperarlo. Estoy seguro de que un hombre con sus recursos en la policía y, esto, las fuerzas militares, tendrá pocos problemas en este aspecto. No obstante, preguntó por sus notas.

—Muchas de ellas están en las cajas de las que él se apoderó y se llevó a Atenas —dijo Claire secamente.

—Oh. Sí, dijo que había algunas... Pero las principales, esto, parecen hallarse en posesión de usted.

—Esas son mis notas. George y yo descubrimos la pieza, después de todo.

—Usted sabe que el descubrimiento, como concepto, no se aplica en las excavaciones cooperativas —regañó Hampton, mirándola solemnemente por encima de sus dedos, que había empezado a apretar rítmicamente entre sí.

—Kontos no merece ninguna cooperación. Tenía intención de robarle el crédito del descubrimiento a todo el grupo.

—Le aseguro que esto no hubiera ocurrido. La *raison d'être* de nuestra expedición era fortalecer las relaciones greco-americanas. Alexandros ha puesto en juego tanto como...

—Tomará lo que le ofrezcamos, seguro. Luego proclamará que ese artefacto es suyo.

—He preparado mi borrador de nuestro informe, y cuando sus propios resultados sean incluidos en él será una sólida pieza de trabajo. Este objeto, por fascinante que sea, no es tan importante. Es la lenta acumulación de todos los detalles, como usted sabe muy bien, lo que hace de nuestra profesión una base segura...

—¿No depende este juicio de lo que resulte ser el objeto?

Hampton, al ver interrumpido su discurso, pareció confuso.

—Bien..., esto..., naturalmente. Sin embargo, no creo que tengamos que reevaluar todo el *logos* de nuestra interpretación simplemente a causa de un artefacto. Muy bien puede tratarse de una anomalía, de algo traído desde Creta o de alguna otra zona.

—De todos modos, yo...

—Claire, tiene que entregar usted sus notas sobre este objeto a Alexandros —dijo Hampton con voz enérgica, como si bruscamente hubiera decidido cambiar de táctica. El distante y pensativo profesor había desaparecido. Se inclinó sobre su escritorio—. Ahora.

—No pienso hacerlo. No son tuyas.

—El recuperará el objeto, y luego escribirá esa parte de nuestro informe. Necesitará su información.

—Es para eso para lo que le llamé, ¿eh?

—No únicamente, no. Pero le aseguré nuestra completa cooperación.

—Mi respuesta sigue siendo no.

Hampton pareció desconcertado.

—No puede negarse.

—Oh, claro que puedo.

—Eso es contrario a todo lo que aceptamos cuando iniciamos esa expedición conjunta.

—Necesito mis propias notas.

—Lo dudo, lo dudo sinceramente. Lo único que hace usted es poner obstrucciones al trabajo de Alexandros. Debo pedirle de nuevo...

—No.

—Está poniendo usted en peligro toda nuestra posición profesional con esto, Claire. Si piensa usted...

Ella se puso en pie.

—¿Profesional? ¡Ja! Mi padre acostumbraba a decir que uno tiene que ser capaz de distinguir a un traqueotomista de un degollador. Bien, yo puedo.

Hizo girar su paraguas en un amplio arco, estando a punto de derribar una pila de libros sobre el gran escritorio de roble, y salió con paso firme, haciendo que sus tacones resonaran fuertemente en el crujiente suelo de madera.

Se contuvo bastante bien hasta llegar a su apartamento. Entonces empezó a temblar, una mezcla de rabia y frustración y tendría-que-haberle-dicho-esto-y-aquello. Se sirvió un jerez, luego otro.

Hampton estaba tan deslumbrado por la política académica que nunca se le había ocurrido que ella podía haber hecho algo tan extravagante, tan flagrantemente irracional, como robar el artefacto. Ese era el único factor que retrasaba el momento de la verdad.

Quizá Kontos pensara realmente que el guardia se había hecho con el cubo. Si era así, entonces resultaba evidente que Kontos deseaba sus notas para poder abrirse camino a través de un informe preliminar, estableciendo su prioridad, ganando tiempo hasta que pudiera rastrear el artefacto.

No había forma alguna de que su ficción pudiera sostenerse mucho tiempo. Encendió un cigarrillo y conectó la radio. Una voz femenina, nasal, gimió que su amor del alma la había dejado, hey, y ella no sabía qué decir, sólo sabía sentarse y llorar, quizá lo mejor fuera morir morir morir. Claire hizo una mueca y reflexionó que Cole Porter no sólo estaba muerto, sino también olvidado.

Su vaso de jerez estaba vacío, así que volvió a llenarlo. En el camino de vuelta del mueble bar, vio que ya casi había terminado su cigarrillo, y lo aplastó en el cenicero. Cuando fue a coger otro se contuvo, reconociendo el esquema. Sola, inquieta, revisando los sucesos del día, sumergiéndose en un ciclo adictivo. No deseaba enfrentarse a una tarde de temblores neuróticos. Cogió el teléfono.

—¿Sabe dónde está el Locke Ober? —preguntó cuando John respondió al tercer timbrado en el laboratorio. Sabía que lo encontraría allí, aunque eran pasadas las seis.

—Hum, creo que sí.

—Espéreme allí a las siete. Tengo que arreglarme un poco.

Una hora más tarde estaban sentados ante una pequeña mesa redonda en el primer piso, bebiendo whisky con unas gotas amargas. El jefe de comedor fue persuadido de conseguirles un sitio sin haber hecho reserva, no ante la firme insistencia de John, sino más bien —para sorpresa de Claire— por reconocerla a ella.

—Eso demuestra que tener antepasados que vinieron aquí regularmente durante uno o dos siglos tiene algunas compensaciones —observó.

—Hum. Es un hermoso lugar —admitió John.

—Me encanta la crema de espinacas que sirven aquí. —Miró a su alrededor, al salón que se estaba llenando rápidamente—. Turistas y *untermenschen* se sientan arriba, que es un poco más moderno. Creo que hasta los años setenta no dejaban entrar a las mujeres. Los camareros son obsequiosos, aunque normalmente también sordos.

Como respondiendo a sus palabras, un hombre se les acercó con paso cansino y tomó nota de su cena. Claire pasó una amorosa mirada por la carta.

—Langostas de Portland, así es como recuerdo el lugar con mi abuelo.

—¿Un viejo marino?

—No, un banquero. Ahora él y mi abuela son la pareja más vieja de Vermont; hace un año apareció un artículo sobre ellos en el periódico. Mi abuelo le contó al periodista su chiste favorito, que es: «¿Para qué sirve peinarse cada día si uno va a quedarse igualmente calvo?» Se ha convertido en un auténtico personaje.

—He oído chistes peores.

Pidieron marisco y un vino de California del que Claire nunca había oído hablar. Dijo:

—Me gusta este lugar, es tan, bueno, relajante. Los pesados cortinajes, incluso ese ligero aroma a moho. Mi familia acude aquí cuando se reúne en la ciudad. Son todos tan viejos, juraría que todavía recuerdan cuando los hermosos coches de caballos los llevaban directamente hasta la puerta.

—¿De ahí lo de la arqueología?

—¿Qué? Oh, entiendo. ¿Preocupación por el pasado? —Miró melancólicamente la llama de la vela—. Quizá sí...

—Ahora que ya nos hemos aposentado, cuénteme las malas noticias.

Claire lo hizo, terminando con:

—Así que Kontos ha descubierto que ha desaparecido, pero no está seguro de cómo se hizo.

—O quién lo hizo —dijo John especulativamente—. Pero sospecha de todos nosotros.

—Así lo interpreto yo también.

—¿Pero qué puede hacer? Hasta que, por supuesto, Hampton descubra que lo tenemos nosotros.

—Creí que íbamos a tener más tiempo que eso.

—Yo no —dijo él llanamente—. Kontos no es de los que dudan.

—Entonces tenemos que ir aprisa.

—Abe está trabajando duro, y yo estoy dedicándole todo mi tiempo. Aunque no soy de mucha utilidad. Básicamente soy un mensajero.

—Aunque me hallo disfrutando de un semestre sabático, tengo obligaciones en la Universidad de Boston. Acepté estúpidamente actuar de consejera para las alumnas, aunque esté de vacaciones.

—¿Qué tipo de consejos?

—Académicos, personales, de todo. Es bastante decepcionante. Me recuerda otro de los chistes de mí abuelo. ¿Cómo llamaría usted a un consejero estudiantil en un colegio de señoritas?

Él se encogió de hombros. Ella dijo sardónicamente:

—Obstétrico. Hay más verdad en eso de lo que nunca me hubiera atrevido a admitir. Un montón de ellas no hacen más que orbitar en torno a esos asuntos.

—¿Qué es lo que les dice?

—Que sean capitanas de su propio destino.

—Profundo. ¿Con qué tripulación?

Ella sonrió a su pesar.

—De acuerdo, la metáfora no es de las más acertadas. De todos modos, tengo que ocuparme de ello, y eso interfiere con mi arqueología. Tengo que escribir mi parte de nuestro informe. Hampton ha estado enviándome notas al respecto desde hace una semana.

—El artefacto forma parte de ese informe, ¿no? —Partió un panecillo de pan francés, que humeaba ligeramente en el aire, y se puso a masticar pensativamente.

—No, voy a dejarlo fuera. Quiero decir, ¿qué puedo poner sin poner demasiado?

—Si lo ignora, alertará a Hampton de que hay algo que no cuadra.

—¿De veras?

—Creo que sí. Es listo, bajo esa pomposidad suya tan característica de la Ivy League.

—Nunca sé cómo jugar a esas cosas.

—Creo que Hampton sospecha ya algo.

—¿Puede hacer alguna cosa que yo deba temer? ¿Puede acusarme de algún delito, hacerme arrestar? —El vino había llegado sin que ella se diera cuenta; bebió la mitad de su vaso.

—¿Acusarla de qué?

—De sacar un tesoro nacional de Grecia.

—En todo caso eso correspondería a los griegos. Y están ocupados con otras cosas.

—¿Qué quiere decir?

—Lea el *Globe* de esta mañana. Grecia ha roto las relaciones diplomáticas con Turquía.

—Oh, no. Turquía les supera abrumadoramente en número... ¡Es una estupidez!  
El asintió.

—Absoluta. Pero también significa que Kontos puede ser presa de un ataque de furia ahí en su país, morder la alfombra, lo que quiera..., no importa. Su gobierno tiene otros asuntos más importantes de los que ocuparse.

—Si Kontos se lo pide a las autoridades de aquí, pueden arrestarme, ¿no?

—Oh, vamos, no armarán tanto follón —dijo él suavemente, avanzando una mano por encima de la mesa para coger la de ella. Claire descubrió que, sin darse cuenta de ello, había reducido su pan a fragmentos al lado de su plato. El repentino flujo de sangre a su rostro fue aún más turbador.

—¿Está usted... seguro?

—Sí.

—Yo..., los dos estamos metidos en esto. Si Kontos..., si..., ¿no le preocupa?

El se encogió elaboradamente de hombros.

—No.

—Míster Macho.

—Exacto. —Sonrió.

Ella observó sus manos cruzadas, y recordó cómo habían descansado sobre el mantel en Nauplia: dedos anchos, nudillos pronunciados, uñas gruesas con un suave brillo en ellas. Manos recias que recordaban las de un trabajador, pero con pocos callos. Manos que se movían casualmente, para coger calmadamente la copa de vino, o un poco más de pan..., sin dudar, sin ningún temblor que señalara un conflicto interno. Al acuoso brillo de la luz de las velas parecían anchas, moviéndose con un propósito natural, como criaturas independientes.

Claire se dio cuenta de que había estado contemplando las manos del hombre con más atención de la debida. Sintió que un calor se extendía por todo su cuerpo, y creyó que procedía del vino y de su relajación después del tenso día. El murmullo de los

grupos que llegaban, el sonido de alguno de los pesados cubiertos de plata al ser manejados, el tañer de los platos al ser servidos...; dejó que aquel lujo intemporal se infiltrara en ella. Se disculpó antes del segundo plato y fue al tocador de señoras. Al regresar, los ojos de John siguieron el balanceo de sus caderas, y ella se dio cuenta de que él podía adivinar bajo la apretada tela añil de su vestido que llevaba medias y portaligas. Los hombres siempre las habían considerado eróticas, recordó, mucho más que las utilitarias medias pantalón. Por su expresión supo que él consideraba el hecho de que ella se las hubiera puesto como una provocación. Sintió una automática tensión en su rostro y algo la hizo borrarla, dejando en su lugar una media sonrisa que curvó las comisuras de su boca. Su elección del antiguo estilo de medias tenía mucho más que ver con su tendencia a evitar infecciones, pero era mejor dejar que él creyera lo que quisiera.

Subieron por Winter Place, descendieron Tremont, y finalmente llegaron al estrecho camino a lo largo del Charles. Una muchacha de grandes pechos pasó por su lado practicando jogging, con una camiseta con un letrero de manos fuera pintado en ella con grandes letras. Normalmente, Claire hubiera hecho una mueca ante aquella exhibición, pero esta noche reprimió una risita. El coñac la había calentado contra el frío viento que soplaba del río, y se cogió del brazo de John sin pensar.

—Está usted mucho más seguro que yo respecto a todo esto —dijo suavemente.

—No sirve de nada inquietarse.

—¿Pero por qué sigue con ello? Nunca antes ha estado muy interesado en la arqueología, me lo dijo desde un principio.

El arqueó las cejas, contemplando las distantes luces danzantes del MIT.

—Algo me hizo interesarme en ella. Usted.

—¿De veras? ¿Yo? —Se sorprendió ante el tono ligeramente ansioso de su voz. Por un instante se censuró a sí misma por una tan obvia coquetería. Pero luego se encogió mentalmente de hombros, recordando que ella arriesgaba mucho más con todo aquel asunto del artefacto; seguro que podía permitirse un poco más de juego. Pensó en las manos del hombre, cómo colgaban a sus costados cuando se volvió hacia ella. Dejó escapar una perlina nubecilla de aliento, y fue como si algo estallara flotante y libre, algo que hasta entonces había mantenido efectivamente bloqueado.

Él era una masa imponente contra las luces de la ciudad, más alta y recia de lo que recordaba.

—Es usted hipnótica, señora —dijo él roncamente.

—¿Así que hice que la arqueología se convirtiera en algo vivo para usted? —se burló ella—. ¿Estimulé sus lóbulos frontales?

—Más bien un poco más abajo.

Sin que ella se diera cuenta, él la había cogido entre sus brazos. Algo instintivo en ella empezó a empujar para retirarse, pero las manos de él eran firmes sobre sus



brazos, aquellas tranquilas y amplias manos, y ella alzó la vista hacia él, intentando leer su expresión en la vacilante oscuridad.

—Entonces no es usted totalmente cerebral. —Mantuvo su voz en un tono ligero. Los faros de los coches que pasaban por Storrow Drive arrojaban una luz marfileña sobre el rostro del hombre, y ella vio que su boca exhibía una sonrisa divertida, casi sardónica; pero sus ojos eran serios, y brillaban oscuros.

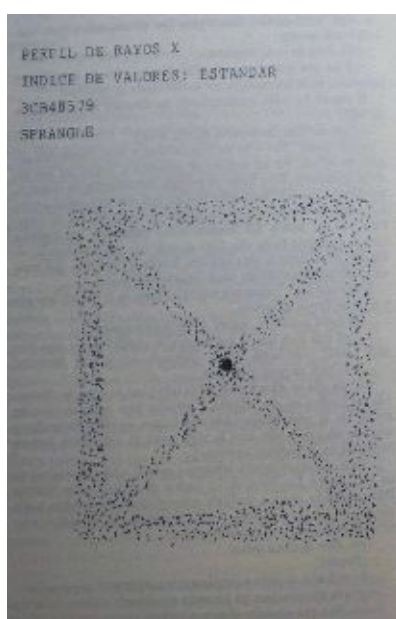
—No. Pero sé cómo pescar.

—¿Pescar?

—En el fondo se reduce simplemente a esperar.

—¿Hasta que consigue un pequeño mordisco?

—No. Hay que aguardar al gran mordisco.



—¿Y ahora está recogiendo el hilo?

Él se limitó a sonreír.

—¡Es usted un tipo arrogante!

—Son sus palabras, señora.

La besó suavemente, de modo que ella tuvo todo el tiempo que quiso para pensar, para aceptarlo, para saber lo que significaba. Duró largo rato y, cuando terminó, ella sintió las manos de él sobre sus brazos, a través de su abrigo, aunque no estaban apretando, de hecho apenas la rozaban. Miró su rostro, y vio que sus manos encajaban con él, eran una parte esencial de lo que él era.

Tuvo miedo de decir algo, y deseó que aquel momento se prolongara. El viento la mordió con una fría ráfaga, agitando su cuidadosamente peinado pelo, y de pronto notó que sus dientes castañeteaban.

—Tendremos que entrar.

—Yo..., sí.

—¿Dónde vives?

—Creí que nunca me lo preguntarías.

Abe Sprangle dijo, desafiante:

—Es malditamente correcto, se lo aseguro.

John agitó la cabeza.

—No digo que esté cometiendo usted un error, compéndalo. Pero esa imagen, simplemente, no tiene sentido. —Clavó un dedo en la imagen de rayos X, extraída a través de la impresora. Abe había encontrado otra forma de diagnosticar el cubo. Trató los rayos X emitidos como si fueran luz ordinaria, y expuso a ellos una hilera de sensores. Una exposición de algunas horas proporcionó una imagen fantasmal, formada por un salpicón de puntos.

—Eso forma un cuadrado, ¿lo ve? —Abe trazó la difusa línea exterior.

—¿Está usted seguro de no haber obtenido esto de otra fuente? Quiero decir, una disposición cuadrangular de elementos radiactivos... —Su voz se apagó, dubitativa.

—No es sólo un cuadrado. ¿Ve esos puntos que ensombrecen el interior del cuadrado? Y ninguno fuera de él.

John asintió.

—Así que esto es..., ¿qué?

—Diría que un cubo hueco. Los lados poseen en ellos elementos radiactivos. Estamos mirando directamente a lo largo del eje del cubo hueco, así que vemos toda la radiactividad desde los lados.

—Excepto que..., ¿qué es eso?

Abe frunció el ceño.

—No lo sé. —Había un punto oscuro en el centro exacto del cubo, mucho más intenso que la niebla de puntos a su alrededor.

—¿Algo en el centro de su cubo hueco?

—Supongo que sí. La imagen se ve algo deslavazada por la sobreexposición.

—¿Un cubo hueco dentro del cubo de roca? —La voz de John estaba llena de incredulidad.

—Eso es lo que dicen los rayos X.

—¿Y el tamaño de este, hum, cubo?

—Aproximadamente unos dos centímetros de lado.

—¿Qué? Esto es...

—Lo sé, muy pequeño. Pero eso es lo que...

—Lo que dicen los rayos X, de acuerdo.

—Hay explicaciones —murmuró defensivamente Abe—. ¿No cree? ¿Una joya enterrada dentro? ¿Un objeto manufacturado?

—Bien... —John se acarició la mandíbula.

—Podemos preguntárselo a Claire.

—Sé lo que dirá.

—¿Qué?

—¡Ridículo! Tiene que tratarse de un error. —Claire agitó la fotocopia—. Los micénicos nunca hicieron ningún objeto de este tipo. La forma cúbica era muy rara entre ellos.

—Lo he comprobado una docena de veces —dijo tensamente Abe.

—No puede ser.

—Si quiere decir que mi trabajo...

—Mire —dijo John, metiéndose entre los dos, intentando suavizar las cosas—, nadie quiere decir nada. De todos modos, tenemos que comprender esta cosa sin tener que entrar en ella, sin tener que romperla. ¿Correcto?

—Por supuesto —dijo pacientemente Claire—. Yo sólo digo que tiene que existir algún error sistemático que nos da, bien, resultados equivocados..., de alguna forma —terminó sin convicción, mordiéndose el labio inferior.

John vio que ella se hallaba al límite de su competencia, incapaz de sugerir dónde se había equivocado Abe pero incapaz también de aceptar sus resultados. Los arqueólogos trataban los diagnósticos físicos como novedosas y a veces engañosas adiciones a su ciencia.

Su instinto era integrar un artefacto recién expuesto al cuadro general de una sociedad. Un solo objeto era a menudo no representativo; siglos de propietarios podían haberlo utilizado de una forma extraña, dañado deliberadamente, o llevado a centenares de kilómetros de su fuente. Pero algunas de sus facetas tenían que mezclarse seguramente con el esquema general de su sociedad; un simple afilador tenía un aspecto distinto si procedía de una cultura de cazadores-recolectores, cultivadores de maíz, o protourbanos. Ésa era la fe.

—Ese punto en el centro —dijo John para desviar la atención—. Su primera imagen era deslavazada, dijo.

—Sí, de modo que tomé otra exposición más corta. Ésta.

Había un punto en el centro de la hoja.

—¿Es ésa?

—Sí. Todavía no he resuelto la fuente central.

Claire frunció el ceño.

—¿A qué se corresponde esto, en tamaño?

—A un tercio de milímetro, estimo —dijo Abe rígidamente, como esperando escepticismo.

Esta vez ella se limitó a agitar la cabeza. Abe dijo:

—En jerga de imagen de ordenador, estamos por debajo de un pixel. No podemos ver mejor. No puedo garantizar que la auténtica fuente no sea aún más pequeña que esto. Simplemente, no puedo conseguir mayor resolución.

—Imposible —dijo Claire.

—Pero cierto —contraatacó Abe.

El asunto quedó así durante la mayor parte de una semana. Abe siguió con sus mediciones, tomando cuidadosamente más imágenes por rayos X, intentando distintas técnicas de análisis isotópicos, llamando a asociados de Harvard y Cornell y Brown para explicarles sus dudas sobre los resultados. Éstos no cambiaron. Bajo la firme presión de los datos confirmativos, Claire dejó de fruncir incrédula el ceño a cada nuevo hallazgo.

Abe propuso hacer un orificio más profundo en la piedra. A Claire no le gustaba la idea, pero estaba empezando a sentirse intranquila por el talante de los demás resultados. Aceptó una perforación de tres centímetros de hondo cerca del borde de una de las caras laterales. Abe llamó a un especialista en esa técnica de Brown, un hombre llamado LeBailly. Había un nuevo riesgo en cada nueva persona que veía el artefacto, porque inevitablemente hablaría de él. Pero Claire había inventado una historia plausible para conseguir el secreto de esos nuevos investigadores. Era una hábil versión de lo que había ocurrido realmente, con el énfasis puesto en la mezcla de motivos personales, políticos y científicos de Kontos. La historia implicaba, sin decirlo expresamente, que habían conseguido sacar el artefacto de Grecia «tirando de hilos», de modo que, para no poner en dificultades a los principales implicados, todo el mundo debía guardar silencio, vista la situación política cada vez peor en Grecia. Aquella fábula conseguía garantizar el silencio a corto plazo, pero tanto John como Claire sabían que luego iba a traer más problemas, cuando los investigadores no supieran nada más del asunto y empezaran a hacer preguntas.

Todo aquello ocurría sobre un fondo de otras investigaciones en curso. Claire tenía que terminar su informe y una miríada de otras tareas menores que surgían constantemente en su facultad. John estaba metido en un largo programa de cálculos, muchos de ellos complicados pero muchos también de puro trámite, que requerían sólo tiempo y paciencia y una cierta testaruda resistencia al aburrimiento. Abe, con la mayor libertad de movimientos concedida a un profesor titular, podía ocupar varias horas al día en precisar sus diagnósticos. Los detalles de preparar los equipos electrónicos y procesar los datos los relegaba a los técnicos, consiguiendo arrancarles su tiempo con promesas de dedicarlos más adelante a otras investigaciones más sobrias y prácticas.

No todo era trabajo. John llevó a Claire varias noches a lujosos y caros restaurantes, demostrando una sorprendente habilidad en pagar facturas alocadamente irrazonables sin ningún efecto visible. Esto no resultaba fácil. Su sueldo no era grande y aún deseaba volver a comprarse un coche, ahora un añorado lujo. Ir de un lado para otro de Boston en el Alfa Romeo de Claire no hacía más que recordarle su pérdida. No le importaba que condujera ella por razones de ego, pero la inconsciente

temeridad de la conducción de Claire era intranquilizadora en una ciudad de calles absolutamente claustrofóbicas.

Luego, por un acuerdo tácito, progresaron hacia diversiones más sencillas y baratas: los restaurantes de mariscos de Spartan, de atmósfera humosa y bruscos camareros; los conciertos; paseos a lo largo de los senderos adoquinados cerca de las calles Garden y Brattle en Cambridge, donde las grises casas góticas del siglo XVIII les flanqueaban como damas de compañía. Descubrió que no le gustaba la ópera. Ella mostró un desagrado paralelo hacia la música country y western, al menos tal como la ofrecían en el único club dedicado a ella en la gran área de Boston; en su defensa, él sostenía que esta versión aguada no tenía nada que ver con los suaves y auténticos sonidos oídos en Houston. Pero fueran donde fuesen, la conversación siempre terminaba incidiendo en el cubo que había en la gran sala del Edificio 42.

—No creo en las mediciones de Abe de la abundancia de elementos —dijo Claire una noche, mientras terminaban sus cafés en un restaurante húngaro, el Café Budapest. Claire había ofrecido ir, pagando ella, a los recargados e incluso algo opresivos locales en los sótanos de Copley Square, argumentando que él necesitaba ampliar su educación gastronómica. El no había murmurado ninguna objeción al hecho de que pagara ella. Hacerlo hubiera sido invitarla a dar una conferencia acerca de que ella ganaba más que él; los profesores ayudantes de la Universidad de Boston ganaban marginalmente un poco más que los posdoctorados del MIT. Y aparte esto, él nunca había creído en la necesidad de que un hombre tuviera que cargar con todo el peso social. Era una persona adaptada al nuevo siglo.

Los dos habían acudido al Edificio 42 cuando Abe terminó toda una semana de trabajo en la perforación profunda. El especialista de Brown, LeBailly, se había mostrado desacostumbradamente interesado en el cubo. Había guardado reluctante y algo remilgadamente sus herramientas, que John tuvo la impresión de que parecían las de un orfebre, deseando a todas luces poder hacer algo más.

Abe había realizado análisis químicos y físicos separados de los elementos presentes en la roca, utilizando muestras de todos los tres centímetros de profundidad, para evitar los contaminantes superficiales. Las muestras interiores mostraron cien veces la abundancia en elementos pesados de la superficie de la roca.

—Esto es altamente improbable —concluyó testarudamente Claire.

—Abe hizo que dos especialistas comprobaran sus resultados —dijo John.

—¿Pero cómo es posible? Se trata de piedra caliza, depositada hace mucho tiempo en el fondo de un océano. ¿Cómo puede haber tanta diferencia en los elementos pesados en sólo tres centímetros? ¡Es una distancia insignificante!

—Un espécimen poco usual.

—Hablé con los geólogos de la universidad. Nunca han oído hablar de nada remotamente parecido a esto.

John removió su café, observándolo girar como una moneda negra en su taza. Dijo tentativamente:

—Hay una forma en que puedes explicarlo...

—¿Cómo? El cubo es roca intacta, sabemos esto. Nadie de aquella época pudo haberlo vaciado por completo e insertado otra roca dentro.

—Supongamos que los elementos pesados proceden del bombardeo de la fuente central.

Los ojos de Claire se abrieron significativamente. John se reclinó en su silla y observó; disfrutaba alterando su reserva bostoniana. Nunca había visto ninguna buena razón para abandonar su sugerencia de hacía unas semanas, de que la fuente central de rayos X y gamma podía haber sido mucho más fuerte hacía tan sólo unos pocos miles de años. Ciertamente, la idea era improbable si la examinabas superficialmente..., pero en realidad todo el artefacto era improbable también. Y explicaba por qué el cono de ámbar tenía una abundancia tan anómala de elementos. En alguna época del distante pasado una gran cantidad de radiación había sido emitida desde el centro, irradiando el cono, la obturación de la parte de atrás y toda la roca.

—Yo... Admito que explicaría el análisis de las muestras de la perforación... — Se concentró graciosamente, inconscientemente, y él admiró el juego de las emociones en su rostro. Sus labios se curvaron hacia abajo con desánimo e incredulidad. Las aletas de su nariz temblaron. Una de sus cejas se arqueó en una aceptación parcial, provisional—. Y también la abundancia en el cono. —Había visto rápidamente la conexión—. Pero significaría un tal estallido de radiación...

—Pero es posible.

Ella dio un sorbo a su café con una torcida sonrisa.

—Esto está empezando a sonar como ese asunto de la Sábana de Turín.

Ante su mirada de desconcierto, aclaró:

—Una pieza de tela que se supuso que tenía de algún modo impregnada en ella la imagen de Cristo. Fue un auténtico escándalo allá por los años ochenta. Los tipos religiosos creían que proporcionaba una prueba sustancial del milagro de la resurrección de Cristo. El problema era que para explicar cómo la imagen fue a parar a la sábana se necesitaba otro milagro.

—La navaja de Occam vence de nuevo.

—Sí. Mucho mejor buscar una explicación menos complicada. Pero en nuestro caso, ¿qué otra explicación hay?

—La arqueología parece una historia de detectives con sólo pruebas físicas, y ni siquiera una idea clara de cuál fue el crimen.

Ella asintió pensativamente.

—Sabes lo que desea Abe, ¿verdad?

—Puedo adivinarlo.

—Pero hacer un agujero en esa obturación de la parte de atrás..., es destruir material potencialmente vital.

—Esa materia es simplemente roca. Viste el análisis.

—Sigue sin gustarme. Yo..., nunca antes tuve que tomar decisiones acerca de este tipo de cosa. —Su voz tenía una nota que parecía casi un lamento—. En primer lugar, ya no debería tener el artefacto; y ahora, empezar a perforarlo...

—Lo tomaste para estudiarlo. Ahora se ha convertido en un auténtico rompecabezas, no sólo otro tótem o algo parecido. Ya no hay tiempo de echarse atrás, señora.

—Yo... De alguna manera, visto desde aquí, lo que hicimos en Grecia parece, bien, una locura.

Él dijo suavemente:

—Es natural que sientas así. Boston es tu ancla, querida. Eres una mujer muy tradicional.

—Sí, hasta mis medias —replicó ella.

John curvó los labios en la más ligera sugerencia de una sonrisa irónica.

—Concedido el punto, con todos los honores.

Adoptó una actitud más solemne, y pidió más café.

—Pero hay dos Claire..., una formada en el rigor y la corrección bostonianos, y que está sentada aquí delante ahora. La otra es la Claire secreta; la que conocí en Grecia, que se sentía libre de su familia y su universidad y sus amigos y del peso de la historia a su alrededor aquí. —Hizo un gesto amplio, abarcando el techo de vigas, las maderas del siglo XIX y el mullido mobiliario del restaurante—. Era capaz de enfrentarse a Kontos, eludir la policía, llevarse consigo el artefacto. Pero ahora, de vuelta a su antiguo entorno, las dudas se acumulan en ella. Su profesión, su decano, sus viejos y queridos abuelos..., todos se sentirían abrumados si lo descubrieran. —Hizo una pausa y dijo suavemente—: ¿No es así?

Ella parpadeó, y él se sorprendió al ver unas pequeñas y cristalinas lágrimas.

—S...sí. Algo así. Nun...nunca pensé en mí misma... como en dos... —Se detuvo y le dedicó una rota sonrisa.

—Si estoy equivocado...

—No, no lo estás.

—Te conozco desde hace sólo...

—Lo entiendo, tengo esta apariencia desde fuera, y...

—No pretendía meterme...

—No, no, no te preocupes. Quiero que lo hagas. —Abrió las manos, con las palmas hacia él, como ofreciendo una muda explicación.

—Esa Claire Número Dos..., me gustaría ver más de ella —sonrió John.



Una expresión de genuino pesar cruzó el rostro de la mujer.

—A mí también.

—Calculo que has estado dividiendo tu vida de esta forma. Puedo ver la diferencia cuando entras en el laboratorio. La muchacha bostoniana es echada a un lado, y ahí está esa brillante y enérgica mujer que no se deja avasallar por nadie.

Ella sonrió tímidamente y avanzó una mano por encima del mantel, para coger fuertemente la de él.

—Yo..., nadie se preocupó nunca lo suficiente de mí como para ver los dos lados.

—Eres una maestra del disfraz. —John apretó las dos manos de ella entre las suyas. A ella le gustaba juntar así las manos más que ninguna otra mujer a la que hubiera conocido nunca. No podía decidir si para ella representaba un símbolo romántico, o era algo más profundo. Aunque la respuesta no tenía excesiva importancia.

—Jekyll y Hyde —dijo ella desconsoladamente, su boca aún incierta, frágil. El pensó en todo a lo que probablemente se enfrentaba, a manos de Hampton y los demás. Ahora que comprendía mejor la forma en que funcionaba la profesión de la arqueología, se daba cuenta de lo mucho que ella había arriesgado. Sintió un nudo en la garganta. Apretó fuertemente sus manos.

## 6

—Venga, arriba.

—Uh —gruñó él—. Ten un poco de respeto hacia los muertos.

—Dales un pequeño paseo, y lo único que piensan es en retozar en el heno.

—¿Un pequeño paseo? Recuerdo claramente que tu reloj señalaba las dos de la madrugada. Y puedo recordar también que tú estabas encima todo el tiempo, señora.

—Una concesión a tu condición. No hubieras debido beber todo el resto del chablis.

—¿Así que era chablis? Pensé que sabía mejor que el agua de Boston.

—Vamos, prepararé unas gachas.

—¿Se supone que esto es una tentación?

Ella tiró de las mantas, exponiéndole al frío.

—¡Ay! De acuerdo, me rindo; ¿dónde están mis ropas?

—Eres un primitivo. Primero dúchate.

—Oh, no, recuerdo haber leído esto en la guía turística de Boston: No te duches, y las nativas sabrán inmediatamente que eres un monstruo.

Ella sonrió.

—Ya tenemos a una Jekyll y Hyde, recuérdalo.

—Una gran meneacaderas, esa Hyde.

La toalla le golpeó en la barbilla.

—Lávate, corruptor.

Cuando volvió con un zumo de tomate, él estaba sentado, desnudo y duchado, hojeando un ejemplar del *Vogue*. Un gato se restregaba contra sus tobillos.

—Es costumbre vestirse antes de cenar —dijo ella con burlona dignidad.

—Estaba buscando algo de mi tamaño. —Agitó la revista—. Estudiando para convertirme en un travestido.

—Mi madre me regaló una suscripción cuando tenía quince años.

—Bueno, mi madre me proporcionó una institutriz.

Ella hizo una mueca.

—A los tipos siempre les gusta hablar de la primera vez.

—Buenos días, señorita Hyde. —La besó—. Tú vistes un orden de magnitud mejor que esto. —Echó el *Vogue* a un lado.

Mientras bebía el zumo de tomate, ella le trajo una bata de toalla amarilla.

—Es unisex —dijo, echándosela por los hombros y frotando su nuca.

—Interesante, ¿no crees? —dijo él entre bostezos—, el que las revistas para mujeres estén llenas de fotos de mujeres, mientras que las revistas para hombres...

—Sí, más fotos de mujeres. Hay un enorme abismo entre los sexos. La metafísica de nuestra opresión. —Sonrió—. Quizá debieras escribir una tesis sobre ello.

—Lástima que no nos haya llegado ningún *Playboy* del micénico. Podríamos, ¿qué es lo que siempre estáis pidiendo en humanidades?... , comparar el contraste. Probablemente merecería un premio de la Fundación Nacional para las Ideas Exhaustas.

Ella parpadeó, y él lamentó inmediatamente haber dicho aquello. Trajo a la superficie todos los conflictos que la noche había borrado; el rostro de Claire se nubló, y sus luminosos ojos se volvieron hacia dentro. Pero luego, con un esfuerzo visible, se alegró de nuevo, se inclinó hacia delante y le besó fervientemente.

—¿Qué te parece si te ganas esas gachas?

Las hileras de aparatos electrónicos y sensores en torno al artefacto eran más profundas, más enmarañadas. John nunca había acabado de habituarse al hecho de que ningún científico era excesivamente limpio en su trabajo. Para su sensibilidad matemática, el entorno enmarañado coartaba de alguna manera el necesario esquema ordenado para enmarcar una idea, pensar en una forma de comprobarla, y llevar a cabo un test claro. Sin embargo, innegablemente, los físicos extraían un orden sereno de aquel caos.

Abe Sprangle permanecía sentado en el centro de aquella maraña, murmurando sobre un nuevo conjunto de aparatos, cuando John se acercó.

—¿Qué es esto?

—Su dólar de impuestos en acción —dijo hoscamente Abe.

—Parecen nuevos detectores de rayos gamma —dijo John, contento de poder identificar ahora algunas cosas.

—Lo son. Pensé que quizás algo iba mal con los viejos.

—¿Por qué?

—Estoy obteniendo más intensidad en esa obturación de la parte de atrás.

—Y donde los viejos detectores...

—¡No, ése es el problema! —dijo furioso Abe—. Realmente hay más rayos gamma ahora.

—¿Está usted...?

—¿Seguro? Sí, no hay forma alguna de equivocarme con éste.

—Si el flujo de rayos gamma se está incrementando... —dijo diplomáticamente John.

—Es imposible. Cualquier fuente natural se deteriora, eso es evidente.

—¿Quizás había alguna cosa en el camino? Quiero decir, ¿bloqueando parcialmente los rayos gamma, antes? Hicimos girar el cubo..., ¿no podría eso haber desplazado una roca fuera de su lugar ahí dentro, o algo así?

Abe pareció desalentado. Su rubicundo rostro estaba tan fruncido que daba la impresión de tener las mejillas hinchadas.

—Supongo que sí. ¿Pero cómo comprobarlo, eh? Si se desprendió algo ahí

dentro, quizá podamos invertir el movimiento.

—Usted observe las lecturas. Yo haré girar el cubo.

Agachándose, apoyando el hombro y todo su peso contra el cubo, consiguió moverlo suavemente. Cuando lo tocó, una ligera y extraña sensación llegó a sus manos, un efecto que recordaba haber notado también allá en la tumba. Entonces lo había atribuido al fantasmagórico entorno, pero aquí la sensación era más evidente, un ligero tirón en sus dedos mientras los movía para sujetar la áspera piedra. Gruñendo, giró el cubo hacia delante y hacia atrás, deteniéndose cada vez que la obturación quedaba frente a los sensores. Al cabo de media hora de aquello, Abe agitó la cabeza.

—Me temo que sigue igual.

—¿Cómo es la lectura del cono?

—La misma que antes. Nunca ha evidenciado el incremento, como hace la obturación.

John se detuvo, jadeando ligeramente.

—¿Quizá la obturación se esté haciendo más delgada? Eso permitiría pasar más rayos gamma.

—¿Haciéndose más delgada, cómo?

—No lo sé.

—El quizá no es ninguna teoría, ¿sabe?, es simplemente un quizá.

John ignoró su tono condescendiente.

—Resulta un tanto extraño cuando lo haces girar.

—Es pesado —dijo Abe como queriendo zanzar el asunto, y volvió a su electrónica. Un técnico trabajaba cerca en una plataforma llena de equipo, que zumbaba a 60 ciclos. Las anticuadas estufas de la sala apenas podían matar el mordiente de un frío tan imperdonable como un Dios Puritano. Pudo oír claxons irritados fuera en la calle Vassar. Algo mordisqueaba insistentemente en su interior, sin querer soltarle.

—¿Hizo usted alguna medición en busca de ferromagnetismo?

Abe alzó la vista.

—No. En la piedra caliza nunca hay.

—¿Y en lo que hay dentro?

—Improbable. La fuente es pequeña.

—¿Cómo podría hacerlo yo?

Abe suspiró exasperado.

—Pregunte a Metalurgia. Creo que allí tienen uno de esos dispositivos. Es para trabajos de campo.

Como toda tarea aparentemente pequeña, aquello llevó mucho más tiempo del que debería. El almacén general de equipo tenía la ficha correspondiente, pero el

aparato no estaba en su estantería. Había aparatos de todas clases y formas imaginables apiñados en cualquier espacio disponible, otro síntoma de una gran universidad que hacía mucho tiempo había excedido sus límites físicos. John consiguió que un técnico le ayudara a rebuscar, y al cabo de una hora encontraron la pequeña y plana caja, no mucho más grande que un buen estuche para la manicura. Dilucidar cómo funcionaba se llevó otra media hora, y era casi mediodía antes de que consiguieran una lectura en la aguja del contador. Comprobando la lectura a una cierta distancia del artefacto, consiguió el valor correcto para el campo magnético de la Tierra en aquel punto, medio gauss. La aguja osciló significativamente cuando se acercó al cubo.

—Casi dos gauss —afirmó.

—¿Qué? —Abe no se había dado cuenta de su regreso.

—El cubo posee un fuerte campo magnético.

—No me lo creo.

—Apueste cinco contra diez.

Abe ignoró el desafío y repitió cada paso de la medición.

—Quizás algo vaya mal con la batería —murmuró, y volvió a efectuar todo el proceso. El resultado no varió.

Abe guardó silencio durante la mayor parte de las siguientes dos horas, mientras trazaban un mapa de la fuerza y dirección del campo magnético. John no dijo nada. Finalmente, Abe observó casualmente:

—Creo que se trata de un campo cuadrupolar.

—¿Qué? ¿No un dipolo?

—Una fuente magnética en el cubo debería seguir un esquema similar al de la Tierra. Las líneas del campo deberían abandonar un polo y girar hacia el otro. Un campo cuadrupolar, o de cuatro polos, era un complejo conjunto de bucles, como si hubiera un polo en cada punta de la brújula.

—El esquema es inconfundible —dijo Abe, casi tristemente.

—Si hubiera dos fuentes magnéticas dentro, apuntando en direcciones distintas...

—Sí, eso seguramente podría ser la causa. Sin embargo, sigue siendo extraño.

—Quizá haya vetas de hierro, separadas.

Abe guardó silencio, contemplando el dibujo que había hecho del esquema del campo.

—Otro... rasgo extraño. No me gusta esto.

—Sólo significa que tenemos aquí algo importante.

—Pero no lo entiendo. ¿Cómo construirían los micénicos algo así? ¿Cómo pudieron hacerlo? Debe ser muy elaborado, ahí dentro.

—Bien, lo hicieron.

Abe agitó la cabeza, todavía inquieto.

Claire se mostró igualmente alterada. Le interrogó intensamente sobre ello aquella tarde, habló con Abe en su oficina, y no abandonó el tema ni siquiera mientras se dirigían aquella noche a una recepción en Cambridge. Para John, sus objeciones eran desconcertantes. Se sentían más irritados a medida que cada medición hacía del artefacto algo más sorprendente, lo cual a su vez hacía que se incrementara su interés. Su reacción parecía proceder de la actitud de un arqueólogo de que el objetivo de su campo era tejer una tela de araña sin costuras. Un objeto extraviado con lazos inciertos hacia la imagen convencional de la sociedad micénica significaba poco para cimentar nuestra visión de aquella época. Podía tratarse de la obra de un loco, o de un genio aislado, o proceder por supuesto de algún lugar completamente distinto. John tenía la impresión de que cabía esperar la existencia de tanto en tanto de esos objetos, pero los demás lo consideraban como una simple mala suerte.

La recepción tenía lugar en un gran edificio de ladrillo encajado en un sombrío callejón cerca de Harvard. Mozart flotaba sobre los asistentes desde los altavoces de cada habitación. Una de las emisoras de radio locales estaba emitiendo una Semana de Orgías, dedicando cada día a un solo músico o grupo —Wagner, los Beatles, Beethoven, Dylan—, y consiguiendo así, o al menos eso le pareció a John, que cualquier oyente diligente se sintiera al fin saturado.

En su distraído estado de ánimo, esperando una fiesta tipo Harvard más o menos estimulante, la conversación real era más o menos como esperar que el listín telefónico pudiera leerse como si fuera una novela. Claire derivó hacia otros círculos, abandonándole; y, de alguna forma, John se encontró atrapado en una pandilla de teóricos literarios. Fingir un educado interés le resultaba mucho más difícil que cualquier otro deber social excepto recordar nombres, así que, con la excusa de ir a renovar su copa, se alejó discretamente y encontró a algunos matemáticos y físicos. Conocía a varios de ellos, y se unió a una discusión sobre uno de sus temas colaterales de interés, la teoría cuántica de la gravitación. La facultad de Harvard siempre había mostrado una actitud un tanto altanera, una sensación de que el MIT era, en palabras de una guía publicada con el cambio de siglo, «esa escuela industrial río abajo». En respuesta, los científicos del MIT consideraban a Harvard como una pintoresca escuela de artes liberales intentando jugar al atrapa esa pelota. Aunque había pasado mucho tiempo desde que un profesor del siglo XVIII de Harvard insistía en su derecho contractual de permitir que una vaca pastara en los dominios de Cambridge, manteniendo esa vaca en su sala de estar cuando hiciera mal día, Harvard todavía se consideraba más creativa, excéntrica y erudita que los grises esclavos del MIT. Envidiaba el estilo de sus excentricidades. Sidney Coleman, un famoso físico de partículas, poseía un ritmo de vida tan particular que cuando se le pidió que diera una clase a las diez de la mañana, la leyenda dice que respondió:

—Lo siento, pero no puedo permanecer levantado hasta tan tarde.

Sergio Zaninetti, un importante físico teórico, compartía completamente la hipótesis de la superioridad intrínseca de Harvard, expresándola de una forma no verbal, con encogimientos de hombros a la italiana, alzamientos de cejas, fruncimientos de labios y desorbitamiento de ojos en regocijada sorpresa.

—¿Ha abandonado usted su trabajo anterior sobre múltiples? —preguntó Zaninetti, incrédulo.

—Me he interesado en algunos problemas de física de los estados sólidos, simultáneamente con las ecuaciones integrales...

—Pero su tesis, ¡eso era importante!

—Y lo sigue siendo —dijo John defensivamente.

—Debería haberse limitado al trabajo puro y hermoso —dictaminó Zaninetti, dando enérgicas chupadas a su cigarrillo Nazionale, que se hacía traer directamente de Italia. Era un hombre bajo, con el pecho como un barril y largos mechones de pelo rubio derramándose en torno al cuello de su camisa. Su rostro delgado de hundidas mejillas, descrito como «artístico» en un perfil de la revista *High-Tech*, nunca descansaba. Cuando John respondió que deseaba ampliar su área de conocimientos, Zaninetti frunció con desánimo la boca y ladró:

—Un hombre joven debería concentrarse. ¡Quién no arriesga nada no consigue nada!

Luego adoctrinó a John durante cinco minutos sobre el deber de los matemáticos —los amantes de lo puro, lo ideal, lo eterno— de utilizar sus mejores años en investigaciones no aplicadas. John se encogió de hombros y soportó la enfática y acusadora voz de Zaninetti. Era cierto que las matemáticas, como la música, eran un juego para jóvenes. La habilidad de jugar con abstracciones y hallar nuevos giros, ver en profundidad en entidades que existían tan sólo en la mente..., era algo que se erosionaba rápidamente, dejando un inventario múltiple de habilidades, pero quemando el destellante deleite que antes llegaba tan sin esfuerzo.

John sabía esto, todos los matemáticos lo sabían, pero también había sentido una fastidiosa curiosidad hacia las matemáticas aplicadas y, posteriormente, hacia la propia física. Llegaba un tiempo en la vida de cada científico joven en el que sabía con abrumadora certeza que no era el próximo Einstein, que de hecho nunca llegaría a ganar el premio Nobel, ni siquiera alguno de los premios menores, nunca descubriría una nueva y sorprendente verdad o desvelaría una esquina fundamental del universo. Con esa deprimente realización llegaba una compensadora liberación. Sabías que seguir la dirección hacia la que apuntaba tu nariz, trabajar en lo que más le gustaba a tu mente, no te privaría de la gran oportunidad de hacer que el mundo oyera de ti. Esto había desaparecido. Desaparecido. John había rebasado ese punto hacía años, se había emborrachado profunda y concienzudamente durante todo un fin de

semana, y ahora estaba empezando a irritarse ante el suavemente arrogante discurso de Zaninetti.

Responderle hubiera conducido simplemente a prolongar el tema. En vez de ello, acentuó su acento sureño e hizo algunos pequeños chistes, confiando en sus arrastrados tonos para aliviar la situación. Era una maniobra efectiva entre aquella gente, que inevitablemente asumía que el poseedor de un acento así era con toda seguridad un poco obtuso. Se alejó en busca de una copa y encontró a Claire.

—¿Clavando tus pitones sociales un poco más arriba? —quiso saber ella sardónicamente.

—¿Eso crees? Más bien cavando una topera.

—Te vi hablando con él, y decidí que era mejor mantenerme a distancia. —Ante su expresión interrogadora, explicó—: Ese era el famoso Zaninetti el mujeriego, ¿no?

—Para mí sólo es el brillante físico teórico de cada día. No sabía que su reputación se hubiera extendido hasta la Universidad de Boston y la arqueología.

—Oh, es una maravilla. El año pasado circuló una pieza satírica, una parodia de los exámenes finales. Una de las preguntas era: «"Bajo, embrutecido y detestable", las famosas palabras de Thomas Hobbes, describen: a), la vida de un hombre en estado natural; b), Sergio Zaninetti; c), el sexo con Sergio Zaninetti.»

John archivó la historia para una carta a sus padres, y se alejó un poco más amargado. Por aquel entonces lo que él llamaba el Cóctel de la Inestabilidad se había desarrollado. Había observado que el ruido en una habitación ascendía según el cuadrado del número de personas en ella, a medida que cada nueva pareja presente obligaba a las demás a hablar por encima de sus voces. Se saturaba solamente cuando la gente empezaba a salir de la habitación. Anticipó esto rechazando la invitación de Claire de ser presentado a algunos arqueólogos, y salió a un helado balcón. Bajó la vista hasta una calle que hubiera podido pertenecer muy bien a principios del siglo XIX de no ser por el gran número de coches aparcados.

Le gustaba aquella sensación de deslizarse sin esfuerzo al pasado. No había nada como aquello en Texas, y aunque Georgia había sido uno de los trece estados originales, había pocos edificios sustanciales que lo demostraran. Sintió el torrente de charlas a sus espaldas como una fuerza, presionando contra las puertas de cristal tras él. Su mente volvió de nuevo al artefacto —ahora apenas se alejaba de él, flotando a su alrededor como una presencia—, y se permitió dar forma a las sospechas que habían ido creciendo en su interior. La cosa no iba a encajar nunca en la historia del micénico, a menos que las mediciones de Abe estuvieran completamente equivocadas. El incidente con los campos magnéticos había delineado un hecho central: podían suponer que nada relativo al objeto era normal. Tenía que persuadir a Abe de que comprobara todo tipo de propiedades físicas.

La puerta se abrió a sus espaldas. Claire dijo:



—Creí ver cómo te escabullías.

—Quería pensar un poco. —Se apoyó en la barandilla—. Puedes ahogarte en Mozart ahí dentro.

—He estado hablando con un arqueólogo de campo que está visitando Harvard este año. Me ha preguntado por nuestro artefacto.

—¿Oh?

—Dice que ha oído hablar de él a alguien en Brown.

John se enderezó.

—LeBailly está hablando más de la cuenta.

—Sí. —Su rostro estaba tenso, nervioso. Claire Número Uno—. ¿Cuánto tiempo nos queda antes de que llegue a oídos de Hampton?

—Poco, muy poco. —Su sonrisa era crispada.

La mañana siguiente fue tensa. Se habían preparado para la inminente tormenta, y trabajaron rápida, ansiosamente, para conseguir tantas mediciones del cubo como fuera posible. John tenía obligaciones en su oficina, pero prometió regresar por la tarde.

Claire fumó cigarrillo tras cigarrillo con su café, pensando en estrategias para enfrentarse a Hampton. La forma en que manejara la inevitable revelación sería crucial. La Red Machista aún funcionaba en arqueología, y pese a los firmes progresos que habían conseguido las mujeres en los años ochenta las áreas humanistas de la pirámide universitaria eran notoriamente las más lentas en cambiar. Nunca había sido hábil en manejar a los hombres de mentalidad tradicional. Las profesiones se convertían en igualitarias solamente cuando las mujeres como ella — comparativamente sinceras, un poco bruscas, no deseosas (o, se admitió reacia, incapaces) de utilizar las estrategias sexuales a su favor— podían seguir una carrera sin volverse neuróticas y defensivas.

Hacía tres años, al cumplir los veinticinco, había efectuado un extenso examen de conciencia, y había redactado más o menos sus posibilidades de llevar una vida convencional. Ciertamente no sentía un gran deseo de tener hijos, aunque todavía había momentos en los que se sumía en una lacrimosa reflexión, o incluso depresión, al respecto. Una canción melancólica en la radio, o una efusiva carta sobre papel crema de una felizmente casada amiga de Radcliffe, podían conseguirlo. Las cosas no eran justas, maldita sea...

En particular, no era justo que, cuando debía ensayar su enfrentamiento con Hampton, derivara hacia aquellas confusas meditaciones sobre su vida. Lo echó todo a un lado, apagó su cigarrillo y fue a ayudar a Abe.

Había hablado con él un poco antes aquella misma mañana, revelándole que había sacado el artefacto de Creta sin los permisos necesarios, pero a él no había parecido preocuparle. Ante su sorpresa, prescindió de aquellas formalidades calificándolas como mera burocracia, y volvió a sus aparatos.

Abe había pensado en un nuevo método para explorar el interior del cubo. Implicaba una fuente independiente de rayos gamma, que Abe podía proyectar a través de la obturación. Esperaba que algunos de los gammas fueran absorbidos por las partes más densas del núcleo. El resto atravesaría las porciones menos densas y saldría por el cono de ámbar. Entonces podría detectarlos, y proyectar una imagen del interior.

Funcionó. Sin embargo, la imagen era confusa y moteada. Mostraba el mismo cuadrado que habían visto antes, examinando los rayos gamma emitidos. El punto central permanecía también. Aquello significaba que la fuente era densa, lo cual no

era una sorpresa. La cuestión era: ¿cuán densa? Abe se ocupó de ello aumentando la energía de los rayos gamma. Cuanto más fuertes fueran los rayos, mejor penetrarían.

Claire y Abe trabajaron durante toda la mañana, con Claire limitándose a seguir las instrucciones entre la maraña de cables y zumbantes aparatos. La formación cuadrada se hacía más borrosa cuanto más incrementaba Abe la energía de los rayos gamma.

Enviaron a buscar algo de comer al bar italiano de la esquina de Albany y Cross. Abe incrementó de nuevo la energía, luego otra vez, y finalmente hasta el límite del aparato. El punto central siguió sin ningún cambio.

—Hemos metido un montón de energía ahí dentro —dijo Abe, sacudiendo la cabeza—. Pero el centro sigue absorbiéndola toda.

—¿Nos dice esto lo largo que es? —preguntó Claire.

—Si dispusiéramos de un modelo geométrico, seguro —dijo Abe—. ¿Observa que el tamaño del punto no varía nunca? Un perfil nítido. Eso significa que estamos contemplando algo así como una varilla, vista desde una de sus puntas. Por el flujo de gamas que estoy utilizando... —Garabateó unos números en un bloc.

—Suponiendo que fuera de hierro —señaló Claire—, eso explicaría el campo magnético de John.

—Hierro..., sí... —Abe agitó la cabeza, comprobó sus números.

Claire aguardó junto a la pantalla donde se exhibía el punto, un cero azul en un círculo verde. El círculo era la imagen del cono de rayos gamma que llegaba desde el otro lado del cubo, a través de la obturación del otro lado. La roca del cubo, que absorbía totalmente la emisión de los rayos, formaba un campo azul que se cerraba en torno al círculo.

Captó de nuevo lo extraño de aquella fusión, un antiguo artefacto sondeado por lo último de la más moderna tecnología. Esos aparatos, muy alejados de las técnicas que aún enseñaban los arqueólogos tradicionales, eran en la actualidad la fuente primaria de cambio en la especialidad..., más importantes, de hecho, que cualquiera de las nuevas teorías de antiguos esquemas migratorios u organización social. En Egipto, una compleja red de detectores acústicos habían escuchado los ecos de las ondas sónicas y descubierto tumbas tan profundamente enterradas que incluso siglos de ladrones de tumbas las habían pasado por alto. En China, un desgarrado manuscrito había sido restaurado en una semana a través del análisis por ordenador de los miles de millones de combinaciones posibles, un trabajo que hasta hacía poco hubiera representado una tesis de cinco años. Abe agitó de nuevo la cabeza.

—Algo va mal. Esto dice que se necesitaría una varilla de hierro de más de dos metros de largo ahí dentro. Eso es...

—Imposible —terminó Claire por él—. El cubo es más pequeño que eso.

Abe suspiró.

—Tengo que volver a examinar todo el equipo. Debo haber hecho mal la calibración en alguna parte.

—¿Puede el centro absorber los rayos gamma de una manera mejor que el hierro?

—No veo cómo. Necesitaríamos algo realmente denso.

—¿Cómo roca?

—No se puede hacer una varilla de roca. Se rompería.

—¿Qué es mejor?

—Nada plausible. Esta varilla, o lo que sea, tiene que ser también un emisor de rayos gamma. ¿Recuerda? Un emisor tan fuerte que no puedo ver ningún detalle en ese pequeño punto.

—Y tenemos que explicar también los campos magnéticos de John.

—¿Con esa «varilla»? —rió ácidamente Abe—. ¿Sabían los micénicos cómo hacer una varilla así?

Claire agitó la cabeza.

—Lo dudo.

—Entonces no podemos sacarle ningún sentido a esta cosa. Debemos entrar en ella.

Claire encajó los dientes.

—Todavía no.

—Esta cosa es..., ¡es imposible! No podemos comprender...

—¡Hey, ahí! —llamó la excitada voz de John. Avanzó trotando desde el otro lado de la estancia—. ¡Abe! Acabo de ver a Hampton en su oficina, preguntando... —Vio a Claire—. Creo que tenías razón.

Claire se mordió los labios y sintió la vieja y mareante sensación, el descenso a una nube de inexpresable y gélida ansiedad.

—Supongo que todos ustedes comprenden la seriedad de este asunto —dijo gravemente Donald Hampton.

Permanecía de pie, con las manos judicialmente unidas a su espalda, estudiando el artefacto. Su traje de tres piezas de lana azul estaba manchado por la lluvia que se había aposentado sobre Boston como un empapado manto. Su rostro estaba enrojecido por el frío exterior y jadeaba ligeramente, agitando arriba y abajo el nudo de su lisa corbata. Habían sido sólo unos minutos de espera hasta que apareció, frunciendo desconfiadamente el ceño hacia la mezcolanza de aparatos de diagnóstico.

—Ésta es una violación increíble de los más elementales estándares profesionales. Quizá pueda comprender los motivos del doctor Bishop y del doctor Sprangle, pero usted, Claire, una reputada arqueóloga...

—Usted no sabe lo que condujo a todo esto —dijo suavemente John.

—No necesito conocer los detalles. —Hampton le frunció el ceño a John—. El profesor Kontos tenía razón respecto a usted, eso es todo lo que necesito saber. Y

pensar en la forma en que engañó usted a nuestro comité, sentado ahí y mintiendo...

—Yo nunca mentí —dijo John con una repentina dureza—. No es culpa mía si usted no hizo las preguntas adecuadas.

Hampton bufó.

—Así que, ¿sostiene usted que este latrocinio es algo permisible si no resulta detectado?

—Nos lo llevamos de donde Kontos lo había ocultado —dijo John.

—Estoy seguro de que el profesor Kontos no tenía intención de hacer nada...

—Lo metió en un agujero, para impedir que fuera enviado a Atenas con el resto del material —dijo John—. Iba a presentarlo como su propio descubrimiento.

—Fantástico —dijo Hampton, quitándole toda importancia al hecho—. ¿Cómo creen que hubiera podido hacerlo? Usted y Claire tenían pruebas, fotos.

—Sólo porque Claire regresó a recoger sus notas y registros. Fue mientras estábamos allí dentro, en la tumba, cuando vimos lo que intentaba Kontos.

—Simplemente, no me creo esa alocada historia *ad hoc*. Si fuera cierta, ¿por qué no la planteó usted durante la reunión de nuestro comité?

—Usted no la hubiera aceptado —dijo Claire.

Hampton miró a Claire, luego a John, luego a Abe.

—Todos ustedes deberían sentirse avergonzados de este engaño. Su fracaso en argumentar convincentemente su causa lo único que hace es subrayar su segunda intención. Abe, usted en particular debería saber que esto mina de una manera terrible todo lo que pretenden conseguir nuestros programas conjuntos.

—Yo me limité a realizar la investigación. No pregunté detalles acerca de cómo había llegado esto hasta aquí.

Hampton enrojeció un poco más.

—Lo que usted llama detalles implica el robo de un tesoro nacional griego.

—Por lo que he oído —dijo calmadamente Abe—, existen circunstancias atenuantes.

—Me temo que no comprende usted nada de los estándares internacionales de respeto hacia el pasado de una nación, su herencia...

—Soy un científico —dijo simplemente Abe—. Si tengo una investigación que hacer, la hago. Este artefacto es algo fabuloso, Donald.

Hampton bufó. Claire se dio cuenta de que, desde que había entrado en la estancia, no había mirado ni una sola vez de cerca al cubo. Lo consideraba simplemente como un peón en un juego mucho más grande. Su curiosidad como arqueólogo se había atrofiado.

—Puedo ver que se trata de algo inusual —declaró Hampton—. Un ámbar hermoso, sí. Un espléndido trabajo de artesanía. Pero la naturaleza exacta de la pieza no tiene importancia aquí; hablamos de principios.

Claire había dicho deliberadamente poco desde la aparición del hombre. Ahora murmuró:

—Quiero una audiencia pública para presentar mi caso.

Hampton rió sardónicamente.

—Oh, por supuesto que habrá una audiencia. Puede estar tranquila, jovencita, puede estar tranquila. Mientras tanto... —Se volvió a Abe—. Quiero que este artefacto sea puesto inmediatamente bajo custodia de la Universidad de Boston. Debemos preparar su embarque para devolvérselo al doctor Kontos.

—No hasta que yo haya terminado con él —sonrió ligeramente Abe.

—Usted no tiene derecho...

—Es una pieza que exige un atento estudio. Fue traído aquí por un miembro de su propia facultad.

—¡Ilegalmente!

—Mi posición es que sus disputas internas no tienen nada que ver con la cooperación entre el MIT y la Universidad de Boston respecto a física arqueológica. Nada.

—Haré venir a... a la policía.

Las blancas cejas de Abe se arquearon.

—Oh, vamos. No querrán inmiscuirse en algo así.

—Eso lo veremos.

—No, no lo veremos. Nuestras respectivas administraciones tendrán que decidirlo. Y ya sabe usted el tiempo que tomará esto, Donald.

Abe se metió las manos en los bolsillos y miró radiante a Hampton. Claire nunca había visto así al suave y cortés experimentalista, y bruscamente comprendió cómo aquel hombre llevaba su departamento con una facilidad tan estudiada. Simplemente no podía ser acobardado, particularmente no por los alardes y las jactancias.

—Está mostrándose usted irrazonable.

—Este artefacto posee propiedades que simplemente no pueden asociarse con lo que conocemos del micénico, Donald. Puedo mostrarle a usted rayos gamma y otros datos que exigen una explicación.

—¿Espera usted que dedique mi experiencia a esto?

—Pensamos que tal vez podría...

—No puedo creer que esté tomando usted esta actitud en defensa de una mujer que ha mentado, robado...

—¿La está llamando usted mentirosa? —dijo amenazadoramente John. Avanzó hacia Hampton y se cuadró. Los ojos de Claire se abrieron mucho.

Hampton miró a John con abierta incredulidad.

—¿Está usted amenazándome?

John adelantó una mano y clavó el índice en el nudo de la corbata de Hampton.

—Apueste a que sí.

—Esto es increíble.

Abe avanzó un paso.

—Creo que será mejor que se vaya, Donald. Esto será resuelto por la administración.

Hampton pareció desconcertado.

—Pero están ustedes equivocados. Han tomado un precioso...

—Simplemente márchese, Donald.

El rostro de Hampton se ensombreció.

—Están equivocados si creen que simplemente pueden escudarse tras su universidad. Sus actividades no resistirán el más ligero escrutinio. Este es un asunto internacional.

—Márchese, Donald.

—De acuerdo, lo haré. Pero tan pronto como llegue a mi oficina llamaré a las autoridades pertinentes en Atenas. No he conseguido ponerme en contacto últimamente con el doctor Kontos, pero sé que se sentirá horrorizado. Y él dispondrá de otros medios mucho más drásticos, se lo aseguro.

Hampton les miró con ojos llameantes, uno tras otro, como memorizando sus rasgos, y luego se dio la vuelta y se marchó a largas zancadas.

Claire se sentó. Estaba sudando abundantemente debajo de su traje de una pieza azul, aunque notaba su frente fría. Intentó pensar.

—Ya se ha terminado —dijo suavemente John en su oído. Se inclinó y le dio un beso en la mejilla—. Vamos, no juegues a la Claire Número Uno conmigo.

Ella consiguió forzar una sonrisa.

—Yo..., al fin ha ocurrido. Había pensado tanto en esto...

—Lo sé.

—Se ha comportado exactamente tal como había imaginado, y ahora va a llamar a Kontos...

—Olvídalo. Abe ha manejado el asunto como correspondía.

Claire alzó la vista. Abe estaba contemplando el artefacto, con el rostro impasible. Le dijo:

—Sabía usted exactamente lo que había que hacer.

Abe sonrió.

—Imaginé lo que ocurría hace ya un par de semanas. Siempre hubo algo un poco extraño en la forma en que usted manejaba esto, ¿sabe? Normalmente, cuando un artefacto llega a la Universidad de Boston, siempre va acompañado de un montón de papeles. Éste no.

—Sólo teníamos los papeles de la aduana —dijo John—. No había forma de documentarlo de ninguna otra manera.

Abe se encogió de hombros.

—Así que preparé mi defensa. ¿Saben? —sus ojos se entrecerraron—, he hecho esto solamente debido a la naturaleza tan poco habitual de este hallazgo. No apruebo la forma como lo consiguieron.

Claire asintió en silencio. En algún lugar en su interior, un estallido de alegría pugnaba por salir. Lo peor ya había pasado y, una vez dicho todo, no era tan malo. Claire Número Uno estaba equivocada.

—Va a necesitar emplear mucho de su tiempo para defenderse contra él —dijo Claire—. Armará un montón de ruido.

—No antes de que hayamos terminado nuestro trabajo —dijo alegremente Abe. Hizo un gesto hacía el cubo—. Ahora tenemos que perforarlo de nuevo. Es la única forma de responder a nuestras preguntas.

Lo dijo de una forma tan simple y natural que Claire no consiguió argumentar inmediatamente nada en contra. Y vio que él había estado planeando las cosas un movimiento por delante de ellos, apoyándose en su trato: la protección del MIT contra la posibilidad de perforar el artefacto. Suspiró. Era inevitable.



Abrieron el nuevo orificio a última hora de la tarde. Había un equipo perforador razonablemente bueno en el inventario del equipo de Materiales Científicos, de modo que Claire propuso utilizarlo. La mejor alternativa era llamar a LeBailly en Brown, el cual, pese a su boca, era el mejor en aquella parte del país. Pero LeBailly necesitaría tiempo para llegar, y Claire decidió firmemente eliminarlo, porque ahora sabía que era un transmisor de noticias a Hampton.

Abe tenía una cita que no podía anular, y deseaba llegar a la administración del MIT antes de que pudiera hacerlo Hampton. Dejó reluciente la perforación a John, que por aquel entonces dominaba ya las habilidades básicas. Abe dejó instrucciones concretas de que, tan pronto como el tubo luminoso mostrara algo, quería que le llamasen.

John empezó a perforar con una broca de cuatro milímetros, extrayendo un fino polvo de roca para ser estudiado más tarde. El equipo permitía un sencillo ajuste de altura y ángulo, y mantenía la broca libre de vibraciones gracias a la sujeción de la boca de perforación por un pesado marco de acero. Trabajó con extremo cuidado, evitando cualquier peligro de radiación. Incluso un agujero de cuatro milímetros permitiría el paso de un tubo de luz. Con eso, y la ayuda de una buena ampliación por ordenador de las señales luminosas a través del tubo, probablemente podrían conseguir unas imágenes decentes del interior. La tecnología era más perfecta cada año, y el MIT tenía la mejor.

La obturación en la cara de atrás del cubo tenía la apariencia superficial de ser basalto volcánico. Esto ya resultaba curioso de por sí, puesto que los micénicos no utilizaban normalmente esta roca en sus construcciones. La obturación no tenía aparentemente soldaduras, encajando limpiamente en el agujero como si hubiera sido un tapón hábilmente martilleado hasta ocupar su lugar. Sin embargo, no había en ella señales de cincel.

John condujo minuciosamente el zumbante taladro más y más adentro del agujero, asegurándose de que el polvo de roca extraído caía en el recipiente que lo conservaría para su posterior análisis químico. A cada medio centímetro se detenía y guardaba el polvo en una bolsita de plástico. Era tedioso observarle trabajar, y Claire halló pocas cosas aparte ir guardando las bolsitas para mantenerse ocupada. Las horas de la tarde fueron alargando las sombras azules que penetraban por las altas y sucias ventanas sobre sus cabezas. La broca penetraba en la roca con un agudo sonido raspante, que ponía los nervios de punta. La roca era dura, el progreso lento. John había penetrado unos seis centímetros y estaba retirando el aparato, preparándose para cambiar la broca, cuando se detuvo, inclinó ligeramente la cabeza y escuchó.

—¿Oyes algo?

—No. ¿Está desconectada la perforadora?

John acabó de extraer la broca.

—¿Oyes eso?

Claire se acercó más. Una nota débil, alta, casi como el sonido que hace un televisor cuando desconectas el sonido.

—¿Qué es?

John miró a su alrededor.

—¿Algún equipo en el laboratorio?

Claire echó la cabeza hacia atrás, y luego se inclinó de nuevo hacia la obturación.

—No, se oye más fuerte cerca del agujero. Cuidadosamente, John apoyó un trozo de papel contra el agujero recién practicado.

—Dios santo.

—¿Qué?

—Está sorbiendo el papel.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo...?

—Hay el vacío ahí dentro.

Ella permaneció sentada en silencio unos instantes.

—Espera. Déjame ver.

Retiró el papel, y el débil y agudo silbido regresó.

—Debe... debe tratarse de alguna especie de bolsa ahí dentro en la piedra caliza —dijo en voz baja John—. Algo condenadamente inusual.

—No sabía que la piedra caliza hiciera eso. Quiero decir, las piedras muy calientes liberan el gas atrapado, y luego éste se condensa, dejando un vacío. Las formaciones ígneas sí, pero...

Claire sintió una ligera brisa agitar su pelo, y repentinamente se dio cuenta de que soplaba hacia el artefacto, hacia dentro de él.

—¡Tápalo! —exclamó.

John dejó la taladradora y cogió un trozo de aluminio plano que había cerca. Lo deslizó sobre la superficie del cubo y cubrió el agujero. El ligero silbido disminuyó, pero no por completo. El aluminio no encajaba exactamente en la irregular superficie del cubo.

—¿Qué... qué demonios...? —murmuró John.

—Eso no es una cavidad.

—Tiene que haber una bomba ahí dentro para hacer eso.

Se miraron el uno al otro, sin hablar. Irrelevantemente —como si su mente quisiera alejarse de aquel nuevo hecho imposible—, Claire captó el *chug-chug-chug* de una bomba de difusión en un rincón del laboratorio, cuyo sonido se mezclaba con el firme repiquetear de la lluvia contra las altas ventanas. Se acercaba otra tormenta, y los brillantes destellos de los relámpagos arrojaban sombrías imágenes de los

riachuelos de agua sobre los cristales al interior del laboratorio. Los truenos resonaban como un viejo león enjaulado.

—Esto... no es posible —dijo ella.

—Pero lo es.

El bajo silbido proseguía, poniéndola nerviosa.

—¿No podemos sellarlo de una manera mejor que...? Espera, ya lo sé. Introduce el tubo de luz, ¿por qué no lo pruebas?

John asintió.

—Por supuesto.

Ella le ayudó a insertar el delgado tubo plateado, con sus abrazaderas y alimentador. Estaba conectado a un conjunto de instrumentos de lectura óptica que llenaban la zona de trabajo en torno a la cara del cubo. Cuando John apartó la hoja de aluminio, el silbido pareció adquirir una cualidad ronca y entrecortada, y Claire tuvo la impresión de que se hinchaba, llenando el laboratorio con su grito imposible e irracional. John insertó rápidamente el tubo de luz, revestido adecuadamente con un lubricante inorgánico. Aquello formó un firme sello e interrumpió el horrible silbido hueco.

El tubo de luz mostró una neblinosa imagen blancoazulada.

—¿Es eso el lado de un cuadrado? —John señaló una mancha imprecisa.

—Contén tu imaginación. Todo lo que veo son nubes, quizá un poco más brillantes hacia el centro.

—Deberíamos estar contemplando la luz que llega a través del cono. ¿Por qué es blancoazulada?

Claire examinó el equipo electrónico.

—Quizá el color esté desconectado. Es el vacío lo que me preocupa. Esta cosa podría ser peligrosa. Me gustaría que Abe... Oh, sí; llamémosle.

Llegó media hora más tarde, visiblemente excitado, pero no pudo encontrar nada malo en los ajustes de contraste y color. Se negó a creer su historia hasta que John retiró el tubo y el sobrenatural silbido volvió a llenar el laboratorio.

Se sentaron y contemplaron con ojos vacuos la nebulosa imagen en la pantalla, discutiendo con voces apagadas los últimos acontecimientos. Simplemente no había ninguna forma de darle sentido al vacío dentro de un antiguo artefacto, y Abe planteó reluctantemente la pregunta de un fraude deliberado. ¿Podía alguien haber colocado subrepticamente la pieza, quizá para poner en evidencia la expedición conjunta griego-americana? ¿Quién podía ganar algo con ello? ¿Para qué tanto trabajo? ¿Cómo podía haberse hecho?

Nadie creía en la teoría del fraude. Pero nadie tenía nada mejor que ofrecer.

La situación parecía estable; el sello era bueno. Abe deseaba tiempo para revisar atentamente su diagnóstico, y los otros dos estaban cansados, agotados por Hampton

y luego esto. Acordaron reunirse de nuevo a primera hora a la mañana siguiente.

Cuando Claire abandonó el laboratorio, observó que John estaba desacostumbradamente silencioso. Corrieron bajo las ráfagas de ventosa lluvia bajo el bulboso paraguas amarillo de Claire —John había olvidado traer el suyo— hasta el Alfa Romeo. Habló poco durante la cena en un restaurante especializado en mariscos, y le dio un solemne y distraído beso cuando ella abandonó más tarde su apartamento. Estaba siguiendo claramente una línea propia de pensamientos, pero se negó a hablar de ella.

Abe estaba agotado y hosco a la mañana siguiente. Había estado trabajando casi toda la noche, y no había encontrado ningún error. Los diagnósticos seguían dando resultados válidos.

Sin embargo, había algunos nuevos y curiosos aspectos. El flujo de rayos gamma se había incrementado hasta un punto peligroso.

—Parece como si la obturación estuviera absorbiendo una buena parte de la radiación del núcleo —murmuró débilmente Abe—. Ahora podemos verlo más claramente. Es idéntico..., un cuadrado, más el centro brillante.

Claire dio unos golpecitos a la pantalla de vídeo, donde unas líneas blancoazuladas formaban un cuadrado.

—¿Es ésta la imagen de los rayos gamma?

Abe agitó la cabeza.

—Ésa es la imagen del tubo de luz. Ha ido perfilándose gradualmente a lo largo de la noche.

—¡Entonces da la misma imagen que los rayos gamma!

—Cierto.

—Resultados consistentes.

—Sí —dijo John—, estamos contemplando una fuente intensa.

—Para que algo de dos centímetros de diámetro lance tantos rayos gamma... increíble —murmuró Abe. Claire tuvo la impresión de que había perdido buena parte de sus energías, como si estuviera entumecido por los hechos inexplicables. Claro que ella tampoco se sentía muy diferente, se recordó. Sólo que ella había dormido un poco más—. Para que un puñado de isótopos radiactivos hagan eso, necesi...

—No isótopos —dijo John. Se levantó de uno de los taburetes del laboratorio, estirando los músculos. Claire vio las arrugas del cansancio en torno a sus ojos, y supuso que había estado despierto hasta tarde—. Esto no es en absoluto una «anomalía radiactiva». Creo que estamos contemplando una estructura de materia muy caliente, muy densa.

—¿Caliente? —preguntó Claire.

—Eso explica todas, las emisiones de rayos X y gamma. Ahí dentro hay algo más caliente que la superficie del sol.

Abe parpadeó.

—Eso es imposible. Fundiría todo el objeto.

—No lo sé —dijo razonablemente John—. La radiación no es suficiente para calentar mucho el cubo..., lo calculé esta noche. Y no captamos la alta temperatura porque nos hallamos aislados del centro.

Claire estaba desconcertada.

—¿Cómo es posible? Estamos a poco más de un metro de distancia.

John abrió las manos.

—Hay un intenso vacío entre nosotros. Eso es lo que sorbió el aire cuando horadamos la obturación.

Permanecieron sentados en silencio durante largo rato. Claire no pudo pensar en ninguna objeción, excepto la ahora ya familiar..., la idea era imposible, absurda.

—Pero... —empezó a decir débilmente—, algo enterrado en un artefacto micénico, en una tumba...

—Supongo que éste es el quid de la cuestión. Nadie sabe cómo hacer nada así, sea lo que sea lo que haya ahí dentro. Nadie.

Abe frunció los labios.

—¿Está sugiriendo usted que resolvamos nuestras dificultades atribuyendo este objeto a... qué? Déjeme adivinar. Visitantes del espacio, ¿correcto?

—¿Esas tonterías a lo Von Daniken? —dijo burlescamente Claire—. Oh, vamos, John; nosotros...

John sonrió.

—Sí, yo también pensé en eso. No es una locura absoluta, pero no creo en ella. El que no podamos explicarlo no significa necesariamente que se trate de una basura espacial arrojada a un lado del camino por unos superseres que pasaban por aquí.

—Entonces, ¿qué? —dijo secamente Abe.

—Tenemos que abandonar la idea de que nos enfrentamos aquí con un artefacto. Esto ya no es arqueología, amigos. Aquí estamos estudiando física.

Claire se mostró desconcertada.

—Nunca he oído de ninguna física como esto.

John sonrió, cansado pero extrañamente alegre, los ojos brillantes, las manos abriéndose y cerrándose con una comprimida energía.

—Yo tampoco. Pero puedo hacer algunas suposiciones. Creo que lo que tenemos aquí es una singularidad.

# QUINTA PARTE

## 1

La más importante lección de la moderna física einsteiniana era el hecho de que el espacio podía ser patológico.

Antes de Einstein, el mundo era un lugar de esferas brillantes, senderos absolutamente predecibles y serena seguridad. Ningún físico puede recordar ahora sin un estremecimiento el momento en que abandonó el árido paisaje newtoniano y entró en un mundo a lo Lewis Carroll, donde el tiempo era una cuarta dimensión, el espacio se curvaba extrañamente, y honestos testigos podían mostrarse despreocupadamente en desacuerdo con los hechos más simples de lo que ocurría dónde y cuándo. Einstein unió el espacio con la materia que contenía, devolviéndole a la física la profundidad y el misterio que había perdido.

Convirtiendo el universo en un asociado en la construcción de su propia geometría, Einstein admitió la posibilidad de que contuviera pozos, trampas, puntos extraños. Tan pronto como mostró que la materia podía curvar el espaciotiempo, surgió la posibilidad de que la curvatura pudiera carecer de límites, ser infinita. Una partícula avanzando a través de una de esas regiones del espaciotiempo hallaría un punto más allá del cual no podría ir, un lugar donde terminaría su propia existencia..., una singularidad.

Claire preguntó:

—De acuerdo, singularidad es otra palabra para agujero negro, ¿no?

—Casi —respondió John—. Puede haber otras formas de singularidad, pero la que todo el mundo conoce es el agujero negro.

—Pero los agujeros negros son estrellas. O lo fueron.

—Correcto. Creo que hemos hallado aquí algo que es como un agujero negro, pero no idéntico.

—Emite radiaciones. Los agujeros negros no lo hacen..., es por eso por lo que son negros.

—No exactamente. Un agujero negro atrae materia, que cae por una especie de sendero en espiral. Supongamos que hay una nube de polvo o cualquier otra cosa, orbitando cerca de un agujero negro.

Tuvieron que traer el gravitómetro de un grupo geológico al otro lado del campus. Era utilizado para estudiar las fallas y los desplazamientos de masas, en busca de probables depósitos petrolíferos. La ingeniería del petróleo había desarrollado extensamente la técnica, de modo que John pudo hacer por sí mismo la mayor parte del trabajo. Abe no estaba interesado en perder su tiempo en una aventura tan improbable, y se ocupó de su propio equipo. No tenía ninguna explicación para lo que fuera que



había dentro del cubo, pero desechó la sugerencia de John del día anterior como una idea fantástica. La anomalía radiactiva seguía atrayéndole, pero el persistente vacío era un hecho que prefería ignorar por el momento. John reconoció el esquema. Abe se había enfrentado a demasiados hechos extraños a la vez. Necesitaba tiempo para digerirlos.

El aparato que John maniobró por el laboratorio era un larguirucho conjunto de varillas y cables, capaz de medir las desviaciones tanto de fuerza como de dirección de la aceleración local de la gravedad, con un orden de exactitud de uno sobre un millón. John trabajó lentamente con él, torpe por la falta de sueño, pero obstinado. Claire llegó a media mañana para ayudar. Obtuvieron su primer resultado importante después de comer.

Había una ligera desviación hacia el cubo a una distancia de cinco metros. Más cerca, la desviación aumentaba rápidamente. Claire no pudo acercar el extremo del detector a menos de dos centímetros del cubo, debido a un largo puntal oscilante del andamiaje. Allí el efecto era enorme..., casi un uno por ciento del empuje de la gravedad.

—Eso explica por qué, cuando pasas las manos sobre su superficie, tienes una sensación, bueno, extraña —dijo Claire.

—Sí..., yo también observé algo así. —John miraba fijamente el dial del

gravitómetro. Lo había trasladado al lado opuesto del cubo.

—¿Qué ocurre?

—La medición. Es distinta aquí.

—¿Eso significa que la aceleración es diferente a la del otro lado?

—Así parece. Es casi un cincuenta por ciento más fuerte.

—Creía que la fuerza gravitatoria era idéntica en todas direcciones.

—Sí. Esféricamente simétrica, la llamamos.

—Pero esta gravitación procedente del cubo, ¿no lo es?

—Al parecer no. Y es tan fuerte...

—Sólo un uno por ciento de la de la Tierra, eso no es mucho.

—Para cambiar la gravitación local incluso en un uno por ciento, necesitas..., déjame ver. —Se alzó entre la disposición tubular del gravitómetro, cuidando de no tocar los brazos equilibrados, y calculó mentalmente—. Necesitas cuatro kilómetros cúbicos de roca, más o menos.

—Tú idea... de una singularidad...

—¡Una maldita montaña! Ésa es aproximadamente la masa que necesitaría un agujero negro para sobrevivir desde el principio del universo.

—¿Crees que esto pueda ser uno?

Agitó la cabeza.

—¿Dónde está la masa? ¡El equivalente a toda una montaña! Hundiría de inmediato el suelo con ese peso.

—¿Pesaste de nuevo el cubo?

—Sí. Suponiendo que haya un agujero apreciable ahí dentro, entonces la singularidad debe pesar quizá cincuenta, cien kilos.

Guardaron silencio durante largo rato, contemplando el artefacto. Finalmente ella preguntó:

—¿Quieres medir alguna otra cosa?

—¿Eh? Oh, seguro. Quiero averiguar cuál es esa aceleración en todos los demás ángulos. Hacer un mapa tridimensional de ella.

—Moveré este... —Empezó a trasladar el gravitómetro entre bancadas de instrumentos electrónicos.

—¿Claire?

Ella alzó la vista, mordiéndose concentradamente el labio inferior, transpirando, un mechón de pelo colgando sobre sus ojos. John sonrió y dijo:

—Sólo porque algo sea una locura, no quiere decir que sea un error.



## 2

La batalla entre la Universidad de Boston y la administración del MIT fue corta, acerba, y conducida a los más altos niveles. La Universidad de Boston no había perdido nada de su pendenciero impulso desde los días de gloria del presidente Silber, y el MIT protegía reflexivamente los suyos. El presidente del MIT acudió al laboratorio y examinó el artefacto. Abe describió cómo sus propiedades físicas no encajaban en absoluto con su origen. Claire y John estaban presentes, pero —siguiendo los consejos de Abe— dijeron muy poco. Un surtido de decanos y otro personal docente entraron en juego, parte de un movimiento de bloqueo organizado por Abe, que estaba recordando todas las deudas.

Abe adoptó la posición de que el artefacto había dejado de ser un mero objeto arqueológico y ahora era primariamente interesante por sus aspectos físicos. Le dijo al presidente que el cubo albergaba una anomalía radiactiva, una inusual concentración que desafiaba todos los análisis.

Todo aquello era cierto, pero no muy alentador. Abe sostuvo que su aparición en el artefacto era seguramente accidental. Las facilidades necesarias para su estudio estaban más en el MIT que en la Universidad de Boston. Al presidente no le gustó la idea de retirar arrogantemente una pieza de una institución hermana, pero comprendía los elementos científicos implicados. Aceptó proponer un breve período de estudio, tras el cual el objeto sería entregado a la Universidad de Boston, y luego devuelto a Atenas.

Comunicó esto a Hampton y a las personas adecuadas en la Universidad de Boston. Todas ellas estuvieron de acuerdo en que el asunto era muy embarazoso, y que no hacían ningún bien a la seriedad de ninguna de las dos universidades. Las consecuencias para Claire serían probablemente más catastróficas, pero eso era un asunto que habría que arreglar cuando el artefacto estuviera sano y salvo de vuelta en manos griegas. Sería una buena cosa que se firmara un pacto entre caballeros para mantener todo el asunto en sordina hasta que pudieran ser establecidos algunos de los acuerdos más delicados.

Así quedó el asunto, hasta la mañana siguiente. Claire entró en la oficina de John sin llamar. Éste se hallaba detrás de su escritorio, trabajando para el grupo metalúrgico, intentando encontrar una solución a un particularmente difícil problema de valores límites que implicaba ecuaciones integrales de tipo enrevesado. Si podía mostrar algo concreto aquella mañana, tendría una justificación para dedicar el resto de su tiempo al problema de la singularidad, que era un trabajo lento.

—¡Mira esto! —dijo secamente Claire, como si él fuera el culpable de lo que había en el ejemplar del *Globe* de Boston que arrojó encima del escritorio.

—¿Viene mal tiempo? —preguntó suavemente John. Era un chiste estándar entre

ellos; para él, el mal tiempo era una amenaza constante.

—Hampton lo ha hecho público.

—¿Qué? Pero Abe dijo...

—Un pacto entre caballeros, ja.

—¡Hijo de puta!

—Exacto.

El artículo del *Globe* era una entrevista con Hampton, efectuada al parecer antes de que fuera cerrado el acuerdo entre las dos universidades. En ella describía el artefacto como «una preciosa reliquia de una época nebulosa, perdida en las brumas de la antigüedad», y deploraba la «cooperación del MIT en el robo de un objeto tan inapreciable de su país de origen». Daba a entender que todo había sido idea del MIT, y que Claire —que sólo era mencionada una vez— había sido engañada y metida en ello por «alguien de allí, trabajando conjuntamente con un posdoctorado, un tal doctor Bishop». El gobierno griego se sentiría a buen seguro afrentado, decía Hampton, y no se sorprendería si el asunto llegaba incluso a un «nivel diplomático, en especial si tenemos en cuenta el asunto pendiente del Museo Británico y los mármoles de Elgin aún depositados en él».

John alzó una ceja.

—¿Perdido en las brumas? Es un tipo florido, ¿no crees?

—Puede trastornar todo el acuerdo —dijo ella con decisión. Encendió un cigarrillo y arrojó la cerilla por la ventana.

—Seguro que Abe podrá arreglarlo.

—¿Pero acaso no lo ves? —Chupó furiosamente su cigarrillo—. Hampton hizo esto antes del acuerdo, y luego no pudo detenerlo. Piensa en todas las demás cosas que puede haber hecho.

John frunció el ceño. Hacía apenas una semana que ella había dejado de fumar, pero el oscuro cigarrillo marrón con boquilla dorada no parecía el resultado de un impulso. Probablemente los había tenido guardados. Su arrugado traje color aguamarina mostraba signos de apresuramiento, y respiraba afanosamente.

—¿Cómo has venido hasta aquí?

—Caminando. ¡Estaba tan furiosa!

Caminar tres kilómetros en medio del frío no era propio de Claire.

—De nuevo: creo que Abe y el presidente pueden arreglar...

—¿Pero acaso no lo ves? Hampton debe haber llamado a Kontos para contárselo todo antes de que se cerrara el acuerdo.

—¿Es eso lo que significa todo ese alarde acerca de los niveles diplomáticos?

—Creo que sí.

—Efectos secundarios.

—¿Qué?

—Tan pronto como esto empezó a saberse, me di cuenta de que habría efectos secundarios. Abe tuvo que recurrir al decano, lo cual significa que, tan seguro como tienes la nariz delante de tu cara, la gente empezaría pronto a hacer preguntas.

Le contó acerca de la media docena de miembros de la facultad que se habían dejado caer por el laboratorio, y de los otros que deseaban saber más sobre la anomalía. Peor aún, la noticia había llegado hasta Harvard, y Sergio Zaninetti había parecido interesado.

—¿Es eso malo? —preguntó Claire, desconcertada.

—Bien, peor es que te den un golpe en la cara con un palo puntiagudo, supongo.

John se sentía dividido entre dos puntos de vista acerca de la ciencia. Por una parte, difundir resultados e ideas daba como resultado una mayor productividad y una fertilización entrecruzada. Las matemáticas y la física, en particular, se reforzaban a menudo. Esto era cierto principalmente en la teoría de la gravitación. La mayor parte de los resultados importantes en las últimas dos décadas habían sido conseguidos por gente entrenada originalmente como matemáticos.

En oposición a este modelo idealista de la forma en que funcionaba la ciencia se hallaba el simple hecho del egoísmo. John sabía mucho de la geometría diferencial de las variaciones y de técnicas similares, pero no tenía la seguridad de enfoque que un teórico como Zaninetti podía aportar al tema. Cuando más tiempo tuviera para trabajar por sí mismo, mejor.

—Bien, comparado con ser castigados de este modo en el *Globe*, y probablemente perder mi trabajo, ¿no crees que estas rivalidades son menos importantes?

—Por supuesto —dijo John, pero algo en su interior se encogió.

La madre de Claire no tuvo dudas. Habían decidido hacía una semana ir a cenar a su casa aquella tarde, así que pese a los esfuerzos de John por retrasarlo se vieron llamando a la puerta de la señora Anderson en su casa del 242 de la avenida Commonwealth. Era un pequeño edificio de tres plantas de piedra arenisca, con amplias ventanas panorámicas que emitían un resplandor anaranjado a las ráfagas de lluvia del exterior.

—¡Brrr! —John castañeteó los dientes mientras se acercaban, inclinado contra el viento—. No creo que estemos a más de un grado sobre cero.

—Oh, vosotros los tipos blandos del sur no sabéis apreciar el sutil desfilarse de las estaciones.

La señora Anderson cerró rápidamente la puerta tras ellos y les condujo a través del pequeño vestíbulo donde colgaron sus abrigos. Era una mujer pequeña y sonriente, bien vestida a la moda tradicional, con muchas joyas antiguas que debieron ser caras incluso cuando eran nuevas. Hablaba con un acento más pronunciado que el de Claire, que sonó vagamente inglés a los oídos de John, aunque con el asomo

campestre de las consonantes llanas de New Hampshire.

—Espero que pueda usted sobrevivir con este clima, señor Bishop —dijo—. Quizá le apetezca algún, esto, reconfortante.

Eso significaba no el esperado jerez, sino un oloroso y reanimador coñac. Al menos la señora Anderson era realista respecto a su clima. Les condujo desde el adornado bar de madera, a través de un festoneado arco, a una espaciosa y alfombrada sala de estar con gruesas vigas de roble. Vivaldi, interpretado al clavicordio, sonaba suavemente desde dos altavoces en la pared. Había antigüedades agazapadas en todos los rincones, y todas las sillas atestiguaban su edad en el hecho de ser ligeramente demasiado pequeñas para la talla de John.

La señora Anderson era jovial, casi frívola. Mostraba un rostro cuidadosamente compuesto, y su piel llena de diminutas arrugas tenía el aspecto de largos paseos al aire libre. Recordando un viejo adagio de que la madre de una mujer es una buena guía para mostrar cómo envejecerá ésta, John observó que tenía un aspecto agradable, junto con un tono muscular que daba agilidad a todos sus movimientos. Luego se sintió ligeramente avergonzado de ser tan ligeramente analítico. Sin embargo, quizá sólo fuera justo; dedujo que ella lo estaba examinando como —la palabra parecía de lo más apropiado allí en Boston— un pretendiente.

—¿Viene usted de *Atlanta*, señor Bishop?

—John. No, de Athens, Georgia..., es una ciudad de tamaño medio.

—¿Y cómo fue que vino aquí a Boston?

Todo ello dicho de una forma graciosa, pero debajo de sus altos pómulos su boca tenía un concentrado fruncimiento evaluador. Desgranó su biografía. Interesado de joven en las matemáticas. La decisión de evitar el tener que ir al Georgia Tech, pese a los deseos de su padre, ingeniero. Una beca para el Rice, en Houston. No, no había trabajado en el programa espacial. Terminado el bachillerato, una rápida carrera hacia el doctorado en Rice. Temprano interés en las geometrías combinatorias, con posteriores aplicaciones a la física de partículas. Un breve año en Berkeley. Actual posdoctorado en el MIT, intentando resolver algunos interesantes problemas sobre valores límites. Incluyó esta última parte porque preveía las preguntas habituales. Nada deja más completamente frías a las personas que la jerga indescifrable.

—Hey, esto es realmente impresionante —dijo cálidamente la señora Anderson. El sabía que no le había dado lo que ella realmente deseaba, una impresión de la familia que le había educado, pero en realidad no sabía cómo hacerlo. Podía hablarle acerca de un lado de su familia, que aún vivía en las antiguas casas clásicas de Charleston. Allá los céspedes eran inmaculados y mostraban estatuas de muchachos negros, con sus rostros pintados ahora de igualitario blanco, pero con las manos dejadas piadosamente negras. O podía mencionar con igual justicia los familiares de su lado materno, que, cuando trabajaban resfriados en los campos, se sonaban la nariz

apretando con los dedos, soplando y dejando caer lo que saliera, decidió olvidar este extremo particular de color local.

Cenaron rosbif, calabaza, arroz, y un decente burdeos. Nada notable, pero absolutamente bostoniano. Se habló mucho del tío Alex y de la propiedad en New Hampshire. Sólo mientras tomaban un maravilloso postre de alaska al horno dijo la señora Anderson:

—Creo que el artículo del *Globe* fue desafortunado. —Y le miró expectante.

—Quizá el profesor Hampton se precipitó —dijo diplomáticamente John.

—Pero dar esas cosas a la prensa...

—Como decimos allá de donde vengo, dudo que Hampton sepa distinguir la arena de la avena.

La señora Anderson frunció el ceño y le miró suspicazmente.

—Bien, espero que el nombre de Claire pueda ser mantenido fuera de esto a partir de ahora.

—Puede estar segura de que lo intentaré —dijo él cálidamente.

—Madre, no tienes que preocuparte por mí.

—Sólo estaba preguntando.

—John no es responsable por mí.

—Sólo estaba pidiendo otra opinión, querida. —Lanzó a su hija una severa mirada.

—Estoy tratando a Hampton a mi propia manera.

John alzó las cejas ante aquello, sabiendo que de hecho ella no tenía ningún plan secreto.

—Y todo por un trozo de piedra de la tumba de alguien. Parece una cosa demasiado pequeña como para arrastrar tu nombre en público.

Claire asintió, comprendiendo al parecer, pero no dijo nada. Resultaba claro que para la señora Anderson el hecho de aparecer en el *Globe* era una desgracia más o menos comparable a ser exhibido en una rueda de identificación de la policía.

Pasaron al estadio del coñac y los cigarrillos, con sólo Claire fumando. La señora Anderson expresó en voz alta sus opiniones sobre la Sinfónica de Boston y el presidente actual, no favorables a ninguno de los dos. Las noticias de la retirada de Grecia de la OTAN, la expulsión de varios diplomáticos de Atenas bajo la acusación de espionaje, y las misteriosas maniobras navales tincas pasaron a través de la atención de la señora Anderson con un fruncimiento de ceño y un ligero «vaya, vaya», y se alejaron de la conversación. John jugó al juego de limitar en lo posible los daños, no tomando posiciones hasta adivinar las de ella. Esto demostró ser una buena estrategia, pero agotadora.

Cuando se fueron había dejado de llover, y el paseo Commonwealth abajo estuvo iluminado por el resplandor amarillo de los faros en las superficies mojadas. La isla

ajardinada que divide la Commonwealth era triste, los árboles desnudos y los arbustos meros troncos negros. Un policía estaba sacudiendo a un vagabundo que dormía en uno de los bancos bajo un trozo de plástico, intentando, y consiguiendo, mantenerse firme y bien educado al mismo tiempo.

—Sondeó mucho y muy profundo —dijo John con voz neutra.

—Oh, es su manera de ser.

—No sabía que tuviera que dar mi opinión.

Ella se echó a reír.

—Lamento eso.

—Supongo que le gusta mantenerte fuera de las primeras páginas.

Claire hizo una mueca desconsolada.

—Típicamente bostoniano. Hay una cita de Faulkner, acerca de escribir, pero que puede aplicarse aquí. Dijo que «Oda en una urna griega» vale lo que cualquier número de viejas damas.

—Oh, sí. De modo que, arqueológicamente hablando, imagino que la urna en sí es igual de valiosa.

—Exactamente.

### 3

—¡Dio mio! —dijo Sergio Zaninetti—. ¿Está usted seguro?

John llegó al laboratorio al final de la visita de Sergio. Evidentemente, Abe estaba encantado con el famoso teórico.

—Lo he comprobado muchas veces —dijo amigablemente Abe, con refrenado orgullo.

—¡Pero esto es de suprema importancia!

—Por eso estamos yendo lenta y cuidadosamente —dijo Abe.

Ambos vieron a John abrirse camino entre los cables que ahora serpenteaban por todas partes en la estancia. Sergio estrechó la mano de John y le saludó efusivamente.

—La otra noche no me dijo usted que tenía esto.

—Bien, se trata de algo así como una especie de gran misterio —respondió John casualmente.

—*In tota*, un sorprendente misterio. Puede que usted no sepa lo que es, pero este punto en el centro..., ¿podría mostrármelo de nuevo, Abraham?

Abe accionó alegremente unos cuantos interruptores, y al cabo de un momento tenía la imagen óptica en la mayor de las pantallas.

—Esta noche se ha aclarado un poco.

John estudió la imagen, comparándola con su memoria. El cuadrado era ligeramente más definido, y había unos etéreos rastros que conducían hacia dentro desde los ángulos. Moteados y grumosos rastros de luz, quizás a lo largo de las diagonales.

—Ese pico en el centro —dijo Zaninetti—. ¿Dice usted que no puede precisarlo más?

—Es más pequeño que un milímetro. Esto es lo único que puedo decir.

—¿Incluso usando los rayos gamma?

—Sí. Simplemente no puedo obtener una mayor resolución, dadas las condiciones.

—Radiación dura, óptica, una imagen como ésta... —Zaninetti hizo un amplio gesto hacia el cubo, que estaba casi oculto bajo hileras de aparatos de diagnóstico—. Resulta difícil de imaginar.

—No necesita imaginarlo —dijo John—. Está aquí.

Un rápido destello naranja entró en erupción en la esquina superior derecha de la pantalla. En un instante palideció y desapareció.

—¡Eh! ¿Qué fue eso? —preguntó Zaninetti.

—Un rayo gamma desintegrándose dentro del tubo de luz —dijo Abe—. Deja un rastro de fotones de baja energía cuando algunos de los átomos ionizados se recombinan.

—No recuerdo haber visto nada de esto antes —dijo John. Abe se encogió de hombros.

—Se produce cada pocas horas. Creo que el flujo de rayos gamma se está incrementando un poco.

Zaninetti observó el lugar donde el tubo de luz se introducía en el cubo, ahora rodeado por un collar para mantener un anillo de presión que sellara el lugar. Se volvió hacia John.

—Creo que es posible que su idea sea correcta —dijo.

—¿Qué idea?

—Que se trata de una singularidad.

Así que Abe había soltado el buche. Maldita sea.

Zaninetti sonrió ligeramente.

—Abraham me ha contado lo de sus mediciones con el gravitómetro. ¿Cree usted que son correctas?

—Tan exactas como me ha sido posible —dijo John a regañadientes.

—Entonces juzgo que va usted por el camino adecuado. Es *pazzo*, ¿esta usted de acuerdo? —Dio un alegre puñetazo a John en el bíceps—. ¡Una locura!

John tuvo que sonreír.

—Probablemente.

—Creo que merece un serio, muy serio, estudio.

—Todavía quedan muchas cosas por hacer.

—Algo en la roca, ¿está de acuerdo? Atrapado en este bloque de piedra. Un descubrimiento accidental. Me hace pensar en el asunto del quark en los ochenta, ¿recuerda?

—¿Buscando partículas fraccionalmente cargadas?

—Sí. Y también monopolos. La gente buscaba algunos materiales, esperando que tales partículas se hallaran atrapadas en los núcleos ahí dentro. Sin éxito, pero era una idea que quizá valía la pena investigar. Como aquí.

John miró el cubo. Parecía más pequeño ahora, impotente, atrapado en la sofisticación de un moderno laboratorio. Recordó cómo había sentido su presencia en la tumba, grande y gravitante en las sombras, llena de historia, una cosa surgida de antiguas tierras que ahora resonaban solamente como leyendas.

Sacudió la cabeza. Parte de esa sensación era debida al cambio de un uno por ciento en la gravedad local, allá en la superficie, se recordó a sí mismo. Las manos podían captarlo cuando las apoyabas sobre la roca, y la mente te jugaba malas pasadas en un lugar tan fantasmal como aquella tumba.

—Sí, bien, si esta cosa entró en la roca, debió ser empujada por una enorme energía, un rayo cósmico o algo así, imagino.

—Ya veo: perforando el suelo, yendo a descansar en la roca. —Zaninetti tabaleó



su grueso labio inferior con un dedo. Sin su penetrante concentración, hubiera parecido cualquier taimado propietario de un restaurante, evaluando las mesas de su establecimiento. Sus entrecerrados ojos y el torcido rictus de su boca traicionaban lo que estaba pensando—. Luego, se abrió una cámara devorando la materia a su alrededor.

—Para hacer el vacío, sí. Eso es lo que me convenció.

—Para emitir tal radiación, tiene que estar convirtiendo algo, la roca, en energía, con una gran eficiencia.

John recordó que los agujeros negros eran muy eficientes en este sentido. Podían tomar la materia que caía en ellos, con el apoyo de masa energía  $mc^2$ , y convertir más de una cuarta parte de ella en calor y radiación, que finalmente escapaba del agujero y podía ser vista desde el exterior. Ése era el paradigma que explicaba la enormemente brillante emisión de los cuasars. Los astrofísicos suponían que los grandes agujeros negros se aposentaban en el centro de algunas galaxias jóvenes, engullendo estrellas y polvo y barriendo chorros de partículas y copiosa radiación. Pero eso estaba a mucho camino de decir que cualquier forma de singularidad espaciotemporal pudiera hacer eso. Los datos de Abe implicaban ciertamente que ésta lo hacía. El problema teórico era hallar soluciones que pudieran describir los rasgos de este objeto y pese a ello permitir que se produjera alguna extracción de energía. Se dio cuenta de que Zaninetti había supuesto ya esto. El hombre era rápido.

—¿Lo publicarán pronto?

John parpadeó. Hizo una ligera seña con la cabeza a Abe.

—Eso depende del hombre que tiene los datos —dijo cortésmente.

—Antes quiero estar muy seguro —respondió Abe.

—Oh, por supuesto —dijo solemnemente Zaninetti—. Respeto su cautela.

—La cuestión más interesante es, ¿dónde publicarlo? —añadió John.

Zaninetti y Abe frunció el ceño. John prosiguió:

—Quiero decir, ¿es esto ahora un problema de física? ¿O debemos tratarlo junto con el papel arqueológico del cubo en sí? Claire deseará echar una mano en eso.

—Bien, sé lo que está pensando —dijo Abe—, pero esto se escinde en dos problemas, ¿no? —No era una pregunta.

—Hay un lado arqueológico en este asunto. No podemos experimentar con él como quisiéramos —dijo John.

—No destruiremos el cubo, por supuesto —afirmó Abe. Sonrió a Zaninetti—. Después de todo, la roca nos escuda útilmente de los gammas.

—Por supuesto, pero tienen que tratar ustedes con la Universidad de Boston y los otros.

Abe dijo con convicción:

—No se preocupe por eso. Una vez todo el mundo se dé cuenta de lo que tenemos

aquí, ya no querrán oír más tonterías de la Universidad de Boston. Hablé de nuevo con el presidente del MIT esta mañana, y créame, está de nuestro lado. Totalmente.

John asintió. Abe era un hábil estratega a esos niveles burocráticos. Quizás él debiera simplemente olvidar la política y concentrarse en sus matemáticas. Zaninetti había visto de inmediato y muy claramente las posibilidades.

De hecho, pensó de pronto John, quizá Sergio había oído las implicaciones en los datos con los que él estaba trabajando. No podía suponer que Zaninetti lo hubiera pasado por alto.

Las cosas se estaban moviendo aprisa. Condenadamente demasiado aprisa.

Abandonó el laboratorio y se dirigió directamente a su oficina, saltándose la comida. Había caminos que seguir en las matemáticas, posibilidades que se bifurcaban y ramificaban y que sólo con paciencia e intuición podía seguir. Sergio le había recibido de una manera engañosamente efusiva e incluso había hecho algunos chistes, de hecho había desplegado toda su famosa expansividad, encandilando despiadadamente a Abe. Sergio había iniciado su carrera en la física de partículas elementales, donde había aprendido la habilidad de extraer los datos necesarios de experimentadores de prietos labios y lacónicos posdoctorados. Un estudio de la Fundación para la Ciencia Nacional había demostrado en una ocasión que los físicos teóricos eran los más diestros verbalmente de toda la comunidad científica, y que se suponía que esto superaba de alguna forma su habilidad matemática. Los matemáticos eran más aptos para ser buenos músicos, pero —argumentaba el estudio— la física teórica era una especie de casa a medio camino, que requería habilidad matemática e intuición física. Quizás eso se correlacionara con la habilidad verbal, se preguntaba el informe. El estudio no había considerado la posibilidad de que los buenos habladores tenían más éxito debido a que ganaban a sus oponentes y conseguían más fácilmente la información necesaria.

John sabía lo suficiente como para no hablar durante un tiempo. Necesitaba un margen para contemplar un bloc de notas en blanco y ver dónde conducían las retorcidas implicaciones de las ecuaciones, buscando los esquemas que yacían detrás de la comprimida y engañosamente simple notación. Las ecuaciones de la física no eran complicadas en forma; de hecho, eran intimidantemente simples, ocultando su complejidad en una recóndita notación.

Los mandarines de la física eran aquellos que buscaban las leyes básicas, una caza que les llevaba hacia dentro hasta lo muy pequeño —adivinando cómo debían actuar las partículas fundamentales— o hacia fuera hasta lo colosal, la cosmología. Resolver realmente las ecuaciones en su miríada de aplicaciones era un problema dejado para el conjunto de matemáticos y físicos. Incluso aunque las ecuaciones básicas que describían el sol, por ejemplo, eran conocidas desde hacía un siglo —las cuatro relaciones de Maxwell, más la mecánica newtoniana—, los arcos magnéticos,

las virulentas llamaradas y las torrenciales tormentas en la superficie del sol eran todavía escasamente comprendidas.

Había dos hechos cruciales acerca del cubo. En primer lugar, pesaba sólo una tonelada o así. Con aquella pequeña masa, su campo autogravitatorio era muy, muy pequeño. Pero el segundo hecho —los cuatro polos del campo gravitatorio— parecía contradecir esto.

¿Cómo podía una masa tan pequeña crear cerca de ella un campo tan fuerte y complicado?

*Ése era el indicio crucial*, pensó John, rascándose ausentemente el labio..., esos engañosamente débiles tirones cuando pasabas las manos por encima del cubo.

En la experiencia humana, la gravedad siempre era simple. Las estrellas y los planetas eran esféricos. El sistema solar y la Vía Láctea eran discos, pero eso era debido a que su girar impedía que se colapsaran en una gran masa redonda. En todos ellos, una clara fuerza esférica comprimía la materia.

El artefacto no se comportaba tan bien. Probaba que una partícula podía crear complicados campos gravitatorios. En lenguaje matemático, eso significaba que tenían que existir soluciones no esféricas acechando en las ecuaciones básicas.

Durante los últimos días, desde que descubrió el segundo hecho, John había estado trabajando en las ecuaciones clásicas de Einstein para la gravedad. Todo el mundo había supuesto siempre soluciones a esas ecuaciones que se aplicaban a casos esféricos: estrellas, discos. Incluso se suponía convenientemente que el universo en su conjunto poseía una simetría esférica.

Conveniente, ése era exactamente el quid de la cuestión, vio John. Si no suponías una simetría esférica, las ecuaciones de Einstein eran un lío. Escribió la forma más general, una que Einstein nunca había investigado. La miró durante largo rato, sin apenas oír la distante voz que pasaba fuera por el pasillo. Había posibilidades allí...

Para obtener un campo contorsionado, tenías que hallar soluciones que curvaran el espaciotiempo como una onda estacionaria. La analogía que se le ocurrió fue con las grandes y lentas acumulaciones de agua que pueden verse a veces en canales y ríos. Había visto una en un arroyo cerca del Golfo, en una ocasión, justo antes de una tormenta. Era una sorprendente masa de agua, arrastrándose masivamente tierra adentro por la superficie del arroyo. El tenía entonces catorce años y la visión le trastornó, le dio la impresión de que era algo maligno. Más tarde había estudiado aquellas olas; las llamaban solitones. Al contrario que las olas de agua normales, sólo tenían crestas, no valles.

Había hallado algunas soluciones tipo solitón a las ecuaciones de Einstein, pero tenían propiedades inquietantes. Contemplándolas ahora, sintió de nuevo aquella misma inquietud juvenil, una creciente sensación de estar rastrillando en algo completamente contrario a la experiencia.

Los solitones requerían formas matemáticas definitivas para tener una solución estable. Esto implicaba que tenía que entrar en juego otra fuerza, algún campo que operaba a una escala extremadamente pequeña. Aislados, los solitones podían parecerse mucho a pequeños y ordinarios agujeros negros. No tenían que moverse, como los solitones de agua. Podían permanecer inmóviles.

Pero dos agujeros negros juntos se atraerían inmediatamente el uno al otro, se mezclarían, y crearían un agujero ligeramente mayor con un peso al menos tan grande como el de una montaña. Eso, claramente, no era lo que moraba en el centro del cubo, o de otro modo nadie hubiera sido capaz ni siquiera de moverlo.

Repentinamente, tuvo el atisbo de una salida.

La nueva fuerza resolvía aquel rompecabezas. Al contrario que la gravedad, era repulsiva. Impedía que los agujeros negros formaran un profundo pozo gravitatorio, forzando a los agujeros a permanecer separados, sin permitir nunca que se fundieran.

Era una fuerza extraña. En jerga matemática, era de un tipo no abeliano, similar a las fuerzas que regulaban las partículas subnucleares llamadas quarks. Las únicas soluciones viables no eran las singularidades puntuales familiares en la teoría ordinaria del campo. Eran algo extraño, más parecido a retorcimientos en el espaciotiempo que puntos.

El estilo en la física de partículas era etiquetar soluciones con números cuánticos, y dar a esos números nombres, como «color» y «encanto». La buena terminología era escasa; ahora había incluso «estilo» y «sustancia», utilizados para describir oscuros aspectos matemáticos. John decidió etiquetar su nueva fuerza con el nombre de «moda», sólo para inyectar una nota de áspera duda. Era posible que todo aquello estuviera completamente equivocado.

Las partículas que había tomado prestadas de las ecuaciones de Einstein eran masivas, de acuerdo, pero la fuerza repulsiva entre ellas compensaba casi exactamente esa masa. Espléndido. De hecho, podía incluso tomar la configuración de dos agujeros muy juntos y llamarla una partícula, puesto que eso era todo lo que podía existir. Retorcimientos, decidió llamarlos. Retorcimientos en el espacio-tiempo.

Trabajó hasta última hora de la tarde, sin moverse, sentado en una silla de nogal tapizada al estilo antiguo. Finalmente se puso en pie, envarado, y observó las cada vez más profundas sombras al otro lado de su ventana, oyendo por primera vez el rumor del tráfico en Memorial Drive. Tenía algo, pero no sabía lo que significaba. O si describía lo que se asentaba en el laboratorio de Abe.

Empezó a pasear inquieto por la habitación. Sabía que ya había terminado por aquel día; nadie podía enfrascarse interminablemente en unas matemáticas intensas. La mente no tardaba en perder su agudeza, su habilidad de revolotear entre cadenas de lógica y libar posibilidad tras posibilidad. Le sobresaltó la llamada en la puerta, pero no le irritó la interrupción.

Claire entró en su oficina con el mismo impulso que exhibió en su primer encuentro. Llevaba un traje rojo orín a la moda con una blusa blanca rizada de cuello abierto. Su esmalte de uñas hacía juego con el color de sus labios, y avanzó como si valiera un millón de dólares. Él recordó aquella primera vez con una absoluta nitidez, y se sorprendió al pensar que tan sólo hacía unos pocos meses de ello. Parecía media vida.

—Está despejado —observó Claire alegremente.

—Oh, sí, el sol incluso ha salido un poco —dijo él, sintiendo la lengua espesa.

—No, tonto, me refiero a tu escritorio. —Sonrió, radiante, y se sentó en su esquina—. Normalmente está hecho un asco.

—He estado haciendo cálculos. Siempre mantengo los papeles en orden cuando pueden significar algo. —Se reclinó en su estantería y la observó encender uno de sus cigarrillos marrones con boquilla dorada. Claire siempre vestía bien, pero reconoció los signos de la inseguridad; la certeza era inversamente proporcional a la cantidad de maquillaje.

—¿Qué ocurre?

Ella hizo una mueca.

—Hampton está preparando un expediente contra mí.

—¿Para negarte el ejercicio de tu cargo docente?

—Si no puede hacer que me detengan y encierren antes.

—Evidentemente, la administración de la universidad se dará cuenta de que está impulsado por los prejuicios.

—¿Y qué? Están de su lado. Una afrenta a la universidad, me llamó hoy uno de ellos.

—Ven aquí. —Ella lo hizo, casi reluctante. Se abrazaron, y John cerró los ojos, dejando que el cansancio de la tarde se deslizara fuera de él, inhalando el aroma del pelo de ella. No eran los momentos de excitación los que le gustaban más, sino más bien esos otros instantes como aquél, cuando ella parecía tan intensa y profunda que él no podía penetrar nunca hasta su centro. Gradualmente ella se vio invadida por una doblegante suavidad y se amoldó a él. Transcurrió un largo momento, y luego se rompió suavemente. Se besaron y se separaron. Ella apagó su cigarrillo.

—Si tan sólo supiera qué hacer al respecto —dijo débilmente.

—Contraataca.

—¿Cómo?

—Hampton lo ha hecho público, vociferádoselo al *Globe*. Haz tú lo mismo.

—¿Llamarles, pedirles que me entrevisten?

—No, no. Nada de pedir; hay que mantenerse firmes. Haz que ellos acudan a ti. El general Lee acostumbraba a hacerlo constantemente.

—¿Gettysburg fue un descuido?

—Una oportunidad que fue por mal camino.

—¿Cómo puedo hacer que vengan a husmear a mi alrededor?

—Da una conferencia. Con diapositivas del artefacto.

—¿En la Universidad de Boston? La bloquearán de inmediato.

—¿No hay algún otro lugar mejor? ¿Más a los ojos del público?

—Déjame ver... ¿Qué te parece el Museo?

—¿Dónde está?

—¿Nunca has estado en el Museo?

—Soy un analfabeto, un científico antihumanista, recuérdalo.

—Oh, sí, del Philistine Tech. Lo había olvidado. —Se apartó del flojo abrazo de él y recorrió la oficina con renovada energía. El se sintió complacido al observar que el traje rojo orín era más bien ceñido.

—Podría hacerse, ¿sabes?... El Museo da ocasionalmente conferencias públicas. ¿Cuánto debería decir?

—Toda la verdad y nada más que la verdad.

—¿De veras?

—Aparece tan limpia como el diente de un lebel.

—Abe puede objetar.

—Hablares con él.

—Buena parte del asunto le corresponde publicarla a él.

—No los aspectos arqueológicos.

—No sé. Nunca he actuado realmente de este modo para la galería.

—Entonces ya es hora de aprender.

Cuando Claire abandonó el Museo de Bellas Artes de Boston retuvo su marcha, escuchando los penetrantes ecos de sus zapatos de tacón alto sobre las piedras. Poco antes de la salida se volvió, movida por un impulso, hacia la izquierda, y avanzó a través de la sala egipcia. No era notable, pero por el momento sentía la necesidad de su efecto tranquilizador, su solidez, su silenciosa afirmación de que el pasado permanecía, seguía aún presente, todavía significaba algo.

La reunión con el director había ido notablemente bien. Era un hombre flaco y controlado, y al principio habló tan suavemente que ella se preguntó si su luz piloto se habría apagado. Al cabo de pocos minutos observó que el hombre se sentía atraído por ella, y le costó no utilizar aquello, mantenerlo todo a un nivel fríamente profesional. Desde que era una quinceañera había sabido que no era una mujer hermosa, así que siempre había luchado por ser llamativa. El traje azul marino y el pañuelo rojo de hoy, con unos guantes a juego, habían sido una ayuda; no podía negarlo. De todos modos, odiaba el comentario de Charlotte Brontë de que debía dedicar todo su talento a ser hermosa. Eso te condenaba siempre a jugar el juego de otro..., y, cuando tu aspecto falla, terminas perdiendo.

#### MODELO DE PROCESIÓN DE PORTADORES DE OFRENDAS, HALLADO JUNTO A LOS ATAÚDES DE DJEHUTY-NEKHT Y SU ESPOSA EN LA CÁMARA FUNERARIA DE DEIR EL BERSHEH.

Figuras de madera llevando provisiones para la otra vida. Había auténtica comida y utensilios en la tumba. Djehuty-nekht había supuesto que existía una línea directa desde su vida hasta la eternidad, así que se había preocupado de llevarse consigo una serie de artículos útiles. ¿Pero qué persona moderna, por muy creyente que fuera, se llevaría consigo objetos que eran simplemente hermosos? No, el equivalente del siglo xx almacenaría a su lado cajas de comida enlatada, rifles, quizás un generador eléctrico. Esto era lo que nunca dejaba de agitarla..., el insondable abismo entre el pensamiento actual y la forma en que pensaban los antiguos. Eran gente completamente extraña, no simples agricultores inocentes con una fe estúpida. Vivían, y su respuesta a su mundo era profunda. Y, pensó irónicamente, *esperemos que estuvieran equivocados respecto a la otra vida, porque una cantidad sustancial de sus pertenencias terminaron, no en el mundo de después de la muerte, sino convertidas en inútiles exhibiciones en los museos.*

Paseó por la sección griega, inhalando el débil y persistente aroma de su amada antigüedad. Incluso aquí, tras el cristal y bajo las frías luces, persistía su aire extraño. Las jarras para agua áticas, del año 500 a.C., eran en sí mismas maravillosas obras de arte. En torno a una de ellas, mujeres blancas vestidas de negro llenaban otras jarras

similares de una fuente dórica. El agua brotaba de cabezas de animales; los griegos asociaban habitualmente los movimientos del mundo natural con los animales. Tras cada fuerza natural acechaba una personalidad, una bestia. Había una sutil sensualidad en el largo cuello de las jarras, la curvada asa posterior, las desvergonzadas asas laterales, el opulento e hinchado cuerpo.

Aquellas jarras habían perdurado más de dos mil años enterradas bajo tierra. Avanzó hacia el pináculo de la colección, una diosa serpiente minoica. Una pequeña mujer de marfil con una expresión pensativa y distante, aferrando una serpiente en cada mano. Había yacido en el polvo de Cnosos durante 3.500 años, y con su liberación se había iniciado su muerte. ¿Quién podía creer que perdurara 3.500 años más en Boston? El azar la dominaba aquí. El hundimiento de un techo, un incendio, la guerra. Claire y otros como ella estaban matando el pasado a medida que lo traían a la vida, extrayéndolo del seguro suelo y devolviéndolo al duro y fatal estruendo de la vida.

Frunció el ceño. Aquellas escépticas reflexiones acerca de su profesión eran nuevas para ella. Ciertamente, los Kontos y los Hampton del campo inspiraban cinismo, pero afortunadamente eran pocos. ¿O simplemente sólo parecían ser como eran, vistos por una mujer que se hallaba en un punto crucial de su carrera académica, el empuje final de una vocación? Quizá todo el mundo se marchitaba un poco en aquella olla a presión.

Al marcharse, pasó junto al famoso torso del rey Haker..., las manos apretadas a los costados, los bíceps protuberantes, llevando sólo un taparrabo, lleno de poder. Sin cabeza, notó sardónicamente; muchas de sus fantasías presentaban a un hombre sin rostro con un cuerpo similar. Ahora, sin embargo, se daba en parte cuenta a menudo, a través del sueño, de que se trataba de John. Había en él una fuerza tranquila, contenida. Las apretadas, no comunicativas manos de la estatua eran lo opuesto a las anchas, calmadas, seguras manos de él.

Agitó la cabeza, contempló las otras vitrinas y se fue. El director era exactamente lo opuesto a John..., un bigote insinuante, aéreo, casi como dibujado a lápiz, tan insustancial como una mariposa, con frases llenas de *¡realmente!*, *¡maravilloso!*, *¡pero por supuesto!* Sus ojos habían brillado tras unas gafas de aviador, y Claire había podido ver cómo su mente saltaba alegremente hacia la excitante posibilidad de una exclusiva, con abundante cobertura por parte de la prensa y mucha controversia y quizá incluso una conexión con la televisión. Ella había reaccionado mostrándose más solemne, remarcando la «necesidad» de «airear el asunto» y, por supuesto, mostrar el artefacto en sí, una importante obra de arte. Había sido fácil. Se sintió algo decepcionada al descubrir que incluso allí, en una de sus instituciones favoritas, la notoriedad se mezclaba con la importancia.

Se alejó lentamente en el coche, siguiendo los contornos de Back Bay a lo largo



de Fenway Dive. La predicción de John de la reacción del director había sido inquietantemente exacta. El director había dispuesto una conferencia pública para el domingo por la noche. No había tiempo para mucha publicidad, pero el número de asistentes era secundario; el *Globe* estaría allí, y probablemente la WGBH. Estaban a viernes por la tarde, y tenía que preparar las diapositivas, afilar sus argumentos. Como la mayoría de la gente, le temía a hablar en público. Se preguntó si los años de clases le habrían proporcionado aquella impermeabilidad que exhibían los profesores como una enseña. Luego, con un nudo en el estómago, recordó que probablemente no habría ninguna conferencia. Aquello era el final. Podía esperar alguna cita con el público en alguna otra parte, pero casi con toda seguridad Boston estaba cerrado para ella. Hampton tenía mucho peso allí.

Abandonar Boston. Quizá John tuviera razón acerca de las Claire Uno y Dos, de que allí se hallaba coaccionada. Sin embarco le gustaba el lugar. Pese al frío bajó la ventanilla y apoyó un codo en ella. Dos muchachos se deslizaban por el muerto césped que bordeaba los marjales, cabalgando aplastadas cajas de cartón en el claro y límpido aire.

Boston. Lleno de contradicciones aparentes..., cuanto más rico eras, menos cuidabas tu atuendo; siempre ibas a trabajar caminando, ignorando los taxis; la asistencia a los conciertos era algo tan sagrado como la iglesia, y la iglesia parecía una reunión de la legislatura del estado; una medalla de guerra y la tarjeta de socio de un club contaban mucho más para un hombre que su cuenta bancaria o sus titulaciones. Nada necesitaba ser expresamente afirmado; todo era sabido. Se preguntó cómo eran realmente las cosas más allá de Boston. La nostalgia de John por el sur apuntaba que la gente allí era similar, hundida en el pasado. Quizá no fuera tan malo vivir en alguna otra parte.

Bruscamente se dio cuenta de que el pensamiento se había introducido subrepticamente en el fluir general de las cosas: John como El Futuro. Pisó reflexivamente el freno, parpadeando. Un claxon resonó estruendoso tras ella. Se oyó un chirriar de frenos. Alguien aceleró a su lado, maldiciendo.

Incluso se había sentido excitada cuando su madre la llamó al día siguiente de la cena y le expresó su reservada aprobación sobre John. Cinco años antes, Claire hubiera considerado aquello como una afrenta para él.

Agitó la cabeza. No, no podía pensar en aquello. No ahora.

El suelo de cemento del laboratorio parecía absorber hacia abajo el calor, helando sus piernas mientras cruzaba el poco espacio que quedaba libre en la estancia, oyendo resonar sus tacones altos, reflejados por las desnudas paredes grises.

John estaba sentado en un taburete de laboratorio, contemplando el artefacto. Abe trasteaba hoscamente con sus aparatos electrónicos.

—¿Quién se ha muerto? —preguntó Claire.

—Mi hipótesis —respondió John.

—¿Acerca de que se trata de una singularidad?

—No, eso no. Sin embargo, pensé que la situación era estable, y no lo es.

Ella se inclinó, las manos sobre las rodillas, los pies modestamente juntos, y contempló el culebreante tubo allá donde penetraba en la obturación.

—¿Qué es lo que pasa?

—Abe puede ver glóbulos, pequeños granos de rayos X emitiendo materia. Caen hacia el núcleo, a lo largo de esas diagonales.

Se enderezó, alarmada.

—¿El cubo está cayendo hacia dentro?

—No, no te preocupes, estamos hablando de unos pocos gammas de materia. La materia que ha sido atrapada por el pozo gravitatorio de la singularidad y está rezumando lentamente hacia su interior.

—¿Cuán lentamente? —preguntó ella, suspicaz.

—Esa es la parte interesante. Abe lleva siguiendo esos granos desde hace dos días, y se han movido aproximadamente unos cuatro milímetros.

—¿Oh? ¡Eso no es nada!

—Cierto —dijo él alegremente—. ¿Qué es lo que conoces que caiga con un movimiento lento?

—Las plumas.

—Ajá. ¿Qué más?

—Hummm...

—Te daré una pista. —Sus ojos chispeaban—. Los efectos relativistas.

—¿Qué?

—Exacto. Esta cosa es un maldito paquete sorpresa de física teórica. Estamos viendo materia, calentada por la fricción, sumergiéndose en la singularidad. Pero se halla tan profundamente hundida en el pozo potencial que nos parece que resulta frenada.

—¿Quieres decir —dijo ella precavidamente— ese tipo de experimento teórico en el que un gemelo parte de viaje en un cohete, y cuando regresa es más joven que el otro que se quedó en la Tierra? ¿Debido a que viajó más aprisa?

—Eso es relatividad especial, y esto relatividad general, la curvatura del espaciotiempo..., pero sí, básicamente es una analogía.

—¿Cuánto tiempo necesita para caer todo el camino hasta dentro? —preguntó Abe por encima de ellos.

John pareció menos seguro de sí mismo.

—Meses, si cae de la superficie interior del cubo.

—Entonces podemos comprobar eso. Dejar caer algo al interior.

—Supongo que sí. Seguro, ¿por qué no?

—¿No lo han hecho ya? —preguntó Claire. Los dos hombres la miraron—. Cuando John perforó el agujero. El vacío absorbió parte del polvo.

Abe hizo chasquear los dedos.

—¡Por supuesto! ¿Cuándo fue eso exactamente?

—Hacia las cuatro de la tarde —indicó John—. Está anotado en su libro de laboratorio, ahí.

—Bien. Sin embargo, eso no explica el incremento en la energía de los rayos gamma.

—¿Qué incremento? —preguntó Claire.

Abe se metió las manos en los bolsillos de su bata de laboratorio.

—El flujo de rayos gamma ha estado aumentando firmemente desde hace días. Al principio pensé que quizá se tratara de un error, tal vez simplemente una fluctuación. Pero no, es real. Estamos instalando un escudo.

—Se refiere a los gammas que salen a través de la obturación, ¿no? —preguntó John. Cuando Abe asintió, prosiguió—: ¿Puede ser debido a la cantidad de roca que extrajimos con la perforación?

Abe agitó la cabeza.

—No, el incremento es regular, no sólo un salto. Mi idea es que quizá se trate del polvo que cae en su interior, como dijo Claire. Se calienta, emite radiación, podemos verla.

John dijo:

—Pero el tiempo de caída es largo, semanas al menos...

—Quizá su cálculo esté equivocado —dijo llanamente Abe.

—No tan equivocado —respondió testarudamente John.

Claire tuvo la impresión de que los dos hombres habían discutido antes sobre aquello. Probablemente las incertidumbres de su situación estaban haciendo mella en ellos. No resultaba fácil vivir y trabajar con un rompecabezas que empeoraba cada vez que averiguabas algo más sobre él. Así era la investigación. Pero nunca tan malo, nunca tanto, tiempo sin alguna sensación de que las brumas se estaban disipando.

Y ella tenía sus propias preguntas. ¿Por qué habían tallado los antiguos el cubo? ¿Cómo habían metido dentro la singularidad? ¿Lo habían descubierto simplemente así? ¿Y por qué habían montado el cono de ámbar? ¿Tenía algún valor ritual? ¿O miraban a través del semiopaco ámbar para ver el interior?

Se encogió de hombros y dijo:

—Oh, por cierto, tengo el informe sobre ese polvo de la obturación. —Extrajo los papeles de su amplio bolso de piel rojiza—. El laboratorio de la Universidad de Boston encontró materia vegetal carbonizada en él. Aparte esto, es simplemente roca que ha sido calentada, de tal modo que las capas de estratificación se hallan mezcladas. El único punto interesante es que la materia vegetal es reciente.

—¿La dataron con el método del radiocarbono? —preguntó Abe. Claire asintió.

—¿Qué significa «reciente»? —preguntó John, poniéndose en pie del taburete.

—Para los arqueólogos, dentro del último siglo o así. Pudo ser ayer, por todo lo que pueden decir los químicos.

—Así que alguien trasteó con el cubo —dijo hoscamente Abe—. Esto complica...

—¿Por qué alguien? —Los ojos de Claire se iluminaron bruscamente—. ¿No es posible que... fuera obra de la singularidad?

—No veo ninguna razón para suponer... —dijo Abe lentamente.

—Es posible —interrumpió rápidamente John—. Quizás incluso cuando nosotros, esto, lo dejamos caer. ¿Quizá desplazamos un poco la singularidad?

—¿Puede eyectar algo de materia caliente? —preguntó Claire.

—Y absorber algo de roca también —siguió John—. Que caería a su interior. Y tomaría este tiempo llegar cerca del núcleo, debido a la dilatación del tiempo.

—El espaciotiempo doblado —dijo Claire. Y luego, a regañadientes—: O la imaginación doblada.

—No, encaja —insistió John—. Algo salió disparado..., ¿expulsó la parte de atrás del cubo!

—¿Y fundió el cubo de roca? —Abe frunció el ceño.

—Ajá. Quizás incineró algo de polen o musgo o algo en esa cueva. Lo mezcló todo. Luego la roca se enfrió. Vemos el residuo como esa obturación.

—¿Y es por eso que su composición es distinta de la piedra caliza? —murmuró Claire.

—Está haciendo usted preguntas detalladas acerca de algo de lo que no sabemos nada —protestó Abe.

—Es todo lo que podemos hacer —dijo secamente Claire.

—Si me lo preguntan, están persiguiendo ustedes minucias cuando el auténtico misterio es inmenso, más allá de lo que podemos manejar —insistió Abe—. Hablé de nuevo con Zaninetti; él cree que deberíamos llamar a todo un equipo, conseguir ayuda...

Una fuerte e instantáneamente reconocible voz dijo al otro lado de la estancia:

—¡Aquí está!

Claire se volvió, buscando aire en su sorpresa, sintiendo que se le cerraba la garganta, y vio al coronel Alexandros Kontos avanzar a largas zancadas hacia ella, el rostro terriblemente rojo por la ira.

Con él iban tres hombres y una mujer. Los cinco llevaban uniformes del ejército griego. Claire reconoció las insignias de sargento en las mangas de cada uno excepto, por supuesto, las de Kontos, que había añadido una trencilla en la parte delantera de su alta gorra desde que lo había visto la última vez. Los cuatro avanzaban un paso

detrás de él, y todos se dirigían hacia el artefacto. Por el rabillo del ojo vio a John moverse hacia la derecha, escudando el cubo. Abe permaneció inmóvil, sin comprender.

—Han estado muy atareados, pequeños ladrones —dijo acerbamente Kontos mientras se acercaban. John adelantó una mano.

—No siga.

Kontos se detuvo.

—Tienen ustedes en su poder un tesoro nacional griego. Exijo que nos sea devuelto.

Los cuatro que le seguían se detuvieron y miraron a su alrededor, como evaluando la situación. Claire vio con alivio que no estaban armados.

—Abe, llame al 4999 —dijo John con voz tranquila.

—¿Qué? —dijo Abe—. ¿Acaso éstos son...?

—Sí. Llame.

Abe parpadeó y retrocedió hacia la pequeña oficina. Claire comprendió que el 4999 debía ser el número de teléfono de la policía del campus.

Kontos avanzó un paso más, la espalda envarada.

—Usted, apártese de ahí.

—No.

—Puede resultar herido.

—Estoy aterrado.

—¿Quiere más golpes? —preguntó Kontos, heladamente casual.

—Sólo la revancha.

—En un laboratorio —dijo burlescamente Kontos.

—No se preocupe, hay espacio suficiente para tumbarle.

Kontos se encrespó, con la mandíbula encajada. Claire captó la chisporroteante tensión entre ellos. John parecía estar burlándose deliberadamente del otro. Comprendió que estaba ganando tiempo, pero seguro que ellos lo sabían también, y mientras tanto les estaba provocando. Quizá su orgullo se lo exigía. Claire avanzó suavemente medio paso y se detuvo.

—Veo que ha traído consigo algo de ayuda —dijo John. Se metió los pulgares en el cinturón, un movimiento deliberadamente casual. Parecía una extraña estrategia, hablar tenso y adoptar una postura relajada.

La mujer cerca de Kontos avanzó unos pasos y dijo en griego:

—Es un cerdo. —Era robusta, y su actitud era casi la de un hombre, tensa y preparada. Su negro pelo estaba peinado hacia atrás en una recia trenza.

Kontos le hizo un gesto, sin dejar de mirar a John.

—A la sargento Petrakos su actitud le gusta aún menos que a mí. Y es una mujer decidida.

—¿Qué es lo que hace para el Ministerio de Antigüedades, derribar paredes?

—Tiene menos paciencia que yo. —Claire vio que Kontos estaba disfrutando con aquello.

—Kontos, tenemos garantizada posesión de esto durante algunos días más. Hampton estuvo de acuerdo con ello.

—Eso lo veremos. No olvide que un gobierno es una gran cosa, y usted sólo es una pequeña cosa.

—Vaya, es usted un buen oráculo de Delfos.

—Y usted... un chiquillo —dijo furiosamente Kontos.

—Sus guardias, aquí... —intervino Abe.

—Son mis ayudantes, personal diplomático. Hemos venido...

—¿Diplomáticos de uniforme? —exclamó sarcásticamente John.

—Muchas de nuestras funciones estatales se hallan ahora bajo control del ejército. Pero no he venido a explicarle nada a un ladrón. —Avanzó de nuevo, estudiando el cubo. John se movió para bloquear su camino. Todavía estaban a metro y medio de distancia el uno del otro.

—¿Por qué no informó del hallazgo a Hampton? —dijo John.

—¿Qué hallazgo? Desapareció.

—Usted no lo sabía. Lo había ocultado.

—Está usted mintiendo.

—¿Quiere que explique todo esto a su Ministerio?

—Estamos perdiendo el tiempo. —Señaló con un tenso dedo—. Quiero echarle una mirada.

—Quiere llevárselo.

—No. Mi misión es ver si está intacto. Si le han causado ustedes algún daño.

—Ninguno.

—Si lo han hecho, las consecuencias serán aún más graves.

—¿Qué tiene usted en mente?

—Meterlos en la cárcel.

—Tendrá que extraditarnos.

—¡Lo haremos!

—Los Estados Unidos no van a entregar a un ciudadano a su régimen de soldados de juguete.

Claire sintió una congestión en su garganta.

Sin advertencia alguna, Kontos avanzó la distancia que le faltaba y golpeó a John fuertemente en el pecho. El golpe le hizo tambalear y John se echó hacia un lado, recibiendo el segundo puñetazo de Kontos en el otro lado, con un gruñido. Kontos avanzó más, ágil, y John bloqueó otro golpe con su antebrazo. Kontos le estaba haciendo retroceder.

Todos los griegos se movieron al unísono. Claire avanzó unos pasos y la sargento Petrakos le bloqueó el camino, ladrándole algo en un griego gutural.

Kontos lanzó un puñetazo al rostro de John, apuntando al pómulo. John lo esquivó y volvió a enderezarse. Kontos se lanzó de nuevo. John hizo una finta con la izquierda y luego, con brusca rapidez, hundió su derecha en el plexo solar de Kontos, girando para poner todo su peso en el golpe.

Kontos se detuvo, con ojos llameantes. El puñetazo no parecía haberle hecho mucho daño. John estaba claramente a la defensiva.

Kontos golpeó de nuevo y le hizo retroceder, luego lanzó un puñetazo demoledor a las costillas. John jadeó. Respirando pesadamente, lanzó un golpe al rostro de Kontos, que se limitó a rozarle el hombro.

—¡Hey! ¡Hey, aquí! La policía del campus.

Entraron en tromba en el laboratorio, y sus uniformes marrones separaron a los dos hombres y advirtieron a los griegos que se estuvieran quietos.

Claire había ignorado a los otros griegos durante la pelea, y al parecer se habían limitado a mirar, esperando sin la menor duda que Kontos les proporcionara un divertido espectáculo. Ahora la policía del campus estaba intentando averiguar qué había ocurrido. Kontos proclamó con voz fuerte su inmunidad diplomática. Abe le acusó de haberlo empezado todo. John guardó silencio, frotándose las costillas, jadeando.

—Alexandros —dijo Claire—, devolveremos el artefacto y compartiremos todos nuestros resultados.

El hombre se volvió hacia ella, con ojos llameantes.

—Es demasiado tarde para eso. Tendremos eso, sí..., y más. De usted.

Su fría ferocidad casi la hizo retroceder.

—Pero usted no tiene que...

—¡Tendremos justicia! —El verla parecía haberle devuelto su ira, congestionando su rostro, haciendo que le temblaran las aletas de la nariz—. Y ningún americano volverá a trabajar en una excavación griega.

—Eso es demasiado...

—Nunca —dijo duramente Kontos.

—Mire...

Suavemente, Kontos se volvió a la policía y dijo:

—Presento una queja diplomática. Contra este hombre..., este muchacho..., y su universidad.

—Vaya estupidez —dijo hoscamente John.

Los ojos de Kontos danzaron, y su boca se crispó en una sonrisa de superioridad.

—Usted y yo no hemos terminado todavía.

## 5

A John le dolían las costillas. El doctor dijo que no estaban rotas, sólo magulladas. De todos modos, se sentía abatido..., golpeado, frustrado. La mañana siguiente era sábado, y fue a dar un paseo antes de reunirse con Zaninetti para su sesión de trabajo. El punzante frío le ayudó a disipar su avergonzada irritación.

Kontos era rápido. Peleaba bien. Siempre parecía atraparle con la guardia baja. Sabía la forma de causar un montón de problemas. John no tenía ni la menor idea de cómo detenerle.

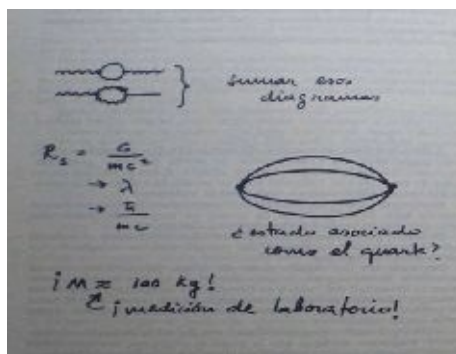
De modo que, como había hecho muchas veces antes cuando se enfrentaba con los problemas del mundo real, se refugió en las matemáticas de la física.

Zaninetti era tan rápido como un látigo. John vio aquello de inmediato. Había captado la importancia de los dos hechos principales: la liviandad del cubo y su complicado campo gravitatorio. Sin embargo, Zaninetti se había concentrado en los aspectos de la física de partículas en vez de empezar desde la relatividad clásica, como había hecho John.

—¿Por qué eso? —preguntó Zaninetti. Su estilo docente era combativo, exigiendo siempre que la gente se explicara, manteniéndola desequilibrada mientras intentaba aplacar su ceñudo escepticismo—. La clave es el cuadrupolo, ¿no? Empezee desde ahí, busque simetrías en las partículas. ¡Elija la teoría de grupo correcta, y lo tendrá! —Terminó con un gran gesto operístico de triunfo.

John decidió mantenerse distante y casual. De otro modo, iba a tener que imponerse al hombre, y eso no resultaría fácil.

—No pueden obtenerse las simetrías directamente a partir de las ecuaciones gravitatorias clásicas.



—Entonces, ¿tiene calculado el espectro de las partículas? —Zaninetti se mostró burlonamente incrédulo.

—Bien, no puedo obtener las masas, no, pero...

—¡Entonces no tiene nada! La masa, necesitamos aferrar una masa que es tan pequeña.



—Cierto, más pequeña que una montaña. Pero pienso que mis soluciones...

—¡De esta forma, no puede encontrar usted ni un cuervo en un vaso de leche!

—Conseguí delimitar el campo cuadrupolar —dijo John testarudamente.

Zaninetti abandonó al instante sus modales extravagantes.

—¿Qué simetrías? Con la gravitación, no es fácil captar campos complicados a partir de eso.

Empezaron a llenar la pizarra de la oficina de John con ecuaciones. Zaninetti vio rápidamente la utilidad de utilizar soluciones solitónicas. Al cabo de una hora se habían convencido mutuamente de que el enfoque del otro no era erróneo, sino sólo diferente. John había empezado por considerar pequeños agujeros negros, mientras que Sergio había empezado con partículas en un espaciotiempo plano y no curvado y las había elaborado hacia masas más grandes, utilizando el amplio campo de las técnicas matemáticas que dominaba.

En un cierto sentido, la mezcla de esos puntos de vista era inevitable. El ataque mecánico-cuántico de Zaninetti se apoyaba en considerar las partículas como ondas. La longitud de onda característica de una partícula estaba relacionada con su impulso, y las partículas de muy alta energía tenían longitudes de onda muy pequeñas.

Tomando una distinta orientación, John había empezado con el radio necesario de un agujero negro, el radio de Schwarzschild. Para un agujero negro con la masa de una montaña, el radio de Schwarzschild era invisiblemente pequeño. Nadie podría ver nunca directamente un objeto tan pequeño; sólo podría observar la materia caer en él y ser calentada, y medir la radiación resultante.

Cuando la longitud de onda de una partícula se volvía más pequeña que el radio de Schwarzschild, las disciplinas de la gravitación y la física de partículas se mezclaban. La masa mínima donde ocurría esto era escasamente una milésima de un grano de arena. Sin embargo, para la física de partículas fundamentales esto era increíblemente enorme, un millón de millón de millón de veces el peso de un núcleo de uranio.

El punto crucial era que ese enfoque desarrollado para la gravitación se mezclaba con aquéllos utilizados para describir las partículas diminutas. John denominaba estas soluciones «retorcimientos», con una fuerza añadida, del número cuántico «moda». Zaninetti utilizaba la jerga de partículas y unas matemáticas distintas. Los dos hombres hablaban distintos idiomas, pero llegaban a la misma conclusión.

—Sigue siendo curioso —dijo pensativamente Sergio—. Un retorcimiento cúbico del espaciotiempo. ¡Uf! —gruñó con desaprobación estética.

—Cualquier materia que cae en su interior tiene que viajar alrededor de los bordes de esos pliegues cúbicos.

Zaninetti frunció el ceño.

—Eso es lo que ve Sprangle, ¿eh? La estructura cúbica tiene el aspecto de un

cuadrado para Sprangle, porque la ve a través de sus ejes de simetría.

—Correcto. Si el retorcimiento arrastra consigo algunas corrientes, eso explica también ese campo magnético multipolar que descubrí.

—Hummm —Zaninetti no pareció convencido.

—¿Qué es lo que le preocupa, pues? —John dejó su tiza y aguardó la embestida. El estilo de Sergio era hablar suavemente, luego hacer estallar una objeción con rápidas tachaduras de su tiza por encima de las limpiamente escritas ecuaciones de su oponente, oscureciéndolas por completo.

—No me gusta este rasgo —dijo llanamente Zaninetti, señalando una ecuación que describía la fuerza entre los «retorcimientos» de John.

—¿Y? Existe una atracción entre ellos.

—Es como los quarks, ¿ve? En el laboratorio, los quarks siempre se hallan unidos entre sí, intensamente, por su fuerza.

—Cierto, pero esta fuerza no es tan intensa.

—Si, eso ayuda algo. ¿Pero qué mantiene esos retorcimientos, esas singularidades, separadas?

—No lo sé.

—Creo que tenemos tan sólo parte de la solución.

—La cosa que hay en el cubo encaja con este modelo de un solo retorcimiento —dijo pacientemente John, seguro de que estaba en lo cierto respecto a esto.

—Es usted hábil, ¿eh? —Los ojos de Sergio se apartaron líquidamente de las garabateadas ecuaciones y se posaron en John—. Ignora el hecho de que estos retorcimientos deberían atraerse entre sí, cancelar esas hermosas formas cúbicas que ha hallado.

—Digamos que de momento lo he dejado en el calentador.

—Mis matemáticas demuestran que deberían seguir adelante juntos.

—Oh, de acuerdo. Pero creo que eso es sólo una elección alternativa.

—Hay algo distinto en este extraño retorcimiento suyo. La cosa que hay en el cubo no debería existir. Hubiera debido encajar con otro retorcimiento y dar como resultado algo distinto. Más estable que esto.

—¿Quizá intervenga alguna otra fuerza? Manteniendo aparte los retorcimientos.

Ante la sorpresa de John, Sergio no desencadenó uno de sus ataques. En vez de ello, trazó rápidamente con tiza amarilla algunos símbolos abstrusos.

—Quizá, quizá. Sólo un idiota come todas las bayas que caen de los arbustos. En matemáticas hay que espigar cuidadosamente. Muchas soluciones parecen buenas..., pero la naturaleza no las acepta. —Se detuvo, contemplando pensativamente el dibujo que había hecho—. Deberían atraerse, unirse entre sí. Los quarks no existen en aislamiento. Aquí estamos olvidando algo. ¿Qué? Es un enigma.

Zaninetti aún seguía las costumbres de su país natal, así que se fue más o menos a

la una y media para una comida abundante en pasta y vino, con un *riposo* después para recobrase. John siguió trabajando, comiendo virtuosamente nueces y algunas naranjas castellanas, todo ello comprado a un precio absurdo en un mercado de exquisiteces en Newbury que Claire frecuentaba.

El punto que más le turbaba también había impresionado a Zaninetti. Supongamos, como decían las ecuaciones, que esta nueva fuerza atractiva, operando a una escala auténticamente microscópica, disfrazaba las masas de los pequeños agujeros negros. El sistema conseguía un equilibrio tomando una enorme energía atractiva potencial, y restándole una casi igualmente enorme energía repulsiva.

¿Y si ese orden se veía alterado? ¿Cuán frágil era el equilibrio? Un ligero desajuste, y la partícula podía perder su estable formación cúbica espaciotemporal. Con sólo que fuera aniquilada una pequeña parte de aquella masa montañosa, podía producirse una asombrosa explosión. Mucho peor que una bomba de hidrógeno.

Por el momento la singularidad estaba perchada en el centro de aquel cubo de piedra, aparentemente feliz de hallarse suspendida en aquella cavidad vacía. Flotaba allí, mantenida en suspensión por algunas fuerzas residuales, quizá de origen magnético. Debía haber permanecido allí durante miles de años sin desajustarse. Luego, la caída por aquel pozo lo había alterado todo.

John sospechaba que el problema de la estabilidad era ahora el aspecto más importante. Estaba preocupado por las cada vez más altas lecturas del flujo de rayos gamma que obtenía Abe. ¿Significaba esto un aumento de su actividad, quizá suficiente como para destruir el equilibrio de las fuerzas que actuaban allí dentro? ¿O estaba siendo devorada la roca? Se le ocurrió que los rayos gamma podían estar destruyendo el tubo de luz. Eso podría terminar abriendo el sello.

A finales de la tarde se cansó de hacer cálculos y decidió ir a practicar un poco de jogging a lo largo de Storow Drive, pese al frío. Llamó a Abe, le contó sus inquietudes acerca del tubo de luz, y prometió pasarse por el laboratorio antes de mañana, domingo, al mediodía. Se puso sus ropas de correr sin ninguna sensación de anticipación. El ejercicio en las frías garras del invierno era un esfuerzo de voluntad, un refuerzo para el carácter moral muy adecuado para la tierra de Cotton Mather. Los músculos se tensaban contra la voluntad de uno y el sudor se evaporaba, dejando una hormigueante película sobre la piel. Practicó a lo largo del río, bajo el fijo escrutinio de los escaparates de la calle Beacon. El cielo era de un color azul cobalto, y su aliento creaba densas nubecillas mientras corría a lo largo de los negros caminos de la Esplanade, los ojos vidriosos, las notaciones matemáticas derivando inútilmente en su cabeza.

Por mucho que le gustara trabajar con Sergio, se sentía cauteloso. Una figura importante podía penetrar en un tema y apropiárselo empleando mejores técnicas matemáticas, o simplemente dándolo a la publicidad, hablando de él, trabajando

sobre algunas de sus ramificaciones. Dando una charla en una importante conferencia, realzando su propio enfoque del asunto. Publicando el primer libro sobre el tema; los libros eran siempre referenciados según el nombre de su compilador, de modo que los auténticos autores quedaban a menudo eclipsados. Los primeros días de la teoría de los agujeros negros habían visto muchas de tales maniobras. Lacer, el americano que fue el primero en proponer métodos electrodinámicos para extraer energía de los agujeros negros, se vio relegado a un lado cuando un competidor tomó el tema, utilizando sus superiores habilidades en problemas limítrofes, empleando sus conexiones en la comunidad astrofísica, y simplemente viajando y hablando más. Aunque a John le gustaba Sergio, tendría que ir con cuidado de mantener su trabajo independiente del prominente italiano.

Se reunió con Claire para cenar. Ella estaba atareada con los preparativos de su conferencia del día siguiente. Había pasado todo el día trabajando en ella en la Biblioteca Hilles de Harvard, recelosa de acudir a la Universidad de Boston. La Hilles estaba siempre vacía excepto en tiempo de exámenes, cuando aquellos que buscaban la graduación la descubrían de pronto.

El Museo había insistido en que fuera mostrado el cubo en sí, pero Abe lo había rechazado de plano. Eso había representado largas llamadas telefónicas y un compromiso final: Claire mostraría unas cuantas diapositivas del cubo en su estado actual, aunque estuviera cubierto en su mayor parte por los aparatos de diagnóstico de Abe.

—Tomaré algunas fotos por la mañana —dijo Claire, reclinándose en una silla de mimbre en su apartamento—. Eso dará al Museo tiempo de preparar las diapositivas. Vendrás conmigo, ¿verdad? Necesitaré ayuda con las luces.

—Por supuesto.

—Gracias. Dios, vaya día. —Apagó la colilla de su último cigarrillo y la contempló, añorante—. Hay tanto que meter en la conferencia. No tengo ni idea del significado que tiene la forma cúbica. Y esa materia metálica en el fondo de las marcas de cincel..., creo que son debidas a la pintura que quedó atrapada allí, y que las radiaciones gamma del interior del cubo transformó, haciéndola brillar. Pero todavía no estoy segura. ¿Debo incluirlo?

—Es posible. Pero no tienes que clavar todas las esquinas del gran tapiz, ¿sabes? Ella asintió y suspiró.

—También recibí una llamada de mi madre.

—¿Hummm? —dijo diplomáticamente John.

—Vio el anuncio de la conferencia. Va a venir.

—Estupendo. Les sorprenderás a todos, tendrás la ciudad a tus pies.

Ella hizo una mueca.

—O se me echarán a la garganta. Tengo miedo de que Kontos se presente.

—Tal vez. El lunes probablemente emprenderá alguna acción diplomática.

—Estoy segura de que puede conseguir recuperar el artefacto.

—Nos enfrentaremos a eso más tarde. —No era necesario que se preocupara ahora por aquel extremo—. ¿Qué importa si Kontos se presenta a tu conferencia?

—Puede saltar en medio de la audiencia y denunciarme. Crear una escena. Eso hará resaltar la noticia en los periódicos, y él lo sabe.

—Haz que el director del Museo detenga a Kontos en la puerta. Que le asigne un guardia de seguridad.

—¿Quizá contratar a alguien? ¿Para que le parta las piernas? —Sonrió ligeramente, contemplando las llamas de la chimenea de su sala de estar. Chisporroteaban enérgicamente—. ¿Sabes?, creo que hay algo que me preocupa más que Kontos. Quedar mal delante de mi madre.

—Los arrollarás.

—¿Te gustaría a tí que tu madre acudiera a tus conferencias?

—Dejaría de escuchar después de los primeros diez minutos, sacaría una novela romántica y se pondría a leer.

Claire rió quedamente.

—¿Es así como esas chicas sureñas se enfrentan a la adversidad? ¿Sumergiéndose en la fantasía?

—Tienen sus propios puntos fuertes —dijo John, en guardia.

—¿Cómo cuáles? —Había un filo cortante en su tono.

—Pocos conflictos sobre..., ¿cómo los llaman?..., roles tradicionales.

—¿Por qué no traes alguna para que te mantenga caliente?

—Bajo umbral de aburrimiento.

—Entiendo. Sin embargo, te he visto hablar en fiestas con mujeres acerca de sus hijos, no de la práctica habitual en el duro y competitivo Cambridge.

—Oh, mierda.

—¿Prefieres a las obstinadas mujeres noruegas?

Sonrió sardónicamente.

—Hielo y fuego. Una combinación explosiva.

Más tarde, mientras se preparaban para irse a la cama en el frío dormitorio, Claire dijo:

—Apaga la luz.

John se abrió camino entre las frágiles antigüedades que amenazaban con desintegrarse ante el pesado contacto masculino. El estudio de Claire era eficiente, espartano, pero el dormitorio tenía rizadas cortinas azules, papel floreado en las paredes, amplios almohadones, e incluso una gran jirafa amarilla. Apagó la lámpara del despacho, notando que el frío le ponía la carne de gallina, y regresó a la cama, tanteando momentáneamente en la oscuridad para hallar su camino.

Claire dijo:

—Hay un truco que apuesto a que esas chicas no conocen. —Y John sintió un cálido círculo envolverle, apretarse a su alrededor, flexionarse deliciosamente.

—Huau —dijo.

El silencio dominical era extrañamente inquietante en las calles que John conocía tan sólo durante los ajetreados días entre semana. Estacionaron el coche en un pequeño aparcamiento delimitado con cadenas y caminaron tres edificios calle Vassar abajo. Las nubes ocultaban la mayor parte del sol y una cortante brisa soplaba del Charles. La quietud parecía gravitar sobre ellos, amortiguando el zumbido de la ciudad más allá. Tomaron un atajo entre dos anónimos edificios, y John se metió en un pasillo lateral de pequeñas oficinas del Edificio 42, utilizando la llave que le había dado Abe. Recorrieron un corto vestíbulo y doblaron una esquina hacia el laboratorio. John tuvo que abrir con llave la puerta lateral. Hizo girar el picaporte y entró delante de Claire.

La sargento Petrakos estaba de pie a unos cinco metros, mirándoles directamente. John se detuvo. Claire, incapaz de ver lo que había más allá, chocó contra él.

Detrás de la sargento Petrakos captó instantáneamente una escena congelada: dos hombres con tejanos maniobrando el cubo, metiéndolo en una caja, utilizando la polea del techo. Kontos, sujetando la cuerda que controlaba la polea, el rostro sorprendido. Otro hombre al fondo de la estancia, donde terminaba el riel por el que se deslizaba la polea, trasteando con la cerradura de las grandes puertas verticales de aquel lado. Todos llevaban tejanos y camisas baratas, pero los tejanos estaban metidos en botas militares. Eran, por supuesto, el grupo que había estado allí el viernes, evaluando el lugar.

Kontos maldijo. La sargento Petrakos comprimió los labios y adoptó rápidamente una postura defensiva, como en las películas..., los pies en un ángulo de noventa grados uno con respecto al otro, en una especie de T, y los brazos formando otra T, el izquierdo arriba y horizontal, el derecho debajo y vertical, las manos abiertas. John contempló aquellas rígidas manos, gruesas y callosas.

Ninguno de los hombres se movió. El cubo colgaba de sus cadenas, envuelto en una materia acolchada, casi sumergido en la caja de madera. En medio del silencio, John dijo:

—De este modo no van a ganar nada diplomáticamente.

—¿Con su sistema? —dijo Kontos—. Nos fue robado. Como los mármoles de Elgin.

—Los tiempos han cambiado.

—Usted personalmente lo robó..., usted y esa puta.

—Rescatado es una palabra más apropiada.

La sargento Petrakos emitió un sonido sibilante, el aliento comprimido entre unos labios tensos hasta formar una delgada línea sin sangre.

Claire se echó a un lado, incapaz de decir nada. Kontos la miró.

—Tenía entendido que a esta hora los americanos iban a la iglesia. O dormían su borrachera.

Kontos abrió la boca para decir algo, y la sargento Petrakos avanzó dos pasos, moviéndose tensa, y le pateó brusca y expertamente entre las piernas.

Nunca antes había luchado contra una mujer, en realidad nunca se había metido en una pelea importante desde la escuela secundaria, y ella le cogió por sorpresa. Una oleada de repentina náusea ascendió por su vientre, y el dolor que siguió pareció despedazar su consciencia. Sintió un irresistible deseo de doblarse sobre sí mismo, de aferrarse la parte de su cuerpo que se estaba llenando ahora de una abrumadora agonía hundiéndole en un pozo sin fondo de debilidad. Había sido golpeado tres veces de aquella forma con anterioridad, en otras tantas escaramuzas en partidos de rugby. Lo peor era el acuchillante dolor y el vacío llegando a la vez, el terrible miedo que golpeaba como un relámpago desgarrando un cielo negro, haciendo que uno se doblara sobre sí mismo de nuevo, como un niño pequeño.

Se dobló a medias y supo que, si no hacía nada, la sargento Petrakos le haría mucho más daño aún. Lo había visto en sus ojos, en la línea de su boca..., una ansiosa expectación, viendo por anticipado algo con lo que iba a gozar.

Tuvo la sensación de que si se enderezaba ella le golpearía de nuevo, probablemente un seco golpe con el filo de aquellas manos. Tenía el pie izquierdo ligeramente avanzado, apenas impidiendo que se derrumbara. Deslizó el pie derecho hacia fuera y se mantuvo doblado sobre sí mismo, la cabeza baja, hasta que consiguió equilibrarse y fue capaz de efectuar un movimiento hacia delante. Entonces alzó la vista para ver a la sargento Petrakos cerca, demasiado cerca, mirándole desde arriba con una expresión de satisfacción. Su mano izquierda ascendió velozmente y la alcanzó en el hombro, empujándola hacia un lado con un fuerte manotazo, mientras la sorpresa se reflejaba en su rostro.

La mano derecha de la mujer le dio un atontador golpe en la barbilla, fallando su blanco por una fracción de centímetro, de modo que el filo no alcanzó su objetivo, no libró toda su fuerza. Había apuntado el filo de su mano a su garganta. Se echó violentamente hacia la izquierda, intentando parecer que perdía el equilibrio. Al mismo tiempo, su puño derecho ascendió por un lado de su guardia e impactó sólidamente contra la articulación de la mandíbula de la mujer. La sargento Petrakos cayó. Había perdido ya el equilibrio, pero ahora sus piernas se agitaron y se derrumbó estrepitosamente sobre el cemento, golpeándose brutalmente la cabeza.

John acabó de erguirse y dejó que toda la oleada de dolor le invadiera, intentando apartar su mente de él y no consiguiéndolo por entero. La sargento Petrakos estaba atontada pero no había perdido el sentido; de todos modos, no iba a poder hacer mucho en los momentos siguientes. El tampoco. La mujer había utilizado el más devastador de los golpes contra un hombre, pero luego había observado los efectos en



vez de proseguir inmediatamente su acción. En la mayoría de hombres, aquello hubiera funcionado. Pero no en un defensa que había recibido muchas veces la embestida de delanteros de ciento veinte kilos de peso, aunque fueran de segunda categoría y nunca hubieran sabido atacar correctamente.

Había muchas más cosas que hacer, recordó confusamente, pero cuando consiguió enfocar su vista Kontos estaba cruzando el laboratorio con una pistola automática en su mano derecha. John se apoyó contra la pared para sostenerse, respirando profundamente para intentar hacer desaparecer el dolor que se esparcía por todo su cuerpo. Claire le dijo algo, y luego le gritó unas palabras a Kontos.

Y se lanzó contra él, ignorando la pistola. Un miedo repentino asaltó el corazón de John. Sus ojos se clavaron en la pistola. Kontos avanzaba a largas zancadas, el cañón del arma bajo, y golpeó duramente a Claire en la mandíbula. Claire lanzó un furioso grito y se tambaleó. Kontos maldijo y la golpeó de nuevo. Ella trastabilló y lanzó un puñetazo directo a la nariz del griego. Un hombre corrió detrás de ella y sujetó sus brazos. Kontos retrocedió, una mano alzada para contener la hemorragia de su nariz, la otra nivelando la automática, el rostro rojo como un tomate.

Maldijo en griego. Sus ojos eran fríos, su boca crispada. La automática apuntó al corazón de Claire.

—¡Kontos! ¡Abandonamos! —gritó John.

Kontos se contuvo, pareció pensar. Se frotó la nariz, con una mueca, y bajó la automática.

Claire se retorció contra el hombre que sujetaba sus brazos.

—¡Usted...!

—Claire, olvídale —dijo John.

Todos jadeaban, mirándose con los ojos muy abiertos, conscientes de lo que había estado a punto de ocurrir.

John respiraba profundamente. Sus piernas temblaban. *Bien, de acuerdo, pensó. El juego ha terminado, no ha ocurrido nada irreparable. Sólo daños menores, un exceso de nervios. Respira.*

—Esto es estúpido —dijo amargamente John. Él y Claire estaban atados a sendas sillas en la pequeña habitación del terminal del ordenador. Kontos había asignado a la sargento Petrakos la tarea de atarles, y la mujer había apretado excesivamente los nudos, con evidente placer.

—¡Kontos, no se va a salir con bien de ésta! —exclamó Claire. Podían ver el cubo a través de la partición de cristal, ahora completamente embalado, ser bajado a la plataforma de la parte de atrás de una camioneta Ford azul de plataforma abierta. Los griegos habían necesitado menos de diez minutos para decidir qué hacer con Claire y John, terminar de meter el cubo en la caja, alzar las puertas de acero del otro lado y meter de espaldas la camioneta. Actuaban como si lo tuvieran todo bien

ensayado, con un mínimo de palabras. John tuvo que admirar su profesionalidad; toda la operación, incluso con su interrupción, les había tomado menos de una hora.

Kontos entró en la oficina y asintió aprobadoramente al trabajo de la sargento Petrakos.

—Espero que serán encontrados pronto —dijo—. Pero no lo bastante pronto. Por aquel entonces ya estamos volando de vuelta a Grecia.

—Nunca conseguirán pasar la aduana —dijo Claire. Kontos bufó desdeñosamente.

—Puro papeleo. También he tomado las notas de laboratorio. Déle de mi parte mis disculpas al profesor Sprangle. No es culpable de nada, pero tendrá que sufrir igual las consecuencias.

—Escuche —dijo John—, toda esta historia de policías y ladrones está muy bien, pero ya no se trata de un asunto de mera arqueología, Kontos; esto es mucho más importante. Ese cubo...

—Nuestra herencia nacional es la más grande del mundo. Lucharemos por conservarla.

—Está hablando como si esto fuera una conferencia de prensa. Yo...

—Son ustedes quienes van a tener que dar explicaciones a la prensa. Habrá algunas preguntas embarazosas. —Ahora que ya había actuado, Kontos se mostraba más digno, aunque su persistente semi— sonrisa traicionaba su alegría interior.

—Mire, ese cubo es importante también por razones físicas. Tiene que saber que puede ser peligroso.

—Sólo para la gente que lo robó —dijo Kontos, divertido.

—¿Cómo usted?

—Nosotros lo reclamamos. Bajo órdenes expresas de nuestro gobierno.

—Cuando hubiéramos terminado con las mediciones...

—Esa fue una táctica tan obvia como estúpida. Darían explicaciones, y encontrarían un millón de excusas para retrasar eternamente las cosas.

—Donald Hampton —dijo rápidamente Claire— debe haberle explicado...

—Que debemos esperar, sí. Donald es un hombre de confianza. Pero hay muchas razones por las que el gobierno americano puede desear conservar algo tan hermoso. Nos insultan reteniéndolo. —Los ojos de Kontos brillaron—. Pero ahora ya no.

—Dentro de él —dijo John— hay algo que aún no comprendemos. Creo que puede tratarse de... un nuevo tipo de partícula, potencialmente inestable. Está emitiendo ya una gran cantidad de rayos X, y está devorando todo lo que encuentra en su camino... Espere: el tubo de luz. ¿Lo han quitado?

Kontos pareció desconcertado.

—¿El tubo flexible? Sí.

—Entonces lo habrá oído —dijo Claire—. El vacío.

—Uno de mis hombres sacó el tubo. Yo no oí nada. Hay un sello, allá donde al parecer tomaron ustedes una muestra.

—Es el collar autosellante que puso Abe en torno al tubo —dijo rápidamente John—. Encajará en el agujero. Pero hay radiaciones peligrosas...

Kontos echó una mirada a su reloj, e hizo una seña con la cabeza a la sargento Petrakos.

—Evidentemente, a ustedes no les ha hecho ningún daño. Estudiaremos todo esto en Atenas. Si es interesante para la física, mejor aún. El viernes, Hampton observó que este descubrimiento puede hacernos famosos. Mejor que esté en Grecia, pues.

Salió de la habitación, cerrando la puerta a sus espaldas para ahogar sus gritos: ambos le llamaron mientras cruzaba el laboratorio, mirando a su alrededor en busca de algo útil que pudiera haber olvidado. Contemplaron a través del cristal cómo la camioneta se dirigía a la salida y los hombres bajaban rápidamente tras ellos la puerta de acero, dejando que se cerrara con un seco estrépito. Al cabo de un momento les llegó el ruido del motor del vehículo, alejándose. Luego silencio.

—Mierda —dijo suavemente John.

—No puedo creer que él...

—Bien, pues lo ha hecho. El asunto es: ¿qué hacemos nosotros?

—¿Recuerdas el viernes, lo impredecible que se mostró? Los dos os pasasteis el tiempo chillándoos, pero mientras tanto su grupo estaba examinándolo todo, pensando en volver, forzar la entrada y...

—Repito, ¿qué hacemos?

—¿Intentar arrastrar estas sillas hasta el escritorio? ¿Procurar descolgar el teléfono? ¿Marcar el número de la policía con la lengua? —Claire bufó.

—Si tan sólo Abe llegara pronto —dijo John. Agitó las manos, pero la sargento Petrakos sabía hacer bien su trabajo, y había utilizado cuerda de nilón.

—Es posible —admitió Claire—. Y la policía podrá buscar la camioneta.

—Sobre todo teniendo en cuenta que vi su matrícula —dijo John—. Se reflejaba en esta placa de acero inoxidable del espectrómetro..., ¿la ves?

—¡Estupendo! Su vuelo no puede salir inmediatamente. Hay que llenar un montón de papeles para embarcar algo tan pesado en un avión. Una llamada a Logan...

—¿Cómo está tu lengua?

—Una buena pregunta. Ni siquiera puedo mover esta maldita silla.

John suspiró. Le dolía la entrepierna y aún sentía náuseas. No podía liberar lo suficiente sus pies para alzar ligeramente la silla y moverla. Todas las soluciones que utilizaban los detectives en las películas no parecían aplicarse aquí. Quizá apareciera algún policía de la universidad haciendo su ronda, pero eso no era probable en domingo. Indudablemente Kontos había tenido la posibilidad de averiguar aquello

también. Tenía canales.

—Al menos, hay una cosa buena —dijo John.

—¿Qué puede ser bueno en este asunto?

—Ya no necesitas estar nerviosa. Kontos no se va a presentar a la conferencia de esta noche.

El señor Carmody de Washington vestía bien. Llevaba el denso pelo castaño muy corto, y sus zapatos relucían recién limpiados. Se sentaba confortablemente tras su escritorio, cuidando de no arrugar su atildado traje gris. En su perchero, observó Claire, un sombrero marrón de ala corta a la última moda coronaba un rojizo gabán.

Estaban en la octava planta del Edificio Federal John Fitzgerald Kennedy, entre las calles Cambridge y Congress. Al parecer, la calefacción no funcionaba los fines de semana. Claire se estremeció ligeramente. Al parecer también, el señor Carmody se había apoderado de la oficina tras una llamada telefónica de dos minutos. Como testimonio de su poder, era impresionante. Una gruesa moqueta, cortinas marrones a juego con las paredes color pastel, incluso un sofá. Acababa de decirles lo preocupado que estaba el Departamento de Estado acerca de todo aquello, lo cual era precisamente el motivo de que hubiera tomado el primer vuelo hasta allí desde Washington.

—Se trata de un asunto sin importancia, o al menos eso me pareció hasta que el doctor Zaninetti habló con algunos personajes de la Administración —dijo Carmody. Enlazó solemnemente las manos. En contraste con sus inmaculadas ropas, su rostro era áspero y marcado por la viruela, una piedra falsa en un marco de oro.

—¿De veras? —se sorprendió Claire.

—Debió llamar inmediatamente —dijo John.

—El doctor Zaninetti tiene la teoría de que este objeto, el objeto robado, puede ser peligroso. —Carmody aguardó una seña de asentimiento de ambos.

En vez de ello, John dijo enérgicamente:

—No es su teoría, pero puede que tenga razón. He pensado mucho en el problema, más que Zaninetti, y sí, la singularidad en el centro del cubo puede que se halle en un equilibrio precario.

Claire suspiró. Sabía lo que iba a venir a continuación. Carmody hizo las preguntas previsibles acerca de las singularidades, y John respondió: ¿grande cómo? (infinitesimal); ¿peso? (unos cien kilos, no más); ¿energía contenida? (megatonnes de TNT); ¿cómo ha permanecido tanto tiempo en el cubo? (atrapada en campos magnéticos producidos por el hierro dentro del cubo).

Carmody preguntó cómo la habían encontrado los antiguos, y Claire dijo que debió haberse producido algún ruido o desprendida alguna luz cuando una esquirla de piedra cayó en la singularidad. Señaló que el cono de ámbar era translúcido; quizá se vieron maravilladamente asombrados por los ocasionales estallidos de luz de su interior. Todavía no había respuestas sólidas.

Luego la discusión regresó a las energías retenidas. Mientras John luchaba por transmitir la naturaleza provisional de sus cálculos, ella pensó en lo que la aguardaba

aquella noche. La conferencia iba a tener ahora una conclusión espectacular..., el anuncio de que el cubo había sido robado. Y, sorprendentemente, toda la agitación del día había hecho imposible que se sintiera nerviosa acerca de la conferencia. Tenía sus diapositivas, y ahora no sentía ninguna necesidad de ensayar nada. Para popularizar un desarrollo científico siempre era crucial cruzar el angosto estrecho entre la Escila del desdén profesional y el Caribdis de la confusión pública. Quizás, entonces, pudiera deslizarse a un lado del escrupuloso profesionalismo, confiando en el drama público para proporcionar un interés humano.

Abe les había encontrado aproximadamente hora y media más tarde. Los primeros policías en llegar fueron dos clichés con cuello de toro en un coche patrulla. Estudiaron intensamente la puerta de acero en busca de indicios, como si nunca hubieran visto una antes, y luego se quedaron mirando a su alrededor con aspecto aburrido. Apareció un detective de la comisaría de Cambridge, tampoco particularmente excitado. Llamó rápidamente al aeropuerto, pero no había registro de nadie embarcando un objeto grande para Grecia. Estaban comprobando otros destinos. Mientras tanto, la policía del aeropuerto estaba sobre aviso, y etc., etc.

Más allá de eso, la policía no se mostró particularmente preocupada. Comparado con los accidentes de tráfico de fin de semana, los robos con violencia y un francotirador suelto en Somerville, perder una vieja pieza de roca no era algo que acelerara el pulso a nadie.

Claire llamó a Hampton, que se mostró convenientemente impresionado. Afirmó no tener ninguna idea de los auténticos planes de Kontos, y enfatizó que él, Hampton, había dejado muy clara la necesidad de dejar que las mediciones físicas se efectuaran en el MIT durante otra semana. Hampton se explayó acerca de la reputación de Kontos, afirmando su seguridad de que era algún terrible malentendido lo que debía haber forzado al hombre a hacer aquello.

Sólo Zaninetti se mostró agitado ante la noticia, y actuó por su cuenta, utilizando todo el peso de sus contactos en la Academia Nacional y probablemente en otros lugares. Zaninetti estaba en aquellos momentos intentando conseguir una mayor actuación por parte de la policía local.

—Señor Carmody —interrumpió Claire la cuidadosa explicación de John sobre física—. ¿Pertenece usted al Departamento de Estado?

—No, obtuve mi información a través de ellos. Hasta este momento están manejando el asunto como un problema diplomático.

—Entonces, ¿a quién representa? El señor Carmody sonrió cautivadoramente.

—Digamos que soy una especie de mediador general. Me ocupo de las situaciones en las que las grandes agencias, bien, podrían tardar bastante más tiempo en poner las cosas en su sitio.

—Así que alguien piensa que esto puede ser peligroso —dijo llanamente Claire.

—Si el doctor Zaninetti está en lo cierto, y el doctor Bishop, por supuesto, entonces esta, hum, singularidad, es una bomba potencial.

—Y los griegos han salido del país con ella.

Carmody agitó la cabeza.

—No a través de ningún aeropuerto cerca de aquí. Un avión privado, quizá..., aunque no entiendo cómo pueden haber podido pasar las aduanas.

—Kontos puede haber falsificado los papeles —dijo ella—. Yo lo hice una vez.

Carmody alzó las cejas ante aquella revelación, pero no dijo nada. Luego frunció los labios y murmuró:

—Sin embargo, hemos localizado la camioneta.

—¿Dónde? —preguntó Claire.

—En una calle que conduce a Logan.

—Entonces deben haberlo sacado por vía aérea.

—Pero las autoridades de carga aérea dicen...

—¿Qué hay acerca de los aviones privados?

—Tienen que pasar por los mismos controles. No hay ningún signo de los griegos, o de una carga como la que ustedes describen.

—Compruébenlo de nuevo —dijo Claire obstinadamente.

—Oh. Bien, esto indica también que no les preocupaba demasiado que la camioneta fuera hallada pronto. Después de lo que le dijo Kontos acerca de irse por aire, sabía que lo primero que comprobaríamos sería Logan.

—Así —dijo John—, usted imagina que pensaron que lo mejor era estar muy lejos cuando ustedes encontraran la camioneta.

—Sí. Un misterio. Fueron a Logan, pero no se marcharon por aire desde allí.

—No —dijo Claire—, la camioneta fue allí. Donde nosotros esperábamos que fuera.

Carmody hizo chasquear la lengua.

—¿Y se llevaron el artefacto a alguna otra parte?

—Ajá —dijo John—. A cualquier maldito lugar. ¿De dónde era la camioneta?

—De la Hertz.

—Hum. —John frunció el ceño—. Si trasladaron el cubo a otra camioneta...

—¿No parece esto muchas molestias, cuando lo que uno intenta es escapar? —preguntó Claire.

—Esa gente se tomó muchas molestias. Plantaron escuchas por todo ese laboratorio suyo. Mi gente acaba de encontrar media docena de ellas.

—¿Qué? —dijo John—. ¿Para escuchar lo que decíamos?

—Exacto. Oyeron todos sus planes. Indudablemente sabían que planeaban ustedes trabajar aquí el domingo por la mañana.

—¡Maldita sea! —dijo Claire—. Esa pelea.

—¿Qué? —John pareció desconcertado—. Oh, entiendo. Mientras Kontos y yo nos enzarzábamos en ella, su gente plantó las escuchas.

—Supuse que había algo extraño en la forma en que ocurrió todo —dijo Claire—. Kontos parecía tan malditamente seguro de sí mismo.

—¿Y qué? Siempre ha sido así —dijo John débilmente.

—Depende de lo mucho que se dijeran ustedes en el laboratorio —señaló Carmody—. Kontos sabe algunas de sus ideas acerca de la singularidad. Que este cubo puede ser un arma. —Les miró fijamente, como si esperara alguna reacción.

—¿Un arma? Nunca utilizamos este término —señaló John.

—Bien. Se le ocurrió al profesor Zaninetti.

—Mire, todavía no sabemos lo suficiente ni siquiera para imaginar cómo una partícula de este tipo puede ser usada de esa forma —dijo John—. Todo son especulaciones.

—Kontos tiene consigo auténticos profesionales. Parecen gente de la Inteligencia griega. Bien, nosotros ayudamos a entrenarlos, imagino. Dado el tiempo necesario, deducirán todo esto.

—Pero aunque lo hagan —dijo John—, hay un gran salto...

Carmody tabaleó en su escritorio.

—Con los soviéticos haciendo sonar sus misiles y empujándolos hacia el Mediterráneo, esa información puede llegarles muy fácilmente. No podemos permitir que ocurra.

—Pensé que con nosotros reduciendo nuestras tropas en Europa, las cosas mejorarían —indicó Claire.

—Lo que ceden en un lugar, lo toman en algún otro —dijo Carmody.

—Lo importante es: ¿dónde está el artefacto? —exclamó John, con un toque de impaciencia—. ¿No pueden sus hombres rastrear a Kontos?

Claire sonrió ligeramente.

—Estamos completamente encallados.

—Tiene que tratarse de algo mucho más simple —dijo Claire—. Quiero decir, quizá Kontos cambió sus planes cuando lo cogimos.

—Diría que «cogimos» no es la palabra más adecuada —murmuró John a su pesar—. Más bien fue lo contrario.

—No, quiero decir, no debía estar seguro de que no hubiéramos visto la matrícula de aquella camioneta.

—O que alguien la detuviera mientras se alejaban del lugar —admitió Carmody.

—Todo esto es demasiado confuso —dijo Claire.

—Y no nos concierne a nosotros —añadió Carmody—. La policía sabe mucho más acerca de todas estas cosas, aunque por supuesto éste no es un robo vulgar.

—Podríamos buscar otras formas en que puedan abandonar el país —señaló John.



—¿Conducir hasta Canadá? —preguntó Carmody—. Por rutina, la policía...

—No, por mar. Simplemente alejarse navegando con su botín.

—Hummm. Parece un método más bien lento para alguien que está huyendo de la policía.

—Kontos posee recursos poco habituales. Por ejemplo, hay cargueros griegos por todo el puerto de Boston. —John miró su reloj—. Claire, se acerca la hora.

—¿Qué hora?

Le hablaron de la conferencia. Carmody frunció el ceño.

—No, no pueden hacer ustedes esto.

—¿Por qué no? —preguntó Claire.

—No son ustedes los únicos científicos en el mundo. Puede que Kontos sea un estúpido, pero otros no. Esta cosa puede tener enormes implicaciones, y ha desaparecido. Si es inestable, y está todavía en Boston, puede hallarse en cualquier parte..., ¿entienden?

Claire podía entenderlo, lo cual era una desgracia. Había contado con su conferencia para recuperar algo de su reputación, o al menos para detener la marea de habladurías que recorría ahora todos los departamentos de arqueología del país, si no del mundo.

Empezó a explicar esto, pero Carmody agitó la cabeza.

—Tiene que comprender usted que sus intereses, y los aspectos arqueológicos de todo el asunto, son secundarios. —Carmody hizo chasquear de nuevo la lengua, un hábito que estaba empezando a irritar a Claire—. Los intereses de la seguridad nacional exigen que no hable usted. Al final, quizá dentro de unos pocos días, tal vez podamos volver sobre eso. Entonces —sus ojos brillaron—, entonces podrá contarle usted todo. ¿Es esto pedir demasiado?

Sí, pensó ella, y rechinó los dientes. Pero no parecía haber ninguna salida. En un solo día había perdido su artefacto y la oportunidad de hablar.

Al menos sus doloridas costillas estaban mejorando, reflexionó melancólicamente John mientras cruzaban el Charles a la mañana siguiente, un lunes claro y soleado. Todo el mundo había olvidado aquella particular humillación, la forma en que Kontos no sólo había golpeado a John, sino que lo había hecho para cubrir la implantación de aparatos de escucha. Era esto último lo que dolía realmente.

Lo apartó de su mente. Su teléfono había sonado durante toda una hora aquella mañana, con llamadas de amigos que habían oído los rumores. Abe se presentó para decir que Zaninetti deseaba una reunión de inmediato en el laboratorio, para dejar bien aclarada la historia. Evidentemente iba a ser estrechamente vigilado por Carmody, y además, inevitablemente, por la prensa. Hampton había indicado ya que acudiría. John llamó a Claire y salió.

Vio una multitud en la entrada del MIT. Se dispersaba por el Memorial Drive bajo un duro cielo gris. Las unidades de televisión le prestaban la atención y el respeto que automáticamente se ganaba cualquier multitud con una causa. Por un momento temió que hubiera habido alguna filtración, pero mientras cruzaba el puente de Harvard pudo ver que las pancartas estaban llenas con la palabra nuclear, normalmente escrita en rojo con un contorno naranja para indicar, quizá, la radiación.

Mientras se abría camino entre la gente, que había empezado a cantar, una mujer se le acercó con una gran pancarta y un fajo de hojas de propaganda. La pancarta decía:

ENERGÍA NUCLEAR = GUERRA NUCLEAR = MEDICINA NUCLEAR

—¿Se une usted a nosotros? —le preguntó la mujer.

—¿Qué opina usted acerca de la familia nuclear? —respondió él, y siguió su camino.

Hacía unas semanas había estado leyendo una tesis de un estudiante superior sobre la historia de la ciencia en aquel siglo, y había encontrado que parte de ella era sorprendente. En los años treinta, la gente deseaba volverse radiactiva. Era la nueva palabra de moda. El radio podía ayudar a los pacientes con cáncer, por supuesto, pero eso no era todo. Muchos creían que un poco de radiactividad era un sano estimulante. Spas anunciaba orgullosamente la radiactividad natural de sus aguas. Podías tomar radio en cápsulas, pastillas, comprimidos, sales de baño, linimentos, cremas, inhalaciones, inyecciones o supositorios. Podías comer caramelos de chocolate ligeramente radiactivos, luego lavarte los dientes con pasta dentífrica radiactiva. Los fabricantes proclamaban que sus panaceas podían proporcionar alivio a la tuberculosis, el raquitismo, los tumores, la calvicie y la impotencia sexual.

Ahora la sociedad estaba sufriendo la reacción. Todo lo nuclear era calificado con

la misma etiqueta, uniendo a luditas y pacifistas con todos los demás anti-todo. Quijotes atacando satánicos molinos. John agitó la cabeza. En cierto modo era triste, porque las auténticas estupideces de la época se hallaban en otros lugares. Para él era una locura quemar el precioso petróleo para proporcionar electricidad, como podría serlo el fabricar percheros con platino. Lo que estaba empezando a verse claramente ahora, sólo a medida que las reservas de petróleo menguaban visiblemente, era que el petróleo era más valioso como lubricante, en especial a altas temperaturas, y que no había buenos reemplazos. Pero éste era un argumento sutil, incapaz de llamar la atención a los portadores de pancartas. Suspiró. No quiso imaginar lo que aquella gente haría con la singularidad. Suspiró de nuevo.

Y se dio de manos a boca con el equipo de cámaras en el laboratorio de Abe. Estaban aguardando impacientemente fuera, con un hombre con una chaqueta de cuero golpeando las puertas de acero. Le vieron acercarse y se volvieron para gritarle preguntas. John utilizó su llave de la puerta lateral y se deslizó dentro antes de que pudieran alcanzarle.

Donald Hampton acudió a recibirle a largas zancadas.

—Quiero que sepa lo desagradablemente impresionado que me siento ante toda esta atención.

—¿Usted ha traído a toda esa gente de la televisión? —preguntó secamente John.

—Bueno, después de la llamada de Claire, tuve que notificárselo al presidente de nuestra universidad, y él...

—Estupendo. ¿Así que lo saben todo acerca de los aspectos físicos?

—Bueno, teniendo en cuenta las circunstancias, tuve que dar la cara para justificar el hecho de que el artefacto no fuera devuelto inmediatamente, y repetí algo de lo que Abe había dicho, pero...

—Oh, Dios.

Claire estaba hablando con Abe. John le dijo a Hampton que saliera y se ocupara de los malditos equipos de televisión, puesto que era él quien lo había soltado todo, y que hablara solamente de arqueología y del lamentable robo. Los otros estaban reunidos en torno al espacio vacío donde, en un expectante círculo, los aparatos de diagnóstico aguardaban un artefacto que ya no estaba allí. Cuando se acercó, Claire dijo:

—Oh, te libraste de él. Me has ahorrado el trabajo de sacarle los ojos.

—De acuerdo, mira, cometió un error...

—Imposible. Errar es humano.

—...y no hay nada que podamos hacer para remediarlo y no alarmar a los altísimos media.

—¿Cómo está tu mandíbula? —preguntó Claire—. Su aspecto es horrible.

John se la tocó delicadamente.

—Esta noche se ha puesto rígida —dijo, con los dientes apretados para reducir el movimiento—. Es lo más cerca que puedo llegar a un acento de Harvard.

Claire sonrió afectuosamente. Las orugas blancas de las cejas de Abe se arquearon cuando dijo:

—Estoy de acuerdo en eso, nada de televisión. Esos malditos bastardos se llevaron mis datos. Si puedo negociar que me los devuelvan antes de que todo el asunto salga por el tubo idiota, quizá entonces tengamos una posibilidad de recuperarlo. Además, si es peligroso como dicen usted y Zaninetti, deberíamos informar al gobierno griego.

Todos estuvieron de acuerdo. Abe añadió:

—He comprobado también mis contadores de rayos X y gamma. Esto forma parte de la historia. Registraron un aumento del flujo, firme y constante, a lo largo de toda la noche del sábado, hasta que fue quitado de aquí.

—¿En todos los contadores? —preguntó John.

—No, los de aquí muestran aproximadamente tres veces el índice medio. —Abe se dirigió a cinco contadores que cubrían un cuadrante. Los bolsillos de su chaqueta abultaban con instrumentos eléctricos que se había metido ausentemente en ellos y había olvidado—. El cono estaba apuntado en esta dirección, ¿recuerdan?

—Sí... —dijo lentamente Claire—. Estábamos atentos a la emisión de la obturación, y supongo que olvidamos el lado del cono.

John estudió los registros de cada detector y frunció el ceño. El máximo estaba a lo largo del eje del cono, lo cual no era sorprendente..., menos roca que detuviera la emisión. ¿Pero por qué la radiación más fuerte estaba a lo largo del cono, en vez de en la obturación?

—La singularidad está desprendiendo radiación preferentemente en una dirección —dijo.

—¿Significa esto que está absorbiendo más materia de un lado que de otro?

—Me temo que sí. Quizá en estos momentos esté devorando toda la roca del interior en esa dirección.

—¿Pese al hecho de que el polvo de la perforación de la obturación procedía del lado opuesto?

—Correcto.

—¿Crees que... se está volviendo más inestable? —preguntó suavemente Claire.

—Sí. —Era sólo una hipótesis razonable, no una certeza, pero no podía pensar en ninguna otra interpretación.

—Deberíamos decírselo al señor Carmody —dijo Claire.

—Sí.

Carmody ya lo sabía. Llegó unos momentos más tarde, y se ocupó inmediatamente de los equipos de televisión.

—No ha tenido que discutir mucho con ellos —dijo John cuando Carmody entró de nuevo en el laboratorio.

—Ningún problema. Mis hombres se han ocupado del asunto —respondió Carmody. Llevaba una trinchera y no se la quitó, como si no pensara quedarse. Una corbata roja asomaba por su desabrochado cuello. Ni siquiera se quitó su sombrero de fieltro.

—¿Qué les han dicho?

—Cualquier cosa que funcione —dijo Carmody, cerrando claramente el tema.

John le presentó a Abe y luego a Hampton, que permanecía ligeramente apartado de los demás, con aspecto de estar fuera de lugar allí pero no deseoso de marcharse. Evidentemente Hampton se daba cuenta de que aquello era importante, pero no sabía lo que estaba ocurriendo y nadie se había molestado en decírselo.

Abe explicó rápidamente sus datos y conclusiones. Expresó las cosas a su habitual manera científica, utilizando frases salpicadas con «parece probable» e «hipótesis de trabajo» y «quizá». Carmody no era un hombre al que le gustasen las inseguridades. Frunció el ceño y preguntó:

—Los registros más intensos son de este lado, hacia el nordeste. ¿Significa eso algo?

Le aseguraron que no.

—¿Creen que esa cosa, esa singularidad, pueda estar rompiendo la roca?

—Sí —dijo John. No servía de nada ser excesivamente provisional.

—Habló con el profesor Zaninetti esta mañana. Estima la masa mínima de la «configuración libre», como él la llama, en un equivalente a una cabeza de combate de hidrógeno de cien megatones. ¿Están ustedes de acuerdo?

—Sí. —Aquella era una cifra razonable. Todo dependía de cómo se separaran los componentes y lo eficientemente que convirtieran su masa-energía en otras formas, pero Carmody no querría oír hablar de nada de aquello.

—Correcto —dijo Carmody, como si tomara una decisión—. ¿Tienen algún teléfono seguro en este campus? —Cuando John le miró sin comprender, añadió—: No importa. Arreglaré las cosas en el coche. Vengan. —Hizo un gesto a Abe, Claire y John, ignorando a Hampton.

—¿Dónde?

—A los muelles. Tenemos una pista sobre Kontos allí.

John se dio cuenta de que no se encaminaban a los muelles de Boston sólo cuando se detuvieron para pagar el peaje en el túnel Callahan. Carmody seguía hablando por el teléfono de la parte delantera del sedán, sellado tras una formidable partición transparente. Había un impresionante despliegue de aparatos de comunicación allí delante, y el Lincoln Continental mostraba en toda su estructura una recia solidez, como si pesara más de lo habitual. Apenas notaban los inevitables

baches de las calles de Boston, prueba de unos amortiguadores reforzados.

Salieron a Boston Este, a kilómetro y medio al sur del aeropuerto de Logan, e inmediatamente giraron a la derecha en la calle Maverick, más allá de un grupo de casas de tres pisos que, pese a su edad, estaban bien conservadas. Giraron al sur y entraron en una zona de decrepitos almacenes y gasolineras y miserables casas de comidas. Al cabo de unas manzanas el conductor frenó la marcha para permitir que el coche que les seguía, idéntico al suyo, les alcanzara. Luego giraron a la izquierda y se detuvieron junto a un largo muelle. El aire olía a sal, y los camiones iban de un lado para otro.

Carmody salió sin mirar atrás para ver si alguien le seguía. Se dirigió directamente a un edificio de ladrillo con el cartel "Bregkenridge, consignatarios" sobre la puerta. Del otro coche salieron varios hombres con largos abrigos. Se detuvieron junto a, los coches y miraron a su alrededor. Durante el viaje los tres académicos se habían visto aislados en el asiento de atrás del coche de Carmody, y no sabían nada de lo que estaba ocurriendo. Puesto que nadie les detuvo, salieron del coche y entraron también.

La entrada estaba dominada por un largo mostrador cubierto de papeles. Un irlandés vestido con un mono estaba de pie al otro lado, y les miró interesado pero confuso. Carmody estaba hablando con un hombre delgado vestido con un voluminoso abrigo que no le encajaba demasiado bien. John se preguntó si llevaría algún arma debajo. Carmody se volvió, como si se diera cuenta por primera vez de su presencia, e hizo una seña a Claire.

—Doctora Anderson, ¿quiere echarle una mirada a esto?

El hombre delgado sostenía un libro de registro en sus manos. Lo abrió sobre el mostrador.

—¿Reconoce esta letra?

Claire miró.

—Sí, creo que sí. Esas eses y tes retorcidas. Las he visto otras veces. Kontos escribía sus anotaciones de este modo en la excavación. Tuve que descifrarlas para el inventario.

Carmody pareció satisfecho. Claire dijo:

—Esto es un recibo por derechos de amarre. ¿Tienen algún barco aquí?

El irlandés, inclinándose sobre el mostrador, dijo:

—Ajá, un viejo y destartado remolcador. No gran cosa. Matrícula griega.

—¿Cuándo se fueron? —preguntó Carmody.

—Mírelo ahí mismo, en el libro. El domingo, al mediodía.

—¿Cargaron algo en él? —preguntó Carmody.

—Algo, sí; una caja, creo.

—¿Sin pasar por el capitán de puerto?

—Tuvieron que hacerlo, sus papeles estaban en regla.

—¿La cargaron en cubierta?

—No, abajo en la bodega.

—Por supuesto, querían mantenerla fuera de la vista —dijo Claire—. La descargaron aquí, luego condujeron el camión hasta el aeropuerto, donde esperaban que lo encontráramos.

—Así que se han ido —dijo John.

—No —respondió Carmody, saliendo ya del lugar—. Su embarcación se hundió frente a Castle Island. Fue así como los rastreamos hasta aquí.

El puerto interior de Boston no es hermoso, particularmente en un frío día de invierno. Castle Island es un muñón de tierra que se proyecta desde el sur definiendo su boca. Al sur de allí está City Point Beach, donde la gente que no quiere molestar en viajar más al sur, hacia Quincy, va de picnic. Aquel día la lánguida extensión de roca y arena que forma la media luna de la playa estaba desierta excepto cuatro buceadores que acababan de salir a la orilla. John se preguntó cómo alguien buceaba en un día como aquél, hasta que Carmody salió de la parte delantera del Lincoln y avanzó hacia ellos.

Carmody había permanecido al teléfono durante todo el trayecto de vuelta a Boston y luego hacia el este por la calle Summer. El tráfico había disminuido en Broadway, y a partir de ahí habían ido rápido. Cuando Carmody volvió a colocar el auricular en su base se limitó a mirar directamente al frente, sin intención de decirles nada a los tres que iban en el asiento de atrás. John estaba empezando a sentirse como un prisionero siendo llevado a la jefatura de policía.

Siguieron a Carmody de nuevo, esta vez con cinco hombres del otro coche que no parecían los mismos pero que daban la misma sensación: sólidos, imperturbados, alertas. Mar adentro, una gran barca a motor avanzaba lentamente hacia el norte. Había otros dos buceadores de pie en su popa.

—¿Te diste cuenta de que ayer Carmody no dijo realmente de dónde procedía? —dijo Claire.

—Por supuesto que lo hizo —respondió John—. Mencionó el Departamento de Estado, pero no dijo que fuera uno de ellos.

—¿Quiénes son esos hombres, del FBI?

—No es su jurisdicción.

—¿De la CIA, entonces?

—Quizá, aunque no querrán meterse mucho en un asunto interno como éste.

—Entonces, ¿quién...? —Pero se estaban acercando ya a los buceadores, que examinaban unos restos. Algunos de ellos habían sido arrastrados hasta la playa y flotaban en la resaca. Los buceadores estaban dándole la vuelta a algunas planchas. La madera parecía ennegrecida en un extremo.

—Parece como si hubiera ardido —le estaba diciendo Carmody a uno de los buceadores.

—Hay un gran agujero en la popa, debajo de la escotilla —dijo el buceador. En su mojado traje llevaba escrito ARDITTI.

—¿Eso fue lo que lo hundió? —preguntó Carmody.

—Parece.

—Pero hubo un incendio.

—No demasiado. Esas tablas ardieron, seguro, pero dentro de la bodega no hay mucho daño.

—¿El fuego abrió la bodega?

—No lo sé. Es curioso, no se parece a un naufragio típico. Quiero decir, no hay daños importantes excepto este agujero, como he dicho.

—¿Pueden entrar fácilmente en él?

—Seguro, bajó sólo hasta unos veinte metros. Sin embargo, hay lodo. —Arditti hizo una mueca. Por el olor que brotaba del agua, John supuso que había algo más que lodo.

—¿Algún rastro de la caja?

—No, señor.

—¿Algún cuerpo?

—Ninguno hasta ahora. Aunque la marea puede haberlos arrastrado.

—Compruebe atentamente la embarcación.

—Sí, señor.

—Rastree la zona en busca de la caja. Cuidado con la radiación. Consiga más hombres. Haré que la Patrulla del Puerto selle el lugar.

—Sí, señor.

La actitud de Arditti era militar y respetuosa. No hizo preguntas, se limitó a hablarles a sus hombres. Empezaron a ponerse de nuevo sus botellas de aire.

Carmody suspiró y se volvió a los académicos.

—Recibimos un informe de la Patrulla del Puerto. Por todo lo que pueden decir, nadie de ellos vio hundirse al remolcador, Era domingo, no había nadie por los alrededores, pero aunque lo hubiera habido, debió hundirse tan rápido como para escapar a cualquier observación. Un civil de Castle Rock informó de ello. La Patrulla del Puerto lo puso en su lista de actividades. Uno de nuestros hombres la vio y me llamó. Envié un equipo de buceo. La gente del Puerto hubiera ido a echar un vistazo si se hubiera informado de alguna desaparición, pero probablemente no hoy. Los buceadores identificaron los recibos de Breckenridge a bordo, aún en el diario del capitán.

—Un capitán siempre se lleva consigo su diario, ¿no? —intervino Abe.

—No éste. Probablemente no tuvo oportunidad. Si el casco de tu embarcación se



abre, te encuentras nadando antes de darte cuenta de ello.

—¿Cree que se ahogaron? —preguntó John.

—No, el naufragio se produjo a tan sólo cuatrocientos metros de la orilla. Pudieron nadar hasta ella.

—La persona que llamó comunicando el hundimiento, ¿vio supervivientes? —quiso saber Claire.

—No, pero por lo que dijeron no tenía muy buena visión del lugar. Puede que la tripulación lo hubiera abandonado antes.

—Entonces, ¿dónde están?

—Probablemente allá donde iban..., un carguero griego, el *Pyramus*, que estaba en aquellos momentos por los alrededores, más allá de Nantasket.

—Pero su embarcación se había hundido.

Carmody se encogió de hombros.

—Pudieron alquilar otra. Tienen tarjetas de crédito, una identificación falsa... Kontos usó todo eso en Breckenridge.

—O pudieron ir a alguna otra parte.

Carmody agitó la cabeza, pensando. Su cara picada por la viruela estaba enrojecida a causa del helado aire, como si normalmente estuviera más caliente. Sus ojos eran redondos, excitados, pero seguía hablando de la misma manera comedida y firme que el día anterior, inalterable.

—¿Por qué no? —preguntó Claire.

—El *Pyramus* enfiló a mar abierto ayer al anochecer. Acabo de conseguir que un satélite echara una ojeada. Está viajando a toda velocidad.

—No puede estar usted seguro —dijo John.

—En estos momentos estamos comprobando todas las embarcaciones de alquiler. Los nombres de sus tarjetas de crédito aparecerán.

—¿No puede detenerles la Marina? —preguntó Abe—. Son ladrones.

Carmody se encogió de hombros.

—¿Abordarles en mar abierto? Es contrario a las leyes internacionales.

—¿Por qué molestarse? —preguntó Claire, volviéndose hacia la bahía—. Dejaron el artefacto ahí fuera.

Claire contempló las sucias aguas grises del interior del puerto. Recordaba cómo, cuando un barco se hundía, siempre se informaba de que los aviones buscaban manchas de aceite. Bien, aquí no había ningún problema..., toda la bahía parecía estar recubierta de una delgada capa irisada azul. Además de botellas de naranjada y botes de detergente, trozos de tela, peces muertos, amarradas maderas saturadas de agua... incluso algo parecido a una pálida piel de serpiente y que finalmente reconoció con un estremecimiento de disgusto.

Se apartó de aquella deprimente vista y se reclinó contra la borda. Estaban en una ancha barcaza de fondo plano, con la cubierta llena de utensilios de buceo y rastreo. Los hombres trabajaban entre los montones de equipo. El puerto había sido cerrado al transporte normal, y ocasionalmente un helicóptero de los medios de comunicación les sobrevolaba, sólo para ser alejado inmediatamente. En varios kilómetros a su alrededor, las grises aguas eran surcadas por barcas a motor de todo tipo, siguiendo en su búsqueda un esquema cuadriculado. Los buceadores salían a la superficie, informaban, y volvían a sumergirse. Un suave oleaje balanceaba la barcaza. El viento de la tarde cortaba su rostro, y se cerró el chaquetón que le había entregado uno de los hombres de Carmody. Era adecuado, pero no mucho.

Sergio Zaninetti se acercó a ella desde el otro lado de la cubierta, tambaleándose pero no por las oscilaciones de la barcaza. Su rostro estaba verde.

—Espero que lo encuentren pronto —dijo entre dientes apretados.

—Conseguiré adquirir piernas de marino —respondió sonriente ella.

—Nunca. Siempre tomo aviones, jamás barcos.

—Están cubriendo todo el puerto, tomará tiempo.

—Cuando Carmody me llamó vine sin pensar. Al cabo de una hora estoy agotado. ¿Qué es lo que dicen ustedes acerca del mareo? ¿Primero piensas que vas a morir, luego temes no hacerlo?

—Sí. ¿Qué ocurrirá cuando lo encontremos? —preguntó Claire, inclinando la cabeza al cortante viento.

—Carmody cree que sabe un medio. Dice que los buceadores cubrirán la abertura con alguna sustancia especial *plastique*.

—¿Y si esté fuera del artefacto?

Se encogió de hombros.

—Lo atraparán de alguna forma.

—Parece usted aburrido del problema.

—No, sólo mareado. —Consiguió esbozar la sombra de una sonrisa—. Esas cosas están más allá de mi competencia. Yo calculo la teoría del campo, los probables estados asociados, eso es todo.

Claire contempló los grupos de hombres preparando una barca de pesca para dar una pasada. La gran cabria bajaba redes palangreras y arpeos a la popa de la embarcación. Un motor diesel empezó a gruñir.

—¿Cuál es esa dificultad que están teniendo usted y John?

—Sólo un detalle, creo, pero fastidioso. Obtenemos soluciones que incluyen esa curiosidad cúbica. Eso podemos hacerlo. Sólo se aplica cuando la partícula tiene una especie de masa oculta. La nueva fuerza que tenemos cancela la masa. Bien. Eso encaja con el hecho de que el cubo no tenga un gran peso. ¿Comprende?

—Creo que sí, al nivel de... lo que John llama «la aproximación de historieta». La gravedad las atrae la una hacia la otra, pero esta nueva fuerza, llamada moda o lo que quieran, las mantiene separadas.

—Si, bien. Ése es el cuadro que obtiene uno de un cálculo aproximado. Sin embargo, soy más rápido en algunos de esos trucos matemáticos, y he ido adelante con una mejor teoría del campo, una que no necesita agitar tanto las manos en ella.

—¿Agitar las manos?

—Ya sabe, cuando hablamos, antes que calcular. Se supone que los italianos somos buenos en eso, ¿sí? —Gesticuló espectacularmente y sonrió pese a su palidez. Claire vio que estaba intentando ser galante y divertido; le devolvió la sonrisa, para ayudarle a olvidar sus náuseas.

—Por supuesto.

—Las matemáticas nos dan un par de los «retorcimientos» de John. Pero se atraen mutuamente y deberían —unió sus palmas— formar un solo glóbulo. Este es el problema.

—La cosa en el cubo, ¿no puede ser un glóbulo?

Se encogió de hombros.

—Quizá, pero no sé cuáles son las propiedades estables. ¿Cómo se unen los retorcimientos? Hay energía almacenada, de modo que debe ser liberada.

—¿Cree usted que la singularidad en el cubo está sola?

—Se halla bien descrita en el primer trabajo de John. Así que esa solución que encontramos parece correcta. ¿Pero por qué se le permite a esa partícula estar libre? Debería encontrar su compañera.

—¿Quizás hay algo que la bloquea?

—Ah, ha obtenido usted esa idea de John. Si, es posible que otro tipo de fuerza esté bloqueando la unión de éstas. De todos modos, debo decir finalmente, no puedo hallar cuál puede ser una fuerza tan curiosa como ésa. Hay algo que va mal.

Claire se mostró alarmada.

—Entonces, ¿puede ser algún tipo de bomba potencial? Usted le dijo eso a Carmody.

—Si, eso es lo que creo. Es difícil de ver cómo dos de esos retorcimientos pueden

tener una forma estable de unirse. Tienen que liberar energía cuando lo hagan.

—Pero un par de ellos lleva tranquilamente en este cubo miles de años.

Sergio frunció los labios.

—Eso es lo que no comprendo. Hay tantas incertidumbres aquí...

La voz de John dijo a su lado:

—La ciencia nunca es certidumbre, Sergio, sólo probabilidad.

Había vuelto de su reunión con Carmody en la mugrienta cabina de la barcaza. Había obtenido un chaquetón de marino de uno de los hombres, y Claire se sintió ligeramente sorprendida al ver que tenía un aspecto casi natural con él, como si encajara tan perfectamente en él como en todos los demás. Dijo:

—Sergio indica que tus primeras soluciones son, esto...

—Engañosas —dijo jovialmente John—. Sin embargo, aún sigo pensando que tenemos puestas las manos sobre las propiedades básicas. Demonios, yo construí la dinámica para que encajara con las propiedades del artefacto. Yo la legislé.

Sergio pareció revivir de su acuoso aspecto de hacía unos momentos.

—¡Pero no puede discutir con la fuerza entre sus retorcimientos! ¿Comprende? La fuerza es independiente de la distancia entre ellos, así que las fabulosas energías pueden irse almacenando. Deberían unirse con un bang.

—Oh, vamos, no puede jugarse a las matemáticas en la cubierta de una barcaza —dijo Claire decididamente—. Tomemos un poco de café.

Sergio se puso blanco ante aquella sugerencia. Claire observó que, pese a sí mismo, John sonreía ante la aflicción de su colega. Eran amigos, pero siempre buscando un punto de ataque. La perpetua máquina de la rivalidad.

El café, servido desde una cocina montada apresuradamente en la proa, era ácido. John echó tres bolsitas de azúcar e insistió en circunnavegar la cubierta. Sergio se sentó en una desvencijada silla y miró añorante la solidez de Boston al oeste. Al cabo de un rato cerró los ojos.

—Acaba de llegar un buceador con algunos restos —dijo John acercándose de nuevo, la mano izquierda metida en su bolsillo de marino, la derecha sujetando una taza de stirofoam—. Parecen curiosos..., chamuscados.

—¿Quemados bajo el agua?

—Exacto. Como si hubieran sido calentados, pero sin llegar a prender, por supuesto.

—¿Dónde estaban?

—Esparcidos por el fondo. Es madera vieja, no de la barca de Kontos.

—Así que el cubo está moviéndose por ahí abajo.

—Carmody imagina que el artefacto abrió un agujero a través de su caja y luego a través del casco. Rápido, también.

—Entonces, las corrientes...

—No hay forma de que puedan mover nada tan pesado.

—Así que el cubo tiene que estar en alguna parte cerca del pecio de Kontos.

—Seguro. Sólo que no esté.

—¿Qué es lo que lo hace moverse?

—No lo sé. —Miró a las lanchas a motor que buscaban, arrastrando las redes.

—Me pregunto si está siquiera en el puerto.

—Seguro. Por un tiempo.

Se acercaron a un grupo de hombres que trabajaban con las redes de dragado. Algunos eran de la Patrulla del Puerto; Carmody había conseguido reunir a toda la fuerza en unos minutos. Eran hombres de aspecto robusto y trabajaban con rapidez. Aparte transmitirse instrucciones o preguntas, los equipos eran notablemente tranquilos y eficientes. Claire escudó sus ojos contra el sol, que había empezado a aparecer en el plomizo cielo, y los frunció hacia la cabina de la barcaza. Había más hombres allí, del otro tipo, casi todos ellos vestidos con trajes de tres piezas y abrigos, los zapatos brillantes y los rostros atentos e inexpresivos.

Arditti, aún con el traje de buceo puesto, se acercó a John y dijo:

—Encontramos algo hacia el este.

—¿Qué?

—Extrañas corrientes, como usted dijo.

Cuando Claire le miró desconcertada, John se volvió a ella.

—Carmody me pidió algún tipo de característica que pudiera señalar la presencia del artefacto; le dije que buscara alguna alteración en el fluir del agua.

—¿Por qué no me lo preguntó a mí? —dijo Claire.

John se encogió de hombros.

—Aquella cabina está más bien atestada. El...

—¿Corrientes? ¿Cuánta agua puede pasar a través de un agujero de unos pocos centímetros de diámetro? —preguntó severamente Claire.

—Bastante, quizá.

—¿No sería mejor buscar sustancias radiactivas a la deriva?

—También lo estamos haciendo, doctora —dijo Arditti.

—¿Y?

—Hay algunas señales de ellas, sí.

—Bien. —Ablandada, fue con ellos hacia el centro de la barcaza, donde Carmody estaba hablando con los hombres trajeados.

—...quiero un equipo de seis buceadores avanzando hacia ello, mientras colocamos un arpeo en posición. Que todo el mundo utilice un Geiger y transmita su lectura cada dos minutos. No quiero exposiciones innecesarias. Adelante.

Los hombres se separaron en grupos, algunos de vuelta a un equipo de radio en la plataforma de popa de la barcaza. *Su velocidad y su seguridad son inquietantes,*

pensó Claire, como si toda vacilación hubiera sido extirpada de ellos.

Abe estaba con Carmody, y cuando vio a Claire dijo:

—¿Lo ha oído? Descubrieron la firma de Kontos en un lugar de alquiler de barcas de pesca cerca de Columbus Park. Sólo a un par de kilómetros al sur de la playa.

—Así que alcanzó la orilla —dijo Claire.

—Sí, y otros cuatro, dijo el agente de la casa de alquiler. Está como loco. No le devolvieron la barca.

Claire miró hacia la orilla. La policía había aislado las zonas cerca de la orilla, y pudo ver los coches patrulla con sus destellantes luces bloqueando cada intersección que conducía al agua.

Carmody parecía más viejo ahí fuera, bajo las nubes gris metálico, y su rostro picado por la viruela tenía un aspecto como de pergamino. Claire recordó una cita de algún bostoniano famoso: *Un hombre de cincuenta años es responsable de su rostro*. Bruscamente, preguntó:

—¿A quién representa usted, señor Carmody?

El hombre miró austeramente a los académicos, que estaban de pie a su lado, juntos. Sus manos se hundieron profundamente en los bolsillos de su impermeable, hizo chasquear la lengua por un largo momento y luego dijo ásperamente:

—A la Agencia de Seguridad Nacional.

—¿Se ocupa usted de las emergencias?

—De las malas, sí.

—¿A quién informa? —quiso saber John.

—Al Consejero de Seguridad Nacional.

—¿Y él?

—Al Presidente.

—Me preguntaba por qué todo se ponía inmediatamente en marcha a su alrededor —dijo Claire.

—No sólo aquí —dijo suavemente Carmody—. He contactado por teléfono con Thorne en el Caltech y con Sherman en Berkeley. Dicen que están de acuerdo con los resultados de ustedes. En principio, al menos.

—¿Cómo lo supieron? —preguntó John.

—Hice que Zaninetti escribiera un resumen. Lo transmitimos ayer por la noche.

—Comprobando nuestras versiones.

—Por supuesto. Desgraciadamente, la gente a la que queríamos preguntar no eran todos ciudadanos americanos. No creo que podamos contárselo todo. Así que tenemos que trabajar principalmente con sus estimaciones.

Un helicóptero zumbó por encima de la barcaza, como para subrayar las fuerzas a las que Carmody podía apelar.

—Thorne dijo algo acerca de las exigencias totales de energía para esta

singularidad —observó Carmody—. No ve cómo pudo salir de los rayos cósmicos como usted dijo, doctor Bishop.

—Bien, la energía que se necesita para formar una es grande, sí. Por eso son peligrosas..., cuando estallan, es un infierno. No se producen a menudo, no.

—¿Cuántas puede haber por ahí?

John se encogió de hombros.

—Ésta es la primera que se ha detectado nunca. No puede haber muchas, o de otro modo hubiéramos visto alguna antes de ésta. Pero algunas partículas altamente energéticas de las que golpean la Tierra..., pueden penetrar hasta muy profundo. Es posible que haya más de ellas hundidas en las profundidades de la corteza. No tienen por qué emigrar necesariamente a la superficie. Carmody crispó preocupado la boca.

—¿Cree usted que ésta puede haber venido de abajo?

—Vamos, esto es una locura —intervino Claire—. Estaba dentro de un artefacto antiguo, ¿recuerda? Los micénicos tallaron la roca a su alrededor.

—Pero ¿y antes de eso?

John se encogió de hombros.

—La obtuvieron en alguna parte. Quizá la encontraron en una cantera. Claire cree que el hecho de que sea un cubo no es un accidente. Los esquemas ópticos aparecen cúbicos. Quizá los micénicos la perforaron, vieron algo brillante dentro, y tallaron el artefacto como una especie de contenedor.

Claire vio su posibilidad.

—Es por eso por lo que retener el artefacto de piedra tanto como sea posible es esencial. Debemos comprender su historia. No podemos separarla de la física.

Ante su sorpresa, Carmody pareció aceptar aquello.

—El doctor Sprangle cree que todavía puede estar dentro de la roca.

—Estaba abriéndose camino lentamente, ¿recuerdan? —dijo Abe—. Kontos pudo haberla agitado mientras estaba cargándola a bordo, y eso alteró el equilibrio.

—¿Y quemó el sello que le puso usted? —dijo John.

—Es una buena suposición —admitió Abe.

Carmody miró lúgubrementemente al mar.

—¡Boya roja! —gritó un hombre.

A un kilómetro de distancia, una esfera roja se agitaba en la superficie del agua. Carmody dijo:

—La han encontrado.

—Hacia el este —dijo John—. Debe haberse movido al menos tres kilómetros del pecio.

Carmody se apresuró. Arditti estaba inclinado sobre el equipo de radio, escuchando por los auriculares a través de la línea con los buceadores. Cuando acabó de escuchar, Claire se le acercó y preguntó:

—¿Está usted seguro?

—Sí, doctora. Es la caja.

—¿Pueden verla?

—Un hombre se acercó a ella. Dice que desprende una gran cantidad de luz azul.

—¿El cubo? —preguntó Claire.

—Probablemente sea radiación degradada —dijo Abe.

—¿De los rayos gamma? —preguntó John.

—Son detenidos muy rápidamente en el agua.

Claire ignoró aquello.

—¿El cubo está todavía en la caja, entonces?

Arditti asintió.

—Parece que estaba bien embalado. La cosa arrastró con ella la caja.

—Como un caracol y su cáscara —dijo Claire con voz distante.

—Más o menos —respondió Arditti. Era un hombre anguloso, directo, que estaba disfrutando claramente con aquella caza. Su equipo lo trataba con un respeto automático—. La encontraron siguiendo una especie de canal en el fondo de la bahía. Una línea recta, dijeron.

—¿Apuntando hacia dónde? —preguntó rápidamente John.

—No lo dijeron. Miren, tengo que ir. —Arditti se alejó.

Claire captó el cambio de ritmo a su alrededor. Ella era la única mujer a bordo, y había algo fervientemente masculino en la hormigueante excitación en cubierta.

Carmody parecía hosco.

—¿Va a estallar?

—No, no veo ninguna razón para que lo haga —respondió John—. Sin embargo, lo que se produce en su interior es radiación dura. Habrá que ir con cuidado.

John empezó a explicar cómo el agua que había penetrado había impedido probablemente que la singularidad abandonara el cubo a través del pequeño agujero que había abierto. Esto daba también a la singularidad una nueva y poderosa inyección de combustible para su «motor» central, lo cual podía tener drásticas implicaciones. Claire escuchó y asintió, y deseó que él estuviera en lo cierto acerca de que la cosa permanecía aún dentro del cubo.

Observó mientras la barcaza giraba laboriosamente en el fuerte viento y se encaminaba hacia el lugar donde ahora flotaban tres boyas rojas. Las barcas a motor anillaban el lugar, balanceándose en las agitadas aguas procedentes de más allá de Nantasket. Los buceadores saltaban de las barcas y formaban grupos. Los botes convergían desde todas direcciones, y la radio a su lado crepitaba con preguntas. Un equipo de buceadores maniobró una amplia lámina plana hasta colocarla en posición en la superficie. Era muy lisa pero parecía resistente. La bajaron, soltándola de los tanques de flotación que la mantenían sujeta.



—Ése es el parche que intentarán colocarle —dijo John.

Sergio, despertado de su torpor, se inclinó sobre la borda con ellos.

—Tienen que permanecer poco tiempo en sus inmediaciones —dijo débilmente—. Ni siquiera el agua detendrá todas las partículas de alta energía.

Los minutos se arrastraron. Claire respiraba el aroma salado del mar y escuchaba los gritos por la radio al otro lado de la cubierta. La conversación de los buceadores era ininteligible, pero podía captar el aumento de la tensión. Hubo gritos por el intercomunicador mientras los hombres se llamaban unos a otros allá abajo, a veinte metros de lodosa agua color café. La barcaza giró hasta que su proa apuntó en dirección contraria a la escena, y todo el mundo se trasladó a popa, mirando por encima de la borda, tendiendo el oído para comprender lo que estaban haciendo los equipos de buceadores. Los hombres aparecieron en la superficie encima del lugar y luego volvieron a sumergirse, pero todo aquello parecía caótico. Luego un hombre en cubierta exclamó:

—¡Está cogiendo! ¡Lo han conseguido! —y los vítores se alzaron en torno al lugar. Aquella era una sensación que Claire no había sentido desde los partidos de fútbol en la universidad, cuando se dejaba arrastrar por los demás y gritaba y vitoreaba, olvidando por el momento su firme convicción de que tales acontecimientos eran esencialmente inútiles.

—¡A proa! ¡Todo el mundo! —retumbó la voz de Carmody por la radio de la barcaza.

Se apresuraron hacia la cabina, y ella vio por qué. Los arpeos y los cables estaban descendiendo ya al agua en la popa de la barcaza, directamente sobre el lugar. Los buceadores estaban dispersándose. Por la radio brotaron más ladridos indescifrables. Los hombres reunidos a su alrededor parecían ser capaces de seguir los roncós gritos que se superponían unos a otros.

Los motores diesel debajo de la cubierta empezaron a zumbar.

—¡La tienen! ¡La han sujetado! ¡Resiste! —gritó un hombre. Fue recibido con vítores.

Los cables se tensaron, lanzando un surtidor de agua al aire. Los motores aumentaron poderosamente su rumor. Los tornos de los cables giraron, tirando hacia arriba del peso. La cubierta quedó en silencio cuando todo el mundo dejó de hablar para mirar hacia popa.

Carmody ordenó a los buceadores que se alejaran y, sin vacilación, subieron a bordo de sus respectivas lanchas a motor. Las lanchas se alejaron, con los buceadores de pie en ellas, mirando hacia atrás.

Arditti se acercó a Carmody.

—Tenemos a un hombre con una lectura muy alta en su banda de exposición.

—¿Es grave?

Arditti asintió.

—Se acercó demasiado. Dice que se siente como aturdido.

—Adminístrenle tratamiento de inmediato.

Transcurrieron varios minutos antes de que el primer borde rompiera la oleosa superficie. Cables y arpeos lo oscurecían parcialmente, pero Claire pudo ver que la caja estaba parcialmente allí. Una cara estaba completamente cubierta por un parche color crema. El parche se doblaba sobre las otras caras, y pudo ver que la caja estaba rota. Sin embargo, se mantenía entera. La caja seguía albergando la mayor parte del artefacto. Todavía quedaba mucho del cubo por estudiar.

Ahora estaba completamente libre del agua. Los hombres en cubierta guardaban silencio. Parecía mucho menos peligroso ahora, colgando allá en el aire, una cosa sucia de madera empapada y barro.

Entonces John dijo algo, gritó, y Claire se preguntó qué podía ser tan dramático. Simplemente la caja colgaba allí..., pero no, no colgaba completamente recta. Formaba un ángulo con la vertical.

—¡O *Dio!* —exclamó Sergio—. ¡Se lo dije! Sólo que no calculamos...

—¡La separación! —terminó John por él—. Los dos retorcimientos no tienen que estar agrupados juntos. Es un estado asociado, pero ¿cuál es el índice de asociación?

Claire se volvió hacia ellos.

—¿De qué están hablando?

—¿Ves eso? No cuelga derecha, porque algo está ejerciendo una fuerza sobre ella.

—¿Empujándola hacia un lado, quieres decir?

John asintió, radiante.

—¡Exacto! Las matemáticas son correctas. Tienen que haber dos retorcimientos asociados entre sí. Sólo que no tan cerca, eso es todo.

—¿Y?

—Tiene que haber otro.

Los rotores del helicóptero giraban *funk-funk-funk-funk*, bloqueando la conversación. Se alzó con una aérea liviandad de la amplia cubierta de proa de la barcaza. Claire contempló los pálidos rostros vueltos hacia arriba que se alejaban allá abajo. Los hombres estaban reunidos en el centro de la embarcación, alejados del lugar donde reposaba la caja, a popa, como Carmody había ordenado. Un equipo estaba cubriendo la lodosa caja marrón con una lona embreada y asegurando cables en las esquinas, manteniéndose cuidadosamente alejados del parche que habían colocado los buceadores.

—No me gusta dejar a Abe aquí —exclamó Claire.

Carmody se encogió de hombros.

—Es el mejor cualificado para llevar a cabo la investigación sobre las propiedades físicas.

—¿Cuánto tiempo tardará ese grupo de ciencias físicas en llegar hasta aquí? —preguntó ella.

Carmody miró su reloj. Era un instrumento complicado, con varias lecturas simultáneas y un programa monitor de agenda, cuyo punto rojo parpadeante le indicaba que llegaba tarde a alguna cita; lo ignoró.

—En estos momentos deben estar embarcando en el muelle. —Miró a través de la ventanilla de plexiglás y señaló—: Allí.

Claire vio varios camiones aparcados paralelamente en un largo muelle debajo de ellos. Coches de la policía bloqueaban la entrada a los espectadores que llenaban la calle más allá. Un grupo de hombres estaba descargando grandes bultos de los camiones, utilizando camionetas elevadoras para alzarlos y llevarlos a la cubierta de una larga gabarra. Se movían rápidamente, situando los bultos según un esquema de rejilla en la cubierta de la gabarra. En el muelle había también un largo camión remolque con una caravana blanca, sin marcas distintivas, sin puertas ni ventanas a los lados.

—El laboratorio móvil y el grupo científico de reconocimiento —dijo suavemente Carmody. *Como si viera uno cada día*, pensó Claire. *Y quizá sea cierto*.

—¿Cuán lejos la llevarán a mar abierto? —preguntó John a su lado.

—¿La caja? Cincuenta kilómetros, como mínimo.

—¿Cree que es seguro?

—Dígame usted, doctor —dijo Carmody en voz muy baja—. Usted y Zaninetti calcularon la energía de descarga. Eso refleja el radio de la bola de fuego, si la cosa estalla..., ¿no?

John asintió. Claire sintió un repentino estremecimiento ante aquel tácito reconocimiento de aquello con lo que se enfrentaban.

—Eso es suponiendo que toda la masa-energía pueda ser convertida —dijo Zaninetti tranquilizadamente, observando la expresión preocupada de Claire—. Probablemente es mucho menos que eso.

La barcaza que llevaba el artefacto estaba ya alejándose a toda marcha, cruzando la boca del puerto. Su popa cortaba una V en las tranquilas aguas exteriores. Mientras el helicóptero giraba hacia el norte, Claire apenas pudo ver el pálido punto que era la lona que cubría la caja.

Se dirigieron directamente al corazón de Boston, por encima de los embotellamientos de tráfico de última hora de la tarde. La avenida New Atlantic parecía un aparcamiento, completamente lleno. Nunca había sobrevolado Boston en helicóptero, y la posibilidad de observar toda su extensión, desde el boscoso Newton al oeste hasta la mezcolanza de Lynn al norte, la absorbió. Las pocas colinas parecían alzarse como hirsutos animales por encima del ordenado y paciente esquema de calles y casas.

El helipuerto en el techo del Edificio JFK apareció de pronto bajo ellos. Dos guardias armados los escoltaron hasta la oficina de Carmody. No había nadie en los pasillos que atravesaron; evidentemente aquélla era un área exclusiva, o alguien se había encargado de eliminar de allí a la gente. La segunda posibilidad parecía más probable cuando observó el añadido de más equipo de comunicación en la oficina, incluido un proyector con una gran pantalla. Donde el día anterior había habido sillas, ahora un par de sillones gemelos se enfrentaban en ángulo recto. Eran de un color marrón agradable, y estaban acompañados por un jarrón de crisantemos recién cortados. Entre las pantallas de comunicación había varios cuadros abstractos modernos de buen gusto, la mayoría en relajantes tonos azul frío. Alguien se había ocupado de que, cuando Carmody regresara, se sintiera impresionado. El efecto, sin embargo, pasó desapercibido, porque Carmody se metió en la oficina sin mirar a su alrededor.

Había varios hombres con trajes oscuros en la oficina, sentados ante nuevas consolas, algunos hablando por laringófonos. Nadie presentó a nadie. La gente hizo preguntas a Carmody, y éste respondió rápida, fría, lacónicamente. La gran pantalla de la pared se llenó con una foto fija, y Claire necesitó un momento para darse cuenta de que las espirales eran nubes contra el fondo de la arrugada piel del mar. En mitad de la imagen, medio oscurecido por una bruma gris, había un punto alargado: un barco.

—El *Pyramus* —dijo Carmody—. Hace algunas horas que giró al sur. —Escuchó de nuevo por un auricular—. Probablemente en dirección a las Bermudas. Es el puerto más cercano que no pertenece a los Estados Unidos.

—¿Por qué no directamente a Grecia? —preguntó John.

—Está siguiendo las noticias. Los turcos han atacado algunos barcos griegos hará

unas seis horas. Puede que se desate una guerra.

—Maldita sea —dijo Claire.

—No es que importe. —Carmody se quitó el auricular—. Kontos ya no es importante. Comparado con lo que el artefacto puede hacer, ni siquiera el asunto turco lo es mucho.

—El último round en un largo match de cinco mil años —dijo Claire melancólicamente—. Una nueva cosecha de Agamenones.

—Lo que quiero de ustedes dos —Carmody hizo un gesto hacia John y Sergio— es una clara descripción de lo que es ese segundo objeto. Y dónde está.

—Es como un quark —dijo Sergio ansiosamente—. Sólo que la distancia de conexión puede ser muy, muy grande.

—¿Cuán grande? —preguntó Carmody. Sergio se encogió expresivamente de hombros.

—En física de partículas, normalmente consideramos que un átomo ya es grande. Pero, evidentemente, aquí tenemos un tipo distinto de escala.

—¿Y?

—Lo que está diciendo —intervino John para ayudar— es que los quarks, las partículas con cargas eléctricas fraccionales, son en principio independientes, sólo que nunca los vemos aislados. Eso se debe a que se atraen entre sí con una fuerza que es independiente de su separación. Así que, si intenta usted apartarlos, tendrá que añadir más y más energía. No puede empujar dos de ellos uno lejos del otro más que una distancia infinitesimal. Eso significa que siempre se nos aparecen como partículas más grandes, dos quarks unidos juntos.

—No le sigo —dijo Carmody, un poco impaciente.

—Bien, todo esto resulta un poco extraño —admitió John—. Mire, las matemáticas dicen que esta singularidad nuestra debería tener el mismo tipo de fuerza entre pares. Una fuerza que no se hace más débil si uno las separa.

—Como esos quarks.

—Exacto. Lo que nos ha estado preocupando a Sergio y a mí es cómo podemos contemplar una singularidad unitaria. Por qué no su compañera, su...

—¿Gemelo? —preguntó Claire.

—De acuerdo, llamémosla gemelo. Nos preguntamos, ¿por qué su gemelo no es atraído a la singularidad, y se combinan en un nuevo tipo de estado asociado? Que debería ser estable, nuestras matemáticas lo prueban.

—¿Cómo saben ustedes que la cosa que hay dentro del cubo no es ya dos de esas cosas? —preguntó Carmody.

—Los campos cúbicos son la firma característica de una singularidad —dijo Sergio—. Dos tienen un aspecto distinto. Pueden ser incluso esféricas.

—¿Quizás ésa era la forma que tenían antes dentro del cubo? —preguntó Claire.

—¿Antes de qué? —quiso saber secamente Carmody.

—Antes de que, esto, moviéramos el artefacto.

—¿Lo embalaran y lo embarcaran?

—Hubo un accidente —dijo delicadamente Claire—. Cayó por un pozo en la roca y se rompió la caja.

—¿Eso pudo alterar esas singularidades gemelas? —preguntó Carmody.

—Concebiblemente, si —dijo Sergio—. El asunto es que nuestras matemáticas muestran que la fuerza entre los gemelos es constante. Así que el ángulo que forma el artefacto con la vertical es una medida directa de la fuerza. Mire... —Se dirigió a una pizarra en una pared lateral, tomó un trozo de tiza amarilla y empezó a trazar diagramas—. Aquí en Boston, el artefacto capta dos fuerzas. Una es la gravedad, abajo. La otra es la fuerza gemela, fuera en un ángulo, apuntando al otro gemelo.

—¿Cuál es el ángulo?

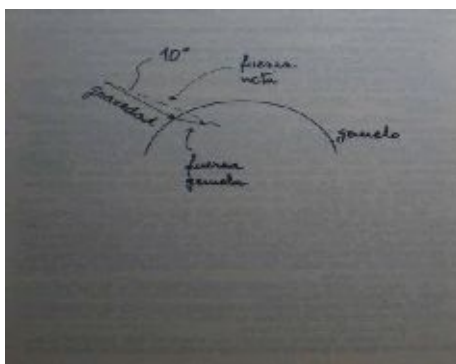
—No sé dónde se halla el gemelo, así que este ángulo es desconocido —respondió Sergio—. Si el gemelo se halla exactamente al otro lado de la Tierra, entonces la fuerza gemela empuja simplemente hacia abajo, se añade a la gravedad. Pero sabemos que el artefacto se desvía algo así como diez grados más o menos, ¿correcto? Así que el gemelo no se halla debajo de nosotros, en China o algún otro lugar así, sino en otra parte.

—En alguna parte al nordeste de aquí. Ésa es la forma en que colgaba el artefacto —dijo John.

—¿Lo observó? ¡Bien! Entonces dibujaré el gemelo aquí, en algún punto del círculo que representa la Tierra.

—Un gran círculo —dijo Claire.

—Si. La fuerza gemela empuja su artefacto así, hacia el lado. Supongamos que el gemelo está muy cerca; entonces el empuje es casi paralelo al suelo. Horizontal. De modo que, por el hecho de que el ángulo es aproximadamente de diez grados, sabemos que el empuje hacia un lado es aproximadamente diez veces más débil que la gravedad.



—No muy fuerte —dijo Carmody.

—Si, para la fuerza de las partículas subatómicas no es nada —admitió Sergio—. La teoría dice que tiene que ser débil, pero cuán débil es algo difícil de decir. Durante todo el tiempo, John y yo hemos estado preocupándonos acerca de lo que impedía que esos gemelos se unieran. Pensamos que quizá hubiera algún ajuste a la fuerza. Algo que actuara como una pantalla. Pero la respuesta correcta es que éramos estúpidos, y que no hay nada que bloquee la fuerza. Es una fuerza débil, y el gemelo, simplemente, está muy lejos.

—¿Cuán lejos? —preguntó Carmody.

Sergio se encogió de hombros.

—Kilómetros, miles de kilómetros, no podemos decirlo. Solamente tenemos el ángulo.

Un hombre apareció junto a Carmody y le susurró algo.

—De acuerdo —dijo Carmody, y la gran pantalla al otro lado de la oficina se llenó al instante con una imagen de la cubierta de la barcaza que acababan de abandonar. Arditti estaba de pie en primer término.

—Quería mostrarle esto, señor —retumbó la voz de Arditti por los altavoces en las esquinas de la oficina. Un hombre ajustó el volumen. Arditti mostró un mapa. Claire vio que era un mapa de navegación del puerto de Boston. Había media docena de grandes X rojas marcadas en él, todas a lo largo de una línea que iba desde Castle Island hacia la boca del puerto—. Hice que algunos equipos rastrearán el camino seguido por la caja. Se movió exactamente en línea recta, ¿ve?

—¿Alguna radiactividad en el rastro?

—Sí, es una especie de canal abierto por la caja. Se hace más profundo cuanto más avanza.

—¿En qué dirección?

Arditti le dio la vuelta al mapa y lo miró.

—Oh, diría que unos treinta grados nordeste.

Carmody asintió enérgicamente.

Arditti añadió:

—La única razón que encontramos es que la cosa empezó a vomitar un montón de radiactividad. Al final debió verse frenada. Estaba casi enterrada en el lodo.

—Yendo para abajo —murmuró John.

—¿Qué? —preguntó Carmody.

—Estaba enterrándose, dirigiéndose hacia su gemelo. Mire el diagrama de Sergio. La fuerza la empuja hacia un lado y hacia abajo, ¿lo ve?

Carmody abrió mucho los ojos. Se volvió hacia la cámara montada discretamente en una estantería llena de libros y preguntó a Arditti:

—¿Puede ver usted esta pizarra?

—No, señor, no tengo una unidad visual aquí. Puedo conseguir un equipo en...

—No importa. ¿Pueden decirme sus buceadores qué ángulo estaba trazando el cubo con respecto al fondo? Midan la profundidad del surco que dejó allá en Castle Island y luego en las inmediaciones de donde fue recogido.

—Sí, señor.

Carmody cortó la imagen y consultó su reloj.

—Otra hora antes de que la barcaza alcance la zona de seguridad. —Agitó la cabeza—. Quizás hubiera debido hacerlo por aire.

—¿A dónde? —preguntó Claire—. Cualquier lugar donde pudieran aterrizar estaría también en peligro.

—Sí, pero la barcaza está encaminándose al este, hacia su gemelo, ¿no? —dijo Carmody.

Los demás parecieron sorprendidos.

—Sí —dijo Claire—, pero ese gemelo puede hallarse a mucha distancia...

—O puede estar inmediatamente debajo de la barcaza. No lo sabemos.

—No creo que esas mediciones de la profundidad le digan a usted mucho —señaló John—. El cubo estaba como quien dice dragando ese lodo. No creo que señale un ángulo definido, de la forma en que se ve en el diagrama de Sergio.

Sergio gruñó su asentimiento.

—Ahí abajo debe estar todo demasiado embrollado.

—Miren —dijo Carmody, impaciente—, todo esto es hipotético, me doy cuenta de ello, pero ¿por qué debería preocuparme en absoluto por ese gemelo?

—Porque están intentando reunirse —dijo John—. Se moverán el uno hacia el otro hasta que terminen por encontrarse.

—Entonces, ¿debemos dejar simplemente que el artefacto siga su camino? —preguntó Carmody.

—No, yo diría que no —respondió John—. Es demasiado peligroso. Mire, ahora que comprendo la teoría, puedo decir que nuestros temores estaban mal planteados. No va a estallar quieras o no quieras, porque es una simple partícula, no un conglomerado, como al principio pensé que era. Pero cuando encuentre a su gemelo..., bueno, no sé.

—Yo espero que la reunión libere un montón de energía —dijo Sergio.

—¿Un montón? —insistió Carmody.

Sergio se encogió de hombros.

—Observe la energía que ya tenemos almacenada en ella. El avión que se llevó el cubo de Grecia estuvo almacenando energía a cada metro que recorría, como el que da cuerda a un muelle. Para separar los gemelos, uno tiene que hacerlo en contra de su fuerza.

—Pero usted ha dicho que la fuerza era pequeña —objetó Carmody.

—Sí, pequeña, ¡pero la distancia! ¿Cuál es de aquí a Grecia? —Miró a Claire.



—Ocho mil kilómetros —dijo ella.

—De acuerdo, es como si tomáramos una roca que pesa tanto como un hombre, y la lanzáramos ocho mil kilómetros al espacio, empezando desde la superficie de un planeta que tiene aproximadamente una décima parte de la atracción gravitatoria de la Tierra. Y luego la dejáramos caer. Caería ocho mil kilómetros y... ¡bang!

—Entiendo —dijo Carmody—. Un montón de energía.

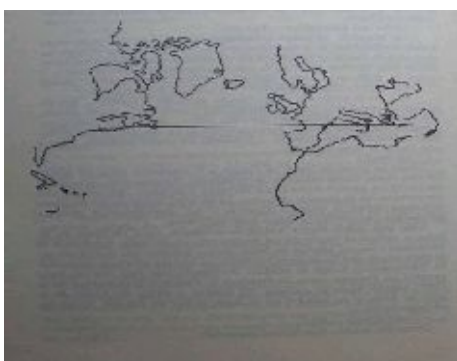
—No, no lo entiende —dijo Sergio, agitando la cabeza—. Eso no es nada comparado con la energía que puede ser liberada cuando dos de los «retorcimientos» de John entren en colisión. Entonces, parte de sus masas puede verse convertida en energía. Si son reunidos suavemente, de acuerdo..., formarán un estado asociado. Pero si uno impacta contra el otro...

—Entiendo.

Claire se puso en pie y se dirigió a la estantería llena de libros. En ella había libros estándar de referencia, limpiamente ordenados. Encontró un grueso Atlas Rand McNally y lo hojeó. Allí estaba: una proyección de la cuenca atlántica. La estudió mientras los hombres discutían sobre la energía liberada si las singularidades gemelas golpeaban una contra la otra a gran velocidad.

Algo que había dicho Arditti la intrigaba. Sacó un lápiz de su bolso y utilizó el borde de un diccionario como regla. Apoyando el diccionario en un ángulo de unos treinta grados, con una punta en Boston, trazó una línea recta cruzando la cuenca atlántica. Atravesaba Terranova y luego el océano. Prolongándola más allá, el lápiz penetró en Francia cerca de Burdeos y, debido a la curvatura de la Tierra siguió hacia el sudeste. Se deslizó a través del tacón de la bota de Italia y se hundió en el Egeo al sur de Atenas. Sintió un estremecimiento.

—Todo encaja —dijo.



Carmody, alerta, dijo inmediatamente:

—¿Qué?

Le mostró el atlas.

—Aunque Micenas está al este de aquí, una fuerza actuando entre dos objetos no tiene que seguir la curvatura de la Tierra. Avanza a través de ella. Tomé el ángulo de

Arditti y lo trasladé al mapa, eso es todo.

—Y pasa por Grecia —terminó Carmody por ella.

—Sí —respondió. Era un pequeño detalle geográfico, pero le alegraba haberlo descubierto mientras los hombres estaban rompiéndose tanto los sesos con las matemáticas de altas energías—. Así que mi idea era cierta. El gemelo está en Grecia.

—Estaba en Grecia —dijo John—. Apuesto a que ha estado moviéndose desde que empezó todo. Atraído por su gemelo en el cubo.

—Entonces, ¿dónde está? —preguntó Carmody.

—En algún lugar a lo largo de esta línea —dijo Claire, siguiéndola con una uña esmaltada—. Dentro de la Tierra.

—Puede devorar cualquier cosa —señaló Sergio—. ¡Ñac!, come de todo. Rocas. Agua. Así se abre camino.

—¿Está perforando un agujero? —preguntó incrédulo Carmody.

—Debe estar haciéndolo —dijo John—. El del cubo lo hará, también.

—¿Por qué sigue dentro del cubo, entonces? —se sorprendió Carmody.

—Supongo que consiguió algún tipo de equilibrio temporal ahí dentro —dijo John—. Sus campos magnéticos eran lo bastante fuertes como para mantenerlo alojado en su interior..., calculé eso hace un par de días.

—Pero ahora está saliendo —dijo Carmody.

—Kontos lo llevó de un lado para otro, eso probablemente colaboró —dijo Claire.

—Y el fluir hacia dentro del agua ayudó a mantenerlo clavado dentro del cubo, después del naufragio —añadió John.

—¿Qué es lo que lo mantiene dentro ahora? —preguntó Carmody.

Claire vio a dónde quería llegar.

—El parche. Pero la singularidad acabará devorando el parche y liberándose.

Carmody hizo una seña con la cabeza a uno de sus ayudantes.

—La barcaza.

Al cabo de unos segundos la voz de Abe, aguda y distante, llenó la habitación. Claire se sorprendió de lo rápidamente que los hombres en la habitación captaban lo que deseaba Carmody y disponían las complicadas comunicaciones. Aparte esto se mantenían en silencio, observando y escuchando. Tuvo la extraña sensación de que habían sido entrenados precisamente para aquella situación, o bien se adaptaban a todo tipo de emergencias con una sorprendente rapidez. Mientras Carmody le pedía a Abe una actualización de la situación del cubo, Claire miró a John. Estaba tenso y concentrado, contemplando fijamente la línea a lápiz sobre el mapa.

—Sí, estoy obteniendo más rayos gamma del parche —confirmó Abe.

—Maldita sea —dijo enfáticamente Carmody—. Monitorícelo. Abandonen la embarcación si...

—No, espere —interrumpió John—. Haga que lo gire.

—¿Qué?

—Gire el cubo de modo que el parche mire al suroeste. Eso alejará la singularidad del parche, ayudará a disminuir el daño.

Los ojos de Carmody se iluminaron.

—¿Ha oído eso? —preguntó a Abe.

—Sí, pero no comp...

—Simplemente hágalo —dijo bruscamente Carmody—. Mis hombres están escuchando, déles las instrucciones pertinentes.

—Será mejor si hacen girar el cubo lentamente —añadió John—. Eso hará que la singularidad actúe sobre diferentes partes del interior del cubo. Tomará más tiempo el que consiga atravesarlo.

Carmody habló con los hombres en la barcaza, discutiendo cómo mover el cubo. Dio órdenes de que todo hombre que no trabajara directamente sobre el cubo se mantuviera tan lejos de él como le fuera posible, todos juntos en la proa. La mayor parte de los hombres habían sido enviados ya de vuelta a Boston con lanchas a motor, y quedaban menos de una docena.

—Eso nos dará un poco de tiempo, si tiene usted razón —dijo Carmody, reclinándose en su sillón de piel—. ¿Pero cuánto?

—Es difícil decirlo —admitió John.

—Estoy empezando a pensar que sería mucho mejor simplemente tirar esa cosa por la borda —murmuró Carmody—. Dejar que abra su túnel y encuentre a su gemelo.

—¿Y si no lo hace? —preguntó Sergio.

—¿Por qué no debería? —quiso saber Carmody.

—No estamos hablando aquí de una fuerza fuerte. Recuerde, las matemáticas muestran claramente que es como la fuerza del quark..., constante, pero débil. Muchas cosas son más fuertes.

Carmody pareció menos relajado.

—¿Cómo qué?

—Los flujos volcánicos —dijo Sergio—. Hay muchas corrientes de masas fuertes bajo la corteza terrestre, eso es lo que causa la deriva de los continentes. Si un flujo de roca fundida atrapa la singularidad, puede arrastrarla con ella, hacia arriba, hacia abajo, hacia cualquier parte.

—¿De vuelta a la superficie? —preguntó Carmody.

—Sí, es muy posible. Las células de convección devuelven constantemente la materia profunda a la superficie, al fondo de los océanos. Puede que la singularidad nunca encuentre a su gemelo.

Carmody preguntó a John:

—¿Vieron usted o ese muchacho con el que estaban, George..., vio usted algo peculiar? ¿Una segunda singularidad?

—No. Aquel pozo estaba oscuro. Vi una débil luminosidad en un pasadizo lateral, pero era simplemente otro descenso hasta el mar, supongo.

—¿Pero usted cree que la segunda singularidad salió entonces..., se abrió camino fuera del cubo?

John se encogió de hombros.

—Tiene sentido. La cosa hizo un montón de ruido, por supuesto. Pensé que era la caja golpeando a uno y otro lado.

—¡Esa obturación en la parte de atrás del cubo! —exclamó Claire—, ¿Recuerdas? Había polvo y suciedad cubriendo la obturación de roca. Pero cuando comprobé su composición, era amorfa. Puede que fuera piedra fundida que se endureció después de que el segundo gemelo escapara..., en esa dirección.

—¿O a lo largo de uno de los ejes de simetría? —dijo John—. Sí, seguro, ése es el camino de salida más fácil. Así que penetra en el centro de esa cara de atrás..., seguro, porque la caja estaba cayendo hacia atrás, ¿no? Cayó de espaldas, empujó al gemelo fuera por la cara de atrás. Quizás...

Carmody agitó las manos.

—Ya basta de quizás esto, quizás aquello. Quiero volver a la observación del profesor Zaninetti. ¿Tiene usted la sensación de que esas singularidades pueden ocasionar un montón de problemas, horadando túneles por ahí?

—Sí. Excavar nuevas chimeneas volcánicas, por ejemplo. Si...

Uno de los ayudantes desvió la atención de Carmody, susurrándole algo. Carmody frunció el ceño, asintió.

—Acabo de tener noticias de ese hombre del equipo de Arditti. Recibió una dosis letal. Lo están manteniendo bajo sedación.

Hubo un largo silencio. Lo que había sido una discusión abstracta adquirió de pronto una dimensión real, humana. Carmody dejó que el silencio se prolongara, y luego dijo con decisión:

—Esto significa que tenemos que considerar muy cuidadosamente cómo impedir futuras excursiones de estas malditas cosas. ¿Cuáles son sus sugerencias?

Zaninetti frunció los labios, el rostro tenso y sombrío.

—Si podemos estar seguros de que los gemelos se reunirán sin problemas, en las profundidades de la Tierra, quizá todo vaya bien. Pero si una caída por un agujero puede separarlos, como nos ha dicho Claire..., entonces permítanme que me preocupe. Seguirán libres, capaces de trasladarse a la superficie.

—De acuerdo. ¿Qué debemos hacer? —Carmody daba la sensación de que los acontecimientos estaban moviéndose demasiado aprisa, incluso para él. Claire dijo suavemente:

—¿Hay alguna elección? Tenemos que conseguir un encuentro tranquilo para los gemelos.

## SEXTA PARTE

### 1

La noche mediterránea envolvía en bruma el barco. John Bishop permanecía de pie en la vibrante cubierta de acero del buque nodriza y miraba al frente, buscando algún signo de tierra. La península de la Argólida se extendía a sólo un par o tres de kilómetros al norte, y pronto deberían pasar junto a la isla de Spetsai. Recordó haber recorrido aquella deprimente franja de tierra con George, para convencer al capitán de la *Skorpio* de que eran simples turistas. Señor, parecía que habían transcurrido años desde aquello, pero sólo habían pasado un poco más de tres meses. Y entonces, exactamente como ahora, su principal preocupación había sido lo que iba a ocurrir.

Un intenso aroma a sal llenó sus fosas nasales cuando se apoyó en la barandilla. El sofocado gruñir de los motores diesel del barco vibraba a través de sus botas. Estaba solo en cubierta; Arditti y Carmody y los demás estaban abajo, bebiendo café y controlando la situación. John tenía la sensación de que ya estaba lo bastante excitado sin añadir más cafeína a su sangre. Por supuesto, era ya demasiado tarde para reconsiderar la situación, pero lo hizo de todos modos.

Los últimos nueve días habían sido un confuso atropellar de ideas, especulaciones y opciones cada vez más reducidas. Al parecer Carmody podía conseguir cualquier servicio, exigir cualquier ayuda técnica, incluso a nivel de premios Nobel, con sólo pedirlo. Que tales hombres existieran en el gobierno era nuevo para John, pero, una vez hubo pensado en ello, resultaba inevitable. Las crisis modernas exigían un amplio campo de acción a todos los niveles. Alguien tenía que saber cómo deslizarse a través de los celos interdepartamentales, abatir puertas cerradas, filtrar orgullos personales y mantener a todo el mundo centrado en el problema.

El avance más crucial había llegado cuando calcularon el tamaño del túnel que podía perforar una singularidad en la roca sólida. El pequeño agujero negro calentaba la roca a su alrededor, haciendo que fluyera hacia dentro, añadiéndola a la masa del agujero. Devoraba una pequeña porción de la roca calentada, dejando el rastro detrás. Ese calentamiento generaba intensas presiones, forzando a la roca fundida a formar grietas y fisuras. Esto dejaba un túnel de paredes vitrificadas de unos pocos centímetros de ancho en la estela de la singularidad. Ni siquiera a kilómetros de

profundidad el peso de la roca cerraría inmediatamente el túnel. Estuviera donde estuviese ahora la singularidad gemela, había horadado una línea recta desde el emplazamiento de la tumba.

¿Pero dónde estaba? Eso requería no elegantes elucubraciones de física matemática, sino más bien sumergirse de una manera muy típica del siglo xx en el más absoluto de los tedios.

Con la aparición de los ordenadores pseudointeligentes, había surgido un nuevo tipo de intelectual humano. Carmody llamó a un equipo de ellos para efectuar una estimación de la posición del gemelo. No eran hombres y mujeres que conocieran con detalle ningún campo determinado, aunque eran especialistas en extraer información de los especialistas con ojos de hurón. En vez de ello, sabían cómo integrar conocimiento sin tener que aprender todos sus detalles. Con enormes programas de ordenador a su disposición, la decisión crucial se convertía exactamente en cómo frasear la cuestión. Traducían la jerga, la sintaxis, los matices y el estilo de muchas disciplinas, de modo que los ordenadores pudieran realizar la molienda numérica necesaria que les proporcionara una firme respuesta. Aquellos sabios «interactivos-correlativos» cayeron en enjambre sobre el problema, y salieron de él con malas noticias.

El gemelo estaba probablemente debajo de Francia, moviéndose a una velocidad de unos tres kilómetros diarios.

La forma más sencilla de unir las dos singularidades sería simplemente dejar caer el cubo en una mina en Burdeos y permitir que se encontraran. Los sabios probaron aquello en una detallada simulación numérica y descubrieron que no funcionaría. Las corrientes de masas en el manto desviaban constantemente las partículas. Los gemelos nunca se encontrarían. De hecho, parecía probable que un flujo local de lava cerca de la costa francesa, añadido a la fuerza de atracción entre los gemelos, terminara obligando al inferior a salir a la superficie.

Lo que podía hacer allí era incierto. Seguramente emitiría radiaciones mortíferas. Quizá encontrara a su gemelo. Quizá vagara por los senderos subterráneos, abriendo nuevos canales de lava, alterando el equilibrio de las fuerzas geológicas, trastornando concebiblemente el deslizamiento de las placas continentales adyacentes.

A Carmody no le gustaba la incertidumbre. Particularmente le desagradaba el dejar los problemas sin solucionar. Así que pidió algo audaz, algo que pudiera atraer a la singularidad gemela a la superficie de una forma predecible, donde pudieran tratar con ella.

John se estremeció, pese al traje de inmersión negro que llevaba. El invierno del Egeo traía consigo mordientes vientos del norte, que rizaban la espuma de la estela del barco. La cortante brisa aullaba de tierra adentro y agitaba su pelo con unos dedos juguetones y provocadores. El propio mar parecía emitir una bienvenida calidez.

Abandonó el puente superior, rodeando la driza de señales. Las antenas giraban incansablemente arriba, sondeando el horizonte.

No había luces de navegación. El USS *Watson* apenas se agitaba en las olas, pesadamente cargado. Era un buque especial de la Sexta Flota, oficialmente parte de la 32 Fuerza Operativa. Sus cubiertas inferiores estaban atestadas con equipo electrónico de escucha y sistemas de VHF, radar y TACAN. Su trabajo era alcanzar cientos de kilómetros en todas direcciones y captar «elementos» hostiles antes de que pudieran descubrir la embarcación de los Estados Unidos. Había una cubierta para aterrizaje de helicópteros y un lanzacohetes nominal ASROC delante del puente. Cualquier ataque concentrado podría seguramente hundirlo, pero las cosas no llegarían normalmente a tanto. El portaaviones *Eisenhower* estaba escasamente a ciento cincuenta kilómetros al este. Tenía los reactores preparados en sus catapultas sobre la cubierta de vuelo, por si era necesario. Podían estar allí en unos minutos.

John recorrió cuidadosamente su camino de vuelta escaleras abajo en la opresiva oscuridad. El clima era perfecto, con densas nubes sobre su cabeza y sólo un pequeño creciente plateado de luna sobre ellas. Esperaba que se mantuviera así. Antes de entrar por la escotilla del centro del buque olió la salada brisa con un ligero aroma a podredumbre para ver si el viento había cambiado al oeste, como los hombres del tiempo habían predicho. No, todavía no.

La luz roja encima de operaciones era la única iluminación del corredor; tenían mucho cuidado en evitar fugas a través de las momentáneamente abiertas lucernas. John cruzó las puertas y entró en el semicírculo de consolas que rodeaban las grandes pantallas de comunicación. Carmody estaba sentado allí, estudiando su tablilla sujetapapeles. En torno al hombre los técnicos murmuraban en los laringófonos y mantenían los ojos fijos en los displays de sus consolas, donde se movían unos puntos de color. No estaban escrutando al este, hacia el mar, sino más bien al norte, por encima de la península de la Argólida. John se detuvo y estudió un mapa sobrepuesto de la zona. Había pocos puntos, todos ellos azules, indicando aviones ligeros. Patrullas militares griegas, o quizás incluso aparatos particulares. Al fin y al cabo, el frente de batalla estaba a centenares de kilómetros de distancia, y la vida civil tenía que seguir su curso. Otra consola mostraba imágenes del satélite dentro de la banda de infrarrojos. No podía seguir las enmarañadas manchas color verde, naranja y albaricoque. Las ciudades aparecían en un escarlata chillón, pero comprender el resto era asunto de expertos. Se dejó caer en una silla al lado de Carmody.

—¿Alguna última bendición? —preguntó.

—Haga su trabajo y vuelva.

—No se preocupe. Simplemente tenga ese bote allí a tiempo.

—No es un bote, es un transporte hinchable.

—Mientras no haga ruido.



—No lo haré. Aunque no importa. Por aquel entonces los helicópteros estarán atrayendo toda la atención.

John observó el dibujo en la tablilla de Carmody. Era el mismo que él había hecho hacía dos días en Boston, delineando el plan.

—¿Todavía sigue creyendo en él? —preguntó. Carmody se encogió de hombros.

—Lo bastante como para arriesgar un auténtico conflicto con Grecia.

—Y algunas vidas —dijo irritadamente John.

—Ajá. —Carmody no parecía preocupado. Había hecho cosas así antes, y probablemente mucho peores.

El dibujo parecía inocuo. La singularidad gemela había excavado su pequeño y angosto túnel de centenares de kilómetros, y ahora estaba profundamente enterrada debajo de Europa. Ya había posibilitado la aparición de diminutas fracturas y desvíos que finalmente se abrirían camino hacia la superficie, aliviando la presión en un rápido y restallante impacto de energía sísmica.

Seguiría arrastrando, sorbiendo roca fundida. Una curiosidad que el equipo interactivo del ordenador había descubierto resolvía un aspecto crucial: ¿por qué no caía firmemente hacia abajo, hacia el núcleo de la Tierra? Era mucho más densa que la roca, así que lógicamente debería hundirse. Un índice de la versatilidad del equipo era el hecho de que hubieran hallado una explicación antes de que Abe y John hubieran reparado siquiera en el problema.

La materia caía en la singularidad a lo largo de las diagonales de su campo gravitatorio cúbico. Parte de ella era engullida, y el resto de roca fundida era expulsado. Además de esto, estaba el uniforme empuje de la gravedad de la Tierra hacia abajo. La combinación de los dos campos gravitatorios conducía a una expulsión desigual de la roca hacia abajo. Esto creaba a su vez una presión opuesta dirigida hacia arriba, formando una especie de cojín como el de un hovercraft. Esto mantenía a la singularidad más o menos estable a la misma profundidad. También contribuía enormemente a la inseguridad acerca de cuándo llegarían a encontrarse dos singularidades que se atrajeran.

—Me sentiría mucho mejor si las simulaciones numéricas fueran más claras —dijo hoscamente Carmody.

—Demonios, sólo han tenido un par de días.

—Y unos cuantos millones de dólares. Con un presupuesto como éste, esperaba respuestas claras.

—Todas sus simulaciones han mostrado al gemelo regresando a lo largo de su propio túnel.

—Sí. Pero ¿a qué velocidad?

—Algunos dicen un día, otros una semana.

Carmody agitó la cabeza.

—Demasiado margen.

—Si quiere usted seguridades...

—Lo sé, déles otra semana. Deje que incluyan todos los gradientes de masa, y la rotación de la Tierra, y la física de partículas mejorada..., tengo toda la lista de la compra.

La solución no era elegante. La mejor forma de sacar la singularidad gemela de las profundidades de la Tierra era hacerla regresar a lo largo de su camino original. Los cálculos y las simulaciones mostraban que si la fuerza atractiva era invertida, tirando de la gemela a lo largo del túnel excavado por ella misma, se mantendría en ese camino, siguiendo el sendero de menor resistencia. Obligar a la gemela subterránea a que volviera por el mismo camino exigía que su otra gemela estuviera de vuelta en Grecia.

Elaborados programas de ordenador examinaron cómo reaccionaba la singularidad a los giros en el túnel, al cierre parcial del camino por el hundimiento de su parte superior, a flujos de lava cercanos..., y todas las soluciones surgían con la gemela abriéndose camino a lo largo de su propio tubo, de vuelta a la tumba micénica. Diferían en el tiempo de llegada, porque nadie sabía hasta qué punto había vuelto a obturarse el túnel.

Una mayoría pensaba que la singularidad había alcanzado Francia. Una minoría creía que no podía haber abandonado todavía Grecia. Diferían sobre delicados matices de la física de los agujeros negros, y Carmody consideraba sus discusiones como disputas talmúdicas.

De todos modos, la minoría tenía una observación de peso y práctica que hacer. Creían que la singularidad perforaría la roca muy lentamente, y que tal vez sólo habría avanzado algo más de un centenar de kilómetros. Eso, a su vez, significaba que mientras el cubo estaba volviendo por avión a Grecia, la singularidad abajo no tendría la oportunidad de abrirse camino hacia arriba, intentando vanamente alcanzar a su hermana sobre su cabeza.

La mayoría tenía considerables problemas con este punto. Mientras el reactor cubría su trayecto, la gemela enterrada podía ser desviada fuera de su anterior canal. Para evitar eso, propusieron un complicado programa de vuelo a toda velocidad, para minimizar la exclusión del gemelo.

Carmody había decidido apuntarse a la mayoría, pese a que se sentía turbado por aquellas diferencias entre los expertos. Le había dicho a John:

—¡Son científicos, se supone que saben del asunto! —con una genuina sensación de ultraje.

La solución era arriesgada. Significaba llevar el cubo de vuelta a las inmediaciones de la tumba, y utilizar su atracción para arrastrar a su hermana de vuelta a lo largo del anterior sendero abierto en la roca.

Luego podrían unir las dos singularidades. El gemelo aparecería probablemente en tromba por la boca de su túnel, avanzando rápidamente a lo largo del sendero despejado. Si las dos singularidades chocaban a gran velocidad, podía haber una enorme recombinación de muchos megatones. Para evitar esto, alguien tenía que mantener el cubo alejado del gemelo. Sorprendentemente, esto no parecía ser muy difícil.

John y Sergio habían probado —hasta el punto en que podían probarlo unas cifras sobre un papel— que la fuerza entre las singularidades era independiente de su separación. Eso significaba que el mismo firme décimo de una gravedad estaría intentando reunir a los dos gemelos, no importa donde estuvieran. Pero un décimo de una gravedad no alzaría una singularidad por el aire, no con toda la gravedad empujándola hacia abajo. Eso significaba que el gemelo no podía alzarse del suelo. Podría arrastrarse como un topo, pero no volar como un águila.

Extraer la singularidad de la tumba exigía simplemente que el cubo fuera mantenido en alto, tentadoramente cerca, mientras su gemelo trazaba incansablemente círculos debajo, disipando toda la energía que poseyera de su viaje a través del túnel. Carmody rió suavemente.

—Y aquí creo que la ciencia es exacta. Infiernos, es tan malo como nuestra maldita política exterior.

—Que tampoco funciona.

—Puede decirlo. ¿Sabe?, cuando el Presidente aprobó esto, hicieron que el Departamento de Estado enviara un sondeo a los griegos. Solicitando una comprensión mutua sobre este asunto, cooperación...

—¿Hicieron qué?

—No se ponga nervioso. El cable no dejaba traslucir nada de nuestro juego.

—Si ellos sospechan...

—Lo mantuvimos todo a un nivel vago.

—Sin embargo...

—Simplemente deseábamos saber qué dirían ellos. Y también, por supuesto, para cubrirnos diplomáticamente las espaldas, una vez todo esto saliera a la luz.

—¿Lo hará alguna vez? Si somos cautelosos...

—Seguro que lo hará. Tiene que hacerlo. Ninguna cosa así se mantiene en secreto mucho tiempo en nuestros días.

—¿Qué dijeron los griegos?

—Su habitual respuesta ácida. Nos acusaron de explotar la guerra turca, de crímenes contra la humanidad..., la lista habitual.

—Entonces, ¿por qué molestarse?

—El Departamento de Estado desea poder decir que intentamos todos los canales y fuimos rechazados. Los europeos chillarán mucho sobre el asunto durante un par o

tres de días, no importa lo que hagamos. Los que preocupan al Departamento de Estado, sin embargo, son Japón y China..., son importantes. Ese acuerdo comercial Pan-Pacífico está a punto de ser negociado; no desean que nada lo estropee.

—¿Dijo algo específico Atenas acerca de Kontos?

—No, no firmó la respuesta del Ministerio de Asuntos Exteriores ni nada parecido.

—Entonces quizá...

—Sabemos que regresó a casa, sin embargo. Tomó un vuelo de la BritAir en las Bermudas dos horas después de que el *Pyramus* anclara allí. Fue a Atenas a través de Heathrow.

—Si comprende aunque sólo sea una fracción de lo que está ocurriendo...

—Cierto, sospecha que esta cosa puede ser un arma. —Carmody frunció el ceño e hizo chasquear la lengua.

—Y puede hacerlo.

—Eso es lo que decidió esa reunión de emergencia en el Pentágono. Más razón todavía por la que, si esas cosas tienen que encontrarse violentamente, lo hagan fuera de los Estados Unidos. Simétricamente, de todos modos. Kontos la quería de vuelta. Bien, aquí está..., exactamente igual a como lo quería con los mármoles de Elgin.

—El juego internacional de la patata caliente.

Carmody sonrió.

—Pero nosotros somos los únicos que sabemos que está caliente.

—Kontos sabe lo suficiente como para interesar a los soviéticos en ello.

Carmody agitó la cabeza.

—Su gobierno no tiene tiempo para escucharle. Después de todo, ha fracasado. Perdió su barco, su presa, sus notas. Y, además, tienen una guerra entre manos.

De hecho, aquél era el pretexto del *Watson*. Oficialmente, estaba navegando por el sur del Egeo como parte de la 32 Fuerza Operativa, manteniendo un ojo atento sobre la lucha que se desarrollaba al norte. Los griegos estaban manteniéndose en el mar y arreglándoselas bastante bien en el aire. Habían detenido a los turcos en el Egeo, aunque habían perdido muchos barcos y aviones en un gran enfrentamiento junto a la isla de Quíos. Su relación de muertos era de tres a uno, principalmente debido a sus mejores pilotos, pero los turcos les superaban en número.

El punto crucial era quién dominaba en mar abierto. Si los turcos hacían pedazos la marina griega, entonces podrían enviar con toda seguridad vehículos anfibios de desembarco al otro lado del Egeo. Podrían conseguir cabezas de puente en la Grecia central, cerca de Atenas. La guerra se arrastraría interminable si los turcos conseguían cruzar el mar con sus grandes ejércitos. Los griegos tendrían que luchar calle a calle.

Ya se habían producido batallas en tierra firme en el extremo norte, donde los dos países eran contiguos a lo largo de una estrecha frontera, pero eso no era crucial. Los

griegos podían resistir en aquel montañoso terreno.

Los diplomáticos estaban esforzándose por conseguir un alto el fuego. Turquía exigía que sus aliados de la OTAN permanecieran a su lado.

Había rumores de envíos soviéticos de un nuevo tipo de misiles antiaéreos a Atenas. El gobierno griego estaba solicitando abiertamente el apoyo del «campo socialista», una desgastada palabra código para referirse al Pacto de Varsovia.

Carmody hizo un gesto hacia una gran pantalla en la pared que mostraba un salpicón de puntos agrupados en la parte norte del Egeo.

—Los turcos están maniobrando esta noche. Eso mantendrá ocupados a los griegos.

—Sí —dijo John, intranquilo—. Por un tiempo.

## 2

Cuando Claire entró en el comedor del *Watson* tras dormir un poco, la televisión estaba mostrando un programa nacional. No las noticias, ni siquiera un partido de rugby, como ella hubiera esperado de los marineros que estaban reunidos allí, bebiendo café y contemplando la pantalla.

Tenía que admitir que los clichés que había aceptado hasta entonces acerca del tipo de hombres que debía haber allí habían demostrado ser significativamente erróneos. Eran rápidos, inteligentes, y disciplinados sin ser rígidos. Incluso ahora, mirándola tímidamente de reojo, mostraban una decorosa reserva. Era agudamente consciente de que no habían visto una mujer a corta distancia desde hacía más de un mes. Había un firme matiz de fondo en el buque, algo hecho a base de lenguaje corporal y miradas sostenidas un poco demasiado tiempo, nada a lo que pudiera objetar y de lo que quizá ni siquiera ellos eran conscientes. Pero estaba allí. Sin embargo, lo mantenían de una forma contenida, tan decorosa como sus almidonados uniformes azules.

Estaban contemplando un programa de la televisión pública en el que el ADN se enroscaba como brazaletes danzantes en technicolor bajo un atento microscopio electrónico, con un acompañamiento musical de barroco clavicordio. Un locutor explicaba cómo el fósforo y otros iones parecían destinados a un único lugar en nuestra biología, implicando un orden que la voz rastreaba rápidamente hasta las precursoras nociones del siglo xv de los constructores de relojes y órbitas planetarias..., todo ello íntimamente conectado, a su vez, con el desarrollo de los derechos individuales en nuestra época moderna. La música derivó suavemente a Beethoven. Darwin hizo su entrada escoltado por las alabanzas del locutor, luego pinturas modernistas ilustrando el *ennui*, y algunos asentimientos más en dirección a la predestinación y Freud.

Una ciencia serena, limpia. Nada que ver por arrastrarse al interior de un agujero en el suelo, buscando una mota que escupía rayos gamma. Nada como eso, por supuesto. Palmeó una taza de horrible café en el expendedor automático y salió a cubierta.

El frío de la noche no penetró la gruesa chaqueta que llevaba. Se dirigió hacia popa, avanzando cuidadosamente en las pesadas botas que le había proporcionado la Marina. Antenas de radar de diversas formas y tamaños giraban incesantemente encima, silenciosas entre el monótono tamborilear de los motores y el regular golpeteo de las olas.

George Schmitt estaba ayudando a los hombres en torno a la cubierta de vuelo de los helicópteros. Se detuvo en la rampa que dominaba la amplia superficie que ocupaba casi toda la parte de popa. Los equipos estaban comprobando los dos

helicópteros mientras otros aseguraban el gran objeto cúbico a un lado. Pensó en el artefacto de piedra aposentado en el interior de todas aquellas capas de metal y plásticos especiales y adhesivos. La caja de un blanco sucio que ahora lo albergaba había sido montada por un grupo de especialistas en materiales, con la esperanza de contener dentro la singularidad tanto tiempo como fuera posible. Un equipo especial de cuatro hombres la monitorizaban constantemente. Mientras miraba, hicieron otra ronda en torno al cubo, apretando instrumentos contra sus costados. Escucharon en busca de temblores acústicos, aumentos de la radiación, cualquier signo de movimiento devorador dentro.

Hasta entonces no había habido ningún problema. Sin embargo, se sentía inquieta estando tan cerca. El largo vuelo desde Boston a bordo de un transporte de la Air France había sido amilanante para ella, hasta que John mencionó como de pasada que por supuesto el artefacto no estaba a bordo. Era transportado separadamente, en un avión con una tripulación mínima.

Ella había supuesto que el grupo de Carmody y sus cohortes de especialistas eran toda la expedición. Sin embargo, más hombres subieron a bordo cuando aterrizaron en la base de Italia, y hubo una escolta aérea, y lentamente se dio cuenta de lo amplia que era la operación. Y lo seriamente que todo el mundo se tomaba los cálculos de unos pocos físicos y matemáticos. Todo aquello hablaba de lo mucho que estaba ligado el aparato de seguridad y defensa a los físicos, que habían sido los mandarines de la ciencia desde 1945.

Recordó haber acudido a una reunión hacía tres días, para escuchar un detallado estudio de Jo que podía ocurrir si las dos singularidades se recombinaban en las profundidades de la Tierra. El estudio era necesario porque algunas personas abogaban por dejar que, las dos se encontraran simplemente debajo del Atlántico, donde los efectos serían mínimos. Pero si sólo cien kilos de la masa combinada se convertían en energía, producirían enormes terremotos en todo el planeta, y maremotos que destrozarían ambas costas del Atlántico. La forma paciente y razonable con que los hombres presentaron sus números y ecuaciones y gráficos fue abrumadoramente convincente y aterradora. Se sintió impresionada por la forma desapasionada, sistemática, con que alcanzaban tan tremendas conclusiones. En arqueología, cada matiz de una excavación era examinado atentamente en busca de significado. Los eruditos sabían que trataban con productos humanos, modelados por impulsos ordinarios que, conjeturalmente, habían cambiado poco a lo largo de los milenios. Era una escala tranquilizadora, humanista. Un giro inesperado no podía lanzarte bruscamente a un torturado abismo, mirando hacia abajo a unas resonantes, frías e inhumanas perspectivas. La diferencia de tono era tan enorme que apenas parecía posible que ambos temas pudieran ser ciencias.

—¿Cazando mariposas? —dijo una voz a su lado. George Schmitt se apoyó

perezosamente en la barandilla. Siempre parecía relajado, como si no le importara nada, ya fuera trabajando en la tumba o en Boston o incluso aquí. Era un don, decidió.

—No, sólo examinando probabilidades —respondió.

Cuando todas las dimensiones del plan quedaron claras, había propuesto llamar también a George. Sólo él y ella conocían la tumba, y sólo él tenía una idea precisa de la integridad estructural de las paredes. Nadie sabía lo que iba a ocurrir, por supuesto, pero había un considerable riesgo de daños en la excavación, y Claire adoptó su postura sobre este principio. Al principio pidió entrar y examinar qué tipo de destrucción podía producirse, para minimizarla. Carmody había desechado la idea, hasta que Arditti y otros le dijeron lo útil que sería tener a alguien consigo con un conocimiento profundo de la tumba y lo que podía ocurrirle. El plan exigía un mínimo de dos helicópteros, así que ella propuso traer a George para que fuera el primero en entrar, con ella siguiéndole.

Ante su sorpresa, George aceptó inmediatamente. Dos agentes lo trajeron a Boston. Bajo su actitud siempre casual y fría, ella se dio cuenta de que estaba excitado por el aire de secreto y poder de todo el asunto. Los hombres de Carmody eran rápidos, eficientes, y se ocupaban claramente de cosas que eran más excitantes que limpiar y procesar viejos artefactos en la Universidad de Columbia como tarea de posdoctorado.

Claire fue incluida en las operaciones. La principal oposición provino de John, que no la deseaba en absoluto en el plan. Pero ella no iba a dejarse echar a un lado por nadie. Una vez esto quedó bien claro, John cambió a una gruñente neutralidad. Luego tuvo que luchar con Carmody. Su solícita preocupación a la antigua era simplemente otra cansada excusa para mantener a una mujer fuera. Ella vio inmediatamente aquello, y al final no funcionó: Ella iba a ir. No en el primer helicóptero, pero una vez las cosas se hubieran calmado entraría en la tumba para salvar lo que había quedado. Le debía esto a su profesión y a ella misma.

—Nunca pensamos en que las cosas irían de este modo, ¿verdad? —dijo ansiosamente George. Sus manos temblaban sobre la barandilla.

—La arqueología, un campo con futuro.

—Aunque se ocupe del pasado.

—Eso es lo que me desconcierta —dijo ella, contemplando a los hombres atar cables a la caja que sostenía el artefacto. Los cables conducían a una pesada polea de carga en la barriga del primer helicóptero.

—¿Lo que significa el cubo?

—Sí. Artefacto cúbico, singularidad cúbica. No puede ser una coincidencia.

—Tallaron la roca para que se pareciera a la cosa que había dentro, ¿no?

—¿Por qué? ¿Qué relación tenía con quien fuera enterrado en la tumba?



—Quizás él lo descubrió.

—¿Dónde?

—¿Cavando? ¿En una cantera?

—Normalmente los hombres que trabajan en las canteras no merecen esas tumbas.

—Quizá fuera un trofeo de guerra. Recuerda el mapa de marfil.

Ella parpadeó, sorprendida. No había pensado en aquello desde hacía semanas. El burdo dibujo sobre marfil, mostrando Creta y Santorin. Kontos ya debía haberlo encontrado a esas alturas, entre los artefactos enviados a Atenas.

—Por supuesto. Pero tenían que saber que la singularidad era peligrosa. ¿Por qué...?

Entonces se le ocurrió.

—Las melladuras en la parte frontal, en la cara delantera. ¿Recuerdas? Alguien debió intentar liberar la singularidad.

—¿Quién?

—¿Ladrones de tumbas?

—No parece algo que yo intentara robar.

—O..., eso fue idea de John. Que si los sirvientes fueron enterrados ritualmente con el rey muerto, tal vez intentarían salir.

—Creo que hay pocas evidencias de que fuera enterrado alguno.

—Correcto. Pero supón que así fuera. No podían cavar su salida por la arena que bloqueaba la entrada; ellos lo sabían. Así que debían estar desesperados. Trabajando en la oscuridad. Habían oído, por supuesto, que había algo en el cubo, sabían que emitía luz.

—¿Así que intentaron llegar a ello?

—¡Exacto! Puede perforar la roca, ¿no?

—Oh, vamos, Claire.

—Todo encaja. Los sirvientes sabían lo que había en el cubo; todo el mundo debía saberlo.

—Quizá. Sin embargo, nunca llegaron detrás de la primera losa. El mortero estaba intacto.

—Sí. No tuvieron tiempo suficiente. ¿Quizá pensaron que podrían liberar la singularidad de la roca? ¿Hacer que les ayudara?

George estudió las figuras en sombras que trabajaban bajo dos oscuras masas en forma de plátano. Sus ojos brillaron con una expresión de alerta anticipación cuando dijo:

—Mira, podemos ocuparnos de esto más tarde.

—Entonces ya no quedará mucho de la tumba.

—Veremos. Para eso precisamente hemos venido, ¿no? Para proteger el

testimonio arqueológico.

—Y luego salir con vida —dijo John a sus espaldas.

Claire se volvió y vio que John iba totalmente cubierto con un traje de inmersión negro, torpemente de pie sobre unas incongruentes zapatillas de tenis Quon. Una muda y estremecida agitación pasó entre ellos. La vista del traje de inmersión pareció tranquilizar a George, que dijo:

—Huau, parece que la cosa ya está en marcha.

—Me esperan dentro de cinco minutos. Cuando el buque disminuya la marcha, saldremos.

Claire escrutó el rostro de John, intentando leer algo en él, y fracasó. Parecía razonablemente calmado, comparado con George. Sus manos sujetaron firmemente la barandilla, y estiró las piernas hacia atrás al tiempo que decía:

—Tomáoslo con calma.

—Usted lo ha dicho —indicó George.

—Va usted en el helicóptero A, ¿no? —dijo John, gruñendo mientras se estiraba.

—Sí —respondió George—. Examinaremos la tumba.

John asintió, tensando los brazos detrás de su cabeza, torciendo el cuerpo, flexionando todo el torso. *Como calentándose para un juego de rugby*, pensó Claire.

Sabía exactamente lo que John estaba pensando. Había ido a sus espaldas y había hecho un trato con Carmody. Ella iría en el helicóptero B..., no en el A, que llevaba la singularidad bajo la panza. George entraría primero en la tumba. John estaba haciendo todo lo posible por protegerla. Habían tenido tres peleas separadas, grado A, sobre lo que él llamaba su «testaruda cabeza de mula», una interesante imagen. Pero ella había ganado. Iba a ir, concediéndole sin ningún comentario aquel menor y más bien atractivo engaño.

—¿Sabéis? —dijo John—, estaba pensando en enviarle un cable a Zaninetti.

—Carmody ha decretado una suspensión total de las transmisiones —señaló George.

—Puede enviarlo una vez haya terminado todo. Demonios, aún mejor de esta forma. Si es necesario, luego puedo anularlo.

—No entiendo —dijo Claire.

John sonrió.

—Hubo un gran matemático llamado Hilbert, que telegrafió a Berlín diciendo que había demostrado el más conocido problema matemático aún por resolver, algo llamado la conjetura de Riemann. Tenía algo que ver con las raíces de una función muy conocida. Envía su telegrama a Berlín, donde es esperado para dar una conferencia. Todo el mundo se muestra excitado. Así que Hilbert aparece y da su conferencia, y no dice nada acerca del problema. Alguien se le acerca después de la conferencia y le dice: ¿qué hay acerca de la conjetura de Riemann, cuál es la

solución? E Hilbert responde que no tiene ninguna. Iba a tomar su primer avión a Berlín, explica, estaba muy nervioso, así que envió el telegrama por si acaso resultaba muerto durante el viaje.

George aplaudió.

—Es una forma de conseguir un lugar en los libros.

Claire sonrió.

—La famosa prueba perdida de Bishop de la conjetura de Riemann, ¿eh?

—Tú lo has dicho —murmuró John melancólicamente. Alzó las manos hacia Claire, las palmas hacia arriba, y se encogió de hombros.

Se marcharon juntos, dejando a George.

—¿Cinco minutos? —preguntó ella suavemente.

—Ajá.

—Sigo sin ver por qué tiene que ir todo tan rápido. Sólo hemos tenido unos días para pensar, para...

—Es esta guerra. Proporciona una distracción perfecta. Y si algo no resulta bien aquí, la gente lo atribuirá a algún plan turco que funcionó mal.

—Carmody no dijo eso.

—No tenía que decirlo. Resulta evidente.

—Pero admitirás que si tuviéramos otra semana...

—El genio puede salir de su botella de aquí a entonces —señaló con el pulgar la plataforma de los helicópteros—, y vamos a tener muchos problemas en volver a meterlo dentro y cerrar el tapón.

Ella asintió a regañadientes.

—Sigo sin ver por qué se presta tanta atención a una curiosidad matemática. — Noticias de un descubrimiento de aquel orden de importancia en arqueología, reflexionó, hubieran alcanzado a una figura como Carmody después de una buena década o dos.

—Es mucho más que eso. Las matemáticas implican que unas partículas tan energéticas y de una masa tan enorme pueden ser útiles. Un almacenaje compacto de energía. Una fuente de radiación versátil. Infiernos, podríamos explorar todo el maldito interior de la Tierra si pudiéramos controlar una.

—¿Cómo?

—Con dos singularidades, puedes poner una exactamente en el otro lado de la Tierra. Anclar la singularidad gemela a algo. Entonces su atracción atraería a la segunda a través del centro de la Tierra. Se podría medir el tiempo que emplea, su índice de progreso. Eso nos diría algo sobre densidades, quizá la composición material. Como mínimo, nos permitiría penetrar en pozos realmente profundos, tomar muestras.

—O hacer bombas.

Asintió.

—Eso también.

—Es por eso por lo que Carmody nos mantiene aislados de la prensa.

—Seguro. Eso funcionará durante un tiempo. Pero incluso él sabe que no puede durar mucho. La ciencia es demasiado interesante. Quizá pueda mantenernos a ti y a mí quietos, pero Zaninetti es una figura demasiado grande para callarle la boca.

—Es reconfortante saberlo.

—Sí.

Las olas estallaban debajo de la proa, con un ligero resplandor fosforescente en la espuma. El *Watson* avanzaba lentamente, a la mitad de su velocidad máxima. Claire se reclinó contra él.

—Dos minutos —dijo—. ¿De qué hablamos?

—Del amor y de la muerte.

—¿De cuáles?

—De los nuestros.

—¿Debo elegir uno de los dos?

Él la besó.

—¿Me harás un favor?

—Seguro, marinero. ¿Lo quieres aquí mismo, en cubierta? Supongo que es lo bastante oscuro.

—No vayas en el helicóptero.

Ella le miró y vio un rostro vulnerable, abierto, y lamentó ser tan dura con él. Pero era demasiado tarde, y los dos lo sabían.

—Yo..., compréndelo, tengo una obligación.

—Lo sé. No estoy de acuerdo, pero lo sé.

—Yo... tengo que hacerlo.

—Demasiado para la muerte. Quedémonos con el amor. —La rodeó con sus brazos.

—¿Es así como es?

—Por supuesto. Hecho con un modesto buen gusto, naturalmente. —La besó.

—En Boston nos tomamos las cosas con mucha lentitud.

Él le sonrió.

—Simplemente te estás escudando detrás de ello.

—Es cierto —dijo lentamente ella, reflexionando.

La besó de nuevo.

—¡Hey! —llamó la voz de Arditti desde más allá de los helicópteros—. ¡Bishop! Baje ya.

### 3

El *Watson* había desplegado una escalerilla lateral de acero. En su parte inferior, una plataforma se agitaba a medio metro encima de las olas. La espuma mojaba los escalones. John descendió en la oscuridad, usando la barandilla como guía, sintiendo que su corazón empezaba a latir fuertemente.

Terminó de vestirse con un mínimo de palabras. El último paso fue forcejear con el gran cilindro, 2,16 metros cúbicos de aire comprimido, con el indicador señalando lleno. Una buena hora de aire. Si todo iba bien, no iba a necesitar ni la mitad.

Arditti le tendió la válvula reguladora. La enroscó y la comprobó dos veces. Arditti asintió aprobadoramente y dijo, arrastrando las palabras:

—¿Ha visto el informe de la situación?

—Carmody dijo que no había nada significativo.

Arditti vaciló una fracción de segundo.

—Sí.

Los ojos de John se entrecerraron, aunque ninguna expresión servía de nada en aquella casi completa oscuridad.

—¿Qué ocurre?

—Recibimos un informe de una nave de vigilancia cerca de la costa. Dice que hay jeeps en la carretera que viene de Atenas.

—¿Yendo en qué dirección?

—Parece que hacia el sur.

—¿A qué distancia?

—A unos treinta kilómetros. Pero el informe tiene ya una hora.

—Están metidos en una guerra. Tiene que haber muchos movimientos de tropas.

—Eso es cierto. —Arditti se encogió de hombros—. Muchos movimientos.

El equipo de Arditti estaba formado por tres hombres, más John. Para él sólo eran nombres, hombres delgados y ásperos que pasaban la mayor parte de su tiempo de espera en la sala de descanso del barco, jugando a las cartas y bebiendo café. Parecían completamente desinteresados de todo excepto de su misión.

Un miembro del equipo ayudó a John a ajustar las correas a sus hombros. Se sentó en la plataforma, contemplando el agua pasar por su lado, inclinado para compensar el peso del cilindro. Efectuaron una última comprobación: cuchillo, medidor de profundidad, máscara, linterna, cinturón de plomo. Arditti llevaba también varias bengalas, para iluminar la cueva. Cada miembro del equipo llevaba un componente distinto del equipo de detección y comunicación. El equipo pesado les seguiría en el transporte.

John fue incómodamente consciente de que aquéllos eran buceadores profesionales, hombres que habían buceado hasta grandes profundidades, a través de

aguas lodosas, de noche, todo. Él era un buceador deportivo de fin de semana. Su mayor excitación había sido ver un tiburón a cincuenta metros cerca de Cozumel. El tiburón le había ignorado completamente, pero había estado lo suficientemente cerca como para que pudiera ver claramente su cara mientras pasaba por su lado con aquella extraña expresión, fija y fanática. Aquella imagen todavía despertaba un frío miedo en su interior cuando la recordaba.

—Dos minutos —dijo suavemente Arditti. Sobre ellos, el *Watson* bloqueaba la escasa luz que derramaba el cielo. Parecía como si las nubes se estuvieran dispersando; había un difuso resplandor plateado hacia el este que muy bien podía ser el creciente de luna intentando asomarse. No era una buena noticia.

Con la máscara alzada sobre su frente, John se metió la boquilla entre los dientes y abrió la válvula reguladora. Oyó el silbido del aire y dio una suave y metálica inspiración. Correcto.

El *Watson* redujo gradualmente sus motores, transmitiendo una tamborileante vibración a la plataforma bajo sus pies. La espuma lo salpicó.

Iban a echarse al agua simultáneamente por el lado de la plataforma, a una señal, a fin de no dispersarse. John se tambaleó en el borde, con el cilindro convertido en un enorme parásito a su espalda. Comprobó de nuevo el aire.

El equipo de Arditti iría primero. El *Watson* reduciría al máximo su velocidad cuando estuvieran al lado del emplazamiento de la tumba, dejando caer al equipo por el lado de babor, donde nadie podría verles desde la orilla. El buque aumentaría de nuevo su velocidad, avanzaría varios kilómetros hacia el este, y giraría. A su vuelta, dejaría caer el transporte inflable y un grupo de tres hombres, también cerca del emplazamiento de la tumba.

El transporte se dirigiría a una boya que el equipo de Arditti habría dejado flotando junto a la entrada del túnel submarino. La boya era un emisor de infrarrojos, invisible a simple vista. Cuando el segundo grupo llegara al lugar, desplegaría el equipo en el transporte, y dos de ellos lo llevarían abajo ayudados por estabilizadores de aire comprimido.

El principal trabajo de John era encontrar la entrada submarina al pozo. Arditti había argumentado que su equipo podía localizarla bastante rápido, siguiendo las vagas descripciones de John. Carmody lo dudaba. Arditti había argumentado luego que habría que enviar un equipo en un bote de pesca durante el día para señalar el lugar. Carmody creía que eso podía comprometer la misión, alertando posiblemente a cualquiera que guardara la excavación.

Así que la colaboración de John era necesaria. Arditti se mostraba escéptico acerca de sus habilidades, y le había hecho entrenarse incansablemente en la piscina de las bodegas del *Watson*. También iba a tener que ocuparse de otro trabajo secundario. Le mostraron cómo desplegar la antena flotante, y le hicieron ensayar

incansablemente una y otra vez. Era un trabajo poco importante, y mantendría a John fuera de la cueva submarina mientras los otros entraban en ella. Una vez hubiera realizado los sencillos movimientos con la antena, aguardaría a que llegara el transporte y ayudaría a descargarlo:

Tan pronto como el equipo estuviera fuera del transporte, sin embargo, él y uno de los hombres regresarían al *Watson*, que estaría volviendo lentamente a lo largo de su rumbo anterior.

John miró al ya cargado transporte, una embarcación de borda baja y fondo plano con hinchados costados en forma de cigarro, que ocupaba la mitad del espacio de la plataforma. El segundo grupo estaba ya sentado en ella. Uno de los hombres le saludó con la mano.

—¡Preparados para la cuenta! —avisó Arditti.

John se puso la máscara. Una hora de aire. Se preguntó cuál era su consumo de oxígeno por minuto. De alguna manera, él, un matemático, no lo había calculado nunca.

Alguien dijo algo desde arriba, una entrecortada señal. Arditti contó hacia atrás a partir de cinco. John apretó los dientes contra la goma de la boquilla y respiró a través de ella. Era un aficionado, aquéllos eran profesionales. El trabajaba con tiza y una pizarra, mientras que ellos...

Se dio cuenta de pronto de que los otros iban armados, compactas metralletas atadas a sus costados. A él no le habían dado ninguna.

—¡Cero!

Sintió una repentina sacudida de auténtico miedo. Se quedó rígido, incapaz de moverse.

Alguien le empujó por detrás. Apenas tuvo el tiempo justo de sentirse ultrajado antes de golpear el agua.

Sujetó la máscara contra su rostro con ambas manos, de la forma que decían siempre las instrucciones. Una nube de burbujas le envolvió y se hundió, ciego y sin peso, dando su primera bocanada de aire. En la absoluta oscuridad, la gravedad no le decía nada acerca de la orientación. Se volvió, buscando.

Allí, una luz rojiza. Bruscamente una sombra se movió delante de ella. Algo parpadeante...

Una figura le estaba haciendo señas, gesticulando. Un dedo indicó algo. Seguirle, sí.

Se enderezó y avanzó hacia el débil faro rojo. Recordó que debía dejar que sus piernas hicieran su trabajo, flexionando las aletas.

La luz de la mano de Arditti era de un rojo opaco, para evitar ser detectada desde la orilla. Todos estaban aguardándole, las máscaras contemplándole impasibles, un conglomerado de sombras aceitosas. De alguna forma, Arditti se había orientado y

señalaba hacia la orilla. Avanzaron. John tuvo que esforzarse por mantenerse a la altura de los demás. Uno de los hombres se mantenía siempre tras él. Sin perderle ni un instante de vista, se dio cuenta John.

Su corazón latía innaturalmente en sus oídos taponados por el agua. Inspiró, notando la tensión de la válvula reguladora. Sí, eso era: inspiraciones cortas y poco profundas. Así tenía que hacerlo. Tomarse su tiempo. Retener el aire y extraerle todo el oxígeno antes de soltarlo.

Cuando lo expelió, las burbujas ascendieron en cascada y se perdieron en una bruma que era como un sudario. A su alrededor todo era una nada negra como tinta. Abajo, como una débil y fundente visión de un infierno rubí, las plantas marinas oscilaban perezosamente.

La luz de Arditti era el sol central para aquel universo de bolsillo. La siguieron obedientemente. Pequeños peces plateados flotaban en un ordenado banco, sin preocuparse por el paso de los gigantes negros.

Volvió la cabeza para observar los peces y chocó contra el hombre que iba delante, que se había detenido. Fue sólo un roce, pero le arrancó brutalmente de su ensoñación. Arditti hizo un gesto hacia abajo e inclinó el rojizo haz en aquella dirección.

El verdoso lodo dejó paso a un ondulante fondo arenoso. Estaban acercándose a la orilla. John intentó recordar señales, direcciones. La omnipresente penumbra distorsionaba formas y ángulos.

El equipo flotaba en el agua, mirándole a través de sus láminas de cristal. *Adelante, guíanos. Haz tu trabajo.*

John asintió y miró a su alrededor. ¿Era familiar aquel montículo? No podía decirlo. Al fin y al cabo, habían pasado meses.

Dejó de intentar imaginar direcciones. Era mejor dirigirse hacia la orilla e intentar orientarse según la apariencia de las cosas allí.

Señaló a lo largo de una prominencia rocosa del fondo y Arditti giró en aquella dirección, con el rojizo haz despertando sombras infernales. Avanzaron agitando las aletas, cruzando la prominencia y flotando encima de un mar de algas. Una estrella de mar se aplastó allá abajo contra una piedra. Arditti mantenía su haz nivelado, dejando que la mayor parte de la luz se perdiera en la oscuridad antes que reflejarla en el fondo. Eso reducía la iluminación que cualquiera podía ver desde la colina de arriba.

John escrutó el impreciso terreno del fondo. Sus oídos se fueron insensibilizando a medida que descendía para echar una mirada desde más cerca. Sin embargo, el rápido silbido del aire que pasaba a través de la válvula reguladora era fuerte, reverberando en su cabeza. Apretó el índice y el pulgar contra la goma de la parte inferior de su máscara, tapándose la nariz, y sopló fuertemente para liberar sus oídos. El burbujeante chorro de aire sonó como el estallido de las palomitas de maíz.



Pasaron por encima de una zona de montículos recubiertos de algas y rocas caídas. El haz rozó las oscuras cavidades y reveló planos peces amarillos, bocas alarmadamente abiertas. Las algas se hicieron más densas ante ellos, y John se preguntó si había visto algo parecido en aquella zona. ¿Se había orientado realmente hacia la orilla? ¿Y si...?

Un bajo reborde de roca, casi recto. Y, un poco más allá, otro.

Eran como dos paredes de piedra en ruinas alzándose unos palmos por encima de las corrientes de arena. Miró a derecha e izquierda, y apenas pudo distinguir las mientras se hundían en la oscuridad a ambos lados.

Los antiguos restos del flujo subterráneo. Los había olvidado.

El mismo flujo que había excavado el agujero de drenaje, el túnel, su destino. John sintió que el alivio le inundaba.

El equipo comprendió rápidamente sus gestos. Sus rostros parecían impasibles detrás del cristal, pero sus cabezas siguieron las líneas del arenoso suelo abajo. Los ojos de Arditti se abrieron mucho. Asintió e hizo un gesto de que se situaran en fila india.

Arditti giró con un experto movimiento de sus aletas y siguió las dos rechonchas líneas de piedra. Ahora que John tenía la anchura de los rebordes para poder comparar, vio que al débil resplandor de la linterna de Arditti su campo de visión era notablemente reducido, quizá sólo unos tres metros. Había sido una condenada suerte tropezar con los rebordes en ruinas. Hubieran podido estar vagando una hora ahí fuera.

Adelantó su brazo izquierdo en una brazada, la mano blanca y cercana, el reloj sumergible enorme en su muñeca. Sólo habían pasado siete minutos desde que alguien le había empujado. Probablemente Arditti.

Oyó crujidos y alzó la vista. Muy arriba, pequeñas olas de espuma. Se estaban acercando a la orilla.

El fondo se inclinaba hacia arriba mientras seguían las dos líneas paralelas. Luego, allí delante, aparecieron amarronadas fortalezas de roca. Entre ellas, cerca de la superficie, una enclaustrada oscuridad.

Nadó al lado de Arditti, ascendiendo hacia el espacio que se estrechaba. Las anémonas de mar salpicaban los flancos de las grandes rocas. Hizo un gesto hacia arriba, y Arditti agitó la linterna siguiendo el tubo que se curvaba hacia delante y hacia arriba. Parecía claro y bien definido, aunque John no recordaba nada así. El resplandor rojo distorsionaba las perspectivas.

Arditti asintió, hizo una seña a los otros dos y luego hizo un gesto a John de que se apartara. John agitó las aletas hacia atrás y los otros pasaron por su lado.

Su trabajo había terminado. Había encontrado el lugar. Ya era hora de volver a casa. Fin del trabajo del matemático. Todo lo que tenía que hacer era llevar los cables

de comunicaciones a la superficie.

El último hombre soltó un tambor montado axialmente en su espalda. Liberó las sujeciones de tres pequeños cables negros. Se los tendió cuidadosamente a John, hizo un gesto con la mano y se alejó. Los cables se desenrollaron mientras el tambor giraba y el hombre nadaba ascendiendo hacia la abertura. Las burbujas ascendieron hacia el techo de roca y se aplastaron contra él. El resplandor rojo de Arditti estaba desapareciendo por la chimenea de piedra. Era hora de irse.

John retrocedió y se dejó derivar. Arditti le había dicho que no utilizara la linterna que aún llevaba colgada del cinturón, una vez estuviera en la superficie. De acuerdo. El siguiente paso era el más difícil y necesitaba la luz, así que era mejor hacerlo ahí abajo. Encendió la linterna —roja, por supuesto—, y dejó que iluminara la arena. Estaba lo bastante debajo del reborde de roca como para evitar ser detectado.

La Agencia de Seguridad Nacional no empleaba material de segunda clase. El paquete encerado, hermético, que llevaba a su espalda era soberbio. Soltó trabajosamente sus correas, siguiendo cuidadosamente cada paso que Arditti había ensayado con él. Las puntas de sus aletas casi tocaban el suelo de arena.

Las conexiones del cable encajaron limpiamente en sus alvéolos. Bien. Los cinco interruptores de activación y calibración eran grandes y giraban con facilidad. Ajustó frecuencia y energía, había memorizado bien las cifras. Vio por el pequeño monitor, un display de cristal líquido de un brillante color amarillo, que todavía no había ninguna transmisión.

Ahora el flotador. Desdobló el plástico y pulsó un botón rojo en él. Se llenó de aire con un suave silbido. Tuvo que sujetar fuertemente el paquete para impedir que se le escapara. La boya de flotación, con sus aletas estabilizadoras, tenía el aspecto de un cohete chillón con una carga increíble.

Derivó hacia arriba, sujetándola, y agitó las piernas en dirección contraria a la orilla. Recordó que había un ancla en forma de pirámide. La sacó, junto con su hilo enrollado de plástico, del compartimiento inferior de la boya de flotación. Todo había sido maravillosamente diseñado, resistente y adecuado. Dejó caer el ancla. Descendió a sus pies, asegurando el conjunto contra las corrientes.

Sólo un paso más. Apagó la linterna cuando emergió a la superficie. A través de su máscara, todo era absolutamente oscuro. Encontró por el tacto la varilla en la parte superior del paquete, que ahora flotaba suavemente en el ligero oleaje. Tiró de él. Se deslizó con lentitud hacia arriba, y pudo captar los pequeños clics a medida que se desplegaba cada juego de larguiruchos brazos. Una pequeña pero potente antena, capaz de alcanzar el *Watson* en un radio de quince kilómetros.

En la parte superior de la antena flotante había un emisor de infrarrojos. Si las cosas iban bien, el grupo del transporte estaría buscando en aquellos momentos su localización con sus aparatos. John apenas podía ver su girante protuberancia arriba,

pero era negra, por supuesto, lo cual era tranquilizador. Ninguna emisión en el espectro visible. Nada que pudiera alertar a un centinela en la colina, allá arriba.

Recordó los ensayos, revisando cada paso. Una ola golpeó su máscara. Había algo más...

Oh, sí. Había olvidado comprobar de nuevo el sistema. Ahora era más difícil, debido a que estaba flotando en las olas y la antena, libre, se había dado la vuelta, quedando de espaldas a él. Sujetó cuidadosamente el extremo de la boya de flotación. ¿Dónde estaba el pequeño panel de sistemas? Se echó la máscara sobre la frente, manteniendo aún la boquilla del aire entre los dientes.

Aquí estaba. Ahora podía verla, gracias a la difusa luz lunar que se filtraba entre las nubes al este. La colina se erguía tras él, una masa oscura. Ahora podía maniobrar mejor la antena. Si Arditti, allá abajo, había conectado los cables, el aparato tenía que funcionar, tenía que enviar a su través una señal al *Watson* que desencadenaría toda la operación.

Pulsó el botón de comprobación a un lado. Se encendió, y tres números amarillos indicaron que la transmisión estaba en camino.

Sintió un estallido de excitación. Lo había hecho. Los interminables ensayos habían dado resultado.

El equipo allá abajo estaba conectado, su equipo de comunicación funcionaba. Aquélla era la señal al *Watson* para que despegaran los helicópteros. Reconocerían el emplazamiento de la tumba, comprobando para ver si las comunicaciones, cueva al *Watson* a los aparatos aéreos, funcionaban. Carmody había insistido en eso. Sistemático, comprobando cada paso.

Había una razón más profunda, pensó. El *Watson* estaba en peligro mientras el cubo permaneciera a bordo. Mejor tirarlo rápidamente.

John escrutó la oscuridad. Ninguna señal de embarcación. Miró su reloj. Al menos diez minutos más antes de que pudiera esperar el segundo grupo. Cuando llegaran, desplegarían los grandes detectores acústicos y de radiaciones. Con un cierto número de ellos esparcidos por la parte inferior de la cueva de piedra, la gente del helicóptero tendría una buena idea de cuándo se aproximaba la singularidad gemela. Por aquel entonces el equipo de Arditti estaría fuera y a salvo.

John agitó ligeramente las aletas para apartarse de la antena. El display de comprobación se apagó, como se suponía que debía hacer. A metro y medio de distancia apenas podía ver la vaga silueta de la antena asomando contra el cielo nocturno. Nadie podría detectar su presencia desde arriba.

Recibió una ola en plena cara y decidió volver a colocarse la máscara. De hecho, dejarse flotar en la superficie era una tontería. Prolongaría su provisión de aire respirando directamente allí arriba, pero por otra parte el transporte podía arrollarlo cuando llegara. Volteó sobre sí mismo y se sumergió ligeramente, hundiéndose en la

oscuridad. La negrura, en cierto modo, era relajante. Había practicado la pesca submarina de noche en Cozumel en una ocasión, y tras la primera hora de inquietud había disfrutado enormemente de ella. Esto no era peor.

Se dejó deslizar perezosamente hasta el fondo. Comprobó su reloj. Habían pasado veintisiete minutos. Había utilizado menos de la mitad de su aire. A estas alturas Arditti debía haber terminado ya de conectar el pequeño contador Geiger que había llevado consigo, y el resto de su equipo estaría tendiendo cables subiendo la ladera de guijarros y por la propia chimenea de piedra. Se preguntó si la cuerda y la polea que él y Claire habían dejado allí estaría aún en el mismo sitio. Si era así, un hombre podría izarse por ella. Eso les permitiría colocar algunos de los otros detectores, los que llegarían con el transporte, chimenea arriba.

De todos modos, eso ya no era problema suyo. Era mejor dejarlo a los especialistas. Dejar que ellos...

Un brillante destello naranja iluminó la escena a su alrededor. Rocas, pálida arena, la amarronada orilla..., todo cobró repentinamente vida en torno suyo, con tanta brusquedad como si sobre ellas hubiera caído un relámpago.

Desapareció en un segundo, dejándole una imagen residual en la retina. Se volvió hacia la fuente.

Una bengala. Arditti había lanzado una bengala dentro de la cueva, y el resplandor había brotado hasta tan lejos. Debieron darse cuenta de que el resplandor escaparía por la entrada bajo el agua, sin embargo, y la habían apagado de inmediato. Esperaba que nadie en la colina hubiera estado mirando.

John aguardó a que la imagen residual desapareciera. Las corrientes torbellineaban en sus oídos. Respiraba lentamente, oyendo el suave silbar y gorgotear de la válvula.

Por otra parte, quizá fuera una señal. Podían tener problemas ahí dentro, y deseaban ayuda.

Impulsivamente, por hacer algo, nadó hacia arriba. El hilo del ancla de la antena rozó su brazo. Salió a la superficie y nadó. La antena se bamboleaba a poca distancia. Pulsó el botón de comprobación.

Los sistemas funcionaban correctamente, los cables seguían en su lugar. Pero no había ninguna transmisión.

Contempló el rastro vacío de la señal, chorreando agua, deseando que dijera alguna otra cosa.

Puede que fuera normal. Habían apagado por un momento los detectores. Uno de los cables se había salido de su alvéolo allá en la cueva. Algo así.

O problemas. Quizá la maldita singularidad estaba ya ahí dentro.

De acuerdo, espera al transporte. Deja que los especialistas se ocupen del asunto. Les pagan para ello. Y reciben un sueldo muy superior al de un posdoctorado del

MIT, seguro.

Aquello era razonable, pero podía tomar diez, quince minutos más.

Por otra parte...

Arditti no hubiera violado los procedimientos sin una razón. Sabía que John estaba ahí fuera. Debía ser una señal pidiendo ayuda.

Se sumergió de nuevo. Utilizando el haz rojo de su linterna, encontró la entrada. Entraría, averiguaría lo que había ocurrido, e informaría de ello a los hombres del transporte. Sólo eso. Nada más.

Claire se encogió sobre la consola de comunicaciones de la torre de control de los helicópteros, temblando. No parecía conseguir sacarse el frío de los huesos, pese a permanecer cerca de la única estufa de la habitación, que olía a metal caliente. Pese a los gruesos guantes de piel, notaba ateridas las puntas de los dedos.

La sala de control miraba desde arriba a los dos helicópteros, con sus tripulaciones ya en sus cabinas, calentando los motores. Estaban preparados para elevarse en el momento en que el enlace de los datos del primer equipo fuera completo.

Estudió ociosamente el mapa sobre la mesa del controlador. Mostraba la línea de la costa, las profundidades y elevaciones del fondo marino, todo ello codificado en colores. Recordó haber estado estudiando unos mapas mucho más simples hacía unos meses, intentando localizar dónde había descubierto John los restos del tubo de drenaje bajo el agua. Los había dibujado en aquel mapa...

Le sorprendió inmediatamente que en los últimos días había visto algo similar. Sí, Arditti. Había venido al Edificio JFK y señalado el sendero dejado por el cubo en el lodoso fondo del puerto de Boston. Entre los meandros de los contornos de agua y tierra había parecido algo inflexiblemente artificial, recto como un poste de señales. Sin embargo, las cosas eran justo a la inversa..., el puerto era una obra de los hombres, y el cubo estaba siguiendo una ley natural.

Recordó el tubo de drenaje debajo de aquellas aguas. Las cosas se reducían a dos rastros en el fondo marino: uno un antiguo hueco practicado por el agua, el otro la marca dejada cuando el cubo se arrastró vanamente tras su singular gemelo.

Deseó que hubiera alguien con quien hablar en aquellos últimos minutos. Echaba agudamente en falta a John, no podía dejar de preocuparse por él. Sergio podía ser un buen hombre para hablar en momentos como aquél; tenía una simpatía natural. El chiste en aquella fiesta en Harvard no podía estar más equivocado; era un hombre sutil y amable. Sin embargo, Sergio había rechazado incorporarse a aquella aventura. No por falta de interés o valor, sino por su propensión al mareo.

George entró torpemente en la habitación, el rostro enrojecido por el frío.

—¿Cuánto tiempo se supone que falta?

—Debería ser en cualquier momento —dijo ásperamente el comandante de control—. Mantenga puestos los pantalones. —Evidentemente al hombre no le gustaba recibir civiles en su territorio.

—¿Qué ocurrirá si no pueden hallar la abertura? —preguntó George.

—Volveremos mañana —dijo el hombre, terminando con ello la conversación.

Claire se reclinó contra una mampara de acero. Todo allí estaba cubierto con una gruesa capa de pintura gris y exudaba un débil olor a esmalte. Los motores del

*Watson* habían disminuido su latir a un ronroneo, y el buque estaba orientado al viento, para proporcionar condiciones predecibles de despegue. Las amplias ventanas de plexiglás seguían mostrando únicamente oscuridad; todas las luces exteriores estaban apagadas.

La escotilla se abrió y entró Hale. Era el jefe del helicóptero de Claire, un hombre nervudo con unos ojos rápidos y penetrantes. Su mono azul encajaba perfectamente en su cuerpo, y nada desde su gorra hasta sus brillantes botas negras llevaba ninguna marca identificadora. Claire supuso que era de la Agencia de Seguridad Nacional.

—Me gustaría verles en sus puestos, amigos —dijo Hale. No parecía estar tenso en absoluto.

—Me estoy congelando —dijo Claire.

—Queremos despegar tan pronto como sea posible —dijo pacientemente Hale.

—¿Lo dijo Carmody? —insistió Claire.

—Por supuesto que lo dijo. Quiere esa gran cosa inmediatamente fuera de la cubierta.

—No se espera a la singularidad gemela hasta dentro de horas —apuntó Claire.

—Lo queremos todo en su lugar y comprobado. Puede que tengamos que neutralizar el sitio, ¿sabe? —Hale sonrió serenamente.

—Matar a los guardias, quiere decir —respondió secamente Claire.

—Hey, tranquila, ¿eh? —dijo George como si estuviera genuinamente ofendido—. El hombre sólo está cumpliendo con su deber.

Hale asintió, aún sonriendo, y dijo cordialmente:

—Sólo si nos disparan, doctora Anderson. El satélite de reconocimiento dice que no había nadie en el lugar a la puesta del sol. Eso hará que no tengamos ningún problema, supongo.

—¿Lo ves? —dijo George—. Y yo prefiero estar aquí haciendo algo mas importante que un posdoctorado, sentado en una habitación de Morningside Heights.

—Ese no es el asunto —dijo orgullosamente Claire. El entusiasmo masculino que rezumaba por todo el *Watson* la había puesto nerviosa. Kontos hubiera llamado a aquello imperialismo americano, pero para ella hedía a antigua ciencia popular y avidez.

—Señora, lo que tenemos aquí es un dispositivo nuclear. En situaciones como ésta, dice Carmody, no vamos a correr riesgos.

—¿Es ése su estilo habitual? Realmente, ha actuado con rapidez.

La sonrisa de Hale se hizo más amplia.

—Sí, el viejo Carmody no da vueltas en torno a uno. Le salta directamente a la garganta. Por eso está donde está.

—No me lo jure —dijo Claire, con lo que pensó que era un obvio sarcasmo irónico, pero que no pareció afectar a Hale. Probablemente había visto a otros civiles

hacer los mismos gestos verbales antes, y había aprendido a capearlos. ¿Y por qué no? Gruñían, pero seguían adelante.

—¡Hey! —dijo el comandante de control—. Estoy empezando a recibir datos del primer equipo.

La consola mostraba esquemas coloreados, luego un display gráfico.

—Parece un entorno normal.

—Vámonos —dijo Hale, todo eficiencia.

Mientras salían por la escotilla, Claire le dijo a George:

—Buena suerte ahí abajo.

—Seguro que tendremos algo que contar de vuelta en la Universidad de Boston, ¿eh? —respondió alegremente George.

*Seguro, pensó Claire, una vez la ASN dé vía libre a la información pública. Lo cual puede ser más o menos cuando seamos pensionistas de la Seguridad Social.* Salió a la cubierta de acero y empezó a bajar la oscura escalerilla.

La cubierta de vuelo había cobrado repentinamente vida, con oscuras figuras corriendo de un lado para otro, el zumbido de los motores despertando perezosamente de su sueño, gritos ahogados, el restallar de cables liberándose. Se apresuró en torno a la cola de su helicóptero, con la cabeza gacha como Hale le había advertido, luego a lo largo del fuselaje y subiendo los escalones, cruzando las puertas correderas de acero y entrando en la cabina. El aparato tenía un casco anfibio, y había una sorprendente cantidad de sitio dentro.

Hale estaba ya sujetándose los cinturones de seguridad. El resto de la cabina estaba llena con equipo electrónico. Dos hombres con uniformes verdes estaban sentados en asientos abatibles, sujetando armas de feo aspecto. Largos y curvados cajetines salían de sus culatas, indicando con toda evidencia que llevaban gran cantidad de munición. Había visto cosas como aquéllas en películas, y hasta aquel momento nunca se había preguntado cómo funcionaban. Como tampoco sabía qué era lo automático en las armas automáticas. ¿Seguían sencillamente disparando mientras mantenías apretado el gatillo? Los hombres saludaron a Claire con la cabeza y no dijeron nada.

Las luces de la cubierta de vuelo se encendieron bruscamente. Ya no era necesario tomar precauciones; cualquiera desde la orilla podría ver claramente que allí estaba ocurriendo algo, por el ruido de los motores.

Observó el despegue del primer helicóptero. Se alzó con un agudo zumbido de esfuerzo, tirando suavemente de los cables que sujetaban el bulto que llevaba debajo. Cuando se tensaron el piloto dio toda la potencia, y la masa de la blanca caja se alzó de la cubierta, oscilando ligeramente, pareciendo como cualquier otra carga. Nada fundido en sus costados, ninguna chispa incandescente.

Los físicos del equipo de Carmody habían ideado un método de contención. Al



parecer el gran campo magnético de la singularidad podía ser utilizado para aislarla. Los físicos utilizaban un complicado juego de imanes para crear una especie de trampa magnética, y eso mantenía a la singularidad alejada de las paredes. O al menos eso se suponía.

Abe Sprangle había sugerido que el hierro en la roca del cubo había creado una trampa de ese tipo, y quizá tuviera razón. Algo había hecho que las dos singularidades permanecieran dócilmente dentro del cubo durante 3.500 años o más. *Y si nadie la hubiera dejado caer por un pozo de cien metros, pensó desconsoladamente, hubieran seguido en su lugar.*

Incluso entonces, si ella y John hubieran dejado la caja en el fondo del mar, el gemelo escapado hubiera hallado probablemente su camino de vuelta hasta su hermano en el cubo. El «retorcimiento» vagabundo se había visto probablemente arrancado de su sitio allá donde la chimenea de piedra daba un brusco giro, donde golpeó primero la caja, destrozando y abriendo un lado.

Debió hundirse por una de las muchas grietas laterales. No había habido tiempo de descubrir la existencia de ese gemelo antes de que izaran el cubo del fondo del mar y se lo llevaran. Y desde entonces, la solitaria singularidad había estado siguiéndoles con obstinación, masticando ciegamente todo lo que bloqueara su camino.

El hecho que ella y John y George no hubieran visto nada del gemelo errante sugería que no había quemado y fundido rápidamente su camino a través de la roca. Al menos no cuando tenía baja velocidad. Pero ahora podía regresar a toda marcha a lo largo del canal que él mismo había abierto, y nadie sabía lo energético que podía ser.

La caja blanca se alejó en la noche, colgada de sus gruesos cables. Encima de ella, Claire pudo ver el excitado rostro de George mirando a través de las amplias ventanillas de las puertas correderas. Vio que los helicópteros no llevaban ninguna identificación. El rugir a su alrededor creció de tono, y la aceleración la apretó contra su asiento. Un *bump bump bump* vibró a través de sus botas, y el *Watson* se alejó a sus pies, plata gris contra un mar de tinta.

El primer helicóptero estaba a más de un kilómetro ante ellos, volando hacia el oeste. Las luces de posición estaban apagadas, pero podía ver su masa contra el creciente resplandor de la luna. Las distancias se fueron acortando, puesto que se movían más cerca debido a la caja que transportaba. Las nubes se estaban aclarando sobre sus cabezas. Una helada brisa, con el intenso olor de la tierra, penetró a través de la abierta ventanilla. Deseó cerrarla, pero Hale la había dejado deliberadamente abierta, al parecer para ver mejor. Intentó distinguir la línea de la costa, pero no pudo reconocer ninguna de las bajas colinas. Pasaron el primer helicóptero y ocuparon la cabeza, tal como estaba planeado.

Hale estudió las lecturas de su panel de comunicaciones. Era un sistema sofisticado, montado para poder ser sacado basculando de una pequeña caja. Tecleó varios mandos y observó los cambiantes esquemas. Claire no pudo comprender qué significaban.

—¡Lo hemos perdido! —exclamó Hale por encima del rugido del motor.

—¿Qué?

—El enlace de datos de la cueva. Mostraba una radiactividad normal, luego, zip, nada.

—¿Quizá un error? Tal vez se hayan desconectado por un momento.

Hale frunció el ceño.

—Tal vez. —Se puso un laringófono y llamó al *Watson*.

Claire alzó la vista hacia la costa que pasaba junto a ellos. No se veía ninguna luz al norte. Había pocos pueblos en aquella zona, y nadie malgastaba electricidad iluminándolos por la noche. Tendría que poder ver Nauplia cuando giraran al norte; el ángulo sería el correcto, y estaban todavía bastante altos. Estudió a los dos hombres armados. Permanecían sentados impassibles, sujetando sus armas; sólo sus ojos miraban hacia uno y otro lado, excitados.

Se inclinaron ligeramente, virando al norte, hacia la excavación. Iban a avanzar hacia ella directamente, al oeste de la tumba, para reconocer el valle. El primer helicóptero les seguía ahora.

Miró a lo lejos hacia el oeste, donde el perlino resplandor de Nauplia silueteaba una amontonada línea de colinas. Luego, directamente abajo, ardió como una chispa naranja. Sólo la vio momentáneamente a través de los puntales de sustentación y el chasis, tan brillante que dejó una imagen residual en sus retinas después de que hubieran completado el giro y su ángulo de visión quedara bloqueado. ¿Un fuego de campo? ¿Algo procedente de las turbinas de los motores? Tuvo la sensación de que debía informar de ello y se volvió a Hale para decírselo, pero el hombre estaba trabajando intensamente en su tablero de control.

—No hay duda, no están en el aire —dijo—. El *Watson* lo confirma.

—Entonces, ¿no deberíamos...?

—Ya estamos metidos en esto. Cualquiera que haya ahí abajo ya nos ha oído.

Pasaron por encima del emplazamiento de la tumba, pudo ver la silueta de la colina, pero era imposible distinguir la tumba en sí. Descendieron para una cuidadosa inspección de la zona.

—¿Pero de qué sirve si no podemos obtener lecturas de la cueva? Nunca sabremos cuándo...

Sobre el zumbido de la turbina oyeron algo como guijarros golpeando contra un techo, y sonido de taponazos.

—Ya no podemos abandonar —dijo tensamente Hale—. Eso son disparos de

armas cortas.

Los sonidos llegaban a través de la ventanilla abierta. Claire se dio cuenta de una forma abstracta que alguien estaba disparándoles.

Viraron hacia la derecha. Un pesado retumbar resonó al frente y más arriba de ellos, y se dio cuenta de que debía ser el fuego de algún arma pesada del propio helicóptero. Todo aquello pareció tomar un tiempo agonizantemente largo. Absurdamente, pensó en la escena del asalto de una vieja película, *Apocalypse Now*, y deseó poder ir a la parte delantera del aparato para ver lo que estaba ocurriendo. Pudo ver una sucesión de marchitos árboles pasar bajo ellos a la débil luz. Estaban descendiendo por el pequeño valle donde había pasado meses cavando. De un lado llegaron nuevos destellos de luz. Parpadeó, y vio imágenes residuales en su retina.

Las cosas estaban ocurriendo tan rápidamente que no tuvo tiempo de asustarse. Más árboles pasaron bajo ellos, y luego a su derecha se alzó una ladera familiar. Hale exclamó:

—Nos hemos librado, pero los otros no pueden virar tan rápido. Están recibiendo fuego de ametralladoras ligeras desde el campamento.

Mientras hablaba viraron a la derecha, alejándose a través del valle, hacia el mar. El aparato vibraba bajo sus pies.

Hale escuchó atentamente por sus auriculares, con ojos distantes. Luego dijo a Claire, con ánimo de tranquilizarla:

—Las armas pequeñas no pueden hacer mucho contra nosotros. Estos bebés están blindados. Doble casco, con una nueva fibra en medio. No hay mucho peligro, a menos... —Guardó silencio, escuchando.

Claire se retorció para mirar hacia abajo, al valle, y finalmente vio al otro helicóptero a un kilómetro tras ellos. Avanzaba lentamente, con la caja blanca oscilando debajo como un hinchado huevo.

Rápidos destellos desde el campamento. Le sorprendió lo fuertes que sonaban los ruidos de las armas. Había al menos media docena de personas disparando ahora, porque no había ni un momento de silencio. Algunos llegaban desde arriba de la colina, junto a la tumba. Había dardos de luz brotando también del helicóptero, alanceando el campamento. Estaban devolviendo el fuego.

De pronto, un fuerte *rrrrppp* les llegó desde el campamento. El distante helicóptero osciló visiblemente, perdió altitud, se deslizó hacia la izquierda.

—¡Hijos de puta! Han disparado con ametralladoras pesadas —exclamó Hale—. Le han dado al motor.

Giraron bruscamente, trazando un círculo, encaminándose de vuelta por donde habían venido. Claire perdió de vista a los otros.

Hale gritó fuertemente en su micro, sin duda al piloto:

—No me importa, sobrevuele el campamento. ¡Elimine este fuego!

El golpeteo empezó de nuevo arriba. Claire se dio cuenta de que los golpes eran rápidos estallidos tan juntos que apenas podía distinguirlos como una ristra de disparos.

—Intente alcanzarles desde arriba de la colina, fuera de su alcance —exclamó Hale por el micro.

Escuchó algo. Claire captó un sonido irregular, chirriante, detrás de ellos. Se hizo más agudo, se convirtió en un chillido.

—Están alejándose —dijo Hale calmadamente.

Mientras pronunciaba la última palabra, un resplandor blanco penetró por la ventanilla. Un *crump*, y luego una explosión ensordecedora. El resplandor blanco disminuyó, pero siguió iluminando la cabina con una luz fantasmal, congelando por un instante los tensos e impresionados rostros.



John se deslizó hacia arriba, la luz de la linterna por delante, los hombros raspando contra la roca. Las burbujas exhaladas enturbiaban su visión. El cilindro a su espalda resonaba contra la constricción de las paredes.

No recordaba que fuera tan estrecho. ¿Era posible que la roca se hubiera desplazado? No, aquello era estúpido. Antes había nadado hacia abajo, hacia la luz, sin pensar en lo estrecho que era el paso. Y no llevaba un tanque de aire a sus espaldas.

Los lados parecían imposiblemente cerca, malévolamente rojos, como si quisieran aferrarle.

Se retorció en torno a una protuberancia rocosa, y en aquel movimiento estuvo a punto de perderlo todo. Su máscara rascó contra la roca. El agua enturbió su visión y luego penetró en su nariz. Retiró bruscamente la cabeza, golpeándola contra la roca del otro lado. Un pánico repentino se apoderó de él. La sal picoteó en sus ojos. Olvidó que su nariz no importaba, que estaba respirando por la boca. Inspiró inconscientemente por ella, y sus fosas nasales se llenaron de agua.

Tironeó de la máscara, pateó automáticamente hacia arriba en busca de la superficie, y golpeó dolorosamente contra roca. No había superficie, sólo roca a todo su alrededor, ninguna forma de salir al aire. Aquél era un largo tubo que conducía a una tumba, todo era una tumba, un lugar para los muertos.

Deja de respirar. No inspires más por la nariz. Párate. Utiliza la cabeza.

El pensamiento le hizo ponerse rígido, pero siguió la antigua lección, aguardando a que recediera el pánico. Tumbas, muerte, verse enterrado para siempre entre piedra. No, olvida eso. Actúa paso a paso.

Su enturbiada visión no le dijo nada. Contó hasta cinco y entonces empezó a practicar un antiguo entrenamiento.

Inclina la cabeza hacia atrás. Aprieta la parte superior de la máscara contra tu frente. Inclina el fondo hacia fuera. Inspira por la boca, acumulando todo el aire que puedas. El aire sabía maravilloso. Luego expúlsalo fuertemente por la nariz.

Vació por la fuerza sus pulmones, extrayendo hasta el último átomo de aire. La visión se aclaró, aunque el fresco contacto con el aire hizo que sus ojos le picaran más.

Las burbujas se elevaron y él se hundió, más pesado. Volvió a inspirar por la boca, oyendo el silbido en su válvula reguladora, agradeciendo el soplo de aire que volvió a llenar sus pulmones. Increíblemente, su máscara estaba limpia. Sintió un estremecimiento de victoria. Podías morir en un momento, cualquier buceador lo sabía, y él había pasado por ello sin perder el control. No era tan malo, después de todo.

La lámina de cristal de la máscara tenía un borde empañado en la parte superior. Al infierno con aquello. No iba a pasar otra vez por el ejercicio de limpiado por un problema menor. No iba a hacer nada excepto salir lo antes posible de allí. Echar una mirada, luego dar media vuelta. Y en aquel estado, encajonado allí, era más fácil seguir adelante que intentar dar media vuelta.

Pasó serpenteando junto a la protuberancia de roca y se dejó derivar lentamente hacia arriba. Se había permitido respirar a sus anchas, pero ahora era el momento de volver a las respiraciones lentas, someras y regulares, manteniendo los pulmones medio llenos de aire tanto tiempo como le fuera posible sin sentirse incómodo, extrayendo cada molécula de oxígeno antes de expulsarlo.

El rayo rojo apuñalaba una impenetrable oscuridad. El agua, allí, estaba sucia. El rayo captaba una neblina de partículas en suspensión.

Un giro a la izquierda. Sí, recordaba eso. Las paredes parecían bostezar, facilitándole el paso. Allá arriba estaba la playa de guijarros. Sondeó con la linterna a su alrededor, buscando.

Entonces, más allá de la luz, vio a alguien. El buceador estaba nadando en dirección contraria a él, los pies cubiertos por el material protector negro que llevaban los buceadores dentro de sus aletas, como unos calcetines. Había sido adiestrado a mantener la formación mientras iba en grupo, así que la vista de alguien delante le hizo suponer automáticamente que el hombre estaba llevando a cabo alguna tarea. La suciedad en el agua absorbía el haz de su linterna, y sólo podía ver sus piernas. Se acercó, preguntándose por qué uno de los hombres estaba trabajando todavía en el agua, cuando repentinamente se dio cuenta de que las piernas no se movían.

Estaba concentrándose todavía en respirar, y eso frenó sus reacciones a los acontecimientos de fuera. Estaba al nivel de los pies del hombre antes de que la verdad se insinuara en él. Ahora pudo ver unas blancas manos colgando inmóviles. Le faltaba el equipo de su cinturón.

Avanzó a lo largo del cuerpo. El equipo respirador no estaba en la espalda de su traje de goma. Más importante aún, tampoco estaba el cilindro de aire. Ni la máscara. Brazos y piernas permanecían algo doblados, como relajados. Y en el pecho había un gran agujero, goteando negros filamentos en el agua.

Su pelo se agitaba suavemente, como finas algas. El cuerpo estaba vuelto a medias, y John lo contempló un largo instante antes de reconocer su perfil.

Era Arditti.

Se agitaba suavemente en el agua, los ojos muy abiertos, mirando fijamente hacia delante. John tocó el cuerpo y lo giró, haciendo que Arditti le mirara directamente a él, la boca fruncida como si el hombre muerto estuviera a punto de formular una pregunta.

Mientras John contemplaba los negros hilillos que brotaban lentamente del pecho de Arditti y se alejaban, se dio cuenta bruscamente de qué era lo que formaba la fina bruma de suciedad en el agua. Aplastó las manos contra la boquilla en su boca, sintiéndose dominado por una repentina náusea.

La expresión interrogativa de Arditti se acentuó y la boca se abrió. Una burbuja brotó lentamente de ella. Se alzó como una pregunta: *¿por qué?*, y se desvaneció ladera arriba, en la bruma.

Sí, ¿por qué? Alguien le había disparado a Arditti después de que se hubiera sacado la mayor parte de su equipo de buceo. No podía haber estado muy lejos, porque había caído en el agua. O había sido arrojado...

Aquello explicaba el resplandor. Alguien había encendido una bengala como una señal para John, o para iluminar la cueva, convirtiéndolos en unos blancos contra los que disparar.

Fuera cual fuese el caso, estaba indefenso. No tenía ningún arma, nada. Era tiempo de volver fuera, avisar al grupo del transporte. Dejar que ellos averiguaran qué hacer. Probablemente significaba que toda la misión estaba en peligro. Los griegos debían estar en la cueva, lo cual significaba que también estaban arriba, en el campamento...

*Claire.* Los helicópteros habían despegado ya. Estarían sobrevolando el campamento, escuchando una señal que no les llegaba, porque el equipo en la cueva no funcionaba.

Así que debían estar ahí arriba, un blanco para el fuego desde tierra. Con Claire dentro.

Tenía que avisar. Dio la vuelta en el reducido espacio, golpeando contra Arditti. El haz rojo se abrió camino a través de las miasmas en suspensión de sangre coagulada.

Pateó hacia abajo, agitando fuertemente las aletas. El pasadizo parecía más ancho que cuando había ascendido. Llegó al recodo y, pese a su apresuramiento, lo pasó con cuidado, sin querer arriesgarse a rascar su máscara y recibir de nuevo el borbollón de agua. Resultaría miserablemente difícil vaciar su máscara en aquella posición, cabeza abajo.

La bruma de sangre se aclaró a medida que la iba dejando atrás. Estaba casi fuera de las paredes de roca cuando repentinamente un resplandor azul estalló ante sus ojos. Estaba delante de él, en el fondo marino.

La fuente se movía lentamente de izquierda a derecha, emitiendo brillantes puntos de luz que partían de ella para desvanecerse en el agua. Por un instante pensó que era el grupo del transporte, iluminando el fondo con una bengala para orientarse, o para buscarle, pero entonces vio que no había nada cerca del punto de luz, ninguna silueta sujetando la bengala, y supo lo que era la rodante y escupiente furia.

El resplandor blanco disminuyó.

—Les han acertado en el depósito de combustible —dijo huecamente Hale—. Están ardiendo.

Claire sintió una abrumadora oleada de terror. Completaron su giro, y pudo ver una amarilla pira horadando la oscuridad.

*George.*

—La señal ha desaparecido —dijo tensamente Hale—. Quizá algunos de ellos consiguieron salir. Veamos.

Se elevaron por encima de la larga y desplomada colina, lo cual les llevó momentáneamente más allá del escupiente fuego de rifles. Claire vio que el primer helicóptero había caído a unos trescientos metros al oeste del emplazamiento de la tumba, cerca de la base de la colina. Ardía ferozmente, enviando al cielo acres volutas de humo.

Pasaron por encima del mar, bloqueando la visión. Miró hacia atrás y vio un resplandor naranja. Oscilaba, se volvía difuso, y luego volvía a convertirse en un intenso punto naranja. Cerró los ojos, pensando que era una imagen residual en su retina, pero no vio nada. Cuando miró de nuevo parecía haberse movido. La luz de algún aparato, pues. ¿El transporte, conduciendo a John de regreso al *Watson*? No, se suponía que debían ir sin luces.

La línea de la costa se deslizó bajo ellos. El piloto había trazado un círculo, llevándoles de vuelta al lugar desde el oeste, más alejados del campamento.

Un fuerte golpetear llegó de nuevo desde arriba. Pudo ver destellos desde el campamento, pero parecían ser menos. El artillero arriba debía haber alcanzado la ametralladora pesada, porque ya no se oía.

Ruido, confusión. Hale se puso a gritar de nuevo bruscamente por el micro. Los hombres en la cabina sujetaron fuertemente sus armas. El helicóptero picó, avanzando con rapidez. Un fuerte tableteo del arma de arriba.

Aterrizaron bruscamente.

—¡Quédese aquí! —le ordenó Hale. Como si necesitara que se lo dijeran.

Hale hizo deslizarse de un tirón las grandes puertas de acero, que se abrieron con un resonante *clang*. Los hombres saltaron fuera. Se habían posado mirando a la colina, de modo que el propio helicóptero les escudaba del fuego procedente del campamento. Una bocanada de calor abofeteó su rostro. Claire observó mientras los hombres corrían hacia el ardiente aparato, cuyo esqueleto se revelaba como negras vigas entre el fuego. Había unas cuantas formas desplomadas dispersas a su alrededor. Hale alcanzó la primera, le dio la vuelta, sacudió la cabeza.

Una de ellas tenía que ser George, pensó. Y mientras los hombres arrastraban los



carbonizados bultos lejos de las llamas vio que ninguno había sobrevivido a la caída.

Los sonidos parecieron descender de intensidad, perdiendo toda importancia. Pensó en George, seguro de sí mismo hacía tan sólo unos minutos, en el *Watson*, ansioso por despegar hacia aquella gran aventura. ¿Qué habría pensado cuando empezó el tiroteo?, se preguntó.

Por encima del *bump bump bump* de los rotores oyó de nuevo el restallante fuego de los riñes. Tenían que marcharse inmediatamente de allí, olvidar...

El cubo. Se puso bruscamente en pie y miró por la abierta portezuela, buscando en el terreno iluminado por las llamas. Allá, a cincuenta metros de distancia. La caja parecía intacta, un bloque perlino yaciendo en el suelo del valle, envuelta en cables.

Le gritó a Hale, pero éste no la oyó. Los hombres estaban todavía arrastrando los cuerpos lejos del ardiente aparato. El fuego estaba empezando a chisporrotear, agotado el combustible. Hale les gritó algo y corrieron hacia ella, agazapados.

—No hay nada que hacer —dijo el hombre, saltando a la cabina—. Murieron con el impacto.

Se puso el laringófono y habló rápidamente a través de él, describiendo la situación. Claire se sentó aturdida, desconectada. Intentó librarse de aquella sensación, pero era tentador ignorar el martilleo del artillero arriba, la crujiente y acre pira allá en la colina.

Carmody y el Consejo de Seguridad Nacional se habían mostrado tan seguros. Habían contado con la guerra con los turcos para distraer a Kontos, con la furtividad, con la velocidad y —no lo menos importante— con una teoría. Con unos cálculos que, si comprendía realmente lo que había visto hacía unos minutos allá en el mar, estaban terriblemente equivocados.

Arrogantes. No les gustaban las preguntas a menos que tuvieran claras respuestas. Creían tanto en sus métodos que conjuraban la certeza a partir del más innegable de los riesgos.

—¡Hey! —le gritó Hale—. Apártese de esa puerta. Se dio cuenta de que estaba de pie en ella, mirando atentadamente hacia la parpadeante escena. Hale terminó de hablar y se arrancó el laringófono.

—La marina está enviando dos reactores —dijo.

—La caja —murmuró ella—. Tenemos que volver a alzarla en el aire.

—Sí, sí. Estoy pensando. Mire, pronto este fuego se apagará y los reactores arrasarán ese campamento, van a usar napalm, de modo que podremos ocuparnos de ello. Lo único que hay que hacer es soltar los cables de anclaje del helicóptero derribado y engancharlos al nuestro.

—¿Puede hacer esto rápidamente?

—Es fácil. Diez, quizá veinte minutos.

—Entonces tiene que saber lo que creo que vi. —Se lo contó. Los ojos del

hombre se entrecerraron.

—Quizá no podamos aguardar a que esos reactores eliminen el fuego.

—Hasta que lo hagan debemos permanecer alejados de la caja.

—De acuerdo. Estamos fuera de alcance de los rifles, pero no hay nada que les impida correr tras nosotros.

La ametralladora pesada de arriba resonó de nuevo.

—Excepto eso —dijo Claire—. ¿Cree que hay muchos griegos? —Uno de los argumentos que había esgrimido para justificar el ir en la expedición era su dominio del griego. Se dio cuenta de que su verbosa argumentación podía resultar ahora válida de la más desagradable de las maneras.

El hombre escupió cuidadosamente al suelo.

—Es posible.

—Necesitamos mantener esa cosa en el aire.

—Sí. Mire, informaré de lo que me ha dicho...

A medio colocarse el laringófono, se detuvo en seco. Un rrrrrttt les llegó de nuevo desde la distancia.

—¡Maldita sea! Esos jodidos mamones. Deben haber vuelto a poner en funcionamiento la ametralladora.

Tres impactos alcanzaron el cuerpo del helicóptero, cada uno de ellos como martillazos sobre madera. Claire se encogió. Otro estallido de disparos desde arriba. Hale parecía confuso. Le alegró saber que las cosas estaban yendo un poco demasiado rápidas incluso para él.

Dos impactos más resonaron contra el cuerpo del-helicóptero, esta vez produciendo un fuerte ruido metálico en la cola.

—Jesús, pueden atravesarnos —dijo Hale, sorprendido—. Son balas de gran calibre. Y nosotros somos un blanco grande.

—Entonces marchémonos —dijo ella.

Más proyectiles golpearon contra el helicóptero, haciéndolo oscilar ligeramente. Los hombres de arriba respondieron al fuego.

Hale dijo algo en su micro —sus palabras quedaron cubiertas por el ruido— y asintió.

—De acuerdo. Haremos eso.

—Cortó.

—¿Haremos qué?

—Iremos al otro lado de la colina, veremos si esa cosa está ahí fuera.

—¿No me cree?

—No yo, es Carmody. Tenemos que saber lo que está ocurriendo.

—Bien...

—Otra cosa. Carmody desea que salga usted de este helicóptero. Una vez se

apague el fuego de los matorrales producido por el napalm, la infantería griega puede caer sobre nosotros en cualquier momento. Carmody dice que la deje en un sitio seguro, sobre la cresta de la colina, antes de que esa singularidad llegue aquí. Compruebe todo lo que vea. Así que la dejaré ahí, oculta. Luego nos llevaremos esa caja.

—¿Quiere que eche a correr en la oscuridad? —preguntó ella.

—Yo iré con usted.

Otra ráfaga agitó el helicóptero. El restallar de los disparos hacía cada vez más difícil oír.

—El helicóptero de reserva viene ya hacia aquí, la encontrará y la recogerá. Por aquel entonces ya habremos terminado con esos tipos.

Claire le miró. En medio de la bruma de todo aquello, el hombre todavía estaba seguro de que podían salirse con bien. Hale sonrió.

—Es mejor que recibir este fuego, créame.

—Pero yo no...

—Son órdenes de Carmody, ¿entiende? —dijo Hale bruscamente—. Mire, señora, tengo cosas que hacer.

Asintió mudamente. El arma, arriba, lanzó una larga ráfaga. Observó que el otro hombre había vuelto al helicóptero y permanecía agachado junto al fuselaje. Descendió detrás de Hale y avanzó a lo largo de la protección del cuerpo del helicóptero. Un agudo zumbido descendió de las nubes, y luego un bajo y hueco rugir.

—Aquí está la Marina —dijo Hale. Sonrió—. Tranquila, ¿eh? Yo iré con usted, y esos chicos nos proporcionarán fuego de cobertura. Subiremos la colina a lo largo de ese pequeño barranco, ¿lo ve? Donde hay oscuridad.

—De acuerdo.

El aullido creció, y Claire se dio cuenta de que los reactores debían estar picando. De pronto vio a uno surgir de una nube baja a varios kilómetros de distancia, una mota negra contra el gris banco de nubes. Descendió rápidamente, como un pájaro en vuelo rasante. Lo perdió de vista cuando pasó por detrás del helicóptero, y entonces, más allá, estalló un sol amarillo que arrasó el suelo. Rugiendo, una bola de oro quemado se alzó en la noche. La inmovilizó, la cegó.

—¡Hey! Vamos. —Hale sujetó su brazo. Trastabilló tras él, profundamente impresionada.

Avanzaron directamente colina arriba, haciendo rodar las sueltas piedras, primero corriendo y luego agarrándose a los arbustos para izarse. Todo el tiempo sentía deseos de volver la vista hacia la amarilla sábana de llamas, pero no se atrevía; la marcha era difícil incluso con botas, y tenía que esforzarse por mantener el ritmo de Hale. Sus sombras se extendían ante ellos, distorsionados brazos agitándose en

enormes arcos. El la guió por un estrecho barranco, avanzando rápido pese a permanecer constantemente agachado. Luego la luz disminuyó a un color naranja. El napalm se estaba agotando.

Ahora ya no podía oír los ruidos como taponazos, ningún disparo de rifle. Jadeando, siguió la imprecisa silueta de Hale que le precedía. Un guijarro rodó bajo su bota y cayó, rascándose la cara. El seco y limpio olor de Grecia inundó sus fosas nasales, y luego olió algo más, como un fluido volátil. Los vapores del napalm, supuso, mientras luchaba por volver a ponerse en pie.

El barranco ascendía empinado, estrechándose hasta convertirse en una irregular hondonada. Miró hacia atrás y vio hombres entre los restos del primer helicóptero. Estaban intentando ya liberar los cables. Más allá, el campamento estaba en llamas. Los matorrales crepitaban, y un manto de humo colgaba encima de un creciente círculo naranja.

—Bien, por aquí —indicó Hale. Se había detenido en una depresión justo debajo de la cresta de la colina. Estaban a unos trescientos metros del helicóptero, calculó. Sólo unas llamas espasmódicas iluminaban ahora el valle.

Le sorprendió descubrir, mientras ascendía el resto del camino, que apenas respiraba afanosamente. Cruzaron un reborde de piedra y miraron a la costa.

Un débil resplandor azul se extendía como un ventilador desde la base del abrupto acantilado, iluminando las agitadas aguas desde abajo. El mar, como tinta, oscurecía sus bordes, pero no podía apagar la profunda luminiscencia. *Como una cosa viva ahí abajo*, pensó. *Como un antiguo dios*.

Miró hacia el horizonte. *¿Dónde estaba el Watson? A kilómetros de distancia*, pensó, *y navegando sin luces*.

—Creo que tenía usted razón —susurró Hale.

—Y John está ahí abajo.

—¿Eh?

—¿Se han reanudado las comunicaciones con los hombres en la cueva?

—Oh..., no.

—Entonces, algo... ha... —No pudo terminar. La fantasmal radiación se deslizaba de una forma extraña, como si estuviera buscando un camino al interior del acantilado.

Entonces se dio cuenta del detalle. La luminiscencia estaba moviéndose demasiado lentamente.

Los cálculos, de algún modo, estaban equivocados. La singularidad había regresado más pronto. En vez de volver a toda velocidad, luego golpear contra los acantilados allá abajo, estaba arrastrándose por el fondo del océano.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Regresaría a lo largo de su anterior túnel?

Todo lo que habían supuesto podía estar equivocado.

Hale estaba hablando a través de su laringófono, informando a Carmody. Cortó y le hizo un gesto.

—Usted simplemente quédese aquí. La Marina se ha ocupado de esos bastardos, así que pronto tendremos la caja enganchada de nuevo. Quince minutos máximo, imagino. Luego enviaré un hombre a buscarla, o el helicóptero de reserva estará aquí. Carmody dice que no tiene que ir a donde pueda resultar herida.

—Estupendo.

—Baje un poco por este lado, es demasiado fácil verla aquí arriba.

Se deslizaron hacia abajo y caminaron por la garganta. Cincuenta metros más abajo, Hale alzó una mano.

—Aquí está bien. Permanezca oculta.

Echó a andar hacia abajo, sujetando su arma, estudiando el camino. Estaba casi a medio camino cuando un rápido *brrrrrppp* hendió la noche, y Hale cayó de cara al suelo. Rodó sobre sí mismo y se tiró de cabeza antes de desaparecer entre unos matorrales.

Claire se acurrucó en las sombras. El horrible sonido había brotado de su izquierda, del oeste. Miró hacia los arbustos por entre los que había desaparecido Hale, pero nada se movió. Quizá estaba siguiendo su camino colina abajo, arrastrándose. Los hombres junto al helicóptero habían oído el ruido, pudo verles dispersarse. Empezaron a disparar. Secos estampidos brotaron de las malezas cerca de las minas que aún ardían. No hubo respuesta desde la oscuridad.

Se agazapó, intentando controlar sus pensamientos. Hale herido, posiblemente muerto. El equipo de abajo, esperando un ataque. Probablemente algunos seguían intentando liberar los cables, y el resto estaban cubriendo el fuego. Escuchó un firme tableteo. Disparos, sí.

¿Qué debía hacer? Quedarse allí, por supuesto. Si las cosas se calmaban y nadie venía a por ella, podía abrirse camino al otro lado de la cresta y bajar hasta el mar.

Desde su izquierda, un débil crujido.

Atisbo por encima de unos matojos. Desde aquel ángulo podía ver zonas que los hombres de abajo no podían, y creyó captar un movimiento entre las sombras. Eran difícil decirlo en la oscuridad reinante, pero sí, allí, otro bulto oscuro cambió ligeramente de posición.

*Crac.* Esta vez más cerca.

Tuvo la impresión de un movimiento regular a lo largo de la cara de la colina. Dos figuras, quizá tres. No disparando, sólo maniobrando, avanzando en su dirección.

Por supuesto. Hale la había traído por aquel barranco porque ofrecía protección. Cualquiera que bajara buscaría la misma resguardada aproximación en su descenso.

Irían por aquel camino, y la encontrarían. Y a Hale, si aún estaba con vida.

Lo que se había previsto como un lugar seguro para ella era ahora una trampa.

Tenía que actuar. Se estaban acercando. Probablemente pasarían por allí mismo. Tenía que moverse. Sin embargo, todos sus instintos eran de esconderse, de aplastarse contra el suelo. Y no podía sacudirse de encima la sensación de incongruencia, de que no debería estar metida en algo como aquello, de que el mundo se había deslizado repentinamente en la locura.

Se dijo fríamente a sí misma que aquél era un momento de pensar y actuar y no dejar que nada más se interpusiera en su camino. Así era como actuaría un hombre, hacer sólo lo que hubiera que hacer y dejar el resto para más tarde. Analítico. Cuidadoso. Con la mente enfocada en cada problema a medida que fuera surgiendo. Y, pensó irónicamente, intentando no temblar.

Se arrastró barranco arriba, buscando alguna brecha en los enmarañados matorrales. Otro sonido restallante cruzó el frío aire hasta ella, más cerca esta vez.

Encontró un paso, un estrecho sendero entre dos altos muros de maleza y nudosos árboles. Ascendió agradecida por la pronunciada pendiente lateral del barranco, sujetándose a los mechones de hierba, evitando los salientes de piedra que podían desmoronarse, enviando hacia abajo resonantes guijarros. Estaba jadeando tan fuertemente que tuvo la impresión de que el sonido iba a delatarla.

Se puso sobre manos y rodillas y se arrastró por el sendero. Las sombras que la rodearon parecieron una bendición después del expuesto barranco. Las ramillas arañaron su rostro, pero siguió testarudamente adelante, siguiendo los sinuosos giros, abriéndose camino colina arriba y alejándose del barranco. Afiladas piedras cortaron sus manos. El intenso olor vegetal de la maleza cubría el flotante hedor del napalm.

Una vez iniciado su camino, todo era cuestión de seguir automáticamente. Notaba sus rodillas despellejadas, las púas rasgaban su rostro, pero reprimía el hormigueante dolor, dedicando toda su atención a escuchar.

El staccato de los disparos desde abajo había parado. Un suave viento trajo un murmullo de conversaciones, quizá los hombres discutiendo cómo enganchar los cables. Por encima de eso, por supuesto, el helicóptero seguía emitiendo el persistente rumor de sus palas girando. Nada más.

Se detuvo y alzó rápidamente la cabeza para mirar. El campamento seguía aún en llamas, con el aceitoso humo envolviendo los fuegos. Le sorprendió ver hasta lo lejos que se había arrastrado..., al menos doscientos metros. Apenas podía ver la oscura silueta del helicóptero.

Y en cualquier momento, sabía, la singularidad podía desgarrar la superficie, quemándolos e irradiándolos a todos. O peor, una explosión nuclear.

Se sentía atraída por el cubo, por el gemelo en su interior atrapado en los cuidadosamente esculpidos campos magnéticos de la caja. Si lo que John y Sergio y los demás decían era cierto, el extraño resplandor no permanecería allí abajo en el mar. Inevitablemente, sus fuerzas atraerían los «retorcimientos» gemelos uno contra

el otro.

Las oscuras siluetas seguían moviéndose. Las sintió mezclarse con el irregular terreno, entrando y saliendo de él, aún trazando un ángulo en su dirección, al parecer intentando rodear el helicóptero. Eran sólo unos pocos. Pero si uno de ellos tropezaba con ella...

Se volvió, pensando en volver a lo largo de la cresta de la colina..., y se sorprendió al descubrir la prominencia del sendero a sólo unos treinta metros de distancia. Sobre él se erguía la entrada de la tumba.

Los fuegos del campamento se veían ahora amortiguados por las nubes de humo. No podía ver el helicóptero, pero podía captar agudamente a los hombres en la ladera de la colina, aún maniobrando.

Se abrió camino hasta el sendero, arrastrándose sobre un quebrado terreno. La entrada de la tumba se alzaba por encima de ella, casi dándole la bienvenida, una visión familiar. Apoyó sus agarrotadas piernas en un peñasco y se agachó al nivel del suelo. Ningún sonido inusual, sólo el rumor del viento, el motor del helicóptero a baja potencia, y el distante crujir de los fuegos. Avanzó agachada alrededor de un último saliente rocoso y penetró en el refugio de la entrada de piedra caliza. Estaba tan oscuro que avanzó palpando la pared de piedra caliza con su mano derecha. Jadeaba, aún dominada por el shock de todo lo ocurrido, ansiosa de hallar un refugio. La pared terminaba allí delante, y palpó su camino hasta la gran puerta rectangular. Sus dedos hallaron su borde. Lo cruzó, apretándose contra las masivas y reconfortantes piedras, y sólo entonces pensó que no había hallado la puerta de hierro, y que la puerta de madera debía estar abierta de par en par, en el lado opuesto. No iba a necesitar su llave. La tumba estaba abierta.

Un haz de luz blanca brilló repentinamente sobre su rostro. Jadeó.

—Así que es usted —dijo una voz. La voz del coronel Alexandros Kontos.

John contempló durante un largo momento el pequeño y virulento destello azul. Rodaba sobre el fondo marino, quizá a cuarenta metros de distancia. Unos zarcillos amarillos brotaban de él como relámpagos, terminando en nubosos estallidos violetas. Una aura azul iluminaba rocas y grietas, arrojando una fantasmagórica radiación sobre la huella amarronada que dejaba tras su paso.

A todo su alrededor brotaban burbujas, destellando con una luz azul, luego se agitaban y ascendían en cascada como bandadas de plateados pájaros.

La singularidad gemela. Había vuelto ya, tras viajar más de mil quinientos kilómetros, y había llegado unas horas demasiado pronto.

¿Pero qué hacía en el mar? Debería haber regresado ya a la cueva. Su túnel conducía hasta allí.

Mientras la observaba, se desvió bruscamente. Golpeó contra una roca, y emitió un conglomerado de chispas amarillas que se arracimaron como flores sulfurosas. La roca se hendió en dos.

Ningún sonido. Silenciosa, fantasmal, avanzaba y cortaba, vaporizando algas en un humo amarronado. Burbujas marfileñas estallaban en el fondo del mar, rastros vaporosos de las partículas de alta energía. La singularidad estaba engullendo agua y añadiendo parte de ella a su masa, eyectando el resto en un poderoso chorro.

El agua se agitó en sus oídos. Las algas se desenrollaron con una lenta majestuosidad verde ante una brusca corriente. Empujada por ella, la singularidad giró pesadamente hacia él, escupiendo bifurcados relámpagos púrpura y oro.

John se dio rápidamente la vuelta. *Muévete*. El agua detenía la mayor parte de las radiaciones, incluso las gamma, pero pese a todo estaba recibiendo una dosis de respetable nivel. Tenía que buscar refugio.

No había escapatoria por aquel lado. No mientras aquello siguiera moviéndose. Podía atraparle y freírle en un instante.

Se agitó, cambiando de orientación, y pateó en la dirección que había seguido antes, esta vez más rápido. Todo lo que deseaba era salir de allí, como fuera. El transporte podía llegar en cualquier momento, y si podía alcanzarlo...

No, no podría. El grupo vería la singularidad cuando se aproximaran. Darían media vuelta y regresarían al *Watson*.

Dejándole a él allí, con alguien allá arriba que había matado ya a Arditti y quizás a los otros.

Se detuvo un instante y apagó la linterna. Tenía que reservar las pilas. Y, además, alguien allá arriba podía verle.

Mantente en la oscuridad y espera. No podía volver atrás, no podía seguir adelante. Y no podía quedarse allí, no por mucho tiempo..., su indicador señalaba



que sólo le quedaban veinte minutos de aire.

No podía permitirse el gastar inútilmente el aire. Si lo hacía, sólo le quedaría un camino para salir de la caverna..., hacia arriba, a través de la tumba. A menos que deseara nadar de vuelta a través de la garganta en la oscuridad, con su linterna, esperando que la singularidad no estuviese ahí fuera.

Rechinó los dientes sobre la goma de la boquilla. Ser un físico matemático joven. Ver el mundo, tener aventuras, conocer interesantes singularidades. Ver tus ecuaciones cobrar vida.

Habían calculado drásticamente mal el tiempo en que aquella maldita cosa volvería de vuelta al lugar. Vaya matemáticos eran. ¿Qué otras cosas habían calculado mal?

De todos modos, de una manera extraña, era satisfactorio ver la escupiente, virulenta singularidad gemela, saber que sus deducciones de una rarificada teoría del campo tenían el olor y el sabor de la realidad. Sonrió. Su dragón imaginario en un jardín matemático tenía garras que desgarraban realmente, bufaba con un aliento de auténtico fuego. Puede que no saliera de aquella estúpida trampa, pero había visto la verdad, sus cálculos básicos eran correctos. Eso ya era algo.

Se encogió de hombros. Algo, seguro. Pero no lo suficiente.

El agua chapoteaba en sus oídos. Era hora de decidirse.

A sus espaldas, el resplandor naranja oscuro se desvió, arrojando sombras. Inspiró aire con un silbido, tomando una profunda bocanada, esperando que eso aclarara su mente. La maldita singularidad podía estar alejándose. Esa sería la ocasión que necesitaba. No deseaba volver al interior de la caverna.

Se volvió para estudiar la iluminación cada vez más difusa. Pero no, no era más débil. El aura anaranjada palideció mientras observaba, cambiando a verde. Debía estar aproximándose al pie de la cueva, atraída hacia la orilla. ¿Por qué?

No había tiempo para pensar en aquello. Observó cómo el resplandor se volvía de nuevo más fuerte mientras miraba hacia abajo, entre sus pies recubiertos por las aletas. No había elección. Tenía que ir hacia arriba.

Se abrió camino culebreando en torno al cuello. El resplandor se hacía más fuerte. Se alejó nadando rápidamente, agitando el agua con las aletas, avanzando a la luz que le llegaba desde atrás.

Allí estaban los pies de Arditti. John se deslizó por el lado del cuerpo, evitando contemplar su rostro. El agua era densa con la bruma de coágulos, e imaginó que notaba su sabor. Su estómago se revolvió.

Apenas había la luz suficiente para ver. Ascendió tentativamente y emergió a la superficie. Ninguna luz arriba. Soltó la boquilla de su boca y nadó hacia un lado.

Suelo de guijarros bajo sus aletas. Alzó la máscara hasta su frente y se arrastró hacia arriba, intentando no hacer ruido. Cada agitación de las pequeñas olas sonaba

imposiblemente alta. Avanzó torpemente, con los guijarros deslizándose bajo sus pies, el cilindro colgando hacia un lado. Lo aferró justo antes de que golpeará contra el reborde de piedra donde terminaba el agua. Se lo quitó cuidadosamente de los hombros y lo apoyó con suavidad en el reborde, jadeando. Se arrastró más hacia arriba, hacia una total oscuridad. El reborde era resbaladizo a causa del limo. Resbaló, y estuvo a punto de caer de espaldas en la luminosa agua. Se arrastró de nuevo hacia arriba. Luego encontró algunos guijarros, y halló palanca suficiente para darse la vuelta y quitarse las aletas.

Seguía sin haber ningún movimiento en ninguna parte. Ningún sonido. Medio había esperado ser recibido con una cerrada descarga.

¿Dónde estaban los otros dos? Sus manos tocaron cables en la oscuridad, y los sujetó. Los cables de una antena. Iban hacia delante.

Se puso en pie y pisó cuidadosamente, atento a la resbaladiza pendiente.

Encontrar un refugio. Siguió un conjunto de sombras ligeramente más oscuras, y descubrió que eran una hilera de bultos. Se deslizó tras ellos. El estanque de agua parecía mágicamente iluminado desde abajo, extraño como una piscina en el patio de atrás de alguien caprichoso. Le permitía ver poco a su alrededor. Aguardó. Silencio. No, un crujido. Muy débil, hacia la derecha, pero procedente también de arriba. Ahí estaba de nuevo.

Tenía que saber cuál era la situación. Cualquiera que deseara realmente matarle le hubiera disparado al primer sonido.

A menos que pensara que era uno de ellos, por supuesto.

Uno de los griegos. Kontos. De alguna manera, debía haber adivinado que la tumba era importante.

Tomó la linterna de su cinturón y la apuntó hacia arriba. Mejor echar una mirada a su alrededor, y así poder evaluar cuál era exactamente su posición.

La encendió. La galería ascendía sorprendentemente cerca, una caverna roja. Ninguna respuesta. Reconoció la larga pendiente de guijarros, el arqueado techo a unos tres metros más arriba, las dispersas rocas y arena.

Y allí, dos cuerpos. Los reconoció sin tener siquiera que darles la vuelta. Estaban tendidos entre el material de inmersión. Ambos tenían grandes manchas rojas en la espalda de sus húmedos trajes. El equipo estaba dañado también, retorcido como a causa de una explosión.

Ninguno de los dos empuñaba su arma. Sus metralletas estaban cuidadosamente apoyadas contra un peñasco, a tres metros de distancia.

Seguía sin haber ningún movimiento. Quizá los atacantes se hubieran ido de nuevo hacia arriba. Apagó la linterna y se abrió camino entre las rocas hasta que juzgó que estaba a unos cuatro metros de los cuerpos. Tendría que salir a terreno descubierto para coger una de las armas. Cruzó agachado, manteniendo la cabeza

baja. Luego retrocedió rápidamente, hasta otro grupo de rocas que proporcionaban un cierto abrigo contra alguien de arriba.

Volvió a encender la linterna. La húmeda roca reflejó de vuelta el haz. Desde allí podía ver el agujero arriba en el techo. Una cuerda colgaba solitaria de allí, y en su extremo, sujeto a ella por un arnés, se balanceaba un cuerpo.

La persona llevaba el mismo uniforme de faena griego que había visto en Boston. El cuerpo oscilaba lentamente, haciendo crujir la cuerda. Cuando acabó de girar y se situó de frente contra el haz de la linterna reconoció el rostro. Era la sargento Petrakos.

Colgaba flácida, las manos inertes. Bajo ella, en el suelo, había una metralleta, y de su cinturón pendían varias granadas de mano, esféricas y negras. Una de aquellas había alcanzado probablemente a los dos hombres, y luego le había disparado a Arditti, que estaba más atrás.

John se puso en pie y avanzó hacia el cuerpo, sintiendo los guijarros gruñir bajo sus pies, tomando la precaución de mantenerse fuera de la vista de cualquiera que estuviera más allá en el pozo. Estaba en mal ángulo allí, pero había algo en el cuerpo que no comprendía.

Su uniforme de faena estaba ennegrecido en la espalda y hombros. Y su pelo..., no existía. Recordó que tenía un largo pelo negro, pero lo que había ahora era apenas unas cerdas.

Entonces captó el olor. Un hedor ácido, amargo. Su firme mordedura le hizo fruncir la nariz y retroceder un paso. El rostro de la mujer estaba enrojecido por el lado que podía ver, y, mientras giraba, el movimiento dispersó a su alrededor el hedor, al tiempo que mostraba la ennegrecida, carcomida y crujiente piel.

Un ojo rezumaba un líquido claro. Descendía por su nariz y goteaba desde su punta. Retrocedió de nuevo, horrorizado, no deseando mancharse los pies.

Su rostro tenía cortes en varios lugares. En el cuello mostraba varias muescas profundas. La sangre aún goteaba de ellas. Un poco más abajo, su uniforme estaba empapándose.

Más o menos a un metro sobre su cuerpo, la cuerda estaba medio quemada. Sus ojos se desviaron hacia un lado del pozo, y allí vio un pequeño dibujo circular, amarronado en los bordes y negro en el centro. En el lado opuesto, en la otra pared, a unos tres metros de distancia, había otro similar.

El resplandor. No una bengala lanzada por Arditti, no. Arditti estaba ya muerto entonces.

El brillante resplandor debía haber sido el paso de la singularidad. Había surgido atravesando la roca y cruzado la cueva, friendo a la sargento Petrakos con una radiación, medio cortando la cuerda.

Debió golpear la roca con una fuerza terrible, esparciendo esquirlas. Eso

explicaba los cortes en el cuerpo.

Estudió los dos agujeros circulares. Uno estaba a unos quince centímetros más abajo que el otro. Tan pronto como la cosa abandonó la pared, la gravedad debió empujarla hacia abajo. Cayó unos quince centímetros mientras cruzaba los tres metros de aire libre... Calculó rápidamente. La cosa debía estar moviéndose a unos cien kilómetros por hora.

De acuerdo. Eso refutaba la teoría de la minoría, que afirmaba que la singularidad no regresaría a lo largo de su canal anterior, y en consecuencia hallaría más resistencia. Habían calculado una velocidad de salida de unos treinta kilómetros por hora. Claramente erróneo.

Por otra parte, la singularidad había regresado antes de lo que la mayoría había previsto. Quizá había estado moviéndose más aprisa aún que los ciento o ciento veinte kilómetros que habían predicho.

Eso significaba que había acelerado mucho el regreso tomando la ruta más fácil, a lo largo del túnel vaciado. De acuerdo. John se sentía mejor si los números encajaban, más o menos, con sus expectativas. Excepto que la predicción crucial —cuándo regresaría la cosa— había variado lo suficiente como para matarlos a todos.

Arditti y los otros no habían muerto a causa de ello, sin embargo. La política los había matado.

Así que cuando la singularidad cruzó rugiendo el lugar, sólo alcanzó a la sargento Petrakos. ¿Y por qué estaba ella allí? Kontos debió suponer que había quedado algo importante en la tumba, y había vuelto a echar un vistazo.

Lo cual significaba que probablemente Kontos estuviera arriba en la tumba. Kontos no había oído los disparos, o de otro modo estaría aquí abajo ahora.

Tras él, la iluminación de la cueva se incrementó. Se volvió con rapidez, enviando repiqueteante grava contra las paredes.

La negra agua resplandecía. Arrojaba un difuso color naranja sobre las carcomidas y húmedas paredes de roca.

La singularidad estaba siendo arrastrada hacia arriba. Acudiendo a por él.

Por supuesto. Los helicópteros estaban arriba ahora, y el impulso inicial de la singularidad se había agotado. Ahora estaba devorando su camino hacia su hermana. Y él estaba en medio.

Bruscamente, la luz anaranjada disminuyó. Se mantuvo completamente inmóvil, esperando que se alejara. Después de todo, era posible que algunas de sus deducciones estuvieran equivocadas. Kontos no tenía por qué estar necesariamente arriba en la tumba. El sonido de los helicópteros debía haber atraído a los hombres. El camino podía estar despejado.

Entonces oyó un zumbido, débil al principio. Una vibración en la roca. Creció, y añadió un armónico de algo que estaba en su memoria, una extraña combinación de

sonidos líquidos y un recuerdo...

El torno de un dentista. Aquel zumbido alto y agudo.

De pronto, un martillazo de luz y ruido estalló dentro de la cueva. John se agachó, corrió detrás de una roca. Lo vio sólo por un instante, antes de que el resplandor amarillo lo cegara. La singularidad emergió de la roca a unos pocos metros debajo de la línea de agua, arrojando vapor. Emitió un sobrenatural sonido de succión. Luego empezó a caer, lanzando largas sombras con su acuosa luz, y golpeó la pared más alejada en medio de una lluvia de chispas amarillas y azules.

Parpadeó. Había desaparecido. Sus ojos volvieron a acostumbrarse lentamente al haz de la linterna.

Cerca, malditamente cerca, y probablemente había recibido otra dosis de radiaciones gamma. El agua había detenido la mayor parte de las otras, los rayos X y los ultravioletas que habían chamuscado a la sargento Petrakos.

La singularidad debía estar siguiendo al helicóptero, y él no tenía forma alguna de saber en qué dirección iba éste. ¿Pero por qué oscilaba dentro y fuera de la cueva?

El helicóptero debía estar moviéndose erráticamente, sobre tierra y mar.

Añadidas a la fuerza de atracción entre las singularidades estaba la fuerza de las corrientes marinas arrastrándola de un lado para otro allá abajo, actuando como una draga, permitiéndole ocasionalmente llegar a la orilla.

Y él estaba atrapado ahí abajo con ella.

Claire golpeó a Kontos. El filo de su mano se estrelló contra la mejilla del hombre. La linterna osciló hacia un lado, lanzando manchas de luz contra el alto domo de la tumba.

Kontos tenía un arma automática en la otra mano. Claire la agarró. El lanzó un golpe contra la muñeca de ella. Un repentino estallido de dolor la atravesó, obligándola a lanzar un sorprendido grito.

Kontos retrocedió. Su rostro estaba enrojecido; gritó, entre dientes apretados:

—¡Quieta! ¡O usaré esto!

Niveló el arma. Tenía un cargador curvado, y la boca del cañón pareció crecer enorme cuando apuntó directamente a ella. Repentinamente, Claire supo sin ninguna duda que iba a disparar si ella hacía algún movimiento amenazador.

—¡Atrás! Atrás y fuera.

—Pero ahí hay..., es peligroso..., el napalm..., yo...

—¡Fuera!

Se volvió, y Kontos la empujó por detrás, haciéndola tropezar en el umbral. La linterna del hombre le había robado su visión nocturna, y avanzó insegura; estuvo a punto de caer cuando él la empujó de nuevo.

—¡Hasta el extremo! Quiero que su helicóptero vea lo que he atrapado.

—Mire, está viniendo algo, es peligroso...

—Nosotros haremos que sea muy peligroso para ustedes, sí —rió quedamente Kontos—. Creían que la guerra iba a hacerme olvidar esto. Oí los movimientos de su barco, eso me lo dijo todo.

—Está viniendo algo...

Kontos la aguijoneó con su arma, y ella siguió avanzando. El motor del helicóptero aumentó su rugir en la distancia. Claire llegó al extremo de los bloques de piedra caliza y pudo verlo elevarse, el motor rugiendo ahora a toda potencia.

—¡La abandonan! —exclamó furioso Kontos. Apoyó su arma en el reborde de piedra y disparó una ráfaga al helicóptero. Rápidas y traqueteantes ráfagas hicieron eco a la suya entre la maleza del valle.

Claire se agachó bajo la protección de piedra. Kontos gritó en griego:

—¡Bastardos!

El helicóptero flotó en el aire, la caja oscilando locamente debajo. Claire vio que el fuego desde tierra podía alcanzar la caja, dañar las trampas magnéticas.

—Kontos, no disparen a la...

Sus palabras fueron ahogadas por el retumbar de la ametralladora pesada del helicóptero. Un horrible grito de angustia brotó de entre la maleza. Kontos lo oyó y disparó una larga ráfaga contra el helicóptero, sin ningún efecto visible. Cada nueva

sucesión de disparos lanzaba a la noche una brillante cadena de resplandores anaranjados.

Claire retrocedió, alejándose de Kontos. Sintió las piedras a su espalda, y su muñeca giró dolorosamente contra ellas. Si el helicóptero localizaba al hombre por los destellos de su arma...

Kontos se volvió y apuntó su arma hacia ella.

—¡Quieta! Sus amigos no la quieren, pero voy a llevarla a Atenas, le mostraré al mundo que...

El helicóptero giró hacia ellos, y ambos se agacharon. Ganó velocidad mientras su ametralladora martilleaba los blancos valle abajo. Más gritos.

Kontos lanzó una nueva y larga ráfaga..., un pesado tableteo metálico. El arma se agitaba tanto en sus manos que Claire se preguntó cómo podía alcanzar nada.

Ahora había menos disparos procedentes de la maleza. El helicóptero giró y pasó ruidosamente sobre ellos de nuevo. Estaba yendo de un lado para otro a lo largo de la cresta de la colina, desde donde tenía un buen campo de fuego tanto hacia el valle como en dirección al mar.

Claire se aplastó contra la piedra caliza. Kontos disparó todo un cargador y se puso a recargarlo, maldiciendo. Ella apenas podía ver su silueta.

—Coronel, tenemos que irnos de aquí —dijo cautelosamente—. Este helicóptero lleva algo que en estos momentos es terriblemente peligroso.

—Mi artefacto, eso es lo que lleva, ¿verdad? —Su voz era excitada, tensa, mientras metía las balas en el cargador.

—Sí, y hay algo dentro de él, algo nuclear...

—Lo sé, algo valioso. Leí las notas de ese hombre, Sprangle. El cubo lo ha contenido todo el tiempo, ¿no?

—Escuche, hay otro. Y está...

—No quiero otro. Sólo quiero el mío, el de mi país.

—Los países no importan en esto, coronel. Esa cosa...

—Ustedes siempre tienen un motivo superior cuando vienen en sus helicópteros.

—Pero nosotros...

El helicóptero rugió sobre sus cabezas, disparando incesantemente hacia el valle. Pocos disparos le respondían ahora. Los gritos habían cesado también, y se sintió agradecida por ello.

—Sus hombres ahí abajo..., no están disparando mucho —dijo ella.

—Hemos tenido pérdidas —respondió automáticamente Kontos—. Pero resistiremos.

—¿Durante cuánto tiempo? Mire, todo lo que queremos hacer...

—Sólo pude traer dos pelotones, pero pronto llegarán más de los pueblos cercanos. No crea que van a salirse con la suya.

—¿Usted los llamó?

Él gruñó. Claire se dio cuenta de que su transmisión debía haber sido captada por el *Watson*, de modo que la Sexta Flota enviaría ayuda. Pronto.

El helicóptero concentró su fuego contra algo cercano. Claire pudo oír los pesados golpes cuando los proyectiles golpearon contra las rocas, y el *spang* de un rebote. Kontos volvió a meter el cargador en su arma y se apoyó para disparar de nuevo contra el helicóptero.

—¡Espere! Está blindado, no podrá alcanzarlo con esa arma suya.

—No puede estar blindado por todos lados.

—Verán sus disparos, es usted prácticamente el único que queda.

—¡Silencio! —Disparó una vez contra el helicóptero, que estaba sobrevolando una zona plana al sur. Apuntó de nuevo, y bruscamente el helicóptero se alzó en el aire y giró, encaminándose directamente hacia la tumba.

—¡Vayamos dentro! —gritó Claire—. ¡Por favor!

El rugir de los motores y el repentino y amenazador giro parecieron abrumar a Kontos. Claire tiró de su manga.

—¡Vamos!

Él contempló el aparato que se acercaba, retrocedió un paso, vacilante, y luego se volvió para echar a correr hacia la tumba. La ametralladora pesada ladró, y las balas restallaron contra los bloques de piedra caliza que señalaban el pasadizo.

Corrieron a la parte de atrás de la tumba. El helicóptero pasó sobre sus cabezas, hizo una larga pausa, y luego giró de nuevo, persiguiendo algún blanco hacia el oeste. Su distante retumbar era ahora el único sonido que llegaba del exterior. Nadie disparaba desde la maleza del valle.

Kontos maldijo para sí mismo en griego. Claire se preguntó si no podría deslizarse en la completa oscuridad, hallar algún lugar donde esconderse. Inspiró lentamente, desesperadamente, el frío y enrarecido aire de la tumba, mientras oía a Kontos agitarse impacientemente cerca de la entrada. Tenía que marcharse de alguna forma de allí.



John tenía que tomar una decisión. Lanzó el haz de su linterna hacia arriba, donde la cuerda colgaba como un pálido cordón umbilical. Tenía una serie de nudos regularmente espaciados para ayudar a subir. Gruesa y resistente, parecía de pronto enormemente invitadora. Si pudiera pasar más allá del trozo quemado.

¿Pero estaría más seguro allí arriba? Seguro que la singularidad estaba sumergiéndose en aquellos momentos..., pero el helicóptero podía volver a arrastrarla a la superficie. Había demostrado ser mortífera cuando se movía rápido..., el ensangrentado uniforme de Petrakos implicaba que había muerto a causa de los cortes producidos por las rocas. Ahora que había disminuido su velocidad, la radiación era la principal amenaza.

Podía oírla avanzar a través de la roca. En la cuerda, al menos tenía una cierta libertad vertical de movimiento.

Correcto. Hacia arriba, pues.

Tomó una de las armas automáticas. Era pesada, pero encajaba fácilmente en su brazo. Imaginó a su padre decir con su característica voz arrastrada: «En situaciones como ésta, un hombre necesita un fusil.»

La colgó al hombro y agarró la cuerda allá donde se enroscaba sobre los guijarros de la playa. Tendría que enrollar el extremo en torno a su cintura, por si acaso resbalaba. Pero estaba la sargento por la que tenía que pasar, sujeta en su arnés. No, mejor permanecer libre.

Observó que a un lado estaban los fragmentos de la vieja caja, la que había perseguido hasta allí al inicio de todo aquello, hacía meses. Recordó que la caja se había destrozado allí, y que había rodado por la playa de guijarros hasta caer al agua.

Agarró la cuerda y se izó, atrapando el nudo inferior con los pies cruzados. La cuerda gruñó con el peso añadido. No le gustaba la idea de pasar junto al cuerpo de Petrakos. Su cuerpo osciló como contrapeso del de John, haciendo que sus brazos se agitaran, dando a sus manos una extraña animación. Trepó hasta llegar debajo de ella, e intentó pasar por su lado. Agarró el arnés y siguió trepando, mano sobre mano. Era difícil, pero consiguió pasar sin tocar la parte superior de su cuerpo. Cuando la hubo rebasado tuvo que apoyar sus pies contra ella por un momento, y el contacto le hizo estremecer. Su desagrado lo empujó hacia arriba, hasta el siguiente nudo.

Recordó haber hecho aquello en un entrenamiento un lluvioso día allá en Georgia, practicando en el gimnasio con el resto del equipo de rugby, con unos pantalones de entrenamiento de algodón para impedir que el frío tensara sus músculos. Había sido más fácil entonces. No había tenido que hacerlo enfundado en un traje de inmersión tras haber nadado cientos de metros. Y, sí, entonces era una década más joven. Ya empezaba a sentir la insidiosa debilidad en sus brazos, y en los músculos de su

vientre que tenían que alzar las piernas mientras pateaban en el aire, en busca del siguiente nudo. La cuerda se clavaba en sus manos ablandadas por el agua.

Había recorrido quizá quince metros cuando vio el siguiente juego de agujeros en las paredes de la cueva. Estaban ennegrecidos y, colgado a poca distancia de ellos, captó un hedor acre. Así que la singularidad había atravesado aquel lugar más de una vez. Esta vez no podía ver ninguna diferencia en la elevación de los agujeros. La cosa debía haber estado moviéndose más rápido cuando abrió aquella herida. Así que había estado equivocado respecto a los dos agujeros inferiores. Se habían producido más tarde.

Siguió ascendiendo, dejando que sus piernas hicieran la mayor parte del trabajo. El agitante haz de su linterna en su cinturón arrojaba sombras engañosas en las húmedas paredes.

Alcanzó el gran reborde de piedra. Sus brazos temblaban, y el arma colgada de su hombro golpeaba contra las piedras, creando ecos. Se izó un último trecho y apoyó un pie en el reborde. Deslizarse sobre la húmeda y resbaladiza superficie fue un tremendo alivio. Permaneció tendido allí por un momento, dejando que los temblores abandonaran sus músculos. Paseó el haz de la linterna por la angosta caverna y vio el pasadizo lateral, recordando la luz azul que había observado hacía tres meses. Las paredes eran ahora como vitrificadas, muy distintas de cómo las recordaba. Supo inmediatamente que la singularidad había pasado por aquel lugar.

Rodó sobre sí mismo e iluminó tras él con el rojo haz. Había un agujero ennegrecido en la roca, y en torno a él una vitrificada mancha marrón. Fragmentos de roca astillada cubrían el reborde a su lado.

La singularidad había cruzado a gran velocidad allí, desmenuzando la roca con sus ondas de choque mientras devoraba su camino. Esto debió ser cuando regresó, de vuelta de alguna parte debajo de Europa, exactamente como Carmody había esperado. Pero demasiado pronto. Quizá una hora antes, o más. Había horadado una herida allí..., y probablemente había atraído la atención de la sargento Petrakos.

Luego había seguido avanzando en línea recta, en dirección al *Watson* y su gemelo. Sólo que los helicópteros alzaron entonces el vuelo, y así la singularidad dio la vuelta y regresó a la caverna, matando a Petrakos, y emergió finalmente en el fondo del mar. La diferencia en altura de los dos agujeros era cuando se había alzado, siguiendo al helicóptero, antes de caer en el mar cuando el helicóptero giró hacia el mar. Había estado vagando de un lado para otro desde entonces, azotada por las corrientes de agua, penetrando en la colina y cruzando de uno a otro lado en aquella cueva.

Eso explicaba algo que recordaba del último otoño..., la luz azul que había visto en la chimenea lateral. Había pensado que era la luz del amanecer, refractada a través de las azules aguas de Mediterráneo. Debió ser el aura del segundo retorcimiento

mientras digería algunos bocados de esquisto o piedra caliza, muy abajo. El resplandor azul que él había seguido era el amanecer..., pero no el otro.

Sonrió. Aquello parecía haber ocurrido hacía tanto tiempo. Una observación tan sencilla como aquella había conducido a una simple y ordinaria explicación.

Registró cansadamente el reborde. Allí estaban los rotos fragmentos de la vieja caja, tal y como los recordaba. Al parecer, la sargento Petrakos no había tocado nada.

Un débil rasgueo sonó en la cueva. John rodó apartándose del borde, buscando refugio.

El zumbido se acercó. Se apretó contra la pared del reborde. Un chillido agudo, ansioso, mucho peor ahora que el torno de un dentista. El sorbente sonido era como un viento fuerte, una voraz tormenta de fuego. Sintió una pulsación de calor en el aire. Un brillante destello. No puro naranja ahora, había una tonalidad azulada en él..., y luego desapareció, y el agudo sonido furioso disminuyó mientras la cosa se abría camino en la roca.

Inspiró profundamente, el corazón latiendo fuertemente, y aguardó a que la roja imagen retinal desapareciera. La piedra caliza, al caer dentro de la singularidad, emitía un espectro azul. El agua del mar había producido naranja. El gemelo había estado digiriendo una variada dieta durante aquellos últimos meses, mientras su hermano permanecía aislado en la trampa magnética del cubo; esto le proporcionaba diferentes tipos de emisión. Normalmente, se sentiría intrigado. En estas circunstancias, sin embargo, el asunto parecía menos que fascinante.

La singularidad estaba ascendiendo a través de la tierra, atraída por su gemelo de arriba. Así que ese gemelo debía hallarse cerca.

Tenía que salir de allí. Puesto que la cosa estaba subiendo, las posibilidades eran de que cada vez que pasara por aquella zona estuviera más alta. Era posible que nunca regresara por aquella parte, pero si lo hacía, un instante de exposición a escasa distancia podía matarle.

Agarró la cuerda y se izó rápidamente. El pánico se apoderó de él, pero sabía cómo utilizarlo, dejar que el miedo cantara en su sangre y le diera más energías. Subió rápidamente, ignorando la cuerda que mordía sus palmas, el agudo dolor en sus muslos, concentrándose en asegurar cada nueva presa, sabiendo que cada nudo era una pequeña victoria. Sólo un poco más. Miró hacia arriba y vio el borde del agujero a tan sólo seis metros sobre su cabeza.

Los últimos nudos eran los más difíciles. El flujo de adrenalina estaba disminuyendo, y sus músculos se quejaban a cada nuevo esfuerzo. La culata del rifle automático golpeó dolorosamente contra su pierna cuando se apoyó en el borde, sobre un lodo pegajoso.

Jadeó durante unos instantes, sin pensar en nada. Se sentía helado y exhausto. Le temblaban brazos y piernas, recordando la ascensión. El resbaladizo lodo hedía en sus

fosas nasales. Entonces oyó voces.

Débiles susurros, imposible distinguir las palabras. Griegos, debían ser los griegos custodiando la tumba, aguardando a que volviera la sargento Petrakos.

Se sentó y deslizó el arma de su hombro. Ahora que miraba el rifle automático, se dio cuenta de que nunca había disparado nada remotamente parecido. Había una recámara, con un cargador insertado. Tenía una culata de plástico verde como de pistola, y un asa, y un punto de mira empotrado, y un supresor cónico de destellos en el extremo del cañón. En las películas la gente simplemente cogía las armas y disparaba con ellas, sin tener nunca ningún problema en recargarlas o en que se le encasquillaran. Corrió el cerrojo y vio el brillo de latón de un proyectil en la recámara. Bien.

Se preguntó qué debía hacer. ¿Sería capaz de disparar a los hombres que debía haber fuera? ¿Sin ninguna advertencia?

Debían haber visto los helicópteros, debían saber que había alguien fuera. De hecho, creyó oír el brrrrr de un helicóptero en la distancia. ¿Estarían nerviosos? Quizá pudiera hacerlos prisioneros.

Se puso cautelosamente en pie en el resbaladizo lodo. Estaba cubierto enteramente de la pegajosa y maloliente sustancia. Apagó su linterna y atisbo la tumba por el agujero. No había luz. Notó una suave presión en su rostro y se dio cuenta de que la manta colgaba todavía sobre los puntales, ocultando el agujero donde había estado el cubo.

Una impenetrable negrura dominaba el otro lado. Captó la alta entrada, una zona ligeramente más clara. Las voces procedían de allí.

No podía distinguir lo que decían. ¿Griego? Tal vez.

Se deslizó silenciosamente al interior de la tumba, se irguió, y se dio cuenta de que iba a tener que encender la linterna y sujetar el arma al mismo tiempo. Aferró la culata y niveló el rifle.

El rayo rojo partió hacia delante, revelando dos sorprendidos rostros: Claire y Kontos.

Kontos sujetaba una metralleta en su brazo izquierdo, el cañón apuntando hacia el suelo.

John soltó la linterna, dejando que el cordón atado a su cinturón la retuviera, y avanzó rápidamente. Golpeó con fuerza con el rifle automático. Alcanzó a Kontos en el brazo, haciendo que relajara su presa sobre el arma que sujetaba. Kontos lanzó un gruñido de dolor, recuperándose de su sorpresa y volviéndose. John alzó el cañón y volvió a golpear a Kontos. Lo alcanzó en el brazo y cruzando el pecho. La metralleta cayó al suelo con un ruido sordo.

—Muévase, y disparo —dijo John, retrocediendo unos pasos para que Kontos no pudiera agarrar el cañón—. Claire, apártate de él.

Kontos maldijo furiosamente en griego. La linterna giraba al extremo de su cordón, haciendo que sus sombras oscilaran alocadamente en las paredes.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Claire—. Todo ha ido mal aquí arriba.

—No ha sido mejor tampoco ahí abajo en la playa —dijo John.

—La sargento Petrakos... —empezó a decir Kontos.

—Muerta.

—Sus marines...

—No hay marines, Kontos. Pero los hombres que vinieron conmigo también están muertos..., Petrakos hizo su trabajo.

—Entonces, ¿usted...? —preguntó Kontos, incrédulo.

—No. La mató un pequeño fragmento de física teórica.

—Usted...

—Cállese.

John avanzó de lado hacia la puerta de la tumba y miró fuera. Era imposible ver nada.

Permanecieron inmóviles en el débil círculo rojo arrojado por la linterna de John. Equipo y herramientas arqueológicas sembraban el suelo... Las cajas que John había visto hacía meses habían desaparecido, enviadas a Atenas.

Kontos se frotó el brazo y dijo con acerada amenaza:

—Les aconsejo que se entreguen.

John se echó a reír.

—No pueden mantener mucho tiempo esta posición, ni siquiera con apoyo aéreo. Supuse que vendrían, que había algo aquí que necesitaban.

—Pero usted no sabe nada de la singularidad.

El rostro de Kontos se volvió cauteloso.

—No pude comprender las cintas..., ¿es una partícula? ¿Algo en el cubo?

—Olvídelo..., no hay tiempo.

—Pronto vendrán más tropas...

—Cállese. —John se volvió a Claire—. Dime cómo están las cosas ahí fuera. ¿Nos ha disparado alguien? ¿Cómo es que estás aquí?

Claire se lo contó todo rápidamente; terminó:

—Después del napalm, creo que el helicóptero mató a la mayor parte del resto de los hombres de Kontos.

—Dios, eso ha sido una carnicería.

—El helicóptero está ahí arriba ahora. Kontos estaba pensando en alguna forma de utilizarme cuando apareciste. En el momento preciso.

Sonrió torcidamente, y John vio que estaba a punto de desmoronarse. Era una masa de arañazos, sus ropas sucias y desgarradas. Sus ojos eran acuosos y alocados.

—Toma —dijo, soltando la linterna de su cinturón y entregándosela—. Mantenla enfocada en él.

Kontos los maldijo a ambos, con el cuerpo tenso. Llevaba un uniforme de faena, pero sin la pistola habitual ni el cinturón que designaba a los oficiales. En vez de ello llevaba un gran cuchillo enfundado en su cadera. John estudió atentamente al hombre, preguntándose si Kontos estaba lo bastante agitado como para saltar sobre él desarmado.

—¿Dónde se ha dirigido el helicóptero?

—Ahora está sobre nuestras cabezas.

—¡Maldita sea!

—¿Pero qué...?

—¿Qué pasará si utilizamos la linterna para hacerle señas?

—Podría funcionar.

—¿Queda algún griego vivo ahí fuera que pueda dispararnos?

—No lo creo.

—Bien. Salgamos de aquí.

Hizo un gesto a Kontos con el arma. El hombre estaba mirando intensamente al rifle. ¿Estaba observando la forma como lo sujetaba John, una señal de que estaba dispuesto a apretar el gatillo si era necesario? El hombre parecía un ceñudo lunático a la roja luz. Kontos arrojaba a sus espaldas una sombra gigantesca que amplificaba sus movimientos. Se movió ligeramente, abriendo los pies, y su sombra se agitó en las antiguas piedras.

—Vamos, Kontos.

De nuevo aquella mirada fija, con los ojos brillando blancos.

—Muévase.

Kontos saltó contra él.

Como mucha gente, John se había preguntado siempre si tendría la resolución necesaria para disparar en esa fracción de segundo en la que la menor vacilación

significa la muerte, y ahora se resolvieron todas sus dudas. Había pasado por demasiadas cosas; la última hora había quemado todas sus reservas de civilización.

Apretó el gatillo. No ocurrió nada. El gatillo estaba trabado y no cedía. John se dio cuenta de que nunca había comprobado el seguro del arma, y que estaba puesto.

Preparado para disparar, alzó el pulgar de la otra mano para soltarlo..., y Kontos le golpeó de lado en mitad del pecho y envió el arma volando a un lado.

Cayó al suelo, con Kontos encima. Kontos intentó clavar su rodilla en el estómago de John, pero éste rodó de lado. John golpeó a Kontos con la izquierda, sin conseguir nada. Los dos se apartaron mientras intentaban ponerse de rodillas. Antes de que ninguno pudiera alzarse, Kontos atacó, un golpe cruzado que alcanzó a John en la mejilla, abriendo su piel, inundándole con un agudo y repentino dolor.

John esquivó el siguiente puñetazo, un amplio swing con la izquierda, y golpeó a Kontos en el cuello. Kontos apuntó un gancho, falló, perdió el equilibrio y rodó. John se puso en pie, intentando ver dónde había ido a parar el rifle. Miró rápidamente a su alrededor, pero no pudo descubrirlo. Si podía alcanzarlo y soltar el maldito seguro...

Kontos estaba rebuscando en su cinturón. El cuchillo. John retrocedió, tropezó con algo y estuvo a punto de caer. Claire estaba como paralizada, sujetando la linterna cerca de la parte de atrás de la tumba. ¿Por qué no había cogido el rifle? Buscó frenéticamente en el atestado suelo, apartándose de Kontos. ¿Dónde estaba? Pero había algo más también, algo que le advertía...

Kontos consiguió extraer el cuchillo. Los ojos del hombre fueron de Claire a John, y se agazapó en posición de lucha, sin decir nada. John vio de pronto que el rifle estaba detrás de Kontos, oculto de su vista por la sombra del otro. No había ninguna posibilidad de alcanzarlo.

John observó los febriles ojos de Kontos, intentando adivinar qué iba a hacer a continuación. Kontos poseía entrenamiento de combate, sabía cómo usar un cuchillo. Su postura era eficiente, con los pies agitándose con suavidad en el suelo.

Mientras observaba, conteniendo el aliento, John fue consciente con el borde de su percepción de un sonido, un zumbido que sabía que era importante.

Kontos se lanzó con el cuchillo bajo, la punta hacia arriba, su recia hoja rematada por un resplandeciente filo como de navaja.

John retrocedió más. No había ninguna posibilidad de alcanzar la puerta; aunque estaba sólo a diez metros de distancia, Kontos estaba preparado para cortarle el paso.

—¡Claire! —John dio dos rápidos pasos y le arrancó la linterna de las manos. Kontos se acercó andando de puntillas, preparado.

John apuntó deliberadamente y golpeó la linterna contra la pared de la tumba, creando una repentina oscuridad.

—¡Por el agujero! —susurró a Claire—. Crúzalo, baja por la cuerda.

Le dio un empujón en aquella dirección. La pudo sentir vacilar, luego agacharse

para dirigirse hacia allá.

Arrojó la linterna hacia Kontos. Se estrelló contra la pared. El hombre gritó algo, pero John no prestó atención. Ahora los dos estaban igualmente ciegos, y eso podía retrasar a Kontos. Tendría que acudir hasta él lentamente, en la completa oscuridad, escuchando, teniendo cuidado de no ser atrapado a su vez.

Pero la oscuridad no era total. Seguía habiendo luz en la tumba. Una difusa luminosidad.

La pared más alejada detrás de Kontos resplandecía, una radiación marfileña. John avanzó a tientas tras Claire. Se deslizó cruzando el agujero, y vio que ahora había luz suficiente como para poder distinguir la silueta de Kontos. Un dibujo perlino brotaba de las propias piedras. Destellantes facetas amarillas y verdes se agitaban como un calidoscopio, danzando.

Un zumbido. Una vibración como de bajo, ascendiendo a través de sus pies.

Kontos se volvió y se enfrentó ahora a la pared de la tumba, olvidada su lucha, sin comprender. John abrió la boca para gritarle algo. El ruido brotó bruscamente, agudo y amenazador.

Un punto naranja salió disparado de la pared de la tumba, cayendo, escupiendo rayos violetas. Girantes hojas de espinesa luz, un cortante lamento.

Golpeó a Kontos en el pecho. John sintió una oleada de calor en su rostro y se agachó, deslizándose detrás de los bloques de piedra de la pared de la tumba, en el hueco que había detrás.

Patinó hacia delante en el resbaladizo lodo. Un resplandor blancoazulado estrió el hueco tras él, y el horrible aullido sorbiente reverberó. Claire estaba ya en la cuerda, dos nudos más abajo. Alzó la vista hacia él, asombrada.

—¡Sigue bajando! —Se dirigió a la cuerda, la cogió. Se dejó deslizar hacia abajo, apenas sujetándola, dejando que la cuerda quemara sus manos. El brillo azul creció. De arriba llegaron enormes sonidos de derrumbe.

—¡Ve hasta el fondo! ¡Todo el camino! —gritó por encima del rugir de la piedra desmoronándose.

Se deslizaron rápidamente, con Claire sujetándose en los nudos a cada intervalo. Alcanzaron el primer giro importante, y John miró hacia arriba. Todavía el ardiente resplandor azul, pero más débil ahora. Una serie de pesados y sordos estrépitos señalaron que la tumba se estaba hundiendo sobre sí misma. La singularidad debía haber desplazado algunos bloques, destruyendo el precario equilibrio de la bóveda acolmenada.

Los brazos, extendidos, gritaban de dolor. Mientras sus pies golpeaban cada nudo los relajó un poco, dejándose deslizar hacia abajo, hasta que agarró de nuevo la cuerda con ardientes manos y dejó colgar momentáneamente su peso en los brazos. El descenso parecía tomar una eternidad. Estrías verdes y azules de luz jugueteaban



en las húmedas y resbaladizas paredes. Miró, a la luz que se desvanecía por momentos, hacia abajo. Los pies de Claire encontraron el gran reborde, y se tambaleó sobre él. John aterrizó a su lado e hizo un gesto hacia el otro lado del túnel, al pasadizo lateral con sus vitrificadas paredes.

—¡Por ahí! Está fuera del camino.

Ella dudó. El sujetó la cuerda y osciló hasta el otro lado, consiguiendo agarrar apenas el resbaladizo borde.

—¡Vamos! —Le tiró de nuevo la cuerda, y ella la recogió. Parecía dudar, pero estuvo a su lado un momento más tarde, tras retroceder en el reborde y tomar impulso. El la sujetó torpemente y se dejó deslizar por el borde. Cayeron pesadamente a una zona nivelada. Un enorme labio les protegía de arriba.

—¿Qué...? Yo... —jadeó Claire, intentando recuperar el aliento.

Tres golpes resonantes sacudieron su plataforma. Una enorme masa pasó por su lado, golpeando contra las paredes, despedazándose en fragmentos. Se echaron hacia atrás. Otro enorme trozo de roca cayó más allá de ellos, rebotando en las paredes con golpes que parecían martillazos.

El resplandor blancoazulado de arriba disminuyó. Otro golpeteo, más enormes estruendos desde arriba del pozo. Pequeñas piedras cayeron resonando como ráfagas de metralleta. Verdes dedos de luz. Otro distante derrumbe. Esta vez nada cayó junto a ellos, y la oscuridad se cerró a su alrededor.

—Kontos...

—Olvídalo —dijo él tensamente—. Olvida al hijo de puta.

Se alejaron más del borde del pasadizo lateral, aprovechando la última y débil luz.

No le dijo a ella lo que había visto sólo por un instante, en un atisbo, antes de que el miedo le empujara a través del agujero y hacia la seguridad. El punto azul de luz había golpeado contra Kontos, hendiendo su pecho. El cuerpo se tambaleó con el impacto pero permaneció erguido, los brazos medio alzados, el cuchillo aún apretadamente aferrado.

Inmediatamente, un torbellino arco iris estalló sobre su cuerpo, como si Kontos estuviera siendo iluminado desde dentro. Los brazos se volvieron flácidos, la cabeza cayó hacia atrás mientras la cosa lo devoraba. Un efecto fluorescente envió oleadas de brillante rojo a lo largo de los brazos del griego.

El hombre empezó a derrumbarse. Por un instante John vio profundamente dentro de su cuerpo: el esqueleto, los huesos silueteados por la dispersa radiación. Los brazos oscilantes, las rodillas en el acto de pandearse. Las costillas doblándose, atraídas hacia dentro, curvándose visiblemente y siendo sorbidas hacia la fuente de luz insoportablemente intensa.

Y, en el centro del pecho, una rígida forma que giraba lentamente. Un cubo, destellando y vibrando con una cascada de colores..., naranja oscuro, azul eléctrico,

rojo, naranja humoso.

La singularidad estaba hinchada, ahíta con su comida. Giraba. Franjas amarillas lamían desde ella, rompiendo una costilla y prendiendo fuego al hueso con bifurcadas lenguas rojas.

Justo en el momento en que Kontos empezaba a caer, su espalda se hinchó e hinchó, una ampolla viva de sulfurosa radiación. La singularidad estaba siguiendo su camino a través de Kontos, devorando incesantemente, rasgando tendones y músculos y huesos en su sed de materia. Por un instante eterno en la memoria de John pudo ver el hinchado montón de carne rasgar el uniforme de faena verde, convirtiendo a Kontos en un grotesco jorobado. Luego el bulto entró en erupción como un volcán, lanzando jirones de carne al aire con un sonido líquido de explosión.

John cerró los ojos, jadeante, y vio todo aquello de nuevo, y supo que jamás sería capaz de olvidarlo.

Claire se apretó contra la húmeda piedra cuando las lanzas verdeazuladas en la pared disminuyeron. Los reverberantes sonidos de hundimiento murieron. Una silenciosa oscuridad descendió sobre ellos, y pudo oír su propio corazón martillar en su pecho.

Permaneció tendida así largo rato, jadeando, incapaz de pensar en nada más que en el maravilloso hecho de que estaba viva. Luego, el dolor de sus manos, brazos y piernas se extendió, hinchándose hacía un dolor general que le llegó desde todas partes de su cuerpo.

—No creo... que hayamos recibido mucha radiación —jadeó John.

—Bien —fue todo lo que pudo pensar como respuesta.

—Toda la maldita tumba..., parece que se ha derrumbado. Probablemente... nos ha dejado encerrados.

—Sí.

—No puedo ver ninguna luz desde esa dirección.

—No.

—Ven, acércate a este lado.

Ella tanteó en la pegajosa oscuridad y le encontró. John la atrajo en un fuerte abrazo, entrelazando sus piernas. Su traje de inmersión era helado pero ella se apretó contra él, feliz por el contacto. Por un momento no dijeron nada; ella dejó simplemente que los febriles impulsos de su sistema nervioso se alejaran, trayendo en su lugar una profunda fatiga.

Tras un largo rato preguntó:

—¿Cómo vamos... a acabar de bajar?

—Supongo que por la cuerda.

—¿Crees que el derrumbamiento pueda haber bloqueado el pozo?

—Es posible.

—¿No deberíamos explorar?

—Descansa... un minuto.

Permanecieron así durante un tiempo. El frío de la piedra empezaba a infiltrarse en sus piernas. Claire aguardó, y cuando él no respondió a sus esfuerzos por apretarse más contra él pensó que se había dormido.

Lo sacudió, y sintió la bienvenida aceleración de su aliento.

—¿No deberíamos hacer algo?

—De acuerdo. Veré... si puedo alcanzar la cuerda.

Notó que John se ponía lentamente a gatas. Avanzó hasta el labio del reborde, y ella tendió una mano para sujetarle.

—No hay nada por aquí —dijo él—. He tanteado en todo el pozo. No hay cuerda.

—Quizás esté colgando más allá.

—No lo creo. Estaba más o menos en el centro del pozo. Debería poder tocarla.

—¿No tienes nada con lo que tantear hasta más lejos? ¿Un palo o algo?

—No. ¿Y tú?

—No.

Retrocedió cuidadosamente y la rodeó con sus brazos.

—Probaré yo —dijo ella.

—Tus brazos no son más largos que los míos.

—Bien, tiene que estar ahí.

—No, no está. Creo que el derrumbamiento la arrastró consigo. Un largo silencio.

—¿Hay alguna forma de bajar sin ella?

—No. El camino es demasiado empinado. Caerás y te romperás el cuello.

—Entonces..., ¿qué podemos hacer?

—Nada. No todos los problemas tienen solución.

—Nosotros..., nos helaremos aquí dentro.

—O nos quedaremos sin aire.

—Carmody nos encontrará.

—Probablemente. ¿Pero quién pensará que estamos aquí?

—Buscarán.

—No sé si tendrán el tiempo o el equipo necesario para retirar esos bloques de piedra caliza de ahí arriba.

—¿Tiempo?

—Los griegos volverán.

—Oh.

—Puede que el segundo grupo submarino suba desde ahí abajo. A menos que el camino esté bloqueado por el derrumbe. Apostaría a que sí. Las piedras eran grandes.

—Tenemos que hacer algo.

—Mantenemos calientes.

—Suenas como Marco Aurelio.

—¿Quién?

—Un estoico.

—Hum. Límate a mantenerte caliente.

Otro largo silencio. Ella se sentía nerviosa por la aceptación pasiva de John de la situación. Pensó furiosamente.

—¿Lleva a alguna parte este pasaje lateral?

—Seguro. Directamente hacia abajo hasta algún lugar en el subsuelo de Francia. Es el túnel que horadó la singularidad.

—Oh. —Tendió la mano y la pasó a lo largo de la fría y lisa superficie.

En la absoluta oscuridad, su sentido del tacto se veía amplificado, exagerando

cada grieta y curvatura en valles y montañas. Pensó melancólicamente que si el pozo y su abertura lateral habían tenido alguna vez algún significado arqueológico, ahora se había perdido; todo aquel daño habría borrado seguramente cualquier vestigio del pasado.

Le preguntó a John qué les había ocurrido a Arditti y los otros. Él se lo contó sucintamente, poniendo en evidencia que no deseaba recordarlo. Su voz era profunda y grave, y Claire se concentró en ella en medio de la absoluta oscuridad, utilizándola como un ancla.

Las palabras brotaban lentamente de él, y su voz temblaba cuando le contó cómo había hallado los cuerpos. Se sintió horrorizada ante los repetidos pasos de la singularidad. Deseaba preguntarle cuánta radiación había recibido, pero vio que eso no serviría de nada, que él no podía juzgar, y que estaba intentando no pensar en ello.

John fue hablando cada vez más lentamente, dejando caer sus palabras en el silencio como guijarros en un profundo pozo. Se detuvo. Luego, como si hablara desde una enorme distancia, dijo soñoliento:

—Vamos, descansa, acurrúcate. Probablemente va a ser una larga espera.

Ella lo abrazó, sintiéndose protectora. El estaba exhausto y probablemente bajo los efectos de un suave shock. Ella había sido maltratada, pero nada como la tensión de nadar y ascender durante tanto tiempo, sin mencionar el terror que debió sentir en aquel horrible lugar.

Lo mantuvo abrazado, intentando ignorar sus entumecidos pies. El frío se iba extendiendo gradualmente, sus músculos se agarrotaban, dedos de sordo dolor trepaban por sus piernas. No podía dormir. La excitación se había abatido, dejando un residuo de atención incapaz de desaparecer. Sería mejor que alejara todos aquellos pensamientos de su cabeza, como John. Entonces podría dormir y reservar sus energías para luego. No podía impedir que sus pensamientos volvieran una y otra vez sobre su incierto futuro. Estaban atrapados en medio del frío y la oscuridad, sin que nadie supiera dónde estaban, quizá incluso creyéndoles muertos en el derrumbamiento. Por mucho que volviera sobre lo mismo, no conseguía ver nada que pudieran hacer, ninguna auténtica esperanza de escapar alguna vez de aquella silenciosa tumba. Una forma muy parecida a la que probablemente se habían enfrentado a la muerte aquellos otros en la antigua tumba de allá arriba, si de hecho habían sido enterrados sirvientes con sus amos. John había hablado de aquello hacía mucho tiempo, lo había sentido allí en la tumba, el horror del enterramiento.

Sus pensamientos fueron derivando gradualmente de sus perspectivas y enfocándose en la tumba. Sonrió para sí misma, reconociendo que incluso mientras permanecía tendida en lo que probablemente iba a ser su propia tumba seguía lamentando la destrucción de un lugar tan hermoso. El artefacto había abierto muchas posibles interpretaciones del emplazamiento funerario, ideas que podían ser

comprobadas, caminos que podían conducir a importantes recompensas si eran atentamente combinados con otros datos.

Resultaba evidente que la singularidad había sido atrapada magnéticamente en la piedra antes de que el cubo llegara a la tumba. Posiblemente el cono de ámbar era una forma de contemplar la maravillosa luz de la singularidad sin practicar un aullante agujero en el cubo.

Pero ¿por qué enterrarla? ¿Porque pertenecía a un gobernante, un gran hombre? Quizá. Pero los micénicos proporcionaban a sus muertos artículos que podían serles útiles durante su paso a la tierra de después de la muerte. Esos artículos eran dejados cerca del cuerpo. ¿Por qué ocultar el cubo detrás de la pared de la tumba?

¿Porque era peligroso? No para el muerto, pero sí para los vivos que terminaron de preparar la tumba.

Si las burdas marcas en la losa exterior eran de hecho de los sirvientes que habían sido enterrados con su amo, entonces esos sirvientes deseaban el artefacto. Quizá sabían que contenía algo que podía cortar la roca, practicar una abertura en las paredes de la tumba. Seguramente sabían que no podían escapar a través de la sellada puerta y las toneladas de arena que había al otro lado.

Habían ido en busca de algo que tal vez pudieran alcanzar. Pero quienquiera que fuese el que había hecho las marcas, nunca llegó al otro lado de la losa exterior, y pereció.

Supongamos que todo el mundo sabía que el artefacto contenía algo terriblemente peligroso. Había algo atrapado dentro, o de otro modo el gran hombre no lo hubiera conservado con él. Pero si resultaba liberado después de la muerte del hombre, sus deudos no lo querían a su alrededor, en la superficie, donde podía matar y destruir.

Orgullo. Todo eso sugería una cierta arrogancia, los alardes de un hombre después de alguna hazaña, alguna victoria ahora desvanecida en el polvo. Puede que supiera ver el valor del artefacto, e hiciera tallar la singularidad atrapada en la piedra en forma de un cubo ornamental.

De esta forma podría regresar en toda gloria, trayendo consigo al monstruo cautivo a su pueblo, ante el que podría alardear: Venid, contemplad mi presa. Y observar a los que se habían quedado en casa retroceder, temerosos y maravillados, ante el burdamente tallado cubo. Ved, les diría, mirad por el ámbar. Brilla con el demonio que hay en el interior. Para mostrarles lo poco que le preocupaba, haría ornamentar el cubo, tallarlo con una inscripción en lineal A, y pegarle al costado un mapa de marfil.

El mapa. ¿Qué más natural que unir al cubo un registro de sus viajes, de sus triunfos?

Un signo de dónde procedía el cubo, Santorin.

El rectángulo de marfil era el primer mapa de ningún tipo hallado en la Grecia

micénica, de los viejos tiempos en que habían nacido las leyendas, antes de que Homero incluyera las imágenes centrales de su cultura en sus intensos relatos. Casi con toda seguridad la cartografía nació de la navegación, así que los mapas debían ser trazados en útil y barato pergamino u otro material de escritura. Algo que un pescador o un comerciante pudiera llevar consigo. No un adorno, laboriosamente tallado sobre precioso marfil. Aquel frágil rectángulo era claramente un gesto de opulencia y de gran gloria.

Así que, por alguna razón, el gran hombre, el rey, había ido a Santorin, y había traído de vuelta consigo la cosa encerrada en la piedra. Debió perseguirla debajo de la Tierra y hallarla aprisionada. Un poco de suerte, que él convirtió en un gran relato.

Intentó recordar lo que John y Sergio habían dicho acerca de las singularidades gemelas. Juntas podían ser mucho más benignas. Una vez emparejadas, enterradas en roca, la accidental trampa magnética en la que se habían aposentado podía contenerlas. Quizás así fuera como se habían unido..., la una siendo atrapado en el accidental contenedor magnético, luego la otra buscándola.

A menos que la pareja hubiera sido separada, como ella y John la habían separado. Así que quizás el rey había encontrado a los gemelos reunidos, atrapados en la roca, y había ordenado a sus hombres que tallaran un recipiente de piedra a su alrededor, y lo trajera cruzando el mar...

No, aquello era irrazonable. Maniobrar toneladas de roca sobre un barco, traerlo centenas de kilómetros..., de alguna forma, un golpe, una sacudida, hubiera separado las singularidades.

¿Y si el rey encontró solamente una singularidad? Una sola singularidad podría permanecer relativamente tranquila en una trampa como aquélla, al menos durante unos meses; la suya lo había estado, allá en Boston. Así, el rey podría traerla a su hogar...y su gemelo la seguiría.

Supongamos que el rey había creído que había encontrado al monstruo, que lo había atrapado. Pero de hecho sólo había conseguido uno de los monstruos. El segundo gemelo estaba probablemente cerca, quizás en la propia Santorin. Se buscarían el uno al otro, intentando reunirse, pero siendo desviados constantemente por el océano, por las corrientes volcánicas en las profundidades de la roca.

De pronto recordó los rebordes en ruinas que habían hallado en el mar, aquella línea recta que habían supuesto era un canal del drenaje..., que conducía al pozo donde estaban atrapados ahora. Una singularidad, cortando la piedra caliza, abriría un pequeño paso. El agua de lluvia fluiría preferentemente por allí, erosionando con facilidad la piedra caliza, ampliando el orificio. A su debido tiempo, su aspecto sería el mismo que los millones de pozos de filtración que horadaban los blandos lechos de piedra caliza de Grecia.

No había forma alguna de decir que algo hubiera horadado la semilla del paso,

buscando a su gemelo.

El retorcimiento gemelo había encontrado a su hermano en la tumba, perforado un agujero en la parte de atrás del cubo, siguiendo la línea bisectriz de la cara del cubo..., y se habían reunido, formando un estable estado asociado. Y nadie lo había visto porque había perforado su túnel bajo el Egeo, abriéndose lentamente camino a través de las rocas, desde la lejana Santorin. Nunca había salido al aire libre de Grecia. Se había ocultado directamente en una tumba, aguardando silencioso y feliz, hasta que fue desenterrado.

Claire sintió una creciente certidumbre. Pensó en aquel antiguo príncipe, un hombre que conocía bien el nítido destello de la luz del sol sobre los olivos, los múltiples e intensos olores de la tierra recién removida, el susurro del viento de tormenta acercándose. Imagina a un hombre listo, cercano a la agitación y el clamor del mundo natural, y luego enfréntalo a un pequeño punto de virulenta luz que lo devora todo, enterrado en la Tierra, y abriéndose camino por sí mismo.

El rey debió encontrarlo por su penetrante y rasposo chillar. El sonido que hacía mientras se alimentaba. Quizá los nativos de Santorin habían visto la cosa antes, o a su gemelo..., lo habían visto liberarse de la llameante roca y desgarrar y quemar sus campos, sus casas. ¿Tal vez llamaron pidiendo ayuda, y atrajeron hacia ellos a un rey que anhelaba el peligro, amaba la caza, creía que los monstruos eran tan naturales como la lluvia y el sol?

Así que se había aventurado bajo tierra, a las cavernas, y se había encontrado con la chillona cosa que llamaba a través de la roca. Y cuando no se movió ni emergió, supuso que estaba atrapada. No tuvo que luchar contra ella. Simplemente talló la jaula a su alrededor, y se la llevó con él.

Pero un hombre valiente desearía saber lo que tenía. Debió mirar a través del pequeño agujero por el que había entrado la primera singularidad. Del que emergían el aullar y la luz.

Y nunca sentiría el mortal chorro de radiación que fluía de él, condenándole a un terrible fin de meses o años desde aquel mismo instante. Su destino habría quedado sellado entonces, predestinando su enterramiento en una tumba colmena de piedra caliza, enterrado con la brillante bestia sin edad que lo había matado.

Se volvió, inquieta, profundamente helada, la mente llena de ideas y posibilidades. John se agitó contra ella, buscando su calor. La oscuridad era una losa sobre ellos.

¿Qué haría el rey de todo ello? ¿Qué historia imaginaría para tal gloria, mientras los artesanos trabajaban decorando la trampa cúbica? Intentó imaginar la muerte del rey, devorado por las radiaciones, elaborando historias en su delirio, quizá adivinando finalmente que la aullante cosa en la piedra era la que le había causado los sudorosos y febriles sueños, la agonizante náusea, la declinante e inflexible muerte.



Sacudió a John para despertarlo. John gruñó, arrancándose con dificultad de algún lugar profundo.

—¿Eh?

—El cono de ámbar, sé lo que significa.

—¿Qué? Yo no...

—Es dorado, ¿no lo ves? La cabeza del toro en Creta, ¿recuerdas, en el museo?

El se alzó y buscó su rostro en la oscuridad, con manos heladas.

—Tranquilízate... Échate...

—No, estoy bien, sólo quiero decirte esto. ¡Escucha! Los cuernos dorados son ceremoniales en la civilización micénica, y es por eso por lo que el rey, el rey muerto en la tumba, es por eso por lo que lo puso en su presa. Un cuerno. Así que la leyenda se edificó en torno esa imagen, una cosa cornuda en la Tierra...

—Yo no...

—...que el rey cazó y mató. Y se trajo consigo. ¿No lo entiendes? Tú y Sergio siempre habláis de eso como un nuevo elemento de la física de partículas. Pero la gente también veía entonces las singularidades, algunas debieron surgir a la superficie, quemando y aterrorizando y..., y eso es importante, era historia.

—Mira..., estoy cansado, yo...

—¡La historia que conocemos! Sólo que nos ha llegado retorcida. ¿Qué puedes esperar de unos granjeros intentando describir algo tan horrible como esa cosa, suelta? El rey fue realmente un gran rey, porque mató a la bestia. O la capturó, al menos.

—¿Eh? —Estaba groggy—. ¿Una bestia?

—La bestia o dios o demonio que nosotros liberamos de nuevo. La dejamos caer por el pozo, así que salió disparada a través de aquella salida natural..., el «eje de simetría», dijiste. Exactamente de la misma forma que había entrado, poco después de que el rey fuera enterrado. Ambas singularidades vivían en las cuevas de Santorin y quemaban a la gente. Quizá las corrientes volcánicas fueron las que las trajeron a la superficie. Y el rey oyó la historia, acudió y capturó una..., ¡oyó su zumbir, atrapada ya en la roca! ¡Una gran búsqueda! No sabía que existía un gemelo. Se estaban buscando la una a la otra, y a veces aparecían en la superficie. ¿Cómo podían los griegos saberlo? Ellos pensaban que sólo era una.

—Así que yo..., nosotros...

—¡Sí! Y cuando el rey la atrapó, edificó una leyenda en torno a la bestia. Una versión adaptada de la verdad. Estaba en la Tierra y, cuando el rey murió, volvió a la Tierra. ¡Con su cuerno! ¡El cuerno de ámbar!

—Hum.

—El cuerno es la clave —se echo a reír—. La singularidad era el Minotauro.

Un frío que penetraba hasta lo más profundo de los huesos, robándole al cuerpo toda su voluntad de moverse, su deseo de bombear sangre a los entumecidos miembros, incluso su ansia de respirar. Llevaba tanto tiempo sometido al frío que había perdido el rastro del concentrado dolor y ahora era algo separado, un aura de sufrimiento, una presencia que vivía en su cuerpo con él y se alimentaba de él y jamás lo abandonaba.

Abrió los ojos a la consumidora oscuridad. De Claire le llegaba una suave y difusa calidez, un débil sol en torno al cual orbitaba él en una dura y eterna oscuridad. La atrajo hacia sí y notó que su corazón latía débilmente, casi reluctantemente.

Había estado hablando durante un tiempo, y él había entendido a medias lo que quería decirle, pero todo parecía tan lejano, historia e ideas, abstracciones tan distantes como las heladas estrellas. Había intentado escuchar, pero el cansancio sorbía sus fuerzas y apenas conseguía mantenerse despierto. Luego ella se había apagado, había empezado a hablar menos, con voz en cierto modo alegre, un sonido líquido en la interminable oscuridad total, y finalmente el sueño se había apoderado de ella también.

Había dormido, estaba seguro de ello. Desconocía cuánto tiempo llevaban los dos allí. No había tenido la fuerza de voluntad necesaria para alzar el reloj hasta sus ojos. Aquel movimiento hubiera dejado escapar algo del precioso calor, y de todos modos el tiempo ya no importaba. El tiempo era simplemente resistir, y cuando dejabas de hacerlo ya no existía el tiempo, no importaba lo que dijera el reloj.

Pero ahora había despertado, y deseaba no haberlo hecho. Dormido, el aferrante, pesado dolor no se aposentaba sobre tu pecho y te echaba el aliento al rostro y enviaba cuchillos de hielo clavándose en tus piernas hasta tus entrañas. Dormir era mejor. Estar despierto significaba vivir y saber lo que vendría a continuación.

Parpadeó, y sus retinas captaron imágenes luminiscentes. Flotantes puñales de luz, yendo y viniendo como nubes derivantes, silenciosas e indiferentes. Nunca había mirado realmente a las nubes en el cielo para estudiarlas, nunca había intentado descubrir qué significaban aquellas naves aéreas de algodón. Había pasado su vida contemplando trozos de papel o hablando interminablemente o arrastrándose en el malditamente maloliente suelo, cuando hubiera debido estar contemplando las nubes, tendido al cálido sol y empapándose del abundante calor eterno que descendía bienhechor del dorado disco, un calor sin final. Rayos de luz...

Amarillos, ondulantes rayos de luz. Largas lanzas de luz. En las paredes.

Movió su mano y pudo ver los dedos apretados en un cerrado puño constreñido por el frío, una silueta ligeramente más oscura entre las sombras.

Abrió la boca, y ningún sonido brotó de ella. La compresión en su pecho le

robaba todo el aire.

—¡Hey! ¡Arditti! ¡Anderson! ¿Hay alguien ahí abajo? —El eco de una llamada.

—¡Ah! —croó. Sacudió a Claire—. ¡Ah!

Débilmente:

—¿Ha oído eso?

Aún más débilmente:

—No.

—¡Ah! ¡Aquí, estamos aquí!

—¡Maldita sea! ¿Ha oído eso? Hay alguien ahí abajo.

Cuando John salió tambaleándose de las ruinas de la tumba, se negó a esperar la camilla que le ofrecían. Sus primeros pasos habían enviado salvajes lanzadas a lo largo de sus piernas, y sabía de una forma abstracta que la circulación iba a dolerle de todos modos, así que caminó, sólo para salir al aire libre. Sus piernas eran como madera, rechonchos troncos de sangre. El peso sobre su pecho había desaparecido. El ejercicio de meterse en el arnés, de sujetarse torpemente a la cuerda mientras lo izaban, lo había arrancado de su doliente estupor.

Se tambaleó más allá de los derribados bloques de piedra de la tumba y caminó lentamente por la larga entrada, con una mano apoyada en la pared. Hale estaba con Claire, haciendo que se apoyara en él, unos pasos por delante. Así que Hale se había salido después de todo. Bien.

Un hombre seguía diciéndole a John que debía aguardar a la camilla, pero ignoró la voz y siguió su camino. Había zumbantes lámparas blancas cada cinco metros o así, y toda la zona estaba brillantemente iluminada. Los helicópteros golpeteaban con sus aspas sobre sus cabezas y los reactores rugían, cruzando por encima de las nubes. La Sexta Flota estaba presente allí con toda su fuerza. Carmody había dejado caer la máscara.

John alcanzó el final de la entrada y se apoyó contra el último de los ásperos bloques de piedra. Los fuegos se habían apagado en el campamento, y un techo de oscuro humo flotaba sobre el valle. Había helicópteros posados en un espacio llano al este. Los hombres que les habían rescatado habían venido evidentemente en ellos; los camilleros se acercaban desde aquella dirección. Un amanecer carmesí bordeaba las distantes colinas.

Pero su atención se dirigió inmediatamente hacia el destello azul que derivaba al oeste, en el extremo más alejado del valle. Sobre él flotaba el helicóptero de Claire, con la gran caja suspendida como un huevo bajo su panza. El helicóptero derivaba hacia el norte, y debajo de él, por acción de una magia simpática, el ardiente punto azul le seguía, haciendo eco de cada uno de sus giros. Era como si la singularidad estuviera atada a una trailla, obedeciendo mansamente las no enunciadas órdenes del piloto.

La habían atraído lejos de la tumba, a una zona donde podían maniobrarla, ensayar sus respuestas. Ahora, mientras John observaba, el helicóptero descendió, y la parte inferior de la caja se pandeó y se abrió.

Los ingenieros habían diseñado aquello con simples dispositivos de seguridad, pero de hecho nadie sabía si funcionaría. Décadas de investigaciones en la extracción de energía de la fusión habían hecho avanzar enormemente el arte de confinar magnéticamente plasmas. Los físicos sabían cómo atrapar y retener materia ardiente ionizada en bolsas magnéticas configuradas como donuts o imaginar ochos o ristas de salchichas. Pero esa cosa no era un plasma, y la experiencia de los físicos no podía aplicarse aquí. La experiencia sólo proporcionaba algunas groseras reglas de aproximación.

Los hombres se habían reunido en torno a él, pero no le molestaron. Metió las entumecidas manos en los pliegues del chaquetón que le habían proporcionado. Claire y Hale se sentaron en la ladera de la colina. Nadie habló. El helicóptero hizo descender lentamente la caja, sus rotores abofeteando el aire. La caja que colgaba de su vientre era un complejo conglomerado de imanes y superficies conductoras. Pesadas placas de acero protegían el helicóptero de las radiaciones gamma que escupía la singularidad.

El sol blancoazulado rodaba sobre su propio fuego, carbonizando el suelo, labrando un sendero de anaranjadas llamas, dejando nubecillas de humo en su estela. Un débil sonido como un lamento brotaba de él, y cuando mordió profundamente el suelo las altas notas se ahogaron y una larga y profunda nota baja sonó por todo el valle mientras comía.

Quizá los antiguos de Santorin lo habían visto de aquel modo. John reflexionó que podía creer fácilmente que aquella cosa era un monstruo de las ardientes profundidades volcánicas, aullando su ira, trayendo consigo la muerte carbonizante como venganza por el fracaso del hombre en ofrecerle sacrificios, por su fracaso en acudir e intentar aplacarle en su enorme laberinto sulfuroso.

La caja se acercó más, descendiendo, su blanco transformado ahora en un oscuro azul mientras reflejaba el fuego de abajo. Más cerca, más cerca..., un brillante destello, un resonante golpe. De pronto, toda la escena se sumió en la oscuridad.

El shock de la desaparición fue aterrador, y todo el mundo jadeó. Pero entonces John vio que las luces de posición del helicóptero seguían brillando. La singularidad gemela había sido atraída a la trampa y había hallado a su hermana, y ahora dormitaban juntas. La energía asociada de la recombinación era muy menor comparada con los megatones que él y Zaninetti habían calculado. Pero ellos habían supuesto el peor de los casos, cuando las dos se encontraran a grandes velocidades. Frenados, los dos gemelos se habían recombinado suavemente. La llama había sido apagada.

Quebradas exclamaciones brotaron de la multitud. El helicóptero se elevó, haciendo girar triunfalmente sus rotores.

Así que, a poca velocidad, la energía perdida en la unión de los dos gemelos era más bien pequeña. Hubiera debido saberlo, si hubiera tenido el tiempo o el espíritu suficiente para pensar en la historia de Claire. Si las dos singularidades se habían reunido mientras una de ellas estaba dentro del cubo, hacía 3.500 años, entonces era evidente que no podían haber liberado mucha energía..., de otro modo el propio cubo se hubiera visto hecho pedazos. El y Claire y el pobre George nunca hubieran descubierto más que fragmentos. Rió para sí mismo. Si él y Zaninetti hubieran prestado más atención a la arqueología, quizá se hubieran ahorrado algo de todo aquello.

Ahora, mientras mantuvieran a las dos singularidades gemelas juntas, podrían experimentar con ellas, abrir todo un nuevo campo de la física. Mantenerlas confinadas, ése era el problema. Había mucho que hacer. Intentó concentrarse en las posibilidades, pero descubrió que su cabeza era un lugar brumoso y confuso donde las ideas parecían revolcarse en el lodo.

Vio que Hale y Claire se habían puesto de pie a su lado. Los camilleros llegaron al trote. Decidió que, de hecho, la amplia extensión blanca de la camilla y las invitadoras mantas eran terriblemente atractivas.

—¿Estás... bien? —preguntó Claire.

—C menos, como decimos en el campo docente —dijo John con una ligera sonrisa.

—Vaya —dijo Hale maravillado, señalando al helicóptero—. Funciona.

—Sí —dijo John—. Hasta que alguien lo deje caer.

## EPÍLOGO

Iba a llegar tarde.

Claire reunió apresuradamente las páginas páginas fotocopiadas, las metió en el sobre dirigido a *Science* y humedeció la pestaña engomada Listo.

Se había propuesto a sí misma la muy probablemente neurótica meta de terminar su artículo-informe en aquella fecha, y ahora «Conexiones etnohistóricas entre el mito del Minotauro y un inusual artefacto funerario micénico» estaba listo para la santificada precisión de la imprenta. Había planeado un artículo algo más limitado — sólo los hechos, señora, lo había descrito John—, seguido más adelante por todo un libro, que intentaría unir las distintas piezas del rompecabezas a lo largo de toda la extensión que fuera necesaria, copiosamente anotadas con reservas, quizás, por otro lado y sin embargo si

Pero a medida que la noticia se fue filtrando entre febrero y marzo, vio que aquel aperitivo en letra de molde lo único que haría sería atraer más rápidamente a los predadores académicos. Alguien vería las conexiones y publicaría una corta nota en *Ethnoarcheology* o en alguna otra parte, aferrando la idea general. Para protegerse a sí misma, tenía que causar un gran revuelo a la primera. Unas cuantas llamadas telefónicas a figuras prominentes en el campo establecieron que *Science* acogería bien un artículo referido a los misteriosos acontecimientos en el Peloponeso. Estaba previsto que John diera una conferencia sobre su teoría en Nueva York la semana próxima, de modo que las dos cosas irían perfectamente una detrás de la otra.

Claire reunió sus cosas y abandonó su oficina sin molestarse en arreglar el lío de papeles sobre su escritorio. Ya tendría tiempo para ello más tarde, mucho más tarde, en algún momento durante el resto de su vida. Metió la llave en la cerradura, desacostumbrada con el tipo antiguo de la puerta. El departamento le había ofrecido con grandes honores una nueva oficina, casi tres veces más grande que su antiguo cubículo claustrofóbico, y con una maravillosa vista sobre el Charles. No había tenido tiempo de clasificar sus archivos.

Dejó una nota al hombre de la limpieza para que dejara todo tal como estaba durante las semanas que iba a estar ausente.

La avenida Commonwealth resplandecía con el verde de finales de la primavera. Los estudiantes iban de un lado para otro, medio absortos en los exámenes finales que se aproximaban. Inspiró el saturado aire, cuya pesadez prometía un verano húmedo. La bienvenida presión en sus pulmones le recordó el fumar, que había abandonado hacía meses y aún echaba en falta, una agitada ansia. Halló un buzón. El sólido golpe en su fondo cuando recibió el manuscrito puntuó limpiamente su vida. Hecho y hecho y hecho.

Encontró su Alfa Romeo, retiró el ticket del parking de debajo del

limpiaparabrisas, y se metió en el tráfico con un chirriar de neumáticos. Había dejado deliberadamente su maletín atrás, en la oficina; mientras preparaba el artículo, había llegado a simbolizar para ella el peso del año pasado.

El estridente sonido de un claxon de protesta la recibió cuando enfiló Storrow Drive. Miró su reloj. Probablemente lo mejor era meterse en la calle Cambridge y entrar en la ciudad. A primera hora de un sábado de mayo, las multitudes que se dirigían al béisbol se encaminarían en dirección opuesta, hacia Fenway Park. Hizo un buen promedio, adelantando a los Volkswagens con su habitual desdén.

El tedioso y largo trabajo de reunir todos los datos para el artículo había empezado cuando intentó hallar pruebas corroboradoras. Ya habría tiempo suficiente más tarde para que los expertos en etnohistoria minoica y en la arqueología de Santorin desarrollaran sus sospechadas conexiones y sus ideas compatibles, todas ellas basadas en fragmentos de cerámica y restos esparcidos de metal y madera. Todo era perfecto. Pero la conexión definitiva tendría que surgir de nuevas investigaciones.

Había persuadido a Carmody de cartografiar los restos del pozo que descansaba en el mar cerca de la tumba. La Sexta Flota había ocupado la orilla durante una semana después del incidente, protegiendo a un equipo científico que exploró con detalle los efectos de la singularidad sobre el terreno. Había habido tiempo más que suficiente para que los buceadores verificaran que el pozo trazaba una línea recta que, prolongada sobre un mapa más grande, casi partía en dos Santorin. Más aún, la línea pasaba a través de la gigantesca caldera del volcán que había estallado, no a través de los restos en forma de media luna de la isla actual. Eso implicaba que la singularidad había partido de Santorin, buscando a su gemelo, antes de la erupción final.

¿Era una coincidencia que los movimientos de las singularidades, la búsqueda del rey muerto de una de ellas, y la erupción del 1426 a.C., hubiera ocurrido todo al mismo tiempo? ¿O había ido el rey a Santorin para encontrar la mítica bestia, para desafiarla, porque los nativos vieron con predestinada intuición una conexión entre el brillante sol que arrasaba las cosas y los enormes e inquietos temblores bajo sus pies? ¿Había causado la singularidad la erupción?

Así que quizá la leyenda del Minotauro hubiera surgido del fútil intento de los hombres de controlar el mundo, impedir el indiferente encogimiento de la Tierra que transformaba en polvo todas sus creaciones. Luego todos los maravillosos mitos del Minotauro se convirtieron en un relato de orgullo, de duramente ganado éxito temporal, transmutado por la transmisión tribal a una historia acerca de una cosa medio hombre, medio bestia.

De todos modos, como decía John, quizá no fuera una teoría, quizá tan sólo fuera un simple quizá. Así que había buscado algo más firme, algo con el duro resplandor de la física detrás. Los huesos del rey y las herramientas esparcidas estaban en algunas de las cajas retiradas en los primeros momentos por Hampton, así que trabajó

en ellos. Un análisis radiológico de los huesos mostró un claro exceso de algunos isótopos. El rey había sufrido una dosis letal de radiaciones. Otros huesos del suelo de la tumba, procedentes de otros cuerpos, no mostraban ese exceso. Para ella esto era un argumento importante. La singularidad lo había matado incluso en su momento de gran victoria.

La arqueología era un campo tranquilo, metódico. Como todas las ciencias, recompensaba la cautela. Estaba adelantando una teoría de la que quizá pruebas posteriores la obligaran a retractarse, especulando ampliamente a fin de explicar una serie de hechos aparentemente aislados. Esto siempre era peligroso, y ella lo sabía. Pero la audacia estaba ahora en su sangre, y le gustaba el sabor del desafío.

La calle Cambridge estaba desacostumbradamente embotellada. Siguió mirando su reloj. Todavía tenía tiempo para prepararse, pero no demasiado.

Pasó el Edificio John Fitzgerald Kennedy, giró en la calle Tremont, se arrimó a la derecha y aparcó el coche en una zona prohibida. Vio a su tío Alexander de pie en la intersección de las calles Tremont y School, hablando con dos policías irlandeses. Le abrazó, señaló su coche, y por la forma en que los policías se llevaron las manos a sus gorras y asintieron vio que tío Alexander ya les había dado la correspondiente propina. Observó que la señal de Prohibido Aparcar en temporal; la manzana estaba despejada y había numerosos espacios libres. Tío Alexander hizo un chiste y ella rió, sintiendo que su pecho se expandía, desaparecida la constrictora ansiedad.

La Capilla de los Reyes se agazapaba como un indomable bulldog del pasado, cuadrada y gris y pétrea entre los indiferentes rascacielos de la calle School, monótonos en sus interminablemente repetidas ventanas. Claire se apresuró a cruzar Tremont cuando el semáforo se puso verde. Frente a la Capilla de los Reyes, tío Charlie estaba charlando con tía Edna, tan enfrascados en sus habladurías que ni siquiera la vieron cuando se deslizó entre las solemnes y formidables columnas y entró por la puerta central.

Un pequeño cartel advertía: ceremonia privada. Bien; no habría turistas. Su atención inexpresiva y sus pies arrastrantes siempre habían cambiado a sus ojos el tono de las iglesias, dándoles un aire tan público como las estaciones de ferrocarril. La Capilla de los Reyes era un lugar histórico, con su granito remolcado con barcazas desde los pozos abiertos en Quincy en 1749. Su grávida solemnidad la envolvió cuando se detuvo por un momento, sin ser vista por los primeros recién llegados en los bancos de delante. Los pétreos valores episcopales que la Capilla de los Reyes había introducido por primera vez en el Nuevo Mundo se habían diluido en aquel estoico compromiso bostoniano con el futuro, el unitarianismo. A la iglesia aún le faltaba su blanco chapitel protestante, pese a que los presionados comités de construcción aún seguían sacando ocasionalmente planos con siglos de antigüedad, intentando erigir uno. El pasado parecía inevitablemente melancólico allí, como si los



sosegados y elegantes espacios recordaran cuando eran el eje del Boston teocrático. Sin embargo, en el atrio había signos de persistente finalidad: el caótico tablón de anuncios y la esperanzada estantería de panfletos anunciaban su vida interior.

Se volvió y subió las escaleras, lo bastante empinadas como para recibir la firme aprobación de Cotton Mather. Allí estaban los demás..., agitados, nerviosos, sabiendo que llegaba tarde. Dio las habituales excusas y se rindió a ellos: madre, tías surtidas, primos, todos vestidos a la moda de malva o amarillo pálido o castaño rojizo. Muchos de ellos habían venido de Vermont o New Hampshire, donde se habían retirado muchas de las viejas familias; el tiempo de viaje había dictado una boda por la tarde. Ellos eran quienes le habían traído su antiguo traje, pasado de generación en generación desde su bisabuela, aún de un perfecto y brillante blanco. El traje que llevaba se evaporó y las antiguas ropas la envolvieron, manejadas por manos impacientes. El aire allá arriba era sofocante, con aquel pegajoso olor a barniz y calor atrapado. Claire había invertido tres horas ayer en que la peinaran, y se sintió aliviada al descubrir, en el espejo, una bien esculpida masa de cabello castaño ligeramente rubio. Su madre flotó a su alrededor, ajustando el dobladillo, tirando minuciosamente de los hombros del traje para que no se vieran los tirantes del sujetador. La elaborada mantilla bordada parecía casi excesiva, pero su reconfortante sensación sobre sus hombros la calmó. Se volvió ante el espejo, inspeccionándose, crítica, y se sintió complacida al ver que sus pliegues silueteaban elegantemente las laderas de su cuerpo; su bisabuela debió sentir la misma secreta satisfacción.

La charla giraba a su alrededor, aprobando, recordando, trémula con una ordenada excitación. Aquellas mujeres expresaban su asentimiento con arrullos admirados, y vio su afecto fluir hacia ella, envueltas en sus vestidos color pastel, inmersas en su elemento. Siempre las había considerado admirablemente brillantes en las menudencias de vivir y extrañamente pasivas en la larga curva de sus vidas. Ahora no estaba tan segura. Quizá fuera posible reunir, entre tantos pétalos, un ramillete de nuevo significado.

Sonaron unas arrastradas notas de órgano. Abajo, los dedicados primos escoltaban a los demás familiares a sus bancos respectivos. El aire de anticipación creció; se abrieron cajas conteniendo joyas; escogió un anillo con una perla pero rechazó todo tipo de gargantilla, un contraste demasiado grande con la marfileña excelencia de la mantilla.

Ya era la hora. Bajó las empinadas escaleras, descalza por consejo de su madre, que temía que pudiera tropezar. Abajo, en el suelo de piedra, se detuvo, y una prima deslizó en sus pies unos blancos escaarpines de satén. Los bancos estaban casi llenos, con sus almohadones rojos formando un intenso contraste bajo el alto vuelo de las blancas columnas corintias. El órgano se detuvo a una indicación. Alzó la mirada y vio que el organista le hacía una seña con la cabeza, sonriente, e iniciaba con brío

Aquí viene la novia, y Claire pensó con un repentino shock que, increíblemente, era ella.

Pasillo adelante, del brazo de su abuelo de enrojecidas mejillas. Pasado el púlpito, panelado y sostenido por una pilastra, con su micrófono colgando desde arriba, un símbolo de autoridad completamente inútil para aquella ceremonia. El oficiante le sonrió y la música ascendió ligeramente de volumen, y allí estaba John, avanzando en su esmoquin blanco a buscarla. Recitó los arcaicos votos, convenientemente alterados para omitir las promesas de obediencia, todo en tonos bajos que parecían tentativos e inaudibles en el enorme espacio que les rodeaba.

Mientras salían a los briosos acordes de trompeta de Vivaldi tocados por un voluntario, miró por encima del hombro la escena, la multitud, para recordarlo todo. Luego, sin una pausa apreciable, se encontró en la recepción en la Eliot House, en el 6 de Mount Vernon Place. Ella y John llegaron primero, en un coche con chófer, al saludo de bienvenida del banquete, que puso ante ellos cóctel de langosta y burbujeantes copas de champán. La línea de recepción se formó antes de que hubiera terminado de admirar las flores, y el padre de John, resplandeciente en su esmoquin, reclamó el primer beso. Tío Alex le dio un abrazo de oso y repitió su viejo chiste acerca de que un arqueólogo es alguien cuyo futuro yace en las ruinas.

Todos estaban allí, los apenas vistos habitantes de distantes granjas y pueblos, y John se movía entre ellos, sonriendo, genuinamente absorto en todo lo que tenían que decirle, no importaba el delirio de ciencia popular que contuviera. Viejos tíos le preguntaron si era realmente cierto que los átomos eran pequeños sistemas solares, con los electrones girando como planetas. Las tías iban de un lado para otro del salón, inquietas, serpenteando cuidadosamente por entre el traidor mobiliario no tapizado. Se dio cuenta de que él se sentía genuinamente interesado, y que aún arrastraba consigo la automática fe sureña de que las familias eran algo intrínsecamente fascinante.

Sergio se acercó, radiante.

—Exquisito. No creía que los bostonianos supieran cómo hacer estas cosas.

—Hemos tenido muchos italianos para enseñármelo.

—Sí que los tienen, de veras. Espero que vengan a cenar conmigo cuando regresen. Y en otoño, John deberá integrarse al departamento.

—Por supuesto.

—Por «el departamento» quería dar a entender, evidentemente, Harvard.

La oferta le había llegado a John inesperadamente hacía seis semanas. Un descubrimiento de aquella magnitud arrastraba consigo honores, fama, seguridad. Ella había estado tan preocupada, tan inquieta sobre su quebrantamiento de la ética, que había olvidado por completo la auténtica importancia de todo aquello. John había recibido una docena de ofertas en un solo mes, con Harvard coronándolas todas.

Ocuparía el puesto de profesor ayudante; la titulación parecía automática.

Sergio felicitó efusivamente a John, y Abe Sprangle se le unió. Abe y Claire iban a colaborar en un detallado informe sobre el artefacto apenas ella regresara. Ya era la obra más conocida de Abe, y ni siquiera había sido escrita, y mucho menos publicada. El molino de los rumores creaba más reputaciones que los periódicos.

El ruido de la multitud creció, y la banda empezó a tocar. Bailó con abandono el vals, no recordando conscientemente los pasos pero encajando en ellos con facilidad, la cabeza alta, las luces de los candelabros girando como constelaciones. En un momento de mareo apoyó la frente sobre el hombro del esmoquin blanco de John, viéndolo como una superficie limpia sobre la cual descansar, tan bien recibida como lo había sido la camilla aquella distante mañana.

Su madre reunió a los principales protagonistas para las fotos de ritual. Un hombre con rostro de hurón dispuso las luces y la gente, luego fotografió los grupos de ordenadas configuraciones de familia inmediata, rígidos conjuntos de personas, primeros planos de estáticas sonrisas. Aunque aquél era el menos natural de los acontecimientos, Claire se sintió exaltada por él, envuelta en una lustrosa luz, extrañamente capaz de verlos a todos como si ellos, no ella, hubieran quedado fijados para siempre. Su madre brindó por la nueva pareja, levantando en alto una taza de misteriosamente potente ponche:

—Felicidades, queridos.

Un poco de ponche se derramó por el borde de la taza, se convirtió en una ristra de gotas ambarinas, y el fotógrafo disparó su cámara, las congeló..., temblorosos glóbulos colgando a la sesgada luz amarilla del sol, ante la discreta y decorosa sorpresa de su madre, que no obstante no pudo impedir que su mandíbula colgara sorprendida.

Apareció el profesor Hampton, sonriente, el rostro enrojecido por el calor del champán.

—Espero realmente seguir teniéndola en mi departamento —dijo con forzada sonrisa—. Esto ha sido el plato fuerte de un año increíble.

Ella sonrió y dijo algo educado y que no comprometía a nada. Podía seguir otro año en la Universidad de Boston, pero que la maldijeran si permanecía bajo la tutela de Hampton. O se iba él, o lo hacía ella. Pero ésa era otra batalla, se recordó, a librar otro día.

—Creo que deberíais cambiaros para vuestro avión —dijo su madre. La fiesta giraba en torno a ella, las voces ascendían hacia las vigas del salón, había en el aire una sensación de madura plenitud. No deseaba irse. Deseaba aferrarse a aquella tarde y saborearla, un momento que a veces había pensado que no llegaría nunca, o al menos lo había temido. Pero había llegado, había encontrado la distante orilla, y el tiempo no necesitaba detenerse.

—Ya es la hora —dijo John a su lado.

El verano se había abierto camino a través del tul de la primavera de Manhattan, trayendo a las tardes un plomizo calor. Comían temprano y se retiraban a su habitación del Astor durante las horas de más calor, dejando transcurrir el tiempo en una bruma erótica. Pasó una semana sin ninguna sensación de que el tiempo transcurriera a su alrededor, sino más bien como si fuera un río el que se moviera a su lado, con su corriente avanzando interminablemente pero sin que el río cambiara nunca.

No le habían dicho a nadie su destino. El padre de John les llevó hasta Logan en un coche pintado con crema de afeitar y carteles de Recién casados. En el túnel Callahan el conductor que iba delante de ellos pagó su peaje, tocando el claxon y saludándoles con la mano. El padre de John les ayudó con el equipaje y luego le dio a John un sólido apretón de manos de adiós, de hombre a hombre. En el avión, los dos estuvieron de acuerdo en que la recepción había sido maravillosa, y que de hecho lamentaban haber tenido que abandonarla antes de que se disolviera.

El enorme y casi inútil ajeteo de Nueva York les envolvió. Fueron a galerías de arte, comieron bien, vieron el éxito teatral de la temporada, *Lo haría si pudiera pero no puedo así que no lo hago*. A John le gustó, a Claire no. Pasaron una mañana en el nuevo parque de diversiones entre la 130 y la 142. Había sido construido artísticamente, un carnaval en technicolor plantado como una fantasía de Bradbury en medio de un prado de una manzana de ancho. Las ondulantes colinas le recordaron un campo de golf, y de hecho sus cimientos eran los montones de ladrillos de las casas de apartamentos que antes se habían levantado allí. Dos falsos rascacielos se alzaban entre las atracciones, y servían de puntales a una aterradora atracción conocida inevitablemente como La Bestia Con Dos Lomos. Claire subió una vez a ella y bajó temblando.

La sensación volvió aquella noche, y despertó jadeante de su sueño.

—John, yo..., yo...

Él despertó y comprendió de inmediato. La abrazó durante largo rato, acariciándola, y escuchó las desconectadas imágenes que brotaban de ella. Las caídas de las montañas rusas se mezclaban con el oscilante y aterrador descenso por el pozo. Y su huida, llena de pánico y ruidos, terminaba en una boca, un bostezante agujero con resplandecientes cuernos encima y un burlón y ardiente aliento..., aullando, los dientes afilados y raspantes, los ojos brillando al rojo blanco con una furia devoradora.

—Todavía tendrás esas pesadillas por un tiempo —le dijo él suavemente—. Pero acabarán por desaparecer. Yo también las he tenido.

—¿De veras?

—Por supuesto.

—Nunca lo dijiste.

—No se suponía que debiera hacerlo. Es el precio de ser propietario de un pene. Ella se echó a reír.

—Idiota.

—Sólo cuando estás preocupada.

Al día siguiente el presidente de la reunión de la Sociedad Física Americana de Nueva York les llevó a almorzar a un nuevo restaurante vegetariano, cuya decoración estaba en opulento contraste con el espartano menú. Claire supuso que el lugar daba a los hombres de negocios una oportunidad de castigarse a si mismos con una comida mortalmente reconfortante. Cada verdura era servida con un floreo, como si fuera un nuevo plato. Mientras comían el primero —una cosa de nueces picadas con forma de pollo—, el presidente le preguntó a John si aceptaría una conferencia de prensa después de su charla como personaje invitado.

—No.

—No sería muy larga —dijo ansiosamente el hombre de delgado rostro.

—Bien. Entonces dejémosla en el asintótico límite de nada en absoluto —respondió alegremente John.

Aquella tarde, mientras aguardaba a que John preparara sus diapositivas en una habitación lateral, Claire vagó entre los físicos. En varias habitaciones amplias se habían instalado paneles formando corredores, y cada gran panel tenía clavados en él reproducciones de artículos y gráficos. Hombres y mujeres permanecían de pie frente a ellos, enmarcados en los ensayos de los que eran autores, respondiendo preguntas, entregando reproducciones de su obra, defendiendo sus ideas. Parecía algo muy lejano a las reuniones de los arqueólogos, que tendían a desarrollarse en largas exposiciones verbales ilustradas por diapositivas en habitaciones oscuras, respondiendo a las preguntas sólo brevemente y al final. Aquel esquema toro-ratones, que permitía trompetear la posición de uno desde la ventaja de un podio, siempre la había irritado. Los físicos, con sus modestos pósters, desplegados llanamente para atraer a la audiencia picando su curiosidad, parecían más honestos y democráticos que los humanistas.

La charla de John fue bien. Habló con un perceptible acento sureño, subrayando los puntos principales con diapositivas de apretadas ecuaciones. Había formalizado su enfoque del problema de la singularidad, utilizando entidades matemáticas de su propia invención, quebrando su mareante complejidad con una simple anotación al pie. Ella había visto un póster de un artículo sobre esos compactados símbolos, descritos como «funciones de Bishop», en el vestíbulo; aquí también, la charla había atraído a un nutrido ejército de científicos preocupados por los detalles.

El par de singularidades reunidas habían sido cuidadosamente llevadas de vuelta a los Estados Unidos, aisladas de cualquier choque y envueltas en trampa sobre trampa.

Unos cuantos meses de estudio en el MIT habían aclarado algunas de sus propiedades, pero la cuestión de la estabilidad de la configuración seguía siendo un interrogante. El modelo matemático de John era una aproximación simplificada, que dejaba fuera varias distorsiones locales, como la propia gravedad de la Tierra. John y Sergio habían trabajado para mejorar el modelo, con resultados limitados.

El aguijoneante problema de la estabilidad fue finalmente traspasado a la Agencia de Seguridad Nacional. Nadie sabía exactamente lo buena que era la trampa magnética. John y Sergio estaban razonablemente seguros de que las singularidades hermanadas no constituían ningún peligro porque ya no poseían ninguna energía asociada que ceder.

—Son tan seguras como dos rocas ordinarias —había dicho John cuando apareció ante una sesión secreta en Washington.

La Agencia de Seguridad Nacional prefería la cautela. Ordenaron que las trampas magnéticas fueran mejoradas encajándolas en una capa añadida de entrelazadas botellas magnéticas de mayor potencia. Una vez hecho esto, decretaron que fueran efectuadas más investigaciones arriba en el Laboratorio de Órbita Alta recién ensamblado. De los físicos de partículas consultados, la mayoría creyeron que era una precaución innecesaria y abrumadora. No había ninguna evidencia de que la pareja fuera a separarse, y tenerla a mano aceleraría seguramente las investigaciones. Ninguna de esas argumentaciones convenció a la ASN. El despegue del transbordador espacial se había realizado sin problemas hacía una semana, y en aquellos momentos el remolcador de la órbita alta estaba arrastrando lentamente el fardo envuelto en múltiples capas hacia el muelle de carga-descarga del laboratorio.

Carmody había animado aquella precaución. Había gozado de una cierta notoriedad, por primera vez en su carrera, debido al incidente griego. Por encima de todo, Claire estaba sorprendida del poco furor inicial que había ocasionado la incursión. La ASN, tras reflexionar, dijo muy poco, y los griegos no mostraron ningún deseo de airear su derrota. Estaban muy ocupados con la incierta tregua conseguida con los turcos, bajo los auspicios de Italia y las Naciones Unidas. La guerra seguía amenazando en el horizonte, pero ambos bandos se sentían satisfechos por el momento lamiéndose sus heridas y lanzando salvas de palabras. La mayor parte de su energía era empleada en adquirir armas más avanzadas a cualquiera que quisiera proporcionárselas, preparándose para lo que mucha gente predecía que sería simplemente el Segundo Round.

La sala estuvo llena durante toda la charla de John, y el aplauso después se mantuvo durante lo que a Claire le pareció un tiempo inusualmente largo para una audiencia académica. Ella y John se fueron apenas terminar. Tres periodistas estaban cerca de la entrada, uno con un equipo de vídeo filmando por encima de su hombro. John les hizo un gesto de que se apartaran. El hombre con el equipo de vídeo

exclamó:

—¡Doctor Bishop! ¡Doctora Anderson! ¿Puedo hacerles sólo una pregunta?

—Ya la ha hecho —respondió Claire. Riendo quedamente, John la condujo hacia el calor de Manhattan.

Aquella noche Claire durmió inquieta, y se despertó rápidamente ante el sonido de alguien vomitando en el cuarto de baño. El estrangulado gorgotear resonaba en los azulejos, amplificado, y se extirpó de su sueño con un repentino temor. John estaba de rodillas, el rostro congestionado y rojo, los ojos vidriosos.

—¡Dios mío! ¿Estás...?

Él agitó débilmente la cabeza y vomitó de nuevo. Se había sentido así durante toda una semana a su regreso de Grecia. Los especialistas del hospital de Wiesbaden dijeron que no podían estimar fácilmente la cantidad de radiación que había recibido; al contrario que Arditti y los otros, no llevaba una banda de exposición. Los vómitos y el examen radiológico de los corpúsculos indicaban una exposición moderada, pero esas cosas no eran seguras; nadaban en un margen gris de desconocidos.

—Yo... lo he echado todo. —Jadeó, mientras las lágrimas resbalaban por su nariz y aspiraba afanosamente aire.

—¿Acaso... crees...? —Dudó en pronunciar la palabra, sin saber cómo expresar el nudo que había atenazado su garganta.

—Ese maldito pseudopollo de la comida. Estaba podrido. Sabía que iba a darme algo.

Aquellas palabras abrieron de par en par una ventana a la luz del sol; suspiró, dándose cuenta de que había estado reteniendo el aliento.

—¿Estás... seguro?

Él se puso inestablemente en pie. Su piel, pálida de un invierno en el norte, había adquirido una tonalidad marfileña a la luz fluorescente reflejada por los azulejos.

—La ciencia no es nunca una seguridad, ¿sabes? —Hizo una rota mueca—. Todo son probabilidades.

Los médicos le habían sometido a una interminable serie de pruebas, tomando muestras, preocupados por el desconocido espectro de radiaciones de la singularidad. Sus incertidumbres fraccionales, apiladas una sobre otra, formaban un tambaleante edificio de predicción. Sus efectos podían ser a corto plazo y fácilmente eliminados del cuerpo. Los daños a largo plazo eran difíciles de evaluar. Ciertamente había un riesgo incrementado de cáncer. Si algunos síntomas recurrían, el pronóstico no era bueno.

Claire se mordió los labios y decidió no ocultar nada, dejar que brotara su propio miedo.

—¿Cuánto tiempo hace que te hiciste el último de esos análisis de sangre?

—La semana pasada. —Se inclinó y se echó agua fría al rostro, bufando—. Los

resultados fueron normales. ¡Agh! Todavía puedo notar el sabor de ese maldito pollo.

—Eso es... bueno. —Parecía sospechosamente tarde para que aquello fueran los efectos de la comida—. Quiero decir...

El sonrió.

—Lo sé. Pregúntame siempre, Claire. Vierte siempre en mí tus sentimientos. Eso es lo que quiero.

—Yo... —Parpadeó, reteniendo las lágrimas—. Gracias. —Apoyó los brazos en los hombros de él.

—Déjame lavarme antes la boca —dijo él suavemente—. O me querrás menos por la mañana.

Ella sonrió.

—Vuelve a la cama, y te daré un regalo.

—Hey, cuando era pequeño siempre me gustaron los regalos. Dime qué es. ¿Puedo cabalgarlo?

—Tanto como quieras.

Dos horas más tarde sonó el teléfono. Cuando Claire se apartó de un lugar satisfecho y cálido, John estaba hablando.

—Entiendo. ¿Qué tipo de movimientos?

Ella se apoyó sentada en la almohada. Eran las cuatro de la madrugada.

—¿Así que las singularidades emparejadas actúan al unísono? ¿Esto no las está separando? —Se mordió los labios, concentrado—. Bien, al menos, lo que sea que esté ocurriendo no altera la estabilidad de la pareja. ¿Pero qué puede ocasionar que hagan eso? Quiero decir, deberían derivar en torno a la cabina, lo mismo que cualquier materia ordinaria.

Claire supuso que estaban hablando de la pareja allá arriba en el satélite de órbita alta. El remolcador debía haber alcanzado el gran laboratorio.

—No, no lo comprendo. ¿No pueden controlarlas? ¿Impedir que se peguen a la pared?

Escuchó, agitando la cabeza.

—Bien, no puedo pensar en nada en estos momentos. Demonios, ¿sabe usted qué hora es?

John escuchó durante largo rato.

—No, puedo pensar en ello, por supuesto, pero no llego a ninguna parte.

Más habla desde el otro lado. Finalmente:

—No, Sergio, me temo que no. —Colgó.

—¿Sergio? ¿Qué era esta noticia? —preguntó Claire.

—El equipo metió las singularidades en el laboratorio, o más bien intentaron hacerlo, y el artefacto dentro del que se hallan empezó a pegarse a las paredes del laboratorio.



—¿Qué? ¿De un lado para otro?

—Por todo lo que puedo decir de lo que me contó, todo el conjunto: singularidades, trampas magnéticas, aislamientos, todo, se ha pegado a la pared interior.

—¿A una pared? ¿Sin moverse?

—Se ha asentado, me dijo. Se pegó contra la pared más cercana al abajo..., el lado más cercano a la Tierra, quiero decir.

—¿Por qué?

—No lo sé. Sergio dice que Carmody le llamó. No sabía cómo localizarnos, así que preguntó si Sergio sabía dónde estábamos.

Claire frunció el ceño.

—Sergio debió llamar a mi madre.

—Correcto. Carmody quiere que vuelva inmediatamente a Florida. El próximo lanzamiento del transbordador está previsto para dentro de tres días.

—¿Qué? —Claire se irguió contra su almohada, alarmada—. ¿Quieren que subas a la órbita?

—Todo el camino hasta el Laboratorio de Orbita Alta.

—Para supervisar los experimentos. Para sacar conclusiones para ellos.

—Exacto. Sólo que no voy a ir.

—No quiero que vayas.

—¿En mi luna de miel? Ni por asomo.

Siguieron hablando, soñolientos, y John se quedó dormido antes que Claire. De todos modos, dos horas más tarde el teléfono volvió a sonar. John respondió de nuevo. Mientras ella se despejaba, vio que él debía estar despierto ya desde hacía rato, porque tenía un bloc amarillo en su regazo, cubierto por ecuaciones garabateadas.

—Sí, señor; sé eso, señor, pero...

Una pausa.

—Yo mismo acabo de llegar hace un momento a la misma conclusión. Ambas singularidades deben sentirse atraídas por una fuerza de muy largo alcance. Están siendo atraídas hacia algo sobre la Tierra. O dentro de la Tierra, no importa.

Otra pausa.

—Por supuesto, eso implica algún nuevo tipo de interacción, algo que todavía no comprendemos. Están siendo atraídas de regreso hacia la Tierra, correcto, así que preferencialmente se pegan a la pared interior y...

La voz al otro lado se hizo más fuerte.

—Sí, estoy de acuerdo en que es potencialmente muy importante. No, no veo inmediatamente las implicaciones, no de una manera completa.

Más argumentación desde el otro extremo del hilo.

—Pero estoy en mi luna de miel, por el amor de Dios...

Claire se arrimó más a él. La tensión se apoderó de la voz de John.

—Me temo que no, señor. No lo haré.

Sus labios se comprimieron mientras escuchaba, y los tensos músculos de su mandíbula dieron una expresión obstinada a su rostro.

—He estado allí antes. No, gracias.

Escuchó sólo un momento, y luego dijo con voz fuerte:

—He dicho que no, y lo digo de veras. —Colgó bruscamente el auricular. Lanzó un exasperado bufido.

—¿Quién era esta vez?

—El Presidente.

—¿El Presidente del MIT? ¿Para qué quería...?

—No, el de los Estados Unidos.

—¿Qué?

—Les dije que no pensaba ir.

—John..., tú..., ¿le colgaste al Presidente de los Estados Unidos?

—Sí. —Pensó por un momento, mirando a la distancia—. Lo hice de veras, ¿no? —Rió suavemente, complacido—. Simplemente no quería aceptar un no por respuesta. Es testarudo. Pero pensé que yo ya no tenía nada más que decir.

Aunque siguieron hablando durante otra media hora, John no vio ninguna razón para reconsiderar su decisión. Miró ensimismado al espacio, pensando.

—¿Sabes? —dijo finalmente—, esos gemelos no deben ser la unidad básica, el sistema asociado fundamental. Nuestras ecuaciones dicen que lo son, pero esta atracción hacia la Tierra significa que hemos sido demasiado simplistas, hemos supuesto demasiado.

—¿Tu teoría está equivocada, entonces?

Sonrió.

—La tragedia de la ciencia es que es una asesina sin corazón de las hermosas teorías a través de los hechos más feos.

—¿Hasta qué punto está equivocada?

—Es demasiado pronto para decirlo. Desde Grecia, he estado corriendo de aquí para allá como un pollo con la cabeza cortada. Sin tiempo para pensar. Pero he estado meditando acerca de algo, una sobresimplificación. Sergio y yo teníamos una teoría de singularidades en un espacio plano, sin la curvatura gravitatoria general del espaciotiempo. El asunto es que, en distancias tan grandes como la estación orbital en el espacio, ésa no es una buena aproximación. El cambio en la curvatura gravitatoria debida a la Tierra es sustancial. Deberíamos incluir eso.

—¿Resulta muy difícil hacerlo?

—No debería resultarlo. Pero eso quizá cambie bastante las ecuaciones básicas, y

aparezca de pronto alguna nueva fuerza.

—¿Qué es lo que atrae a esa pareja hacia la Tierra?

—Otras parejas. O quizá singularidades individuales, sin emparejar. Apuesto a que ésta es la primera vez que hay un par de ellas fuera de la superficie de la Tierra durante un tiempo mensurablemente largo. Si hay alguna fuerza de atracción entre todas las singularidades de este tipo, un aspecto en todo el conjunto de leyes que hemos pasado por alto..., entonces las de la Tierra están siendo atraídas hacia la superficie, intentando alcanzar ese satélite.

—¿Desde abajo?

—Si hay algunas ahí abajo, perforando su camino. Y tiene que haberlas. Se necesita una energía de colisión enormemente alta para crear esas cosas, te lo aseguro. Pero Sergio integró las ecuaciones de porcentaje para los sucesos de rayos cósmicos que pueden dar como resultado singularidades masivas como las nuestras, y ha calculado que deberían haberse producido al menos varios cientos dentro del volumen de la Tierra, desde que se formó el planeta. Los rayos cósmicos penetran zumbando, impactan contra los núcleos de la Tierra, y ya tienes una singularidad.

—¿En las profundidades del planeta?

—Bien, excepto tu rey muerto, nadie ha encontrado nunca ninguna en la superficie. El resto deben estar vagando de un lado para otro ahí abajo.

—Entonces..., pueden surgir en cualquier momento. Parejas...

—Correcto. O aisladas.

—Eso sería terrible.

—Por supuesto que lo sería.

—¿Qué podemos hacer?

—No estoy seguro. No he tomado en consideración posibilidades como las fuerzas de largo alcance. Las ecuaciones...

—¿Crees que podrías encontrar alguna forma de, bueno, pacificarlas? ¿Alguna configuración más compleja, un nuevo estado asociado?

John sonrió. Ella había aprendido a reconocer aquella expresión, un volverse hacia dentro de sí mismo. John estaba recordando la forma en que la cosa aullante había devorado a Kontos, y el legado que había dado en su propia sangre y cuerpo, dejándolo con una incertidumbre, un precario asidero a la vida misma. Para ellos dos, aquella noche había sido el fin de un largo verano de juventud, el fin de una brillante seguridad..., todo ello perdido sin ningún auténtico pesar, porque ahora sentían una nueva necesidad que sólo podían llenar el uno en el otro. Desde la pequeña y confortable brújula de sus vidas académicas se habían visto absorbidos por el mundo primordial, una ventana se había abierto al aullante abismo. Sin embargo, en aquel hecho, había una curiosa libertad maduradora, un umbroso claro agridulce donde descansar. Sus vidas habían sido tocadas ahora por nuevos y refrescantes

desconocidos, como la propia ciencia, provisionales y personales y evolutivos.  
—Seguro —dijo—. Por algún tiempo.

## UNAS CONSIDERACIONES TÉCNICAS

Nuestras relaciones como experimentalistas con los físicos teóricos deberían ser como con una hermosa mujer. Deberíamos aceptar con gratitud cualquier favor que nos ofrezca, pero no deberíamos esperar demasiado o creer en todo lo que se dice.

—Lev Artsimovich

En las obras de ficción sobre ciencia, resulta difícil elevar la pelota hacia los reinos de las altas teorías sin arriesgarte a recibir un puñetazo en la nariz. Mi estado de ánimo en el momento de construir este libro ha sido alegre, como diciéndome: veamos cuán extraño puede llegar a ser el mundo. Incluyo estas consideraciones para responder, al lector que desee saber un poco más, la cuestión más sobresaliente: ¿hasta qué punto es imaginario este dragón que he introducido en un jardín relativamente real?

### Los quarks a escala humana

Una propiedad crucial del artefacto es que la fuerza entre él y su gemelo es constante, independiente de la distancia. Es igual de fuerte cuando se hallan separados por 5.000 kilómetros que cuando están tan sólo a unos centímetros el uno del otro. Esto resulte extraño, por supuesto, para los objetos cotidianos, pero no lo es en absoluto en el mundo de la física de partículas.

En 1964 fueron descubiertas centenares de nuevas partículas.

Todas ellas se hallaban sujetas a la «interacción fuerte», la fuerza que mantiene unidos a los protones en un núcleo. Murray Gell-Mann y George Zweig sugirieron que este zoo de partículas podía estar constituido todo él por elementos básicos más fundamentales, llamados quarks. Sólo tres quarks, convenientemente combinados, podían dar como resultado los centenares de partículas aparentemente distintas. Esto era estéticamente agradable, y a todo el mundo le gustó la idea.

Mejor aún, tuvo éxito. La teoría predecía partículas que no habían sido vistas nunca antes, y los experimentadores las hallaron como correspondía, con todas las propiedades correctas. Hubo un serio problema, sin embargo, a la hora de engarzarlas a lo que se llama el Principio de Exclusión de Pauli.

Dicho simplemente, el Principio ordena que dos partículas con spins de  $V/2$  (digamos, electrones) no pueden ser idénticas. Todo lo que identifica una partícula es un conjunto de números cuánticos que describen energía, impulso, spin y otras propiedades. Esto significa que no existen dos electrones en el mundo que puedan

tener exactamente los mismos números. Para diferir al menos en un número cuántico, pueden estar localizados en diferentes átomos; esto cumple con las exigencias de Pauli para casi todos los electrones. Para los electrones en el mismo átomo, sin embargo, el Principio introduce un elemento muy importante de nueva física.

Un átomo de helio, por ejemplo, posee dos electrones. El Principio, que ha sido bien verificado, dice que puesto que tienen muchas propiedades en común (masa, energía, carga, impulso angular orbital), deben diferir en el spin. Y, de hecho, lo hacen.

Si miran ustedes un nivel más arriba en la tabla periódica, al litio, descubrirán que sus tres electrones tienen dos exactamente iguales a los de un átomo de helio, pero el tercero debe ocupar un estado superior de energía; no puede imitar a ninguno de los otros dos.

Uno puede erigir todos los elementos de esta forma, con el requerimiento de que cada electrón añadido sea diferente. Eso explica la diferencia en química entre los átomos y, en consecuencia, toda la tabla periódica. Ésta fue la revolucionaria comprensión que trajo la mecánica cuántica.

Los quarks entran en colisión con el Principio de Pauli porque aparentemente no puedes empaquetar quarks idénticos en una partícula más grande. Sin embargo, había partículas que exigían ésa explicación. Para explicar por completo los confusos enjambres de partículas observadas, y seguir obedeciendo el Principio de Pauli, los físicos tuvieron que invocar un nuevo número cuántico, que describía una propiedad añadida, llamada color. Una desafortunada elección de la palabra, quizá, porque esta faceta de los quarks no tiene nada que ver con lo que ustedes y yo llamamos color.

Esto permite a los quarks amontonarse en una partícula más grande, determinando sus propiedades, porque siempre pueden ser diferenciados alegremente por su número cuántico de color. Al principio, las tres elecciones de color fueron rojo, blanco y azul. Algunos europeos señalaron correctamente que el blanco no era un color, y sugirieron cambiarlo a amarillo. Siempre me he preguntado si objetaron secretamente porque éstos eran los colores de la bandera de los Estados Unidos (y la británica), pero supongo que ésta es una sospecha no profesional. Pero el amarillo tampoco fue usado por todo el mundo, sin embargo, por la prosaica razón de que el verde se ve mejor durante las conferencias usando un proyector que transmita imágenes encima de tu cabeza.

Esta teoría de código de colores funcionó bien, prediciendo partículas con éxito. Es interesante observar que todas las partículas observadas son «incolores»..., los tres colores juntos no dan ningún color en absoluto. Sin embargo, todo esto parecía un recurso contable, y muchos físicos consideraron el color e incluso los propios quarks como conveniencias matemáticas, meras recetas. Sin embargo, el éxito en las predicciones, en una gran variedad de detallados experimentos, ha convencido a la

mayoría de los físicos. Aunque sigue surgiendo una irritante pregunta: ¿Por qué no vemos quarks individuales, desnudos?

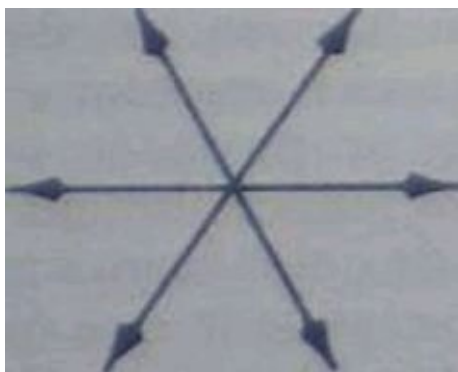
Aquí también, el color salvó el asunto. Resulta que el color es una faceta tan básica de las partículas como su carga. Todos sabemos que la carga permite a las partículas experimentar las fuerzas eléctricas y magnéticas que vemos actuar diariamente en todo, desde los relámpagos hasta las tostadoras de pan. El color, sin embargo, es más sutil. Regula la fuerza «fuerte» que mantiene juntas a las diminutas partículas subnucleares. Es la fuerza cohesiva de todo nuestro mundo, y confiamos automáticamente en ella para que mantenga unida la materia para nuestra conveniencia.

La diferencia estriba en que las fuerzas eléctricas no tienen que cambiar de carga, aunque la utilicen. Cuando una señal de radio viaja de una emisora comercial al receptor de ustedes, no lleva ninguna carga. En vez de ello, hace culebrear los electrones en su antena, y su receptor amplía ese culebreo, entregando el mensaje. No hay ninguna red de transmisión de carga.

El color es más exigente que la carga. Tiene que fluir de un punto a otro antes de que la fuerza fuerte trabaje. Esta simple diferencia hace imposible liberar los quarks.

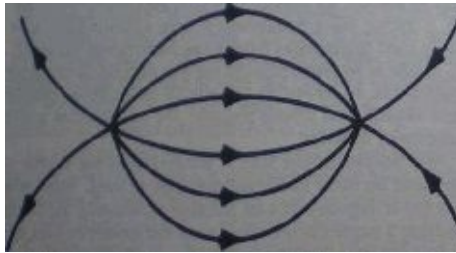
Los electrones, que tienen carga, forman campos sencillos. Podemos rastrear esas líneas de campo del electrón, extendiéndose esféricamente.

La intensidad de la fuerza eléctrica es proporcional a cuántas de estas líneas cruzan una zona determinada. Lejos del electrón, hay menos líneas en una proximidad determinada, de modo que la fuerza es más débil.



La gravitación actúa de la misma forma. Es por eso por lo que la Tierra, que está más cerca, nos atrae más poderosamente que el Sol, pese a que el Sol tiene mucha más masa.

Dos electrones cercanos poseen líneas de campo que los unen, yendo de uno al otro:



De nuevo, la intensidad de la fuerza se halla determinada por el número de líneas de campo que cruzan una zona determinada.

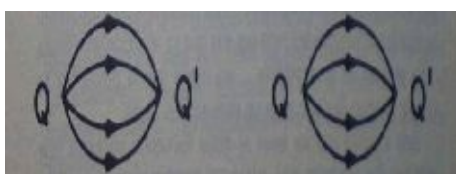
Tomemos ahora dos quarks,  $Q$  y  $Q'$ , que tienen color, no carga. El color debe fluir regularmente entre los quarks, como una corriente. Podemos hacer una analogía diciendo que este flujo de color es como el flujo de la carga eléctrica (la corriente) que produce campos magnéticos. Podemos imaginar cables entre los dos quarks, que llevan corrientes eléctricas. Esos causan campos magnéticos, y los campos estrujan los cables acercándolos (llamado el «efecto pinza»). Los cables se juntan, formando un tenso grupo de líneas de campo:



Ahora el número de líneas que cruzan una zona determinada es más amplio que en el caso eléctrico. De hecho, el número es constante, puesto que se agrupan juntas a lo largo del apretado eje entre los quarks. Puesto que el número de líneas de campo que cruzan una zona determinada es constante, la fuerza entre los quarks es constante también, independiente de lo separados que se hallen.

Supongamos que intentamos separar dos quarks. Tendremos que luchar duro contra la fuerza, y el trabajo nunca será más fácil, porque la fuerza no disminuye a medida que separamos los quarks. De hecho, no es simplemente difícil separar dos quarks a fin de poder verlos; es imposible.

Todo este tirar añade energía al sistema, hasta que finalmente es suficiente para crear más quarks..., otra pareja  $QQ'$  que aparece, ¡*puf!*, del vacío. Entonces el tubo de cables se rompe, y tenemos:





¡Dos conjuntos de quarks de nuevo estrechamente unidos! Intentar separar una pareja QQ' —que en realidad es una pareja formada por un quark y un antiquark, para ser técnicos— es como intentar aislar un polo de un imán. Partamos la barra de un imán por la mitad, y no obtendremos un extremo «norte» y un extremo «sur»..., nos encontraremos con dos imanes más pequeños, cada uno con dos polos.

De un modo similar, tirar de dos quarks para que se separen —digamos, lanzando un electrón contra un antielectrón para que choquen y contemplando el resultado— nos da dos parejas quark-antiquark. En ese experimento, vemos estrechos chorros de partículas volar aparte en direcciones opuestas. Empezaron como una sola pareja QQ' que a su vez se desintegró en un montón de otros restos.

Pueden pensar ustedes en el campo eléctrico como en un enjambre de «fotones» rodeando una carga. De un modo similar, en torno a un quark hay un enjambre de «gluones». («Gluón», porque pegan fuertemente objetos que interactúan entre sí; la terminología de la física no es en absoluto esotérica, después de todo.) Pero los gluones no permiten que los quarks queden libres, donde podamos verles.

O más bien, no están libres a una escala que los seres humanos puedan ver. La fuerza fuerte es tan poderosa que los quarks no pueden alejarse el uno del otro más que una distancia infinitesimal.

Así que empecé a pensar... ¿Y si existiera una fuerza que regulara las partículas muy, muy pesadas? Si era lo bastante débil, podría permitir que las partículas se separaran bastante. ¿Era eso posible?

### **Fuerzas cuadradas en un mundo redondo**

El primer problema aparece inmediatamente. Para una fuerza débil y sin embargo parecida al quark, la masa de la partícula debe ser grande..., digamos, una tonelada o así. Sin embargo es una partícula..., y la mecánica cuántica nos dice que las partículas pueden ser consideradas también como ondas. Cuanto más pequeña es la longitud de onda de una partícula, más grande es la masa. Una partícula de una tonelada tendría una longitud de onda tan pequeña que su masa se vería comprimida en un volumen inimaginablemente diminuto. Su densidad sería tan alta que su atracción gravitatoria sería enorme en su superficie..., tan fuerte que la propia luz no podría escapar. Es decir, sería un mini-agujero negro.

Esto significa que las cosas se están volviendo realmente muy exóticas. Por otra parte, esto enlaza con nuestras ideas acerca de los quarks. Hay teorías gravitatorias que son de aplicación cuando la naturaleza cuántica de la materia actúa en las mismas dimensiones que lo hace la gravedad. Esas teorías de la «supergravedad» tienen números cuánticos similares al color.

Supongamos que la supergravedad sea una teoría correcta. Entonces, en el futuro,

personajes como John Bishop y Sergio Zaninetti podrán determinar los números cuánticos mediante métodos de cálculo conocidos. En vez de la vieja y aburrida ley de la fuerza gravitatoria, surge una atractiva fuerza que es parecida a los quarks.

Al principio, John y Sergio solamente saben que la partícula es enormemente masiva. Luego se dan cuenta de que dobla el espacio-tiempo a su alrededor de una forma cúbica..., ¡otra propiedad exótica! Todo, en nuestra experiencia habitual, está dominado por fuerzas esféricas, como la gravedad. Pero este objeto no tira con igual fuerza en todas direcciones. ¿Cómo reconciliar esas facetas?

John recuerda su experiencia de juventud con una ola de agua que se movía de una forma extraña. Era un solitón, y de hecho, viendo una de ellas moverse hacia abajo por un canal fue como fueron descubiertas en la década de 1830. Esas «olas solitarias» son concentraciones de energía que permanece confinada y no se disipa.

Es fácil ignorar las soluciones tipo solitón en las ecuaciones de física matemática. Las soluciones que revelan movimientos parecidos a olas son técnicamente más fáciles de extraer, así que, históricamente, se han visto favorecidas. Sólo últimamente hemos empezado a descubrir las soluciones más difíciles, y muchos sospechan que ese tipo de exóticos animales acechan en las ecuaciones de Einstein de la gravitación.

Hasta ahora, han sido perseguidas pocas soluciones solitónicas en la gravitación. Aunque las comprimidas notaciones de las ecuaciones de Einstein son elegantes, encierran una asombrosa complejidad... un conjunto de diez ecuaciones diferenciales no lineales, emparejadas. Para hacerlas manejables, los matemáticos suponen casi siempre una simetría esférica. Después de todo, las estrellas y los planetas son esféricos, y quizás el universo lo sea también, en un sentido más generalizado.

Las ecuaciones no nos dicen cómo resolverlas. Hasta ahora nos han recompensado con simples suposiciones, como la simetría esférica en los objetos resultantes. Pero es completamente plausible que la simetría cúbica también sea «¡natural!», y es permitida por las ecuaciones. Nadie la ha buscado todavía. No hay ninguna prueba en ninguna dirección para esos tipos de soluciones, así que imagínate que estaban ahí. Encajaba perfectamente con el «hecho» de que el artefacto era cúbico, y no simplemente por un capricho del artesano que lo creó.

John avanza a partir de esta suposición. Las formas cúbicas que descubre permiten una masa de una tonelada o así. Matemáticamente, la fuerza surge de una cantidad conservada que John denomina «moda», que juega un papel similar al del «color» en la fuerza fuerte. Sus conversaciones con Sergio revelan además la naturaleza parecida al quark de la fuerza que ha descubierto, pero nadie capta el indicio. Después de todo, ven una sola partícula. Y nadie ve quarks desnudos. Ambos piensan que es una imperfección, un enigma.

Cuando ven el artefacto colgando de un cable, inclinado hacia el noreste, ambos ven la solución. La fuerza es parecida al quark, pero es tan débil que los «quarks»

pueden ser separados lo suficiente como para que los humanos puedan verlos. De hecho, pueden vagar de un lado para otro a su capricho, mutuamente atraídos.

Por el ángulo del cable, estiman que la fuerza es aproximadamente de un décimo de la gravedad de la Tierra. La energía requerida para separar dos de ellas es pues el producto de su aceleración constante ( $0,1G$ ) tantas veces su separación. Para crear un nuevo par de esas singularidades (puntos matemáticamente indivisibles), se necesita una energía de  $2Mc$ . Dividiendo esto por la energía de separación, descubren que para crear un nuevo par se necesita una separación de diez años luz.

Esto significa que nunca verán una nueva pareja surgir de la nada. Pero las dos singularidades pueden recombinarse, cediendo una gran cantidad de energía..., quizá centenares de megatones.

De hecho, a medida que John y Sergio estudian más profundamente el asunto, esta nueva fuerza no parece tan loca después de todo. La masa de la singularidad es aproximadamente de un décimo de una tonelada, lo cual significa que la fuerza entre ellas es más o menos un uno por ciento de la fuerza entre los quarks. Así, considerar sólo la fuerza hace que las teorías no sean tan alocadamente distintas; difieren primariamente en las masas implicadas. Esto permite a las partículas ser vistas a una escala humana de distancia.

Otro indicio crucial para John fue el hecho de que pasar una mano sobre el artefacto proporcionara una peculiar sensación ondulante. Las ondulaciones del campo gravitatorio cerca de la singularidad era la causa de ello, y era una prueba directa de que la fuerza del potencial gravitatorio del cubo excedía en mucho la de la masa neta de la singularidad.

Planteado técnicamente, el término octopolo en el potencial (es decir, el que describe fuerzas que tienen polos, como la fuerza magnética) excedía el término monopolo (el que describe las fuerzas esféricas, como la gravedad) en órdenes de magnitud. Esto sólo podía ser cierto referido a una solución distorsionada tipo solitón.

Para resumir, la física que rodea esta narración requiere sólo unas pocas suposiciones, ninguna de las cuales sabemos que sea falsa:

—Que exista una solución solitónica a las ecuaciones gravitatorias, con simetría cúbica.

—Que la fuerza implicada posea un número cuántico similar al color de los quarks.

—Que posea una gran masa (una tonelada).

—Que la fuerza sea aproximadamente una décima parte de la gravedad.

He actuado tan honestamente como me ha sido posible..., todo el resto de la historia brota de estas condiciones.

¿Se dan cuenta de la riqueza de circunstancias que pueden surgir de un conjunto

de suposiciones aparentemente tan abstractas? La historia humana está basada en la suposición de un mundo más bien vulgar en el que conocemos todas las reglas. Cambiemos un aspecto, y... ¡presto! Nos hallamos perchados ante una precaria visión del mundo.

He jugado de una forma más bien circunspecta con la arqueología en la historia. Mi única licencia reside en mi suposición de que los sirvientes eran enterrados junto con sus amos en las tumbas micénicas. No hay ninguna prueba ni a favor ni en contra de esta práctica. Por supuesto, esta suposición no es realmente necesaria para mi narración, aunque le añade un poco de especia.

En todo esto estoy muy en deuda con el doctor Marc Sher por nuestras numerosas discusiones sobre la física implicada, y su contribución a estas consideraciones en particular. El profesor Hara Georgiou, un arqueólogo griego, me señaló mis errores en un primer borrador del manuscrito. Ambos tienen mi agradecimiento, aunque por supuesto ellos no son responsables de cualquier error que haya cometido en la versión final.

Gregory Benford

Atenas - Laguna Beach - El Cairo

Marzo de 1984